



Joseph Gumilla

**Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas
en las riveras del río Orinoco**

Índex

Tomo I

Prologo para inteligencia de la obra

Introduccion á la primera parte

Capítulo I

Da á conocer la una y otra Costa marítima por donde se abrió paso el rio, Orinoco y resumen de las primeras noticias que de él hubo: sus descubridores: intentos y diligencias de los Estrangeros para poseerle; y la fundacion de su única Ciudad Santo Tomé de la Guayana

§. I

§. II

De la Costa por donde se abrió paso el rio Orinoco, para desahogar en el Golfo sus corrientes

§. III

Noticias prévias del gran rio Orinoco

Capítulo II

Situacion del rio Orinoco, y caudal de aguas que recoge

Capítulo III

Fonda del gran rio Orinoco, sus raudales y derrames; singular y uniforme modo de crecer y menguar

Capítulo IV

Clima y temperamento del Orinoco, y alguna noticia de sus frutos

Capítulo V

De los Indios en general: de los que habitan, en los terrenos del Orinoco; y de sus vertientes en particular

§. I

Preámbulo para la idea que se forma

§. II

Estatura, facciones y color de los Indios

§. III

Del origen del color negro de los Etyopes: si puede mudarse ó no: y la raíz de tal mutacion .

§. V

Contraposicion de las opiniones moderna y antigua acerca del origen del color Etyópico

§. V

Descripción genuina de los Indios en general, y de sus genios

Capítulo VI

Del origen desatinado que se fingen algunas Naciones del Orinoco; y se apunta algo de su verdadero origen y descendencia

Capítulo VII

Desnudéz general de aquellas gentes: olios y unturas, que casi generalmente usan

Capítulo VIII

De su desgobierno civil y doméstico, y de la ninguna educación que dan á sus hijos

Capítulo IX

Genios y vida rara de la Nacion Guaraúna; palma singular de que se visten, comen, beben, y tienen todo quanto han menester

Capítulo X

Genios y usos de otras Naciones de las riberas del Orinoco hasta las bocas del rio Apure

Capítulo XI

Genios y usos inauditos de los Indios Otomacos y de los Guamos

Capítulo XII

Prosigue la materia del pasado: estilos y singulares noticias de usos, que no tiene Nacion alguna del Orinoco, sino los Osomacos

Capítulo XIII

Trata de la Nacion Saliva, de su genio, usos y costumbres; y raras honras que hacian los Gentiles á sus difuntos

Capítulo XIV

Epílogo de las ceremonias que otras Naciones hacen por sus difuntos

Capítulo XV

Quan ingratamente descuidan de sus enfermos, quan neciamente se curan, y quan pacíficamente mueren aquellos Indios

Capítulo XVI

Reconvencion amigable á Monsieur Noblot al folio 520 del tomo 5 de su Geografía é Historia Universal

Capítulo XVII

Prosigue la materia del pasado con nuevas y mas individuales noticias acerca de la fe de los Indios

Capítulo XVIII

Resumen de los genios y usos de las demás Naciones, que hasta el corriente año de 1740 se han descubierto en el rio Orinoco

Capítulo XIX

De sus monterías, animales que matan para su regalo, y otros de que se guardan con cuidado

Capítulo XX

Resinas y aromas que traen, quando vuelven los Indios de los bosques y de las selvas: frutas y raíces medicinales

Capítulo XXI

Variedad de peces y singulares industrias de los Indios para pescar; piedras y huesos medicinales que se han descubierto en algunos pescados

Capítulo XXII

Cosecha admirable de Tortugas que logran los Indios del Orinoco: huevos de ellas que recogen; y aceyte singular que sacan de dichos huevos

Capítulo XXIII

Método el mas practicable para la primera entrada de un Misionero en aquellas tierras de Gentiles, de que trato, y en otras semejantes

Capítulo XXIV

Fertilidad y frutos preciosos, que ofrece el terreno del rio Orinoco y el de sus vertientes

Capítulo XXV

Y último de esta primera parte, en que se trata del famoso Dorado, ó Ciudad de Manóa

§. I

§. II

Reflexion y noticia fundada de los tesoros del Nuevo Reyno de Granada

§. III

Infiérese el gran tesoro que se sacara, si se poblase bien el tal Reyno

Tomo II

Introduccion á la segunda parte

Capítulo I

¿Si entre aquellos bárbaros se halla alguna noticia de Dios?

Capítulo II

Singular piedad y especial providencia de Dios, que resplandece en Bautismos al parecer casuales de Indios ancianos, Indias y

Párvulos

Capítulo III

¿Si aquellas Naciones tienen idolatría? ¿Si tienen noticia del Demonio, y se valen de el, ó no?

Capítulo IV

Variedad de lenguas de aquellos Indios: búscase su origen por la mejor conjetura

Capítulo V

Investígase el origen de las lenguas vivas ó matrices de aquellos Países

Capítulo VI

De las primeras gentes que pasaron á la América y el modo

Capítulo VII

¿Porqué de las Naciones del Orinoco (aunque en sí muchas) se reduce cada una á tan corto número de gente?

Capítulo VIII

Motivos de sus guerras

Capítulo IX

Daños gravísimos que causan á las Misiones, las Armadas de los Indios Caribes, que suben de la costa del mar

Capítulo X

Gefes militares de aquellas Naciones: mérito y ceremonias, que preceden á sus grados

Capítulo XI

Variedad de armas de estas Naciones: destreza en manejarlas, su fábrica, y el tambor raro, con que se convocan á la guerra

§. I

Armas, su fábrica y uso

§. II

Sus caxas de guerra, fábrica y sonido

§. III

Trátase sériamente del sonido del tambor Caverre, y se evidencia el alcance de su sonido

§. IV

De sus embarcaciones: modelo y modo irregular de fabricarlas

Capítulo XII

Del mortal veneno llamado curáre: raro modo de fabricarle, y de su instantánea actividad

Capítulo XIII

De otros venenos fatales: su actividad: la cautela con que los dan: y cómo los descubri

Capítulo XIV

De las culebras venenosas de aquellos Países

§. I

Del culebron espantoso llamado buio

§. II

Reflexión sobre el Párrafo antecedente, y confirmacion de lo que él contiene

§. III

Trata de la accion y fatal atractivo del buío

§. IV

De la accion ó vibracion de los efluvios

§. V

De la fuerza atractiva del vaho del buío

§. VI

De algunas señas para filosofar sobre la dicha virtud atraente

§. VII

De otras culebras malignas, y de algunos remedios contra sus venenos

§. VIII

De otras culebras malignas , y algunos remedios contra sus venenos

Capítulo XV

De otros insectos y sabandijas venenosas

Capítulo XVI

De otras sabandijas muy ponzoñosas

Capítulo XVII

Peces ponzoñosos y sangrientos

Capítulo XVIII

De los caymanes ó cocodrilos, y de la virtud nuevamente descubierta en sus colmillos

Capítulo XIX

Modo de cultivar sus tierras los Indios, y los frutos principales que cogen

Capítulo XX

Prosigue la materia del pasado

Capítulo XXI

Arboles frutales, que cultivan los Indios. Yervas y raices medicinales, que brota aquel terreno

Capítulo XXII

Caserías en los campos rasos. Variedad de animales y aves, que los Indios logran en ellos; y daños graves, que hacen las hormigas

Capítulo XXIII

Turbacion, llantos, azotes y otros efectos raros, que causa el eclipse de la Luna en aquellos Gentiles

Capítulo XXIV

Estilos que guardan aquellos Gentiles en sus casamientos: la poligamia, y el repudio

Capítulo XXV

Pregúntase, si se aumenta ó disminuye el número de los Indios, haciendo el cotejo del tiempo en que eran Gentiles, con el de ahora, en los que ya son Christianos

Capítulo XXVI

Rechazadas dichas causas, se prueba ser insuficientes para la disminucion ya propuesta de los Indios

Capítulo XXVII

Respóndese á un argumento contra lo ya dicho, y se señala la causa genuina de la disminucion de los Americanos

Carta de navegar en el peligroso mar de Indios Gentiles

§. I

Del Misionero, su vocacion y aparejo

§. II

Causas principales de disturbios

§. III

Máximas prácticas

§. IV

Avisos prácticos

§. V

Reflexiones, que animan y fortalecen el ánimo del Misionero de Indios

Tomo I

Prologo para inteligencia de la obra

Práctica es corriente la de aquellos ricos Misioneros (1), que en la América Meridional, con el beneficio del agua, exâminan las entrañas de la tierra, entresacando de ella las preciosidades del oro, seguir cuidadosos la vena y veta mas fecunda y rica, apartando á un lado la tierra, que ó estorba ó impide la consecucion del tesoro que se busca; mas ya conseguido éste, no desprecian ni echan en olvido aquella tierra, al parecer abandonada, ántes bien la benefician con mucho cuidado y no poca utilidad. No de otra manera la sutíl pluma y caudalosa eloqüencia del Padre Joseph Casani formó la Historia General, así de la Provincia, como de las Misiones que la Compañía de Jesus tenia en el Nuevo Reyno de Granada, Tierra-Firme de la América Meridional, entresacando con destreza las mas preciosas noticias de los manuscritos originales, y apartando todas aquellas que pudieran ocasionar digresion molesta, ó interrumpir el precioso hilo de su Historia: este material ó terreno (digámoslo así) abandonado, he determinado cultivar, suave y fuertemente compelido de los ruegos de muchas personas, á quienes no puedo disgustar, y cuya insinuacion sola bastaba para darme por obligado; cuyo dictâmen es, que en su línea será el fruto de este mi corto trabajo, no menor que el de la Historia General. Dicen en su línea, y con [IV] mucha razon; porque la pluma que describe dicha Historia, como de Aguila Real, vuela, y se remonta; descifrando las fundaciones de los Colegios, y las de aquellas árduas Misiones y poniendo á nuestra vista heróycas empresas, singulares exemplos y virtudes de Varones muy ilustres, que (2) floreciéron en aquella mi Apostólica Provincia para modelo y exemplar nuestro.

Pero mi pluma apénas se levantará del suelo, ni perderá de vista el terreno á que se aplica, para dar noticia de algunas cosas de inferior tamaño; solo haré algunas reflexiões, que den luz y prevengan los ánimos de los Operarios que Dios nuestro Señor llamare al cultivo espiritual de aquella mies; fin á que miró el P. Antonio Ruiz de Montoya, para dar á luz la Conquista Espiritual de las gloriosas Misiones del Paraguay, y el P. Andrés Perez de Ribas los Triunfos de la Fe, conseguidos en la Nueva-España por los Misioneros de Cinalóa, Topia y otros Partidos: los Padres Combes, Colín y Rodriguez en sus Historias de Filipinas, Mindanao, y Marañón: el P. Nicolás Trigault, Misionero é Historiador del Nobílisimo Imperio de la China, y otros muchos Jesuitas, que al estudiar lo Natural, Civil y Geográfico de sus respectivas Misiones, nos dexáron de paso mucha enseñanza y mucha luz. Verdad es, que ni puedo ni pretendo compararme con tan insignes Varones y eruditos Escritores; pero procuraré (aunque á lo léjos) seguir sus huellas: apuntaré lo que ocurriere, y lo que ofreciere el contexto de la Historia: apartaré como tierra inútil, lo que hallare no ser conforme con la realidad de lo que tengo visto y experimentado, sea

porque se han variado las cosas, [V] ó alguna circunstancia de ellas, ó sea porque se han extinguido unas, é introducido otras en su lugar, como acontece en los usos y costumbres, guerras ó paces, que se varían y dan vuelta al tiempo, á cuyo compás sa mueven, y de cuya inconstancia participan.

Y porque las tareas de los Padres Misioneros (con quienes principalmente hablo) no solo miran por la salud eterna de las almas, sino tambien por la temporal de los cuerpos; notaré las enfermedades propias de aquellos Países, y sus remedios que la necesidad y la industria han descubierto en aquellos retiros: ni omitiré los antídotos, que se han hallado eficaces contra las vívoras y otros animales ponzoñosos, de que abunda todo aquel vasto terreno: parte de lo qual, y de otras noticias curiosas, apunta de paso la citada Historia General, por ser mas alto y mas noble su principal asunto. No obstante, no repetiré en esta Historia lo que ya está escrito en aquella, sino en tal qual materia, en que el tiempo ha introducido alguna novedad ó algunas noticias dignas de comunicarse; las quales deben mirarse únicamente como migajas caidas de aquella abundante Mesa, y como fragmentos menudos, que recogí en los desiertos del Orinoco, para que no perezcan en la soledad del olvido; en lo qual sigo la solicitud officiosa con que Ruth recogia las espigas, que ya naturalmente, ya de industria, cahian de las manos de los Operarios de Boóz. De modo, que la cosecha abundante de copioso grano, en muchas y muy selectas noticias, hallará el curioso en dicha Historia General; y en ésta, solo el residuo de algunas espigas, fragmentos y migajas, con [VI] quienes concatenaré las cosas singulares que observé y noté acerca de las aves, animales, insectos, árboles, resinas, yervas, hojas y raíces: demarcaré tambien la situacion del Orinoco y de sus vertientes: apuntaré el caudal de sus aguas, la abundante variedad de sus peces, la fertilidad de sus vegas, y el modo rústico de cultivarlas: hablaré (con alguna novedad) del temperamento de aquellos climas, de los usos y costumbres de aquellas Naciones: daré mi parecer en algunas curiosas y útiles disertaciones; y por último insinuaré de paso algo de lo que fructifica en aquellas almas la luz del Cielo por medio de los Operarios, no solo de la Compañía de Jesus, sino también de otras esclarecidas Religiones, en cuya confirmacion referiré no pocos casos singulares: todo el qual conjunto y agregado de noticias dará motivo para que el gran rio Orinoco, hasta ahora casi desconocido, renazca en este Libro con el renombre de ilustrado, no por el lustre que de nuevo adquiere, sino por el caos del olvido, de que sale á la luz pública.

En el estilo solo tiraré á darme á entender con la mayor claridad que pueda, y no será poca dicha si lo consiguere; porque acostumbrado largos años á la pronunciacion bárbara, á la colocacion y cláusulas, de los lenguages ásperos de aquellos Indios, será casualidad, si corriere mi narracion sin tropiezo, ya en la frase, ya en la propiedad de las palabras: no obstante procuraré que mi pluma unas veces ande, y otras veces corra al paso del rio Orinoco, cuyas vertientes sigue: éstas forman un fluido y dilatado cuerpo con la insensible y pausada agregacion de inmensas aguas, [VII] hijas de muy diversos y distantes manantiales, que naturalmente corren á su centro, sin otro impulso que el de su peso. Ya aplica sus caudales á enriquecer y fecundar sus deliciosas Vegas: ya los

explaya en anchurosos lagos; y ya con furia los aparta destrozados del duro choque de incontrastables rocas: variedad natural, que si hermosea el flujo natural del caudaloso Orinoco, debe dar el sér y la hermosura á la Historia Natural, que el mismo rio nos ofrece con amena variedad, para evitar el fastidio, y con novedad para conciliar la atencion.

Por lo que mira á la solidéz de la verdad, basa principal y fundamento de la Historia, protesto, que lo que no fuere (3) recogido aquí de las dos Historias manuscritas por los Padres Mercado y Ribero, ambos Varones de heróyca virtud y Venerables en toda mi Provincia; serán noticias hijas de mi experiencia, y de aquello mismo que ha pasado por mis manos, y he visto por mis ojos, no sin cuidadosa observacion. Quando ocurra referir alguna cosa habida por relacion agena, no será sino de personas fidedignas, que citaré á su tiempo, con los demás Autores que apoyaren aquellas ó semejantes materias. No obstante todo lo dicho, debo manifestar la notable repugnancia con que emprendo esta Obra, que va á manos de doctos indoctos; los peritos, como versados en Historias de éste y del Nuevo Mundo, no me retraen; pero la crítica de los que por no tener mas que aquella corta luz, que en sus Paises les da en los ojos, miden por sola ella lo restante del Orbe Terráqueo, reputando por Parábola todo lo que excede á sus diminutas especies: [VIII] aunque por vulgar debe ser despreciable, por el mismo caso se debe temer; quando vemos que lo mas vulgar suele ser lo mas plausible. Debo entretanto prevenir á los que miran como fábulas las realidades del Mundo Nuevo, con la noticia cierta de que están muy bien correspondidos, por otro gran número de Americanos, que con otra tanta impericia y ceguedad, miden con la misma vara torcida las noticias de la Europa, con que acá miden estos deslumbrados las que vienen de las Américas. Es cierto que la notable distancia no solo desfigura lo verdadero, sino tambien suele dar visos de verdad á lo que es falso (4); pero la prudencia dicta, que ántes de formar juicio decisivo, se haga madura reflexión sobre la persona que da la tal noticia. Entretanto quisiera hallar algun colirio, para aquellos que apénas ven, por mas que abran los ojos; y se me ofrece, que para los tales no hay otro, sino ensancharles la pintura, añadir mas vivezas á los colores, y dar al pincél toda la valentía factible: de modo, que vista con claridad la exístencia innegable del Nuevo Mundo Americano, vean que siendo nuevo aquel todo, han de ser también nuevas las partes de que se compone; porque no solo se llama Mundo Nuevo, por su nuevo descubrimiento; sino tambien porque comparado con este Mundo antiguo, aquel es del todo nuevo, y en todo diverso. De aquí es, que para su cabal comprehension, son precisas también idéas nuevas, nacidas de nuevas especies para el todo nuevo, y para [IX] (5) cada parte de por sí; aquel terreno, fecundo de muchos y riquísimos minerales de plata, oro y esmeraldas, á los Europeos pareció, y realmente es nuevo: las Costas de aquellos mares, por la frecuente pesquería de perlas y de nunca vistas margaritas, por el ímpetu de sus corrientes, por lo incontrastable de sus hileros y canales, todo es nuevo: los rios formidables, por el inmenso caudal de sus aguas, por las diversas y jamás vistas especies de peces, por las arenas, ya de plata, ya de oro, que desperdician por sus playas, son, y siempre parecen ueuevos. Ni causa menor novedad ver hermoseedos los bosques y las selvas con árboles de muy diversas hojas, flores y frutos, poblados de fieras y animales de

extrañas figuras, y de inauditas propiedades, y hermoseados y aun matizados de aves singularísimas en sí, en la variedad de sus vivísimos colores, y en la gallardía de sus rizados plumages: y aun crece la novedad en cada paso de los que se dan en las campañas; cuyos naturales frutos y frutas, en la fragancia y suavidad al gusto, se diferencian tanto de los nuestros, quanto aquellos climas distan de estos. A vista pues de tantas cosas nuevas, es preciso que no cause novedad el que los hombres, que la Divina Providencia destinó para que disputen tierras, mares, ríos, bosques, prados, y selvas nuevas, parezcan también hombres nuevos, y nos causen tanta menor novedad, quanto ménos se reconoce en ellos de racional.

Así es, y asentando el pié sobre esta firme basa notemos, que aquella novedad de hombres Americanos, que por extraña se admira, y por irregular no se cree, fué antigua, y peynó muchas [X] canas en nuestro Mundo antiguo (6). ¿Qué hombres se halláron, y cada día nuevamente se (7) descubren en las Américas? hombres sin Dios, sin ley, sin cultivo, toscos, agrestes, con un bosquejo craso de racionalidad; ¿pero que mas tuviéron? ¿qué otras señas diéron por tan largos siglos, casi todas las Naciones de nuestro Mundo antiguo? digo casi, para exceptuar únicamente al Pueblo escogido de Dios; pero recórranse las Divinas Letras, y apénas se hallará barbaridad entre los Indios mas silvestres, que no executasen primero, los Hebréos: y si tal fué el porte del Pueblo escogido, cultivado y enseñado por el mismo Dios, ¿quál sería el desbarato del resto de los hombres entregados á la idolatría?

Es cierto que en las Misiones de la América cada día descubrimos hombres, que parecen fieras, y tal barbaridad en ellos, que pudiera reputarse por naturaleza, á no ser fruto necesario, y maleza, hija de una total falta de cultivo: ¿pero qué otro porte? ¿qué otro estilo registramos con horror en los archivos de la antigüedad, no solo entre los Scitas, sino también entre los Egipcios, Atenienses y Romanos, aun quando blasonaban que sola Minerva dirigia sus aciertos?

¿Pero para qué es recurrir á las sombras de la antigüedad, si en nuestros días vemos tantas lástimas que llorar? ¿tanto mas disonantes, quanto mas indignas de gentes, á quienes rayó y aun ilustró de asiento la luz santa del Evangelio? Presurosa vuela con el pensamiento la pluma sobre las [XI] infelices regiones de la Africa y de la Asia, por no contaminarse con las feas necedades de Mahoma, seguidas á ojos cerrados de innumerables Pueblos y Naciones; y falta valor al pulso para insinuar los delirios de las bárbaras Naciones, que hoy viven en aquellas dos principales partes de este Mundo antiguo: sí bien no le faltan al Divino Pastor de nuestras almas apriscos muy apreciables, que en medio de tanta maleza están al cuidado de los Misioneros, así de la Compañía de Jesus, como de otras Sagradas Religiones; pero prevalecen las tinieblas tan palpables, como las que antiguamente confundieron á Egypto. Nuestra Europa, tierra de Jesén, ilustrada por el Divino Sol de Justicia, es feliz; y fuera enteramente dichosa, si tantas nubes negras y preñadas de malicia, impelidas del pestífero y siempre maligno Aquilón, no infestasen tanta parte de muchas nobles Provincias con tempestades de nuevos y antiguos errores, para ruina eterna de innumerables almas. Y en fin, si en nuestro escogido Pueblo, dichoso término de la Iglesia Santa, y delicioso Jardin del Señor, vemos con lástima quantas espinas de vicios, y quantos abrojos de escándalos

retoñan, á pesar del continuo cultivo de tantos y tan incansables Operarios: si lloramos la perdicion de innumerables ovejas, que voluntariamente se despeñan á la vista, y con íntimo dolor de sus vigilantes Pastores: ¿quién habrá que extrañe; á quién no causarán novedad los errores, delirios, ceguedad y bárbaras costumbres; que voy á referir de las incultas y ciegas Naciones del Orinoco y de sus vertientes?

Nadie por cierto; ántes bien me persuado que piadosamente enternecidas nuestras almas por la [XII] ciega ignorancia de aquellas, levantarán sus clamores al Soberano Dueño de aquella mies, para que cuánto antes envíe muchos y muy esforzados Operarios que la recojan, disponiéndola para que reciba las Celestiales influencias, y aquella misma luz de gracia, que tantas y tan dilatadas Provincias de las dos Américas han recibido ya para tanta gloria de su Santo Nombre, y salvacion de un número sin número de Indios; y para que aquella verdadera Fe, culto y adoracion á Dios, desterrada de tantas Provincias de este Mundo antiguo, (á violencias de la malicia y del error) que por la Bondad Divina han puesto su tronco en tan vastas y numerosas Regiones de las dos Américas, ensanchen su dominio hasta los últimos términos del Nuevo Mundo; y la Celestial luz, que como aurora raya nuevamente sobre nuevas é incultas Naciones, pase quanto ántes al claro y perfecto día de aquella gracia, que sola puede convertirlas en Soles, que resplandezcan en perpetuas eternidades. [1]

Introduccion á la primera parte

La historia que voy á emprender, natural, civil y geográfica del rio Orinoco, comprehenderá Países, Naciones, Animales y Plantas incógnitas, casi enteramente hasta nuestros días: para cuya cabal inteligencia se requieren especial claridad y método. Lo uno y lo otro procuraré en quanto pueda: para lo qual no saldré un paso fuera de los límites, que me he propuesto, sino fuere para comprobar la materia que lo requiere, ó para refutar lo que no dice con la verdad de lo que tratare. Y para que con mas [2] suavidad corra el hilo de la narracion, quiero allanar de antemano el tropiezo, que en casi todos los capítulos de esta historia (por la novedad de las materias) veo que precisamente se ha de ofrecer: prevencion, á mi entender, necesaria, por lo que he experimentado y observado en Italia, Francia y España; en donde tratando de estas mismas materias con personas de notoria y calificada erudicion, me han molestado con redarguciones (8), que no hicieran, si reflexionaran, que al paso que se varían los climas, se deben variar los frutos de la tierra, que les corresponden; y que aquí ni vale ni tiene fuerza la paridad (9). «¿Cómo es posible (me han replicado muchas veces) que en el Orinoco no haya trigo, vino, ni ovejas, quando las Historias y los Prácticos de las Américas nos dicen, que en Chile, Paraguay, Lima y México hay abundancia de ello?» Respondo, que si al mismo tiempo esos declarantes hubieran dicho ó escrito las excesivas distancias, que los Países nombrados tienen entre sí, y la notable variedad de climas que median entre unos y otros extremos, no

hubieran dexado lugar á ésta ni á semejantes réplicas: es necesario hacerse cargo, que la basta extension de una y otra América excede mucho al concepto ordinario que se hace de ella; porque allá las leguas se cuentan á millares, y los viages de quinientas y de seiscientas leguas se reputan por ordinarios: de modo que el Arzobispado de Santa Fe del nuevo Reyno (sin hablar de sus tres Sufragáneos) comprehende un tanto mas de terreno del que ocupa [3] toda la España. Mídase desde Varinas á los Remedios, Leste Oeste; y desde Mérida á San Juan de los Llanos, Norte Sur, términos de dicho Arzobispado, y se hallarán en la primera línea mas de quatrocientas, y en la segunda mas de quinientas leguas, si no por elevacion, á lo ménos por lo árduo y fragoso de los caminos. Esta es una corta parte: ¿qué será el todo? ¿Quién habrá pues que en tales distancias y en tan diferentes climas pueda inferir los frutos del uno por los que produce el otro? Y mas quando aquí en un palmo de tierra (que no es mas, comparado con aquella inmensidad de Países) se halla la misma razon de dudar. v. g. ¿Por qué en los Reynos de Murcia y Valencia abunda la seda, arroz y otros frutos, y no en las Castillas? ¿Por qué las tierras Australes de España y Francia carecen de aceyte y otros frutos, de que abunda la Andalucía en España y en Francia, el Languedoc y la Provenza? Y si la corta variedad de cinco ó seis grados de altura polar vasta aquí para esta notable variedad de frutos, de unas respecto de otras Provincias, ¿qué diremos de los Reynos de las Américas, que distan unas de otras ya treinta, ya quarenta y aún pasan, si careamos la Meridional y Septentrional, de setenta grados arriba de distancia?

El que extrañen muchos que en Lima, Quito, Santa Fe de Bogotá y otros temperamentos semejantes, se halle siempre flor en muchos árboles, frutos verdes y maduros, nace de no haber reparado, que en los algarrobos, limoneros y naranjos en los Reynos de Valencia [4] y Murcia sucede lo mismo: y los madroños en dichos Reynos; en el de Cataluña y en la Provenza se dexan ver por Septiembre y Octubre coronados de flores, y recargados de frutas verdes y maduras.

Por lo que mira á frutas, frutos y animales extraordinarios, y de inauditas propiedades, vengo en que debe causar novedad y armonía su noticia; pero negarlos, ó porque no los hemos visto, ó porque no haya Autor que escriba de ellos, fuera (á mi ver) vulgaridad exôrbitante. En aquellos efectos, que por salir fuera del ordinario curso de los otros, llamamos milagro, ya de la gracia, ya de la naturaleza, como son recomendacion viva del Supremo Criador de todo, quando en ellos no se hallare contradiccion, repugnancia ni contrariedad, no hay razon para poner tasas ni límites á la Divina Omnipotencia, para que no los pueda producir: ni una vez zanjadas y comprehendidas las señales de racional y prudente credibilidad en órden á su exîstencia, puede caber el negarla; porque de otro modo se volvieren totalmente inútiles las Historias.

Esta, á que aplico mi atencion, tengo el consuelo de que no será inútil; porque sea lo que se fuere del dictámen que otros formarán de ella: por lo que toca á los operarios que Dios nuestro Señor llama, y con el tiempo llamará al cultivo de aquella su Viña Americana, que si abunda en frutos, le resta mucha maleza que desmontar, no dudo que la recibirán con gusto, y que les servirá mucho tener de antemano estas noticias; muchas de las quales [5] en la práctica, no se adquieren, sino á fuerza de

congojas y amargas pesadumbres, que podrán evitar, una vez impuestos en la especulativa.

No obstante esta anticipada prevencion, como esta historia ha corrido por todas manos, ha sido examinada por tanta variedad de genios, y revista por tantos ojos, unos linceos, y otros argos: no es de extrañar haya sido registrada por otros, semejantes á los de aquellas Aves nocturnas, que abominando la luz, buscan y hallan su gusto y consuelo entre las sombras de la noche: Buhos funestos, que aficionados á los melancólicos sombríos, cierran los ojos, porque, ó no gustan, ó no pueden ver la hermosa Aurora, que les convida con la belleza de los prados y jardines. Esto mismo di por supuesto en mi Prólogo, y así no me causa novedad lo acaecido. Algunas personas han dificultado, con ánimo de averiguar mas la verdad, y otras, así Españolas como Estrangeras, de la mas sobresaliente Literatura, y de la mas ilustre Nobleza, cultivadas en las bellas letras, se han dignado reconvenirme sobre lo lacónico de algunas noticias, que indican mas fondo del que ligeramente apuntó: por lo qual en esta impresion procuraré dar á todos satisfacion, sin detrimento de la brevedad que deseo.

Y porque no solo he de responder á las dudas de las personas que dificultan con fundamento, sino tambien á otras, será preciso que mis respuestas sean correlativas, no solo á las dificultades, sino tambien al modo de dificultar; y que de paso hagan algun éco al [6] modo con que se propusieron: de donde nacerá la variedad de frases, con que me introduciré en las adiciones que prometo: y así digo que en las primeras cláusulas de cada adicion se verá propuesta la duda y el modo de dudar; y en el contexto se hallará la respuesta pretendida, roborada y autorizada. [7]

Capítulo I

Da á conocer la una y otra Costa marítima por donde se abrió paso el rio, Orinoco y resumen de las primeras noticias que de él hubo: sus descubridores: intentos y diligencias de los Estrangeros para poseerle; y la fundacion de su única Ciudad Santo Tomé de la Guayana

§. I

La primera diligencia de un perito Arquitecto, á quien un gran Señor encarga la fábrica de un magnífico Palacio, es formar en su mente la idéa, y despues, mediante las proporciones del compás y la regla, hacer visibles en un Plan las singulares maniobras que dibujó en su fantasía: diligencia precisa, pero no suficiente para todos; porque si bien el diestro en la facultad á la primera vista de aquel ceñido pitipié formará cabal concepto de la soberbia máquina que representa, al contrario, para el no versado en ella es precisa larga explicacion, para que comprehenda el diseño.

A ese modo y por el mismo fin, en la fábrica [8] (no magnífica, sino natural) de esta historia gravé en su frontispicio todo el terreno, sobre que á paso lento girará mi pluma, individuando variedad de curiosas noticias. Para que los que están en los términos de la Geometría, comprehendan la situacion y altura polar, así del Orinoco, como de sus

vertientes y terrenos que fecundan, vasta la primera ojeada del Plán propuesto; pero como no escribo para solos los doctos, habré de acompañar al Orinoco, desde las vertientes que hoy están descubiertas, hasta que con inmenso caudal rinde al Océano su tributo, endulzando por muchas leguas sus amargas espumas. Lo que dió motivo á que en aquellos antiguos Mapas, (gravados á expensas de contínuos peligros de los primeros Conquistadores) en las bocas del Orinoco se pusiese este letrado: Rio dulce; el qual (á mi ver) no fue error de la pluma, sino del buríl, gravando Rio dulce, donde para decir algo, debia haber escrito Mar dulce: ni tiene otras señas un rio tan formidable, que después de destrozado en mas de cincuenta bocas, ocupa ochenta leguas de costa, rechazando al mar de sus linderos, para introducirse soberbio al tiempo mismo que corre presuroso á rendirse. A cuyo orgulloso de ímpetu opuso el sábio Autor de la Naturaleza la Isla de la Trinidad de Barlovento; si ya no es que la furia de dichas corrientes rompió aquellas quatro bocas, que por su peligrosa rapidéz, se llaman de los Dragos, y desprendió á la Isla de la tierra firme de Paria. Lo cierto es que hasta hoy prosigue la porfiada batería con que los hileros y corrientes del Orinoco, [9] despues de consumida la tierra, tiran á consumir los duros peñascos, que sirven de antemural á la Isla, sin mas ventaja que el blanquearlos con el perpetuo choque de olas y de espumas: y aun por eso se llama aquella Costa, la de los Blanquizales: pero descendamos ya á individuar.

§. II

De la Costa por donde se abrió paso el rio Orinoco, para desahogar en el Golfo sus corrientes

Por dos motivos omití en la primera impresion la breve descripcion, que voy á formar de la Costa de Paria, Guayana y Cayana (que en contraposicion de la del Perú, que es la del Súr, se llama del Norte) porque lo primero me pareció no ser conveniente entretener, registrando las Costas, á los deseosos de entrar desde luego á ver y reconocer el grande caudal y las demás cosas que singularizan al rio Orinoco: lo segundo y principal, porque temí dar disgusto á los curiosos, poniéndoles en la misma fachada de este Libro las noticias de una Costa, que como para mí son en gran parte melancólicas, creí lo habian de ser tambien á los Lectores. Pero supuesto que no me puedo negar á las personas, cuya sola insinuacion fuera para mí de mucho peso, de tal modo correrá mi pluma, que al delinear una y otra Costa [10], gravará lo geográfico y natural de ellas, sin hacer pié en lo civil y económico. Siguiendo la ingeniosa práctica de aquellos diestros Pintores, que desperdician con cuidado algunos colores entre confusas pinceladas, para que aquellos léjos mal expresados al uno y otro lado, hagan resaltar, y dén hermosura al Pais ameno, que pretenden dibujar y matizar en el centro.

El Golfo Triste, nombre que le dió el Almiranté Colón (10); ó Mar Dulce (11), como quieren otros, es campo muy corto para recibir las inmensas corrientes del rio Orinoco. Porque siendo así que la boca grande, que llaman Boca de Navíos, desagua á notable distancia del Golfo Triste ácia la parte Oriental de la Costa, donde rechaza todo el golpe del

Oceano con tanto ímpetu, que su corriente domina palpablemente mar adentro entre las Islas del Tabaco y de la Trinidad: con todo, las restantes bocas, que rompen por el Golfo Triste, atropellan con tal furia los embates del mar por mas de quarenta leguas de Golfo, que los violenta á salir por las bocas de los Dragos. Y el choque furioso de unos montes de agua con otros, protesta Colón, que le pusiéron en la mayor confusion, espanto y peligro de quantos habia experimentado en todas sus largas y peligrosas navegaciones.

La Isla de la Trinidad de Barlovento puso [11] la Providencia Divina como antemural de peña viva, para quebrantar en parte la soberbia de los raudales del rio Orinoco enfrente de la mayor parte de sus bocas. De nueve grados de latitud para arriba corre la Isla de la Trinidad ácia el Norte, y en el trescientos diez y seis y diez y siete de longitud: y á la verdad, si Colón discurrió (12), viendo tal amenidad en las costas de Orinoco en el mes de Agosto, que habia encontrado el Paraiso terrenal, por los mismos motivos le daria el mismo elogio á esta fértil y amena Isla, á quien ninguna de las de Barlovento le hace ventaja en lo fecundo. Toda ella es un continuo bosque de maderas exquisitas, como son: Cedros, Nogales, Guayacanes, Pardillos y otras muchas maderas apreciables para construir Embarcaciones: hay copia de Palmares de Cocos, que sin sembrarlos da de suyo la Isla: el terreno y temperamento son muy proporcionados para la Caña de azucar, y lo muestra la experiencia. En las orillas de los caminos y en los rastrojos nace de suyo el Añil con tanta abundancia, como en otras partes nacen los abrojos y otras malezas: crecen las parras, y llegan á sazón las ubas: hay abundancia de Naranjas agrias y de la China: de las Cidras y Limones, por la abundancia, no se hace caso: las cosechas de Maiz son tan abundantes, que se lleva á vender á la Isla Margarita y á otras partes.

Pero lo que mas se apreció en esta Isla, fué el grano del Cacao: cogiase en abundancia: excedia [12] en lo exquisito del sabor al de Caracas y al de las otras Costas: era tan apetecido y buscado, que de ordinario prevenian á los dueños con la paga ántes de llegar la cosecha, para mayor seguridad de conseguirle: y veis aquí la raiz mal advertida en los principios; de que se originó con el tiempo, primero el atraso de la paga á los acreedores, despues la tardanza en pagar los diezmos; y en fin, el que lo (13) paguen ahora todo junto, no sin lágrimas, desde el año de 1727, en que Dios les quitó por entero las cosechas del Cacao á todos los de la Isla, ménos á uno de los vecinos de ella, que pagaba el diezmo con la debida puntualidad, como es cierto y notorio, no solo en dicha Isla, sino en la otras, y en la Costa de Tierra-Firme. En su Capital de San Joseph de Oruña oí de ellos mismos el caso repetidas veces; y en los quince dias de Mision que les hice, me empeñé en persuadirles los medios más oportunos, para que Dios aplaque su justo enojo, y les vuelva á dar aquel precioso fruto de su tierra.

Y para escarmiento de los que fueren omisos en dar á Dios lo que es de Dios (14), y tan corto tributo al Dueño Soberano, que lo da todo liberalmente resumiré aquí el caso con brevedad; para lo qual advierto, que entre los árboles que Dios ha criado para la utilidad de los mortales, no sé que en este mundo antiguo se halle alguno, que pueda compararse en la copia de fruto que da á sus dueños, con el árbol del Cacao. Los olivos

y las viñas dan su cosecha anual, y descansan lo restante del año, para reforzarse y dar la del siguiente año; no así el Cacao; da su [13] abundante cosecha por el mes de Junio, que llaman de San Juan; y al mismo tiempo están nevados de flores los árboles para la cosecha abundante que dan por el mes de Diciembre: no lo he dicho aun todo; porque éste es árbol tan agradecido al que le cultiva, que todos los meses le paga al Labrador su trabajo con singular puntualidad; porque de aquellas flores que se adelantan, y de otras que se atrasan, resultan las cosechas intermedias de las mazorcas que todos los meses van madurando. Ni se contenta este bello árbol con recargarse tanto de frutas, que es necesario el apuntalar sus ramas, para que no se desgagen con la carga; sino que tambien arroja flores y mazorcas por toda la corpulencia de su tronco. Y si acaso el tiempo y las lluvias han descarnado y descubierto, algunas raices, por ellas arroja sus frutas á borbotones: dígolo con esta frase; porque este fecundo árbol, así como arroja sus flores no de una en una, sino á modo de ramilletes; así retiene las mazorcas de dos en dos, de tres en tres, y muchas mas: esto así impuesto, y que los marchantes forasteros anticipaban la paga.

Se llegó el tiempo en que los dueños del Cacao recibian mas de lo que podian pagar: en esta cosecha daban palabra de pagar en la siguiente: y no pudiendo cumplir enteramente con ella, pasáron á valerse del Diezmero, ofreciéndole pagar, ya de la siguiente cosecha, ya de las intermedias. Esta palabra no la podian cumplir enteramente, porque tambien los Mercaderes urgian; y así de cosecha en cosecha se recargáron de modo los que debian al Diezmero, que éste quebró [14] y se perdió con los adeudados. En fin vino la flor de la cosecha en que pensaban pagarlo todo; pero por disposicion del Altísimo, al llegar las mazorcas al tamaño de una almendra, se cayéron todas (y aun se caen) de los árboles, con el desconsuelo que se dexa entender, de los Amos.

No convengo en que luego y á ojos cerrados se llame castigo de Dios aquello, que tal vez con sério y diligente examen se hallará que proviene de causas naturales. Los enemigos del Cacao en flor y tierno son los yelos y los vientos Nortes: yelos no los permite el templo perpetuamente cálido de aquella Isla: contra los Nortes, que en ella rara vez corren, hay el resguardo de otras arboledas inmediatas y bosques espesos: los árboles del Cacao, aunque ya abandonados y cerrados de maleza, se mantienen lozanos florecen, y se les cae la fruta tierna; y así es aquí preciso buscar superior causa, y confesar con toda humildad (como lo confiesan aquellos Isleños) que éste fué castigo de Dios por la culpable omision en pagar los diezmos. Y á la verdad en este caso ató su Magestad las manos á la crítica; porque como dixe, quitó el Cacao á todos, ménos á N. Rabelo, oriundo de Tenerife, una de las Islas Canarias, que era el único que pagaba, y prosigue pagando con toda puntualidad su diezmo, no solo de los árboles, que por aquel tiempo tenia fructíferos, sino de los que ha ido añadiendo, y van fructificando. Si se quiere replicar que la hacienda de Rabelo tal vez está fundada en mejor migajón de tierra y en sitio mas abrigado, responden los mismos vecinos de la Isla, que no; y que Dios ha premiado á éste su puntualidad, y que todavía reprehende [15] con este exemplar su mal considerada omision.

Aunque no nos habiamos apartado mucho de ella, volvamos á mirar con

mayor cuidado la misma Isla: toda ella convida y provoca á su cultivo con la abundancia de otros frutos, ya que por ahora está privada del mas principal. Ella tiene suficiente gentío para defenderse de los enemigos, como se ha visto siempre que ha sido acometida; porque ella misma es su mayor defensa con la continuada espesura de bosques impenetrables. La práctica ha sido retirar sus haberes, mugeres y chusma: ponerse en emboscadas, y dexar entrar al enemigo por los dos únicos caminos que han abierto por el bosque: uno del Puerto de España, y otro del de Caroni. Viendo la Isla sin una alma y sin bienes que saquear, tratan de retirarse los enemigos, y aquí es quando oyen los tiros de las escopetas, ven caer muertos á sus compañeros, unos llenos de flechas, otros al golpe de las balas sin ver á los que las disparan, y sin atreverse á penetrar el bosque donde ven que hay mayor peligro; y así han padecido grandes pérdidas, y les han servido de escarmiento. Lo mas singular que tiene esta Isla, son los minerales ó manantiales de Brea: manantial llamó un lago de Brea líquida, que está no léjos de la punta ó cabo del Cedro. En la medianía del camino que hay desde la Capital á uno de aquellos Pueblos de Indios, poco ántes que yo fuese á la Isla, se hundió una mancha de tierra por donde estaba el camino, y luego en su lugar remaneció otro estanque de Brea, con espanto y temor de los vecinos, recelosos de que quando ménos piensen, [16] suceda lo mismo dentro de sus Poblaciones. Poco mas al Oriente del cabo del Cedro, en el mismo batidero del mar, hay un mineral de Brea endurecida, á modo de pizarra ó de greda seca: él es inagotable; porque todos los pasajeros dan fondo allí, y cargan mucha cantidad de ella: (y yo tambien llevé para el calafate de las Embarcaciones de que usamos en Orinoco) á poco tiempo crece ó renace otra tanta, y llena los huecos de la que se han llevado, al modo de lo que sucede en las minas de sal de piedra, que tambien crece y llena el hueco de la que se sacó. Los prácticos de la Isla, que iban conmigo, me aseguraron dos cosas: la una que por estar cerca el lago de Brea líquida, están todos persuadidos que aquella que allí se endurece, es la que del lago se transmina; lo que no es difícil de creer: la otra cosa que aseguraban es, que algunos Navíos extranjeros van á cargar de Brea: que la sólida echan por lastre, y la líquida llevan en pipas y barriles. Valga esta noticia segun el dicho de los tales, y no mas; porque despues no se me ofreció oportunidad para averiguarla mas; sí bien por ser hijos de aquella Isla, no es despreciable su relacion.

Si esta Isla se puebla con la gente que requiere el cultivo de toda ella, lo primero, los frutos que llevo insinuados (especialmente el Añil) fundarán un grande Comercio con notable utilidad de la Real Corona; lo segundo y principal, las Naciones bárbaras y los Indios, que después de haber quitado las vidas á cinco Venerables Padres Capuchinos, se hicieron á monte, se podrán domesticar, y reducir á nuestra santa Fe: [17] y en fin se lograrán las utilidades que de lo que llevo referido, fácilmente se deducen. Pero ya es tiempo de que sin salir de esta Isla, demos una ligera, ojeada á una y otra Costa, de la Tierra-Firme.

Desde el promontorio ó cabo que se levanta en la parte Occidental ácia las bocas de los Dragos, se descubren las altas Serranías de la Costa de Paria: muros en que el Oceano rompe sus olages con estrépito furioso, y es terreno que pertenece al Gobierno de Cumaná, aunque no está del todo

sujeto; porque por mas que se han esforzado y trabajado los Reverendos Padres Capuchinos de la Provincia de Aragon en su ministerio Apostólico, todavía hay Naciones de Gentiles en aquellas Costas, que gustan mas de la amistad y trato con los Estrangeros: punto digno de la atencion y reparo que requiere.

Digo pues que desde este cabo abanzado de los Dragos, en que nos consideramos hasta Cumaná, hay cincuenta leguas de Costa: hasta la Guaira, Puerto de Caracas, se computan doscientas leguas: hasta la boca de la laguna de Moraibo doscientas y sesenta; y hasta Cartagena poco mas de trescientas leguas. No me detengo en apuntar la fertilidad de estas Costas, por ser notorias: ni quiero decir la pena y lástima que me acongoja, viendo que aunque en ellas hay gran número de Indios reducidos á nuestra santa Fe, con todo en Cabo de Vela, en la Provincia de Maracaibo, en la de Santa Marta, y en la de Cartagena ácia el Dariél, y desde éste hasta Portovelo y Panamá hay tanta multitud de Gentiles por domesticar, y tantos los daños que hacen á [18] los Christianos, asi Españoles como Indios, que rehusa la memoria trasladarlos á la pluma. Por lo qual, pasemos á la parte Oriental de la Isla, y puestos en la punta ó cabo de la Galera, observaremos la Costa Oriental de la Tierra-Firme; y aunque es preciso ver en ella mayores lástimas, por mas que procuremos cerrar los ojos, con todo pasemos de largo por las Colonias de Esquivo, Berbis-Corentín, y no hagamos pié en la Ciudad de Surináma, Costa de que se apoderaron los Olandeses despues de largos debates con los Indios Carives y Aruacas; cuya amistad ganaron finalmente, sin otra mira que la del Comercio y del interés; pues sus Ministros y Predicantes no han dado muestras de compadecerse, viendo morir sin enseñanza y sin Bautismo tantos Indios; pero todos cuidan de plantages de Achote, de Café y de grandes ingenios de labrar Azúcar; lo qual me consta de varios de ellos que me buscáron unos para abjurar sus heregías, y otros católicos ocultos, para confesarse; que á todas partes se estiende la paternal piedad de Dios para los que la imploran, y desean salvar sus almas.

Siguiendo la Costa, debemos consolarnos al llegar á la Cayana, Ciudad y Fuerza regular, con Gobernador y Capitan General, y la Guarnicion necesaria, Provincia sujeta al Christianísimo Rey de Francia: (los ménos inteligentes confunden la Cayana con la Guayana, que está en Orinoco á sesenta leguas de las bocas) los frutos del terreno de la Cayana son los mismos que insinué arriba darse en la Costa de Surináma. Digo los frutos de la tierra, porque se cogen á manos llenas otros mas apreciables para el Cielo en [19] muchas y muy floridas Misiones, que los Padres de la Compañía de Jesus han fundido, cultivan y aumentan cada día á expensas de la Magestad Christianísima. Desde la Isla Trinidad hasta la Cayana se computan ciento y quarenta, y ciento sesenta desde la Cayana al rio Marañón

De modo que miradas en comun y á lo léjos esta Costa y la Occidental, hallaremos que el rio Orinoco ocupa y desemboca en la medianía y centro de los dos: véase el Mapa de M. Blaeuv (15) y otros, y se hallará que desde la boca grande del Orinoco hasta el cabo de Norte, donde empieza el Golfo dulce, que resulta del rio Marañón, hay trescientas leguas de distancia; y otras trescientas desde la boca última del Orinoco, llamada Manabo, hasta la Ciudad de Cartagena. Si algun brazo del Marañón entra en Orinoco, ó si

entra al mar por la Costa de la Cayana, es cuestión curiosa, que trataré en el capítulo segundo de esta primera parte.

El primer descubrimiento de la Isla Trinidad del río Orinoco y de Paria fué fruto de los afanes y de la constancia invencible del Almirante Colón (16) en su viaje tercero, año 1498; y fué la primera parte de Tierra-Firme que vieron los Españoles, de todo quanto es el vasto continente de ambas Américas: gloria que han mirado con ceño las Naciones de Europa: blasón y honra que con cautelosa industria procuró apropiarse Américo Vesputio; pero en vano, como prueba (17) muy [20] bien nuestro Herrera (18), y con muchas hojas el R. P. Fr. Pedro Simon en su historia (19). El descubrimiento reducido á Compendio, pasó así:

Oprimido, Colón de los calores de la línea equinoccial, habia vuelto ya la Proa á las Islas Antillas, que tenia conocidas y demarcadas en sus dos primeros viajes: quando Martes, día 31 de julio del citado año, á la hora del medio día, divisáron los tres picachos de las bocas de los Dragos, Costa de Paria y de la Isla, á quien llamó Colón de la Trinidad; y por consiguiente vieron luego, ó poco despues, la Tierra-Firme: y aunque en ese día y en el siguiente, que fué el primero de Agosto, navegáron entre la Trinidad y algunas bocas del Orinoco, no pensó Colón en que fuese Tierra-Firme; porque aquellas bocas le parecian otros tantos brazos de mar; y por lo tanto, admirado de la lozanía de las arboledas de las Islas del Orinoco (20), las llamó Islas de Gracia; y á la Costa de Paria, que en forma de semicírculo ciñe al Golfo, llamó el día siguiente Isla Santa; no acabando de creer (aunque lo deseaba mucho) que ella fuese Tierra-Firme (21). Pero el día 10 del dicho mes reconocieron las Lanchas (22) quatro bocas solas, de las muchas que tiene el Orinoco, á quien los Indios llamaban Yuyápari: y con la noticia de solas aquellas quatro bocas [21] se maravilló mucho Colón de que hubiese en el mundo río de tan soberbio caudal, que llenase de agua dulce un tan dilatado Golfo (23); e hizo otros discursos que refiere Herrera, entre los quales sacó por firme consecuencia, que tan copioso caudal de agua dulce no podía originarse ni recogerse, sino de muy vastos y dilatados terrenos, y de muy remotas Provincias; lo que es tan cierto, que hasta hoy solo conocemos la mitad de las que baña y fecunda el grande Orinoco, cuya descripción (aunque diminuta, por lo mucho que resta por descubrir) es el objeto de esta historia, para la qual ofrece mucho y apreciable material.

Pero seame lícito hacer aquí una breve reflexión sobre el día y circunstancias de su descubrimiento en honor y obsequio de mi grande Patriarca San Ignacio de Loyola. Día 31 de Julio, día feliz para el Almirante Colón, feliz para la Monarquía Española, feliz y dichoso para tan innumerables almas de Indios, que se han salvado y salvarán, y día muy especialmente feliz, porque le tenia ya destinado la eterna y sabia Providencia del Altísimo, para que á su tiempo celebrase en él (como lo executa) nuestra santa Madre Iglesia todos los años la memoria de las heroicas virtudes, celo apostólico y las demás glorias del admirable Patriarca San Ignacio, á quien la Rota da el nombre de Apóstol (24), no solo por los ministerios en que se empleó, sino tambien por [22] los Varones apostólicos que repartió por la Europa; y por el grande Apóstol San Xaviér, que envió á las Indias.

Y es digno de reparo, que en el año 1491, en que el Almirante Colón,

despues de concebida aquella alta idea y dictámen, de que ácia el Occidente podia descubrir un nuevo mundo: y al tiempo que en Santa Fe, Vega de Granada, trataba vivamente del descubrimiento con los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabél, á ese tiempo nació San Ignacio en Guypúzcoa, en su Casa Solariega de Loyola (25): y que despues descubrió Colón la primera parte de la Tierra-Firme de las Américas, y el grande Orinoco en ella, año 1498 (26), al entrar San Ignacio en los siete años de su edad. De modo que al mismo tiempo que á aquella grande alma se le aclaraba el uso de la razon, rayó y amaneció la noticia cierta del nuevo mundo Americano; campo basto, en donde con tanto sudor y sangre de sus venas han sembrado y siembran los hijos de Ignacio el grano del Evangelio, con tan abundantes cosechas de almas, como publican aun los enemigos de nuestra santa Fe.

De aquí es lícito inferir, que como á la sábia y suprema Providencia del Altísimo está patente toda la série de lo que ha de venir, sin la menor sombra de aquellas, que para nosotros son y llamamos contingencias; dió su Magestad á Ignacio, y le previno con aquella grandeza de ánimo, [23] en atencion á la alteza del espíritu y celo apostólico, á que habia de subir: y al mismo tiempo que su Magestad formaba los senos de aquel grande corazon, descubriria nuevos Mundos, Reynos y Provincias incógnitas para dilatadas Palestras del ardiente espíritu de Ignacio, que habian de heredar sus hijos. Es verdad que los Operarios de la Mínima Compañía de Jesus llegaron mas tarde á las Indias que los de algunas otras esclarecidas Religiones, porque nacieron éstas mas temprano que la nuestra. Tambien es cierto, que (exceptuando al glorioso Apóstol San Francisco Xaviér y sus apostólicos Compañeros) el resto de aquellos primeros jesuitas, especialmente en las dos Américas, entraron en aquella inmensa mies como Ruth, recogiendo las espigas, á que no podia alcanzar el afan de tan fervorosos y atareados Segadores; pero como el campo era, y aun es, tan sumamente dilatado, dispuso luego el Supremo Padre de familias y Dueño de la heredad, que los hijos del grande Ignacio se incorporasen como Ruth con los demás Segadores Evangélicos, y á hoz tendida recogiesen las almas de los infieles, copioso fruto y tambien premio de su fervor y espíritu.

Por todo lo qual me persuado que con altísimo acuerdo dió su Magestad al Mundo antiguo las primeras noticias del Mundo nuevo, quando en Ignacio tiraba aquellas primeras líneas tan singulares, que cada una pudo ser diseño de un gigante de santidad. Y que por la misma causa dispuso y acordó que el dia 31 de julio fuese el señalado en el secreto de su eterna Sabiduría, para descubrir á España las Américas, y para que [24] después en ellas, en España y en ambos Mundos, antiguo y nuevo, se celebren todos los años en el mismo dia los méritos y gloria singular de San Ignacio.

En fin ruego al benévolo y piadoso Lector prepare su ánimo, y con la mas profunda reverencia adore y venere conmigo los recónditos juicios del Altísimo, y la oculta, pero siempre sábia y acertada Providencia del todo Poderoso, al ver y considerar, que siendo Orinoco y sus Costas las Provincias de todo aquel vasto Mundo, que se fué descubriendo poco á poco, se ve tantos años ha florecer la Religion Católica en los dilatados Reynos de la Nueva España, del Perú y en muchas de sus recónditas Provincias: reducidos á policia y vida racional sus Indios: edificadas Ciudades

populosas con los adelantamientos que son notorios. Y al contrario, vemos las Costas internas y las marítimas del Orinoco todavía llenas de bárbaros, sepultados en las sombras de su ignorancia, y batallando la luz del santo Evangelio, para abrirse paso por entre el horror de aquellas tinieblas. Es verdad que ilustra ya la luz de la santa Doctrina á muchas de aquellas Naciones; pero son muchas mas las que cierran los ojos, por no ver su claridad, y se tapan los oídos para no oirla ni entenderla, frustrando el anhelo y afán de los Operarios, que insisten en procurar su salvación eterna. ¡Oh, quiera la Divina Piedad logren estas Naciones el bien que tanto ha logran otras muchas de las Américas! y aunque entren tarde, y casi con los últimos, sean contados entre los primeros; y ya que fueron los primeros en dar buenas esperanzas á los Argonautas Españoles, se cumpla en [25] ellos el vaticinio de nuestro Redentor (27), agregándose quanto ántes estas ovejas perdidas al rebaño de esta santa Iglesia.

A este nobilísimo fin, como á centro único, corren todas las líneas de esta breve historia; el qual á la verdad será mas asequible, sabiendo los Operarios de antemano, las calidades de los terrenos, los genios de las Naciones, sus estilos, sus errores, y el método mas fácil de domesticar y enseñar (28) á aquellas gentes: para lo qual registremos primero el terreno que ocupan.

§. III

Noticias prévias del gran río Orinoco

El primer Europeo que vió el Orinoco, y toleró la rapidéz de los hileros, que son canales de agua del mismo río, que rompiendo camino por el Golfo, arrebatan las Embarcaciones, aunque sean de alto bordo, fué (como ya dixé) el célebre Almirante Colón, en el año 1498; en cuyo Diario apuntó, que atravesando el Golfo Triste, desembocó por los Dragos, y pasó por la Isla Margarita (29); y como consta del Plan, no pudo atravesar dicho Golfo, sin costear á vista de las bocas de Orinoco, dexando al Golfo el nombre de Triste, porque desde su centro no ofrece resquicio [26] para hallar salida; y á la única y estrecha que tiene, llamó Bocas de los Dragos ó Dragones, por el mal pasage que le diéron, y dan todavía á los navegantes, que en cada nuevo monte de agua temen un naufragio.

Después de treinta y siete años de este primer descubrimiento fué Diego de Ordáz el primer Español que se atrevió á tantear las bocas del Orinoco, año 1535; pero todo su afán paró en desgracias, pérdidas de gente y de Embarcaciones (30). No por eso perdió el ánimo Alfonso Herrera; el qual, excediendo los bríos de Ordáz, venció las bocas, penetró y superó los raudales furiosos de Camiseta y Carichana, que en cada escollo amenazan muchos naufragios (31): dió fondo en la boca del río Meta; y perdida casi toda su gente, ya en los convates con los Indios, ya por falta de Bastimentos, como latamente se ve en Herrera (32) y M. Laet, se retiró tan perdido como Ordáz.

Poco después, en el año 1536, creciendo la voz y fama del Dorado (33), esto es de cierta Provincia de Enaguas ó de Omaguas, que en los Mapas se apunta con nombre de Manoa, y que se ideaba (y aun hay fundamento para ello) llena de grandes tesoros, se arrestaron á descubrirlos Pizarro

desde el Perú, Pedro de Ordáz desde Quito, y Gonzalo Ximenez de Quesada desde el Nuevo Reyno despachó á Don Antonio Berrió: éste llegó [27] al Orinoco; perdió casi toda su gente, y murió en la demanda. No fué mas feliz el éxito de los enviados, así de Quito como del Perú, porque muy pocos de ellos salieron con vida: ciega los ojos el amor á las riquezas, para que no se vean los peligros.

Después, en el año 1541, habiendo el Adelantado Pizarro dado la Presidencia de Quito á su hermano Gonzalo Pizarro, hizo éste reclutas para descubrir el Dorado; cuya fama crecia como espuma: él mismo con parte de las tropas tomó su rumbo por los Andes y Páramos, que dan paso muy árduo para la Provincia de los Mojos (34): con el resto de la gente destinó en Gefe á Don Francisco de Orellana: el Presidente Pizarro, perdida su gente, rico de trabajos y miserias, salió á Quito: Orellana se llevó la Piragua, y sin acordarse mas de Pizarro, se dexó llevar de las corrientes del rio Marañón con grandes fatigas y trabajos; con las mismas costeó la Cayana, hasta que se encontró con las bocas del Orinoco y Golfo Triste en el mismo año 1541, sin mas utilidad de tan árduo viage, que haber demarcado (como mejor pudo) el rio Marañón.

Entretanto, ya Diego de Orgáz que como dixé, fué el primero que recejó y venció las corrientes del Orinoco, habia vuelto de España con los poderes del Señor Emperador Cárlos Quinto, para que solo Ordáz y no otro, corriese con el descubrimiento del Dorado y de todo el Orinoco: el qual magnífico aparato paró en la desgraciada fundacion de Santo Tomé de la Guayana; fabricada de casas [28] pagizas en la boca del rio Caroní, enfrente de la Isla que se le dió á Fajardo, que hasta hoy retiene el nombre de su Amo. En su mayor auge tuvo dicha Ciudad ciento y cincuenta casas: las abundantes cosechas de tabaco, y el ganado mayor, que multiplicó mucho, daban vastante útil á los Fundadores; pero sonó en Inglaterra el eco de Orinoco y del Dorado; y luego partió en su busca Monsieur Ralego (35), y entró en dicho rio con mano armada, año 1545, para ser testigo de sus pérdidas y desgracias, y no mas. El año siguiente 1546, otro Inglés, llamado Keymisco, envidiando los tesoros, que suponía en manos de Ralego, se armó, navegó y se asomó á la Guayana: temió, y se retiró sin honra y sin dinero.

Pero Ralego, encaprichado con su Dorado, armó al Capitan Mathamo, año 1547, con tal desventura de vientos y borrascas, que ni aun llegó á ver las bocas del Orinoco (36). Entretanto, Ralego estuvo catorce años preso en Londres; y por salir de su prision, hizo tan factible á su Rey en varios memoriales la conquista del Dorado, que consiguió libertad y poderes para aviarse, como lo hizo, armando cinco Naos á costa de sus amigos, esperanzados con una rica recompensa: llegó al Golfo Triste, llevando consigo á Keymisco por práctico, á quien Ralego envió bien armado á la Guayana, y con él á un hijo único, para mas asegurar el lance. Era ya Gobernador de la Guayana Don Diego Palomeque, quien á causa de los ataques pasados, habia agenciado y [29] conseguido del nuevo Reyno ciento y cincuenta hombres de socorro, á tan buen tiempo, que Keymisco fué vigorosamente rechazado con pérdida de mucha gente, y muerte del hijo del General Ralego, el qual gastó el resto de su vida llorando sus infortunios, la muerte de su hijo y el parto infeliz de sus mal concebidas ideas; cuyo fatal éxito fué causa de que los Ingleses no pensasen mas en

Guayana ni en el Dorado; del qual trataré en el capítulo último de esta primera parte.

No así los Olandeses; porque estos entablaron en Guayana el trato del tabaco con tanto calor, que habia año que subian y baxaban nueve ó diez Fragatas cargadas (37). Pero como despues se hubiese publicado la Real Cédula, en que su Magestad prohibió todo género de tratos con los Estrangeros, el Capitan Jansón, año 1579, socolor de cobrar la deudas atrasadas, se puso á vista de la Guayana con una Fragata armada en guerra, ocultos los Soldados baxo de la escotilla, para que los vecinos no los viesen; y al anocheecer asaltó, saqueó y pegó fuego al Lugar. De los fundadores y vecinos, unos se refugiaron á Cumaná, otros se esforzaron á reedificar la Guayana en el lugar que tiene hoy, diez leguas mas abaxo de Caroní; para cuyo resguardo se fundó el Castillo, que despues fué saqueado por los Franceses juntamente con el Lugar, con tan poco útil del Corsario, que á costa de varios mercantes de la Martinica se habia armado, que él y ellos quedaron destruidos; porque [30] en la nueva Guayana no habia otra cosa que saquear sino desdichas; y así, su misma pobreza fué su mayor resguardo y defensa. Es verdad que despues se animaron los vecinos y gentes de la Guayana; y de los Llanos de Cumaná y Barcelona traxeron ganados y yeguas, de que han resultado crias, que dan jugo y utilidad. Fuera de esto, se restableció la siembra del tabaco y otros frutos, lo qual junto con el camino real que se abrió y se trajina á los Llanos de Cumaná, se ha hecho habitable y llevadero el sumo retiro ó destierro de la Guayana.

Por aquel mismo tiempo los Padres Ignacio Llauri y Julian de Vergara, despues de haber hecho mucho fruto en San Joseph de Oruña, Isla de la Trinidad, domesticaron reduxeron á vida civil á la Nacion Guayana; fundaron cinco Iglesias, y pusieron todo esfuerzo en doctrinar aquellas gentes, como consta de los mismos libros de Bautismos, que hoy tienen en dichos Pueblos los RR. PP. Capuchinos, y yo los he visto y leído; pero como con la invasion del dicho Corsario quedó todo saqueado y destruido, murieron muchos al rigor de la hambre; y entre ellos el Venerable Padre Llauri, Varon de abanzada edad y de conocida virtud, de quien hace mencion la Historia General de mi Provincia. El Padre Julian de Vergara tuvo orden de restituirse á las Misiones de Casanare, como lo executó despues de haber entregado los Pueblos Guayanos á un Religioso del Gran Patriarca Santo Domingo, y á un Padre Recoleta del Doctor de la Iglesia San Agustin. Poco despues tomaron posesion los RR. PP. Capuchinos, que hasta hoy cultivan aquella Nacion, sin que jamás [31] hayan pensado los Misioneros jesuitas volver á dichos Pueblos, y mas estando en manos de tan fervorosos y Apostólicos Operarios. La verdad cierta es ésta; y todo lo que se ha dicho en contrario, son palabras que se lleva el viento. Y mas quando media un compromiso hecho por los Superiores de las Misiones de Piritu de Padres Observantes de San Francisco, por el Prefecto de los Padres Misioneros Capuchinos y por el Superior de las Misiones de la Compañia de Jesus, con autoridad de su Padre Provincial Francisco Antonio Gonzalez; el qual compromiso autorizaron los Señores Gobernadores Don Carlos de Sucre, que entraba, y Don Agustin de Arredondo, que salia de aquel Gobierno, año 1734. El qual aprobó la Magestad del Rey nuestro Señor, como muy conveniente al servicio de ambas Magestades; porque en dicho compromiso se

señalan los terrenos y términos, á que cada uno, de los tres Cuerpos de Mision se debe, y puede estender en el cultivo y bien de aquellos Gentiles. Van dichas divisiones demarcadas y rotuladas en el Plan que puse al principio; y ojalá (como dixo allá Moysés) todos fuéran Profetas (38), para que todas aquellas Naciones entrasen quanto ántes por la puerta de la Santa Iglesia.

Al tiempo que el Venerable Padre Llauri y su Compañero doctrinaban la nueva Guayána, trabajaba apostólicamente al Poniente del Orinoco aquel gran Siervo de Dios y Venerable Padre Caravantes, Religioso Capuchino, con los prodigios y fruto espiritual que se ve en su vida, que anda impresa [32] con general edificacion; pero debemos venerar los ocultos juicios de Dios; porque como gran parte de aquellas gentes, que convirtió y bautizó S. Luis Beltrán, gloria de la esclarecida Religion de Predicadores, en la Provincia de Santa Marta, se volviéron despues á su bárbara gentilidad, en que hoy persisten rebeldes á Dios y al Rey nuestro Señor: así en Orinoco apénas quedó rastro ni memoria del fruto, afanes y sudores del Venerable Padre Caravantes; y prevaleció la cizaña.

Pero ya es hora de dar á conocer el gran rio Orinoco, sus caudalosas corrientes las vertientes que recoge, su altura Polár y grados de longitud.

Capítulo II

Situacion del rio Orinoco, y caudal de aguas que recoge

Como quiera que cada rio es una cadena dilatada de muchas aguas enlazadas unas con otras, que se van deslizando por varios terrenos, segun la longitud de sus corrientes; siendo la del rio Orinoco de tantos centenares de leguas, quantas por el ayre corresponden á veinte y cinco grados y algo mas de longitud, que corren sus raudales, suman quinientas leguas; y otras tantas mas, que, dando vueltas y revueltas, se arrastra por tierra, buscando paso franco: no vasta pues (para la claridad que deseo) demarcar solamente la altura al Norte de sus bocas, para que todos entiendan la variedad del terreno que fecunda y baña el Orinoco; y así daré señas mas individuales. Su [33] boca grande, que llaman Boca de Navios, está en ocho grados y cinco minutos de latitud, y en trescientos diez y ocho grados de longitud. Dixe la Boca grande, que cae al Barlovento de la Costa; porque de ésta hasta la última, que entra en el Golfo Triste, hay notable diversidad; y es hallarse esta última boca, llamada Manabo pequeño, en trescientos y catorce grados de longitud esto es, quatro grados distante la primera boca de la última: tan dilatadas como esto son las fauces por donde el Orinoco se desagua. Es verdad que forman tal laberinto de Islas que despues de exquisitas diligencias para averiguar el número puntual de las bocas de Orinoco, que con ellas se forman, di por inasequible el empeño. La última diligencia que hice, fué congratular á un vecino de la Guayana, que habia vivido quince años en dichas Islas con los Indios Guaraúnos sus habitantes; por lo qual era tenido por el mas noticioso y práctico en las dichas bocas: fui formando el borrador segun lo que yo tenia demarcado, y lo que el tal práctico añadía, hasta que apuntadas ya casi treinta bocas por sus nombres, protestó que no sabia

mas. Por esta causa, ni mi Plan, ni el de Mapista alguno es ni puede ser puntual en la individuacion de dichas bocas, que aun en la voz comun no hallan certidumbre: unos afirman que son quarenta bocas: otros que son cinquenta y cinco; y muchos dicen que son sesenta. Yo digo que todo es adivinar; porque sé que los mismos Guaraúnos, dueños de las Islas y de las bocas, no solo no saben el número de ellas, sino que muchas veces se pierden en el laberinto de caños, y se ven obligados á [34] salir al Golfo, para tomar el rumbo que perdiéron. Lo mismo ha sucedido y sucede á los pasajeros, si no llevan Piloto diestro, tanto al ir al mar como al volver; y han perecido muchos de hambre, sin saberse en donde, sino por las señas de la Piragua que se encuentra abandonada: ni vale aquí dexarse llevar de la corriente (esto solo es bueno en las bocas y brazos caudalosos) en los demás, entretegidos unos con otros, suben y baxan las maréas con mas fuerza; por lo qual, lo que el Barco anda en seis horas, lo desanda en otras seis; y lo peor es que ni al andar ni al desandar saben los pasajeros, si suben ó baxan, sino es los que llevan abuja, y quien la entienda.

Arriba, donde el rio Meta entra en Orinoco, se halla ya éste en solos dos grados de latitud, y en trescientos y seis de longitud. Después, en todo lo que tenemos registrado hasta el rio Guabiare y sus contornos, camina Orinoco á veces un grado, y á veces medio, apartado de la línea Equinocial, sí bien sus mas retiradas cabeceras, conocidas por tales en Timaná y Pasto, se apartan hasta grado y medio del Equinoccio.

Ahora es bien que tomando el Orinoco contra su corriente, registremos de paso las bocas de los caudalosos rios que recibe. Digo caudalosos, porque como en el Plan no puse de industria los rios pequeños, caños ni arroyos innumerables que recibe, para evitar la confusion, por la misma causa no haré aquí mencion sino de los rios de primera magnitud. Sea el primero de estos, como vamos rio arriba, el que realmente es último, si miramos á Orinoco agua abaxo. Llámase Caroní, distante de la Boca grande setenta [35] y seis leguas: es rio caudaloso, y sus cabeceras todas están, como indica el Mapa, de este lado de la gran Cordillera, que acompaña el Orinoco por la vanda del Súr, desde que nace en los Páramos de Pasto y Timaná, hasta que se descarga en el Océano. Baxa Caroní precipitado continuamente entre peñascos: y una legua ántes de entrar en Orinoco, se desgaja con un formidable salto, con tal estrépito, que se dexa oír de muy léjos; de donde sale tan rápido, que al entrar rechaza las corrientes del Orinoco, un largo tiro de fusíl, con la evidente señal que distingue por largo espacio de rio abaxo las unas de las otras aguas; las del Orinoco siempre turbias en tiempo de lluvias por las crecientes, y en tiempo sereno por los vientos que levantan olage como en el golfo, y éste derriba barrancas, levanta arenas, y enturbia el agua: la del río Caroní corre con aspecto negro, por el fondo de arena negra que trae, y sobre que corre; pero cogida en un (39) vaso el agua que parecia negra, se ve clara como un cristal: es delgada y sana: y es voz comun de los Naturales, que aquella arena negra (que se aprecia mucho para las salvaderas) la extrae el rio Caroní de los minerales de plata, por donde dicen que pasa.

A ochenta leguas de Caroní (medidas por elevacion, porque atendiendo á las vueltas del Orinoco hay mucho mas de cien leguas) damos en la boca del rio Caura, que al primer aspecto, parece tan caudaloso como el mismo

Orinoco, y entra también por el lado del Súr; de cuyas altas Serranías recoge su caudal: sus cabeceras son conocidas, y son como van expresadas en el Plan: está [36] su boca en cinco grados y medio de latitud, y en trescientos y doce de longitud; y ésta es puntualmente la altura, en la qual la carta última sobre las observaciones de los Científicos de la Real Academia de las Ciencias de París pone comunicacion mútua entre Marañón y Orinoco, por un brazo ó rio llamado Negro; y si bien en la longitud convienen, le ponen en un solo grado de latitud.

Monsieur Sansón Fer, Geógrafo particular de la Magestad Christianísima, en la Carta moderna de 1713 pone la misma comunicacion de aguas por el dicho rio Negro, en los mismos dichos grados, uno de latitud, y trescientos y doce de longitud. Bien sé que aquellos Señores, sutiles argos de las Ciencias, y linceos para averiguar y establecer lo mas cierto, no solo no llevarán á mal, sino que apreciarán el que yo afirme, que despues de costeadada una y muchas veces la dicha altura, y las demás de latitud y longitud, que baxa Orinoco bañando por la vanda del Súr, desde mas arriba del raudal Tabaje, situado en trescientos seis grados y medio de longitud, y un grado y quatro minutos de latitud: ni yo, ni Misionero alguno de los que continuamente navegan (40) costeadando el Orinoco, hemos visto entrar ni salir al tal rio Negro. Digo ni entrar ni salir, porque supuesta la dicha union de rios, restaba por averiguar de los dos, quién daba de beber á quien; pero la grande y dilatada cordillera que media entre Marañón y Orinoco, escusa á los rios de este cumplimiento, y á nosotros de esta duda. Fuera de que, aunque la cuidadosa observacion del Padre Samuél Fritz en su Plan del grande rio Marañón demarca la cabecera del rio Negro casi en [37] cinco grados de latitud, no se atreve á unirlo con el rio Orinoco; ni pudiera, sin romper una elevada Serranía, para dar paso al Orinoco ácia Marañón, ó al Marañón ácia el Orinoco. Finalmente, Guillermo y Juan Bleau (41), en la Parte segunda de su Teatro ó Atlas nuevo y Monsieur Laet en la décima Parte de sus Recopilaciones, no ponen al tal rio Negro unido con Orinoco, ántes bien demarcan las cordilleras que separan á uno de otro rio. Verdad es que como estos Autores puramente recopilan variedad de noticias, mas me atengo á lo que vió el Padre Fritz en Marañón, y á lo que yo tengo visto con cuidado en Orinoco.

Ni obsta á lo dicho el que el Regio Historiador Herrera, el Reverendísimo Padre Fray Pedro Simón, y uno ú otro moderno se aleguen en contrario porque aunque aquellos por mas antiguos, y estos por otros debidos respetos, se deben apreciar y atender; con todo, habiéndose registrado muy de propósito por sugetos inteligentes y fidedignos los rios de Marañón (42) y Orinoco, y escrito lo que hay, como testigos oculares, es necesario dexar la opinion dudosa, y seguir la mas averiguada, sin que esto sea desairar á los de la opinion antigua, como se ve á cada paso entre los Autores en todas las materias controvertidas de Geografía.

Y descendiendo al punto de la nuestra, véase á Herrera (43), y se hallará que realmente confunde, no solamente las bocas del rio Marañón con [38] las del Orinoco, sino tambien el origen y cabeceras de uno y otro rio: de aquí es, que el Reverendo Padre Fray Pedro Simón en su Historia del nuevo Reyno (44), siguiendo al mismo Herrera, (á quien allí cita) roborá y confirma la misma confusion que halló escrita, y dice: Que el Capitan Ordáz entró en el Marañón por la boca del Drago, que es lo mismo

que si nos dixerá: que el insigne Navío la Victoria, despues que dió vuelta á todo el mundo, entró en Guadalquivir, no por la Barra de San Lucar, sino por la de Bilbao; porque tanto como estas Barras distan tambien entre sí la boca de los Dragos, que es una (ó por mejor decir las unas) del Orinoco, de la boca del Felipe, que es una de las del rio Marañón; de modo que, como ya dixé, las bocas del Orinoco distan de las de Marañón trescientas leguas (45).

Fuera de que el mismo Fray Pedro Simón (46) se hace cargo de que otros juzgaban, que el Marañón entraba en el Mar mas al Este, como realmente sucede; y sin dar prueba alguna, añade una noticia curiosa, diciendo: Que ni éste ni el otro rio se llamáron Marañón, hasta que el Tirano Lope Aguirre les puso el nombre con sus marañas. Y concluye su capítulo, dexándolo todo en la misma duda (47) en que lo halló, diciendo: Que sea ó no sea Marañón el rio Orinoco, así lo llamará quando ocurra hablar de él. De esta confusion nació despues el afirmar contra lo que despues ha mostrado la experiencia, que el rio Negro [39] iba ó venia (venciendo imposibles) y unia á los dos famosos rios; con lo qual quedó compuesto (pero no averiguado) «que el Tirano Aguirre navegó parte del rio Marañón; y después por el ideado paso del rio Negro se traspasó al rio del Orinoco, por cuyas bocas salió al mar del Norte».

Pero oigamos ya lo que el Padre Acuña de la Compañía de Jesus nos certifica en el Memorial que presentó al Rey nuestro Señor, de todo lo que exâctamente observó en la exploracion del Marañón por órden de la Real Audiencia de Quito: habla del rio Negro, que en el márgen le llama el Felipe, rio treinta y cinco; y dice: «Que un brazo del rio Negro se va y entra en el rio que llaman Mar dulce, que segun su parecer es la boca grande del Marañón, llamada rio de Felipe». Y luego añade el Padre Acuña: «Y lo que puedo asegurar es, que el tal rio de Felipe en ninguna manera es Orinoco; cuya boca principal cae enfrente de la Isla de la Trinidad, cien leguas (diga trescientas) mas abaxo del rio de Felipe; (nota) por el qual salió al mar del Norte Lope de Aguirre». Palabras son éstas, que á fuer de clarísima luz no dan lugar á la menor sombra de duda en esta controversia.

Y si alguno replicare que el tal brazo del rio Negro entra en el rio que llaman Mar dulce, segun el Padre Acuña: como quiera que el Almirante Colón (48) y Herrera (49) llamen Mar dulce al [40] Golfo triste que se forma de Orinoco, y desemboca furiosamente por los Dragos, se infiere que Aguirre salió por el Orinoco al mar; pero á la verdad no se infiere tal cosa: lo primero, porque ya añade allí el Padre Acuña, que no es sitio la boca grande del Marañón, llamada rio de Felipe. Y yo añado lo segundo con Herrera y otros, que como Orinoco forma el Mar dulce, que Colón llamó Golfo Triste, también el Marañón, que es mayor que Orinoco, forma otro Mar dulce, que desde que se dobla el Cabo del Norte, ocupa una grande ensenada; en cuyo centro entra la boca grande del Marañón, llamada rio de Felipe.

Y así quede fixo, que ni del rio Marañón, Orellana, Amazonas, Apurimac (50), que es un solo rio con muchos nombres: ni del rio Negro entra, ni hay paso por donde pueda entrar parte de sus raudales en el rio Orinoco; y á no ser constante, lo hubiera visto y notado el Padre Samuél Fritz en su exâctísimo Plan del Marañón: y yo, que de hecho busqué y averigué sus corrientes con deseo de hallar la verdad, si hubiera hallado

tal union de uno con otro rio, la hubiera expresado en mi Plan del Orinoco, y la defendiera en este capítulo.

Siguiendo rio arriba, omitiendo varios rios medianos, que por una y otra Costa entran en Orinoco, hallamos al lado del Poniente las bocas del soberbio rio Apure, en cinco grados y quince minutos de latitud, y en trescientos y diez grados de longitud. Este rio, humilde tributario del Orinoco, [41] mirado su caudal, se puede contar entre los rios mas sobresalientes de la Europa (de éste, mejor que (51) de ningun otro rio de todo el Plan, puedo hablar, por haber gastado nueve años continuos en sus vegas, visto todas sus cabeceras, navegado sus medianías y bocas repetidas veces). Su principal origen está en lo mas alto y áspero de las Serranías del nuevo Reyno, con tal copia de aguas, que desde sus principios niega el vado á los pasajeros en Chitagá, no léjos de la Ciudad de Pamplona, donde casi al nacer necesita y tiene grande y costosa Puente: de allí corre y se precipita por dilatados valles, hasta despedazarse al caer á los Llanos y Selvas de Casanare, campo de las segundas Misiones de la Compañía de Jesus: en dichos Llanos casi á cada paso recibe aumento; porque entran los rios de Sididi, Casidi, Calajau, Ubocá y el de Urú, que descende desde la Villa de San Christóbal, situada en lo mas alto del nuevo Reyno, entre las Ciudades de Pamplona y de la Grita: luego recibe al rio Caperú, que toma sus corrientes de las nevadas que se elevan al Oriente de la Ciudad de Mérida: entran luego en el mismo Apure los rios considerables de Santo Domingo, que recoge las aguas de la Provincia de Varinas; á Masparro y á la Portuguesa, después que han fecundado la jurisdiccion de Guanare; y en fin, es tal el golpe de aguas que recibe en espacio de trescientas leguas, que fatigado de su mismo peso, veinte leguas ántes de Orinoco rompe una selva, y se desagua tanto en el rio Guarico, que baxa tan pobre de la rica Provincia de Caracas, que solo es navegable despues que recibe este abundante socorro, segun se [42] demarca en el Plan: así sangrado y desahogado ya Apure, corre soberbio á entregarse al dominante Orinoco; pero ántes (como se ve en el Plan) se abre en tres bocas tan caudalosas y de corriente tan arrebatada, que parece no tira tanto á entregarse, quanto á tragarse al Orinoco: no lo consigue, por el inmenso contrapeso de aguas que encuentra en éste; pero es tal el choque de unas con otras, que de una legua casi de ancho que allí tiene el Orinoco, pierde el cauce de mas de un quarto de legua á violencias de sola una de las tres bocas de Apure; hasta que turbada su furia entre espantosos remolinos (de que con suma cautela huyen los Navegantes) corre hombreándose con el Orinoco por espacio de tres le guas distinguiéndose de él con lo claro y cristalino de sus aguas, hasta que violentado de los peñascos del raudal del Guarico, se confunden con las turbias olas del Orinoco. Diré para útil advertencia de aquellos Navegantes, que en los dichos remolinos que al chocar Apure y Orinoco se forman, han sucedido muchos naufragios, y yo me he dado por ahogado varias veces en ellos; porque por mas que vire y ahorze el Piloto, llaman y atraen de gran distancia los remolinos á las Embarcaciones con tal violencia, que con subir en mi último viage en un Barco bueno, con mayor y trinquete á viento recio, no obstante la gran fuerza de vela atraxo para sí un remolino al Barco, y le hizo dar dos vueltas en redondo, con riesgo próximo de naufragar las dos veces que recibió el viento por proa: Dios nos favoreció en este aprieto; y el haber (52) añadido fuerza

de remo al coger tercera vez el viento nos libró del remolino. [43]

Prosiguiendo río arriba á la vanda del Súr, entran Pararuma y despues Paruasi, ambos, rios de poca monta. En la vanda del Poniente entra el río Sinarúco; el qual viene con mucha agua del pie del Páramo nevado de Chisgas: en el centro de los Bosques se llama Canaguata; afuera en el llano se llama Rabanal; y despues se entra en un brazo, que el río Apure arroja de sí en el centro de las selvas, que al separarse se llama Masibuli; y afuera en el llano se llama Arauca: y desde que se juntan él y Canaguata, toman el nombre de Sinarúco, y con este nombre entra en Orinoco, en la medianía que hay entre Apure y Meta. Desde las bocas de Apure y Meta hace el Cauce de Orinoco un semicírculo, variado en vueltas y revueltas; pero via recta al Súr: por lo qual está Orinoco en la boca del río Meta, solos dos grados apartado de la línea Equinoccial, y en trescientos y seis grados de longitud.

El río Meta compite en caudal de aguas y distancia de cabeceras con el río Apure; y porque en sus vertientes tenemos gran número de Misiones, baxarémos desde su primer origen, viendo los rios que recoge y las Naciones que mantiene. En la altura mayor del nuevo Reyno de Granada tiene el famoso río Meta su primera cuna, entre las Ciudades de Santa Fe de Bogotá y Tunja, en un Páramo frio, llamado de Albarracín, por una Venta y Haciendas que hay á su falda de este nombre. Dixe que es el terreno mas alto del nuevo Reyno; porque de dicho Páramo nace y tira ácia el Poniente el río Bogotá, que da su nombre á la Capital del Reyno: y despues de fecundar aquel espacioso llano, se precipita de un [44] salto por un formidable despeñadero llamado de Tequendama, y luego entra en el río de la Magdalena. Desde el mismo Páramo ácia el Norte desciende el primer arroyo, que en Tunja se llama río de Gallinazos; despues se llama Sogamoso, y despues Chicamocha, y baxa por varias Provincias, hasta incorporarse en el río grande de la Magdalena, que entra en el mar, entre Cartagena y Santa Marta. Y como dixé del mismo Páramo, baxa ácia el Oriente el río Meta, que al caer al Valle de Turmequé toma este nombre; y despues de recogidas quantiosas aguas en varios Valles de aquella fragosa Serranía, sale caudaloso á los Llanos de S. Juan con el nombre Upia. Ya en el llano toma la vuelta al Nordeste (53); y recibidos varios rios de poca monta, entra en él Cusiana, río que trae, su origen de los Páramos de Toquilla, no muy distantes de Tunja. Poco despues recibe al río Cravo, en cuya boca está la Colonia de la Concepcion, de Nacion Achagua. Despues entra el río Guirripa, no léjos de la Mision de San Miguél, Nacion Saliva. Mas abaxo entra el río Guanapalo, donde está la Mision de San Juan Francisco Regis, Nacion Achagua. A quatro leguas entra el río Pauto, que baxa del riguroso Páramo de Ogontá, recibe al río Tocaria, Curama y otros, y cae en Meta.

Fuera de estos rios recibe despues al río Casare de primera magnitud, cuyo origen son los Páramos nevados de Chita. Este, ántes de entrar en Meta, recibe despues á los rios Purare y Tacoragua. Al Poniente de estos está la Mision de Pautos; y á su Norte la de Patute. Al Oriente (ya en el llano) está la Mision de San Salvador, que sirve de Puerto en Casanare, para baxar á [45] Meta y Orinoco: entra despues en Casanare el río Tame, que baxa caudaloso de las nevadas de Chita, y tiene á sus riberas las dos numerosas Misiones de Giraras y de Betoyes. Mas abaxo entra en Meta el río

Ele junto con el rio Cravo; en cuya medianía ántes de unirse, está la Mision de San Xaviér de Macaguane.

Dicho rio Ele tiene tantas crecientes quando llueve, como quando hace el dia claro y sereno. Parece cosa increíble, pero ello es así; y consiste en que quanto mas claro está el dia y mas recio el Sol, tanta mas nieve se derrite en los Páramos y nevadas de los Picachos de Chisgas y Guacamayas, de donde Ele baxa. Y no es esto lo singular, sino el que con las crecientes envuelve tanto cieno y de tan mal olor, que aturde y embriaga gran copia de peces chicos y grandes, que se ven obligados (como los he visto) á recurrir á las orillas del rio, y sacar sus cabezas fuera del agua. Pasa la creciente, y como ellos están aturcidos, se quedan en seco: y cada creciente de éstas es para los Indios de Macaguana una festiva y útil pesquería.

En fin, recargado Meta de estos y otros rios que omito, despues de trescientas leguas de fluxu se acerca al grande Orinoco; y parece, segun su caudaloso golpe de aguas, que habia de ser con la misma furia y estrépito que diximos del rio Apure; mas no es así; porque algunas leguas ántes de llegar, toma el cauce de Meta tal equilibrio con el de Orinoco, que apenas se percibe su corriente, y especialmente en tiempo de crecientes; y así entra con tanto disimulo y tan pacífico, que no da la menor muestra de su caudal soberbio, [46] dando hermosa vista á la Mision de Santa Teresa, Nacion Saliva, que está cerca de su boca.

Y siguiendo (como hasta aquí) al rio Orinoco contra su corriente, despues de seis dias de navegacion damos en la boca del rio Bichada, que baxa lleno de innumerables aguas que recoge de aquellos llanos dilatados, que hay entre Meta y Orinoco. En Bichada se entabláron primera y segunda vez las Misiones antiguas, que fuéron destruidas á manos de los Indios Caribes, con las gloriosas muertes, que por amor de Dios y de la salvacion de aquellas almas recibieron los Venerables Padres Ignacio Fiól, Gaspár Bec é Ignacio Theobast; habiendo ántes muerto á violencia de trabajos y de hambre los Padres Francisco Figueroa y Francisco Castán; y ahogádose los Padres Christóbal Riadél y su Compañero, el Padre Martin Bolea. Despues quitáron la vida los mismos Caribes al Padre Vicente Loberzo, al Capitan Lorenzo de Medina y á otros dos Soldados: de todo lo qual se hace mencion en la Historia General.

El último rio de los que entran en Orinoco, que tenemos navegado y conocido, es el Guabiari, que tiene varios nombres, segun las varias Provincias, por donde pasa. Su primario origen está en los encumbrados picachos de Páramos frios; á cuyas faldas de la vanda Occidental logra la Ciudad de Santa Fe de Bogotá de una bella Primavera y perpétua amenidad, con un temperamento tan benigno, que se inclina mas al fresco que al calor. De la parte Oriental de dichas alturas baxa el Ariari, recogiendo ríos y arroyos hasta los llanos de San Juan; y acaudalando siempre mas agua, atraviesa al Ayrico, [47] (quiere decir Selva muy grande) y entra finalmente en el Orinoco, apostando grandezas y soberbia con él, á medio grado de latitud, y trescientos y tres grados de longitud. Los restantes rios de que se forma el Orinoco, todavía no se han registrado; y solo los demarco en el Plan por las noticias adquiridas de los habitantes de Timaná y Pasto, de donde el principal y los rios accesorios descenden; y por la relacion que recibí de mano del Reverendo Padre Fray Silvestre

Hidalgo, Religioso del Gran Padre de la Iglesia San Agustín, del Diario que formó quando fué de Capellán con las Milicias que entraron por Timaná á reprimir la osadía con que salían á robar y saquear las haciendas de campo, aquellas Naciones, solo conocidas por su bárbara inhumanidad.

Y por quanto este viage desde el mar hasta el río Ariari ha sido tan de prisa, que apenas hemos podido observar las bocas de los ríos tributarios del Orinoco, baxemos otra vez á la Costa, y sin apartar los ojos de él, subamos observando solo el caudal y raro modo de correr de este soberbio río.

Capítulo III

Fonda del gran río Orinoco, sus raudales y derrames; singular y uniforme modo de crecer y menguar

Importa mucho que nos hagamos cargo del vasto terreno, cuyas vertientes, como á su centro, corren al Orinoco: para lo qual fixemos la vista [48] en aquella cordillera de cumbres altísimas, que desde el Istmo que en Panamá divide las jurisdicciones del mar del Norte, de las del Sur, corre por las Provincias del Darién y del Chocó; y cruzando la línea Equinoccial por Quito, atraviesa el Perú: y dividiendo al Chile del Paraguay, no pára hasta el fin de toda la tierra Magallánica. Volvamos á la Provincia de Quito, y veremos como al pasar aquella espantosa Serranía, estiende (digamoslo así) sus dos brazos en dos iguales cordilleras de picachos inaccesibles, abarcando con el izquierdo todo el Quito y Popayán, todo el nuevo Reyno y las Provincias de Maracaybo y Caracas: y sirve de antemural en toda aquella Costa, contra la furia de los Nortes que impelen y agitan aquellos mares. El brazo derecho de aquella Serranía lo estendió el Sábio Autor de la Naturaleza desde Quito hasta las Costas de la Guayana y Cayana, dividiendo de alto á baxo las Provincias hasta ahora incógnitas, y las aguas que corren al Marañón, de las que pertenecen al Orinoco: de modo que dichas dos cordilleras de Páramos, en muchas partes coronados de nieve, forman una pirámide imperfecta (porque la línea del Poniente casi es semicircular) en cuyo medio abarca los inmensos llanos de San Juan de Casanare, de Barinas, de Guanare, de Píritu, y otros hasta hoy incógnitos; cuyo ancho se reputa de trescientas leguas, y cuyo largo, desde el Ayrico hasta el mar, á lo ménos pasa de quinientas; campo espacioso, por donde corren mansamente los ríos hasta Orinoco, despues de haberse precipitado de las cumbres del nuevo Reyno. No así los que descienden de la vanda del Sur; porque como [49] Orinoco corre siempre al pié de aquella dilatada Serranía, recibe los ríos de ella al tiempo mismo que se descuelgan precipitados en busca de su centro.

Las dos Serranías que imaginamos á modo de dos brazos, contemplo yo ahora á la manera de dos inmensos texados; de los cuales, el de la parte del Poniente baxa desde Quito á Caracas, formando de sus aguas Occidentales los ríos de Cauca, Magdalena y los otros, que forman un mar dulce en la gran Laguna de Maracaybo; y al contrario, todas las vertientes que aquella altura arroja á la parte Oriental y del Sur, todas (como vimos en el capítulo pasado) corren en busca del Orinoco: la otra Serranía, que como texado natural baxa desde Quito á la Guayana y Cayana por la vanda

del Sur, pasa repartiendo sus vertientes entre los rios Orinoco y Marañón; á éste las Orientales, y al otro las del Occidente.

Pero à vista de lo dicho, ¿quién hará cabal concepto del abismo de aguas que en su anchuroso cauce incluye el Orinoco? los Geógrafos convienen en que, en nuestro mundo antiguo no hay rio alguno que pueda compararse con el de San Lorenzo en la Virgínea, en la América Septentrional con el de la Plata y Paraguay, ni con el Marañón en los confines del Brasil. Ahora sale á luz pública el gran rio Orinoco, no quiere quitar su grandeza á los tres nombradísimos rios; pero pide (y con razon) que se tomen nuevas medidas, que se atienda á su fondo y caudal, para entrar á competir con todos quantos rios famosos hasta hoi se han descubierto en los dos Mundos antiguo y nuevo. El Ilustrísimo Señor Piedrahita, [50] cap.1. fol.4. de su Historia afirma que el Orinoco solo cede y reconoce por mayor al rio Marañón: del mismo sentir es el Padre Matías de Tapia, en el Memorial que presentó al Rei nuestro Señor, año 1715, en pag. 21. y á la verdad no desdican de este parecer las señas que voy á dar.

Año de 1734, por mandado del Coronel Don Cárlos de Sucre, Gobernador y Capitan General de las Provincias de Cumaná y la Guayana por su Magestad, tomó fondo al Orinoco Don Pablo Diaz Faxardo, Ingeniero Real, ancorando el Barco en la medianía que hay entre la Real fuerza de San Francisco de Asis de la Guayana y la Isla del Caño del Limon de enfrente; en donde se estrechan las aguas à quarto y medio de legua con poca diferencia en el mes de Marzo, que es quando mas baxo está el rio. Puesto en dicho sitio, echó la sondaleza con la bolide de plomo correspondiente al temor que tenia, de que se le arrebatase la corriente, y con ella la noticia fixa del fondo de Orinoco que se buscaba; y hecha la diligencia con toda exâccion, se halláron sesenta y cinco brazas de fondo. Pocos años ántes habia hecho el Gobernador Guzmán la misma diligencia en la angostura, donde se estrecha el Orinoco algo mas que en la Guayana, y nos dexó autenticado dicho Gobernador, que halló ochenta brazas de fondo en dicha angostura; y como luego diré, crece allí veinte brazas por Agosto y Septiembre, que con las ochenta suman cien brazas de agua. Bien puede hombrearse el Orinoco sin temor alguno con los dichos tres rios, que hasta hoy se han llevado la primacía.

Pero deseo que el curioso note con reflexiôn [51] en Orinoco una singularidad tan rara, que me persuado no se ve en rio alguno de quantos se hallan sobre la tierra; y es que gasta cinco meses en crecer, subiendo por sus pasos contados, que dexa gravados en los peñascos y árboles de sus Costas; se mantiene un mes en su última altura y creciente; y después de gastar otros cinco meses en menguar por sus pausados escalones, se mantiene otro mes entero en su última menguante; con lo qual llena el círculo del año en una acorde y harmoniosa mutacion continúa y perpétua; y esto, llueva ó no llueva en las Provincias comarcanas, porque su caudaloso fluxo no depende de ellas. Otra cosa, aun mas singular, está observada por los vecinos ancianos de la Guayana, y por los Indios de todo aquel rio; y es, que cada veinte y cinco años sube la creciente última de Orinoco una vara mas sobre el término que dexa demarcado en los otros veinte y quatro años. La causa de esta exôrbitante irregular creciente no la hallo; pero creo que (despues de bien observado el rio) hallé la raíz de su pausado

modo de subir y baxar en diez meses; y es, que al empezar las aguas en Abril, en tantas y tan remotas cabeceras y provincias como vimos, viene la primera creciente, de la qual ni se dan por entendidas las bocas de Orinoco, ni llega segun las señas una gota al mar de dicha creciente, quedando toda embebida en las sedientas y dilatadas playas del Orinoco. La segunda creciente, como ya las coge húmedas, se dexa percibir, y prosigue creciendo en éste y los quatro meses, Mayo, Junio, Julio y Agosto, manteniéndose con todo su auge durante el mes de Septiembre; y creo que [52] la pausa de crecer depende de ir al mismo tiempo llenando, no solamente las lagunas que demarqué en el Plan, sino tambien otras muchas y muy dilatadas que omití de propósito para evitar confusion. Y como al empezar á baxar por Octubre va recogiendo las aguas que dexó estancadas, en dichas lagunas y anegadizos, ocupa su menguante tantos meses quantos ocupó en su creciente, y son Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero, quedando todo el mes de Marzo en su última menguante, y dexando sus playas para que las Tortugas innumerables empollen sus nidadas al calor de las arenas, como despues dirémos: oportunidad que logran tambien los Caymanes para sus crias.

No se puede dar noticia fixa de las varas que crece y mengua el Orinoco, porque estas medidas son correlativas á lo ancho ó angosto del cauce, y á la mayor ó menor corriente que da el terreno. En medio de la angostura se levanta un promontorio de piedra viva de quarenta varas en alto, sobre el qual hay un solo árbol, cuyas raices por Marzo se ven por entre las hendiduras del peñasco, llegan á lamer el agua y parte de Julio y todo el mes de Agosto no se ve del tremendo risco parte alguna, y solo por la seña del árbol que tiene encima, huyen del peligro los Navegantes; de que se infiere que en la angostura crece quarenta varas. En la otra angostura de Marimarota, por donde pasa Orinoco como un rayo velóz, medí yo desde la seña de la creciente ordinaria hasta el agua catorce varas; y una mas arriba está la seña de la creciente magna de cada veinte y cinco años. En frente de Uyapi, en donde [53] se ensancha Orinoco quatro leguas ántes de las bocas de Apure, (donde se estiende á mas de veinte) y en otros semejantes terrenos baxos, es mucho menor la altura de dichas crecientes por el equilibrio de las aguas que derrama.

El fluxo y refluxo del mar se dexa ver palpablemente hasta el pié del raudal de Camiseta, que dista ciento y sesenta leguas del Golfo Triste y bocas de Orinoco: no pasa mas arriba, á causa de caer aquí el rio precipitado entre dos canales de peñascos, paso siempre formidable para los Navegantes. Antes de la boca del rio Meta está el raudal de Carichana, formado de varias Islas de piedra viva, rodeadas de peñascos ya ocultos, ya patentes, que hacen muy dificil y peligroso el pasage. A doce leguas de éste está el raudal de Tabaje, no menos formidable; y treinta y cinco leguas de rio arriba se despeña el Orinoco tres veces seguidas, negando totalmente el paso á las Embarcaciones. En los raudales antecedentes se pasa con notable peligro, tirando con sogas muy fuertes las Embarcaciones desde la orilla; pero en estos tres raudales de los Atúres no hay otro arbitrio para pasar, que llevar las Embarcaciones por tierra con increíble trabajo. [54]

Capítulo IV

Clima y temperamento del Orinoco, y alguna noticia de sus frutos

Supuesto ya que el Orinoco toma su primer origen en la jurisdicción de Quito, en poco mas de un grado de altura al Norte y que acercándose al Ecuador, corre después retirándose de él, hasta que en ocho grados y pocos minutos de latitud entra en el Océano: queda ya dicho que el Orinoco está en el primer clima de la Zona Torrida; y por consiguiente que están aquellos Países hasta la altura de nueve grados, y el clima inmediato hasta los diez y siete grados, sujetos á gravísimo y perpetuo calor. Así es, y así sucede; y dicho calor es el temperamento propio de aquel clima y de aquel terreno, y así lo pide la altura en que allí anda el Sol; cuyos rayos dos veces al año descienden perpendiculares y directos desde el Cielo al suelo y á las gentes que sobre él pisan; y en lo restante del año, por la poca decadencia, respectiva al terreno del Planeta Máximo, envia sus rayos desde el Zenit (54) tan levemente transversales, que ni se percibe ni es sensible la corta disminucion de su calor; y así quedamos en un perpétuo Estío, tanto mas fogoso, quanto mas apartado de las cumbres nevadas, que allá se explican con el nombre de Páramos, del qual usaré en adelante; aunque es verdad que no todo Páramo mantiene nieve; pero frio, todos.

Estos Páramos fundó la Altísima Providencia [55] del Criador sobre elevadísimas cumbres, para que fuesen habitables los Países de aquellos dos climas inmediatos al Ecuador ó Línea Equinoccial; aunque los mismos Páramos son en sí totalmente inhabitables, nocivos y mortales, aun para los viandantes: que los atraviesan, sino pasan muy resguardados y prevenidos contra un frio muy diverso del que se experimenta en las Provincias mas frias del Norte; porque dicho frio es poco sensible á las partes exteriores del cuerpo, (aunque es verdad que raxa los labios y la punta de la nariz del pasajero) en comparacion del frio, que penetra y se siente en los huesos y en las medulas; tanto que se encuentran pasajeros muertos en los Páramos á violencia del frio, y siempre incorruptos, porque aquella frialdad impide la corrupcion; y se hallan enteros tambien, porque el rigor del Páramo no es tolerable á las aves ni á las fieras que pudieran cebarse en los cadáveres; por lo qual no se acercan; sí bien, á distancia competente, se hallan Osos y Venados, y eqos mayores que los que se crian en tierras templadas. En fin, los hombres que se encuentran Emparamados, tíenen difuntos el aspecto de quien se rie, retirados los labios y descubiertos los dientes, á causa de que el rigor del frio pasma y encoge los músculos, y con ellos ambos labios. Quien quisiere ver lata y curiosamente la causa filosófica de estos Páramos, sus efectos y otras cosas curiosas, vea al Padre Joseph de Acosta de la Compañía de Jesus, al Ilustrísimo Piedrahita y otros.

Yo solo digo, que la altura eminente á que se elevan aquellos picachos, los levanta sobre este ayre craso, que llamamos Atmósfera; y bañadas, así [56] las nubes, como las cumbres de aquel viento sutil y frio, por su altura resultan, así las nieves, como la permanencia de ellas en lo mas elevado de los Páramos. De aquí es que las tierras inmediatas á ellos son dominadas del frio todo el año, y por eso se han levantado con el nombre y realidad de tierra fria: las tierras algo mas apartadas del

Páramo, como ménos ventiladas de aquel ayre frio, por el uso comun de hablar se llaman tierras templadas; y las que por la distancia no participan de aquellos vientos, ó aunque gocen de ellos, llegan ya perdida la qualidad fria por la violencia de los rayos del Sol, éstas se llaman y son siempre tierras calientes. De modo que en cada uno de todos los dias del año se hallan las quatro Estaciones de él en los dos climas inmediatos al Equador; pero no en uno, sino en diferentes terrenos, con éste órden: al pié de los Páramos todo el año es frio, como el Enero de Guadarrama en tierra de Madrid; y en los tales parages no se da fruto alguno de tierra caliente. A distancia proporcionada del Páramo los Países son templados todo el año, y los árboles frutales siempre están floridos, con fruto verde y maduro siempre; y en esto equivale á la Primavera, y en el fresco moderado al Otoño. Los restantes territorios remotos de los Páramos, por mas que sople el Levante, que allá se llama Briza, domina el calor del Verano, mayor que el que en Julio y Agosto se sufre en Sevilla.

Y así cada uno tiene en su mano vivir toda su vida en la Primavera perpétua de tierra templada, ó en el sudor perpétuo de tierra caliente, ó en el frio incesante de tierra fria. Elija, porque esta variedad [57] no es de vocablos, sino real y verdadera: como lo es tambien la total variedad de frutos, sin que en tierra fria se dé ni arroz, tabaco, algodón, caña dulce, cacao, azúcar, plátanos, papayas, piñas, naranjas, limones, nisperos, zapotes ni otras muchas y muy ricas frutas de tierra caliente; y al contrario, en ésta no nace el trigo, ni se dan manzanas ni fruto alguno de tierra fria, ni aquel calor permite cabañas de Ovejas, que se sofocan y mueren luego; y así, la misma diversidad de frutos es prueba evidente de la diversidad de temperamentos, existentes á un mismo tiempo, pero en distintos terrenos: de modo que toda la variedad de flores, frutas y frutos que produce España en todo el círculo regular de las quatro Estaciones del año, se halla á un mismo tiempo, entre los Trópicos de la América Meridional en diferentes sitios, segun la perpétua diferencia de los temperamentos, v. g. en tierra fria, el trigo y hortalizas del Invierno: en tierra caliente, el arroz, maiz ó panizo, ubas y lo demás que en Verano se da en Murcia, Valencia y Granada; y en fin, en las tierras templadas se da de todo, y se ven siempre en los campos flores, frutas verdes y maduras; y lo que mas es, flores y frutas se ven juntas en un mismo árbol, como de los limoneros de Valencia y de Murcia dixe en la Introduccion de esta Obra. Véase á Herrera (55).

Esto es cierto é innegable; y para explicarme mas, digo que todos los dias del año sucede en dichos dos climas, lo mismo que todos los dias [58] de Enero sucede aquí en Madrid, donde estoy escribiendo esto en Enero. Sucede pues, que en dia de escarcha hace notable frio en el patio; ménos frio en la antesala: en la recámara hay buen temple, ni frio ni calor; y muy cerca de la chimenea es demasiado el calor: ¿todo á un mismo tiempo? sí; pero en diferentes puestos. Ahora pido se me oiga lo que pasa en Santa Fe de Bogotá, Capital del nuevo Reyno, en solas nueve leguas de distancia, ó á lo mas, doce leguas. En los dos Santuarios de Monserrate y de Guadalupe, cuyas fábricas están elevadas sobre la Ciudad en dos picachos, despues de los quales se elevan las cumbres del Páramo: en dichos Santuarios hay perpétuo frio y recio. En la Ciudad que está á la raíz de dichas Serranías, hace fresco, el qual se estiende á todo el llano hermoso

de Bogotá hasta su parte Occidental, en donde desde una gran mesa de piedra viva se despeña el río, que da su nombre al llano; el qual cae á tierra caliente: ¿y cuánta será su caída á plomo y perpendicular? no se sabe á punto fixo; pero sean dos leguas, sea una, ó sea ménos, en la dicha distancia se hallan todo el año y todos los días los quatro Tiempos ó las quatro Estaciones, que en espacio de doce meses causa la variedad regular del Sol en nuestra Europa. Estas son las quatro Estaciones del año, recopiladas en cada uno de sus días, pero repartidas en diferentes terrenos.

Ahora veremos las mismas quatro Estaciones del año en solo uno de los días del año, y en solo un lugar, y doy por testigos á quantos viven en la Ciudad de Mérida, Jurisdiccion del nuevo Reyno, y á quantos han estado en ella, aunque [59] haya sido solo un día. Está dicha Ciudad situada en seis grados y quarenta minutos de latitud, y en trescientos y seis grados y medio de longitud, y en ella hay cada día natural trece horas de frío, cinco horas templadas de Primavera y de Otoño, y seis horas de calor. De este modo: desde las seis de la tarde hasta las siete de la mañana siguiente, que allá es una hora despues de salido el Sol, corren trece horas de frío, originado de quatro dilatadas cumbres de nieve, que tiene la Ciudad á la vista ácia su parte Oriental: desde las siete de la mañana hasta las diez dadas; y desde las quatro de la tarde hasta las seis, que es al ponerse el Sol todo el año, son cinco horas de templada Primavera; porque el Sol no domina sobre el frío hasta dadas las diez de la mañana, y á las quatro de la tarde la caída del Sol y el fresco de la nevada forman un temple benigno, hasta que vuelve la noche fría: dura el calor seis horas, que son desde las diez de la mañana hasta las quatro de la tarde, sobrepujando fuertemente los rayos del Sol en dichas seis horas, y amortiguando totalmente al ambiente fresco de las nevadas. Esto es tan cierto en el nuevo Reino, quanto lo es en España, que hay en ella Madrid, y que en Francia hay París.

De aquí es, que á la verdad venero como debo á los Autores que dicen, que los que habitan baxo la Equinoccial tienen dos Veranos, dos Inviernos, dos Primaveras y dos Otoños á causa de las dos idas y venidas, que respecto de ellos hace el Sol desde el Equador á los dos Trópicos. Concedo por innegable esta regular mutacion [60] y carrera con que el Sol mide el año entero; pero debo asegurar y protestar á los que desean saber la verdad, que donde no hay Páramo baxo de la línea, ó en sus primeros grados adyacentes ácia uno ú otro Polo, y aun en los dos primeros climas, así de la parte del Norte, como de la del Súr, en aquellas tierras no se siente ni percibe la mutacion de grados que el Sol va midiendo en el Cielo, porque solo subsiste y domina todo el año un recio calor continuado: y la razon es porque esté el Sol en el Trópico de Cancro, ó esté en el de Capricornio, jamás envia sus rayos tan obliquos al primer clima de éste y del otro lado del Equador, que se reconozca alguna sensible decadencia en el calor, con que hieren: si se hallare algun fresco ó frío, seña es infalible de que cerca ó mas léjos hay algun Páramo de donde dimana; y así la de los dos Inviernos, dos Veranos, etc. es una locucion meramente especulativa, que se verifica respecto de los movimientos del Sol en su eclíptica; y no hay seña alguna sensible, por donde se verifique sobre la tierra de que vamos tratando.

Por todo lo dicho añado, que tampoco se halla seña alguna de Invierno para los moradores de los Países situados entre el Ecuador y los Trópicos; porque la máxima distancia del Sol, que es quando él está en el Trópico de Capricornio, (que en sentir del Padre Doctor Tosca es el único Invierno en aquellos terrenos) que es, v. gr. en Orinoco á 22 de Diciembre de veinte y cinco grados: en Santa Fe de Bogotá de veinte y siete; en Cartagena de treinta y quatro y once minutos: [61] ésta no es distancia que disminuya con disminucion sensible la actividad de los rayos del Sol, como á fuerza de sudar noche y dia lo protestan los moradores de aquellos Países: ménos los que (como dixé) reciben el ambiente mas ó ménos fresco de los Páramos, segun la mayor ó menor distancia de ellos. Monsieur Laet, ya citado (56), despues de pintar sus dos Inviernos y sus dos Veranos etc., concluye, dexando á los dos Inviernos sin mas actividad que la que tienen las pinturas. Sus palabras son éstas: No digo esto, porque estas Estaciones se distinguan entre si con la mútua alternativa de frio y de calor. Pregunto yo ahora: ¿y con qué se distinguen? dirá que con la especulacion de la máxima distancia del Sol; pero no es eso lo que questãoamos.

Lo mismo que dixé arriba afirmo por las mismas razones de los que viven baxo de los Trópicos; y no solo debo negarles, con el Padre Doctor Tosca, con Monsieur Bion y el Espejo Geográfico de Hurtado, los dos Inviernos, pero á mi ver, ni concederles uno. La Habana ó Cuba está en veinte y tres grados y medio; tanto que su Costa del Norte está debaxo del Trópico de Cáncer; y en dicha Isla se siente perpetuamente continuo calor, y da los mismos frutos propios de tierra caliente, que producen las tierras mas cercanas al Ecuador, que son azúcar, tabaco, yuca y cazabe, y los demás que jamás produce la tierra fria. Es verdad que desde Octubre hasta [62] Marzo llaman en la Habana tiempo de Invierno; pero ¿qué quieren decir en esto? Es decir, que el dia que corre Norte, tienen frio; y si no corre el Norte, prosiguen sudando como ántes. Este ni es ni puede llamarse Invierno, sitio un frio occidental y mas casual que el que en Tierra-Firme arrojan los Páramos; porque el de los Páramos es frio permanente y fixo; pero el de los Nortes de la Habana unas veces viene, otras no.

Estas noticias causan novedad, y admiran; porque se reciben como traídas del otro mundo; y no por otra cosa, sino porque no se hace pausada reflexiõn en otras muy semejantes y domésticas: explicome con lo que sucede en el temperamento de esta Corte, donde en el rigor de Julio y Agosto arden las calles y las casas ménos acomodadas: mas luego que sopla el viento Cierzo, todo se refresca y se convierte en una Primavera: y al contrario, el mayor frio de Diciembre y Enero queda sin vigor, quando casualmente sopla el viento Solano. Esto es notorio, y muchos celebran todavía la práctica de un famoso Médico de esta Villa, el qual tenia á mano todo el año ropa de Verano y ropa de Invierno, y se vestia por la mañana segun el viento que corria: de modo que si en el Estío le decia el criado: Señor, corre el Cierzo, se ponía la ropa de Invierno; y si en el rigor del Invierno corria el Solano, echaba mano y se ponía la ropa de Verano: y así no hair por qué reparar tanto en lo que digo de la Habana y de otros Países.

Y volviendo á ellos, digo que en Tierra-Firme (57) se ha introducido llamar Invierno, quando llueve; y Verano, quando [63] no llueve; y esto

con tanta impropiedad, que aun la gente no vulgar, si llueve por la mañana, dice: ¡Terrible Invierno hace! Y quando à la tarde está despejado el Sol, dice: ¡Fiero Verano tenemos! ¿Qué cosa mas impropia se puede ver ni oír? De mi sentir son el Ilustrísimo Piedrahita (58) y el R. P. Fr. Pedro Simon (59), aunque no se detienen ni dan mas prueba que la experiencia; la qual á mi ver es la mas fuerte. Del mismo parecer es el P. Andrés Perez de Roxas (60), en su Historia de Cinalóá, tratando de las Serranías de Topia, que, segun las señas, son Páramos muy frios.

Quiero concluir diciendo, que estoy tan léjos de consentir, ni dos Inviernos, uno, ni medio en las Regiones que están baxo de la Eclíptica, que antes afirmo, que al tiempo mismo que se idean allá los tales Inviernos, es mas recio el Verano y mas intenso el calor (prescindiendo del frio accidental, sea de Páramos ó sea de Nortes). La razon es, porque el tal Invierno ó Inviernos se idean en la distancia máxîma del Sol respecto del Cenith de aquellos terrenos, que es á los últimos de Diciembre; en el qual tiempo está el Sol en su Perigeo ó Absismínima; esto es, está un millon de leguas mas cerca de la tierra, tomada ésta en general: y nadie niega, que no se aumente el calor por aquel tiempo en la tierra tomada en general. Dicen los Autores, que dicho aumento de calor no es [64] sensible ni perceptible á los habitantes de nuestra Europa: lo primero, porque como por Diciembre está el Sol en la mayor distancia respecto de nuestro Cenith, llegan acá sus rayos tan notablemente obliquos, indirectos y tan de soslayo, que no puede percibirse aquel aumento de calor, (poco ó mucho) que naturalmente añade el Perigeo ó mayor cercanía del Sol al Orbe terráqueo, tomado en comun: lo segundo, porque lo corto ó breve de los dias en Europa por Diciembre y Enero, casi no da lugar á que el Sol caliente la tierra, y mas hallando en ella tanto frio que superar y expeler, para poder introducir su calor: razones fuertes á la verdad, para que en la Europa no se pueda percibir el aumento del calor, que el Perigeo del Sol precisamente causa en dichos meses; pero ni una ni otra razon militan, ni se hallan en las tierras sitiadas baxo de la Eclíptica, ni se pueden alegar, para probar que en dichos Paises no sea sensible el auge del calor, originado de la mayor cercanía del Sol: no la primera; porque allá los rayos del Sol no hieren de soslayo, casi no están indirectos, y es poca su obliquidad: por lo qual, la cercanía del Perigeo ó baxada del Sol, junta con la mayor cercanía de aquel Cenith al Sol (mayor, digo, respecto de nuestra Europa, aunque menor respecto de aquel terreno) ambas cercanías se unen á probar, que en Diciembre y Enero es allá mas intenso el calor; y esto mismo robóra y confirma con mas fuerza la segunda razon dicha; porque el ser tan cortos y de tan pocas horas los dias de Diciembre y de Enero en Europa, y el hallarse el terreno tan poseido de yelos y frios, es fuerte y firme [65] obstáculo, para que no se perciba (61) aquel mayor calor, no solo el añadido por el Perigeo, pero ni aun el que el Sol diera desde allá, prescindiendo de su mayor cercanía. Así es; pero como en aquellas Provincias de la Eclíptica los dias son de doce horas, y á lo, mas á los diez y siete grados de altura, al fin del segundo clima, decrece una hora: y por otra parte (exceptuando los Páramos) no halla el calor del Sol frio que vencer; ántes bien, quando sale á las seis de la mañana, todavía halla calientes las piedras y el suelo (cosa que tenemos muy experimentada en el Orinoco) logra el Sol sin

obstáculo toda la eficacia de sus rayos por doce horas junto al Ecuador, y once horas en el segundo clima; y así el no hallar obstáculo, como lo largo del día, convencen que ha de ser sensible el mayor calor del Perigeo del Sol, al tiempo mismo que se imaginan uno ó dos Inviernos.

No obstante todo lo dicho, cedo alegre y voluntariamente mi parecer á los doctísimos Autores citados; y doy por especulativamente probables sus Inviernos, fundados en la máxima distancia del Sol, respecto de aquel Cenith; pero tambien les he de merecer el favor de que no nieguen los experimentos expresados, y mas quando sin profesarla, los hice con toda la reflexâ que pude á favor de su noble y apreciable ciencia. Y pues ya vimos el temperamento, veamos cómo se avienen con él los Indios del Orinoco.

[66]

Capítulo V

De los Indios en general: de los que habitan, en los terrenos del Orinoco; y de sus vertientes en particular

§. I

Preámbulo para la idéa que se forma

Para que nos entendamos con toda claridad en esta materia, es bien que con una ligera ojeada imaginemos á los Indios Americanos en general, en tres estados muy diversos entre sí. En el primero veamos cómo estaban ántes que en el Perú ni en México dominasen los Ingas ni los Montezumas: ¡qué horror! cierranse de suyo los ojos, por no ver tan fea barbaridad. En el segundo estado registremos los dilatados Países del Perú y de México, sujetos en gran parte, unos á los Ingas, otros á los Montezumas; rayando ya la disciplina Militar, y entablada á su modo la vida Civil en las Provincias y Naciones agrestes, que iban sujetando aquellos dos Emperadores. El tercer estado, feliz para tantos millones de Indios, como ya por la Bondad de Dios se han salvado y salvan (aunque infeliz para los que aun están en su ciega ignorancia, ó ciegamente resisten á la luz Evangélica) empezó desde que las Armas Católicas tomaron posesion de las principales Provincias de aquellos dos vastos Imperios; y prosigue hasta ahora, creciendo siempre en todos aquellos remotos [67] ángulos del nuevo Mundo la luz de la Santa Fe, para eterna dicha de aquellos infelices hijos de Adán.

El primer estado de aquellas gentes hace á mi ver un confuso éco con las tinieblas, en que estaba envuelto el Mundo en aquellos tiempos antecedentes á la dignacion inefable, con que Dios se manifestó al Patriarca Abrahán, tiempos de barbaridad y de error. El segundo estado de las Américas hace una proporcionada consonancia con la Era de aquellos tiempos, en que ya en el Oriente los Medos y los Persas, ya los Egipcios, ya los Griegos, ya en fin los Romanos, con la disciplina Militar reduxéron á vida Civil gran parte de las Naciones incultas de nuestro Mundo antiguo. El tercer estado en que vimos aquel nuevo Mundo en su primer descubrimiento, hace éco y consonancia al feliz Imperio de Tiberio César,

á quien con humilde silencio estaban rendidas las mas nobles Provincias de este nuestro Mundo antiguo: y así como esta union y sujecion del Mundo al Romano Imperio fué disposicion del Altísimo, para que la Ley Evangélica, con mas facilidad desde Roma su Cabeza se difundiese por todos los miembros del Imperio y fuera de él: así la sujecion de la mayor parte del Perú al Inga, y el vasallage de las principales Regiones de México al Montezuma, fué piadosa disposicion del Altísimo, para que sujetadas aquellas dos Cabezas, se abriese puerta franca al Santo Evangelio en aquellas tan dilatadas como remotas Provincias. Y así como en todas aquellas gentes ménos políticas ó mas bárbaras, por no haberse sujetado al yugo y disciplina de la Política Romana (62) [68] rayó mas tarde la luz de nuestra Santa Fe, y en muchas aun dominan las erróneas sombras del Gentilismo: del mismo modo ha sucedido y sucede en ambas Américas, en órden á las Naciones no sujetas antiguamente, ni al Inga, ni al Montezuma; en las quales, quanto mas adentro penetran los Misioneros Apostólicos, tanto mayor es la maleza y barbaridad con que hallan preocupadas las Naciones. Pasa todavía adelante mi cálculo en la contraposicion; y digo en fin, que así como acá sembró cizaña el enemigo comun, en tantos y tan floridos Reynos, como lloramos sumergidos en sus mismos errores, resistiendo y haciendo guerra á la misma benigna Luz que los busca: de la misma manera, por la industria del mismo mortal enemigo no faltan Provincias en el nuevo Mundo, especialmente en la parte Meridional, que rebeldes á la Fe que recibieron, la resisten y persiguen á sangre y fuego; y con el mismo esfuerzo impiden, estorban y niegan el paso, para que otras Naciones, dóciles y tratables, reciban la Doctrina del Cielo. Es así, y ya se vino la pluma., casi de su propio peso, á las riberas del rio Orinoco; pero no entremos todavía en él, veamos y miremos primero, como desde una alta atalaya, qué cosa sean, no solo estos, sino todos los Indios de las dos Américas en comun, para que desde aquí quede ya dicho lo que fuera preciso repetir de cada Nacion de Orinoco en particular, y aun de todas las restantes á que no se estiende mi asunto. [69]

§. II

Estatura, facciones y color de los Indios

No es razon entrar en una noble y curiosa fábrica, sin fixar algo la vista en su frontispicio y fachada, que es de ordinario indice de la interior arquitectura; y así, ántes de poner á la vista la capacidad, propiedades é inclinaciones, usos y costumbres de los Indios Americanos, daremos un bosquejo del talle, ayre, aspecto y color de aquellas gentes de Orinoco y sus vertientes.

En su estatura y corpulencia sucede entre aquellas Naciones lo mismo que en las de este Mundo antiguo; y es, que en una misma Nacion unos son altos, otros pequeños, y no faltan muchos de mediana estatura: algunos son gruesos y corpulentos, otros flacos y adustos: por una parte se ven Indios de bello arte y de talle ayroso; y por otra al contrario, se dexan ver otros imperfectos y mal formados: muestran algunos notable viveza en los ojos y en sus acciones; y no pocos, apénas dan la menor seña de vivacidad: variedad hermosa, que es reparable espectáculo para los ojos, y noble

origen de aquellos pensamientos, que de las criaturas deben pasar á quedarse absortos y anegados en el golfo inmenso de la Omnipotencia del Criador de todas las cosas.

No obstante lo dicho, sucede tambien entre los Indios lo que se ha reparado entre las Naciones de los blancos; y es que unas abundan mas de [70] Indios altos y corpulentos, quales son los Otomacos: las Naciones Gyrára, Ayrica, Saliba y la de los Caribes abundan mucho de Indios altos, de gentil talle y bien proporcionados. No así en las Naciones Achagua, Maypúre-Abane y otras, que abundan mas de individuos de mediana estatura, ménos que mediana; y comunmente unos y otros gruesos y fornidos de carnes.

El cabello en todos sin excepcion alguna es negro, grueso, laso y largo, con el apreciable privilegio, que necesita de largo peso de años para ponerse canos: argumento nuevo que roborá la opinion antigua (63) de que las canas son parto mas legítimo de las pesadumbres y cuidados que de los muchos años. Ello es así que no creo se hallen gentes que disimulen tanto la edad, y la demuestren ménos que los Indios, cuyas canas apenas comienzan á pintar á los sesenta años.

Les negó naturaleza enteramente las barbas; y ellos al gusto de no tenerlas, añaden la diligencia de arrancar luego al punto el desventurado pelo que se atreve á sobresalir en su cara, á excepcion de la Nacion Otomaca. En las Naciones de Orinoco y del Ayrico se estiende la persecucion hasta las cejas, sin permitir jamás en ellas ni un pelo. Es empero verdad que algunos de los Indios ya cultivados y Christianos, que á imitacion de los blancos dan en freqüentar la rasura, consiguen despues de largo cultivo, vigote, pera y algunos pelos en lo inferior de la barba.

La fisiognomía del rostro, contrapuesta con la [71] de los Europeos, Africanos, Chinos y Tártaros, hace coro á parte, aunque sin disonancia. Quisiera dar algunas señas individuales, y no sé si acertaré. Tienen por lo comun bellísimos ojos, no muy grandes, pero ni muy pequeños, negros y en el centro de un blanco bien apacible, á que les añaden no poca gracia las pestañas negras y muy pobladas; lo qual no obstante tienen su señal certísima y propia; y es que el párpado superior, al llegar al lagrimal, no forma cúspide al unirse con el inferior, sino que al finalizarse, cae sobre éste, formando un segmento de círculo. Mas claro: digo que los Indios no tienen lagrimal abierto como los Europeos; pero esta faccion, peculiarmente suya, no afea ni desdice de la simetría de sus rostros.

Las narices son ciertamente las que sobresalen por su especial modelo, y sostenidas de uno y otro juanete, ambos rollizos y huesudos mas de lo ordinario: de ellas y de ellos resulta el distintivo máxîmo de la total fisiognomía de aquel especial modelo de rostros; porque el arranque superior de las narices es chato en casi todos; y aun debo decir que es notablemente chato; y al contrario, la parte inferior de ellas es carnosa, espaciosa, y da campo suficiente para ambas ventanas, que son anchas y cóncabas.

Los labios en ellos son comunmente proporcionados, y se inclinan mas á gruesos que á delgados. No se hallará en los Indios cosa que mas debamos envidiarles que aquella su dentadura de marfil purísima, cuya firmeza compite con su candor intacto y firme en casi todos hasta la edad mas abanzada, y hasta la sepultura: ni tengo especie [72] alguna de haber visto en los Indios dolor de dientes ni de muelas: tal vez será porque,

aunque es verdad que trabajan poco con el cuerpo, trabajan mucho ménos, y aun nada con la cabeza, de donde baxan las fluxiones.

Del referido conjunto de facciones resulta la fisiognomía extraordinaria de rostro que ya apunté, la que ni fuera fea ni desagradable, si los Gentiles de que trato, no pusieran su mayor estudio en afearse notablemente con diaria untura de varios colores: especie tan extravagante, que ocupará adelante un largo y curioso capítulo: vaste por ahora asegurar, que el que jamás los ha visto, á la primera vista se aturde, pensando que se le aparece una tropa de diablos en figura y apariencia de hombres.

Por lo que mira al color de algunas de aquellas gentes, no me atrevo á decir cosa fixa y cierta, porque es mucha la variedad de sus colores: los Indios que hallamos escondidos en los bosques, por lo general son casi blancos: los que andan por los campos descubiertos si no usan de untura, son trigueños: los Otomacos que navegan los rios y andan en las playas, son prietos y morenos, porque no usan el defensivo de la untura: y en fin, las Naciones que indispensablemente se untan, muestran un color casi blanco al tiempo que se laban para untarse de nuevo; de modo que no es fácil de decidir qual sea á punto fixo el color de estas mencionadas Naciones: si bien, hablando de los Indios en general, es cierto que son de color trigueño, ya mas, ya ménos pardo, al modo que los Européos son blancos, ya mas, ya ménos, sin que falten trigueños, y mas en la gente del (64) campo. [73]

Al nacer aquellos niños, son blancos por algunos dias, lo que sucede tambien á los negrillos; y es digno de saberse, que así como los hijos de los Negros nacen con su pinta negra en las extremidades de las uñas (65), como muestra de lo que luego serán; así tambien nacen los Indiecillos con una mancha ácia la parte posterior de la cintura de color obscuro, con visos de entre morado y pardo; la qual se va desvaneciendo al paso que la criatura va perdiendo el color blanco, y adquiriendo el suyo natural. Esta seña ó mancha es cierta, y cosa que tengo vista y examinada repetidas veces: su tamaño es poca mas ó ménos del espacio que ocupa un peso duro de nueva fábrica.

Y á la verdad es notable la brevedad con que blanquea el color de los Indios; tanto que la India que se casó con un Europeo, con tal que la hija nieta, viznieta y la chosna se casen con Europeos, la quarta nieta ya sale puramente blanca, y tanto quanto lo es la Francesa, que nació y creció en París. En caso que sean dichos casamientos con Européos, las dichas quatro Generaciones son así:

- I. De Européo é India sale Mestiza. Dos quartos de cada parte.
- II. De Européo y Mestiza sale Quarterona. Quarta parte de India.
- III. De Européo y Quarterona sale Ochanova. Octava parte de India.
- IV. De Européo y Ochavona sale Puchuela. Enteramente blanca. [74]

Nótese empero, que esta graduacion va segun el rigor antiguo, y á que se atendia, así para la igualdad de los casamientos, como para saber hasta qual de aquellos grados llegaba á incluirse en la voz Neóphito, (esto es nuevamente convertido) para que segun sus privilegios pudiesen dispensar los Padres Misioneros en ciertos grados de consanguinidad y de afinidad, para poder casarlos lícita y válidamente; pero por nueva Bula del Señor

Clemente XI, consta y declaró, que por Neóphitos ya no se entienden sino los Indios y Mestizos: de modo que los Quarterones y Ochavones se reputan y se deben tener por Blancos.

Pero aquí es de saber, que si la Mestiza se casó con Mestizo, la prole es mestiza, y se llama vulgarmente tente en el ayre; porque ni es mas, ni es ménos que sus padres, y queda en el grado de ellos.

Si la Mestiza se casó con Indio, la prole se llama salta atrás; porque en lugar de adelantar algo, se atrasa ó vuelve atrás, de grado superior á inferior.

Aquí entra ya la luz para desterrar de la Europa un error muy comun; porque de lo dicho se ve con evidencia, que Indio é India no es lo mismo que Indiano é Indiana, por mas que en Europa, y principalmente en España, parezcan sinónomos. Indio es el natural Americano: Indiano es el Americano, que trae su origen de otra parte diversa de la América. Este es el sentido con que en Indias se usan estas voces, las que en España aplican tambien á los que vuelven de sus gobiernos, y de tratar y contratar. Mas: á los que de Europa pasan á las Américas, en la parte del [75] Perú llaman Chapetones, y en la Nueva-España llaman Cachupines: nombres que impusieron los Indios á los primeros Conquistadores, y permanecen hasta hoy; y en fin, á los descendientes de los Europeos que se casan allá, llaman promiscuamente, ya Blancos, ya Españoles; y á los Indios llaman Naturales.

Sabido ya esto, que es cierto y fixo, dexen de llorar las señoras Españolas, y no se oiga mas aquel ¡ay de mí, que mi hijo se casó con una India! Debe primero averiguar si es el casamiento con India ó con Indiana: si es con Indiana, sepa que las hay muy blancas y muy Señoras en muchas y muy populosas Ciudades, Villas y Lugares, hijas de nobles familias de España, que han pasado, y no dexan de pasar á las Américas. Si casó con India, no es el primero, ni es materia digna de tantas lágrimas, principalmente si casó con hija de algun Cacique.

No es razon desterrar de este antiguo Mundo el error precedente, y dexar las Américas en otro error mas perjudicial, que ha tomado posesion de todo el vulgo, con notable desdoro de una clase dilatadísima de gente; y á la verdad, no sin atrasos en el camino del Cielo: todo lo qual nace de la falsa opinion, de que la especie de Mulatos no sale; esto es, no llegan los descendientes á la clase de Blancos, como sucede en los Mestizos y los Indios.

Digo que esto es falso, y que el no salir ó ser muy contados los que salen, depende de esta misma falsa persuasion; por la qual repugnan el casarse con Mulatas: de modo que si las Mestizas no se casasen sino con Mestizos, jamás saliera [76] la prole, y quedaria perpetuamente en el grado de Mestiza, sin adelantar un paso; y en tal caso, si hubiera tal qual exemplar en contra de casamientos de Mestizas y Quarteronas con Blancos, luego se desengañarian, viendo la mejora en la prole ya blanca: ¿cómo pues no se abandona y destiera el otro error, viendo (como realmente sucede) la prole blanca de tal qual Mulata, que se ha casado con Blanco?

En fin, quede por fixo que por los mismos grados por donde blanquea la Mestiza, blanquea tambien la Mulata á la quarta generacion, en la forma siguiente de casamientos.

I.De Européo y Negra sale Mulata.Dos quartos de cada parte.

- II. De Europeo y Mulata sale Quarterona. Cuarta parte de Mulata.
- III. De Europeo y Quarterona sale Ochanova. Octava parte de Mulata.
- IV. De Europeo y Ochanova sale Puchuela. Blanca totalmente.

Ya se ve que si esta Puchuela se casa con Mulato propio, la prole vuelve á retroceder; y si se casa con un Negro, se atrasará mucho mas; y de estos atrasos depende el que pocos de ellos lleguen á puros blancos; pero algunos realmente llegan.

Y supuesto que el material se vino á la pluma de su propio peso., conviene salir de otra duda por una parte, grave, y por otra, de no pequeña curiosidad: la duda es acerca del origen del color negro en los Etyopes, si pueden mudarse ó no; y la raíz de la tal mutacion. [77]

§. III

Del origen del color negro de los Etyopes: si puede mudarse ó no: y la raíz de tal mutacion.

No questionamos en qué consista el color atezado de los Negros; v.gr. si en algun suco; ¿si en la contextura del cutis, ó de la tela segunda ó membrana reticular? si en la tercera tela que está entretexida de glándulas de varias formas y figuras; ó en fin, si abandonados todos esos modos de pensar, consista solamente en la mayor ó menor actividad, con que las dichas glándulas rechazan la luz tinturada de la refraccion sola, que en ellas padece? Sea lo que se fuere del constitutivo del color: buscamos solamente el origen de la tintura de los Negros; ¿y si puede descaecer, (sea perdiendo ó sea ganando) tomando otra tintura?

Buscando este origen mas arriba de lo que se puede, erraron algunos; y otros, apropiándoles raíz poco conforme á la Sagrada Escritura: unos y otros están ya bien refutados con sólidas razones, y por plumas muy sutiles; en cuya confirmacion solo añado, que aunque después Juan Ludovico Hannemán escudriñó (á su parecer) curiosamente el origen de los Negros, no se conformó muy bien con la Divina Escritura. Dice, que en la maldicion que Noe echó á Cán, fué como marca ó divisa de aquella pena el color negro. ¿Pero con qué lo prueba? dirá que porque los Negros, [78] extraidos fuera de su Patria, son vendidos por Esclavos, que es lo substancial de la maldicion: *Servus servorum erit fratribus suis*; sin advertir que las Naciones y gentes blancas de la Europa y Asia, extraidas y cautivadas, se venden y son Esclavos, sin ser Negros; y así es cierto que el color prieto ni es castigo, ni es efecto de la dicha maldicion; y sino responda Hannemán á lo que le diré en nombre de un Negro de Angola.

Es verdad (dice) que por la culpa de Cán, y por la maldicion que cayó en nuestro Padre y Progenitor Canaan, somos reputados como verdaderos Esclavos; pero mira, que compadecido Dios de nuestra desdicha, nos consoló, prefirió y condecoró con este bellissimo color negro: gala, con la qual estamos contentísimos. Dirá Hannemán, que esto no consta de la Escritura: y replica el Negro, que tampoco consta lo que dice este Autor; y que si Hannemán tiene por feo el color negro, y lo aplica á lutos, á tiempos y cosas tristes: ellos tienen todo su gusto en él, y tienen por melancólico y triste el color blanco.

Mas: si dicho Autor hubiera discurrido con mayor reflexi6n, hubiera hallado en la Divina Escritura (66), que de Canaan naci6 Syd6n, y de 6ste los Sydonios: despues naci6 Hethaeo y los Hethaeos: despues naci6 el Padre de los Jebuseos y otros hijos, que poblaron primero la Palestina, y despues se fueron estendiendo 6cia el Africa (y 6 mi sentir) de las Costas de 6sta 6 las Am6ricas; todo 6 fuerza de tiempo y de muchas generaciones; [79] sin que haya con que probar que fuesen Negros, ni los Canan6os, ni los Sydonios, Hethaeos, Jebuseos, etc. ni despues del Diluvio y de la dispersion de Babel; ni hasta hoy en dia; lucero de estas gentes blancas, descendientes de C6n y de Canaan, se originaron despues las gentes Negras; y de 6stas finalmente los Indios trigue6os de las Am6ricas, como adelante ver6mos (67). 6Pero para qu6 es detenernos en lo que no es la cuesti6n? ahora buscamos la ra6z de esta mutacion de color; para cuya declaracion debemos suponer, que si los hombres negros sali6ron de padres blancos, tambien los blancos y trigue6os pudi6ron y podran originarse de padres Negros.

Fuera de esto, en esta cuesti6n hemos de mirar los colores, sin calificarlos ni darles entre s6 preferencia; porque 6sta ser6 siempre incierta, hija de la voluntad, y no de la razon: al modo que cada qual prefiere el lenguaje materno en que se cri6, al extranjero que no entiende, 6 se le hace duro, aunque le sepa: el amor natural es ciego 6 incap6z de voto desapasionado en negocio propio. Por otra parte es cierto que la hermosura no consiste solo en el color blanco: de este color hay caras muy feas; y del color negro las hubo muy hermosas: y en lo literal consta, que la Esposa que se arrebat6 la Corona y los cari6os del Rey (68), fue negra y muy hermosa; y aun el Mantuano, instruyendo 6 un J6ven mal informado [80] en este punto de apreciar colores (69), le puso 6 la vista, qu6nto mas apreciamos las violeletas en contraposicion de otras muchas flores blancas: de modo que en esta materia el aprecio nace, no del color, ni de la cosa 6 persona que le tiene, sino del afecto con que se mira; por lo qual dixo el adagio:

Quisquis amat ranam, ranam putat esse Dianam. Sin que guarde consecuencia el afecto humano: pues aun las Se6oras que mas aprecian su blancura, engastan en ella lunares negros por mucha gala: y el amor 6 los ojos negros en las Provincias del Norte, ha dexado 6 muchas Damas tuertas (70), y 6 otras ciegas, 6 fuerza de acres saumerios que para dicho fin han inventado.

Los hombres blancos han dado mayores muestras de dicha inclinacion y amor al color negro: y hoy en dia, en Cartagena de Indias, en Momp6x y en otras partes se hallan Espa6oles honrados, casados (por su eleccion libre) con Negras, muy contentos y concordados con sus mugeres: y al contrario, v6 en la Guayana una Mulata blanca, casada con un Negro atezado; y en los Llanos de Santiago de las Atalayas una Mestiza blanca casada con otro Negro: 6ste la desech6 muchas veces, dici6ndola que reparase bien en su denegrado rostro, que tal vez seria despues ori6gen de sus disgustos: la respuesta de la Mestiza fue irse 6 su casa, y untarse con el zumo de jagua, [81] tinta tan ten6z, qual ninguna otra; y puesta 6 vista del Negro, le dixo: Ya estamos iguales, ni tienes excusa para no quererme: casaronse, y Dios les ha dado muy larga descendencia: en fin, el amor es ciego, en punto de colores, ni distingue ni tiene voto; y caso que le

tuviera, es nulo. Miremos pues los colores con la indiferencia que ya dixes, y pasemos adelante, buscando el origen de lo negro.

Nadie ha dudado que los ardientes rayos del Sol tiznan y ponen denegrido el color: bien claro se ve en los trabajadores del campo de todas las Naciones: excusa con que la ya nombrada Esposa de los Cantares disculpó lo denegrido de su bello rostro (71): Decoloravit me Sol. Ni esto es de admirar, quando aun en las frutas, y lo que es mas, en los mismos árboles hallamos diverso color en la parte en que reciben el Sol de lleno, de aquella á donde no alcanzan sus rayos; pero este influxo del Sol no vasta para causar el color negro en los hombres.

La razon es demostrable, y se hará evidente al que con el Globo Terráqueo en una mano, y la Historia General en la otra, puesto v. gr. á diez grados de la Línea Equinoccial, diere vuelta á la Esfera sin salir del dicho círculo paralelo verá en sus terrenos con la luz de la Historia Geográfica gentes negras, prietas, trigueñas y blancas; siendo así, que todo el clima correlativo al dicho círculo en toda la tierra es uniforme en quanto [82] á la eficacia del Sol, y modo de herir en todo él sus rayos: luego solo el calor e influxos del Sol no causan el color negro de que hablamos, aunque puedan disminuir y tostar el color blanco de los hombres, como ya dixes.

Bien sé, y no debo omitir aquí lo que han notado ya los Historiadores Geógrafos, y es, que quanto los Países de las Naciones están mas cerca de la Línea Equinoccial, tanto mas prieto es el color de las dichas gentes: y al contrario, quanto mas se van acercando las Provincias al Norte, va creciendo la blancura de los habitadores de ellas; y lo que mas es (72), blanquea en las aves la pluma; en los lobos, osos y liebres, el pelo; y solo en aquellas Regiones se halla el mejor armiño. Todo lo qual creo yo verificado en los hombres naturales y patricios de dichos climas, desde su primera poblacion hasta hoy, (por la razon que daré al exponer mi sentencia) y no en otras advenidizos, ni en sus descendientes, aun despues de largas generaciones y de muchos años, como se evidencia en las Colonias Portuguesas, establecidas entre los Negros de Africa, Costas é Islas de Asia, en las populosas Ciudades de Españoles, fundadas ya cerca, ya no léjos de la Equinoccial entre los Indios; y en fin, en las muchas Fatorías fundadas en Africa y Asia por los Franceses, Ingleses (73) y Olandeses; en todos los [83] quales Sitios, Fortalezas y Ciudades hay, casi dos siglos ha, Familias Europeas, que de generacion en generacion prosiguen heredando el color blanco de sus padres y progenitores: no obstante el Sol y calor ardiente de la Equinoccial.

Supuesto todo lo dicho, para estrecharme á la mayor brevedad, pongo la mira únicamente en dos Sentencias sobre el color de los Negros: escoja el erudito la (74) que mas le gustase. La primera (para que nos entendamos) llamaré moderna: á la segunda llama el Autor de la moderna comunísima y apadrinada de innumerables Historias, Libros y Autores, á favor de la posibilidad del hecho que defiende y en que se funda con casos específicos á su intento; esto es, de niños que saliéron negros, por tener la madre la imaginacion fixa al tiempo del concepto, v. gr. en la figura de un Etyope. Pero la desgracia de esta comunísima Sentencia está, en que los argumentos de los Filósofos que la protegen, están muy léjos de satisfacer al Autor de la primera, y da por inciertos los sucesos que

alega, y faltos de prueba legítima; porque solo se prueban con testigos singulares, v. gr. cincüenta Autores, que refieren un mismo hecho, y se fundan en la única autoridad de la madre, que sola declaró (porque ella sola lo sabe) que al tiempo tal y tal tuvo fixa la imaginacion en el objeto negro, peludo ó lanudo, ó cosa semejante: declaracion que es sospechosa y capáz de viciarse, por imprudencia, por interés, por adquirir nombre y por otros motivos; y así solamente concede la posibilidad de los tales efectos de la imaginativa, y niega el hecho. [84]

Hágome cargo de todos estos reparos, como muy bien hechos; y no obstante ellos, me veo obligado á dexar esta Sentencia moderna, y á seguir la antigua y comunísima; y por quanto los argumentos antiguos se dan por ineficaces, y de los casos específicos que se alegan, se dice que no tienen la certidumbre necesaria, procuraré dar fuerza y eficacia á los argumentos y alegar casos innegables y específicos, roborados con testigos muchos y abonados, que hoy viven, sin que la declaracion de las madres sea necesaria; y todo quedará llano, si acierto á dar solucion á los argumentos contrarios.

§. V

Contraposicion de las opiniones moderna y antigua acerca del origen del color Etyópico

La Sentencia moderna duda y no decide; pero tampoco asiente á la Sentencia antigua; y afirma, que la causa verdadera y única del color de los Etyopes es influxo del clima ó País que habitan; con la advertencia, que esta voz influxo del clima, no es cosa desnuda, sino que se debe mirar la altura del Sol, y todas las demás propiedades y qualidades del tal País; y añade: que por influxo del País se debe entender, que la causa influyente es alguna cosa general á todo el Pais; y es juntamente primitivo origen de las particularidades que se experimentan en él; sin que el tal [85] influxo del Pais deba atribuirse ni á las aguas ni á los frutos, ni á otras qualesquiera producciones de la tierra.

Ahora meditemos el influxo del clima ú del Pais: la causa influyente, que es una cosa general á todo el Pais, y que es primitivo origen de las particularidades que se experimentan en él: y despues de bien aquilatado todo, hallaremos en limpio, que aquella verdadera y única causa del color de los Etyopes solamente es una cosa general á todo el Pais; y ésta es la cosa que buscamos, para saber por lo claro qué cosa sea ésta; y así esta cosa dexa la causa que se busca, en el caos en que se estaba ántes.

Pero sea esta cosa lo que se fuere, arguyo así: no obstante el influxo del clima ó Pais de Etyopia; no obstante el primitivo origen de las particularidades del tal clima, y no obstante aquella cosa general á todo el Pais, vemos en él y en Angola y en Sierra-Leona gran cantidad de familias blancas, descendientes de aquellos primeros Argonautas Portugueses, que por espacio de dos siglos han retenido de generacion en generacion su (75) color blanco hasta hoy. Y al contrario en el Perú, Paraguay, Quito, Caracas, Nueva-España y en todas las Islas de Barlovento, no obstante la carencia de aquella cosa característica y general al Pais de los Negros, es constante y notorio y ageno de toda disputa, que los

descendientes de padres Negros, salen Negros (á excepcion de los que se casan con Indias ó con Mulatas, y á excepcion de los partos irregulares, de que hablaremos despues): luego aquella cosa, aquel influxo del clima, y aquel primitivo origen no es [86] la verdadera y única causa del color de los Etyopes; y de serlo, todas las gentes de aquel clima fueran negras: y los hijos de ellos, nacidos léjos del tal clima, perdieran su color; lo qual no es así.

Y así, paso ya á establecer mi conclusion á favor de la Sentencia antigua y comunísima. Omitidas las pruebas antiguas, no por insuficientes, sino porque á la verdad, ni las necesito todas, ni este breve apunte las puede abarcar; y en atencion á que la experiencia es madre de la mejor y mas cierta Filosofía, de un solo caso de hecho, cierto y notorio deduciré la razon de dudar; daré mi parecer; le roboraré (76) con razones filosóficas, (desatando de paso los argumentos contrarios) y concluiré, confirmando la opinion con otro caso de hecho, cierto y notorio; y ambos de tal prerogativa, que con ser partos irregulares, tienen toda la certidumbre necesaria, sin recurrir al voto declaratorio de las madres que diéron á luz los tales hijos: el hecho primero es como se sigue.

En Cartagena de Indias, en la Hacienda de Majates, una Negra, casada con un Negro, ambos Esclavos de dicha Hacienda, hasta el año de 1738, llevaba ya de siete á ocho partos, pariendo interpoladamente, ya negros, ya blancos, de una blancura algo fastidiosa, por ser excesiva de pelo asortijado y tan amarillo como el mismo azafrán: quatro son los que ha parido de este color, y los otros son tan negros como sus padres, no quise preguntar á la Negra, por no ser aquí necesaria su declaracion. El hecho es notorio á toda la Ciudad de Cartagena, y á toda la comarca, [87] y mas adelante; porque el Señor Marqués de Villahermosa, al volver de su Gobierno de Cartagena, traxo al mayor de los dichos Negros blancos á esta Corte; y el Señor Presidente de Quito, y ahora de Panamá, D. Dionysio de Alcedo y Herrera, traxo la hermana para criada de la Señora Presidenta Doña María Bejarano; y así estos, como los dos hermanos, son conocidos en dicha Ciudad y su contorno, sin que cause ya armonía; porque de tiempo antiguo consta de semejantes partos, y actualmente, fuera de esos quatro hermanos, hay en aquel Pais otros Negros Albinos, que este es el nombre que les han impuesto. Fuera de esto, Negros de Angola que yo exâminé sobre ello en Cartagena, me aseguraron que allá en su Patria nacen tambien algunos de dichos Albinos, sin que cause novedad á los Negros.

Del este hecho y hechos infiero esta conseqüencia: luego despues de la dispersion dejas gentes pudieron nacer de padres blancos hijos negros; y casados estos entre sí, ir poblando los Paises que hasta hoy poseen, y llenarlos de Negros á fuerza de tiempo, como ha sucedido en otras gentes y Provincias.

No niega la Sentencia moderna esta conseqüencia, ántes bien la tiene por posible; pero añade: «Que éste es un posible de muy extraordinaria contingencia, tal, que en rarísimo caso se reduce á acto, quando para la multitud de millones de Negros se requiere una continuada multitud de generaciones de ellos, suficientes á poblar tan vastos Paises como ocupan».

Este es un reparo, que mas merece el nombre [88] de escrúpulo, que el de réplica; y poniendo la consideracion en Adán y Eva, en Noe y su corta

familia, es igual y aun mayor la dificultad respecto de la primera y segunda poblacion de todo un mundo: ¿cómo de solos aquellos dos se originaron tantos millones de hombres y mugeres, quantos perecieron en el Diluvio universal? ¿Es posible que de Sem, Cham y Japhet se han originado, todas las Naciones que hoy pueblan la faz de la tierra? sí, porque éste no es negocio de tres ni de quatro siglos, sino de muchos millares de años y de generaciones.

De modo que como primero de Adán y Eva, y despues de solas tres familias, poco á poco creció el gentío, y pobló la faz de la tierra: así de pocas familias Negras (y aun de sola una familia pudo) resultaron los millones de Negros que pueblan sus Paises: color que fue muy del caso para la hermosa variedad del Universo, aunque en sí parezca feo, como lo notó San Agustin (77). Fuera de que así como la admirable variedad de lenguas (78) apresuró la dispersion de los hombres, que ya ellos tenían premeditada, y la poblacion del mundo, como después veremos (79); así tambien la variedad de los colores concurrió despues á la mayor separacion de unos y otros entre sí; y si hoy los Albinos referidos se separasen y casasen entre sí en Region sola para ellos, no hay duda que [89] con el tiempo creciera su Gremio, como crecieron las familias de Adán y de Noé.

Digo hablando de los colores de las gentes en comun: Que las madres imprimen en el feto el color á que tienen mas propension, y el que por tal afecto tienen mas impreso en la imaginativa: veis aquí que como la variedad de lenguas fué causa impulsiva para la separacion de las gentes, que abandonaron la fábrica de la Torre de Babel; así tambien, despues de pobladas algunas Regiones, la variedad de los colores fué segunda causa impulsiva para la mayor dispersion y poblacion de otras Regiones, que aun estaban desiertas; sin que para esto se requiera un número grande de progenitores Negros, sino una grande cantidad de siglos para ir naturalmente creciendo y multiplicándose las familias. Y así como cada Nacion ama su language materno, mas que al estraño y forastero; así cada Nacion ama y aprecia mas su color nativo, (sea el que se fuere) que el color ageno; á excepcion de ciertos excesos exorbitantes que extraen al amante del modo y términos ordinarios, como el que se enamoró de una estatua de jaspe (80), y otros que se prendaron de objetos mas despreciables que éste (81).

Pruebo la conclusion propuesta con un noble pensamiento del Gran Padre de la Iglesia San Agustin (82); dice pues; Que así como de los cuerpos [90] pasan las imágenes al espíritu, así se podrán enviar é imprimir en el feto. Que es decir, que así como no hay proporcion entre el objeto corpóreo: v. gr. negro, que mira la muger, ni con la especie impresa en la fantasía, ni con la inteleccion espiritual que resulta; así esta especie impresa, ni la inteleccion y voliciones que de ella y por ella produce el alma, no tienen proporcion alguna con el feto: con que si no obstante la notable improporcion que media entre el objeto y la potencia, ésta, mediante las organizaciones proporcionadas, atrae é imprime en su fantasía la imagen del objeto negro, y toma entera noticia de él: así también podrá enviar e imprimir en el feto, mediante el influxo y conmocion que causan, ya la parte apetitiva (ó ya la aversiva) el color y figura á que se inclina; (ó á que tiene notable aversion) y esto, sin que ni la física, ni la animástica se puedan querellar.

Esto mismo dice con otros términos el Angélico Doctor Santo Tomás (83) en el mismo Artículo, que cita á su favor la Sentencia moderna; sus palabras son éstas: «Por lo que mira á la alteracion, ya del calor, ya del frio y otras conmociones [91] que á éstas son anexas, porque se originan y nacen de la imaginacion, todas siguen el movimiento de las pasiones, al paso mismo con que éstas agitan el corazon; y de aquí es, que por la conmocion de los espíritus se altera todo el cuerpo; pero las otras disposiciones que no tienen orden ó dependencia natural de la imaginacion, ésta no las inmuta por mas fuerte que sea la imaginativa; y asi no puede inmutar la figura de la mano ú del pié».

Y notese que el Santo Doctor ni nombra ni excluye al color. Esto que altamente especularon San Agustin, Santo Tomás y otros Santos y Doctores que luego alegaré, voy á individuar, insinuando la mecánica natural con que la fantasía conmueve las facultades, por medio de las cuales imprime en el feto la idea ó el color que en sí tiene impreso; y es el caso, que ocupada y embebida el alma de la madre con aquella vehemente imaginacion, se inclina y aun se dexa llevar suavemente ácia el color, de que está impresionada la fantasía. A esta parte apetitiva sigue luego la judicativa, calificando por buena la propension al tal objeto. De aquí cria mas vigor la aprehensiva, é impelida de las dos afecciones dichas, aviva y pone en accion los humores y las facultades de los espíritus animales, que concurren á delinear en la prole ó feto el color de aquel exemplar, que retiene la imaginativa de la madre.

Con mas brevedad y mayor claridad dixo esto mismo S. Isidoro (lib. 11. Etimol.) (84) dice: «Que [92] el alma es de tal condicion ó actividad, quando se halla constituida en la accion propagativa ó generacion, que atrae para sí las formas, figuras ó imágenes que vió, y las imprime en el feto»: opinion que sigue y defiende el Tostado con gravísimo peso de erudicion (85), y el Padre Delrio (86) con otros Doctores. Fuera de que, consta en el Sagrado Texto el experimento del Patriarca Jacob, repetido hasta diez veces por sus mismas manos, para variar el color de las crias al paso que la codicia de Labán le variaba la paga (87); de modo que puestas las varas, parte con corteza, y parte sin ella, en las pilas donde bebían las ovejas, veían su imagen de color vario al tiempo de concebir las crias, que despues salían de color vario, blanco y negro.

Quando Labán decia á Jacob, que las crias que saliesen negras, serian suyas, ponía varas sin descortezar en el fondo de las pilas donde bebían, y viendo las ovejas su imagen negra, las crias nacían negras; y quando ponía varas totalmente descortezadas, entónces nacían blancas; con lo qual queda evidenciada la fuerza de la imaginativa en las madres para imprimir color, y tambien varios colores en la prole concebida.

Pero á la verdad no traigo este argumento para probar mi conclusion, sino para desvanecer [93] los efugios, con que la opinion moderna procura evadir su fuerza.

Dice lo primero, que dicha variedad de colores en dichas crias no fué obra puramente natural, sino que intervino un Angel, como el mismo Jacob afirma cap. 31. vers. 11. por lo qual este exemplar no es del caso, por ser efecto milagroso y no natural, qual se requiere. Esta respuesta, roboran con la autoridad del Chrisóstomo y de San Isidoro, y añaden la de San Isidoro; pero no sé cómo, porque el parecer de este glorioso Doctor

dexé poco ha expresado, á favor de la Sentencia antigua, y trasladadas sus palabras al pié de la letra; y vengo en que algunos Santos Padres lleváron esta Sentencia.

Mas también es cierto, que la contraria se halla patrocinada por el Doctor Máximo San Gerónimo (88), por el Sol de la Iglesia San Agustín (89), por San Isidoro en el lugar ya citado, por el Abulense con otros Doctores, por el Padre Delrio y otros de copiosa erudicion; pero vastará poner aquí lo que dice el Abulense (90), y es: «Que el efecto en la dicha variedad de colores fué natural; porque su causa eficiente no excedió los términos de la naturaleza: lo único especial que hubo, fué que Jacob no tenia ántes noticia de dicha arte ó maniobra, la que le [94] reveló el Angel; esto es decir, que la fuerza de la imaginativa la descubrió el Angel; y que llegado el caso, la imaginativa obró naturalmente segun su actividad».

Dice la Sentencia moderna lo segundo, que no se puede negar que las pasiones de la madre, excitadas con violencia, pueden alterar, y á veces alteran el feto considerablemente hasta ocasionarle la muerte por los humores excitados, que vician el licor ó suco, de que el feto se sustenta.

Y es por cierto grande maravilla, ver cómo se concede lo mas, y al mismo tiempo se ruega lo que es ménos. Si la imaginativa impresionada de un susto y de una pesadumbre, (y aun sin tanto impulso) si solo con fixarse en el deseo de una fruta ú de una vagatela leve aquel antojo, fixo en la imaginativa de la madre, si no se halla á tiempo lo que desea, de tal modo mueve los humores y facultades internas de la madre, que quita la vida de la criatura, desbarata y destruye aquel todo sustancial, como lo confiesa la Sentencia moderna: (ni puede negarlo, por ser casos de hecho freqüentes y notorios) ¿cómo dicha Sentencia puede negar, el que la fuerza excitante de la fantasía imprima el color á que se inclina, y propende la apetitiva, que solo es un accidente?

Bien sé que á esta réplica responden, que la imaginativa de la madre concurre á su modo en todo aquello que en el feto dice órden, y tiene conexiõn con la madre, y que el color no tiene la tal conexiõn ni dependencia: yo quisiera que aquí me añadieran la razon y causa de esta independencia; porque esto es lo que buscamos. Dénos á entender, ¿cómo dependiendo todo el [95] feto de la natural operacion de la madre, solo el color del mismo feto se exíme de esta dependencia?

Tal vez dirán, (y no falta quien lo afirma) que la imaginativa de la madre no puede executar en el feto aquella operacion, que no puede en la misma madre; y como por mas viva que sea la imaginativa materna (aunque llegue á ser manía) no puede mudar el color de la madre tampoco puede influir en el color del feto: la conseqüencia que se seguia no es así, sino esta otra: luego no puede mudar el color del feto. Es cierto que no puede mudar el color que una vez le dió; pero puede influir al tiempo de la formacion en el tal color, é imprimirselo al feto.

Fuera de esto, las facultades físicas de la madre tienen muy diverso fin é influxo, natural en órden á la misma madre, del que tienen para con el feto: atienden é influyen todo lo necesario para la conservacion de aquella, como que es ya un todo completo y perfecto; (in facto esse) pero no así en órden al feto, en cuya formacion y organizacion está ocupada y solícita la matriz y todas las facultades naturales de la madre, como que

tienen (digamoslo así) la masa entre las manos: (in ipso fieri). Mas: la materia del feto es tierna, delicada y muy dispuesta á recibir las impresiones que en ella quisiere delinear la fantasía de la madre; v. gr. este ó aquel color á que se inclina: circunstancias que totalmente no se hallan en la madre respecto de sí misma: por lo qual no se puede admitir aquella proposicion, poco ha propuesta á favor de la Sentencia moderna; es á saber: Que [96] la imaginativa de la madre no puede executar en el feto aquella operacion, que no puede executar en la misma madre: ántes bien consta lo contrario, quando el espanto, pesar ó susto de la madre causan la muerte y aborto de la prole, sin que la misma madre muera.

En fin, el último efugio de que se valen para evadir la fuerza del experimento mencionado, que usó Jacob con las ovejas de Labán (91), es decir, que hay mucha desproporcion entre la imaginativa de las ovejas toscas, hijas de un alma tan material como ellas mismas, que facilmente puede impresionarse de tal ó tal color, y mantener la imaginativa fixa en él, sin que otras especies facilmente la borren: lo qual ni se halla ni cabe en la viva mutabilidad de la imaginativa de las mugeres, ni en aquella variedad tumultuosa de especies que les ocurren, atropellándose unas á otras, sin hacer intermision, ni dexar huella.

¡Singularísimo, rumbo y modo de filosofar es éste! solo con aplicar los mismos términos á la nobleza y excelencia que resplandece en el alma racional, superior á la de los animales perfectos, se evidencia lo contrario en esta forma: la imaginativa en las mugeres es verdaderamente mas robusta, mas activa y eficaz que la de las ovejas, por ser de alma de superior gerarquía, y espiritual; por formarse en fantasía mas hábil, despejada, y por los conductos organizados con mas perfecta proporcion; [97] por los quales corren las especies de los objetos defecadas (92), sutiles y mas aptas para imprimir la imágen del objeto; y sin que unas especies atropellen ni impelan á otras la alma da (93) toda la valentía á los espíritus que concurren á la recepcion y retencion de las especies que envia el objeto á la imaginativa, para que ésta en línea de causa exemplar, impelida de la parte apetitiva, traslade al feto aquel color que imprimió en sí misma: por lo qual se ve, que el acertado modo de inferir es éste: si la fuerza de una imaginativa tosca, y de unas facultades tales como ella, trasladó los colores que concebía á los tiernos corderillos, con mayores ventajas los trasladará al feto la vivísima y eficaz imaginativa de la muger, como se evidencia con el caso de hecho, con que ofrecí concluir esta corta disertacion, y es como se sigue, sin quitar ni añadir un ápice de lo que vi, observé y reflexioné.

Año 1738, estando á mi cargo el Colegio de la Compañía de Jesus, que la Provincia del nuevo Reyno de Granada tiene en Cartagena de Indias, salí á una Enfermería, solo pared de por medio separada de dicho Colegio, á visitar los sirvientes enfermos, que se traen de la Hacienda para recobrar la salud: hallé entre otros una Negra casada, y al contexto de su enfermedad añadió, que no consiguió la mejoría que le habia pronosticado el Médico en la resulta de su parto. Con esta noticia quise ver la criatura, por si acaso estaba enferma: levantó la Negra la mantilla, y vi (mas no sé si vi, hasta que salí de la suspension con que me embargó la novedad) vi en fin una criatura, qual creo que jamás han visto los siglos: doy las [98] señas de ella, para no incurrir en la nota de ponderativo;

mas temo que no consiga la pluma, lo que no pudieron con cabál perfeccion los mejores pinceles, empeñados á instancias de muchos curiosos, que solicitaron la copia de original tan peregrino y singularísimo juguete de la naturaleza.

Toda la niña (que tendria como unos seis meses, y hoy ha entrado ya en los cinco años de su edad) desde la coronilla de la cabeza hasta los piés está tan jaspeada de blanco y negro, con tan arreglada proporcion en la varia mixtura de entrambos colores, como si el arte hubiera gobernado el compás para la simetría, y el pincél para el dibuxo y colorido.

La mayor parte de la cabeza, poblada de pelo negro y asortijado, se ve adornada con una pirámide de pelo crespo, tan blanco como la misma nieve; la cúspide piramidál remata en la misma coronilla, de donde baxa ensanchando sus dos líneas colaterales hasta la mitad de una y otra ceja; con tanta puntualidad en la division de los colores, que las dos medias cejas que sirven de basas á los dos ángulos de la pirámide, son de pelo blanco y asortijado y las otras dos partes que miran ácia las orejas son de pelo negro y crespo; y para mayor realce de aquel campo blanco que la pirámide forma en medio de la frente, le puso naturaleza un lunar negro y proporcionado que sobresale notablemente, y le da mucha hermosura.

Lo restante del rostro es de un negro claro, salpicado con algunos lunares mas atezados; pero lo que sobre lo apacible, risueño y bien proporcionado del rostro y vivacidad de sus ojos da el [99] mayor ayre á su hermosura, es otra pirámide blanca, que estribando en la parte inferior del cuello, sube con proporcion; y despues de ocupar la medianía de la barba, remata su cúspide al pié del labio inferior, entre una sombra muy sutil.

Las manos hasta mas arriba de las muñecas desde los piés hasta la mitad de las piernas, (como si naturaleza la hubiera puesto guantes y calzado botines de color entre negro, claro y ceniciento (94)) arrebatan la admiracion de todos, y en especial, por estar aquellas extremidades tachonadas, con grande número de lunares, de un fondo tan negro como al azavache.

Desde el circuito del arranque de la garganta se estiende una como esclavina totalmente negra, sobre pecho y hombros, que remata formando tres puntas, dos en los lagartos de los brazos, y la otra mayor sobre la tabla del pecho: la espalda es de aquel negro claro y manchado, uniforme con el que tiene en los pies y las manos.

Y en fin, lo mas singular es lo restante del cuerpo, varia y peregrinamente jaspeado de blanco y negro, con notable correspondencia en la misma variedad, en la qual sobresalen dos manchas negras, que ocupan entrambas rodillas de la criatura. Encargué mucho á la Negra, que recatase la criatura de la curiosidad, y la resguardase; porque hay ojos tan malignos (le dixen) que la pueden causar algun darlo notable, como á la verdad sucedió algunos dias despues.

Volví repetidas veces con otros Padres de aquel Colegio á contemplar y admirar esta maravilla: á pocos dias empezó el concurso de la principal Nobleza de la Ciudad y de los Galeonistas recién llegados [100] al Puerto: todos se volvian atónitos, y alabando al Criador, que siendo siempre admirable en sus obras, suele tambien jugar en la tierra con las hechuras de sus poderosas manos. Impacientes las Señoras mas principales, no vehian

la hora de que convaleciese la Negra, para que llevase á sus estrados aquel peregrino fruto de su vientre. Regó en fin el tiempo deseado, en que quedáron bien satisfechas, hallando que admirar mucho mas de lo que habian pensado, explicando su gusto con largas dádivas, así para la madre, como para la hija: no sabian dexar á ésta de entre sus brazos sin adornarla de zarcillos, sartas de perlas, manillas preciosas y otras alhajas, propias de su aprecio y de su gusto. Los que con ansia y con sobradas instancias querian comprarla, sin reparar en costo, fuéron muchos: y pasando los deseos á ser ya empeños, á nadie se dió gusto, por no desayrar á los otros, y por no ocasionar pena á los pobres padres de la niña; la que, como apunté, fué herida de no sé qué malos ojos, y amaneció triste y desmejorada y con asomos de calentura; por lo qual, logrando el silencio de la noche, la remití con su madre á la Hacienda donde habia nacido: sí bien su copia corrió por todo el nuevo Reyno y Provincia de Caracas; y aun me aseguraron, que los Cónsules de la Fatoría Inglesa habian enviado á Londres una copia: muy individual de ella.

Desde el principio de esta novedad se excitó entre los curiosos la controversia del origen de los colores, y apénas se trataba de otro asunto: (como sucede en todas partes), cada qual discurria, segun la opinion á que se inclinaba: y entónces [101] fue, quando yo tuve finalmente por indubitable la conclusion que aquí he propuesto de la eficacia natural de la imaginativa. Y es el caso, que en uno de aquellos dias, en que ya la Negra iba convaleciendo, tomé la criatura en mis brazos, para observar mas y mas la variedad dicha de sus colores, y reparé que al mismo tiempo saltó á las faldas de la Negra una perrilla de color blanco y negro: empecé á cotejar en general aquellas pintas con las de la criatura, y hallando notable correspondencia de unas con otras, las fui cotejando parte por parte, unas con otras: y en fin, hallé una total uniformidad entre unas y otras, no solo en la forma, figura y color, sino en lo respectivo al lugar en que estaban colocados los colores. Y aquí advierto, que no quise preguntar á la Negra, ¿si habia pensado ó no? ni para el dictámen que yo habia ya formado, era necesaria tal pregunta: solamente averigué, ¿quánto tiempo habia que tenia aquella perrilla? á que respondió: que ella la habia criado desde que la quitáron de su madre para darsela. Preguntéla, ¿si la perra iba al campo con su marido? no Padre (dixo) ésta es siempre mi compañera; y así creí y creo, que la continua vista, el afecto con que la miraba, y los muchos ratos que jugaba con ella, fué causa suficiente para dibuxar toda aquella variedad de colores de la perrilla en su fantasía, é imprimirlos despues en la configuracion natural de su hija en la matriz. Este pensamiento comuniqué á solos dos sugetos del dicho Colegio de Cartagena, y ambos hicieron el mismo cálculo y cotejo de colores y manchas de la perra y de la niña, y la total correspondencia y uniformidad. Los convenció totalmente, [102] y obligó á creer executada allí la fuerza de la imaginacion en las madres.

No hay aquí que añadir cosa alguna para la certidumbre, seguridad y notoriedad del hecho referido, del qual hay actualmente en esta Corte testigos de mayor excepcion, así Eclesiásticos, como Seculares, y en la Ciudad de Cádiz viven hoy muchas personas de distincion, que son testigos abonados.

Y porque éste vasta, no añado otro parto de nuestro tiempo, digno de

saberse, no por ser raro ni inaudito, sino por ser moderno. Hallarále el curioso en el tomo último de las Obras del Reverendísimo Padre Maestro Feyjoó, que es el primero de sus Cartas Eruditas, cart. 4. pag. 73.

Volvamos ya la proa á nuestro rio Orinoco, cuyos Indios nos esperan, para darnos señas de sus propiedades é inclinaciones naturales: nuevo golfo, en donde apénas la mayor curiosidad hallará fondo. [103]

§. V

Descripción genuina de los Indios en general, y de sus genios

El Indio en general (hablo de los que habitan las selvas y de los que empiezan á domesticarse) es ciertamente hombre; pero su falta de cultivo le ha desfigurado tanto lo racional, que en el sentido moral me atrevo á decir: «Que el Indio bárbaro y silvestre es un monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazon de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza, piés de miedo, su vientre para beber y su inclinacion (95) á embriagarse: son dos abismos sin fin». Toda esta tosquedad se ha de ir desbastando á fuerza de tiempo, paciencia y doctrina: y al modo que un perito Estatuario, entre la misma dificultad y dureza de un peñasco descubre idealmente las perfecciones, que tendrá la hermosa estatua que pretende formar: no de otra manera, entre la monstruosidad de tan fieras costumbres, como he dicho, en los Indios silvestres se descubren las preciosas margaritas de aquellas almas, que á tan caro precio compró nuestro Redentor, y se animan los Misioneros, con especial favor de Dios, á cooperar á la salud eterna de ellas; y al ver logrados sus afanes, no solo en los párvulos, que recién bautizados vuelan á la Gloria, sino tambien en los adultos, que se van mejorando insensiblemente: como buenos Mercaderes Evangélicos, tanto mas se animan, [104] quanto mas crece la ganancia espiritual de aquellas pobres almas. La diferencia grande está en que el diestro Estatuario, despues que dió la última mano y lustre al duro mármol, ya no tiene mas que hacer; pero no así el Ministro Evangélico, siempre ha de lidiar con la ignorancia, ingratitud, inconstancia, pereza, miedo y borrachera de su Grey; y aunque en la juventud, que se va criando con esmero, corresponde el fruto al cultivo en gran parte: no así (ni es moralmente posible que sea) en los adultos, criados y envejecidos en una mera barbaridad: toda su ciencia y toda su prudencia ha menester el Operario entre ellos, para no perderlo todo, con la ansia de ganarlo todo. Y es el caso, que su ruda ignorancia les hace proceder (aunque viejos) con las modales propias de niños, y con tan leve motivo como un niño se huye de la Escuela, se huye un Cacique con todos sus vasallos de un Pueblo, y queda solo el Misionero: ¡tal es su inconstancia! no valen los beneficios pasados, no favores presentes; salen con la suya; se esconden en los bosques, y es preciso renovar todo el trabajo pasado, y añadir mucho mas, para recogerlos segunda vez, tercera y quarta, como sucede con frecuencia; ¡tal como ésta es su ingratitud! ¿Y qué diré de su pereza nativa, hija de la suma ociosidad con que viven allá en sus bosques? todo el cultivo del campo y tareas de la casa recarga sobre sus pobres mugeres: en flechando el marido dos ó tres peces ó algun animal del monte, ya cumplió con sus obligaciones; y despues de beber chicha (es su cerbeza) hasta no poder

mas, duerme á todo su gusto. [105]

Para la Europa esta es novedad que causará armonía; mas no así en la América Meridional, en donde otras Naciones, especialmente en Chile, siguen este entable tan irregular.

Lo que á mí me causa admiracion, es, que en la Isla Hermosa, ó Formosa, poco distante del Imperio de la China, y sujeta á su Gobierno, en el qual las gentes son sumamente laboriosas y económicas: con todo, aquellos Chinos Isleños, entregados al ocio y al divertimiento de la caza, han recargado sobre las pobres mugeres todas las taréas, que trae consigo el cultivo de sus campos y heredades (96); ellas caban, aran, siembran, y en fin hacen todo lo que debian hacer los varones, si no fueran afeminados.

Y volviendo á nuestros Indios, digo que cuesta mucho tiempo, y se requiere mucha industria para irlos inclinando á la labor de aquello mismo que ellos han menester; y quando se halla de nuevo alguna Nacion algo dada al cultivo de los campos como lo es la Saliva y la Achagua se reputa por una gran fortuna, y se da ya aquella gente por nuestra; y la razon es, porque en quanto han sembrado y entablado ya su labor, tal qual le cobran amor, se están quietos, y hay tiempo para doctrinarlos.

Su miedo, sin qué ni para qué, es la raíz de su inconstancia, y de todas las congojas de los Operarios: mas delicados son que un vidrio; si le da la aprehension de que el Padre le miró con atencion, [106] si oyó alguna palabrita ménos dulce, &c. seguramente se huye, y á lo ménos se lleva tras sí toda su familia. Este miedo y temor, tan propio de los Indios, es la causa de que sean tan maliciosos: en todo sospechan de que hay daño ó engaño, y por eso rehusan muchos decir la verdad, y tienen especialísima habilidad para mentir: tan seriamente, y con tales circunstancias adornan sus mentiras, que parecen verdad. No creo que haya gentes en el mundo que así guarden su secreto: ha sucedido estar dos ó tres meses convocado, unido y pronto todo un Pueblo, y tambien muchos Pueblos, y ni hombre, ni muger, ni chico ni mayor darán la menor noticia, aunque los maten. En Provincias enteras ha estado secreta la rebelion y conjuracion general, al modo de la de Cinalóa y México, la de Chile y del Chaco, sin rastrearse hasta verla executada: esto se hace increíble, y mas en tales genios agrestes, voltarios y de tan poco alcance.

Añádese á lo dicho la sutileza con que han inventado arbitrios para huirse; de modo, que no sean ni puedan ser seguidos, caminando ácia atrás en las tierras húmedas, y en las salidas de los rios, para fingir que vienen, al mismo tiempo que se van; y en las tierras anegadizas, donde por fuerza han de dexar señal y huella, dexan tantas: entran y salen tantas veces, que dexan confusos y aturdidos á los que los siguen; y es punto ya averiguado, que si quando se va en busca de los que se han huido, no va guiando un Indio fiel de la misma Nacion, no hay esperanza de hallarlos. Dixe fiel, y aquí está la mayor dificultad; porque muchos tenidos por tales en lugar de guiar, [107] han tirado á perder y á despeñar, y se han metido en lagunas de quatro y de cinco dias de travesía, para que los pobres Misioneros mueran al rigor de los peligros, de los trabajos y de hambre, ántes de hallar las descarriadas ovejas que buscan: este es negocio de hecho, y de que pudiera referir casos muchos y muy lastimosos.

No obstante lo dicho, dos reglas ciertas que me enseñó la

experiencia, apuntaré aquí, para que den luz á los Misioneros: la primera es que quando el Indio está ya resuelto á huirse, es mas puntual á la Misa y á las horas de la Doctrina: frequenta mas ir á ver al Misionero, ponderan su pobreza, etc.; y al fin pide algo al Padre.

La segunda cosa es, que ya huido el Indio con otros muchos ó pocos, no tome el Misionero guías para buscarlos, que sean parientes ni amigos de los fugitivos; porque si ellos guían, de cierto perderá su trabajo: debe investigar con quien tuvo riña el principal fugitivo, (que estas fugas siempre nacen de una riña) y tome por guía al que pleyteó con el huido, y á los que él buscare para compañeros, y crea que va seguro y con mucha probabilidad, de que hallará los desertores: esta seguridad se funda en el genio vengativo de los Indios.

¿Pues quién conocerá perfectamente el genio de estas gentes tan rudas y agrestes para todo, ménos para su negocio? ¿tan ágiles para el mal, y tan pesadas y perezosas para el bien: tan inconstantes para su salud eterna, y tan firmes y constantes para su perdicion? es preciso creer, que el Demonio, rabioso porque se le escapan aquellas almas, los instiga, persigue y engaña. [108]

No obstante las dichas propiedades, que son comunes á todos los Indios (en unas Naciones mas, en otras ménos) prevalece finalmente Dios; y como ya dixé, á fuerza de tiempo, de paciencia y de doctrina se forman bellísimas Poblaciones, se entablan Iglesias con música de canto figurado para los Divinos Oficios, se entabla la frecuencia de Sacramentos; y entonces los mismos Indios dicen á gritos, que ántes habian vivido como brutos. El afán y fatigas con que se buscan las familias de Gentiles por las selvas y bosques, el trabajo para unirlos entre sí, y que formen Pueblo regular, el método, paciencia y prudencia que se requiere para irlos desbastando y reduciendo á vida civil, para poderles enseñar la Doctrina, no es materia de días ni de meses, sino de años. A los principios solo se da el Bautismo en artículo de muerte, ni cabe otra cosa en su mutable veleidad. Ya que se reconoce que habrá en ellos perseverancia, se trata con mas eficacia de su enseñanza: ni se convierten todos; unos por rudos, otros por tercos, quedan Gentiles, y se toleran, por no perderlo todo; y al fin, por la bondad de Dios todos entran en el Gremio de la Santa Iglesia. De esta materia trato en el capítulo 23 de esta parte: quien desde luego quisiere tener estas noticias, vea el tal capítulo. [109]

Capítulo VI

Del origen desatinado que se fingen algunas Naciones del Orinoco; y se apunta algo de su verdadero origen y descendencia

No baxemos aun de la atalaya, desde donde hemos visto algunas propiedades de los Indios en comun. Recojamos ahora la vista, y fixémosla solamente en Orinoco y sus vertientes, para ver qué origen y prosapia se apropian aquellas Naciones, que disfrutaban sus fértiles y fecundas Vegas.

Ya apunté en el capítulo antecedente, cómo se reconoce especial barbaridad y rudeza en todas las Naciones, á que no llegaron las conquistas del Inga; y de hecho al rio Orinoco no llegaron sus armas y

gobierno civil ni se acercó jamás; por que dista lo que hasta hoy se ha descubierto del Orinoco, muchos centenares de leguas de la jurisdicción de Quito, término occidental de las conquistas de los Ingas (aunque es verdad, que los terrenos y rios incógnitos del resto del Orinoco descenden de la dicha jurisdicción de Quito): por lo qual son singularmente incultas y agrestes las Naciones de que vamos tratando. Ni leer ni escribir, ni pinturas ni geroglíficos, como usaban los Mexicanos, ni columnas ni anales, por las señas de los cordoncillos de varios colores, en que guardaban las memorias de sus antigüedades los Ingas, ni seña alguna para refrescar la memoria [110] de lo pasado, se ha encontrado hasta hoy en estas Naciones; y así causa risa y compasión al mismo tiempo los desatinos que dicen de su Génesis y origen las Naciones, que entre las demás se precian de entendidas: que aun entre bárbaros hay de esto. La mayor parte de aquellas gentes no tienen que responder quando les preguntamos por sus antepasados: no se levantan sus pensamientos un dedo arriba de la tierra: no tienen otra idéa, que la de las bestias, que es comer, beber, multiplicar y resguardarse de lo que aprehenden (97) como dañoso y perjudicial. Esta y no otra, es la vida de aquellos hombres silvestres.

Y con todo, entre ellos se hallan Naciones, que se precian de muy entendidas; y cierto que en el ayre del cuerpo, en el desembarazo y modo de hablar, en la mayor suavidad del lenguaje y en otras señales, hay Naciones, que hacen manifiestas ventajas á otras. La sobresaliente y dominante en Orinoco es la Nacion Cariba, que se extiende por la Costa Oriental hasta la Cayana, y aun hoy vive mucha gente de ellos en la Trinidad de Barlovento, y en las tres Islas de Colorados, que están junto á la Martinica: ni sé que haya en aquellos Países Nacion que le iguale en extension y gentío; si ya no es, que después de descubierta enteramente la de los Caberres, la iguale ó exceda. Lo cierto es, que como después veremos, en valor se tiene, y á veces vence á los Caribes, quando suben armados Orinoco arriba, y llegan ó procuran abordar á los Caberres.

Son los Caribes de buen arte, altos de cuerpo, y bien hechos: hablan desde la primera vez con qualquiera, con tanto desembarazo y satisfacion, [111] como si fuera muy amigo y conocido. En materia de ardides y traiciones son maestros aventajados, por lo mismo que de suyo son muy temerosos y cobardes. Preguntados estos, ¿de dónde salieron sus mayores? no saben dar otra respuesta, que ésta: Ana cariná róte. Esto es: Nosotros solamente somos gente. Y esta respuesta nace de la soberbia, con que miran al resto de aquellas Naciones, como esclavos suyos: y con la misma lisura se lo dicen en su cara con estas formales palabras: Amucón paporóro itóto nantó: Todas las demás gentes son esclavos nuestros. Esta es la altivéz bárbara de esta Nacion Cariba; y realmente trata con desprecio y con tiranía á todas aquellas gentes, rendidas unas, y otras temerosas de su yugo.

Pero ya que ellos no saben de su origen, la Nacion Saliba y Achagua se le ha buscado y averiguado á su necio modo, y no sin propiedad. Dicen los Salibas, que el Puru (de quien despues hablarémos) envió á su hijo desde el Cielo á matar una Serpiente horrible, que destruía y devoraba las gentes del Orinoco, y que realmente el hijo del Puru venció y mató á la Serpiente con gran júbilo y alegría de todas aquellas Naciones, y que

entonces Puru dixo al demonio: Vete al Infierno, maldito, que no entrarás en mi casa jamás (note el curioso en esta tradicion una confusa idea de la redencion del Género Humano.) Y añaden, que aquel consuelo les duró poco; porque luego que se pudrió la Serpiente, se formaron en sus entrañas unos gusanos tremendos, y que de cada gusano salió finalmente un Indio Caribe con su muger; y que como la Culebra [112] ó Serpiente fué tan sangrienta enemiga de todas aquellas Naciones; por eso los Caribes hijos de ella, eran bravos, inhumanos y crueles. Este favor y honra hace la Nacion Saliba á la altivez de los Caribes. No discrepa mucho de ésta la erudicion de la Nacion Achagua: ésta protesta, que los Caribes son descendientes legítimos de los Tigres, y que por eso se portan con la crueldad de sus padres. Por esta causa del nombre Chavi, que en su lengua (98) significa Tigre, deducen la palabra Chavinaví, que para ellos significa lo mismo que Caribe, oriundo de Tigre. Otros Achaguas de otras Parcialidades, ó Tribus explican mas la especie, y le dan mas alma de este modo: Chavi es el Tigre en su lengua; y Chavina es la Lanza; y de las dos palabras Tigre y Lanza sacan el nombre de los Caribes, llamándolos Chavinaví que es lo mismo que hijos de Tigres con Lanzas: alusion ó semejanza muy propia para la crueldad sangrienta de los Caribes.

La Nacion Othomaca, que es el abstracto y la quinta esencia de la misma barbaridad, barbarísimos entre todos los bárbaros de Orinoco, lleva una opinion muy conforme á su tosquísima bronquedad, y dice: que una piedra formada de tres, unas sobre otras, que levantan uno como chapitel sobre un picacho, llamado Barraguan, dicen y afirman, que aquella es su primera Abuela; y que otro peñasco horrendo, que sirve de remate á otro picacho, distante dos leguas, fué su primer Abuelo; y guardando su dura consecuencia, creen que todas las peñas y piedras de que se forma dicho Barraguan, (alto promontorio de peñascos, casi sin migaja de tierra) dicen, [113] que cada piedra de aquellas es uno de sus antepasados; y á esta causa, aunque entierran sus difuntos, y con ellos pan y chicha para el viage de sus almas: con todo, pasado un año, sacan las calaveras, y las llevan á la sombra de su Abuela, metiéndolas en las concavidades que entre sí forman las peñas del dicho Barraguan; en las cuales se encuentran gran número de calaveras, sin que se vuelvan piedra como ellos piensan.

Los Indios de la Nacion Mapoya llaman á la tal piedra, en que remata, y que sirve como de chapitel al picacho del Barraguan, Uruana; y dicen que aquella es la raíz de toda la gente de su Nacion; y por eso gustan mucho de que los llamen Uruanayes, y ensartan esta raíz con una larga cadena de quimeras y desatinos.

No se han ideado mejor origen los Indios Salibas, aunque á la verdad ellos y los Achaguas son las Naciones mas capaces y de mejor índole, que hasta ahora hemos hallado. Una de sus parcialidades, dice, que son hijos de la tierra: es verdad, y dicen bien; pero no es así como ellos piensan; porque las almas tienen origen muy superior; y ellos dicen, que la tierra brotó antiguamente hombres y mugeres, al modo que ahora brota espinas y abrojos. Otras Parcialidades llevan otra sentencia, y afirman que ciertos árboles diéron por fruto antiguamente hombres y mugeres de su Nacion, que fueron sus antepasados; y preguntándoles ¿dónde están los tales árboles, y por qué ahora no dan ese fruto? se remiten á la sábia erudicion de los Achaguas, sus vecinos, amigos y maestros. Otras Parcialidades de estos

Salivas tienen los pensamientos mas altos, y blasonan de que ellos [114] son hijos del Sol: gloriosa prerogativa, que las Naciones del Perú daban únicamente á sus Ingas soberanos. Preguntamos un día á estos hijos del Sol: ¿cómo pudo ser, que al parir el Sol á los dos Salibas primeros, cayendo de tan alto, no se matáron? quedóse muy confuso el Saliva, y dixo, quién sabe cómo sucedería; así nos lo cuentan los Achaguas.

Los dichos Achaguas, con todo su magisterio, no se han ideado mejor origen: unos se fingen hijos de los Troncos, y se llaman con esa alusion Aycubaverrenais: otros idéan su estirpe de los rios, y por eso se llaman Univerrenais; y á este tono otros desatinos, en los quales confiesa ciertamente aquella gente bárbara, que dependen de otra primera causa superior á ellos; y no dando lugar su antigua ceguedad á dar con ella, se han fingido unas causas tan viles y baxas como vimos, y otras que omito, porque se pueden inferir de las ya dichas.

Y como no conocen otro terreno, que el que pisan, ni tienen noticia alguna, no solo del mundo nuestro, pero ni aun del suyo Americano, nadie piensa que hay mas gentes que aquellas comarcas; y así oyen con gusto y con espanto las cosas de Europa. Y el vínculo mas fuerte con que se dan por obligados, es quando el Misionero en su lengua de ellos les da á entender: «Como solo por librarlos de las garras del Demonio, ha dexado á su tierra y parientes, y ha venido desde tan lejos á mirarlos como hijos».

Hay repetidas experiencias, de que en las mayores perturbaciones que el Demonio siembra [115] en los Pueblos nuevos, no hay medio mas eficaz que decir á los ancianos: ¿Y para esto dexé yo á mis parientes, y vine á buscaros?

Teniendo, como apunté, aquellas gentes tan cortas y limitadas noticias, nadie ha pensado que sus mayores hayan pasado de remotas Provincias á fundar y hacer pié en aquellas, y por eso recurren á las piedras, rios, árboles, etc. como á fundadores de sus linages.

Y así yo en su nombre apuntaré aquí lo mismo que largamente medité entre ellos, al ver su modo, su estilo y su desdicha, digna de toda compasion. Digo lo primero, que los Indios son hijos de Chám, segundo hijo de Noé, y que descienden de él al modo que nosotros descendemos de Japhet, por medio de Tubal, Fundador ó Poblador de España, que fué su hijo, y nieto de Noé, y vino á España año 131 después del Diluvio Universal (99) (1788 de la Creacion del Mundo). A este modo á Chám y á sus hijos le cupo la Arabia, el Egipto y el resto de la Africa; y algunos de sus nietos ó viznietos, arrebatados sus Barcos de la furia de los vientos, como en su lugar diré, ó de otro modo, desde Cabo Verde pasáron al Cabo mas abanzado de toda la América Meridional, que está en el Brasil, y se llama Fernambuco. Pruebo esta conclusion con el infeliz y mísero porte de los Indios Americanos, los quales llevan tácita y pacíficamente el vasallage que deben, y es razon den á nuestros Católicos Monarcas. Fuera de esto, es tan [116] apocado su ánimo, que sirven á los Negros, esclavos de los Européos; no paro en esto: lo que me ha dado mucho que pensar, es haber visto, observado y experimentado, que sirven de mejor ayre, con mas gusto y muestras de alegría á un Negro, esclavo de Angola ó Mina, que á un Europeo, sea Secular, ó sea Eclesiástico. Todavía he observado mas; y es, que trata un Europeo bien á un Indio en vestido, comida y quanto ha menester; y al fin desampara el Indio á su Amo, se huye y va á servir á un

Negro que lo maltrata y cuida muy mal; y con todo no se huye el Indio, ántes bien sirve gustosamente al Esclavo. ¿Qué misterio es éste? pues lo dicho no es observacion especulativa, es muy práctica; y no es reparo solamente mio, es reflexion hecha ya por otros muchos: ¿y cuál será la raíz de un tan raro modo de proceder de los Indios? respondo, que proceden así, para que se verifique al pié de la letra la maldicion, que quando Noé despertó de su sueño, echó á su hijo Chám, diciéndole (100): Que habia de ser siervo y criado de los esclavos de sus hermanos. No dixo siervo ó criado de sus hermanos, sino siervo de los esclavos de sus hermanos: y estos son puntualmente los Indios, no por fuerza, sino de su propia inclinacion, verificando la maldicion que Noé echó á Chám.

Añado mas: todos los Européos, que han estado y están en ambas Américas, saben que el vicio mas embebido en las medúlas de los Indios, [117] es la embriaguéz, es el tropiezo mas fatál y comun de aquellos Naturales; y tambien echo yo á Chám la culpa de esta universal flaqueza de los Indios, como la deznudéz que de su propio genio han gastado y aun gastan los gentiles Americanos. Hizo Chám burla de su padre Noé, por verle desnudo: (así encontramos las Naciones silvestres del nuevo Mundo) hizo donaire de la casualidad, por la qual dormia; y en Virtud y fuerza de la maldicion, lo que fué una casualidad en Noé, pasó casi á naturaleza en los Indios, hijos de Chám, segun el hipo y ansia con que beben: y aquella breve desnudéz de Noé pasó á moda de los mismos, y á trage ordinario el no vestirse: ahora vean los curiosos, ¿si se hallará gente alguna en lo descubierto, á quien tan de lleno toque, y se verifique la maldicion que su padre echó á Chám? El Regio Historiador Herrera (101) cita varios Indios ancianos, que contáron á los Españoles en los principios de sus conquistas, que por tradicion de sus mayores tenian noticia de Noé y del Diluvio, y que ellos eran hijos del segundo hijo de Noé, el qual habia hecho burla de ver á su padre desnudo, y que por eso ellos vivian desnudos, por la maldicion que cayó sobre su padre. Y si dice alguno, que tambien viven desnudos los Negros, respondo que tambien defiendo, que los Negros descien den de Chám, que no son de ánimo tan apocado, como consta de la experiencia ya dicha (102); en que vemos [118] que los Indios sirven de buena gana á los Negros; y al contrario, no hay Negro que se digne y humille á servir á los Indios: la qual altivéz puede ser efecto del diverso temperamento y diversos bastimentos con que se crian en el Africa; y de otras causas, hasta ahora incógnitas, de que se origina tambien lo encrespado del pelo y aquel color negro.

Digo lo segundo, que las Naciones del Orinoco y de sus vertientes observan muchas ceremonias de los Hebréos, durante su gentilidad; las quales siguen material y ciegamente, sin saber por qué, ni por qué no, llevados de la tradicion, que va pasando de padres á hijos, sin saber dar razon de lo mismo que executan. Del qual uso y estilo se infiere, que despues de poblada la América por los descendientes de Chám, se transportó tambien algun número de Hebréos, después de la dispersion de aquel ingrato Pueblo; de los quales redundáron á los primeros pobladores las ceremonias, que iré apuntando de paso; porque de este punto trataré despues mas de propósito (103).

La circuncision, señal y divisa dada por el mismo Dios á su escogido Pueblo, (aunque con la variedad, que el largo curso de los tiempos

introduce en todos los usos y costumbres) se halla entre aquellas Naciones Gentiles. Los Salivas, quando lo eran, y los que restan en los bosques, al octavo dia circuncidaban sus párvulos, sin exceptuar á las niñas, no cortando, sino lastimándolos [119] con una sangrienta transfixiõn, de que solian morir algunos de uno y otro sexõ.

Las varias Naciones de Culloto, Urú y otros rios, que entran en Apure, ántes de reducirse á la Santa Fe, eran mas crueles en dicho uso, y eran mas inhumanas en esta ceremonia, añadiendo, heridas considerables por todo el cuerpo y brazos; cuyas cicatrices se ven en los que viven hoy, de los que nacióron en aquellas selvas: no hacian esta carnicería hasta los diez ú doce años de edad, para que tubiesen fuerza para la evacuacion tan notable de sangre, como se seguia, de mas de doscientas heridas, que daban á las inocentes víctimas de su ignorancia. Yo encontré el año 1721 un chico moribundo en dichos bosques, cuyas heridas se habían enconado, y tenía el cuerpo lleno de asquerosas materias. Para que no sintiesen la punta afilada, con que atravesaban las carnes, embriagaban de antemano á los pacientes de ambos sexos, porque nadie se escapaba de esta sangrienta ceremonia; entre los Indios Guamos y Othomacos, son igualmente crueles las señas de la circuncision.

La Poligamia, permitida antiguamente á los Hebréos, y el Repudio, está entre aquellos Gentilés tan en su vigor, que la mas observante Sinagoga, de las que hoy mantienen los Judíos, puede tomar exemplo de aquellos bárbaros.

No se hallará Judío, que tenga tanto horror á la carne de lechón ó cebón casero, como tienen los dichos Gentiles; pero despues de instruidos y bautizados, se desatinan por comerla.

Las unturas de olios y aromas, tan propias del Judaismo, que hasta el mismo Christo le dió en [120] cara al Fariséo, por haber faltado en esta señal de cortesía y amor, en que se estaba esmerando la Magdalena (104), están con todo su vigor en Orinoco; tanto, que para su inteligencia es preciso poner capítulo á parte.

Fuera de esto, á vista de la tarea indispensable de labarse el cuerpo tres veces cada día, ó á lo ménos dos, ¿quién habrá que no diga, que los Indios judaizan? otras señas del Judaismo iré notando, como fueren ocurriendo, en su propio lugar. Y por no alargarme ahora, concluyo, protestando, que si el espíritu de codicia y de interés, que domina en el Judaismo, se perdiera, todo le pudieran hallar vigoroso entre las Naciones de Orinoco y sus vertientes; cuyo estilo, en puntos de parentela es heredado de los Judíos, llamando unos y otros hermanos y hermanas á los parientes y parientas de segundo y tercer grado (105). La inconstancia, ingratitude, destealtad, timidéz y otras propiedades que individua la Sagrada Escritura de aquel Pueblo Judáico, todas, una á una, las tengo observadas en los Indios dichos, en unos mas, en otros ménos; y asi, á mi corto entender, unos descenden, otros tomáron los usos y ceremonias de los Judíos de la dispersion de Salmanasár, como mas adelante verémos; ahora demos otra ojeada en comun, sin fixar mucho los ojos en la desnudéz de los Indios.

Capítulo VII

Desnudéz general de aquellas gentes: olios y unturas, que casi generalmente usan

No supieron nuestros primeros padres Adán y Eva (106), que estaban desnudos, hasta que su pecado les abrió los ojos, y echáron mano de algunas hojas, obligados del empacho y del rubor natural. Esto bien se percibe, y los Intérpretes de la Sagrada Escritura hermanan muy bien aquella ignorancia, con la primera inocencia con que Dios crió á nuestros primeros Padres. ¿Pero qué Doctor habrá hoy, que componga y hermane, no la inocencia, que no la tienen; sino la disolucion y brutalidad de aquellos Gentiles con la ignorancia, que realmente tienen de que están desnudos?

La primera noticia que las Naciones retiradas tienen de que los hombres se visten, es quando un Misionero entra la primera vez en sus tierras, acompañado de algunos Indios ya Christianos, y vestidos al uso que requieren aquellos excesivos calores. Entónces, si el Misionero no ha enviado ántes Mensageros, toda la chusma de hijos y mugeres, atónitos de ver gente vestida, huyen á los bosques, dando gritos y alaridos, (refiero lo que he visto muchas veces) hasta que despues los van trayendo, y poco á poco van perdiendo el miedo: [122] no les causa rubor su desnudéz total; porque ó no ha llegado á su noticia que están desnudos, ó porque están desnudos de todo rubor ó empacho. Uno y otro verifican con aquel desembarazo, con que pasan, entran, salen y traban conversaciones, sin el menor indicio de vergüenza: y pasa mas adelante el desahogo. Porque muchos Misioneros, ántes de estar prácticos en el ministerio, han llevado y repartido algun lienzo, especialmente á las mugeres, para alguna decencia; pero en vano, porque lo arrojan al rio, ó lo esconden, por no taparse; y reconvenidas para que se cubran, responden: Durrabá ajaducá: no nos tapamos, porque nos da vergüenza. Y veis aquí otra especie inaudita: conocen la vergüenza y rubor, durrabá ajaducá; pero mudada la significacion de las voces; porque al vestirse sienten rubor, se corren, y están sosegadas y contentas con su acostumbrada desnudéz: ¡hasta aquí puede llegar la fuerza de la costumbre! pero esta repugnancia á vestirse, en breve tiempo pasa á ser gran molestia para los Padres; porque al paso que van oyendo y percibiendo los Misterios de nuestra Santa Fe, se les van aclarando los ojos interiores: caen en la cuenta de su desnudéz, reciben todo quanto lienzo el Misionero les puede dar, y porfian por mas y mas, con mucha molestia, así hombres, como mugeres.

En las Naciones de Gentiles, que, ó no distan mucho de los Españoles, ó que tienen correspondencia con Indios ya Christianos, usan los hombres, aunque no todos, de un retazo de lienzo, que llaman unos guayuco, otros guarruma; y las mugeres unos delantalillos, matizados con cuentas [123] de vidrio: otras se cubren con un mazo de hebras de muriche, que es á modo de una libra de cáñamo suelto, tanto, quanto vasta para la ínfima decencia, y nada mas.

Todas las Naciones de aquellos Paises, á excepcion de muy pocas, se untan desde la coronilla de la cabeza hasta las puntas de los piés con aceyte y achote: y las madres, al tiempo de untarse á sí mismas, untan á todos los chicos, hasta los que tienen á sus pechos, á lo menos dos veces al dia, por la mañana y al anochecer: despues untan á sus maridos con gran prolixidad; y los días clásicos para ellos va sobre la untura mucha

variedad de dibuxos de varios colores; y cada vez que el marido viene de pescar ú de hacer alguna diligencia, le quita su muger ó alguna hija la untura empolvada, y le unta de nuevo los pies; y lo mismo hacen con los huespedes que llegan, aunque sean muchos. Cosa rara lo que voy á decir: sea el que se fuere, chico ó grande, sale con suma repugnancia de su casa, si no está untado de piés á cabeza; y esto, aun despues de domesticados y puestos ya á la tarea de asistir á la Doctrina Christiana mañana y tarde: de modo que reconoce el Padre, que faltan de aquellas filas, en que los forma el Fiscál, quatro ó seis muchachos, va luego el Fiscál á buscarlos, y vuelve sin ellos y diciendo: Padre, no pueden venir, porque están desnudos: ¿cómo es eso, replica el Padre: todos estos no están desnudos tambien? sí, Padre, responde; pero están untados: que para ellos equivale á estar bien vestidos: para ir á la guerra los adultos, se pintan fea y horriblemente, como despues diré. [124]

Sobre las unturas entran sus galas, y son en los varones algunos plumages de colores escogidos; y en las piernas, á la raíz de las rodillas, y arriba de los tobillos atan quatro borlas muy esponjadas, de gran número de hebras de algodón: éstas sirven de gala y de remedio contra infinitas garrapatas menudas, que hay en todos los campos: tropiezan con una nidada de ellas, que es una pelota, que tendrá casi un millon de aquellos insectos, y se les enredan en las quatro borlas, sin pasar á molestar lo restante del cuerpo: fuera de esto, adornan los hombres tambien sus narices y orejas con varias alhajas ridículas; y los que pueden, con planchitas de plata ó de oro, que ellos mismos se labran á su modo.

Los Caberres y muchos Caribes usan por gala muchas sartas de dientes y muelas de gente, para dar á entender, que son muy valientes, por los despojos, que allí ostentan ser de sus enemigos que matáron: con estos adornos, y su macana en una mano, y la flauta, llamada fututo, en la otra, una y otra alhaja con sus borlas, salen los Indios engalanados á todo costo para los dias ordinarios; pero los dias clásicos para ellos, que son quando hay borrachera general en sus casamientos, cabos de año de sus Caciques y Capitanes, y siempre que vuelven de viage largo, en tales dias salen desnudos, como siempre, con las libreas mas exquisitas de sus botes, unturas y colores, que guardan como un gran tesoro. Primero se untan al uso ordinario, luego untan con una resina, llamada caraña, amasada con varios colores, unas pleitas sutíles, curiosamente variadas con dibuxos no despreciables, y van apretando aquellas pleitas coloridas á los brazos, [125] piernas, muslos y á todo el cuerpo, con arte y proporcion: tanto, que puestos aquellos Indios á distancia competente, se engañará el forastero, que no supiere la inventiva, y creerá de cierto, que todos aquellos pintados están vestidos de angaripola muy lucida: no es vestido éste para solo un dia, han de andar engalanados tantos dias, quantos dura la tenacidad de la resina caraña, que no son pocos. Los Músicos de flautas, fututos y tamboriles, y todos los que están señalados para formar las danzas, salen mucho mas lucidos, porque sobre los dibuxos que dexa en sus cuerpos la caraña pegajosa, van pegando variedad de plumas exquisitas en filas regulares, blancas, encarnadas y de otros colores, que á la verdad hacen juego curioso y espectáculo vistoso. En especial, al tiempo de danzar, quando hacen sus círculos y mudanzas, forman una hermosa

variedad, sobresaliendo muchos con pelucas, hechas de plumas singulares y de muy finos colores; las cuales suelen llevar tambien quando trabajan sus sementeras, y quando salen á navegar; porque no solo son adorno muy lucido, sino que defienden mucho del Sol y de los aguaceros á los que las llevan puestas; pero es espectáculo ridículo ver á un Indio en pelota, con una peluca muy rica en la cabeza, y sudando al remo, ó con el hazadón entre manos, y muy formalizado con su peluca.

Las mugeres, fuera de los adornos de narices y de orejas, uniformes con los que dixe de los hombres, adornan sus brazos, cuello, cintura y piernas con gran número de sartas de Quiripa; esto es, sartas de cuentas muy menudas, que labran de cáscaras de caracól con gran primor. Item, [126] con sartas de dientes de monos y de otros animales; las que pueden conseguir sartas de vidrio, se cargan de ellas hasta mas no poder: y por gala muy sobresaliente se encaxan en cada oreja un tremendo colmillo de Caymán; para lo qual hacen un agujero grande en cada oreja. Fuera de esto, desde que nace la hembrita en algunas Naciones le ajusta su madre debaxo de cada rodilla y en las gargantas de los piés, arriba de los tobillos, quatro faxas anchas y fuertes, á modo de sevillanetas, hechas de torzal de pita, tan durables, que con ellas van á la sepultura: es cosa feisima ver aquellas pantorrillas; porque oprimida la carne arriba y abaxo con aquellas pretinas inquitables, no crece allí, y todo el nutrimento queda entre las ataduras de arriba y de abaxo, con lo qual crecen descompasadamente las pantorrillas, y esa es para ellas notable gala; y á la verdad, moda rigurosa, que tambien han hallado tormento, para andar desnudas á la moda. Otra penitencia grave se han impuesto las mugeres Abanes: ellas hacen á sus hijitas tiernas un agujero en la carnosidad inferior de las orejas; el qual van agrandando con moldes, al paso que va creciendo la criatura; á la qual, quando ya está casadera, le cuelga de cada oreja un círculo de carne, que cabe por él anchamente una bola de truco; y la gala de la moda consiste, en que aquellas dos claraboyas de carne estén siempre sin arruga alguna.

La industria que han hallado para este fin, es muy al propósito; y es, entretener en aquel círculo de carne otro círculo curiosamente labrado del vástago tierno de la hoja de palma: y este óvalo interior ó círculo sirve como de forro y modelo, [127] para que aquel círculo de carne, que de suyo estuviera arrugado y sin ayre, se abra, ensanche y dé notable hermosura al rostro, allá, segun su modo de aprehender (107): ni hay que admirarse de esto, porque lo que se sigue ha de dar mas golpe.

El año 1723 encontré una cuadrilla de Indios Guamos en las juntas de los rios Sarare y Apure: estaban desnudos como las demás Naciones de aquel País, pero mas indecentes: si acaso en lo sumo cabe mas. Dexemos esto, y vamos á sus orejas, que ellas solas vienen al caso, por la necia anatomía que hacen de ellas; porque no solo desprenden y separan la carnosidad interior de la ternilla, (como los Abanes dichos) sino que prosiguen sutilmente cortando y separando la corta carnosidad que hay en todo el circuito de las orejas, dexando prendida aquella carne de la parte superior y de la inferior. Esta es su moda, y esta reputan por gala peculiar: y yo, viendo que una carta que di al Capitan de ellos, para llevar á un Padre Misionero, se la encaxó entre aquel círculo de carne y la oreja; y que las vagatelas que les di, y los trozos de tabaco de hoja,

todos los iban ajustando en las orejas al modo dicho, pensé que aquella no solo servia de gala, sino tambien de faltriquera ó de pequeña alforja.

El Regio Historiador Herrera (108) afirma, que los primeros Españoles que hicieron pié en la Costa del Golfo de Honduras, hallaron las mugeres con las orejas á la moda que llevo referida, y vi yo en la Nacion de los Abanes: y añade el mismo [128] Autor, que por la singular armonía que les causaron á los Conquistadores aquellas claraboyas de las orejas; por las quales, dice, que cabía un huevo de gallina, llamaron al dicho territorio: Costa de Oreja; y así se halla demarcada en los Mapas antiguos.

Que aquella corta carne inferior de la oreja, amoldada desde la niñez con círculos, que van agrandando al paso que crece la criatura (109), crezca tambien, y se fortifique, no puede causar novedad á los Físicos; porque estos saben el empeño, liberalidad y oportunidad, con que la naturaleza socorre, fomenta y nutre con especial influxo la parte lesa, sea la que se fuere, de todo el cuerpo.

Tampoco habrá quien lleve á mal, que tengan por gala aquéllas mugeres, lo que realmente es contra la voluntad de la naturaleza humana; pues aunque ésta rebiente acá entre la mayor Política, ha de llevar (ó por bien ó por mal) que el pié y la cintura de las que van á la moda, se estrechen, achiquen y ajusten á los rigurosos términos de lo que se usa, y no mas: pero volvamos á la América, para concluir esta materia con otros usos extraordinarios; mejor diré agenos de lo racional.

No tengo por tal la de los Indios cabelludos de las Misiones de la Provincia de Quito: nombre, á que dió motivo lo desmedido de sus melenas, que bien peinadas, visten la mayor parte de su desnudéz; lo que me da golpe es la Nacion de los Calvos en Paraguay; cuya gala es no permitir un solo cabello en sus cabezas. Los Entablillados, Nacion poco distante de los Mojos del Quito, lo mismo es nacer la criatura, que ponerle [129] la cabeza en prensa, entre dos tablas, la una sobre la frente para arriba, y la otra en la parte opuesta, y están atadas, hasta que resulta, una cabeza de figura de Mitra Episcopal. Vaya en hora buena, que al fin la hechura es ayrosa y de respeto; ¿pero qué gracia habrán hallado los inhumanos, índómitos Indios Bocones, Nacion montaráz, en Buenos Ayres, para rajar á las criaturas ambos lados de la boca hasta junto á las orejas? así lo hacen, y quizá será para remedar la boca de los perros, abriendo mayor puerta al hipo insaciable, que tienen de hartarse de carne humana.

Mayor desatino cometen, y mayor tormento daban las Achaguas á sus pobres hijas: (y aun dan los Gentiles que restan de la tal Nacion). En primer lugar doy por supuesto, que á excepcion de los Guamos, que se precian de barba larga, y tal qual Otomaco, el resto de todos aquellos Gentilismos no permiten un pelo en su cara, ni hombres ni mugeres, hasta las cejas se arrancan de raíz, así ellos, como ellas. Lo qual supuesto, entra el desatino de las Achaguas; cuya divisa, seña y gala es, tener todas unos vigotes negros tan refileados, que ocupado todo el espacio donde debe nacer el vigote, van cogiendo gran parte de ambos carrillos, y en forma de semicírculo baxan de mayor á menor, hasta que casi juntan sus extremidades en el centro de la barba: vigotes, que desde la cuna no tienen necesidad de renovarse hasta la sepultura; cuya fábrica es la siguiente. Con un colmillo del Pez Payara, que es tan agudo como una lanceta, van grabando en la carne viva las rayas necesarias, para que

[130] los vigotes queden bien dibuxados, de buen ayre y garbo: (llore y rebiente la criatura, no la tienen lástima) concluido el dibuxo, enjugan y limpian toda la sangre, y con tinta sacada de una fruta, que llaman Jagua, llenan aquellas cisuras, que despues de sanas, retienen fresco el vigote de por vida.

Y volviendo á la untura ordinaria de todos los dias, digo que resulta de aceyte y de Anoto, que es el que llamamos Achote: con aceyte de Cunáma ú de Vesirri ó de huevo de Tortuga, se dan lustre á todo el cuerpo, mañana y tarde; y no solo les sirve de vestido, sino de arnés seguro contra los mosquitos, que abundan en tanto número de especies, como después diré; no solo no les pueden picar los mosquitos, sino que mueren, sin poderse despegar de la tal untura. Fuera de esto como el Achote es muy frio de suyo, aquella untura los alivia mucho contra los -rayos del Sol y calor casi intolerable; y aunque despues de bautizados se visten pobremente, ayudándoles para ello los Misioneros, no puede ser sino á fuerza de tiempo; y entónces, para trabajar ó bogar, piden licencia para untarse por las dos utilidades que llevo referidas. [131]

Capítulo VIII

De su desgobierno civil y doméstico, y de la ninguna educación que dan á sus hijos

Aquí me es preciso hacer una advertencia, que aunque no es nesecaria para los que se hacen cargo y comprehenden bien las cosas; para otros es muy precisa: y es, que en lo tratado hasta aquí, y en lo que se ha de tratar de los Indios, cuyo asunto he tomado, hablo siempre de los que son Gentiles y de sus ciegos modos de proceder; y quando digo alguna cosa extravagante, notable y disonante de los Indios ya bautizados, me refiero á los tiempos de su gentilidad, por estos términos: Decian, hacian etc. Esta prevencion es necesaria: lo primero, para que nadie piense que despues de enseñados y bautizados se quedan y proceden como ántes: y lo segundo, porque como advertí en el Prólogo, las tareas espirituales de los Operarios y el fruto de sus sudores se hallarán en la Historia General de la Provincia y Misiones del Nuevo Reyno; y aquí solo pongo tal qual menudencia de las que necesariamente omite el sábio y perito Historiador, por no ser muy del caso para su intento; y lo son del mio y de la Historia Natural y Civil que tengo entre manos. De modo que como apunté en el capítulo quinto, y diré latamente en el capítulo veinte y dos de la primera Parte, no es lo mismo agregar los Gentiles á un Pueblo, que ser luego Christianos: [132] se gasta mucho tiempo en domesticarlos, desbastarlos y quitarles de la cabeza la malicia y sobresalto en que están embebidos; y entre tanto se coge el fruto que prudentemente se puede, que no es poco, en muchos párvulos y adultos.

Resulta el Gobierno Civil de las Leyes que los Reynos y Repúblicas se imponen en órden á su union, paz, conservacion y aumento. Nada de esto, ni aun sombra de ello he notado en las Naciones de que trato, ni en general, ni en alguna en particular. Qualquier hormiguero de los que en aquellos territorios he observado, y de que haré después una curiosa mencion (110), se gobierna con mejor regularidad y régimen, que cada una de las muchas

Naciones que he tratado: parece ponderacion; pero puede el curioso calcular lo que digo en este capítulo, con lo que diré de las hormigas. Solo se dexan ver entre aquellas sombras de ignorancia (111) algunos indicios y vislumbres de la Ley Natural, con que Dios selló la humana Naturaleza: en cuya fuerza, el bárbaro de aquellos que hace algun homicidio, de quien no es de los enemigos declarados de su Nacion, conoce su maldad; ó sea por su mala conciencia, como en Caín; ó sea por temor de que otro le quite su vida, como sospechó Lamec: luego se recata, se esconde, y últimamente se ausenta el matador. Todas aquellas gentes aborrecen á los ladrones; y con todo tienen todas una gran propension á hurtar, y lo saben hacer con [133] maña; pero son muy cortas y rateras las cosas á que se estiende su ánimo y su mano.

Todos sienten notablemente el adulterio, quando le cometen sus mugeres; pero sola la Nacion Cariba tiene castigo señalado para los adúlteros, á quienes toda la gente del Pueblo quita las vidas en la Plaza pública; y esta ley, con los demás usos Judáycos que arriba dexé notados, me confirma en la opinion, de que muchas de estas gentes descenden de los judíos (112). En otras Naciones el marido ofendido depone su querrela, y no se acuerda mas de ella, cohabitando tantas veces con la muger del adúltero, quantas el tal cometió este delito con la suya: necedad tan entablada entre ellos, que no hay adúltero que chiste ni se dé por entendido con el que toma satisfacion de su injuria. Otros hay mas bárbaros, que por via de contrato mutuo truecan de mugeres por meses determinados; y pasado el plazo, cada muger vuelve á la casa de su marido sin tener vista para reconocer la natural disonancia de un contrato tan opuesto á la razon natural; pero vamos á lo propuesto.

Aquellas Naciones no son mas que unos agregados de gentes, á quienes divide y une entre sí la unifomidad ó diversidad de los languages; y tomando el agua de su fuente, mejor diré que cada Nacion se origina de una familia, que descarriada de otras se escondió en aquellos bosques; y al paso que se aumentó dicha familia, es mas ó ménos numerosa la Nacion, tomando su origen [134] las Capitanías, Parcialidades ó Tribus de que se compone, de los primeros hijos, que como se fueron aumentando, se fuéron tambien retirando con sus familias: modo con que se pobló el Mundo en sus principios, y despues de la division y confusion de la Torre de Babel; y á esta causa todos los Indios de un mismo language se llaman hermanos: frase muy propia de los Judíos, como se ve en los Libros Canónicos de la Sagrada Escritura. Esta hermandad y mútua relacion no está fomentada con leyes que miren á la mutua conservacion y aumento: solo subsiste un tácito decreto, en virtud del qual están prontos á tomar las armas para defenderse ú ofender á otros, quando idean que así conviene; y entónces vasta el éco del tambor de guerra, de que despues trataré; ó el aviso ligero de los veredarios, que dan la noticia aun callando; porque vasta dexar de paso una flecha clavada en lugar público, para tomar todas las armas. Este aviso se llama correr la flecha, que es tanto como publicar guerra; en ella aunque reconocen á su Cacique y Capitanes, no hay disciplina militar ni subordinacion alguna; y así no es su guerra mas que un estrépito tumultuario que repentinamente pasa; porque cada qual se retira quando quiere; y en este negocio militar lo mas se reduce á emboscadas y ardidés: efectos é inventivas propias de su cortísimo ánimo y ningun valor para

acometer cara á cara.

Esto es en comun, y por lo que mira á su gobierno en general, ó desgobierno, propio de su incapacidad; pero si entramos á reconocer lo económico de sus casas y familias, hallaremos otro desbarato y vehetría peor; mayor en las [135] familias de los Gefes sobresalientes, que suelen tener (mas por via de fausto y gravedad, que por otra cosa) diez ó doce mugeres, y á veces mas: tanto que en estos años pasados el Capitan Yaguaria, Gefe en la Nacion Caribe, tuvo para ostentacion de su grandeza treinta mugeres cada una diferente de Nacion. No hay gobierno: no hay órden ni concierto, en aquellas casas: no les dan la menor enseñanza; porque ni saben, ni tienen que enseñarles: crianse aquellos chicos del mismo modo con que se criaron sus padres; esto es, al modo que se crian saltando y brincando los cabritillos en las manadas de cabras: miéntras son pequeños, los miran sus padres con exôrbitante y desatinado amor; y el medio mas proporcionado que han hallado los Misioneros para superar y modificar la dura tosquedad de los bárbaros, es agasajar mucho, regalar y tomar en brazos á sus hijuelos; que es gran lisonja para sus padres. Y quando despues de reducidas aquellas familias, esparcidas en muchas leguas de selvas, á Poblacion regular, escoge el Padre Misionero los chicos para la escuela; y los que dan muestras de mas hábiles, para la música, éste es un favor que ata últimamente á sus padres, y estiman, aprecian y hacen gala de que su hijo sea cantor, como si se le hubiera dado la mayor dignidad del mundo; pero volvamos á sus estilos gentílicos, por no salir de mi asunto.

Todo, aquel descompasado amor que gastan con sus hijos, miéntras son tiernos y párvulos, pasa á dureza y despego, quando empiezan á ser jóvenes y adultos: así los miran, como si jamás los hubieran conocido: no les mandan cosa alguna, si ellos de su bella gracia no lo hacen: no chistan [136] en sus travesuras: no les van á la mano en cosa alguna; y lo que peor es, ni se atreven á ello: cosa parece increíble; pero con solos dos casos quedará bien confirmada esta verdad ó conjunto de verdades. Un Español honrado, vecino de la Guayana, me contó el primero, y fué así: que estando el tal en una Poblacion de Caribes, comprando aquel precioso bálsamo, que en lengua Cariba se llama Curucay, y en Español Canime, un mozuelo, hijo de un Caribe, sobre una vagatela le dió un fiero bofetón á su padre, y se fué muy enojado: irritado el Español, que se hallaba presente, reprehendió al Caribe, que habia quedado muy fresco, y le exôrtaba á que castigase aquel atrevimiento de su hijo, instando mucho en ello: á todo calló el Indio, y después de rato respondió al Español estas palabras: «¿qué piensas, Camarada, juzgas que estos nuestros hijos son como los vuestros? pues no son así; porque si ahora le pego y castigo á éste, en quanto crezca un poco mas, me quitará la vida». A este modo crian sus hijos, y este fruto sacan de su ninguna educacion: ¡digno castigo de su bárbaro estilo es, que de tales vívoras salgan tales escorpiones; y de tan mortíferos árboles, tales frutos!

Para el segundo caso que prometí, en confirmacion de lo que llevo referido, soy yo mismo testigo: me cito á mí mismo, porque pasó delante de mis ojos en el año 1716; y es caso digno de moralizarse en los Púlpitos. Estaba toda la gente, poco ántes sacada de los bosques, fervorosa, levantando maderos para formar su Iglesia: todos los párvulos y muchachos

estaban ya bautizados; los adultos deseaban el Santo Bautismo, y muchos le [137] habian ya recibido (porque no se (113) concede este beneficio, sin especiales señas y pruebas de que han de perseverar). En estas faenas públicas, es cosa singular, que ningún Indio ayuda al otro, aunque sea su padre ó hermano: cada qual hace puramente, y cumple aquella taréa, que por medio de su medio Capitan le señala el Padre Misionero (que la autoridad de solos los Capitanes, ni vasta, ni se cumple). Estaba pues trabajando la parte que le pertenecia un buen viejo, ya bautizado, llamado Longinos: llegó un hijo suyo adulto y Christiano tambien, llamado Pablo, y dixo éste á su Padre: Esa parte que trabajas, es la que me toca á mí, y en ella trabajé está mañana: te engañas, y trabajaste de valde, porque me tocó á mí, respondió el viejo. Al oír el hijo esta respuesta tan mansa, é incapáz de dar enojo, se hizo una furia, y dió á su padre tal bofetada, que la oyéron muchos, que allí estaban trabajando: los muchachos de la Doctrina y escuela levantan el grito; y concurre la gente alborotada. Llenéme de susto y sobresalto, temiendo que algun madero mal puesto hubiese caido, y muerto algunos trabajadores: el buen viejo venia ácia mí, trayendo á su hijo de los cabellos, y llorando: el resto de la gente (como ya medio doctrinados unos, y otros enseñados en nuestra Santa Ley) acusaban reciamente al Pablo: él se defendia, diciendo que todos mentian, que él era ya Christiano y que no habia de cometer aquel exceso contra su padre; el buen viejo no cesaba de llorar, ni yo sabia qué medio tomar; porque en los Pueblos nuevos, un castigo, aunque sea con sobrada causa, suele ser motivo de su total ruina. Reparé en el rostro del viejo, y no solo tenia el [138] carrillo hinchado, sino también muy señalado el bofetón; y dixe al Pablo: ¿cómo tú niegas, si está aquí clara la señal de tu atrevimiento y pecado? entónces, animado el anciano, dixo: si, Padre, él me pegó: no lo habia bien dicho, quando enfurecido nuevamente el mal hijo, le dió otro bofetón peor: entónces sí, no me acordé de inconvenientes ni temí daños del Pueblo. Luego al punto mandé á quatro Indios robustos, que cargasen al desvergonzado y cruel hijo: puse en manos de su padre unas buenas disciplinas, y le mandé que castigase aquella maldad, explicando á todos los presentes, que así lo mandaba Dios; y que si los padres no castigan á sus hijos, Dios toma la mano, y castiga mucho á los padres y á los hijos etc. Entré tanto el viejo descargó tres tandas de recios azotes sobre las desnudas espaldas de su hijo, habiendo tomado resuello y fuerzas dos veces; y viendo yo el gran silencio de toda la gente y que el penitenciado sufría sin hablar una palabra, me interpuse, y rogué al viejo que le perdonase: así lo hizo, y su hijo Pablo le besó de rodillas los piés, y despues la mano, pidiéndole perdon, dando este buen exemplo al Pueblo, el que le habia dado tan pésimo. Quedó satisfecho el buen anciano; pero Dios no, segun las señas, porque á breves días dió una grave enfermedad al dicho Pablo; la qual padeció por espacio de seis ó siete años, reducido á la figura de un esqueleto: solo tenia la piel sobre los huesos; conociendo él y el resto de aquellos Neóphitos, que era justo castigo de Dios, por las dos befetadas que dió á su padre; y para mí fué una gran prueba de que padecia por esa causa, el que, luego que su padre [139] murió á los seis ó siete años despues, Pablo recobró su antigua salud, y hoy vive, y da muy buen exemplo á todo el Pueblo.

En fin, una de las principales cosas, que domestica mucho á los

Indios silvestres (fuera de la enseñanza de la Ley de Dios, que es la principal) la causa accesoria mas eficaz, es, ver la buena crianza, que los Ministros del Evangelio dan á sus hijos. Como ellos se han criado sin educacion alguna, les cae muy en gracia ver á sus hijos humildes y rendidos á sus mandados; y sobre todo se admiran al ver, que quando vuelven sus hijos de la Doctrina ó de la Escuela, alaban á Dios ántes de entrar por las puertas, y luego besan la mano con reverencia á sus padres y á sus madres: todo esto les va abriendo los ojos, para que vean cuánto mejor es la vida civil, que aquella suya tosca y van cobrando amor á la nueva Poblacion y á la Religion Christiana, que tan buena enseñanza trae consigo.

Los chicos por otra parte (sin saber lo que se hacen) ayudan grandemente á los Misioneros; porque ellos les avisan á sus padres las horas señaladas, para que asistan á la Santa Doctrina: ellos les explican lo que los viejos no han entendido: ellos avisan quando hay algun enfermo, y quando ha nacido alguna criatura, para que logre el Bautismo; y por último, si hay pleyto, riña ù otra cosa que remediar, por medio de los chicos tiene noticia el Misionero, para prevenir los remedios, y atajar los darlos.

¿Pero cómo puedo dexar de insinuar aquí algo del amor grande que los Misioneros cobran á los doctrineritos, chicos inocentes, reengendrados en [140] Christo, buscados por aquellas selvas con tantas sudores, hambres y afanes? mucha razon tenia el Apóstol de las Gentes, quando protestaba (114) que eran sus hijos todos aquellos á quienes habia reengendrado por el Santo Evangelio en tantas y tan populosas Ciudades de la Grecia. ¿Pues qué razon no tendrán aquellos Operarios para amar en el Señor, y estimar aquella tierna Grey, dócil, humilde y rendida, en que, como en blanca cera, se va imprimiendo la Ley Evangélica? no se reciba por ponderacion, porque yo sé que aman mas á aquella inocente Grey, que las mismas madres que los pariéron; y quando muere alguno de ellos, he visto llorar á los Misioneros mas tiernamente que los mismos padres del chico difunto; y con razon, porque cada párvulo de aquellos, bien instruido, sirve despues de columna firme para mantener nuestra Santa Fe en aquel Pueblo; y de ordinario no pára aquí el fruto; porque aquellos párvulos bien criados, son despues instrumento de que Dios se sirve para ir agregando nuevas lentes al suave yugo de su Santa Ley. Este es el imán, veis aquí puesto con toda ingenuidad el atractivo: estos son los vínculos indisolubles, con que suavemente ata Dios nuestro Señor los Operarios de aquella su inculta Viña; porque por mas que se cultive, siempre hay de nuevo mas y mas que cultivar; estos, vuelvo á decir, son los inestimables tesoros (115), escondidos en aquellos dificiles e intrincados bosques: éstas las preciosas margaritas (116), que despues [141] de haberle costado á nuestro Amante Jesus toda su Sangré, todavía andan perdidas en aquellas espesas selvas. En estas riquezas negocian los Operarios Evangélicos: aquí emplean aquellos talentos (117), que el Señor benignamente les dió, grande número de Hijos de la Compañía de Jesus mi Madre, alegres y contentos en las selvas y campos, no solo del Orinoco sino tambien de ambas Américas: Varones capaces de lucir, regentando las Cátedras mas honoríficas y los Púlpitos del mayor aplauso: sí, pero tan gustosos en su ministerio, que tubieran grande pena y si hubieran de trocar lo humilde y rústico de su

empleo con el especioso (aunque al mismo tiempo tan útil y necesario) del Magisterio y Pulpito. Esto es cierto, y es notorio á todos los que no quieren ser ciegos voluntarios; pero vasta de digresion, que si acaso lo es, confieso que ha sido casi involuntaria. [142]

Capítulo IX

Genios y vida rara de la Nacion Guaraúna; palma singular de que se visten, comen, beben, y tienen todo quanto han menester

Hemos contemplado desde la atalaya á que subimos, algunas curiosidades en general de los Gentiles del Orinoco y de sus vertientes: baxémos ahora á dar un gustoso paseo, viendo y reparando el raro y extraño modo de vidas y arbitrios inauditos para mantenerse, que han entablado algunas Naciones en particular. Verémos tambien de paso su variedad de genios y estilos particulares: leccion, que al mismo paso que recreará nuestros ánimos, nos mostrará con evidencia, de quan poco tren necesita la vida humana para vivir y pasar alegremente; y tambien verémos, que no está la felicidad de una vida gustosa, en poseer y tener mucho, sino en no desear mucho, y contentarse con poco. No se vió Monge ni Anacoreta en las Tebaydas de Egypto con tan corto menage de casa, ni en chozas mas pobres, que las que usan los Indios del Orinoco: ni habrá habido en las Cortes jamás Aulico tan favorecido de sus Soberanos, que en el espacioso círculo de un año haya logrado tanto gusto, consuelo y alegría, quanto logran aquellos Indios en solo un día de sus acostumbrados recreos. Y la razon es, porque aquel placer que logran los Indios, es entero y total, libre de [143] sustos, zozobras y sobresaltos, léjos de etiquetas, ceremonias y otras circunstancias, que llenan de acibar el paladar de los Cortesanos, con la urgente precision de disimular, que suele ser la carga mas pesada, y acibar en el mayor placer.

Puestos ya en una buena lancha en las bocas del rio Orinoco, entremos por entre aquella multitud de Islas, y por aquel laberinto de caños, Patria de la Nacion Guaraúna, y vamos con cuidado, que hasta los mismos Guaraúnos navegantes se pierden á veces con riesgo de sus vidas; porque así como nadie sabe el número cierto de las bocas del Orinoco, nadie sabe quanto es el número de Islas, que forman aquellos brazos y encrucijadas de sus desagues. En estas Islas, como lo noté en el Plan, vive la Nacion Guarau ó Guaraúna; y es cosa maravillosa, que puedan vivir en ellas, por estar anegadas durante los seis meses de creciente de Orinoco, y en los otros restantes se anegan dos veces cada dia, con el fluxu y refluxo de las maréas.

Acerquémonos á solo uno de aquellos Pueblos, demos fondo á nuestra lancha (que no hay otro modo de ir) junto á la Plaza; y reconocido éste, hagamos cuenta que ya hemos visto todos los Pueblos de esta Nacion; cuyo language, aunque son muy veloces en su pronunciacion, es suave, y le aprenden casi todos los vecinos Españoles de la Guayana, porque les tiene cuenta, por el amor y buena ley que los Guaraúnos tienen para con los Españoles, y porque los Españoles necesitan de la singular destreza con que pescan los Guaraúnos. Lo mismo es acercarse una lancha ó piragua de Españoles á uno de sus Pueblos, que salir toda aquella [144] gente, chicos

y grandes, dando saltos y brincos de placer á su Plaza; y de ordinario los hallamos en ella baylando y cantando, que es su ordinaria ocupacion. No se ha descubierto hasta ahora gente mas festiva y alegre, que la Guaraúna: la lástima es, que con tener á un lado las Misiones de los Reverendos Padres Capuchinos de la Guayana, y al otro las de los Reverendos Padres Capuchinos de Cumaná, como se ve en el Plan, ni son, ni pueden ser doctrinados estos Indios (que se computan por cinco ó seis mil cabezas) porque ni ellos quieren apartarse de sus Islas, ni sus Islas son habitables por Européo alguno, por la multitud intolerable de mosquitos de todos los caños y brazos del rio, que brotan á millones aquellos anegadizos. Y lo peor, y lo que mas obsta, es, el no haber terreno donde sembrar frutos para mantener la vida, y ser aquella humedad continua muy perjudicial á todos: ménos á los Guaraúnos, nacidos y criados en ella; pero Dios dispondrá camino, y dará algun arbitrio para que aquellos fervorosos Operarios algun dia logren en esta Nacion sus buenos deseos de salvar aquellas almas. Entretanto, como siempre hay en la Guayana buen número de estos Indios, se salvan muchos; porque de los que están allí, y de los que con freqüencia vienen con pescado, yurúma, redes para dormir, que llaman chinchorros, y otras mercancías, nadie muere de ellos, ni párvulo, ni adulto, sin el agua del Santo Bautismo: y si su tierra fuera habitable, ya fueran todos Christianos.

Pasemos ya de nuestra lancha á su Plaza, y registremos sus casas. Gran maravilla es en Europa [145] ver la bellísima Ciudad de Venecia, y parte de la rica Ciudad de Liorna, fundadas en el agua; mas la solidéz de sus fábricas quita en gran parte el estúpido, que causan unas habitaciones tan irregulares; pero aquí en nuestros Guaraúnos, que sobre estacas y maderos, sumergidos por entre el cieno, hasta que dan sus puntas en suelo firme, levantan en el ayre, y sobre el agua sus casas calles y la plaza: ¿quién no se maravillará de una fábrica tan singular como débil? pues ahora voy á decir lo mas raro, y que mayor armonía me hizo en las dos ocasiones que estube en estos Pueblos; y es, que puestas todas las estacas necesarias tan altas, que ni las maréas del tiempo de las crecientes del Orinoco las cubran, arriman y clavan, arrimados á las dichas estacas, los maderos necesarios, con la altura competente para levantar sus casas; y esto así prevenido, van poniendo travesaños y enmaderados desde unas á otras estacadas, y sobre estos enmaderados forman un tablado general á todo el Pueblo del duro tronco, ó cascaron de las palmas, que ya han disfrutado. Y veis aquí otra cosa irregularísima sobre todo pensamiento; y es, que (fuera del pescado que tienen con toda abundancia) todo su vivir, comer, vestir á su modo, pan, vianda, casas, apero de ellas, y todos los menesteres para sus piraguas y pesquerías, y varias mercancías que venden, todo sale de las palmas, que Dios les ha dado en aquellas Islas, con una abundancia increíble de ellas, que llaman en su lengua Murichi; algo de esto se lee en algunos Autores, que han escrito acerca de los Indios; pero no tanto, como lo que he visto en los Guaraúnos. Vamos por partes, y poco á poco [146] desenvolviendo lo que parece á todos visos increíble, y alabaremos á Dios; cuyo poder aligó á sola una especie de palmas todo quanto ha menester el hombre para pasar alegremente esta vida; y nos confundiremos viendo nuestra anchura de corazon, para el qual no vasta todo quanto Dios ha criado en este mundo, como se ve en Alexandro Magno,

que se acongoxaba, porque no halló mas mundos que conquistar: prueba cierta de que el mundo, que habia ya adquirido, le habia dexado muchos huecos por llenar en su corazon; de valde afanamos, dice San Agustin. Solo para sí nos crió Díos, y así solo Dios puede llenar nuestro corazon: vamos al caso y narracion propuesta.

Del tronco disfrutado de las dichas palmas sacan tablas para suelo de sus casas, calles y plaza; y las paredes de sus casas se fabrican de las mismas tablas: de las rajas de las mismas tablas forman el enmaderado para los texados: las cubiertas contra los aguaceros y contra los rigores del Sol forman y texen de las hojas ya maduras y grandes de las mismas palmas: las sogas, cordeles y amarras, con que atan y traban toda quanta es la fábrica de plaza, calles y casas, las fabrican y tuercen de un género de cáñamo, que sacan de las hojas de la misma palma: los delantalillos que usan las mugeres, y los guayucos que usan los hombres para alguna, aunque poca decencia, sacan de unas entretelas que hay á modo de cordellate entre uno y otro pié del vástago ancho, que tienen dichas hojas en el mismo arranque por donde salen del cogollo de las tales palmas: las redes ó chinchorros en que duermen, y gran cantidad de ellos, que texen para vender [147] (y por mas que hagan, siempre sobran compradores) todo este material es del cáñamo que dixe sacan de las hojas tiernas de la dicha palma: los cordeles, sogas, maromas y demás utensilios para pescar, para navegar y para quanto se les ofrece; y mucho de esto que hacen y compran otras Naciones, todo se fabrica del dicho cáñamo de las hojas. Mas: todos sus canastos y caxas de varias hechuras para guardar sus cosas, y los abanicos para hacerse ayre, para soplar el fuego, y para espantar los mosquitos y tábanos quando salen de sus Pueblos: digo quando salen, porque en sus casas no hay tales plazas; porque las ahuyentan y destierran con el humo de un Comejen, que queman perpetuamente: el tal Comejen es un terrón, que á modo de panal de colmena forman unas ormiguillas, que viven dentro de él, y ni bien es de tierra, ni de cera, ni se sabe de qué es; todas las dichas cosas labran sutil y curiosamente de la cáscara que extraen del vástago verde de las tales palmas. ¿Y cuándo, ó á qué tiempo sacan y logran todos estos materiales? ya lo voy á decir: y aquí vuelvo á pedir las atenciones todas del curioso investigador de la naturaleza, para contemplar en un solo árbol muchas mas y mayores utilidades, que las que da el famoso Maguey de la Nueva España á sus Indios: éste les da la bebida que llaman pulque: les da pita ó cáñamo: les da armazón para sus casas en sus troncos, y texado para ellas en sus hojas, pero todo es poco, á vista de lo que ya dixe, y voy ahora á decir de estas admirables palmas.

De las quales sacan dichos despojos despues de haber extraido vino, pan y vianda: (al modo [148] que acá, despues de aprovechada la rés, se logra la piel y la lana) derriban, cortando por el pié la palma: ahora lo hacen con hachas: antiguamente, que no las tenian, á fuerza de fuego les gastaban el pié, y con fuego hacian lo demás que diré. Derribada ya, viene á quedar, no sobre el agua, sino sobre una inmensidad de maleza, que brotan las Islas en la menguante de Orinoco y de las maréas. Tendida ya la palma, la abren un socabón en el mismo cogollo tierno, y otro de allí para abaxo, tan largo, quanto es de larga la palma; pero sin dexarle resquicio por donde el licor, que va dando todo el interior de ella, se pierda ni una gota. Cada uno sabe quantas palmas ha de derribar para su gasto, y

para lo que quiere vender; luego que están formadas aquellas concabidades, que llaman Canoas y empiezan las palmas á manar y fluir de su interior un licor albugíneo con notable abundancia; el que fluyó hoy, se guarda en vasijas, que tienen prevenidas, al anoche; y así van recogiendo aquel mosto todos los dias, hasta que la palma no tiene mas jugo que dar de sí. El primero y segundo dia, despues de recogido el tal mosto, es sabroso, y tira á dulce: de allí en adelante va cobrando punto fuerte, y se alegran y embriagan con él largamente, hasta que se avinagra; y entónces les sirve de saynete para sus guisados ya de pescado, ya de lo que voy á decir: y es, que en aquellas concabidades de donde han ido extrayendo el vino ó mosto, se crían al mismo tiempo y muchos dias despues, hasta que no le queda á la palma gota alguna de jugo, gran multitud de gusanos blancos, del tamaño del [149] dedo pulgar, que no son otra cosa que una manteca viva; y quitado el ásco natural, que causa tal potage, es vianda muy sabrosa y muy substancial. He visto Españoles que de solo ver el guiso de los tales gusanos se les descomponia el estómago con violentas ansias; y reducidos, despues de muchos ruegos, á probar uno de aquellos gusanos, todo el plato lleno les parecia poco: al modo de aquellos que al ver comer el centro de los mejores quesos de Flandes, reducida ya á gusanos toda aquella masa y substancia del queso, vuelven á un lado la cara, para que la vista de los gusanos no les alborote el estómago; pero si á ruegos de un amigo se resuelven á probar, quedan apasionados por los tales quesos; lo mas limpio y curioso es el pan, que últimamente sacan de las entrañas de la palma, y su fábrica es de la manera siguiente.

Quando lo interior de las palmas ya no arroja de sí los gusanos dichos, previenen vasijas de agua, y en ellas van echando toda la masa que tiene el esponjoso corazon de aquellos troncos: ésta sale revuelta con las venas, á modo de bordones de harpa, con que el árbol atrahia el jugo de la tierra: hecho esto, laban repetidas veces aquella masa, hasta que quedan limpias las venas con que salió entretexida; las quales sirven despues para encender el fuego: y para mayor limpieza cuelan aquella agua, ya blanca como una leche, á causa de la harina que recibió. Para esta maniobra tienen cedazos muy finos, tejidos de hebras sutíles, sacadas de los vástagos de las hojas de dichas palmas: así colocado el amasijo, le dexan reposar hasta el otro dia, en que amanece [150] el agua ya clara, y toda la harina extraida asentada en el fondo, como un almidón muy fino: entónces con gran tiento inclinan blandamente las vasijas; cae á fuera toda la agua, y queda el almidón en el fondo; y puesto al Sol, á breve rato se seca; y molido, es una bellísima harina, de que sale pan muy sabroso, pero pesado: tanto, que los que no están acostumbrados á él, se empachan, aunque no coman mucha cantidad: llámase en su language yurúma, y cogen tanto, que fuera de mantenerse venden con mucha abundancia á trueque de vagatelas, porque no estiman la plata, ni los Guaraúnos, ni los demás Gentiles del Orinoco.

Finalmente, logran por entero la fruta de dichas palmas, que son unos grandes y hermosos racimos de dátiles redondos y poco menores que huevos de gallina: quando están (118) maduros, toman un color amarillo, que se propasa á encarnado: por lo exterior tienen poca carne, pero sabrosa; y con ella, extraida y batida, forman una bebida muy gustosa, y mucho mas saludable, por ser la tal fruta de qualidad fria, y sirve de refresco

contra aquellos recios calores (119). Después de extraída la carne de los dátiles, resta ir quebrando sus pepitas, de que sacan el meollo, bien semejante al de las avellanas, pero algo más duro: y veis aquí que logran la palma por entero, sin desperdiciar un ápice de ella de alto á baxo. ¿Y quien habrá que á vista de esto no exclame y prorrumpe en alabanzas del Sapientísimo Autor de la Naturaleza, y bendiga los arcanos de su altísima Providencia, que supo poner en solo un árbol todo quanto ha menester el [151] hombre para pasar su vida? alaben os, Señor, todas vuestras criaturas por todos los siglos. Amen.

Así lo han hecho (y me consta) muchos de los que han leído este capítulo, loando al Señor, al ver un nuevo árbol de la vida, que así se debe llamar en cierto modo una palma tal, que da de sí todo quanto es menester para pasar esta vida. Otros se han acordado del maná, que les envió Dios á los Hebréos en el Desierto; ¡maravilla grande! mas como era símbolo de otra mayor, que es el Divino Sacramento, epílogo de todas las maravillas del todo Poderoso, solo les servia el maná para pan y vianda; pero esta palma, milagro del Supremo Autor de la Naturaleza, da pan, vianda, bebida y vestido: da á los Guaraúnos calles y casas, con todos los menesteres de ellas, y de sus embarcaciones. De esta admiracion ha nacido en muchos el deseo de saber la hechura de la hoja, (que es como la de un quitasol, que se abre sobre su vástago) y otras muchas individualidades que omito, por no ser de importancia.

Por el contrario, no ha faltado quien para no fatigarse en alabar á aquel Señor, que abre su mano, y llena de bendiciones, frutos y comida, no solo á los hombres, sino tambien á todos los animales, ha reputado por fábula la tal palma; perdono la injuria, pero confieso, que aunque en mí cupiera la tentacion de pintarla á mi arbitrio, no hallo en mi corta capacidad fuerzas para inventar y formar una idea tan peregrina. No están los Guaraúnos ni su Patria en los espacios imaginarios: en el centro de la pirámide que forman [152] los Gobiernos de Cumaná y de la Trinidad de Barlovento con la Guayana, están las bocas del Orinoco, los Guaraúnos y los palmares de que se mantienen; fácil es escribir á qualquiera de los tres términos dichos, y salir de la duda con la respuesta.

Al empezar á pintar la palma, para que no diese demasiado golpe la novedad, la suavicé con la multitud de utilidades, que el Maguey da á los Indios de la Nueva-España; y pareciéndome suficiente lenitivo, omití las muchas conveniencias que es notorio da el Coco en las Filipinas: las que da el Platano y el Panizo en las tierras calientes de las dos Américas; y en fin pude haber traído las utilidades sumas, que la necesidad de las Naciones de las Indias Orientales han buscado, inventado y hallado en solo el arroz para pan, vianda y vino, cosa trivial en los Autores; pero para el que niega todo lo que no ve con sus ojos, no hay que hacer pruebas, ni hay para qué alegar Autores porque para los tales son inútiles las Historias.

Con todo (no para llevar la mia adelante) sino para excitar los ánimos á que todos alabemos mas y mas al Señor de todo lo criado, doy fin á este capítulo con otra palma llamada Coco, que fuera de lo que la palma Muriche da á los Indios Guaraúnos, da todavía mas á los Isleños de las Maldivias, que algunos Autores juzgan ser once mil Islas pequeñas, que desde diez y siete leguas del Promontorio de Comorín entran mar adentro

ácia el Oriente é Islas de Xáva, Borneo etc. Son bárbaros todavía los moradores de aquella multitud de Isletas infelices, á causa de no tener atractivo [153] para los forasteros; porque en todas ellas no nace otra planta, sino las palmas de los Cocos; pero con tanta abundancia, que sus frutas dan á toda aquella multitud de Gentiles pan, viandas y bebidas regaladas: de las hojas sacan con que vestirse á su modo, velas para las embarcaciones, sogas, y los demas menesteres para navegar: de los troncos y tablas de los Cocos arman sus casas, y las hojas les sirven de tejas: hasta aquí corren parejas el Coco y el Muríche de los Guaraúnos. Exceden los Cocos, en que de ellos forman sus embarcaciones los Maldivios, para lo qual no sirve el Muriche; y añade Mr. Blaevv (120), que salen las Naves de aquellas Islas á Comorín hechas de Cocos, cargadas de Cocos, con lastre de Cocos, velas y menesteres para ellas de Cocos: la mercancía toda, Cocos, el pan y vianda que llevan, de Cocos, y el agua para el gasto, la misma que crían en su centro los Cocos; no hay mas que pedir, ni que añadir, sino las palabras de Blaevv, que por ser de extranjero, tal vez se recibirán con mas aprecio por algun genio. [154]

Capítulo X

Genios y usos de otras Naciones de las riberas del Orinoco hasta las bocas del rio Apure

Mucho nos ibamos deteniendo en esta visita de los Guaraúnos; prosigamos nuestro paseo que el rio tiene mucho que navegar, y se ofrecerán en él muchas detenciones, á fin de examinar cosas muy curiosas. Por esta causa, y porque en varias partes de esta Obra se hace mencion de la Nacion Caribe, no entrémos ahora en sus Puertos, que tienen enfrente de los Guaraúnos, y en toda la Costa del Mar ácia la Cayana; demos sí una vista á los Indios Aruacas, que despues de largas y sangrientas guerras con los Caribes, se les han sujetado, y viven entre ellos.

Son los Aruacas la Nacion mas amante y leal á la Nacion Española, de quantas se han descubierto en el Orinoco y sus Provincias; luego que tienen luz de alguna rebelion, ó de los Caribes ó de otra Nacion, maquinada contra los Españoles, al punto dan aviso secreto: lo que causa gran lástima es, que ni son Christianos, ni dan esperanzas de serlo, por mas diligencias que se hacen y se han hecho. Yo quise hacer el último esfuerzo (121) el año de 1731; y despues de todas las diligencias factibles, se cerró uno de sus Capitanes en esta respuesta: Yo quiero ser Aruaca, no quiero ser Christiano: añadia yo: me parece bien que seas Aruaca; pero quedándote Aruaca, es bueno [155] que seas Christiano etc. no Padre (decia él) porque los primeros Españoles no dixéron á nuestros padres, que fuesen Christianos; solo les dixéron, que fuesen buenos Aruacas; y no fué posible que diesen oido á los motivos sobrenaturales que les alegué, ni á los partidos ventajosos que en lo temporal les prometia. Estos Indios son los mas diestros, y aun creo que son los inventores de la Maráca, que se ha introducido tambien en otras Naciones; y se reduce á un embustero, que se introduce á Médico: hace creer á los Indios, que habla con el demonio, y que por su medio sabe si ha de vivir, ó no el enfermo. Para estas consultas tienen sus casitas apartadas, pero á vista de las

Poblaciones; y encerrados en ellas los Médicos, se pasan toda la noche gritando, y sin dexar dormir á nadie, así por los gritos, como por la Maráca, que es un calabazo con mucho número de piedrecillas adentro, con que hacen un fiero é incesante ruido: grita y pregunta al demonio el Piache (así llaman á los tales Médicos) y quando se le antoja, muda de voz, y finge las respuestas del demonio: digo que finge; porque ya está averiguado, que todo es una pura mentira, un engaño, y hurto manifiesto, lo que cobra por su trabajo, después que muere el enfermo, y es todo lo mejor del difunto, ménos lo que la pobre viuda pudo esconder; no se apura mucho el demonio, ni hace el favor de aparecerse á los que ya tiene por suyos. Así entre estos Indios Aruacas, como en las demás Naciones del Orinoco y rio Meta, no hallé señal alguna probable, de que se aparezca el demonio á los tales. Es verdad que á doscientas leguas de dichos rios, en los [156] bosques de Calajau y Ubocá, á otra Nación, muy diferente de éstas, desde una palma exôrtaba un demonio á los Gentiles, que ya estaban determinados á salir del bosque á ser Christianos; y les decia el maligno, que no saliesen. La voz infernal ohia con susto el Capitan Don Domingo Zorrilla, Riojano honrado, y de gran valor, que no tanto como Gefe principal de aquellas Misiones, quanto como Operario insigne de ellas, ha trabajado y acompañado á varios Misioneros de ellas por mas de diez y ocho años en continuados y árduos viages á pié, ya por lagunas, ya por montes inaccesibles, librándolos de las asechanzas de los Gentiles, y aun de la muerte repetidas veces. Este esforzado Capitan preguntó sobresaltado, ¿de quién era aquella voz tan fiera? y un Cacique Christiano, que le acompañaba, le respondió, que era el demonio; y dicho Capitan lo creyó, por el horror interior que sentia en sí: y yo tambien lo creí por la gran veracidad de dicho Capitan, y por otras señales ciertas que vi al mismo tiempo á solas dos leguas de distancia del rio Ubocá, y fué dia 23 de Febrero del año 1716: pero los Piaches blasonan de ello, para que la simple gente les dé quanto piden; y si resisten, los amenazan con su amigo el demonio. No ha muchos años, que un Flamenco, llamado Francisco Eglin, entraba y salia á la Nacion Aruaca á comprar el bálsamo de Canime; y un Aruaca le dixo á éste, que su demonio con quien hablaba todas las noches, era muy bravo: pues el mio (dixo el Eglin) es manso: esta noche te le enviaré á tu casa; venga en hora buena, dixo el Indio, que no tengo yo miedo. Fuese á su [157] casa el Piache, y mandó á la familia, que se mudasen á otra, porque tenia que hablar con el demonio de los Blancos: el Eglin, que solo deseaba enterarse de la mentira del Piache, se ató muchos ramos verdes á las piernas, brazos y cintura; y tapada la cabeza con otra rama, luego que anocheció, se fué acercando poco á poco à la casa del tal: luego que éste vió el bulto, dió un grito, diciendo: No tengo valor para hablar con el demonio de los Blancos: (Blancos llaman á los Españoles) y diciendo y haciendo, volvió las espaldas corriendo. El Eglin entró, tomó varias frutas que tenia el Piache, y se volvió á su posada: fué por la mañana á visitarle y le preguntó: ¿cómo le habia ido con su demonio? y confesó de plano el Indio su flaqueza y el embuste con que engañaba á los Indios para ganar de comer: esto me contó el tal Flamenco muchas veces.

Los Indios de la Nacion Guayana son de genio duro y belicoso; á los principios resistieron fuertemente á los Españoles, y tubiéron choques muy porfiados y sangrientos con ellos: diéron en fin la paz, y se reduxéron

(como ya apunté) á cinco Colonias; pero ó sea por su genio naturalmente indómito, ó sea (y es á lo que mas me inclino) por la amistad y trato con la pésima Nacion Cariba, que reside no léjos de ellos, es cierto que no corresponden al sudor y fatigas con que los asisten los MM. RR. PP. Capuchinos Catalanes; ántes bien los dan con frecuencia sustos considerables; y todavía, de quando en quando se alborotan de modo, que á no socorrerlos (como lo lo hacen quando es menester) los Soldados y vecinos de la Guayana, se vieran en gravísimos riesgos sus vidas. [158]

Pasemos tambien, sin ver los Caribes de las cabeceras del río Caroní y de otros arroyos: ni aun nos hemos de acercar á la boca del río Caura, porque de las muchas veces que he pasado por allí (ménos la primera, quando fui á visitarlos en sus Pueblos con salvo conducto) en casi todos los demás viages nos han dado muchas cargas cerradas de fusilería desde sus playas y barrancas: no es gente tratable, ni quieren ser Christianos, ni quieren que otros lo sean en el Orinoco, porque se tienen por Amos del resto de las Naciones; y en esa mala fe venden á los Estrangeros todos quantos pueden cautivar, ménos á los Indios Quiriquiripas, que tienen atajados en la Serranía, sin dexarlos salir por el interés de las hamacas ó mantas finísimas de algodón, que texen.

Vamos á dar fondo en el caño de Uyapi, que es un brazo muerto ó cauce antiguo de Orinoco, puesto y terreno de los Indios Guayquiries y Palenques. Estas dos Naciones, como después diré, á excepcion de las familias, que años ha están en las Misiones de Píritu, Provincia de Cumaná, á la enseñanza fervorosa de los RR. PP. Observantes de San Francisco: el resto que queda es muy corto, porque, segun su declaracion los han ido aniquilando los Caribes. Son gente mísera e inconstante, y por eso inculta; sujétanse á los Misioneros, por el interés que les puede sobrevenir, y en quanto los Caribes concurren, se hacen de su vando, por el gran miedo que les tienen. El mismo genio gastan los Mapoyes de Uruanay y los Indios Paos; tanto, que desde el año 1731 hasta el 1739 han sido recogidos estos y aquellos á Colonias regulares y á enseñanza tres veces, sin mas logro que [159] el de los párvulos y adultos, que recibieron el Santo Bautismo ántes de morir.

Quarenta dias ántes de casar los Guayquiries á sus hijas, las tienen encerradas en un continuo y rígido ayuno: tres frutas ó dátiles de Muriche y tres onzas de cazabe con un jarro de agua, es su diaria racion: y así, el dia de la boda, mas parecen moribundas que novias. ¿Por qué usais esta crueldad, le dixé yo al Cacique? y él con mucha satisfacion respondió así: «Reparáron nuestros antiguos, que todo quanto pisaban las mugeres, quando estaban en la costumbre ordinaria ó lunacion, todo se secaba; y si algun hombre pisaba donde ellas habian puesto los piés, luego se le hinchaban las piernas; y habiendo estudiado remedio, mandáron que para que sus cuerpos no tengan veneno, las hagamos ayunar quarenta dias, como ves; porque así se secan bien, y no son dañosas; ó á lo ménos no tanto como lo eran antiguamente»; así engaña el Demonio á estos ignorantes, y los induce á que usen de estas crueldades, paliadas con necia erudicion, aparente piedad y oculta, pero cruel tiranía.

De todas quantas Naciones de Gentiles he tratado sola en ésta vi casamientos con tantas ceremonias, que para escribirlas fueran necesarios muchos pliegos: resumiré aquí solas aquellas principales, que no darán

enfado. La víspera y noche ántes de la boda se gasta en untarse todos, pintarse y emplumarse, segun y como dixe en el capítulo séptimo; y en especial á emplumar las novias se aplican gran número de viejas, que ya para sí no cuidan de plumas: las diez del dia son, [160] y todavía están pegando plumitas en aquellos cuerpos hartos de ayunar: entretanto el Cacique, que es el Maestro de Ceremonias desde su asiento en la plaza va gobernando, y diciendo lo que se sigue. Luego que sale el Sol, viene del bosque inmediato una Danza bien concertada con flautas y timbaletes, y dan muchas vueltas y revueltas al contorno de la casa y casas de las novias, do donde á su tiempo sale una anciana con un plato de comida, y se la da á uno de los Danzantes: entónces todos á carrera abierta vuelven al dicho bosque; y arrojando el plato y comida, dice uno de ellos en voz alta: Toma, perro demonio, esa comida, y no vengas á turbar nuestra fiesta; y preguntando yo, ¿por qué hacian aquello? me respondiéron: porque tenemos miedo al demonio.

Algo de esto tenian y aun retienen los Magnates Gentiles de la gran China; quienes ántes de sentarse á las mesas del convite (122), salian al patio, y haciendo primero una inclinacion ácia el Sur, ofrecian una taza de bebida al Señor del Cielo, la derramaban en el suelo, y hecha otra reverencia, entraban en su banquete. Esto hoy en dia, y desde quinientos años á esta parte, tiempo en que entró la idolatría en la China, en los ménos cultivados tiene su peligro, y es, idolatría; pero no así en los doctos y versados en las leyes y doctrina, que les dexó su Maestro Confucio (123); porque este gran Filósofo Moral conoció, predicó y mandó adorar á un solo y único Dios, Autor y [161] Criador de todas las cosas: y aunque los Letrados retienen esta doctrina, ya entre los restantes (y aun en muchos Magnates) ha cinco siglos que entró la idolatría.

Pero volvamos á los Mapuyes; hecha esta ceremonia, como ya quedan seguros para divertirse, se ponen los Danzantes las coronas de flores, que allí tenian prevenidas, un ramillete en la mano izquierda, y en la derecha las sonajas, con que siguen el compás ó descompás de las flautas y vuelven danzando á la puerta de la novia, donde ya están en fila otros Danzantes de otra libréa; pero de la misma tela de plumas, y con unas flautas de mas de dos varas de largo, de cierta caña negra, que llaman Cubárrro, emplumadas á todo costo: y á la verdad estas flautas están en punto, y hacen suave consonancia de dos en dos, no ménos que quando suenan dos violines, uno por tenor, y otro por el contra-alto. En medio de esta danza van danzando tambien los novios con plumas de especial divisa; y pueden brincar bien, porque no han ayunado como las novias: al tiempo de marchar, salen estas pobres, tales, que es una melancolía verlas: salen en ayunas, despues de quarenta dias de ayunar: no las han dexado dormir en toda la noche las matronas emplumadoras; y lo que causa mayor mohina es, que cada novia lleva una espantosa vieja á cada lado. A este espectáculo llamo ahora á las Señoras mas discretas, para que oygan á aquellas ancianas, mas cargadas de trabajos y pesadumbres, que de sus años: las viejas salen llorando y cantando coplillas en su lengua alternativamente: no lloran de ceremonia, sino muy de veras: (y es, [162] que la memoria les renueva sus duelos) dice la una en tono lamentable, y mal pronunciadas las palabras entre muchos suspiros. ¡Ay, hija mia, y si supieras las pesadumbres que te

ha de dar tu marido, no te casaras! calla ésta, y entona la otra: ¡Ay, hija mia, y si supieras lo que son los dolores del parto, no te casaras! y de este modo los hombres danzando, las viejas llorando, y las novias aturdidias, dan vuelta espaciosa á todo el Pueblo: y en llegando á casa, empieza la comida prevenida de tortugas, pescado etc. Entonces entran los muchachos, y tomando las flautas, sonajas y quanto hay, meten mas bulla que los adultos, remedando las danzas y los enredos, que han visto executar.

Capítulo XI

Genios y usos inauditos de los Indios Otomacos y de los Guamos

Dexemos apriesa este Puerto de Uyapi, ántes que nos provoquen á llorar las viejas plañideras, y naveguemos rio arriba en busca de Naciones de mejor genio, que las que aquí hemos encontrado. No están léjos las bocas del rio Apure, cerca de las quales está un bello Puerto y Pueblo de Guamos; y poco mas adelante otro numeroso Pueblo de Otomacos; demos allí fondo á nuestra lancha, que aunque los adultos no son Christianos todavía, ya están casi domesticados, y los párvulos ya han recibido el Santo Bautismo. Aquí ciertamente tendremos un buen rato, porque son de humor y de singularísimo genio, y porque los Otomacos son [163] los que nos han de robar toda nuestra atencion, si los vemos primero. Miremos de paso á los Guamos, que á la verdad son juglares, baylarines, y los mas desnudos de rubor y verguenza de quantos hemos visto desde las bocas del Orinoco hasta éstas de Apure; todos los que hemos visto en lo ya dicho se cubren, ó mal, ó no muy bien; pero esta gente Guama no se cubre, ni bien, ni mal: toda su gala y ropa se reduce á un ceñidor ancho, y de algodón, tan sutilmente hilado, que los buscan y compran los Españoles para corbatas muy finas. Es lástima ver quan en vano hilan y texen aquellas mugeres; pues pudiendo cubrir con alguna decencia con tan bellas y ricas vandas su total desnudez y ningun recato, solo les sirven de apretarse neciamente las cinturas. En Tabernáculos de ramos recién cortados celebran sus festines, dexando sus casas, para qua nos acordemos segunda y tercera vez, de que estas gentes conservan algunos Ritos del Pueblo Judáico. En el mayor de aquellos Tabernáculos se bebe y se bayla todo á un compás, y todo al mismo tiempo; porque quando reparten la bebida, cada sirviente va acompañado de dos Flauteros, con las flautas largas, que dixe equivalen á dos violines. Los que tienen algun juicio, baylan al son de otras flautas del mismo tenor: los que están bebidos, duermen ensangrentados de piés á cabeza; porque quando sienten que va subiendo á la cabeza el vapor de la chicha fuerte que beben, piensan que es otra cosa; y para prevenir el daño que temen, (sin saber qual será) con dientes agudos de pescado, y con otras puntas de hueso afiladas se rajan barbaramente las sienes y parte de la frente; y como [164] en aquellas delicadas pastes hay tantas venas, da horror ver la sangre de que se bañan de cabeza á piés. Al reflexionar yo sobre este bárbaro modo de beber hasta mas no poder en un temple sumamente cálido, conocí que el uso de aquellas sangrientas sajaduras es providencia muy especial de Dios, para evitar las notables calenturas y tabardillos, que la sangre agitada y elevada del calor de aquel exôrbitante beber en tierra

tan cálida, precisamente habia de excitar, si faltara la dicha evacuacion de sangre; pero ellos no saben lo que se hacen.

Vuelvo aquí á llamar el amor que las Señoras Européas tienen á los hijos de sus entrañas: ni quiero que se den por sentidas las Señoras Americanas, (que tambien las hay, y no son todas Indias, como juzgan muchos en la Europa). Suplico á todas me den atencion á lo que, como testigo de vista, voy á decir de las Indias Guamas; las quales, luego que ven enfermo á algun hijo suyo de pecho, ó algo mayor, pensando ciegamente, que no hay otro remedio para que sane, toman una lanceta de hueso muy amolado, y con ella se traspasan la lengua: ¡con cuánto dolor! ya se ve. Sale la sangre á borbotones, y á bocanadas la van echando sobre sus tiernos y amados hijos estendiéndola con la mano desde la cabecita hasta los piés; y esta carnicería de su necio amor renuevan todas las mañanas, hasta que la criatura sana ó se muere. Bien pueden avergonzarse todas aquellas Señoras, que no por falta de amor, sino por no sé qué se desdennan de alimentar á sus pechos aquellas mismas prendas, tan hijas de su corazon, á quienes, despues de Dios, han dado el sér que [165] tienen; y despues con notoria inconseqüencia niegan el pecho, negándoles el segundo sér, (que así se puede llamar la conservacion y nueva nutricion) de que toma notable tintura y colorido el genio é inclinaciones de toda la vida, segun la opinion mas segura de los mejores Físicos. Este reparo, muy digno de hacerse, urge mucho mas á las señoras Americanas, en donde de su materno regazo arrojan á sus inocentes párvulos al seno de una Negra, de una Mulata ó de una India: ¿qué sangre ha de criar tal leche? ¿qué inclinaciones? ¿y qué baxeza de ánimos?

Vamos á la pension, que por juro aligado á su bastón tienen los Capitanes de la Nación Guama, de que vamos hablando. No se puede negar que es bárbaro el medicamento que las Guamas aplican á sus hijos; pero son hijos, y vasta para cohonestarse: mas sangriento y mas doloroso es el tributo que los desventurados Capitanes Guamos pagan por via de remedio á todos los enfermos de su Bandera. ¿Quién lo creerá, sino el que sabe quan amigo es el Demonio de que se derrame sangre humana? pues no cito testigos del otro mundo: en este estoy yo, que refiero lo que he visto; y de no haberlo visto, ni lo creyera, ni lo tomara en boca. Picó la enfermedad entre los Guamos, fué gran cosecha para el Cielo en gran número de párvulos y adultos, que por el Santo Bautismo voláron á él; no obstante me afligia mucho ver la crueldad que las Guamas usaban consigo mismas por el amor de sus hijos: pasó adelante mi congoja y mi asombro con la casualidad que voy á decir: encontréme con uno de aquellos Capitanes Guamos, y viéndole [166] descolorido, macilento y fatál, pensé que le habia dado la enfermedad que corria por todas las casas, y le rogué que se recogiese á la suya á mirar por su salud. Respondióme: que estaba bueno y sano; pero que sus enfermos le iban destruyendo: yo, ageno totalmente de lo que podia ser, y mucho mas de que realmente era, puse en confusion con preguntas al pobre Indio, que no se explicaba claramente; hasta que por último supe que tiraba de hecho á cumplir con las cargas de su oficio, traspasando todos los dias sus carnes y agotando la sangre de sus venas para untar el pecho de todos los enfermos sujetos á su bastón, que no eran pocos: á buen seguro, que con este censo solo un bárbaro puede admitir los honores de Capitan.

Ya que estamos con los Guamos, sépase ántes que pasemos á los Otomacos, sus vecinos, que ésta es la gente de quien tan sériamente se ventiló no ha muchos años, si se mantenian de sola tierra, ó no. Los apasionados á comer tierra son los Indios Otomacos; esta herencia pasa entre ellos de generacion en generacion; y porque en fe de la vecindad y buena correspondencia, los Guamos casan sus hijas con los Otomacos, y estos dan las suyas á aquellos, por via de herencia llevan las Otomacas el vicio de comer tierra á la Nacion Guama, que en esto es mucho mas moderada que la Otormaca; todo se verá claramente en la ingénua relacion, que voy á dar de los Otomacos.

Ya dexé apuntado, que si se pudiera dar barbaridad en abstracto se hallara en el cerebro de los Otomacos, como en su centro: solo aquí [167] temo ser difuso; porque son tales las especies de esta Nacion, que apénas hallaré términos genuinos para evitar circunloquios; y son de rumbo tan inusitado sus maniobras, que no se puede omitir aquí su noticia, sin defraudar en gran parte el fin de la fatiga de nuestro viage. Ea saltemos (124) presto de la lancha, ántes que todos entren en ella, y nos hundamos: tal como ésta es su singular curiosidad: llegue quien llegare al Puerto, todos volando concurren, ménos los enfermos que no se pueden tener en pié: y retirémonos, porque la vehetría y ruido que siempre meten, no nos dexará entender unos á otros.

Y para formar cabal concepto de quanto se diferencian estos Otomacos del resto de todos los Indios de Orinoco, veamos su distribucion, que desde ántes de amanecer siguen uniforme y regularmente hasta media noche, en la qual se dexa ver algun género de gobierno político á su modo, y después verémos otras cosas particulares, y en especial su fábrica de pan singularísima.

Luego que menudean su canto los gallos, como á las tres de la madrugada rompen el nombre con un estrépito triste y confuso de ayes y alaridos, mezclados con lágrimas y ademanes de mucho dolor: tanto que qualquiera que no sepa lo que es, pensará que ha sucedido alguna gran fatalidad (como lo creí yo, y salí bien asustado á ver si nos habian asaltado de noche los Caribes, como lo acostumbra:) entónces me informáron, como es uso de la Nacion amanecer llorando la ausencia de sus difuntos: estos lloran por sus padres, aquellas por sus maridos, los otros por sus madres y hermanos; y todos tienen [168] que llorar, y todos lloran, no de ceremonia, sino muy de veras. Buen principio del dia; y ojalá todos los Christianos gastásemos, no tres horas, como ellos (muy bueno fuera) pero á lo ménos, gastásemos siquiera la primera hora de la mañana, y acordándonos de nuestros parientes difuntos, para encomendarlos á Dios, pensando que los hemos de seguir; y considerando que quando menos pensemos, entrarémos en su tenebroso y tremendo viage. Luego que aclara el dia cesa el llanto, y empieza la alegría, que reyna en ellos hasta media noche, que es la hora en que ya rendidos de baylar (llueva ó truene, no le hace) se recogen á dormir tres horas cosa muy desusada de las demás Naciones, que se echan á dormir al anochecer, y madrugan con la primera luz del dia á labarse al rio ó arroyo, sin que haya en esto falta alguna.

Al mismo salir del Sol recurren los Otomacos á la puerta de sus respectivos Capitanes, y estos señalan el número de los que en canoas han de ir á pescar ó á traer tortugas, ó á matar javalíes, segun la estacion y

variedad del tiempo: luego, si lo pide el tiempo señala otro número competente de sus peones para la labor que se ofrece en el campo; porque cada Capitanía siembra y coge el grano en comunidad, y se reparte entre todos el trabajo y el fruto; y lo mismo sucede con el pescado, tortugas, caymanes, y lo demás que buscan para vianda. Luego que los Pescadores y los Labradores se van, todo el resto de la gente queda en asueto y holgueta, con la pension cierta, de que el día siguiente se siguen ellos á pescar y á trabajar, para que descansen [169] los que andan hoyen el trabajo y pesca. Luego concurre toda la gente resídua á un hermoso y muy limpio trinquete de pelota, que tienen en la cercanía de su Pueblo, algo apartado de las casas. Los Otomacos que forman el partido, son doce de un vando, y doce de otro: ponen en depósito la apuesta que han de perder ó ganar; y concluido aquel juego, se vuelve á poner la apuesta para otro: no juegan solo por jugar, sino por el interés, y depositan, quando le hay, canásticos de maíz: á falta de éste depositan sartas de cuentas de vidrio; y todo quanto hay en sus casas, si es menester, lo juegan alegremente. Hay sus Jueces viejos señalados, para declarar si hay falta, si ganó ó perdió raya; y para resolver las dudas y porfias ocurrentes: fuera de los que juegan en los dos partidos, la demás gente dividida en vandos, apuestan unos á favor de uno, otros á favor del otro partido; tienen su saque de pelota y su rechazo (125) con tanta formalidad y destreza, que ni los mas diestros Navarros les harán ventaja. Lo singular es, así la pelota, como el modo de jugarla: la pelota es grande, como una bola de jugar el Mayo, formada de una resina, que llaman Caucho, que á leve impulso rebota tan alto como la estatura de un hombre: el saque y rechazo ha de ser con solo el hombro derecho, y si toca la pelota en qualquiera otra parte del cuerpo, pierde una y raya: causa maravilla ver ir y venir, rechazar revolver la pelota diez, doce y mas veces, sin dexarla tocar en el suelo. Es otra cosa de mayor admiracion, al venir una pelota arrastrando, ver arrojarse aquel Indio contra ella con todo el cuerpo: al modo con que suelen arrojarse [170] al agua para nadar, del mismo modo dan con todo el cuerpo contra el suelo, y con el hombro levantan por esos ayres otra vez la pelota; y de este repetido exercicio crian callos durísimos en el hombro derecho, y juntamente una singular destreza en el juego. Jamás pensé, que entre tales gentes cupiera tal divertimiento con tanta regularidad; y despues de escrito esto, hallo que en las Misiones de la Nueva-España, los Indios Acaxeos de la Serranía de Topia, que están á cargo de la Compañía de Jesus, tenian y aun usan el mismo juego de pelota (126).

Durante el juego hasta medio día, se ocupan las mugeres en hacer ollas de barro muy fino para sí, y para vender á las Naciones vecinas, platos escudillas etc. pero su mayor ocupacion es texer curiosa y sutilmente esteras, mantos, canastos, talegos ó sacos del cáñamo ó pita, que sacan del Muriche (segun y como diximos ya de la Nacion Guaraúna); y tambien forman de lo mismo pavellones para dormir, defendidos á todo seguro de la plaga tremenda de los mosquitos: en lugar de colchón amontonan arena, traída de la playa, en que á modo de lechones se medio entierran marido, muger y los hijos, cubiertos con un solo pavellon. Las madres tienen á su lado las hijitas, y las van enseñando todas las dichas labores; pero en llegando la hora del medio dia, levantan mano de la obra,

coge cada Otomaca su pala, y se va á jugar á la pelota, llevando prevencion para las apuestas. La pala es redonda, en su extremidad, [171] de una tercia de ancho de bordo á bordo con su garrote recio, de tres palmos de largo, con el qual con ambas manos juntas rechazan la pelota con tal violencia, que no hay Indio que se atreva á meter el hombro á repararla: por lo qual, desde que entran las mugeres con sus palas hay facultad, para que las pelotas rebatidas con pala, se rechacen con toda la espalda; y raro dia hay que no salga algun Indio deslomado de los pelotazos furiosos de las Otomacas, que celebran con risadas estas haberías. Desde que llegan las Indias, empiezan á jugar aquellas, cuyos maridos están en los partidos, poniéndose doce de ellas en cada lado, segun diximos de los hombres, con que ya sobretarde juegan veinte y quatro en cada partido, sin confusion; porque cada qual guarda su puesto, y nadie quita pelota que va á otro; y durante el juego guardan gran silencio.

En empezando á subir y á calentar bien el Sol, empieza tambien la carnicería: tienen sus puntas afiladas, con las quales se sajan los muslos, las piernas y los brazos; tan bronca y cruelmente, que causa horror: sin apartar un momento su vista de la pelota, que va y viene, se sajan ciegamente, sin reparar ni en lo mucho ni en lo poco. Corre la sangre hasta el suelo, como si fuera sangre agena, sin darse por entendidos de ella; y quando les parece que ya vasta, se arrojan al rio, y se les estanca la sangre; y si porfia en salir, tapan las cisuras con arena. Digo aquí lo ya dicho de los Indios Guamos quando beben; y es, que si estos Otomacos no se desangrarán tan largamente, la agitacion violenta del juego, y [172] el ardor del Sol, les habian de causar mortales tabardillos; mas con aquel desagüe de sangre se impiden, segun se reconoce de la salud, robustéz y corpulencia grande de los individuos de esta Nacion; á que me parece concurre mucho el continuo exercicio en que ocupan todo el dia con el violento juego de pelota, y la mitad de la noche en su incansable manía de baylar. Miéntras juegan, echan mano á un puño de aquella tierra ó polvo, y de un golpe se lo echan en la boca, y esperan la pelota, saboreándose con la tierra, como si fuera un vizcochuelo. Quando entran á lavarse al rio, fuera de la greda de las barrancas, que están comiendo miéntras se refrescan en el agua, salen saboreándose con un terron en la mano, con gran consuelo; grande envidia les pueden tener las mugeres aficionadas á comer tierra; que á ellas les hace notable daño, y á la gente Otomaca notable provecho: digo provecho, no por la tierra, sino por la mucha grasa y manteca de Caymán y de Tortuga, que no sé si diga comen ó beben. Esta grasa no les dexa parar la tierra en sus estómagos; y asi, á todo seguro, para acallar (127) las madres á sus hijos, les dan un terron y ellos se le están lamiendo y chupando hasta que piden otro; y mas si son de los amasados con el saynete que diré despues.

El primer muchacho de los que andan travesando junto al rio, que descubre el comboy de Canoas pescadoras, á brincos y saltos de alegría alborota á toda la gente, y al punto dexan el juego de pelota, que es ordinariamente como á las quatro de la tarde; y bien lavados en el rio, pasan á sus casas: los pescadores dexan las Canoas [173] casi siempre llenas de pescado, y sin tomar ni uno, se van á descansar á sus casas: entónces las mugeres y muchachos, segun la variedad de Capitanías, cargan el pescado, y le amontonan junto á las puertas de sus Capitanes: estos

reparten la pesca con proporcion, segun el mayor ó menor número de hijos que tienen los padres de familia. Al tiempo de ponerse el Sol, ya han comido, cenado y almorzado todo junto; porque solo usan una comida en forma: y si toman entre dia algo, son frutas, ó las ya apuntadas golosinas; pero es increíble la gran cantidad que comen, y la gana con que le tiran á las ollas. El postre de su comida es, ir todos á bañarse y lavarse otra vez al rio: de allí cada padre de familias toma su hazadón ó cosa semejante, y con todos los de su casa toma rumbo á parte, y caba tantos hoyos, quantas son las cabezas de su cargo; y despues que han hecho su forzosa diligencia, cada uno tapa con gran cuidado su hoyo. Esta es diligencia diaria, y siempre poco ántes, ó poco despues de ponerse el Sol; y aunque debiera haberla omitido, no lo quise hacer, porque es ceremonia Judáyca, y he dado palabra de ir apuntando las que fueren ocurriendo: y de los Judíos creo yo, que tomaron tambien los Turcos este uso, quando marchan ó se acuartelan en Tiendas de Campaña; lo qual hacen con puntualidad.

Despues de todo lo dicho, se sigue baylar hasta media noche, sin flautas, ni sonajas, ni cosa alguna de esas; porque formado el primer círculo de hombres, cogidas las manos unos con otros, se sigue á las espaldas el segundo círculo, formado [174] de solas mugeres, asidas sus manos unas con otras: despues se sigue el tercer círculo de la chusma menuda, que coge en medio á los otros dos. Hecho esto, entona el Maestro un tono (y fué Cosa para mí muy rara, ver que ninguno de los muchos tonos que varían, sale de los términos del mas ajustado compás, así en el juego de las voces, como en los golpes de los piés contra el suelo) responden todos al éco del Director; y como en la rueda primera de hombres hay tenóres y baxos escogidos, en la rueda de las mugeres, contraaltos con abundancia, y en la de los chicos hay tipleres á montones, resulta una música digna de oirse, especialmente á distancia proporcionada; prosiguen mudando tonos, hasta que rendidos, se van á dormir. Estas danzas se llaman en su lengua Camo: y visto el genio de la gente cantora de suyo, entablamos la doctrina cantada, al tono que usamos en España en las Procesiones de Doctrina; con tanta felicidad, que al dar solo un grito, diciendo: Camo, al punto teniamos la gente pronta á cantar la Santa Doctrina por la mañana, y ántes de su bayle á la tarde: tanto como esto importa acomodarse al genio de la Nacion. [175]

Capítulo XII

Prosigue la materia del pasado: estilos y singulares noticias de usos, que no tiene Nacion alguna del Orinoco, sino los Osomacos

La Otomaca es la Nacion única y singular, en que no hemos hallado hombres con dos ni con tres mugeres, segun el detestable uso de la Poligamia, tan radicado en todo el resto de las Naciones conocidas, así en Orinoco, como en sus vertientes; y aunque no hubiera otro motivo, fuera de éste (que los hay, y muchos) para estimar y poner especialísimo cuidado en desbistar la tosquedad suma de esta Nacion: este solo motivo y singular prerogativa compele á los Misioneros á esmerarse en su cultivo, y anima á esperar mucho fruto.

En esta materia siguen otro rumbo, tambien raro; y es que quando los jóvenes llegan á la edad competente para casarse, les dan por mugeres, mejor diré los entregan, á las viudas mas ancianas del Lugar, y en enviudando, les dan muger moza: la razon principal, que sus Capitanes dan en aprobacion y utilidad de este uso, no la escribo por la decencia. La segunda razon que alegan, tiene vastante de racional: dicen, que casar un mozo con una moza, es juntar un par de locos, que no saben cómo se han de gobernar; y que casando al jóven con la anciana, ella [176] le enseña cómo se ha de mantener la casa; cómo se debe trabajar para pasar la vida, y otras enseñanzas que la vieja le sabe dar, como acostumbrada tantos años á la economía doméstica. Por aquí llevan los viejos el agua á su molino; y por las razones dichas se casan con las mozas quando enviudan, para que salgan mugeres de gobierno con su enseñanza: entretanto los desventurados zagalejos se consuelan, pensando que algun día enviudarán, y que tambien serán viejos, andando el tiempo, y gobernarán á su gusto. Esto, que por ley entablada sucede en los Otomacos, pasa y sucede en las demás Naciones de Gentiles por la malicia de los viejos, quienes ván agregando para sí todas las mozas casaderas aunque tengan otras mugeres; porque juzgan que á ellos les tocan, y sin reparo dexan desaviados á los mozos, para raiz de muchos pleytos y quimeras; porque al paso que los viejos zelan con vigilancia á las mozas, á ese mismo paso ellas los aborrecen; y la diligencia de los mocetones se aviva mas, y todo para en riñas y disturbios.

Fué numerosa la Nacion Otomaca, y mantubo recia y perpetua guerra con los Caribes, con grandes pérdidas de estos, hasta que en estos últimos años, con la amistad de los Olandeses, empezáron los Caribes á usar armas de fuego, con susto y novedad de los Otomacos; los quales horrorizados del estrago que causó un Negro de los Caribes con sola una descarga de su esmeril, cediéron el campo, y se retiráron á sitios incógnitos á los Caribes. Son los Otomacos de un valor brutal y temerario: salian á pelear con los Caribes á campana rasa y jamás volviéron pié atrás, hasta que los aterraron [177] las armas de fuego; ántes de la batalla se excitaban y enfurecian cada uno contra sí mismo, hiriéndose con puntas de hueso el cuerpo, y diciéndose: Cuenta, que si no eres valiente, te han de comer los Caribes etc. Las mugeres Otomacas, aunque no peleaban, salian al campo de batalla, y ayudaban grandemente á sus maridos recogiendo las flechas, que disparadas del arco Caribe, pasaban sin herir: recogidas éstas, las llevaban á sus maridos, y con este socorro mantenian el puesto con valor; el qual han mostrado á nuestra vista, las veces que los Caribes han asaltado nuestras Misiones; porque han salido como unos leones bravos á rechazarlos, y á seguir su retirada.

Son como vimos, aplicados á la labor del campo; y no solo siembran maiz, yuca y todos los frutos de la tierra, en la que cultivan y limpian; sino que tambien logran el terreno, que van dexando las lagunas, quando van secándose, al paso que va menguando el Orinoco; y como aquella es tierra podrida, logran abundantes cosechas; pero las devoran brutalmente, y se les acaban luego, sin reservar otra cosa, que la semilla necesaria para sembrar despues. Ni por esto quedan faltos de vastimentos; porque tiene esta Nacion una singular prerogativa en esta materia, sobre todas las otras; y es, que de todas quantas frutas y raices hay, de todas sabe

sacar pan y almidón para sustentarse aquellas frutas, que las otras gentes aborrecen, ó por amargas, ó por poco saludables, de todas sacan pan los Otomacos: veamos su fábrica, digna de saberse, segun prometí en el capítulo pasado.

Esta faena pertenece á las mugeres Otomacas, [178] y su destreza es tanta, que gastan en ella muy poco tiempo: cada una tiene cerca del rio los hoyos que ha menester. En cada hoyo de aquellos hay greda fina ó barro escogido, bien amasado y podrido á fuerza de continua agua, en que lo tienen, al modo del barro que pudren y preparan los Alfareros para tornear loza fina. En el centro de dicho barro entierran el maíz, las frutas ó los otros granos, cuya substancia han de sacar, y dentro de dias determinados viene á sazón el tal amasijo; esto es, está ya en punto de agrio el grano enterrado en el barro; y como cada qual tiene varios hoyos, la que quiere, todos los dias tiene pan fresco. Llegada la hora, sacan aquel barro ya amasado, y bien incorporado con el almidón, á unas cazuelas, que ellas mismas fabrican para la maniobra; y amasado allí segunda vez con mas cantidad de agua, la pasan por un cedazo hecho al propósito, y cae aquella masa muy líquida á otras cazuelas limpias: en ellas reposa el agua, hasta que caida la tierra junta con el almidón del grano ó de la fruta, al suelo de la vasija, derraman el agua, que quedó clara, sobre toda la masa: entónces echan gran cantidad de manteca de tortuga ó de caymán, y con ella revuelven e incorporan la masa, y van formando sus panes, de hechura de bola bien redonda, para meterlos en sus hornillas; quando no hay manteca para dar jugo y saynete al pan, con el almidón, de que va tinturado el barro y se contentan. Puesto el dicho pan en el horno, la fuerza del calor le quita toda la humedad del agua; y si llevó el amasijo manteca, sale del horno blando y tratable; y sino, sale poco menos duro, que acá los ladrillos. Pero [179] sea como fuere, ellos se regalan grandemente con su pan, y ruegan á los Padres que le coman, y lo alaban mucho, diciendo: Onóná, chóro, tenúna, Pare: Pan tú come, que está bueno, Padre: y es preciso darles gusto, y comer algo pero no dexa de crugir la tierra al tiempo de mascarle.

De esta relacion verídica, cierta y genuina se infiere, que la distancia desfigura las verdades, y que no hay cosa que tenga todos los visos de falsa, que no se haya originado de alguna verdad. Qualquiera Forastero, que vea comer á los Otomacos ó á los Guamos el referido pan, dirá que comen tierra amasada y cocida; ó dirá con mas verdad, que comen ladrillos; porque aunque la hechura ordinaria es como de una bola, el color que retiene es de ladrillo; y veis aquí, que el que tal vió, con buena fe protesta, que los Guamos y Otomacos se mantienen con tierra. La qual noticia es preciso que sea durísima al que á gran distancia la oye; pero el que de espacio ve y observa la referida fábrica de pan, reconoce, que lleva el barro consigo toda la substancia del grano, y de ordinario mucho jugo de la manteca con que se mezcla.

Fuera de la substancia de dicho pan, como apunté, es en gran cantidad la vianda que comen, quando llega la hora: no hay Nacion los aventaje en la destreza y modos artificiosos de pescar, aunque entre á competencia la Nacion Guaraúna, que en esta mecánica excede á casi todas: quando llegue su lugar, verémos la facilidad con que sacan del profundo rio los Caymanes mas formidables. Con la misma facilidad se arrojan al rio en pos de la

Tortuga, que se estaba tomando [180] el Sol, y al sentir ruido, se echó al agua: arrójase el Otomaco tambien, y la sigue hasta que la coge en el fondo: allí se la pone sobre la cabeza, virada la concha del pecho ácia arriba, y afianzandola con una mano, y nadando con otra y con los piés, sale á la playa con ella: cosa que parece impracticable, pero realmente así lo executan. En los dos meses abundantes de huevos de Tortuga, no solo comen á mas no poder, sino que tambien asan á fuego manso sobre cañizos gran cantidad de canastos de huevos, que guardan para despues que pase la cosecha: en fin, no hay que tenerles lástima, ni hay que lamentarse de los pobres Guamos y Otomacos, de que se mantengan de comer tierra.

Paréceme que oygo decir, que á vista del gobierno, union y economía de los Otomacos, y de la sujecion, que de lo referido se ve tienen á sus Capitanes, no es esta Nacion tan bárbara ni silvestre, como las otras de que ya hemos tratado; y que por tanto es muy rigurosa la censura, con que en materia de tosquedad y barbaridad les di la primacía entre todas aquellas gentes, que apénas tienen rastro de gobierno ni de economía. La réplica está bien fundada; pero á estas vislumbres, que dan de racionalidad, añaden tanta sombras, que me ratifico en la censura una y otra vez: lo primero, porque es gente de dura cerviz; es de genio inflexible, y muy dificiles de salir de aquel su entable: solo el tiempo y la paciencia constante, y el ir poco á poco doctrinando la juventud, los entrará en camino: lo segundo, en sus borracheras, generales á todos los Indios, estos Otomacos, como gente áspera y belicosa, [181] se enfurecen mucho mas que las otras Naciones: lo tercero, y peor, es, que sobre todas ellas tienen otro modo pésimo de emborracharse por las narices, con unos polvos malignos, que llaman Yupa, que les quita totalmente el juicio, y furiosos, echan mano de las armas; y si las mugeres no fueran diestras en atajarlos y atarlos, hicieran estragos crueles cada dia: éste es un vicio tremendo. Forman dichos polvos de unas algarrobas de Yupa, que les dan el nombre; pero ellos solos puramente tienen el olor de tabaco fuerte: lo que por industria del demonio añaden, es lo que causa la embriaguéz y la furia. Despues que se han comido unos caracoles muy grandes, que hallan en los anegadizos, meten aquellas cáscaras en el fuego, y las reducen á cal viva, mas blanca que la misma nieve: mixturan esta cal con la Yupa, poniendo igual cantidad de uno y de otro ingrediente; y despues de reducido todo el conjunto á sutilísimo polvo, resulta un mixto de una fortaleza diabólica; tanto, que tocando con la punta del dedo dichos polvos, el mas aficionado á tabaco en polvo, y que ya por el uso no le hace armonía, con solo acercar á la naríz, sin tocarla, el dedo que tocó la Yupa, se desata el tal en un torbellino de estornudos. Los Indios Salivas y otras Naciones, de quienes despues trataré, usan tambien la Yupa; pero como son gentes mansas, benignas y cobardes, no se enfurecen como nuestros Otomacos, que aun por eso han sido y son formidables á los Caribes; porque ántes de la peléa se enfurecian con la Yupa, se herian á sí mismos, y llenos de sangre y de saña, salian á pelear como unos Tigres rabiosos. [182]

Fuera de esto, aun quando están en su juicio, se enojan por levísimos motivos, y se arrojan á las armas por qualquiera friolera; y tomar uno las armas, gritando sin qué ni para qué, y estar toda la Poblacion en arma, con una gritería intolerable, todo es uno; y la causa es, porque siempre

viven con el sobresalto de algun abance repentino de la Nacion Caribe: al primer grito, sea la hora que se fuere, ya están todos en arma: cosa de gran pena para los Misioneros, y raíz de continuas zozobras. En una de estas reboluciones, estaba rezando sus horas uno de los Misioneros en un apartamiento retirado, y volviendo casualmente la cabeza, vió á sus espaldas tres Indios, el uno con ademán de darle con un cuchillo, y los dos con las macanas en alto, para descargar el golpe sobre él: y á no haber vuelto la cara por especial providencia de Dios, allí hubiera quedado muerto sin motivo alguno á manos de tres Indios casi borrachos; por lo qual se ha tomado la providencia, y lo que se hace en las demás Poblaciones, por justo recelo de los Bárbaros Caribes, que han protestado, que estando lo Misioneros diciendo Misa, los han de matar, como lo executáron con el Venerable Padre Fray Lorenzo Lopez, Religioso del Seráfico Padre San Francisco (como ya dixé); por lo qual, en tiempo de Misa hay á la puerta quatro Soldados de guardia con las armas prontas: esto, no tanto por los Caribes estrarios, quanto por ellos mismos, se usa en los Otomacos. Fuera de esto, luego que repentinamente se oye su alboroto, recurre el Cabo con sus Soldados, no al puesto de la gritería, sino á la casa del Padre, para defenderse, unidos todos, de [183] lo que de gente tan bárbara pudiere resultar; con esta pension y sobresalto se vive entre ellos, á fin de salvar sus almas.

Y entretanto va el Señor agregando para sí muchos párvulos y adultos, que del Bautismo vuelan al Cielo, que es el denario diurno de los Operarios Evangélicos, y el pré que los detiene gustosos, guardando su puesto á vista de tanta multitud de enemigos, con la confianza firme, de que el Señor, cuya causa hacen, los ha de guardar, como lo hace su Magestad, consolándolos al mismo tiempo con conversiones muy freqüentes de almas perdidas. Con una de las muchas que han sucedido entre los Otomacos, de quienes hemos tratado, quiero concluir este capítulo, por ser muy singular, y de muy tiernas circunstancias; y fué, que el año 1735, llegaron á esta Poblacion tres venerables ancianos con sus dilatadas familias; tanto, que sus hijos ya eran Indios viejos, y sus choznos, muchachones de arco y flecha: eran los ancianos muy calvos, y el resto del pelo que les habia quedado, desde su raíz para abaxo hasta cosa de quatro dedos, era muy cano; pero lo restante para abaxo era de color de azafrán: ¡no he visto en mi vida cosa semejante! creo que la fuerza de los años habia dado al pelo tan singular colorido. Uno de los viejos (tirando yo á averiguar que edad tendria, buscando señas, porque de los Indios Gentiles nadie sabe la edad que tiene) me dixo, que quando los Caribes matáron al Capitan Ochagavia, que de la Guayana subia á Santa Fe, él se halló cerca de la desgracia, y que ya andaba en la Guerra con los Otomacos sus parientes: la muerte [184] de dicho Ochagavia cien años cumplidos que habia pasado; y ya el viejo, pues estaba en la Guerra, tendria veinte y cinco años: con que bien se trasluce su abanzadísima edad. Veinte y siete dias habian gastado estas tres familias en venir á este Pueblo desde lo retirado de sus bosques, sin otro motivo para tan largo viage que el haber sabido, que su gente Otomaca tenia ya Padres Misioneros: los tres ancianos trahian sus tres mugeres segun las señas, de la misma edad; una de las quales, ó por la fatiga del camino, ó porque Dios la trahia para darle el Cielo, luego enfermó, y bien catequizada y enseñada, poco despues del

Bautismo (después de tan largos años de vida bárbara y silvestre) subió como párvula al Ciclo. Dentro de pocos días tuvo una calenturilla corta uno de los tres viejos: le expliqué los Artículos principales de nuestra Santa Fe, y ya dispuesto, lo bauticé. A poco rato vino asustado un Español, que había sido su Padrino, y me dijo: Padre, venga, que mi ahijado Joseph está abriendo su sepultura fui, y supe que era estilo de aquella Nación fabricar con sus manos su última casa, previniendo esta diligencia con tiempo; y viendo que el viejo estaba fuerte y sin amago alguno de peligro, me fui á hacer otras diligencias; y después lo sentí mucho, porque el buen anciano Joseph, luego que concluyó su sepultura, y se midió en ella, se asentó, y arrimadas sus espaldas á un lado, llamó á sus hijos, nietos, viznietos &c. y delante de su Padrino Don Felix Sardo de Almazán, de algunos Soldados de aquella Real Escolta, y de otros muchos Otomacos, dijo á su familia estas palabras: «Yo, hijos míos, ya muero alegre, [185] porque solo vine á morir Cristiano: á vosotros os mando, que no os apartéis del lado de los Padres, aprended la Doctrina, y procurad ser buenos Christianos; y dicho esto, se tendió en la sepultura y espiró». ¿Quién dudará de una muerte de tan singulares circunstancias, que entregó su espíritu en manos del Señor y que le había criado y traído en tal ancianidad de tan léjas tierras, solo para abrirle de par en par las puertas del Cielo? sea loada sin fin su altísima providencia, y los profundísimos arcanos de su infinita sabiduría y bondad. Amen.

Capítulo XIII

Trata de la Nación Saliva, de su genio, usos y costumbres; y raras honras que hacían los Gentiles á sus difuntos

Más de lo que yo pensaba nos hemos detenido con los Guamos y Otomacos; por lo qual conviene tomar nuestra navegación, y subir á vela y remo á consolarnos á vista de la Nación Saliva, dócil, manejable y amable, gente vastamente capaz, y que se hace cargo de la razón, mejor que Nación alguna de las que hemos descubierto, aunque entre á competir la Nación Achagua, que es todo quanto se puede pedir de Indios Gentiles: este no es parecer solo mío, así lo afirman todos quantos Misioneros han tratado á esta Nación y los que por relaciones de ellos han escrito de los Salivas y ninguno dice demasiado. Han sido y son los Salivas el vínculo de nuestro amor en [186] Christo Jesus: por no desamparar estas humildes y mansas ovejas, rindiéron sus vidas los primeros y los segundos Misioneros, que baxáron de mi Provincia, en las manos sangrientas de los Caribes, lobos carniceros, que por apoderarse de toda aquella Grey indefensa, matáron á sus vigilantes Pastores; y la tercera vez que baxáron otros Misioneros, el año 1731, acometidos por todas partes de dichos Caribes, y no hallando ya la humana prudencia medios para evadir su cruel furia, la docilidad de los Indios Salivas fué la única remora que los detubo, y hasta hoy los detiene expuestas á manifiesto riesgo sus vidas; porque á la verdad esta Nación es aquella tierra buena que recibe bien el grano Evangélico, y da fruto centésimo (128).

No por esto pretendo que se entienda, que los Misioneros de esta Nación se están en sus glorias ocupados únicamente en recoger frutos á manos llenas, sin el afán de desmontar y arrancar abrojos y espinas: mucho hay que vencer y mucho más que sufrir; porque aunque son notoriamente

mejores estos Indios que los demás, no dexan de ser Indios, ni dexa de tocarles toda la definicion que dimos al principio, aunque con alguna moderacion respectiva. Son mas constantes que las otras Naciones; son mas dados al cultivo de sus sementeras: por maravilla se oye una palabra mas alta que otra entre ellos, porque gastan mucha mansedumbre; pero todo esto no quita el que convengan con el resto de las demás Naciones, como realmente convienen en ser ignorantes, necios, moledores en gran manera, borrachos como todos los demás, aunque se precian mucho [187] de que beben con juicio; pero este juicio solo consiste, en que despues de embriagarse, como todo Indio lo hace, no pelean ni se aporrean unos á otros; y á la verdad no es poco alivio para los Misioneros. En la poligamia y en el uso del repudio corren iguales con las demás Naciones, y creo que exceden á todas en el interés y codicia; gustan mucho de tener muchas y muy lucidas armas; pero no tienen ánimo para usar de ellas: si alguno los exórta á que miren por sí, y se defiendan, responden: Que sus Antiguos no pelearon; y así ellos no pueden pelear. Por lo qual se han dexado sojuzgar de los Caribes; tanto, que siendo esta una Nacion de las mas numerosas del Orinoco, se ha reducido á cinco ó seis Pueblos; tres de los quales están ya en doctrina regular; y estubieran tambien los otros, si hubiera Operarios; pero hay mucha mies, y los Operarios son allí pocos para campo tan dilatado.

Los varones Salivas (como se infiere de lo dicho) son muy afeminados; y al contrario las mugeres son muy varoniles, hasta en el hablar: ellos son taciturnos, y lo poco que dicen es en voz baxa y arrojada por las narices: (como despues dirémos) ellas al contrario, hablan en tono perceptible, y con desembarazo (129); y aunque en todas aquellas Naciones el peso del trabajo, no solo doméstico, sino el de las sementeras, recae sobre las pobres mugeres, en esta Nacion es peor; porque fuera de eso, tienen la taréa intolerable de peynar á sus maridos mañana y tarde, untarlos, pintarlos y redondearles el pelo con gran prolixidad, en que gastan mucho tiempo; y si hay diez ó veinte forasteros en la casa debe hacer la [188] misma obra con ellos: y una vez pintados y peynados, ni aun se atreven á rascarse la cabeza ni parte alguna del cuerpo, por no desfigurar su gala. No se puede llevar en paciencia su escrupulosa pulidéz y aséo: tal es, que firmemente creo, que llevarán mas pacificamente qualquier otro daño, grave, que el que les descompongan una guedeja del pelo: lo qual colijo de la prolixidad con que se miran y remiran al espejo ántes de salir de sus casas, y del gran cuidado que tienen de sí mismos, no arrimándose á parte alguna, ni permitiendo, que alguno los toque; pero todo se lleva en paciencia, á vista de las veras con que reciben y retienen la Doctrina Christiana.

De este mismo calibre y genio son los Indios Aturis, que se reputan por Salivas, aunque su dialecto es algo diverso. La Nacion de Abanes, de Maypures y los Quirrubas son de diferentes lenguages; pero del mismo genio y mansedumbre, y están prontos á recibir el Santo Evangelio, luego que haya Operarios que se lo expliquen: cosa que no puedo escribir aquí sin gran dolor de mi corazon; pero puede ser que á estos quatro renglones tenga el Señor aligada la vocacion de los Operarios, que su altísima providencia tiene destinados para la salud eterna de estas pobres y bien dispuestas Naciones. Quae albae sunt ad messem.

Y volviendo á los Salivas, de que ahora tratamos, lo singular que tienen entre todas estas (130) Naciones, es el acto previo, que sufre la gente moza, luego que llega el tiempo de limpiar las Vegas para sembrar su maíz, yuca, platanos, etc. Ponen á los jóvenes en filas, apartados unos de [189] otros, y unos quantos viejos se previenen con azotes ó latigos crudos de pita retorcida; y despues que uno de ellos les intima, que ya es tiempo de trabajar, descargan sobre ellos una cruel tunda de azotes, tales, que fuera de tal qual herida que hacen, los restantes levantan verdugones considerables en aquellos cuerpos, sin que los mozos abran la boca para un ay, ni una quexa. La primera vez que oí esta tempestad de azotes, fui á priesa á saber ¿qué delito habian cometido aquellos pobres? «Ningun delito tienen, respondió uno de aquellos viejos sayones; pero como ya es tiempo de rozar y limpiar el campo para sembrar, con estos azotes quitamos la pereza de estos muchachos, y sin ella trabajan bien: oí la necesidad, y me volví riendo».

Ni es ménos necia la manía con que llevan pesadamente el que sus mugeres paran mellizos: tienenlo por deshonra de sus personas, y llega esto á tanto, que luego que corre la voz, que Fulana parió dos criaturas, las demás Indias, sin reparar que á ellas les puede suceder, y sucede á veces lo propio, corren á la casa de la parida á celebrar la novedad con apodos: unas dicen, que aquella es parienta de los ratones, que paren de quatro en quatro sus ratoncillos: otras que no, sino que es parienta de los Cachicamos, que paren mas, y mas amenudo. Y no para aquí el daño, lo peor es, que la Saliva Gentil que da uno á luz, y siente que resta otro, al punto, si puede, entierra al primero, por no sufrir luego la cantaleta, y la zumba de sus vecinas, ni ver el ceño, que su marido la pone: y el sentimiento del marido es hijo de otra ignorancia; porque su pesar nace de [190] pensar, que solo uno de aquellos mellizos puede ser suyo, que el otro es seña cierta de deslealtad de su muger. Ni esto para en mera especulacion, como lo vimos todos, los Misioneros, no ha mucho tiempo: nos habiamos juntado á tratar varios puntos ocurrentes en uno de los Pueblos de Salivas, y de repente vino la espía (que para esto tenemos, y conviene para evitar estos graves daños) avisando, que la muger de un Capitan habia parido un muchacho y que quedaba pariendo otro: fué volando el Padre, que cuidaba del Pueblo, y por prestó que llegó ya la madre le habia tronchado el pescuezo á la criatura, que habia nacido: mas tuvo la dicha que todavía alcanzó el agua del Santo Bautismo y murió media hora despues; la otra criatura se logró, pero no paró aquí la funcion; porque luego que convaleció la muger (que entre aquellas gentes es muy en breve) juntó el Capitan su gente al anochecer, y puesta en pública verguenza la triste Saliva, la hizo cargo de la desverguenza de haberse atrevido á parir dos criaturas siendo su muger: de ahí pasó á reprehender, y á retar á las demás mugeres, amenazándolas con riguroso castigo, si en adelante se atrevian á parir mellizos; y para que viesen, que no habia de parar el negocio en solas palabras y amenazas, tomó un latigo cruel, y dió una sangrienta diciplina (131) á su propia muger, para que en su cabeza escarmentasen las otras. Hasta aquí puede llegar la ignorancia, y gobierno descabellado de aquellos ciegos Gentiles; y tanto como esto, y mucho mas, hay que remediar aun en las Naciones mas tratables y dociles; ¿qué será en las agrestes? [191]

Pero la función clásica y distintiva de los Salivas Gentiles, y en que descubren los fondos de su política y amor á sus Gefes, es quando muere alguno de sus Magnates; y aunque es verdad que ya la han dexado, y á la primera insinuacion que se les hizo, no se acordáron mas de ella: con todo, por ser un conjunto de cosas irregulares y extravagantes, resumiré aquí la función segun y como la vi en uno de aquellos Pueblos, donde casualmente concurrimos tres Misioneros y algunos Soldados de la Escolta. Llegóse el tiempo de hacer las honras de un hermano del Cacique Pugduga, y luego empezáron las diligencias: unos á exôrnar el sepulcro que estaba en medio de la casa en donde habia muerto; otros á buscar tortugas y pescado para los convites, y las mugeres todas atareadas, previniendo (132) chicha ó cerbeza para los convidados. Señalóse el día, y la parentela del difunto se repartió á varios Pueblos á convidar para la víspera y dia de las tales honras; y todos andaban ocupados en variedad de faenas, todas dirigidas á la solemnidad; llegó en fin la víspera, y el Señor Cacique nos llevó á ver el túmulo de su hermano. Junto á él estaba llorando la viuda, mutilado malamente el pelo, y sin adorno alguno de los que dixe usan las mugeres; porque ni aun la untura ordinaria se les permite á las viudas, hasta después de largo luto; el contorno del sepulcro estaba cerrado con celosías bien hechas y bien matizadas de varios colores: en las quatro esquinas y en los medios habia seis columnas muy bien torneadas: dos de ellas remataban con coronas: dos tenian sobre sí dos páxaros bien imitados, y las dos delanteras [192] remataban con dos caras, en además de llorosas, con las dos manos sobre los ojos, todo bien y mejor de lo que se podia esperar de su poco talento.

Empezáron á venir compañías forasteras de los Pueblos convidados; y yo no sé cómo puede ser ni en donde trahian tan á mano las lágrimas; porque siendo así que venian alegres y con festiva algazára, al llegar á la puerta del duelo, soltaban un tierno llanto con verdaderas lágrimas. A éste respondia prontamente el llanto de los de adentro; y pasada aquella avenida melancólica, se ponian á beber y baylar alegremente; y si en el fervor del bayle llegaba otra visita de convidados iban renovando el llanto dicho, y volvían á beber y baylar: lo qual prosiguió así, hasta que llegáron los últimos.

Luego resonó repentinamente una inaudita multitud de instrumentos fúnebres, que jamás habiamos visto ni oido: inventiva diabólica, muy propia para melancolizar los ánimos; todos, segun sus clases, sonaban de dos en dos. La primera clase de ellos eran unos cañones de barro de una vara de largo, tres barrigas huecas en medio, la boca para impeler el ayre angosta, y la parte inferior de buen ancho: el sonido que forman es demasiado obscuro, profundo y uno como baxón infernal; la segunda clase de instrumentos tambien de barro, es de la misma hechura; pero con dos barrigas, y mayores los huecos de las concabidades intermedias: su eco mucho mas baxo y nocturno, y á la verdad horroroso; la tercera clase resulta de unos cañutos largos, cuyas extremidades meten en una tinaja vacía de [193] especial hechura: y ya no hallo voces con que explicar la horrorosa lobreguéz y funesto murmullo, que del soplo de las flautas resulta, y sale de aquellas tinajas. ¿Y quién dirá la melancólica vehetría que salia de todo este conjunto de funestas voces? lo peor era que,

sonaban juntos, é incesantemente muchos en la casa del túmulo, y otros tantos en la casa del duelo. Al mismo tiempo salieron varias danzas, emplumados los danzantes á todo costo, como diximos de los Guayquiries: cada tropa de danzantes llevaba su trn de las flautas fúnebres referidas: unos danzantes pasaban con mucha gravedad y reposo, con bastones muy pintados en las manos, siguiendo el compás de la música, no solo con los piés, sino tambien con los golpes que daban en el suelo con los bastones. Otra danza pasaba con ligereza y aceleradamente, haciendo todos á un tiempo y al compás de la música cortesías con todo el cuerpo, ya á un lado, ya al otro: cada uno de los de esta danza tocaba con una mano un pfano, acompañando con él los golpes de los pies y de los bastones. Otras danzas singularísimas fueron saliendo á la Plaza: cada danza, fuera de los msicos, se componia de doce Indios, con singular adorno de plumas y plumages largos de Guacamaya: cada qual trahia en su mano derecha un mimbres largo, todo cubierto de variedad de plumas. Las puntas de dichos mimbres estaban atadas en lo mas alto de una corona, cubierta de plumas, y el peso de ésta hacia doblar ácia abaxo los doce mimbres, formando cada qual un semicírculo, y todos juntos formaban una cpula, ó media naranja vistosa; de cuyo centro [194] quedaba pendiente la corona: el primor de estas danzas consistia en una notable variedad de posturas, vueltas y círculos compasados al son de la música; pero sin desbaratar ni descomponer la dicha media naranja; junto á estas danzas iban dedos en dos aquellas flautas largas de cubarro, de que diximos en el capítulo de los Indios Guamos, que estn en punto, y suenan como dos acordes violines. Estos msicos pasaban en tono de danzantes; porque con la cabeza, piés y con todo el cuerpo iban haciendo extraordinarias cortesias y ceremonias: este conjunto de cosas formó un espectáculo digno de verse en qualquiera Corte de la Europa: esto es fuera de las libreas, que hombres y mugeres se habían ya puesto, á costa de muchos colores, unturas y plumas. Cada rueda de gente, vista á lo léjos, representaba la variedad de un florido jardin: en especial se habian matizado las caras de tan raras figuras y colores, que sino por el habla, á nadie conociamos. Con toda esta solemnidad pasó la tarde: ya iba anocheciendo, quando recogándose toda la gente, vinieron el Cacique y sus Capitanes á preguntarnos: ¿qué tal nos habia parecido la funcion? y respondimos: que muy bien, y que vehiamos ya, que tenian mucho entendimiento. Este es el párrafo que mas les cae en gusto á los Salibas, y por aquí hacen agua; y á la verdad, habiendo reparado con toda atencion, no vimos cosa indecente ni supersticiosa, sino un agregado extravagante, ya de llanto, ya de bayles.

Fuese el Cacique con los suyos, sin saber nosotros la noche que habiamos de pasar; y ciertamente, ni los Padres, ni seis Soldados que nos [195] acompañaban, jamás tuvimos susto, espanto y terror semejante al que quando menos pensabamos, nos acaeció esa noche, que fué de horror.

Quedó el Pueblo en profundo silencio, y por todas la señas creimos, que cansados y rendidos los Indios á puro llorar, baylar y principalmente á puro beber, dormian sosegadamente: por lo qual cada qual se recogió á descansar á la hora ordinaria.

Yo cogí el sueño, ó el sueño me cogió á mí de buena gana: y all como á la una de la noche sent como una gran pesadilla, acompañada de un eco horroroso: desperté asustado, puse el oido, y me pareció que sonaba á modo

de una horrenda tempestad, de las que se usan en Orinoco: salí afuera, y hallé á los otros dos Padres aturridos; y discurriendo qué podria ser aquel ruido, nadie acertaba; y quanto mas se discurria de él, mas se acercaba, y mayor horror causaba. Llamé al Cabo y á los Soldados, que ya aturridos estaban cerca: dixeles: á las armas, Señores, y vénganse luego con ellas, porque tal vez los Caribes han sabido la fiesta de estos Indios, y habrán dicho: vamos esta noche á dar asalto, que á buen seguro los tenemos descuidados; á todos asentó bien mi recelo; pero aquel estruendo no era conveniente para asalto secreto, ni habia caxas, tambores, futuros ni curupaynas vastantes en todo el Orinoco, para formar la centésima parte de aquel horroroso ruido: por otra parte ya no sonaba léjos, y en el Pueblo nadie se daba por entendido, ni parecia un alma á quien poder preguntar. En este congojoso susto y terrible conflicto estuvimos largo rato, y los Soldados prontos y alerta para lo que pudiese [196] suceder: quando á la vislumbre de la Luna, que ya salia, distinguimos un círculo grande de Indios, que junto á una arboleda, distante unos tres tiros de escopeta del Pueblo, danzaban, sin desvaratar el círculo y al uso de los Indios Otomacos; y conocimos, que de aquella gente salia el estrépito fatal, pero no atinabamos, ni era fácil adivinar de qué se originan, ó en qué consistia. En fin, fuéronse acercando muy despacio, y con la misma pausa dieron dos ó tres vueltas al Pueblo, sin hablar palabra, y sin salir Indio alguno de su casa á ver ó á preguntar; y concluidas las vueltas al rayar el dia, se sentaron afuera en el llano, sin perder la forma de círculo: arrimáron los instrumentos infernales á un lado, y luego salió gran numero de mugeres, con abundante aparato para darles de almorzar (133), como lo hicieron á su gusto. A breve rato vino el Cacique á ver si estabamos enojados (cierto no habia para qué, porque el susto fué hijo de nuestra ignorancia): le diximos que no; y pasamos todos á exâminar la causa de aquel són tan inaudito y extraordinario.

De noventa Indios se componia el círculo de aquella danza: treinta tocaban pífanos: treinta tocaban trompetas diabólicas, causa única de aquel estruendo; y otros treinta ayudaban á cargar las tales trompetas, las quales tenían un palo largo atado á cada lado, que de la boca de la trompeta para afuera salian y recahian sobre los hombros de un Indio, teniéndola el que soplabá con ambas manos aplicada á la boca; de modo, que la trompeta á mi ver, de mayor á menor, tenia dos varas de largo: su boca como la de un clarín; y el remate era una boca, que apénas se podria [197] tapar con un buen plato. La materia de la trompeta era de una cáscara que llaman majagua, que se dexa gobernar como papel; y quando está fresca, es pegajosa como cola; con lo qual fabrican á todo su gusto dichas trompetas y mayores, si les dá gana. Véase su figura, y la de los otros instrumentos, al principio de este capítulo; en fin, ellas son tales, que son menester dos hombres para poder usar de ellas: los treinta pífanos, desde cerca realzan y dicen bien con las trompetas; pero desde léjos no se oye sino la tempestad fea de sus voces.

Concluido su almuerzo, formáron su danza, y diéron una vuelta espaciosa por el contorno de la plaza: luego fuéron saliendo por su turno las mismas danzas del dia antecedente; con la singularidad, que entre una y otra mediaba un rato de llanto; y callando todos, salia uno con un elogio del difunto; y en tono alto y lastimero, decia (134): ¡oh, y qué

pescador tan excelente hemos perdido! otro, pasado otro llanto decia: ¡oh, y cuán admirable flechero murió! no erraba tiro. Despues que danzaron á todo su placer, se volvió á formar la danza de los trompeteros junto á la casa del túmulo, y precediendo todas las otras danzas, se encaminaron todos al rio, danzando y tocando todos los instrumentos. Los últimos eran los del duelo, y entre ellos trahian quatro Indios todo el aparato del túmulo, el qual arrojaron al rio, tras de él las trompetas y todos los instrumentos fúnebres, como que desterraban la memoria del difunto; luego se labaron todos en el rio, y se volviéron á sus casas.

Vastante éco hace este Rito Gentílico de los Indios Salibas, al modo con que los Nobles Gentiles [198] de la China concluyen sus funerales (135); donde por último van los Bonzos tocando adufes, fautas, campanas, campanillas y otros instrumentos: llevan por delante varias insignias con pinturas de Elefantes, Tigres y Leones; y todas últimamente se arrojan al fuego, y se reducen á ceniza; pero los Salibas, que solo tiran á cumplir con el difunto en aquel dia, y de allí adelante borrar de sus memorias todas quantas especies pertenezcan á él: arrojan al rio todo aquello que concurrió á solemnizar la exêquias, para que las corrientes carguen con todo, y aun con la memoria del difunto.

Finalizada la funcion de los Salibas, al punto las mugeres de una Capitanía llevaron Tortuga asada y cazabe, que es su pan, á los hombres de otras Capitanías; y las mugeres de éstas á los hombres de las otras, en señal de amistad; y como ellas decian, en agradecimiento de lo que habian baylado; he omitido otras ceremonias de ménos monta, porque vastan las insinuadas para inferir las demás.

De los Salibas del rio Bichada, Mision que destruyéron antiguamente los Caribes refiere una funcion algo semejante á ésta el Padre Joseph Casani, capítulo 26. de su Historia General, fol. 168. [199]

Capítulo XIV

Epílogo de las ceremonias que otras Naciones hacen por sus difuntos

Con ocasion de lo referido arriba, y por no tropezar despues con otras especies lúgubres, reduciré aqui á breve suma algunas especiales, de las muchas ceremonias que practican aquellas Naciones de Gentiles con sus difuntos.

Entre los Indios Guaraúnos hay una parcialidad de raro genio: luego que muere el Indio, bien atado con una soga fuerte, le hunden en el rio, y afianzan la soga al tronco de un árbol: al dia siguiente, los peces llamados Guacaritos (de los quales hablaremos despues) ya le han mondado toda la carne, arterias, membranas y ternillas al difunto, y así sacan del rio el esqueleto blanco y limpio, y entónces en un canasto que ya tienen prevenido, y muy labrado con cuentas de vidrio de varios colores, van poniendo los huesos de menor á mayor, desencajándolos del esqueleto; y tienen ya tan bien tomadas sus medidas, que la tapa ajustada del canasto, viene á ser la calavera del difunto; y luego cuelgan el canasto pendiente del techo de sus casas, donde hay colgados otros muchos canastos con los huesos de sus antepasados: de modo, que si no se volvieran tierra á fuerza de tiempo, ya no cupieran en sus casas los canastos de muertos.

La Nacion Aruaca entierra sus muertos con muchas ceremonias; y la principal es que vaya [200] con todas armas á la sepultura, y que en ella no le cayga encima tierra alguna: para lo qual, sobre el difunto, cosa de un palmo en alto, ponen un cañizo fuerte, y sobre éste muchas hojas anchas de Plátano, y sobre todo pisan la tierra. Los Achaguas Gentiles usan el mismo rito; pero es únicamente con sus Capitanes y Caciques: con la singularidad, que la última tapa de la sepultura es de barro bien pisado, y todas las mañanas por largo tiempo embarran las grietas que abre el barro al irse secando; y pensando yo que esta prolixa diligencia era para evitar todo escrúpulo de mal olor, me respondiéron: no, Padre; esto hacemos, para que no entren las hormigas á inquietar al difunto. La contraria opinion llevan otras Naciones; y creen tan de cierto, que luego que está el difunto enterrado, cargan sobre él las hormigas, y se le comen, que la imprecacion con que indican su mayor ira quando se enojan, es decirle: Maydaytú, irruquí roleabidaju: ¡Ojalá carguen contigo presto las hormigas! que es lo mismo que desear presto la muerte, ó que le entierren quanto ántes.

Los Indios Caribes, quando muere alguno de sus Capitanes, tienen unas ceremonias tan bárbaras como suyas. La que ellos reputan por mas honorífica y grave, y á la verdad es la mas pesada é intolerable, es, que puesto el cadáver en una hamaca de algodon, colgada de las dos extremidades, que es su cuna ordinaria, las mugeres del difunto han de remudarse á continua centinela, paradas á un lado y al otro del cadáver; el qual en aquellas tierras sumamente cálidas, á las veinte y quatro horas ya está intolerable, y llama para sí [201] todas las moscas del Pueblo; y esa es la taréa de treinta días de aquellas infelices mugeres, que no han de permitir por quanto hay, que mosca alguna se pare sobre aquel cuerpo. Ni es esa (aunque de suyo intolerable) la mayor pena de las pobres mugeres, sino el estar allí pensando tanto tiempo cada una: ¿si seré yo la que he de acompañar á éste en la sepultura? y es el caso, que los hijos y parientes del difunto, llegando el día del entierro, despues de ponerle á un lado su arco, flechas macana, rodela y las demás armas, al otro lado le tienden una de aquellas sus mugeres, para que le cuide y acompañe: honor inhumano, que usaban los del Perú con sus Emperadores difuntos, enterrando con ellos, no una, sino muchas mugeres, y los criados mas leales y estimados (136); á ese modo los Caribes dan compañía al Capitan difunto. Despues de lo qual, el hijo mayor entra á heredar y poseer las mugeres del difunto, ménos la que le parió; y ésta, por mas vieja, suele ser la compañera del muerto: ceremonias son éstas, que indican bien lo inhumano y bárbaro de esta Nacion: por última diligencia, al cabo del año sacan aquellos huesos, y encerrados en una caxa, los cuelgan del techo de sus casas para perpetua memoria.

La Nacion Jirara, Ayrica y las demás que se reducen á ellas (por tener el mismo lenguaje, aunque variado el dialecto) usaban ántes de ser Christianos, un luto muy del caso, y de muy poco costo. Puesta en infusion la fruta llamada jagua, [202] da un tinte muy negro, y tan tenáz, que untado el cuerpo con él, permanece mucho tiempo sin perder su tinte, por mas que se laben repetidas veces cada dia en el rio: luego que espiraba el enfermo, la muger y los hijos, hermanos y hermanas del difunto se teñian de jagua de piés á cabeza todo el cuerpo, quedando del mismo trage y

aspecto, que el que traen los Negros de Guinea, quando los venden chontales y desnudos: los parientes de segundo grado de consanguinidad solo se teñian los piés y las piernas, los brazos y las manos, y parte de la cara; el resto de la parentela solamente los pies y las manos, y un salpique de la dicha tinta por la cara, á modo de borrones ó de lunares. De este modo daban á conocer su sentimiento y el grado de parentesco con el difunto; estas gentes eran exâctas en guardar el año del luto, rechazando qualquier casamiento, que á viudos ó viudas se les ofrecia durante el año del luto.

Pero en medio de todo lo referido, no he visto ni oido cosa mas del caso para excitar las lágrimas y un vivo sentimiento, que el tono y cosas que los Betoyes Gentiles cantaban y lloraban todo á un tiempo junto á la sepultura, despues de haber cubierto el cuerpo, y añadido sobre él un túmulo de tierra. Convidaban para el anochecer á toda la parentela y á los amigos: los varones todos iban con sus baxones de singular hechura, pero de voces muy consonantes y parecidas á las de los baxones, tenores y contra-altos: la hechura es muy fácil; porque rotos por adentro todos los nudos de una caña de dos varas de largo, ménos el último, en éste forman una lengüeta [203] sutil de una astilla del mismo cañuto, sin arrancarla de su lugar, y tan adelgazada la astilla, que da fácil salida al ayre, quando soplan por la parte superior y de tal lengüeta proviene el sonido; pero el tono de él depende de lo mayor ó menor del calabazo, que encaxan en el último cañuto por dos agujeros que le hacen por medio, que calafatean y tapan con cera: solo donde estaba el pezón del calabazo, dexan un respiradero, para que salga el ayre impelido: si el calabazo que ajustan á la caña, es grande, la voz es muy semejante á la de un baxón escogido: si es mediano, se parece mucho la de un tenorete; y si el calabazo es pequeño, resulta un contra-alto muy bueno. Con mucha cantidad de estos baxones concurrían los hombros convidados; y llegando á la sepultura, hacían que se asentasen los muchachos á un lado, y las muchachas á otro; tras de éstas se sentaban las mugeres, y tras de los chicos los hombres; y luego se empezaba la funcion, entonando la viuda ó el viudo, con voz lamentable, y mezclada con lágrimas: ¡Ai asidí, marrijubí! ¡Ay asidí! que es decir: ¡Ay de nosotros, que ya se nos murió! ¡Ay de nosotros! sin añadir otra palabra en toda la dilatada lamentacion. Luego respondia todo el coro lo mismo en el propio tono, haciendo acorde consonancia los tenorettes y contra-altos con las voces de las mugeres y muchachos, dando un fondo muy proporcionado á la música los baxones, conjunto mas acorde de lo que se podia esperar ni creer de una gente silvestre; y al mismo tiempo era una armonía tan triste y melancólica, que no tengo frase genuina con que explicarme; vaste decir, que aun los forasteros [204] que no tenían porqué sentir la pérdida del difunto, al oír el arranque de la dicha lamentacion, luego se acongojaban y lloraban con todos los del duelo.

Este uso, tan envejecido entre ellos, se le quitó su Misionero con una industria muy proporcionada al genio de los Indios, mucho ántes que ellos fuesen Christianos: (aunque los párvulos y la chusma habían recibido el Santo Bautismo) y fué así. Habiendo muerto la hija mayor del Cacique (la qual en el Bautismo se llamó Florentina) rogó el Misionero al Cacique, que no permitiese llanto en su casa, ni convidase para el lamento del

sepulcro; ofreciéndole, que el mismo Padre con sus Indios cantores, que estaban vastantemente diestros, correria con toda la funcion triste, al uso de los Españoles y de todos los Christianos; y que de la tal funcion, se le seguiria á él mas honra, y á la difunta mas provecho: y que los Indios Gentiles, tendrian mas gusto, por la novedad que les causaria el entierro; aceptó el Cacique el partido, y no se oyó llanto en el difunto. El Misionero convocó sus músicos, y bien ensayados, salió con ellos de la Iglesia con Cruz alta, capa negra de Coro, y lo demás que manda la Iglesia, acompañando las campanas con sus dobles: al mismo tiempo concurrió toda la gente y grandes y pequeños, atraídos de la curiosidad: entonóse el primer Responso con el lleno de la Música, acompañada de baxón, tenorete, centra-alto y un añafil (instrumentos recién traídos de la Puebla de los Angeles, donde se fabrican con primor, y adquiridos por via de Caracas y la Vera-Cruz) al oír esta armoniosa consonancia, totalmente nueva a los Gentiles, [205] no prorrumpian en lamentos, por el temor y respeto; pero les caían las lágrimas hilo á hilo. Salió el cadáver, y hechas varias pausas con los correspondientes Resposos, entró todo el concurso en la Iglesia: en ella, al oír el Benedictus enfabardón y el último Responso cantado con toda solemnidad, creció la ternura y lágrimas de los Indios, y el gusto que le rebosaba entre las lágrimas de sus ojos al Cacique, sobre quien recaía todo el duelo. Concluida la funcion, y echada ya tierra sobre la difunta, tomó asiento el Padre, y mandando sentar á toda la gente, les hizo una larga exortacion, tomando por preambulo el uso universal de todas las Naciones, de hacer duelo y mostrar sentimiento por la ausencia de sus difuntos: despues pasó á explicarles lo mismo que habian visto y (137) oído en el entierro presente, y á probar, que éste era uso mucho mejor, por muchos motivos; pero quando el Padre habló mas á su modo, y dixo: «que el llorar la parentela, esa era deuda natural, y que todas las Naciones pagaban (138) ese tributo: el qual no era mucho de apreciar, porque no todos lloran la muerte del difunto, sino la falta que les hace, y lo que pierden del alivio, que de él recibían; y al contrario: que el llorar el Padre y los Cantores, sin ser parientes del difunto, sin haber recibido de él cosa alguna, y sin haber perdido cosa con su muerte, que esa sí era cosa grande, digna de aprecio etc.» Esta razon es la que les hizo grande fuerza: (así son todos los Indios; porque como no tienen capacidad para penetrar el nervio de una razon urgente, les hace fuerza, y se convencen de un argumento, casero y material) concluyó el Padre [206] su plática, diciendo: «que si ellos llorasen en adelante sus muertos, allá á su modo él y los Cantores callarian; pero que si ellos callasen, sin lamentarse al uso de sus bosques, entónces quedaban obligados el Padre y sus músicos á llorar y enterrar sus muertos del modo que acababan de ver y oír: con tal que el difunto hubiese recibido el Santo Bautismo: en buena hora se propuso el contrato, porque en adelante jamás se oyo lamentación al uso de las selvas, á trueque de lograr entierro mas honroso»: esto pasó en el Pueblo de San Ignacio de Chicanoa, año 1719.

Es tal el horror que la Nacion Anabalí y otras, que ahora poco ha se convirtieron, tenían á la muerte, que luego que enterraban al que moria, en el mismo sitio donde tenia su fogón, y cubrian la sepultura con muchas esteras, desamparaban el Pueblo, dando de mano á todas sus sementeras y se

mudaban apresuradamente á vivir y hacer casas nuevas á doce y aun á quince leguas de distancia; y preguntados, ¿por qué perdían su trabajo en los frutos que abandonaban? respondian: que una vez que la muerte habia entrado en su Pueblo, ya en su compañía no podian vivir seguros. Después que se reduxéron á vida política, y ya no (139) podian ausentarse de la poblacion, luego que moría él enfermo, desbarataban la casa, y quemaban con las esteras y armas, y todo lo que había tenido el difunto, para quemar la muerte con todo el trén.

Un Misionero de buen humor (140), al tiempo que un Indio empezaba á deshacer la casa en que habia muerto un pariente suyo, le dixo: dime, ¿por [207] dónde se llevó la muerte el alma del difunto? el Indio respondió, que por aquella esquina, señalando un ángulo de la casa: pues bobo (replicó el padre con mayor seriedad) si ese es el camino de la muerte, con quitar esa poca hoja de palma, y poner otra nueva desconocerá el camino, y pasará de largo la muerte. Es verdad, dixéron otros Indios que estaban oyendo, dice muy bien el padre; y nosotros, bobos, nos cansamos, haciendo casas nuevas cada dia; así se hizo en aquella casa; pero poco despues, ni aun eso; porque como van aprovechando en la Doctrina, se van avergonzando y dexando sus usos inútiles y vanos.

Es uso casi universal entre aquellas Naciones de Orinoco y sus vertientes, ó enterrar (141) con el difunto sus armas y alhajas, ó quemarlas; ménos entre los Aruacas, en donde (como dixé) el Médico carga con casi todo lo que era del difunto. Pasa mas adelante el abuso y tambien es casi universal entre dichas gentes, el ir luego que la viuda ó viudas han enterrado á su marido, á arrancar de raiz las sementeras que sembró el difunto, yuca, el maíz, piñas etc. Todo quanto sembró arrancan; y dicen que es para arrancar de su memoria al difunto: la razon es desatinada, y la pérdida es cierta y grave; y despues se ven obligadas á molestar á las vecinas, viviendo á su costa, hasta coger nuevo fruto. Dexemos ya los muertos; y ántes de tratar de los vivos que nos restan, visitemos primero á los enfermos, donde hallarémos muchas extravagancias que admirar, y que apuntar en la memoria. [208]

Capítulo XV

Quan ingratamente descuidan de sus enfermos, quan neciamente se curan, y quan pacíficamente mueren aquellos Indios

Aquí mas que en parte alguna de esta Historia temo soltar la represa, no sea que la avenida y multitud de especies haga correr la pluma mas allá de éste que debo llamar compendio: y la razon es, porque como el principal cuidado de los Misioneros es la vigilancia sobre los enfermos en órden á su salud temporal y eterna, y su principal grangería á los principios está en que no muera ni párvulo ni adulto sin el Santo Bautismo: es éste el ministerio en que mas noticias recogen los Operarios de aquellas selvas, y donde mejor penetran los de las Naciones. Siempre me ha causado notable harmonía, ni jamás he podido saber cómo se enquadernan en aquellas cabezas de los Indios, (y aquí hablo de todas quantas Naciones he tratado) y cómo concuerdan aquel grande amor que muestran los padres á los hijos pequeños; y el amor poco ó mucho que los casados tienen entre sí, con un descuido,

que casi llega á ser abandono total de los mismos quando están enfermos. Mas: ¿cómo compondremos este bárbaro é inhumano descuido tal, que al tiempo de verlo, apénas se puede creer, con aquellas lágrimas, llantos y demostraciones [209] de dolor tan funestas como las que hacen en sus entierros y funerales, y en el capítulo pasado acabamos de referir?

Ello es así, que aunque el enfermo ó moribundo sea el hombre de la casa y padre de familia larga, de quien toda depende, nadie se apura: poco dixe, nadie se da por entendido; coma ó no coma, beba ó no beba, las muestras de aquellos Gentiles dan á entender, ó que son insensibles, ó que desean la muerte del enfermo: y claro está, que ni una ni otra cosa puede ser. Quando llega la hora en que comen todos, ponen aquello mismo que dan á los demás, debaxo de la red, en que está tendido el enfermo, sin decirle una palabra; si come, bien; y sino, tambien: no oye aquel paciente una palabra de consuelo en toda su enfermedad, ni ve á uno que le anime á tomar un bocado. Y á mí me afligen ahora dos congojas: una, el pensar que habrá quien crea, que éste mi modo de hablar es hiperbólico ó amplificacion: otra conocer, que aunque mas procure explicarme, no equivaldrán mis voces á la seca ingratitud de aquellos ferreos (142) enfermeros; y así, pasemos á los pobres y desvalídos enfermos, que si tienen la dicha de tener ya Misioneros, son visitados, consolados y atendidos segun la posibilidad de los Países.

Vamos de uno á otro asombro; porque si causa horror la ingrata sequedad de la familia, tambien causa grande admiracion la invicta paciencia y tolerancia de los enfermos: no se oye de su boca un ay: no abren sus labios para quejarse del mas activo dolor; quedan como estatua inmóvil, fixos en aquel dictámen indeleble: Amarranimiu nucabita: que es decir. Ya me muero: quien mete bulla, [210] entra y sale, es el Piache, ó Médico de puro nombre; no por caridad, sino por el interés de la cura; muera ó escape, la paga ha de estar segura. Todo lo que el Piache manda, se hace ciegamente, y le estubiera mucho mejor al enfermo, que no le visitase ni viese; porque la primera receta es intimar un ayuno general al enfermo y á toda la parentela: los mas de ellos mandan, que ninguno de la casa coma cosa caliente ni guisada, ni pimentón; y prohíbe lo que ellos mas desean comer. Llegando á la práctica de los remedios, ya vimos, que los Piaches Aruacas ni duermen, ni dexan dormir, ni al enfermo, ni á otros: los Médicos Otomacos echan agua fria incesantemente sobre los enfermos, y con eso mueren mas aprisa: los Guaybas y Chiricoas son sumergidos en barro fresco ó en el agua, con sola la cabeza fuera, para que se les quite la calentura; y aunque los hallan muertos de ordinario, quando van á sacarlos, no escarmientan; y á este tono son sus desatinados remedios, muy proporcionados á su caletre.

Dos son las raices de las agonías amargas de la muerte, que á fuer de dos torcedores, aprietan y agravan comunmente al moribundo: una, la violencia de los dolores y enfermedad: la otra, el remordimiento de la conciencia, y temor de la cuenta rigurosa que nos han de tomar despues. Ni una ni otra perturba á los Indios Gentiles: no la enfermedad; porque aquellos cuerpos parecen de diamante para sufrir: no la cuenta ni remordimiento; porque han vivido sin luz y sin ley, y piensan que no hay mas que esta triste vida; y en algunas Naciones, que reconocen que las

almas no mueren, piensan todos, que andan vagueando no léjos de [211] sus sepulturas. Con la misma tranquilidad de ánimo mueren los Neófitos; esto es, los que ha poco tiempo que son Christianos; porque si son recién bautizados, es gusto ver la firmeza y certidumbre que tienen de que se van á gozar de Dios en el Cielo: si llevan ya algunos años pasados después del Bautismo, en recibiendo los Santos Sacramentos no les pasa por el pensamiento sospecha alguna de que puedan condenarse; pero debo tambien decir, que la mayor parte de aquel sosiego nace de su incapacidad, y del poco concepto que hacen de la Eternidad que se sigue despues de la exâctísima cuenta que todos hemos de dar.

Consta esto de lo que le sucedió al Padre Manuel Román á los principios de la fundacion de la reduccion de nuestra Señora de los Angeles: enfermó uno de aquellos Gentiles Salivas; acudió el Padre; asistióle, y enterado de todo lo necesario para el bautismo, le recibió y en él el nombre de Ignacio. Caminaba el enfermo á paso largo á la Eternidad, y ya solo tenia la piel sobre los huesos: día de San Lorenzo 10 de Agosto de 1736, despues de consolar el Padre al paciente, le dixo: Ea, Ignacio, buen animo, que luego irás al descansar al Cielo. ¿Y cómo tomó el enfermo y la familia este consuelo? voy ya á decirlo: volvió á la tarde el Padre á ver su enfermo; el qual muy sosegado estaba mirando á su gente, que con gran faena le estaban abriendo la sepultura al pié de su pobre cama; ¿qué haceis? dixo asustado el Padre; y ellos, dando razon de sus personas, respondieron muy en ello: Como dixiste que Ignacio se iba al Cielo, pensábamos enterrarlo ya; ¡hasta [212] aquí puede llegar la ignorancia de la parentela!, despues que Dios lleve su alma (replicó el Misionero) enterraremos su cuerpo, y no ha de ser aquí, sino al pié, de la Santa Cruz con los otros Christianos difuntos; (no habia aun Iglesia fabricada) eso no, (replicó la parentela) porque al pié de la Cruz no podrá sufrir los aguaceros quando llueva (143) mucho: en este tono entienden las cosas sus Gentiles, y todo esto y mucho mas se va desbastando con el favor de Dios; aquí el Padre alabó á su Magestad, por haberle traído tan á buen tiempo; porque á no venir, hubieran enterrado vivo al Ignacio. Ahora ¿cómo cabrá en una misma cabeza aquella firme confianza, de que se va al Cielo el moribundo, con aquel temor de que no podrá sufrir los aguaceros el cadáver, sino se entierra baxo de cubierto?

No puedo omitir lo que me refirió el Reverendísimo Padre Fray Benito de Moya, Misionero Apostólico de la Nacion Guayana, y ya segunda vez Prefecto dignísimo de aquellas Misiones, y muy digno de mayores cargos por sus letras y por sus virtudes. En el Pueblo de Suáy llevaba un Indio viejo muchos años de cama; esto es, de estar tendido en su penosa red, que es un potro de tormentos; rogó un día á sus tres hijos, que en la misma red le llevasen á la sementera para divertirse un poco; puesto ya en el campo, llamó á sus hijos, y les dixo: «Ya yo no sirvo en este mundo sino para estorbar, y daros fatiga: yo, he sido buen Christiano, y quiero irme ya al Cielo á descansar: á vosotros os encargo mucho, que creais bien en Dios; que no os apartéis de la Doctrina de los Padres, no sea que os lleve el Demonio, [213] y os perdais: ahora cabad aquí mi sepultura, y enterradme; y si el Padre se enojare, decidle que yo os lo he mandado así». No se atrevieron á replicar los hijos; cabaron la sepultura, metieron á su padre en ella, y despues de haberles hecho otra exôrtacion, para que fuesen

buenos, les mandó echar tierra sobre sí, ménos en la cara; ya que habian echado buena cantidad, díxoles: «esperad, que ya pesa mucho la tierra, dexadme descansar un rato: descansó, y dixo á sus hijos: ea, á Dios, á Dios, hijos mios, echadme tierra apriesa»; así lo hicieron, sin advertir que eran parricidas, y que en ello no podian obedecer á su padre; y el anciano, homicida de sí mismo, se fué á la otra vida lleno de ignorancia. La buena fe de los mozos constó por la paz y candidéz con que refirieron á los Padres Misioneros por menor lo que aquí llevo escrito: no parece que pueda (144) llegar á tanto la ignorancia, y mas quando ha precedido la enseñanza, como la hubo en el referido anciano y sus hijos; pero de esto nace la admiracion.

No es factible que Européo alguno, que no haya tratado con gentes bárbaras, haga concepto de aquel su modo de entenderse. No podemos entrar ni penetrar su interior, ni nos toca mas que enseñarles nuestra Santa Ley, y observar por las señas, si creen, ó no; y á la verdad, en medio de toda su rudeza se hacen capaces de todo lo necesario para salvarse: lo qual no quita, que lo irregular de sus genios y sus modales sean tan extravagantes, como llevo dicho y diré; porque su genio es tan distante del de los Européos, quanto las Américas distan de la Europa; de modo, que en los Pueblos ya antiguos de Christianos se les [214] ha oido decir á los Indios, en especial quando están alegres con el calor de su chicha: hombres, cuidado, que ya los Españoles quieren saber tanto como nosotros.

Ninguna persona de mediana inteligencia extrañará lo que afirmo del irregular genio de aquellas gentes y á vista de la notable diversidad de genios de las Naciones de la Europa: materia abundante y ordinaria para el chiste de la conversacion, y para las cantaletas no solo de una Nacion á otra, sino lo que mas es y dentro de una misma Nacion. Los de una Provincia motejan el genio de los de las otras, y todos quedan iguales; porque los mismos que motejan son motejados de los otros; y si acá este es punto innegable y cierto, ¿quién pondrá duda en lo distinto é irregular del genio de los Indios, y mas siendo su capacidad tan limitada, y su cultivo en los Gentiles ninguno, y entre los Neófitos fructifica con pausa? entretanto la multitud de los que piadosamente creemos que se salvan, es muy grande; y el Señor que los crió los endereza á su eterna Gloria. A este propósito, es digna de memoria la respuesta que dió el Ilustrísimo Señor Doctor Don Francisco de Cosío y Otero, dignísimo Arzobispo que fué del nuevo Reyno de Granada.

Concurrió entre otros Señores y Prebendados de aquella Santa Iglesia á visitar á su Ilustrísima el Señor Chantre Florián, hombre de letras y experiencia: tratóse del genio inconstruible de los Indios, y despues de varias reflexiones y reparos sobre la materia, dixo dicho Doctor Florián: «Señores, no nos cansemos en discurrir sobre este punto; porque para mi es cierto, (despues de [215] reflexionadas todas las circunstancias) que Dios nuestro Señor tiene otra providencia extraordinaria para salvar á estos Indios». Paróse al oir esto el Ilustrísimo Arzobispo, y con su acostumbrado fervor y eficacia replicó, diciendo: ¿qué es lo que dice, Señor? mire que para salvarse, no hay otro camino que la Cruz de Jesu Christo; y sobre este firme principio digo, que la extraordinaria y especialísima providencia de Dios nosotros y todos los Européos somos los que la necesitamos para salvarnos: regalones, codiciosos y soberbios, que

al paso que todo nos sobra en regalo, riqueza y honra, todo nos parece poco y mucho ménos de lo que nuestra altivéz pide: nosotros sí, ¿cómo entraremos por la puer del Cielo, que tan estrecha nos pinta Christo en su Evangelio? pero los pobres y rendidos Indios, mas humildes que el suelo, mas pobres que los Hermitaños de Egipto; cuya ordinaria comida son raíces; cuya cama es el duro suelo, con una estera ó una red tendida en el ayre, trabajados, asoleados y mal vestidos: ¿qué oculta providencia necesitan para salvarse, después de tal cruz y de tal vida? ya se ve que Dios les ha de dar luz, para que le ofrezcan los Indios su cruz.

Hasta aquí la vigorosa réplica de aquel Ilustrísimo Prelado, que recopiló á breves cláusulas todo el porte de los Indios, ya convertidos, de todo aquel nuevo Reyno y sus anexos; que como buen Pastor conocia bien á sus ovejas; y yo, en apoyo del mismo sólido sentir de aquel Ilustrísimo Señor:

Añado lo que me consta por larga experiencia; y es, que aunque los Indios generalmente son [216] inclinados al hurto, no pasan sus hurtos de una niñería; porque su corto ánimo no se estiende á mas: hurtan quatro mazorcas de maíz, un racimo de plátanos, dos piñas y otras cosas semejantes; y ni aun esto parece hurto; porque al hacerles el cargo, responden al Padre ó al Corregidor: Verdad, Señor, lo hurté; pero el fulano, su amo, ya me habia hurtado primero á mí; y así mútuamente se compensan los cortos daños que mútuamente se hacen; en la honestidad se oye entre los Indios Christianos rarísimo escándalo; y si hay una ú otra caída, no es por amistad mala, sino por una casualidad. Pero dexo á los Indios Christianos antiguos en su línea, y vuélvome á los recién convertidos: en donde, para mayor gloria de Dios, debo decir que despues de confesada toda la gente de una Poblacion nueva, apénas se puede echar una absolucion, sino baxo de condicion; porque apénas hay quien trayga materia cierta para aquel Santo Sacramento: No Padre, responden, para confusion de los que se precian de Christianos viejos, y viven como unos Ateistas ó Turcos: No Padre, desde que me bautizaste, tengo mucho miedo al Infierno y al demonio: no quiero enojar á Dios: la sinceridad de esta respuesta saca muchas lágrimas de consuelo á los Misioneros, que del porte de aquella nueva Christiandad conocen, que es verdad lo que dicen. A la réplica que me han opuesto muchas veces, de que cómo se puede esto componer con la grande inclinacion á embriagarse? respondo, hablando nombradamente de los Indios catecúmenos y chontales, que ninguno de ellos cree ni piensa, que con su chicha ha de perder el juicio; y aun aquellos mismos que ya han bebido [217] gran cantidad de ella, están tan léjos de pensar, que si beben mas se han de privar, que toda quanta chicha ven, les parece poca para la gran confianza que tienen de su cabeza.

Sé me replicará, que una y otra vez avisados, deben hacer reflexa, de que les sucede lo contrario; es así, que la deben hacer; pero tambien es cierto, que hasta que con el tiempo y la doctrina se van poco á poco desbastando, no la hacen. Es cierto que se les avisa y amonesta con el mejor modo (para no perderlo todo junto); pero la respuesta, que repetidas veces oimos de los chontales, es ésta: «Padre, como vosotros no sabeis beber chicha, andais con esos temores; pero nosotros (145) sabemos beber mucho desde chiquitos etc.» así se explican á los principios; pero por último todo lo vence la enseñanza, y se llega á conseguir una gran

reforma, (en los Indios digo) que sus mugeres jamás, ni aun en los bosques de su gentilidad, se embriagan qué es cosa muy digna de notarse.

De modo, que primero se consigue, que para sus bebidas pidan licencia: despues se les va poco á poco limitando con prudencia y reflexa, hasta conseguir una gran reforma. El Padre Ignacio Garriga, Provincial de la Provincia de Lima, en su fervorosa Carta que imprimió para su Provincia, después de muchas cosas de edificacion, que escribe de los Indios de aquellas Misiones, en que trabajó gloriosamente muchos años, añade, que en muchos de aquellos Pueblos no solo no beben chicha los Indios, sino que las mugeres han olvidado ya el modo de fabricarla; y de cierto género de chicha, que usaban los Achaguas de las Misiones de mi Provincia, que era muy fuerte, puedo yo [218] afirmar lo mismo; de modo, que no ha quedado sino el nombre. Los Padres Procuradores de la Provincia del Paraguay me aseguran, que en la mayor parte de sus dilatadas y apostólicas Misiones los Indios totalmente no usan ya la chicha.

Ni puedo omitir lo que me refirieron dichos Padres; y es, que habiendo unos Indios forasteros introducido la bebida en un Pueblo, que estaba al cuidado del Padre Tolu, Sardo de Nacion, Operario fervoroso, viendo que con sus continuas exhortaciones no remediaba el daño, llevado de su fervor, les dixo en el Sermon: hijos mios, si proseguís en este vicio de la bebida, me quitaréis la vida, segun es la pena que me causa vuestro desórden. Enfermó el Padre despues del Sermon, y dentro de poco tiempo murió con tal pena y sentimiento de aquellos Indios, que desde entonces hasta ahora, no han probado la chicha; ¡caso digno de indeleble memoria!

A vista de lo referido en este capítulo, de lo que tengoya apuntado en otros, y de lo que ocurrirá notar de la fe de los Americanos; de los muchos que logran su eterna salvacion, y de los exemplos singulares de piedad y religion, que se dexan admirar entre aquellos Neófitos: debo ya aquí, como en su propio lugar, hacer una amigable reconvencion á Monsieur Noblot, y en su persona á los eruditos Recopiladores de Manuscritos Anónimos, mas dignos de exâmen, de lo que parece á la primera vista. Muéveme á esto el amor á la verdad, y la obligacion de volver por el honor de los Americanos, denigrado injustamente con el de sus Ministros Evangélicos, y el de la Nacion Española; me compele tambien el haber [219] comido pan Americano treinta y seis años continuos, que no fundan corta obligacion: la pura verdad será el nervio y norte de mis respuestas sin el menor salpique de pasion ni enojo.

Capítulo XVI

Reconvencion amigable á Monsieur Noblot al folio 520 del tomo 5 de su Geografía é Historia Universal

No me persuado, ni puedo creer, que este erudito Escritor haya mojado su pluma en aquella natural tintura, con que al hablar, aun de las cosas mas loables de la Nacion Española, muchos Escritores Estrangeros dexan rubricada al Público aquella oculta pasion, que no pueden disimular por dominante. Quéxome sí de aquellos Viageros y Diaristas, de cuyos apuntemientos se valió Monsieur Noblot; cuya calidad, graduacion y secta

debía haber examinado, ántes de manchar la noble Historia con noticias ajenas de la verdad, denigrativas é infamatorias, así de la Fe de los Americanos, como de los Sagrados Ministros de la misma Fe y del Santo Evangelio, que predicán con afanes y con las fatigas, que de esta Historia se traslucen.

No pido ni quiero se me dé mas fe ni mas autoridad á mi dicho, que la que se me debe por testigo ocular, por Sacerdote y por Religioso (aunque indigno) de la Compañía de Jesus; y quiero que se prescinda por ahora de los honores, con que sin mérito mio me ha condecorado mi Religion, honrado los Señores Inquisidores é Ilustrísimos Señores [220] Obispos. Solo pido se me atienda á la ingenuidad de mi respuesta; porque ella sola convencerá al ánimo que no se hallare preocupado con la pasion, hija primogénita del genio nacional.

Monsieur Noblot en el fin del folio 519 del citado libro 5, da de paso una cuchillada á la crueldad de la Nacion Española para con los Americanos: no hay que estrañarlo; porque con este golpe solo renueva muchas heridas antiguas, con que las Plumas Estrangeras han zaherido la piedad Española. «Se asegura (dice) que los Españoles hicieron perecer tantos Americanos, que el Pais parece ahora un desierto, en comparacion de los Indios que le habitaban». Pregunto: ¿quiénes son los testigos que viéron poblados aquellos campos de tan innumerable gente ántes de la Conquista de Cortés, Pizarro y Quesada? y si hubo quien los viese, tambien verian la bárbara incesante efusion de sangre humana en honor de los Idolos; la continua mortandad en sus mútuas guerras y otras barbaridades, con que se destruhian los Americanos; la qual cruel inhumanidad cesó y se desterró con la luz del Santo Evangelio; punto digno de toda reflexion.

Pregunto mas á Monsieur Noblot: ¿si está ya averiguado, que si Dios hubiera destinado aquel Nuevo Mundo, para que le conquistase alguna de las otras Naciones Européas, se hubieran portado con mejor conducta, mayor prudencia, valor, piedad y caridad christiana, que el Invicto y digno de inmortal memoria, Hernan Cortés? al fol. 499 responde claramente Monsieur Noblot, que no, y que apénas hay alabanzas iguales á la grandeza de ánimo de Cortés; á su prudencia, sagacidad [221] y gran conducta, afirma que no hay cosa igual; y añade, que Cortés poseyó todas las virtudes en grado muy eminente; y prosigue dando la razon de ello. Y aquí añado yo, que el que algunos Soldados y aun algunos Gefes errasen, y se propasasen entónces á lo que no era de razon, no debe causar admiracion; porque ¿qué guerra hay ni ha habido, en que no suceda y haya sucedido lo mismo?

Todavía me resta otra pregunta; y es, que me diga Monsieur Noblot, ¿si las almas de los Indios son mejores ó mas apreciables que las de los Negros? unas y otras están redimidas con la preciosa Sangre de Jesu-Christo: y así me responderá, que todas son sumamente apreciables. ¿Pues cómo se nota y se reprehende, y tan sériamente se fiscaliza la paja leve en los ojos de los Españoles por aquellos mismos hombres, que tienen una gran viga atravesada en los suyos? por aquellos digo, que con la mayor ansia y diligencia extraen y trasportan innumerables Negros, dexando despoblados sus Paises, á fin de utilizarse, ¿y no mas? haga el docto Lector el paralelo, que yo no quiero dar luz aquí á los que ignoran la materia, aunque pudiera.

Y despues de agradecer al Diarista, de quien Monsieur Noblot trasladó

la noticia, de que los Españoles, los Criollos y los Mestizos son gente de buena Fe Católica, Apostólica y Romana, es digna de toda admiracion la seguridad con que afirma todo lo contrario de los Negros y de los Americanos, diciendo, que su Fe es por el miedo que tienen á los Españoles, y por el terror que les causa la Inquisicion. ¡Lástima es que no sepamos [222] de qué fuente sacó este Escritor agua tan turbia y pestilente! y da mas compasion ver, que á un hombre tan erudito sea fuerza darle ahora noticia, de que el Santo y Venerable Tribunal de la Inquisicion no comprehende á los Indios Americanos; ni aquellos rectísimos y sábios Jueces exercitan con ellos su jurisdicción por la corta capacidad de dichos Indios (146). Si algo se los nota y toca su conocimiento al Ordinario; pero no he oido ni leido hasta ahora, que hayan dado que hacer los Señores Obispos, sino quando los Idolatras ocultos del Perú; y por la misma razon no tienen casos reservados á este Santo Tribunal ni á los Señores Obispos: por lo mismo, la Santa Madre Iglesia les ha dispensado en el tercero y quarto grado de parentesco, para que puedan contraer el Santo Matrimonio en dichos grados lícita y válidamente: les ha dispensado en todos los ayunos (147) y vigiliás del año, obligándolos únicamente al ayuno los Viernes de Quaresma, el Sábado Santo, la Vigilia de Navidad, la de la Asuncion, la de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; y creo que (148) ninguna otra. Estas dispensaciones ha conseguido la Nacion Española por la piedad y compasion con que ha mirado y mira por sus Americanos: el amor paternal con que los Reyes Católicos y sus Leyes Indicas favorecen á los Americanos, mirándolos como menores ó pupilos, todo en atencion á su corto alcance es admirable, y fuera notable digresion, querer apuntar aquí [223] la menor parte; consta pues, que la Fe de los Indios, no depende del terror que les causa el Santo Tribunal de la Inquisicion, á quien no están sujetos.

Que no estrive su Fe en el miedo que se finge tienen los Americanos á los Españoles, se evidencia con dos preguntas. Lo primero, pregunto: ¿de dónde le consta á Monsieur Noblot este miedo de los Indios? ¿ó qué señas ó pruebas nos da de que tienen tal miedo? yo, en tantos años de curiosa observacion, ni he hallado tal miedo en los Indios por este motivo, ni señas de él; ni sé cómo un Pasajero Diarista ve y observa en uno ó dos dias lo que muchos lince no han visto en largos años. Pregunto lo segundo: ¿á qué Españoles tienen miedo los Indios Christianos, para estar aligados á la Fe, en fuerza del temor? no he hallado ni hallo Españoles á quien puedan temer; porque en la Tierra-Firme y Perú, los Indios viven en sus Colonias separadas, y las mas muy distantes de las Poblaciones de los Blancos, sin mas intervencion, que la que da de suyo la compra y venta de los frutos que cogen los Indios; por otra parte no hay ni jamás hubo Soldados, ni es factible que los haya, para tener á raya, y zelar la Fe de los Indios; luego la Fe que ellos tienen, no es por miedo de los Españoles. Lo cierto es, que el Indio que se halla mal avenido, no tanto con su Fe, quanto con el poso mal desfogado de sus pasiones, desampara su Pueblo, y se retira á los Gentilismos, que aun los hay en muchas partes; lo qual hacen no pocos con gran facilidad, y con el seguro de que apenas pueden ser buscados ni extraídos de aquellas selvas; pero esta misma fuga y facilidad [224] de ejecutarla, prueba fuertemente la buena y sana Fe de los innumerables Indios Christianos, que pacífica, alegre y

voluntariamente viven en sus Colonias, baxo el suave yugo del Evangelio: digo voluntariamente, pues no hay quien pueda oponerse á su fuga, quando la quieren executar: ¿de dónde pues sacó Monsieur Noblot, que es forzada ó hija del miedo la Fe de los Americanos?

Mucho ménos lo es la Fe de los Negros; ántes bien es materia de alabar á Dios, ver como abrazan la Religion Christiana, y lo aplicados que son á mantener, freqüentar y asistir á sus Congregaciones, dando singular exemplo á los Christianos antiguos. Es prueba real de las veras con que los Neófitos Negros, Pardos y Zambos abrazan nuestra Santa Fe, ver que de los muchos, que con su trabajo adquieren para libertarse, no se sabe hasta hoy, que alguno de los que se han libertado, haya vuelto á Guinéa ó Angola; ántes bien se agregan á las Parroquias, y proceden bien. Tan notoria es esta verdad, que en la Provincia de Caracas, los Pardos y Negros, que han redimido su libertad, han fundado la Ciudad de Nirua, sin permitir en ella ni blancos ni otras gentes: ellos se gobiernan con mucha economía, y tienen su Párroco; y me aseguró el año 1737 el Señor Gobernador de Caracas, que esta Ciudad de Pardos y Negros es muy puntual al servicio del Rey nuestro Señor. ¿Qué mayor prueba se puede dar, para evidenciar que la Fe de los Negros es sólida y nada forzada? esto es tan cierto, que nadie lo puede dudar; y así no inculco mas en ello. No por esto quiero decir, que no [225] se hallen algunos rebeldes y otros escandalosos; pero esto no obsta á lo que de ellos en general dexo afirmado; ni se hallará, no digo Nacion pero ni Ciudad, por exemplar que sea, que no tenga esta excepcion; porque la trae consigo la desdicha humana: y la misma Verdad Eterna dixo, que era necesario que hubiese escándalos; aunque desdichados de aquellos que los causaren.

Prosigue Monsieur Noblot sería y eruditamente, diciendo con toda seguridad al folio 520 del mismo tomo 5: Que casi todos los Párrocos (de los Americanos) son Religiosos. Espere por su vida, que ya caí en la cuenta: esta noticia, indigna de su Historia General, la tomó sin duda del mismo Diario falso y apócrifo; del qual tomó las noticias ya arriba falsificadas; y las otras que pone en el folio 543, que no necesitan de prueba, para que conste su notoria falsedad. En este folio dice de Venezuela: Esta es una Villa ó Ciudad Capital que da su nombre á este Reyno; tenga la mano, que no hay tal Villa ni tal Ciudad: son dos ó tres Pueblos de Indios, formados de casas pagizas, fundados sobre duras estacas en la laguna de Maracaybo, y todavía permanecen.

Dice mas: La Villa ó Ciudad de Maracaybo, está fabricada á la moderna, al modo que lo está Venecia en el mar Adriático. Si quiere decir que estuvo ó está fabricada en el mar ó laguna, es falso; porque está fundada en tierra firme: si quiere decir que en la fábrica se parece á Venecia, no hallará con qué probarlo. Prosigue y dice de Maracaybo: Ella es Ciudad Episcopal: no hay tal; porque ella pertenece al Obispado de Caracas, donde reside el Obispo de toda la Provincia de Venezuela. [226] Estas tres curiosidades que nos da, son hermanas de la que ya de solo verla, me dió en rostro; y es: Que casi todos los Párrocos (de los Americanos) son Religiosos. Es cierto, que nada perdieran los Americanos porque casi todos sus Párrocos fuesen Religiosos; pero la Historia de Monsieur Noblot pierde mucho, por haber puesto esta noticia, sin averiguar (como debiera) que era y es falsa. Tenga pues por entendido, que

exceptuando las Islas Filipinas, que hacen coro aparte de las dos Américas, en donde la mayor parte de los Párrocos son Religiosos; tanto, que apenas hay veinte Curatos de Clérigos, por falta de Españoles, que dén hijos para que se crien en los estudios, en las dos Américas no me sacará Obispado ni Arzobispado, en donde exceda mucho el número de Párrocos Religiosos al de Clérigos. Suponiendo que aquí no hablamos del gran número de Religiosos Misioneros Apostólicos, que la piedad de nuestro Católico Monarca mantiene en la enseñanza de los Gentiles y Neófitos; porque estas Colonias no se llaman Curatos, sino Misiones ó Reducciones. Pero aquella noticia de Monsieur Noblot importa muy poco que sea falsa; porque no es dañosa su falsedad: las tres noticias que nos da consecutivas, son infamatorias; tanto, que no sé cómo la pluma se atrevió á dar tinta para que el Autor las escribiese.

«Todo el afán (dice) de estos Religiosos Párrocos, en orden á la conversion de aquellos Idólatras, se reduce únicamente á bautizarlos, y hacer que oygan Misa, sin darles mas que muy poca ó ninguna instruccion»; ésta es su primera noticia de las tres últimas: la segunda prosigue [227] (149) así: «El principal cuidado de ellos, es vivir entregados á las delicias»: tercera: «O agenciar y amontonar grandes sumas de plata, para conseguir al favor de ella alguno de los muchos Obispados, que se han erigido en aquel Pais». ¡No se pudieran amontonar mas feas falsedades en otras tantas cláusulas, aunque el mas malicioso genio duplicase el estudio! no afirmaré que todos los Párrocos cumplen exâctamente con su obligacion: es preciso que nazca cizaña entre el buen trigo; pero que todo el trigo escogido se vuelva cizana, ¿quién se lo creerá á Monsieur Noblot?

Ni él mismo lo cree; porque ya dió por cierto, que los Españoles y los Criollos viven bien, y retienen la Fe Romana en las Américas; lo qual no puede ser, si es verdad esto último que dixo: la razon es evidente; porque dice Noblot, que los Españoles y Criollos son los mejores, y de mejor Fe. Para Curas y Párrocos eligen los Señores Obispos y Vice-Patronos los mejores y mas selectos sugetos, que florecen en virtud y letras entre los Españoles y Criollos, luego estos Párrocos son la nata y el grano selecto de la Christiandad Americana. Es cierto e innegable; pero atencion, que de estos electos sugetos y Párrocos venerables, dice tres horrores Noblot: primero: Que no enseñan la Doctrina á sus Feligreses: segundo: Que viven entregados á las delicias: tercero: Que solo tratan de amontonar plata para llegar á ser Obispos. Y si en parecer de Noblot, los mas puros y selectos de las Américas viven tan escandalosamente, como indican estos tres articulos infamatorios; ¿el resto de aquellas gentes cómo vivirá? si los Médicos se hallan agravados [228] con estos tres contagios, ¿los enfermos populares qué salud pueden tener? y en fin, si Monsieur Noblot dice verdad, hasta el trigo mas selecto de la Iglesia Americana es ya cizaña intolerable; porque de unos Parrocos agenos de piedad, entregados á las delicias, y poseidos de la codicia del dinero, para subir á ser Obispos; ¿qué Obispos podiamos esperar, sino lobos carnívoros, destruidores del Rebaño de Christo? pero bendito sea Dios, que es y sucede todo lo contrario de lo que afirma Noblot; porque

Lo primero, aunque tal qual sugeto Americano sube á las Sagradas Insulas de algunos de aquellos Obispados, son los que ascienden, de tan notorias prendas y virtud, que no obstante la suma distancia de las

Américas hasta esta Corte, se dexa ver la altura de sus grandes méritos; y aunque allá hay muchos muy dignos de este ascenso; con todo, la práctica de la Curia Española, es enviar para Prelados de las Iglesias Americanas á los mayores hombres, que despues que han ilustrado las mejores Universidades, son dignos de los mayores empleos; esto bien pudo saberlo Noblot.

Lo segundo es evidente, que los Párrocos, que del Estado Clerical pasan á serlo, pasan por rigurosos exâmenes de letras y costumbres; y es notorio que en los concursos de oposicion á los Curaros vacantes, escogen siempre los Prelados á los tres mas dignos y mas beneméritos por su doctrina y virtud; y de los dichos tres dignisimos, escoge el Vice-Patrono el mas digno. Por lo que mira á los Curatos que se proveen á los Religiosos todavía hay mas exâccion (si acaso cabe mas, [229] sobre la que se usa con el Clero); porque los Provinciales, después de repetidas consultas y exámenes, presentan tres Religiosos al Ordinario y al Vice-Patrono, para que elijan al que de los tres les pareciere mas á propósito. ¿Y qué calidades tienen estos tres que se presentan? son sugetos fatigados ya con la carga de regentar Cátedras, hombres de aprobada observancia religiosa, y honra de sus Religiones en toda madurez, espíritu y fervor; de esta categoría son aquellos de quien tan fea é indecorosamente habla Noblot; el qual, si vive, no dudo que se arrepentirá de haber creído Diarios anónimos indignos de la menor fe.

Lo tercero y último, sepa Monsieur Noblot, que con ser tan selectos, como dixe, los Párrocos, todavía velan sobre ellos los Señores Obispos y los Provinciales de las Religiones, visitándolos por si mismos; y por medio de sus Visitadores, remediando todo lo que hallan digno de remedio y si alguno (ya se ve que no han de faltar defectos) no se estrecha al cumplimiento de su deber, le apartan de su Curato, y ponen un Substituto en su lugar, que cultive y enseñe á los Christianos Americanos; los quales, quando llegan á estar en Curatos, ya no son Gentiles, como dice Noblot. Para la enseñanza de los Gentiles tiene la Magestad Católica un gran número de Misioneros Apóstolicos, que mantiene de su Real Herario, sin la menor contribucion ni molestia de aquellos nuevos Planteles de la Santa Iglesia. Infórmese mejor Monsieur Noblot, y verá, que ésta es la verdad pura. Prosigamos algo mas. [230]

Capítulo XVII

Prosigue la materia del pasado con nuevas y mas individuales noticias acerca de la fe de los Indios

(150)El muy Reverendo Padre Presentado Fray Gregorio García, en su erudito Libro del origen de los Indios (151), por lo que mira á la fe de ellos, no la califica como Monsieur Noblot; pero muestra bastante desconfianza, y los tiene por hombres de poca fe: dando por prueba, el haber sacado su Paternidad del retiro de los bosques un Indio Christiano, con todas las señas de bárbaro que allí expresa por menor. Esta prueba y las demás que añade, como son de uno ó dos hechos particulares, de ellos no se puede inferir una consecuencia universal: fuera de que es notorio, que por bien cultivados que estén los árboles frutales y las viñas, si se

les da de mano, crece la maleza, sufoca las plantas, sobrepuja las cepas, y éstas dan agraces en lugar de ubas; y aquellas, ó se esterilizan, ó dan frutos muy desabridos; pero no pasan á ser zarzas, ni se convierten en abrojos. Lo mismo pasa en su modo á los Indios que se retiran á los bosques, sin que la tal retirada sea señal ni prueba cierta de que abandonan la fe (exceptuando los que se dan á la idolatría, la que no se halla en todas las Provincias [231] de las Américas, como adelante veremos.) Este dictámen me ha enseñado la experiencia de largos años, por haber hallado en selvas retiradas de poblado mas de cien leguas, como son las de Urú y Caparú, á vanda del Norte del rio Apure; y tambien en las vegas del Orinoco: y el Venerable Padre Juan Ribero, en las retiradas vegas del Ayrico, familias de Indios Christianos, envejecidos ya en sus ocultos retiros: y después de seria averiguacion, he hallado que mantienen la fe á su modo toscos; y algunos (en especial los de las vegas de Aruaca) sacaban á bautizar sus hijos á Pueblos de Christianos, donde no podian ser conocidos: ni hallé en ellos otros motivos de su retirada, que, ó el rigor de sus Corregidores, ó el haberse adeudado mucho, ó el miedo de otros Indios: el qual es muy comun, por el temor de que les dén veneno, como suelen hacerlo. Y al contrario, jamás he hallado (ni sé que le haya hallado alguno de los muchos Padres Misioneros de mi Religion y de otras, con quienes he tratado) Indio alguno de los fugitivos de que hablamos, que se haya retirado por haberle dado en rostro cosa alguna de nuestra Santa Fe.

El que despues de largo retiro se olviden las oraciones, no prueba que olviden también los principales Mysterios, como se ve con frecuencia en los rústicos que se precian de Christianos viejos, que apenas retienen en la memoria lo precisamente necesario, y quiera Dios que así sea; y con todo eso, váyanles á tocar en la Fe, y hallarán un Gigante armado para defenderla; y si se ofreciere, morir por ella. No concedo yo tanto [232] fervor en todos los Indios; (aunque es verdad que está en mi Provincia del nuevo Reyno indeleble la memoria de un Indio de nuestras Misiones, que murió por no contaminar su honestidad; cuyo retrato, con un armiño entre sus brazos, se guarda en el Colegio Máximo de dicha Provincia) pero no se puede negar que retienen la Santa Fe en sus retiros y el deseo de salvar sus almas.

El que despues de largo tiempo queden desnudos en los bosques: lo primero, les sirve de gran conveniencia, en especial á los que moran entre los trópicos, en vegas distantes de los páramos nevados, por lo intolerable de aquel calor (152). Lo segundo aunque quieran vestirse, ¿con qué dinero comprarán ropa? ¿o en qué Tienda donde la moda corriente es la total desnudez? se untan como los demás Gentiles, no tanto por imitar su trage, quanto por defenderse de las plagas de los mosquitos, jejenes y zancudos: este trage no se opone en cosa alguna á nuestra Santa Fe, sino en la falta de decencia, que de suyo trae; pero ésta se cohonestá con no haber con que cubrir sus carnes. ¡Oh y á quantos Christianos Européos ha sucedido esto mismo!

Juan Martin (153), Soldado Español, que únicamente se escapó de la crueldad de los Caribes, en la segunda entrada, que el Capitan Selva hizo en busca del Dorado, despues de muchos años de haber servido á un Capitan Caribe, tuvo la dicha de escaparse, y entró untado, pintado y cobijado,

como qualquiera bárbaro silvestre, por [233] la Capital de la Isla de la Margarita: encaminóse á la Iglesia, seguido de mucha gente por la novedad; y al entrar en ella, decian: ¿adónde va? ¿qué busca este Urbaro? arrodillóse, y dió muy de espacio gracias á Dios, porque le habia librado de tan grandes trabajos. Esto mismo le sucedió á un Francés honrado en las primeras conquistas de la Virginia; y á otro Español en los primeros descubrimientos de la Cinalóa en la Nueva-España (154), llamado Alvar Nuñez Cabeza de Baca, con tres compañeros, que en diez años que gastaron atravesando por Naciones de Gentiles desde la Florida hasta la Cinalóa, haciendo grandes prodigios con la señal de la Santa Cruz, no solo quedaron desnudos de toda ropa, sino tambien prietos como los Indios, y olvidados casi por entero de la Lengua Castellana: bárbaros en lo exterior, y llenos de fe sus corazones.

Buen testigo es tambien Gerónimo de Aguilar (155), ordenado de Evangelio, quando, á demanda de Hernán Cortés, le remitió un Cacique de Yucatán en traje del Indio, porque no tenia ropa, desnudo hasta de la Lengua Castellana, que con el largo tiempo se le habia ido de la memoria: los Soldados de Cortés aprestaron los arcabuces para matarle á él y á los que le trahian, pensando que seria alguno de los muchos rebatos que les daban; ni él tuvo otro modo de explicarse, que desatar la punta de la marta, y mostrarles el Breviario [234] ó el Diurno. Veis aquí muchos Européos ya en traje de bárbaros, y este último despojado hasta del language materno: ¿qué mucho que los Indios se olviden del Credo en los bosques, y se apliquen á seguir la desnudéz de sus mayores? no es lo mismo parecer bárbaros, y usar su traje, que serlo: la fe es interna, y se puede avenir con aquel traje; y mas donde no se usa ni puede usar otro.

Vasta lo dicho para roborar mi opinion; pero para no defraudar al piadoso Lector de una singular noticia y de un exemplo casi sin exemplar, añadiré otro caso, que aunque parecido, excede mucho á los antecedentes. El Venerable Padre Joseph Cabarte, Misionero insigne, de mi Provincia, de quien ya hice, y haré repetidas veces memoria, entró al Ayrico, doscientas leguas distante de nuestras Misiones, á emplear su zelo entre aquellas gentes; y quando reconoció la dureza y terquedad de ellas, junta con incesantes riesgos de morir á sus manos, no tuvo forma de retirarse, por falta de guia para tal camino: por lo qual insistió nueve años en su empresa, con el fruto de los párvulos y adultos que bautizaba en el artículo de la muerte, y no mas. Pasado este tiempo tuvo oportunidad de volver á sus antiguas Misiones; pero ya entónces no le habia quedado otra ropa, que una manta roída y destrozada, de las que usan los Indios del Nuevo Reyno. Con este vestido, que apenas alcanzaba á cubrir la desnudéz, despues de grandes jornadas, fatigas y continua hambre, (porque solo de frutas y raíces se mantenía) dió vista á una Cabaña del territorio de Santiago de las Atalayas; luego que [235] los dueños vieron aquellos bultos, y al Indio que guiaba al Padre con arco y flechas, creyeron que eran espías de los Bárbaros Guagivos, que salen á robar y quemar las casas distantes de la Ciudad; y así luego saliéron con sus escopetas; y á no haber gritado el Padre, diciendo: Miren que somos Christianos, los hubieran muerto. Tal venia aquel venerable Sacerdote, que parecia y fué reputado por uno de los bárbaros, que infestan aquel Pais: ¿pero qué colmo tan alto de heróycas virtudes es preciso que reconozcamos en aquella alma

que daba vigor á su cuerpo, para sufrir tales calamidades por el amor de Dios y de los próximos?

Y volviendo á nuestro propósito, (aunque no nos hemos apartado de él) yo con la debida licencia del Reverendo Padre Presentado, por lo ya dicho, y por lo que diré en otros capítulos, me veo obligado á llevar la opinion contraria á la de su Reverendísima; y muy especialmente si hablamos de las muchas Provincias adónde no llegaron las conquistas de los Emperadores Ingas y Montezumas; porque así como los Emperadores Romanos (segun San Leon) al sojuzgar las Naciones, tenian por gran religion traer á Roma todos los errores de ellas; al contrario los dos Emperadores Americanos no tenian por suya la Provincia nuevamente conquistada, hasta que introducian en ella la idolatría; por como les restaban muchas por conquistar, quando fuéron conquistados, en casi todas éstas no se halla idolatría, sitio un mero paganismo muy tosco: sí bien es verdad, que con el trato y comercio de estos inmediatos á las Provincias, conquistadas, ya tenian sus Idolos; y á no haber llegado la luz del [236] Evangelio, hubiera ido caminando la idolatría. Digo pues, que donde no precedió la idolatría, reciben los Indios, y retienen ingenuamente nuestra Santa Fe; ni por ésta restriccion quiero ni puedo excluir los Indios del Perú, y mucho ménos los de la Nueva-España: (no obstante que en dichos dos Reynos se ha visto retoñar y reverdecer tal qual vez, aunque con secreto industrioso, la idolatría) Bien sabida y comun es la respuesta, que un Indio Mexicano dió á su Alcalde Mayor, no muchos años despues de la conquista: reparó éste, que el anciano Indio freqüentaba mucho el ir á la Iglesia á confesar y comulgar, que ohia Misa todos los días etc; y solo por tantear el fondo de su Fe, le dixo un día estas palabras: «Yo hijo mio, no entiendo ni comprehendo, ¿como habiéndote criado entre la idolatría de tus padres, la puedes haber abandonado ya tan de raíz como tú muestras?» á que respondió el Indio una sentencia admirable en pocas palabras, y dixo: «Señor, la secta y ley de nuestros mayores era tan irracional, cruel y sangrienta, y nos daba en rostro tan de lleno, que no digo yo la Ley de Dios, que es Santa, buena, y que nos lleva al Cielo; sino tambien qualquiera otra hubieramos recibido, á trueque, de descargarnos de tan cruel y pesado yugo».

Verdad es que los Mexicanos exceden mucho en capacidad á los Indios del Perú; y mucho mas, sin comparacion, á los de Tierra-Firme, en especial donde no dominaron los Ingas: y así se ve en la Nueva-España, lo que ni aun se imagina en otros Reynos Americanos; y es que los Mexicanos Indios, que tienen medios, envian sus hijos [237] á las Universidades; y aunque comunmente, sabida la Latinidad, se aplican al moral, de que se hacen cargo enteramente; muchos de ellos se aplican á la Teología Escolástica, y hacen en ella lucidos progresos; tanto, que algunos han tenido acto general de la Teología, con admiracion de los hombres doctos, y consuelo de sus Maestros.

Estos mismos, despues de pasar por los exâmenes necesarios, se ordenan de Sacerdotes: se oponen á los Curatos, á que van, y salen excelentes Curas: fuera de esto, en los Curatos de mucho gentío sirven con satisfaccion de Ayudantes de Cura; si Monsieur Noblot y otros de su opinion vieran esto, no hicieran tan poco aprecio de la fe de los Indios. Esta reconvenccion no toca al R. P. Presentado; porque confiesa su Paternidad (156): «que en Cuyuacán, Lugar distante de México legua y

media, al reconocer la devocion con que aquellos Indios hacian una devota Procecion de Rogativa, para que Dios remediase los males que los afligian, protesta su Reverendísima, que no pudo menos que enternecerse»: ternura, que no pudo ser sino por las señas, que de su viva y sólida fe daban los tales Indios Cuyuacanes. ¿Y cuánto mas se enterneciera si viera las sangrientas penitencias que usan en Semana Santa, no solo los Indios de la Nueva-España, sino tambien los de Tierra-Firme, y hasta los mismos Neófitos de Casanare?

En fin voy á dar una prueba universal, que comprehenda las dos Américas; y sin apartarnos [238] de la Septentrional, ¿qual seria la fe de aquel dichoso y feliz Indio Mexicano, á quien se apareció tres veces seguidas la Santísima Vírgen Nuestra Señora; y al entregarle cantidad de rosas, se dió á sí misma en la prodigiosa Imágen que dexó estampada en la misma manta del Indio? ¿y qué dirémos de los innumerables favores, que hasta hoy reparte la misma Señora, así á los Indios, como á los Españoles, en su célebre Santuario de Guadalupe, donde es venerada, no léjos de la Ciudad de México? claro es, que á no tener fe, no fueran favorecidos de Dios, ni de su Santísima Madre. Este argumento de la Fe de los Americanos, que á la verdad es sólido, se halla repetido en todas las Provincias principales de una y otra América: en el Perú, en el célebre Santuario de nuestra Señora de Cocharcas: en Quito, en los de nuestra Señora de Qunche, y nuestra Señora de Guapulo: en el nuevo Reyno, en aquellos dos perennes manantiales de prodigios, nuestra Señora de Chiquinquirá y nuestra Señora de Mongi. En los inmensos Llanos de Casanare reparte María Santísima del Buen Viage innumerables favores, y hace grandes milagros en beneficio de los Indios y Españoles, que de todas partes concurren á pedirla mercedes: en la de Guanare y Caracas, nuestra Señora de Curumuto, quien se le apareció á un Indio en el tronco de un árbol.

El devoto que quisiere enternecerse, derretirse en lágrimas y encenderse en devocion sólida de María Santísima, vea la vida del Venerable y Apostólico Padre Antonio Ruiz de Montoya, que dió á luz el Ilustrísimo Señor Obispo de Santa Cruz de la Sierra; lea, digo, y considere las continuadas [239] maravillas, con que la Santísima Señora, en su Imágen del Oreto, acompañó, asistió y favoreció aquella gran multitud de Indios, quando por el gran rio Paraná se viéron precisados á retirarse con sus Misioneros. Allí, á la verdad (157), estendió la Divina Señora sus poderosas manos, para que aquellos pobres Indios no se ahogasen, ni cayesen en manos de sus enemigos, ni muriesen de hambre en aquel desierto y dilatado rio, dándoles las (158) milagrosas yervas, que á manera del antiguo Maná, les daba todas las mañanas, y les servia de sustento y medicina, hasta que llegaron á su tierra de Promision (159), guiados de aquella Celestial y bellísima Nube; y forman las Misiones de Guranís, donde desde el Pueblo principal, que con mucha razon se llama de nuestra Señora del Oreto, tomó á su especialísimo cuidado aquellas dichosas Misiones, protegiéndolas, aumentándolas, y repartiendo en todas ellas continuos favores y gracias. Tal fué el salir á recibir en el Cielo á la India Isabél, recién muerta, festejándola con danzas de niños inocent es difuntos de aquellas Misiones; y el mandarla volver á su cuerpo, para que predicase y dixese á los Indios cuánto los queria la Reyna del Cielo, á quien ellos servian: lo qual dicho, y añadiendo muchos buenos consejos,

volvió á morir felizmente. Tal fué la dignacion de dexarse ver de un Indio, en las calles de aquel Pueblo; y diciendo el tal con llaneza: ¿Señora, qué haceis ahora de noche por estas calles? le respondió con inefable ternura: Ando rondando y cuidando de estos mis hijos. ¡Oh, [240] mil veces felices Indios, pobres, despreciados, que mereceis el amparo, la presencia, y ver el rostro de María Santísima, al tiempo mismo que por su soberbia, altivéz y ceguedad ha vuelto su Magestad las espaldas á tantas Provincias, que no piensan sino en la novedad y el horror! gran pena me da el ver que los Libros, en que se habla mal de la fe de los Indios, corran por tantas manos; y que no haya ojos para leer los que con tantas evidencias prueban lo contrario; dexo otros muchos.

Por no callar otro favor singularísimo de esta Santísima Señora, hecho á un Indio del mismo Pueblo: el caso es moderno, cierto, notorio é indubitable; el mismo Padre Prior General del Paraguay (160), que le ha predicado desde los Púlpitos en aquella Provincia, me le ha referido; y tambien está autorizado en las Annuas de dicha Provincia: exemplo es muy digno, de que con toda energía se repita en todos los Púlpitos de la Christiandad. Sucedió pues, que el año 1724, hallándose el mencionado Indio muy enfermo, fué el Padre Paulo Benitez, que cuidaba de aquel Pueblo, á oírle de confesion, y administrarle los Santos Sacramentos; los quales recibidos, entró en las agonías, tuvo sus parasismos, y al parecer de los circunstantes, espiró: (aunque tambien pudo ser desmayo largo ó parasismo) lo cierto es, que despues de largo rato, con espanto de todos, se sentó repentinamente, dando un confuso grito, con rostro y ademanes de espantado; pero sin poder [241] articular palabra alguna: desde entónces empezó á mejorar hasta quedar perfectamente sano, pero enteramente mudo. Luego que tuvo fuerzas, fué á la Iglesia, y estuvo largo tiempo de rodillas delante del Altar de la Santísima Vírgen con muestras de mucha devocion, y las manos juntas delante del pecho: devocion en que insistió todos los días por espacio de dos años, con mucha edificacion, y no sin admiracion de todo el Pueblo; cayó segunda vez enfermo; fué á visitarle el Padre Benitez, y al entrar el Padre y se le desató la lengua, y dixo: «Ya, Padre mio, puedo hablar por favor que le debo á la Santísima Vírgen, para que me confiese bien, y se salve mi alma; porque te hago saber, y quiero que lo oygan bien todos los presentes, para que lo cuenten en todas las Misiones, que ahora dos años, quando me confesé, callé un pecado por verguenza, y despues (no sé cómo ó en dónde) me hallé en una obscuridad grande, y allí muchos demonios que ya me iban á prender para llevarme al Infierno: clamé á la Vírgen Santísima, quien luego estuvo á mi lado, cercada de resplandores; á cuya vista huyéron los enemigos; y entónces con rostro sério me reprehendió, porque no me habia confesado bien: y que en castigo de no haber dicho la verdad en la confesión, quedaria mudo; pero que recurriendo yo á su Altar á rogarselo con perseverancia, me alcanzaria de su Santísimo Hijo tiempo y habla para confesarme bien. Todos habeis visto la perseverancia con que he recurrido todos los dias á clamar á nuestra piadosa Madre, y veis ahora ya concedido el favor: sírvaos de exemplo, para ser muy devotos [242] de la Santísima Señora; y retiraos miéntras me confieso y preparo para morir bien». Así lo hizo con todas las veras que se dexan ver en tan singulares circunstancias; y en fin, recibidos los Santos Sacramentos, entre fervorosos coloquios con Dios y

con la Santísima Virgen, espiró, con tan singulares prendas de su salvacion, como de todo el caso se deducen.

De modo, que esta bellísima Señora, mas hermosa que la Aurora, mas agradable que la Luna, como Sol selecto influye en los Indios de ambas Américas tantos favores, que... ¿pero adónde voy? ¿ni cuándo podré acabar, si prosigo el asunto? y así, solo recopilaré los singulares favores que nuestra Señora de Copacavana hizo á un Indio bárbaro y agreste de la Nacion de los Uros, en el Reyno del Perú (161).

Hallábase el tal Indio totalmente tullido en su fragoso bosque; pero los favores que la Santísima Virgen repartia á todos en dicho Santuario, penetraban con su fama hasta semejantes retiros; y movido el enfermo de lo que los otros Indios le referian, tomó el camino, á ratos arrastrando, y á ratos llevado en hombros ajenos; y llegando á la Iglesia, consiguió licencia para estarse de día y de noche al pié del Altar de la Santísima Virgen, pidiéndola favor por espacio de nueve dias. Mas (¡oh piedad de la Divina Señora!) desde la primera noche baxó del Cielo llena de resplandores y de belleza; y prosiguiendo las noches siguientes, [243] no solo enseñó al Indio toda la Doctrina y las Oraciones, sino también un Hymno muy devoto en que se contenia la Sagrada Pasion del Señor, en metro elegante de la Lengua Aymaréa de aquella Provincia, que traducido á nuestro Romance, empieza de este modo:

Aquél bellissimo Esposo,
Sobre todo lo criado,
Que sin tener culpa alguna,
Sus patricios afeáron.
¡Ay dolor!
Su Sangre derramó por nuestro (162) amor.

En la última visita que le hizo la Santísima Señora, quedó el Indio con entera salud; concurrió á la novedad mucha gente, á quienes refirió los favores que de la Madre de Dios habia recibido; y despues de haber rezado las Oraciones, con admiracion de todos cantó el Hymno, causando general ternura y dulces lágrimas, creciendo en fe y devocion á vista de tales maravillas. El Indio se agregó á las Misiones de Juli, que están á cargo de la Compañía de Jesus, donde vivió exemplarmente.

Y añaden aquellos Padres Misioneros, que siempre que el Indio cantaba el dicho Hymno, todos quantos le ohian, derramaban muchas lágrimas de ternura y devocion. Bien se infiere de todo lo dicho, que los Indios tienen fe. Acerca de la qual, y de la gran misericordia que Dios nuestro Señor ha usado con muchos Indios, trayéndoles Ministros que les instruyesen y bautizasen, trato en la segunda parte, capítulo segundo, á que me remito; [244] porque todo él es confirmacion de lo que dexo asentado y probado en éste.

Antes de pasar adelante, debo también hacer mencion de Monsieur Bion; el qual en su erudito toma del uso de ambos Globos é Historia Geográfica (163) hace práctica demostracion en su estilo y método, que se puede decir mucho en pocas palabras, y que grandes volúmenes se pueden estrechar á una clarísima y breve suma. Dice pues este noble Autor en órden al porte de los Españoles para con los Indios, estas palabras: «Los Indios creen, que todos los Christianoa (esto es, que tambien Estrangeros) son malos y

cruelles; e imaginan que todos son del humor de los Españoles, á quienes los Indios han visto practicar mil crueldades». Y á la verdad no necesitaba dicha apreciable obra de esta noticia tan curiosa: sin ella hubiera logrado todo el lucimiento que se merece; pero ya parece que es moda antigua y rigurosa el que nos favorezcan con estos y otros peores elogios aquellas mismas Plumas, de quienes hablamos con respeto y estimacion. La mia dexa la respuesta correlativa en un profundo silencio, en agradecimiento de la honra que Monsieur Bion hace á los Misioneros Españoles (164), que trabajan entre los Indios, á quienes compara con los Varones Apostólicos de la Compañía de Jesus, que á fuerza de afanes evangelizan á los Indios de la Nueva Francia, por otro nombre, Canada.

Pero por otra parte me da pena, y no percibo [245] cómo, siendo ya su tercera impresion la que corte, y como en su principio protesta, sale revista y corregida por su erudito Autor, no ha visto ni corregido su merced una errata tal, como la que se contiene en éstas sus palabras, fielmente traducidas (165): «Todas las relaciones dicen muchas cosas buenas de aquel Rey de México, llamado Montezuma, al qual los Españoles quitáron la vida, por apoderarse de sus tesoros»: ¿qué relaciones son todas éstas? ¿de quién son? ¿qué autoridad tienen para publicar una fábula tan palpable? ¡lástima es ver en tan excelente libro este otro borron!

Y aun causa mayor compasion ver, que da crédito á semejantes relaciones, cuyos Autores hallan mucho que alabar en Montezuma, ciego y Gentil, cuya soberbia excedió en mucho á la de sus predecesores; y por ella le amenazó Dios con tan repetidos é infaustos anuncios su ruina y la de su Imperio: para este Rey terco, á quien sus mismos vasallos quitáron la vida á violencia de las piedras, que le tiráron: (ni sé cómo; pues tan duro como ellas, aunque se lo rogáron mucho, no quiso dar oídos à nuestra Santa Fe) para este terco idólatra tienen los dichos Relacionistas muchas cosas buenas que decir: no las negamos, y primero las dixéron Castillo, Herrera y Solís. Lo que debo notar es, que teniendo tantas cosas buenas que decir de aquel ciego Gentil, de los Españoles no se les ofrece decir ni una sola cosa buena; y no hallando que tachar ni motejar en [246] la justificada conducta de Hernán Cortés para decir algo malo, fingen una quimera, tal como decir: Que el Rey de México murió á manos de los Españoles; y para agravarla mas, añaden otra, interpretando la intencion y causa del hecho, diciendo: Que fué para hacerse dueños de sus tesoros. Pues sepan los tales Relacionistas, que la mayor pesadumbre que Cortés y los suyos tubiéron en toda su conquista fué la que les causó la muerte violenta de Montezuma, y que por causa de ella no adquirieron, sino que perdiéron las riquezas que el mismo Rey espontáneamente les habia dado; y perdiéron muchas vidas de esforzadísimos Soldados, que por querer llevar algun oro, no llegóron á lograr el órden que era necesario en tan reñida y peligrosa retirada. Esto sí es cierto, y se puede ver en los Autores citados, si hay ojos para ver la verdad; y bien pudieran haber dicho muchas cosas buenas y heróicas de Cortés y sus Españoles, como, sacadas de originales verídicos, las han publicado otros Escritores estrangeros; pero dexo esto apuntado y en embrión.

Y paso á rogar en amistad á Monsieur Bion, que su merced ó sus herederos, ántes de la quarta revista, correccion é impresion, lea á Castillo, á Herrera, ó á lo ménos lea á Solís; que está tan genuinamente

traducido en Francés, que supo el Traductor beberse y trasplantar á su Idioma, no solo la verdad de su original, sino también la mejor y mas fluida eloquencia; y allí verá que la mancha que los Relacionistas falsamente atribuyen á la conducta siempre loable de Cortés en México, es la decantada temeridad de Pizarro en el Perú; y si por ser este hecho verdadero, le quiere imprimir, [247] le suplico que le remita á la Prensa con todas sus consecuencias, que son los tremendos daños que se le siguiéron á Pizarro por su atentado. Quan mal recibido fué en esta Corte por nuestro Católico Monarca, y quan mal visto, reprobado y censurado fué el tal hecho por todos los Españoles, éste debe ser uno de los cuidados de los Escritores al publicar una verdad, que (sea la que fuere) amarga, sino á unos, á otros de diverso paladar; y tanto, que no la pueden tragar; vístase de sus circunstancias, que ellas mismás sirven de saynete para suavizarla; que las píldoras amargan, si doradas causan ménos horror ó los enfermos.

Capítulo XVIII

Resumen de los genios y usos de las demás Naciones, que hasta el corriente año de 1740 se han descubierto en el rio Orinoco

No conviene que prosigamos navegando Orinoco arriba, como hasta aquí: lo primero, porque de estos Salivas para arriba está el rio lleno de peligrosos raudales, despedazándose el agua entre fieros peñascos, en repetidos lugares; en donde tambien suelen hacerse pedazos muchas Embarcaciones. Lo segundo, porque algunas de las Naciones, de que hablaré ahora, no viven cerca del Orinoco; y fuera gran fatiga ir por tierra, y mas donde no hay ni caballeria ni carruage. En el mismo Puerto, donde dimos fondo, se levanta en [248] forma de pirámide uno de los mas vistosos obeliscos que ha criado naturaleza: tiene su firme basa algo mas de media legua de circuito, y estrivando sobre sí misma, se levanta la peña, toda de una pieza, á una altura maravillosa: solo por dos ángulos permite paso á su cumbre; y para poder subir sin sobresalto de baxar precipitados, es preciso desnudar los piés de todo calzado; vamos subiendo, que esta elevada cumbre llamada Pararúma, mas parece idéa del arte, concebida en la mas amena fantasía, que roca natural. La misma cumbre, que á lo léjos parece cúspide piramidal, es un bellissimo plan de figura ovalar, rodeado de un firme bordo, que se labró la piedra de su misma pieza, cuyo seno y fondo es de tierra muy fértil, elevada á tal altura á fuerza y fuerzas de Indios, ó depositada por las aguas turbulentas del universal Diluvio. En este terreno tienen los Salivas una hermosa huerta, siempre fresca, por la oculta vena de agua que le ofrece la dura peña; aquí hay plátanos, piñas y las demás frutas que da la tierra; pero lo mejor que tiene para nuestro intento es una fresca y amena arboleda silvestre, que han reservado los Salivas para lograr el fresco, así de su sombra, que en tal altura jamás falta, y para observar desde aquella eminencia las Embarcaciones enemigas, que suben rio arriba. Tomemos aquí nuestros asientos, y á todo placer, y sin dar un paso, vamos registrando con la vista terrenos poblados de Gentiles y Christianos nuevos, tantos, quantos no pudieramos visitar en muchas semanas de camino. Al Oriente y al Súr pondrémos las espaldas;

porque por estos dos vientos se halla atajada la curiosidad, [249] con la fragosa Serranía, que acompañando al Orinoco desde su primer origen, corre hasta sepultarse con él en el Oceano; pero al Norte y al Poniente no hay altura que estorbe la vista, hasta que fatigada, se da por vencida entre el Cielo y el inmenso llano, uniéndose al parecer uno y otro para formar el Horizonte, nada ménos distante, que el que registra en alta mar la vista mas lince desde el tope del Navío.

En este mismo lado del Súr, donde estamos, siguiendo agua arriba el Orinoco, hallamos otra peña mas singular que ésta sobre que estamos: tiene mas de seis millas de circuito, y toda es de una pieza, sin añadidura alguna: tambien está coronada de arboleda silvestre: tiene difícil y única subida, y ha de ser á pié descalzo por su parte Oriental: desde su cumbre hasta dar en el espacioso plan (que á modo de balcón ofrece al rio) medimos de altura perpendicular ciento veinte y seis brazadas: el plan, que tiene quarenta pasos de ancho, y mas de ochenta de largo y dista de la lengua del agua catorce varas perpendiculares; en este balcón ó plan, que ofrece la disforme peña, formáron los Misioneros una fuerza con tres baterías, quarteles y casas para una parcialidad de Indios Salivas que se han agregado á dicha fuerza. Esta fué mas dirigida de la urgente necesidad, que del arte, y fabricada por mano de los mismos Padres Misioneros, Soldados é Indios, contra las continuas invasiones de los Bárbaros Caribes, año de 1736, con tan feliz éxïto, que desde que la viéron, ningun armamento de ellos se atrevió á llegar; y aunque lleguen, es totalmente invencible, porque no da subida, sino para ir de uno en [250] uno, y ayudándose de piés y manos, para no caer: ni puede ser asaltada la fuerza por otra parte. El rio, todo quanto él es, se estrella con este tremendo peñasco, que se llama en aquella lengua Marumarúta: los Españoles que no pueden pronunciar bien la palabra, llaman Marimaróta; y oprimido el rio de otras peñas y arrecifies del otro lado, se estrecha todo aquel gran cauce de Orinoco á solo un tiro de fusil, con tales remolinos y precipitadas corrientes, que da paso muy arduo á los Navegantes. ¡Ojalá junto al mar hubiera otra angostura, para atajar los Caribes de la Costa! con dicha fuerza hemos resguardado gran parte de las Misiones, aunque las que están de esta fuerza para abaxo, han quedado expuestas á los repetidos asaltos que padecen de los Caribes: llámase esta Fuerza y Pueblo de San Francisco Xavier; la qual, con la casa fuerte de enfrente, cierra totalmente el paso al Enemigo; por el pié de esta peña entra el rio Paruasi, que baxa de la Serranía del Súr, en cuya vega se ha formado de nuevo la Mision de San Joseph de Mapoyes, de gente dócil y tratable. Y que recibe bien la santa Doctrina. A quatro leguas de rio arriba, pasado el furioso raudal de Carichana, en la boca del rio Meta, está la Colonia de Santa Teresa de Jesus, de Nacion Saliva, tan dócil como ya diximos. Y siguiendo el rio agua arriba, viven á sus márgenes varias Capitanías de Salivas, la gente Aturi, los Quirrubas, Maypures y Abanes: todas son Naciones benignas y prontas á recibir la Fe, y solo faltan los Operarios; que la mies madura está ya.

Síguese la Nacion Caberre, copiosa en Pueblos y gentio, y valientes; tanto, que las Armadas Caribas [251] siempre han llevado con ellos el peor partido: gente no solo bárbara, sino tambien brutal; cuya vianda ordinaria es carne humana de los enemigos, que buscan y persiguen, no tanto para

avivar la guerra, quanto para apagar su hambre; no obstante, han baxado ya dos veces á nuestras Misiones; de paz y amistad; y se volviéron contentos, porque fuéron bien recibidos y agasajados. Llegan los Caberres poblando el Orinoco y tierras Occidentales de él hasta la boca del rio Ariarí. De este rio para arriba no han penetrado todavia nuestras Misiones: solo tenemos noticias de estar lleno de Indios Gentiles todo aquel terreno hasta Timaná y Pasto, Poniente del Orinoco; y por la vanda del Súr hay tambien, segun las noticias lo publican, muchas Naciones, y la principal la de los Omaguas ó Enaguas, donde se idéa el famoso Dorado, que ha tantos años que dió el nombre á todo el Pais de Orinoco, y de que trataremos al fin de esta primera parte. Ahora volvamos la vista á los dilatados Llanos de la parte del Norte y del Poniente, que interrumpidos con muchos rios, vegas y bosques, forman un bello Pais, siempre ameno y verde, sin despojarse árbol alguno de sus antiguas hojas, hasta vestirse primero de verdes y pomposos cogollos.

Aquí, entre el rio Synaruco y Meta, se formáron las Colonias de Santa Bárbara y de San Juan Francisco Régis á fines del año de 1739, habiendo dado la paz la Nacion Sarura; de la qual, el Padre Manuel Román, Superior actual de aquellas Misiones, en carta de 20 de Febrero de 1740 me da muy buenas noticias del buen genio y docilidad de aquella Nacion, y que recibe [252] con ansia la enseñanza, con esperanza de que se formarán otras reducciones con el buen exemplo de estas dos primeras. Y añade, que en la Colonia de San Francisco de Borja de la misma Nacion Sarura, que está al cuidado del Padre Francisco del Olmo, el qual ha reducido aquella Lengua á Arte y Vocabulario, florece mucho la nueva Christiandad; y que entabladas ya las Escuelas de leer, escribir y de canto de órgano, offician aquellos niños; (poco ántes montaraces) y cantan las Misas, Salves, Letanías etc. con mucha decencia; ¡tanto es lo que produce en aquellas selvas el cuidadoso y diligente cultivo! del Pueblo de Santa Teresa cuida con la misma eficacia el Padre Roque Lubian; del de San Ignacio el Padre Bernardo Rotella; el dicho Padre Superior, el Padre Joseph María Cervilini y el Hermano Agustín de la Vega atienden lo mejor que pueden al resto de los Pueblos nuevos, y claman por Operarios, con la firme esperanza que el Señor los enviará quanto ántes.

Dexado este Llano, tendamos la vista al otro lado del rio Meta; y bien se puede; porque desde sus vegas hasta las márgenes del rio Ariari, que tambien baxa de la Serranía del Nuevo Reyno, hay un Llano intermedio, que pasa de trescientas leguas, interrumpido con rios, arroyos de menor porte, y con muchas lagunas: este dilatado campo es la palestra de las continuas guerras de las dos Naciones andantes de Guayvas y Chiricoas (166), que incesantemente giran y vaguean; [253] sin tener casa, fogar, sementera, cosecha ni morada fixa, segun nos pintan á los Chichimecos de la Nueva-España.

Andan siempre de un rio para otro; mientras los Indios pescan ó cazan Venados, fieras y Culebrones para la vianda, las mugeres arrancan unas raíces, de que abunda toda aquella tierra, que se llaman Guapos (son á modo de las batatas blancas ó criadillas de la tierra, de que abunda Galicia). Otras raíces, de hechura de un pan grande, hallan, pero no con tanta abundancia: llámanse éstas en su lengua Cumacapána, y son de mejor sabor que las otras. Estas raíces les sirven de pan; y todo quanto hallan,

aunque sean Culebrones, Buyos, Tigres y Leones, todo es bueno y sabroso para aquellas dos Naciones; las quales, hállense donde quiera que fuere, han de pelear, á fin de hacer esclavos, que van á vender á otras Naciones; por cuya paga reciben hachas y machetes para formar tugurios, tan á la ligera, como que solo les sirven una ó dos noches, y luego pasan adelante; de modo, que su vida y la de las fieras silvestres se distinguen en muy poco solo que duermen con mucho sobresalto, y las fieras no; porque por temor de ser asaltados de noche, en una parte cenan y dexan fuegos encendidos, y se apartan á dormir en otra; y ni esta diligencia les vale; porque ellos ya se entienden unos á otros para su daño y ruina.

El modo de marchar todos en una fila, en su continuo andar, es éste: primero marchan los mocetones fuertes, armados de arco, flecha y lanza: la paja que brotan aquellos llanos, de ordinario, excede la estatura de un hombre: y así el [254] delantero tiene la fatiga de ir abriendo y apartando la paja á uno y otro lado, y pisar el pié de ella, para abrir sendero; y como camina descalzo y desnudo en cueros, el corte de la maleza le hiere y ensangrienta, en especial de las rodillas para abaxo; y en quanto se ve fatigado y herido, se aparta á un lado, dexa pasar toda la fila de chicos, y grandes, que hay tropa de ellos que ocupa una legua, y se pone el último de todo; donde con el piso de tantos, ya el camino está bueno, y en su lugar prosigue abriendo trocha el que marchaba á sus espaldas; y de este modo se van remudando todos los delanteros. Despues de los quales marchan los casados con sus armas y algunos chiquillos tiernos al hombro: síguense los ancianos, que pueden andar por sus piés, y las mugeres débiles y ancianas: luego se siguen las casadas, cargadas con unos canastos muy grandes, y en ellos platos, ollas y otros menesteres de cocina: de ordinario, sobre el canasto va un chiquillo sentado, y otro va prendido del pecho de la madre: los mayorcillos marchan junto á sus madres: en la retaguardia van los Indios de mas fuerza, cargando cada uno un recio canasto, y en él un inválido, sea hombre, muger, viejo ó mozo: allí va un hospital portátil en aquellos canastos: ciérrase la fila con gente de guerra y con los que cansados ya se retiran de la vanguardia.

No es gente que se apura: en quanto murió en la marcha algun enfermo de los canastos; se aparta de la senda el carguero ayudado de los dos últimos de la fila, le medio entierran, y à veces no (yo me he encontrado muchas veces con calaveras y osamentas de ellos; de que infiero que [255] rara vez entierran á sus difuntos). Fuera de esto acaece, que en estas marchas le dan los dolores de parto á una ó muchas de aquellas Indias: se aparta un paso del camino, pare, envuelve de nuevo la criatura con las secundinas, y corre apriesa para proseguir marchando con todos llega al primer rio, que se ofrece, allí laba la criatura, se laba á sí misma, y ya está libre de su parto, y convalecida tambien: ¡tanto vale criarse al rigor del Sol y del sereno!

Es gente briosa y atrevida: luego que á la orilla del rio dexan los canastos, y á las mugeres arrancando raíces, salen en forma de media luna por aquel contorno, y no hay tigre ni bestia que escape de sus manos: si tienen la fortuna de dar con tres ó quatro tigres, ó con un atajo de diez ó doce venados, estrechan los cuernos de la media luna, y unidos marchan en forma circular todos al centro, hasta llegar á tiro de flecha; y entónces sobre cada tigre ó venado llueven tantas flechas, que ninguno

escapa. Para facilitar sus cazerías, y que la paja alta no impida, tienen gran cuidado de pegar fuego á los matorrales, cercanos á los rios donde ellos van á parar, y los animales á beber; y tambien aquella paja, yerva y heno, que (167) retoña de nuevo, atrae á los venados y á otra multitud de animales, que buscan pasto tierno.

Estas dos Naciones han sido piedra del toque de nuestros Misioneros antiguos y modernos, el crisol donde se ha refinado su tolerancia y sufrimiento, y un campo, que despues de cultivado con increíbles afanes, y regado con los sudores y lágrimas también de muchos Operarios, se ha [256] mostrado estéril, árido é ingrato; y en lugar del fruto correspondiente, no ha producido sino espinas y abrojos: generacion de Gitanos, ó rama de ellos que entregados á una vida vagabunda, todo lugar fixo, aunque lleno de las mayores conveniencias, les parece cárcel intolerable y remo de galera insufrible. Los Pueblos de estas dos Naciones, que recién entrados, hicieron los Padres Misioneros, llegaron á tal altura, que nadie dudó de su perseverancia; pero quando ménos se pensaba todos se desaparecieron como humo. Por último, el año de 1725 se emprendió su reduccion con todo el empeño; y despues de recogidos á vida civil y racional cinco Pueblos, ya formadas sus sementeras, y con abundantes frutos (á que se tiró, para aligarlos mas) repentinamente cada Pueblo tiró por su rumbo, y no se han vuelto á ver aquellas gentes: solo nos quedó el consuelo de gran multitud de párvulos y adultos, que con el Santo Bautismo lograron el Cielo. De las Misiones y Naciones reducidas en Meta, Casanare y los demás rios (168), habla largamente en su Historia el Padre Joseph Casani; y en fin, quien vió las Naciones que he apuntado, vio las otras. [257]

Capítulo XIX

De sus monterías, animales que matan para su regalo, y otros de que se guardan con cuidado

Apartemos la vista de aquellas vastas llanuras, no la fatiguemos mas, supuesto que desde esta bella cumbre en que estamos, podemos ver mas de cerca curiosidades mas agradables, y que con mayor novedad diviertan nuestros ánimos. Los Indios han pedido (como acostumbran) licencia á sus Misioneros para divertirse en las selvas, la mitad de ellos, quince dias; y al retorno de estos van los restantes por otro tanto tiempo; en lo qual no solo se atiende á que se diviertan en sus nativos bosques, sino tambien á que traygan (como lo hacen) carne seca al calor del fuego para sus mugeres y familias. Allá en el otro lado de Orinoco están arrimando sus arcos, flechas y arpones, para formar estancia, desde donde, un dia por uno, otro dia por otro rumbo, salgan á batir y espantar los javalíes que abundan, con otras muchas especies de animales silvestres, de carne gustosa y tierna. Escogen á la orilla del rio la arboleda mas coposa, y cortada la maleza con sus machetes, limpian y barren aquel suelo con mucho aséo, para ahuyentar las culebras: cuelgan de unos árboles á otros sus redes chinchorros para dormir: juntan gran cantidad de leña, para mantener toda la noche llamarada de fuego contra los Tigres; los cuales, aunque bramen muchos [258] junto á la ranhería; miéntras arde el fuego, ninguno se atreve á llegar; por lo qual velan los Indios siguiendo su turno,

cuidando de que arda el fuego: y este modo de formar ranchería, y con las mismas circunstancias, guardan los Padres Misioneros en todas sus entradas y salidas, por aquellos bosques y selvas pobladas de Tigres; tanto, que en las vegas del río Apure hubo noche, que nos quitaban el sueño con sus bramidos ocho ó diez Tigres; pero como arda el fuego, no hay que temer.

Formada ya su estancia ó ranchería, texen los cañizos, sobre los quales han de poner la carne para irla secando á fuego manso; los quales elevan sobre la tierra cosa de una vara, afianzándolos sobre quatro ó seis horquetas firmes: luego previenen sus arpones: estos son de hueso ó de hierro, de punta muy aguzada, y á buena distancia de ella tiene dos lenguetas á los dos lados; de modo, que entrando el arpon, obstan las dos lenguetas para que salga. Este arpon está prendido con un cordel fuerte de pita bien retorcida, afianzando el otro extremo contra la verada ó astil de la flecha; de aquí es, que luego que el arpon clava al Javalí, se desprende de la verada ó astil en que estaba levemente afianzado: corre la fiera entre la maleza, agitada de la herida, y la verada ó astil que lleva arrastrando: luego se trava y enreda entre las ramas, por lo qual queda asegurada; y así descuidan los monteros de los Javalíes ó Paquiras, que van arponeando, hasta que no les queda arpon en la aljava, haciendo gran carnicería en brebe rato. Van por aquellas selvas los Javalíes en manadas grandes: [259] la fortuna de los Cazadores consiste en dar con una manada brava, y que haga frente; entonces á todo su gusto logran todos los arpones: si la Piara huye, logran el lance siguiéndola, pero con el trabajo de ir despues recogiendo en largo terreno los Javalíes heridos: de los quales ninguno se pierde; porque al ir precipitadamente (169) en su alcance, van al mismo tiempo rompiendo ramas tiernas con gran destreza, las quales sirven de seña segura para volver por los mismos pasos que habian ido. Y este modo de caminar, dexando dichas señas, se practica en todos los viages, que por aquellas espesuras hacemos; y la razon es, porque no hay caminos ni trochas abiertas, y rarísima vez se forma senda; y así, para seguir uno de aquellos derroteros, no se atiende al suelo, porque en él no hay señal, por estar cubierto de mas de un palmo de hojas secas: solo se atiende á las ramas quebradas, y por ellas conocen los Indios quantos años ha que no se traginó aquel rumbo; porque la rama quebrada cada año echa su renuevo, y por los mismos cuentan seguramente los años.

Los Tigres cogen tambien al Javalí, que se desmanda ó queda muy atrás de los otros, porque á la tropa entera no se atreven á embestir; pero con todo es grande la abundancia de Javalíes, á causa de ser muy dilatadas aquellas selvas, y abundantes de frutas silvestres; y en comparacion del terreno, muy pocos los Indios que entran al ojéo: las Paquiras matan al modo dicho, y abundan del mismo modo. Es la Paquiras especie de Javalí, pero es la mitad ménos corpulenta: tiene [260] también la uña rajada, y los quatro piés blancos; pero es cosa singularísima ver, que tiene el ombligo encima del espinazo, y en él un bulto notable, dentro del qual hay gran cantidad de almizcle, de un olor excesivamente intenso; tanto, que si muere la Paquiras ántes que la corten de raíz el ombligo, ya no es comestible su carne, porque se inficiona toda con dicho almizcle, que es lo mismo que después dirémos del mucho almizcle, que el Caymán ó Cocodrilo de Orinoco guarda en las conchas del pecho; las quales, si no se arrancan

estando él vivo, no se puede comer su carne por el almizcle que se difunde en ella.

En este ojeó encuentran Armadillos, quatro veces mayores que los que se crian en el Llano limpio, de que hablaré después. Estos están vestidos por todas partes de unas conchas tales que como si unas contra otras tubieran goznes, se ensanchan y se ajustan, segun los movimientos del Armadillo: ellos viven en cuevas profundas, que caban con sus agudas uñas, y no se apartan mucho de su escondrijo para refugiarse en él; su carne es tierna y delicada; pero algo fastidiosa por el olor que tiene de almizcle.

Si algun día tienen mala fortuna, y no encuentran Javalíes ni Paquiras, no por eso vuelven vacíos á su puesto; porque en todas aquellas selvas hay abundante multitud de Monos y Micos de muchas especies, en que escoger á todo su gusto, y emplear sus arpones; y es de saber, que cada Nacion de Indios gusta de una especie de Monos, y aborrece á las otras: los Achaguas se desatinan por los Monos amarillos, que llaman Arabata: [261] estos por la mañana y á la tarde hacen infaliblemente un ruido intolerable, con écos tan baxos, que causan horror. Los Indios Tunevos gustan mucho de los Monos negros: son estos muy feos y bravos; y al ver gente, baxan con furia hasta las últimas ramas de los árboles sacudiéndolas, y regañando, con eso los Cazadores los matan á su gusto. Los Jiraras, Ayricos, Betoyes y otras Naciones aborrecen á las dos especies dichas, de Monos, y persiguen y gustan de los Monos blancos, que son tambien grandes, nada ménos que los amarillos y negros: su carne es buena; pero por mas fuego que se le dé, siempre queda dura: el hígado de dichos Monos es bocado regalado y apreciable.

Por lo que mira al gran número de varias especies de Micos ó Monitos pequeños, todas aquellas Naciones comen de ellos; ni hay en qué escrupulizar; porque así estos, como los Monos grandes, solo se mantienen de frutas silvestres, muy sanas y sabrosas; de las cuales se mantienen tambien los Indios durante su montería; y en los viages que los Padres hacen por aquellas y otras selvas, observan los frutales en que están comiendo los Monos y Micos, y á todo seguro comen y se mantienen de aquellas frutas, que son: primero, dátiles en grande abundancia: segundo, naranjillas, de un agrio muy sano, y son del mismo color, y algo menores que las naranjas ordinarias: tercero, guamas muy dulces son de la hechura de las algarrobas del Reyno de Valencia, pero de color verde, aunque estén maduras: quarto, tambien abundan los Guaymaros, que cargan mucho de unas frutas, menores que bellotas, de mucho [262] gusto; pero la reyna de las frutas silvestres, es la que llaman los Indios en su Idioma Mutuculicú, y por su singular sabor la llaman los Españoles leche y miel; porque es tan sabrosa y suave como dice el nombre que la han puesto, y juntamente es muy sana: donde quiera que hay estos frutales, hay grandes avenidas de toda especie de Monos y de Micos; pero cada manada de por sí, porque las unas se tienen miedo á las otras, segun se infiere; porque si una llega á los árboles donde está comiendo otra, ésta luego se retira á comer á otra parte.

Tambien se valen los Cazadores y los que andan por los bosques de otras frutas, que no son de árboles, como las dichas. Primero, son de mucho sustento unos racimos, al modo de ubas negras, que nacen de unas palmitas tan baxas, que con la mano se alcanza su fruto: llámanse

Mararabes: segundo, otras palmitas algo mas altas, y muy llenas de espinas, dan otros racimos de mayor tamaño, y su fruta es agridulce y muy sana: se llama Cubarros; tercero, de las palmas silvestres, llamadas Veserris, y otras llamadas Cunamas, verémos despues el aceyte admirable que sacan de sus dátiles. Fuera de dichas frutas de árboles, por el suelo de aquellos bosques se halla una multitud grande de varias especies de piñas silvestres, y de otras que por ser menores, se llaman Piñuelas, unas y otras suaves al gusto: brotan tambien todo el año gran cantidad de hongos, de varias especies diferentes, de que usan los Indios, en especial de unos que nacen al pie de los árboles caidos, que llaman Osobá.

De todo van cargados al sitio destinado para [263] dormir; pero sobre todo matan gran cantidad de Pabas pardas, y de Paugies, aves grandes y de buena carne, que vuelan poco, y van saltando de rama en rama por las vegas: de éstas asan gran cantidad para llevar á sus mugeres; y al mismo tiempo logran las plumas, que son vistosas, y mucho mas los copetes, que á modo de coronas tienen sobre las cabezas. Tambien comen (y logran las bellas plumas) de gran número de Papagayos de diferentes especies, de que es preciso tratar en otro lugar.

Quando vuelven á su puesto, ya hallan que los dos Indios que se remudan á guardarle, han juntado grandes montones de leña, para ir secando la carne de que vienen cargados: y es maravilla ver lo que comen aquellos Indios; aun los que lo ven, no lo acaban de creer: son voraces, mas de lo que se puede ponderar. El descanso de las noches no es mucho; porque se han de remudar á cuidar del fuego, no solo para espantar los Tigres, sino tambien para ir asando la carne: fuera de esto, la plaga de innumerables Mosquitos, los gritos incesantes de los Pericoligeros, el ruido de los Gatos de monte, que llaman Cusicusis: todo estorba el sueño en gran manera. Pericoligero es un animal del tamaño, de un Perro lanudo; su pelo muy suave y sutil, y en la espalda y en el pecho dos manchas pardas quadrangulares; la cara y cabeza de hechura de Tortuga; pero tiene orejas, las que no tiene la Tortuga: el pecho y barriga tiene contra el suelo, y los dos brazos y piernas tendidos á uno y otro lado, como una Rana: se llama ligero, porque la mayor jornada de todo un dia será un quarto de legua: para levantar una mano, gasta tanto tiempo, que se puede rezar un Credo [264] despacio: de dia duerme, y de noche en las selvas no dexa dormir; porque cada rato da tres ayes en punto de solfa, y luego de otros sitios responden otros muchos en el mismo tono; y con esta música se ahuyenta el sueño: sus piés y manos rematan con tres uñas, en forma de semicírculo, tan fuertes, que la cosa que cogen, no hay forma de soltarla; con ellas se ayudan para subir á los árboles; de cuyas hojas se mantienen, y no de otra cosa. El Cusicusi es del tamaño de un Gato (170): no tiene cola, y su lana es tan suave, como la del Castór: todo el dia duermen, y de noche andan ligeramente de rama en rama, buscando Paxaritos y Sabandijas, de que se mantienen. Es animalejo de suyo manso; y traído á las casas, no se huye, ni de dia se menéa de su lugar; pero toda la noche anda trasteando la casa, y metiendo el dedo, y despues la lengua (que es larga y sutil) en todos los agujeros; y quando llega á la cama de su amo, hace lo mismo con las ventanas de las narices; y si le halla la boca abierta, hace la misma diligencia: por lo qual no hay quien quiera semejante animal en su casa.

Pasados en fin quince ó veinte días, vuelven los Cazadores á sus casas cargados de carnes asadas, y de muchas plumas; y sus mugeres les dan la bienvenida, con muchas tinajas de chicha que les tienen prevenida, y todo para comer y beber largamente dos ó tres días; y luego quedan tan faltos de vianda, como estaban ántes.

La Nacion Achagua gasta ménos días en volver con mucha carne de Ante asada: salen los Antes del rio á comer paja tierna: los Achaguas están sentados entre la misma paja, y saben remedar [265] bien el éco del Ante: al tal éco responde la Anta (es lo que llamamos la gran Bestia) y ambos juntos vienen al reclamo del Achagua: éste dispara á cada uno su flecha de veneno, llamado Curare, y ambos caen muertos luego al punto; de modo, que si hay fortuna, en un dia se matan: en el dia siguiente se asan, y al tercero ó quarto dia ya están en sus casas cargados de carne asada, y no despreciable; porque sabe la carne de Ante á muy rica ternera, aunque su figura es la mas rara que se puede pensar: su cuerpo es del tamaño de un jumento ó de un muleto de un año: los quatro piés cortos, que no corresponden al cuerpo, rematan, no en dos pesuñas, como las de la ternera, sino en tres; y éstas son la uñas afamadas y tan apreciables, que vulgarmente se llaman las uñas de la gran Bestia, por haberse experimentado admirables contra la gota coral, tomando de sus polvos, y colgando una de aquellas uñas al cuello del doliente. La cabeza del Ante tiene alguna semejanza, aunque poca, á la de un cebón; y tiene entre ceja y ceja un hueso tan fuerte, que con él rompe quanta maleza y palos halla por delante en las selvas; de modo, que el Tigre se esconde junto al pasto que ve trillado de los Antes, salta encima del primero que pasa, y le aferra con sus quatro garras: si el parage es limpio, perece el Ante; pero si hay maleza cerca, y arboleda, recae el daño sobre el Tigre; porque corre furiosamente el Ante, mete la cabeza por lo mas escabroso de la selva con tal ímpetu y fuerza, que si el Tigre no se ha desprendido ántes, perece despedazado entre los palos y los abrojos.

La cola del Ante tampoco dice ni corresponde [266] á su cuerpo; porque es corta, delgada y retorcida, ni mas ni ménos que la de un cebón; tambien tiene clin, que le da algun ayre; pero no excede de la clin de un jumento: de tan buena gana vive en el profundo del rio ó de la laguna, como en tierra. Es verdad que para pacer la yerva de su regalo especial, que se llama Gamalote, siempre sale á tierra: en fin, ella se llama comunmente la gran Bestia: no sé por qué; tal vez será, porque es un animal irregular, que viene á resultar de varias partes de otros animales, sin que en el todo se parezca á alguno de ellos.

¿Pues qué diré de sus dientes, y de lo la facilidad y destreza con que despelleja de alto abaxo á los perros, quando se ve rodeado y perseguido de ellos? el Ante no dexa su puesto, por mas que le acometan; y es tal su habilidad, tenacidad de dientes y fuerza con que arroja al perro que acertó á morder, que quedándose con la mayor parte del cuero del perro, le arroja bien léjos despellejado, y dando terribles ahullidos; con lo qual huyen los otros perros, espantados de la desdicha de su compañero. ¿Cómo hace el Ante este daño, tal y tan instantáneamente? ni los mismos Españoles, que gustan de cazar los Antes, por la diversion y por el interés de la piel y de las uñas, que ven morir en cueros y sin piel todos los dias á sus perros, no saben decir cómo es, ni explicar la destreza con

que lo hacen: un Ante, que nos traxéron los Achaguas á la Colonia de Guanapalo, tenia de largo dos varas y quarta. [267]

Capítulo XX

Resinas y aromas que traen, quando vuelven los Indios de los bosques y de las selvas: frutas y raíces medicinales

No solo se utilizan estas gentes de la carne plumas de los animales y aves que matan: tienen tambien la ganancia de otros intereses, que les dan aquellas desiertas arboledas; y á la verdad es muy poco lo que en ellas se ha descubierto, en comparacion del gran tesoro que yace escondido por falta de personas inteligentes; á mí me ha sucedido muchas veces quedarme absorto en medio de aquellos bosques, y embargado el movimiento de una tal fragancia y suavidad de olores exquisitos, que no hallo con que explicarme. Preguntaba entónces á los Indios compañeros, ¿de dónde salia aquel bellissimo olor? y la respuesta era: ¿Odi já, Babí? ¿Quién sabe, Padre? para mí es indubitable, que hay entre aquellas vastas arboledas resinas, aromas, flores, hojas y raices de grande aprecio, y que serán muy útiles á la botánica, quando el tiempo las descubra; ahora apuntaré lo poco que se ha descubierto, que creo muy útil al bien público.

Dexo á parte las baynillas, que en dichos bosques se crian, de unos sarmientos siempre verdes, que suben enredándose en los árboles. Hállase abundancia de unos árboles, llamados Cunasiri, en lengua Betoya y Jirara: son de tronco corpulento, y él color de la madera medio encarnado: todo [268] el palo es aromático, y todo el interior del tronco, y la misma corteza está penetrada de granos muy menudos, tan aromáticos como el incienso: no solo esto, sino las mismas raspaduras del Cunasiri, ó el aserrín que cae quando asierran tablas, puestas sobre las asquas, exâla el mismo olor del incienso.

Abunda tambien el cedro, y es la mayor parte de aquellas arboledas; pero lo singular es el cedro, que llaman blanco, á distincion del otro, que es de color encendido. Este cedro blanco se parece mucho, no en la hoja, sino en el color de la madera, y en lo dócil de ella á nuestros pinos: no arroja resina fuera de sí; pero quando se asierra para tablazón, se hallan concavidades, llenas de cierta goma aromática, mucho mas suave que el incienso: con esta diferencia notable, que si el cedro blanco es mediano, se halla dicha goma en sus concavidades quaxada, pero dócil y tratable, y de color algo dorado; si el cedro es mayor, se halla hecha granos la goma; y si es el cedro ya grande y añejo, dicha goma se halla hecha polvos amarillos; pero siempre con la misma fragancia y olor suavísimo. No léjos de la Capital del Nuevo Reyno se hallan tambien estos cedros, y es la madera mas usual en Santa Fe de Bogotá para todas las obras domésticas.

El palo de Anime es tan comun en dichos bosques, que apenas se da paso sin encontrarle en los rios Tame, Cravo, Macaguane y otros muchos: le pican los Indios el tronco con un machete, y por cada herida llora cantidad de resina tan blanca como la nieve, de un olor muy suave; y se ha experimentado, que su humo alivia grandemente [269] la cabeza, aunque esté con jaqueca; y quando ésta proviene de frio, con dos parches que se ponen

en las arterias que baxan de la cabeza por detrás de las orejas, se reconoce luego la mejoría; despues que esta resina está largo tiempo recogida, cria color algo amarillo; y no dudo que servira para otros muchos remedios, con el tiempo y la experiencia. Tres frutas, á modo de ciruelas verdes, echa el Anime de cada cogollo: jamás maduran, por lo que mira á poderse comer; porque siempre su jugo es un cáustico tan activo, que morder la fruta, ampollarse, y rajarse los labios, todo es uno: y yo, por curioso y por incrédulo llevé, aunque de mala gana, la mortificacion, que me duró algunos dias; el primero con los labios hinchados, despues llagados y rajados, hasta que poco á poco se fué quitando la acrimonia, y sanando las heridas.

En las selvas donde hay peñascos y piedras, se crian los algarrobos, que son árboles tremendos, y dexan caer de sus troncos quaxarones de goma de á dos y tres libras cada uno: es diáfana como el mejor cristal: no sabemos hasta ahora qué qualidades tendrá. Los Indios usan de ella para alumbrarse (171), así en los montes, como en sus casas: y es cosa bien digna de notarse, que clavado en el suelo un carámbano de aquella goma, prende la llama en la parte superior; y sirviendo sola la goma de pávilo y de pábulo, arde toda la noche, arrojando una llama muy clara, hasta consumirse toda. Se ha tirado á derretir con aceyte, con agua, con vino y con varios zumos de limón y naranja, y siempre queda dura; y por último, hecho el experimento en aceyte de Canime, de que luego [270] trataré, á fuego muy manso; ni aun es menester tanto: al calor del Sol se derrite, y se hace un licor espeso; el qual aplicado á los encerados de lienzo, los clarifica, y les da tal barniz, que parecen de vidriera cristalina. De esta novedad nos movimos á dar aquel barniz á algunos quadros, para defender sus pinturas del polvo; y es cosa singular cuánto aviva los colores: por vieja y deslustrada que sea la pintura, la renueva enteramente, y la defiende del polvo; ya se va entablando el dar este bello lustre al ropage de las estatuas despues del colorido; en las selvas donde no hay piedras, nacen estos algarrobos tambien; pero no dan resina alguna.

Los Indios Tunevos de nuestra Mision de Patute suben ácia el Páramo nevado de Chita, y traen grande abundancia de incienso, tan granado y tan aromático, que se confunde en el color y en el olor con el que se lleva allá de la Europa; y subiendo mas alto, hallan los árboles que dan la Otova; ó como dicen otros, Otiva: no es resina ni goma; es una como avellana blanca, que hallan dentro de las flores de aquellos árboles, tan blanda como una mantequilla: hacen bolas de á libra, y despues las venden á ocho reales de plata cada una; y por mucha que cojan, falta siempre, por los muchos que la buscan para remedio de sarnas, tiñas y otros males: especialmente es un admirable preservativo contra las Niguas, Piques ó Pulgas imperceptibles, que se entran hasta la carne viva. Es gran confortativo para el estómago: con una pelotilla del tamaño de una avellana, tomada, y dos sorbos de agua tibia encima, se quita el dolor de estómago: tomadas tres ó quatro [271] pelotillas del mismo tamaño, fomentadas con agua tibia, sirve de purga. El olor de esta Otova es fastidioso, y tan fácil ella para derretirse, que tomándola entre los dedos, con solo el calor natural, se reduce á aceyte; creo que el tiempo irá descubriendo muchas virtudes en esta Otova.

El Currucay es goma que llora el árbol de su nombre, después que le pican la corteza; es parecida al Anime, pero muy pegajosa: tiene el olor aromático, mas intenso y fuerte que el Anime: se entiende por los efectos, que es goma muy cálida; y la experiencia ha mostrado, que una vizma de ella quita la frialdad que se introduce en las descoyunturas (172) de huesos, y en los pasmos; lo que yo tengo experimentado es, que puesta una vizma de Currucay sobre los empeynes, después de bien estregados, los quita enteramente, sin ser necesario repetir el remedio. Otra resina, llamada Caraña, sacan los Indios; es de color encarnado, tiene el olor fiero: dícese, que es muy fresca, mas no se sabe aun qué utilidades, ó buenos efectos puede tener. El P. Pompeo Carcacio, que fué Misionero de los Tunevos muchos años, nos aseguró que en su tiempo trahian aquellos Indios Nuez moscada, tan parecida en todo á la que traen del Oriente, que no se podian distinguir unas nueces de otras; pero yo no la he visto, ni sé que hoy la saquen.

La resina rara, que todavía no se sabe de dónde la sacan los Indios Guaybas, Tunebos y Chiricoas, es la que ellos llaman Mara: es de color encendido; no tiene mal olor, aunque es singular é intenso: yo no sé qué conexión tiene con los Venados, que van en pos del que tiene Mara. [272] El uso de los Indios dichos es éste: en viendo algunos Venados, se untan el pecho y algo de los brazos con Mara: observan por dónde sopla el viento; y puestos allá, coge cada uno una rama para cubrir su cara, y llevan los arcos y flechas: luego que los Venados perciben el olor de la Mara, van en su busca muy levantadas sus cabezas, y embobados; con lo qual los Indios los flechan á su salvo: secreto es el de la Mara, digno de inquirirse.

El árbol, que en la Provincia de Cartagena llaman Merey, y en la de Casanare Caracolí, todo es útil; porque tomada el agua cocida, y tinturada con la corteza de este árbol, ataja las evacuaciones de sangre: su fruta es muy sabrosa, del color y casi de la hechura de una manzana; pero solo tiene una pepita, del tamaño de una almendra, afuera, en la parte opuesta al pezón: el caldo de esta fruta se fermenta como el mosto, y pasado aquel hervor, sabe á vino, y tiene el mismo color. La pepita de afuera tostada tiene el mismo sabor que las almendras tostadas; pero dicha pepita cruda, ó sin tostar, es un cáustico violento: vasta un pedacito de dicha almendra para abrir una fuente, ó levantar vegigatorio quando conviene.

En los rios de Chire, Tate, Punapúna, y otros muchos de aquellos Llanos, se halla la Zarza, tan celebrada y aprobada contra el mal gálico. En los repechos para subir á la Nevada y Páramo de Chita, se halla la raíz de China, aprobada contra muchos males; y se busca con ansia para poner dentro del jarro en que se bebe, ó en las tinajas de agua; por la experiencia, de que por mala que [273] sea la deseca, adelgaza y quita las malas qualidades: su color es entre encendido y amarillo: es raíz de poco bulto, y mucho peso.

En los troncos de las palmas nace el Polipodio: su tronco es delgado y peludo; por lo qual le llaman los Betoyes Sorroy umucosó, que es decir, Brazo de Mono: su hoja es casi como la de col, va creciendo y arrojando raíces á un lado y otro de la palma, con que atrae su jugo, y se tiene sin caer: la agua de la raíz del Polipodio se ha experimentado eficaz contra la tiricia, despues de bien cocida con dicha raíz; pero los Indios la usan

para sal, de que carecen; encienden fuego, y consumida la leña, echan sobre las asquas aquellas raíces de Polipodio; y el carbon que resulta de ellas, es salitre vastantemente intenso, el qual echan en su puchero para darle gusto de sal.

En aquellas selvas se halla tambien la pepita, que llaman de toda especie; y es propio el nombre, porque con ser del tamaño de una almendra pelada, el olor tira al de la canela, y en el picante no dista mucho de la pimienta y clavo: es saludable, y muchos la buscan á toda costa, para echar en el chocolate, y les alabo el gusto.

Aunque el nombre de la fruta que voy á pintar es feo, su virtud contra todo veneno de vívoras es admirable. En todos los Llanos de Varinas, Guanare y Caracas, y en los rios que por ellos baxan al Orinoco, se cria un árbol baxo, pero muy coposo, y carga de abundantes racimos de unas frutillas de la hechura y tamaño de nuestros fréxoles: es picante y aromática, y merecia mejor nombre que el que le dió la casualidad; y fué, que recogiendo su ganado algunos Pastores de aquel [274] Partido, picó una vívora al Garañón, que iba entre el atajo de Yeguas, el qual corrió velózmente á uno de aquellos arbolitos, y á vista de los Pastores empezó á comer de aquellos racimos de frutillas: quedó sano, y aunque jumento, dió aquella leccion á sus Pastores; los quales á su modo llamáron el árbol del Burro, y la fruta del Burro; ni es conocida por otro nombre. Son ya innumerables las curas que se han hecho y hacen de continuo, con tomar cinco ó seis pepitas, comidas enteras ó hechas polvos, y aplicar otras tantas machacadas sobre la herida venenosa; y reparé en los dichos Llanos, que todo hombre camina prevenido con buena cantidad de dichas frutas; porque como son llanuras grandes, y casi desiertas, abundan mucho las vívoras y otras muchas culebras. El árbol llamado Drago, se halla por aquellas selvas con abundancia: el jugo que destila por las heridas, que para eso le hacen, es de color de sangre, y por eso se llama Sangre de Drago, tan apreciable y medicinal, como todos ya saben.

En las dilatadas vegas del rio Apure y otros que entran en él, crece de suyo abundante arboleda de Cacao silvestre, y carga de fruto dos veces al año, como el que cultivan en los poblados. A éste recurren innumerables especies de Monos, Arditas y Papagayos, que logran por entero la cosecha, sin que haya quien se lo impida: no obstante, ya los Indios van á recoger quanto pueden porque hallan quien se le compre.

Los árboles mas coposos y hermosos de aquellas vegas, son los Cañafistulos: se cubren de flor amarilla; tanto, que no distingue la vista ni una [275] hoja durante la flor: luego cargan de fruto con una abundancia inmensa; pero todo cae y se malogra en el suelo, ménos los arboles que están cerca de poblado, que allí se logran aquellas algarrobas, y guardan su carne para muchos remedios: los Monos y otros animales gustan poco de aquella fruta, por el purgante que de ella sienten.

El árbol mas apreciable que se halla en el Orinoco y en todas sus vertientes, es el Cabima, que así le llaman los Indios; y entre los Blancos se llama Palo de aceyte. El mismo aprecio que se hace y con mucha razon de este aceyte, ha sida causa de los muchos nombres que tiene; tanto que apénas nos entendemos: y al nombrarle con otro nombre que el que cada uno sabe, le parece que ya es otro aceyte diferente. Verdad es que el

mismo árbol, y por la misma herida da tres aceytes muy diferentes á la vista; pero muy uniformes en sus efectos: es el árbol grande, coposo y corpulento: sus hojas bien parecidas á las del peral: la corteza de su tronco lisa, suave y gruesa: el tronco que este año dió aceytes, se está muchos años sin dar mas; como que ha menester todo ese tiempo para concebir y dar eficacia á tan excelente bálsamo: nace en lugares húmedos, como son junto á los rios y lagunas: un año ántes avisa el árbol del licor precioso que va preparando; y la señal es un tumor que va formando entre el tronco y corteza, á poca distancia del sitio, en que se divide en brazos y ramas, que es como el centro y la medianía, adonde todo el árbol remite aquel precioso humor, para formar el bálsamo. En el mes de Agosto empiezan los Indios [276] à recoger este aceyte; para lo qual, algo mas abaxo del tumor abren á punta de hacha una concavidad, capáz de la basija en que se ha de recibir; puesta ya la vasija, pican el tumor por la parte inferior, y cae todo aquel bálsamo que el árbol tenia prevenido: que si el árbol es grande, suele dar la primer vez de diez á doce libras. Este primer aceyte es espeso, á manera de miel refinada al fuego, y forma hebra al caer, ni mas ni ménos que la miel, y su color tira á pardo: quitada aquella vasija, dexan otra encajada, para que reciba el aceyte que queda goteando por la herida; este aceyte segundo ya es mas claro, y ménos obscuro su color: ponen finalmente tercera vasija despues de muchos dias, y el tercer aceyte sale mas líquido, claro y trasparente. El segundo y este tercero, es el que usamos para purgas, y vasta una cucharada, que no pase de media onza, para causar una grande operacion, sin el menor riesgo, y sin hacer cama; y aunque sea un Cabador, que ha de trabajar y mojarse, no tiene riesgo alguno la tal purga: solo requiere tomar agua tibia; y quantas veces la tomare, tantas evacuaciones hará: y en dexando de tomar agua tibia, cesa la operacion; de lo qual tengo larga experiencia: el aceyte primero y grueso tiene los mismos efectos; pero es mas amargo que los dos postreros: todos tres son maravillosos para todo género de heridas y para llagas. Los Indios, unos le llaman Cabima, por el árbol que lo cria: otros le llaman Curucay: los Blancos, corrompiendo el nombre Cabima, llaman aceyte de Canime: otros muchos le llaman aceyte de María, y éste es el primero que sale del árbol, que [277] con facilidad se quaxa, y parece unguento. La codicia que tienen los Holandeses de comprar estos aceytes de mano de los Caribes, es la causa principal de su amistad, y de los daños que han padecido y padecen nuestras Misiones: y el anhelo con que le buscan los Estrangeros, es prueba eficaz de las grandes virtudes que en dicho aceyte han reconocido.

Capítulo XXI

Variedad de peces y singulares industrias de los Indios para pescar; piedras y huesos medicinales que se han descubierto en algunos pescados

Con él recelo de que el ojéo y montería de los Indios, por ser entre selvas tan cerradas, no habrá sido tan apacible como se deseaba: volvamos los ojos á esos dilatados placeres del Orinoco, y à esa inmensidad de estendidas lagunas, en que divierte sus aguas quando crece; y á buen seguro que al ir registrando la multitud, variedad y propiedades de tan

innumerables especies de peces, cómo engendra y mantiene el Orinoco en sus vivares; y al ver y reparar las mañosas industrias con que los Indios los engañan y pescan, tenga un buen rato nuestra curiosidad, y mucha materia nuestras potencias, para excitarse y prorrumpir en alabanzas del admirable Autor de la naturaleza, que tan vária, útil y hermosamente adornó, y preparó tal casa y tal despensa para [278] los hijos de los hombres, sin reparar su Magestad en nuestra ingrata correspondencia á su divina mano liberal, y aun pródiga para nosotros.

La causa de la multitud increíble de pescado del rio Orinoco depende á mi ver del gran buque del mismo rio, y de las grandes lagunas á que se estiende, caños en que se divide, y multitud de caudalosos rios que recibe; todo lo qual ofrece conveniencia á los peces para sus crias, y pasto abundante para su manutencion; aunque creo que no todos comen, y que muchos solo necesitan del agua para vivir, crecer y multiplicar: consta del experimento hecho en Santa Fe de Bogotá por el Doctor Don Juan Bautista de Toro, quien en una redoma cristalina puso un pececillo, á quien jamás dió comida alguna, y solo le remudaba agua pura cada dia; con todo eso creció tanto, que llegó á no poder nadar en su corto y diáfano estanque. Es tanta la multitud de peces y de Tortugas, que la baba, excrementos y continua sangre que derraman, comiéndose e hiriéndose unos á otros, tengo por la causa principal, de ser el agua del Orinoco tan gruesa y de mal gusto como realmente lo es: lo qual sucede tambien en algunos rios de la Ungría, y se experimenta en las piscinas, estanques y criaderos de pescado, cuya agua, aunque entre clara, limpia y delgada, luego es todo lo contrario por la causa dicha de la multitud del pescado.

Lo que en esta materia causa mayor armonía es la novedad de especies y figuras de pescados, tan diversos de los de nuestra Europa, [279] que ni aun las sardinas son de la figura ni del sabor de éstas. Lo mas, que al reparar bien en aquellos pescados, podemos decir, es: éste se parece algo á la trucha, aquel se asemeja algo al lenguado etc.; pero nadie podrá decir: éste es como tal de la Europa, con semejanza adecuada. ¿pero qué mucho? quando es cierto que el pez, que allá se aviva en los rios de tierra fria, es totalmente diverso del de tierra caliente á bien que la cumbre en que estamos, por su altura, amenidad y buena sombra nos convida á divertir la vista. Y así reparen y verán en aquella ensenada quatro Canóas, que llevan los muchachos de la Doctrina, á boga arrancada; y sépase que es la cosa mas curiosa, y el modo mas raro de pescar que puede imaginarse; porque los peces llamados Bocachicos, Palometas, Lizas, Sardinas y otras muchas especies de pescado mediano saltan de suyo con tanta abundancia en las Canóas, que á no remar con tanta fuerza, y á no navegar con tanta velocidad, hundiera las Canóas la multitud que salta en ellas; porque cada especie de pescado tiene su temporada fixa para desovar; y á fin de lograr algunos huevos para su multiplicacion, los ha impuesto el Supremo Autor de la Naturaleza, en que dexadas sus madrigueras, busquen un raudal al propósito, en donde puestas las colas contra la corriente, sueltan la hueva, y abren al mismo tiempo sus agallas, para recoger en ellas los huevecillos que casualmente llegan, y estos únicamente se logran; siendo el resto pasto para los otros peces, cuya multitud al pié de dichas corrientes es inmensa, amontonándose una avenida de ellos sobre otras. [280] Pasan los muchachos ó adultos remando

por encima de aquella multitud de peces; los quales, espantados con el golpe de los remos, saltan sobre el agua por todas partes para escaparse, y gran parte de ellos cae en las Canóas. Este modo de pesquería se practica tambien en el rio grande de la Magdalena, y gustan mucho de él los pescadores de la noble y rica Villa de Mompox.

No quiero decir por esto, que todo pescado desova al modo dicho; porque tengo bien observado, que los Codoyes y las Guavinas ponen la hueva donde no hay corriente arrimada á la barranca, y se dan maña de tapparla con hojas y yervas, estando allí en centinela hasta que se avivan y salen los pececillos. El pez Mojarra, aun después de nacidos los acompaña á su lado hasta que están ya grandecillos; y los defiende con valor y vigilancia de los demás peces.

Quando suben estas avenidas de peces, que llaman ellos Cardúme y se ponen otros Indios á pié quedo en la orilla del Orinoco y de otros rios, y á todo su gusto flechan quantos quieren; porque la multitud de ellos, especialmente Payaras y Bagres, no da lugar á que yerren tiro. Estas Payaras en otros tiempos se pescan con otro modo singular, sin anzuelo ni flecha: solo atan reciamente en la extremidad de un palo un retazo de bayeta ó paño colorado, y toman carrera las Canóas á fuerza de remos, llevando otros los trapos levantados á cosa de una vara sobre el agua: da la Payara el salto, y con sus mismos colmillos, que son muy largos, se prende del trapo, y la atraen á la embarcacion, sin escape, ni remedio. [281]

Para los meses, en que Orinoco está crecido, no usan los Indios otra industria, que de unos fieros garrotes, y otros mas curiosos llevan sus lanzas: vanse á los Llanos baxos, adonde alcanza la creciente cosa de una vara de agua, allá sale toda especie de peces á divertirse y á comer, como fastidiados de haber estado tantos meses en el cauce del rio: allí se ven nadar entre la paja, y á todo su gusto los van aporreando los Indios, no como quiera, sino escogiendo: estos gustan de Bagre; aquellos de Cachama, los otros de Morcoto ó Payara: de todo hay, y para todos con una abundancia increíble.

Todavía logran mas abundante y mas fácil pesca, quando el rio Orinoco va baxando y recogiendo las aguas que tenia esparcidas; porque entónces atajan con fuertes cañizos las retiradas, y queda innumerable multitud de peces á su disposicion, en muy poca agua. Pero la cosecha inponderable de pescado es en las lagunas grandes, adonde entran innumerables Tortugas y Bagres, de á dos y tres arrobas de peso: Lauaos, de diez á doce arrobas; y sobre todo innumerable Manatí, de á veinte y treinta arrobas cada uno. A éste llaman los Européos Baca Marina; se mantiene de la yerva que nace á las riberas de Orinoco; y en quanto éste empieza á llenar las lagunas sale á ellas para lograr pasto mas fresco y abundante; luego que empieza á baxar el rio, observan los Indios el sitio por donde forma canal el desague de la laguna, que han escogido para almacén de pescado (no se le puede dar otro nombre á la abundancia que allí encierran para muchos meses.) Concorre toda la gente del [282] Pueblo, forman estacas de largo competente, y muy gruesas, para que resistan á los golpes y avenidas de los disformes peces, que á tropas dan repetidos y casi continuos asaltos contra la estacada, buscando el centro del rio. Ponen las estacas bien clavadas y juntas, tanto, que dan paso al agua; pero no al pescado de

primera magnitud, ni á las Tortugas: refuerzan su estacada con vigas fuertes, que atravesando la canal de barranca á barranca, hacen espalda á las estacas; y para mayor seguridad apuntalan con troncos firmes estas vigas, que sirven de atravesaños. Parecerá ocioso tanto trabajo; pero las avenidas de Manatíes, que porfian contra esta tapa, son tales y tantas, que el año que solo la refuerzan dos ó tres veces, es feliz. No es ponderable, ni cabe en la pluma expresar la multitud de peces grandes, que queda asegurada á la disposicion de los Indios; Podráse colegir por el que sacáron en la laguna de Guariruána en la grande persecucion de los Caribes del año 1735: juntáron los Misioneros en aquel Pueblo de San Ignacio de Guamos hasta noventa hombres de armas, para que juntos con los Indios hiciesen frente á los rebatos y avenidas de los Caribes, que habian protestado no volverse á sus tierras, sin destruir del todo nuestras Misiones: para lo qual, con arte diabólica cortáron los platanales, arrancáron los yucales, y pegáron fuego á las troges del maíz para hacer mas cruda guerra con la hambre que con sus armas, durante aquella total falta de maíz y yuca. El Bagre, Cacháma Morcoto, Laulan y Manatí asado servía de pan á los noventa huespedes y á los Indios del Pueblo, y el mismo pescado [283] servia guisado en ellas de vianda. ¡Excesivo consumo! pero llevadero, á vista de la laguna, que bien tapada, daba largo y sobrado abasto á todos cada día, y todos los meses que se hubo de mantener la dicha Guarnicion. Todas las mañanas trahian dos lanchas cargadas de Manatí y otros pescados y Tortugas; y quando era menester, trahian por la tarde las lanchas con segunda carga, sin que este gasto tan grande hiciese disminucion conocida en dicha laguna; en tal manera, que llegado el tiempo de destapar las lagunas, para que el pescado que sobra se vuelva al rio, y no muera por falta de agua, se olvidáron los Indios de quitar la tapa de esta laguna; y quando se acordáron y fuéron, segun me aseguró, como testigo de vista, el Padre Bernardo Rotella, Misionero de los Guamos, halláron muertos mas de tres mil Manatíes, y otra grande multitud de pescado; porque no habiendo quedado sino media vara de agua, todo aquel á quien daba el Sol en el lomo, iba muriendo; y solo la inmensidad de Tortugas, que se contentan con poca agua, estaba dominante, y con ellas se fué manteniendo la gente mucho tiempo; de modo, que la abundancia de pescado y Tortugas del Orinoco apénas es creible á los que la ven y tocan con sus manos; ¿qué dirémos de los que esto leyeren?

Ni por eso dexan de pescar en los rios pequeños y arroyos, para variar de plato ó de divertimento; dos especies de raíces crian para este propósito: la una llaman Cúna: crece al modo de la Alfalfa, y cria la raíz semejante á los nabos, ménos en el olor y sabor: uno y otro son tan molestos [284] para el pescado, que machacadas algunas raíces, y labadas en el agua, lo mismo es oler su actividad, que embriagarse y atontarse los peces; de modo, que con la mano los van pasando á sus canastos los Indios: el resto del pescado huye apresuradamente agua arriba y abaxo; los que tiran ácia arriba, se encuentran con una fila de Indios, que aporreando el agua con garrotes, los hacen revolver con los demas agua abaxo para su ruina; porque los mas se aturden con la fuerza de la Cúna. Los mayores, que corren mas, y tienen mayor resistencia, se encuentran con el rio atajado con un cañizo algo mas alto que el agua; topan, vuelven atrás, vuelven á encontrar con el olor de la Cúna, y redoblando la fuerza, dan un

salto sobre el cañizo de la tapa, y caen sobre otro cañizo grande, que á espaldas de la tapa tienen prevenido los Pescadores; y así no hay por donde evadir la trampa. Esta es pesquería muy divertida, y de ordinario muy alegre para los Indios; porque á éste, un pescado al saltar, le da en la cara, al otro en las costillas: los restantes hacen trisca, y lo celebran con chacota, y luego les sucede lo mismo, de que se rien.

La otra raíz con que pescan á este mismo modo, se llama Barbasco: es del mismo color y hechura que el de un tronco de parra, y tiene también la fuerza de la Cúna.

Muy fácil y curioso es el otro modo con que las Indias pescan con Cúna: muelen el maíz cocido, y apartada una pelota de aquella masa, con la restante muelen una ó dos raíces de Cúna, hasta que se incorpora bien: vase al río ó arroyo pequeño mas cercano, y va arrojando aquella masa, que no está inficionada: concurren á la golosina [285] gran cantidad de sardinas, lizas, codoyes y otros de aquellos peces medianos: ya que los tiene engolosinados, echa mano de la otra masa inficionada con Cúna, y entran sus hijitos en el agua quatro pasos mas abaxo del charco, cada qual con su cesto. Es gusto ver la brevedad con que coge pescado para toda su familia; porque va arrojando pelotcas á toda priesa, y con la misma las van tragando los pececillos, y con aquella píldora quedar borrachos, y sin movimiento todo es uno: la corriente los va llevando abaxo, y los chicos con mucha bulla y algazara los recogen; es por cierto modo raro de pescar, y fuera del útil que da, es rato divertido.

La destreza con que un Indio de Orinoco sale en su Canóa, sirviendo su muger de Piloto, clava un arpón al Manatí, y lo lleva al Puerto, es cosa admirable: la muger va remando; el marido va en pie, observando quando el Manatí se sobreagua para resollar: lo qual hace cada dos ó tres credos; y lo mismo es asomarse, que clavarle un recio arpón de dos lenguetas, el qual está prendido en una sogá muy fuerte y larga, hecha de cuero de Manatí, que es mucho mas grueso que el cuero de Buey; la otra punta de la sogá está atada en la proa de la Canóa: luego que el Manatí se siente herido, corre con la velocidad de un rayo, á veces una legua, á veces mas, llevando tras sí la Canóa; en la qual con ambas manos, y con mucho riesgo, se afianzan el marido y la muger: luego que paró el Manatí, le va llamando por la sogá poco á poco el Indio, hasta que ya cercano reconoce el pez la Canóa, y emprende segunda carrera con la misma velocidad, pero no [286] tan larga: llámalo por la sogá segunda vez, y al acercarse, toma tercera carrera; en la qual infaliblemente se cansa y se sobreagua boca arriba, ya sin fuerza: entónçes llegan con la Canóa, le abren el vientre, y luego que le entra agua por la herida, se muere. ¿Y ahora qué hacemos en medio de un río de una legua de ancho, con un Manatí de veinte, y aun de treinta arrobas, casi tan largo como la Canóa? ¿cómo, entre solos marido y muger, meterán dentro de la Canóa el Manatí, en sitio donde no hay fondo para afirmar los piés? la singular maniobra, que practican todos los días, es de este modo: se arrojan ambos al agua: con los piés y la una mano nadan, y con la otra mano abocan el bordo de la Canoa, para que coja agua, hasta quedar casi llena. Entónçes con gran facilidad rempujan la Canóa, y la ponen debaxo del Manatí, y tomando una vasija, llamada Tutúma, que para el caso cargan en la cabeza, encajada á modo de un gorro, empiezan á sacar agua de la Canóa, y al paso mismo que la desaguan, se va levantando y

sobreaguando, y recibiendo en su hueco al Manatí; de modo, que acabada de agotar el agua de adentro, ya la Canóa recibió sobre sí el peso de todo el Manatí, quedando sobre el agua suficiente bordo para navegar: entónces el Indio sube, y sentado sobre la cabeza del Manatí, y la India sobre la cola, van bogando puesta la proa al Puerto, donde esperan ya los parientes del Pescador, y los que no lo son: y no hay hombre pobre, porque se reparte con gran liberalidad.

Es la figura del Manatí, ó Baca marina, muy irregular, y diversa de todo otro pescado: ya dixé [287] que se mantiene de la yerva y ramas que se crian á las márgenes del rio: la dentadura toda, y modo de rumiar, es propia de Buey: tambien son muy semejantes á los del Buey su boca y labios, con semejantes pelos á los que tiene tambien el Buey junto á la boca: en lo restante de la cabeza no se le parece; porque los ojos son muy pequeños y desproporcionados á su grande mole: sus oídos apénas se pueden distinguir con la vista; pero oye de muy léjos el golpe del remo: por lo qual los Pescadores bogan sin sacar el remo del agua, por no hacer ruido: no tiene el Manatí agallas, y así necesita sacar cada rato la cabeza para resollar. A distancia proporcionada de la cabeza tiene dos brazuelos anchos, á modo de una penca de Tuna: estos no le sirven para nadar, sino para salir á comer fuera del agua: quando está el rio baxo, va y vuelve muy despacio, y los Indios, y tambien los Tigres suelen caerles encima: baxo de dichos brazuelos tiene dos ubres con abundante leche, y muy espesa; luego que pare la hembra, (pare siempre dos, macho y hembra) se los aplica á las ubres; (el cómo, solo Dios lo sabe) y cogido el pezón, aprieta á sus dos hijos con ambos brazuelos contra su cuerpo, tan fuertemente, que aunque nada, brinca y salta fuera del agua con todo el cuerpo, jamás se desprenden las dos crias de los pechos de su madre, hasta que tienen dientes y muelas; entónces los arroja de sí, y van junto á ella aprendiendo á comer lo mismo que come su madre. Al nacer las crias, ya cada una pesa á lo ménos treinta libras: digo esto con toda certidumbre; porque habiendo pagado (como se acostumbra) á dos Pescadores, para [288] que me traxesen un Manatí, acertáron á traer una hembra preñada, que es quando están mas gordas: su tamaño era tal, que entre veinte y siete hombres, con sogas y palos no la (173) pudiéron sacar de la lengua del agua, donde habian bolcado la Canóa los Pescadores, que ese es el modo de descargar. Viendo que las sogas se quebraban, y que trabajaban en vano, la mandé abrir, para que sacadas las entrañas, mas facilmente la traxesen á tierra: con el resto de las entrañas sacáron las dos crias, que pesadas por romana, cada una pesó arriba de veinte y cinco libras; y así, á todo seguro dixé, que quando nacen, ya pasan de á treinta libras cada una.

La piel ó el cuero ya dixé, que es mas recio y grueso que el de un Toro, y tiene en tal qual parte algunos pelos algo mas largos que los del Toro: su cola es de hechura contraria á la de todos los peces; porque estos la tienen de alto á baxo en forma de timón, y realmente les sirve de timón; pero la cola anchurosa del Manatí es á modo de un grande círculo, que da vuelta de la extremidad derecha del cuerpo á la izquierda, y de ordinario tiene una vara de travesía, y á veces mas por qualquiera parte que se mida. El grueso es correspondiente, y todo quanto contiene fuera de las ternillas en que remata el espinazo: todo lo demás del interior es grasa ó pura manteca: despues del cuero tiene quatro telas, dos de grasa,

y dos de carne muy tierna y sabrosa: el olor, quando la están asando, es de Lechón, y el sabor de Ternera; las costillas son mas dobles y recias que las de un Buey; y entre la última juntura del pescuezo y el casco de [289] la cabeza, tiene una chocoziela redonda, del tamaño de bola de truco: este hueso es remedio experimentado contra fluxos de sangre, y para este efecto se busca y encarga con ansia. Del cuero forman rodellas los Indios para reparar las flechas en sus guerras. Un día ántes que llueva, dan grandes saltos fuera del agua: véase á Herrera (174).

Los Lauláos, que tambien son de estraña magnitud, y de carne muy sabrosa, caen en anzuelo, que hacen muy grande y recio para que no le rompan: despues que ha tragado el cebo y el anzuelo, le dexan dar tres carreras como al Manatí, para sacarle al seco despues de cansado. Los habitantes blancos del rio Apure atan la punta de la sogá á la cola de un caballo, y la otra extremidad con anzuelo y cebo la arrojan al rio; y lo mismo es prenderse el Lauláu, que meter espuelas al caballo el ginete, que está esperando encima, y no detiene la carrera, hasta que está en la playa seca el Lauláu; y es buen lance; porque algunos de ellos pasan de doce arrobas para arriba.

La Curbináta es pescado mediano, el mayor llega á dos libras, y abunda mucho en el rio Orinoco: es de gusto suave y especial; pero por lo que grandemente se aprecia, es, por las dos piedras que cria en la cabeza, del tamaño de dos almendras sin cáscara: su color de perla fina, y [290] sus visos de nácar. En el mismo sitio donde debian estar los sesos (si los tubiera) allí se quaxan aquellas dos piedras, dividida la una de la otra con una membrana. Estas que llaman piedras de Curbináta, se buscan y se compran á qualquier precio por la singular virtud que tienen contra la retencion de la orina: sus polvos, en solo el peso de tres granos de trigo, tomados en una cucharada de agua ó de vino tibio, hacen correr la orina; pero se ha observado, que si no se guarda la dosis, y hay exceso en la cantidad de dichos polvos, se laxân de tal modo los músculos, que no se puede retener la orina.

Concluyamos este capítulo con otro modo de pescar tan peregrino, que el Padre Procurador Matías de Tapia, en el Memorial, que sobre las Misiones del Orinoco presentó al Rey nuestro Señor, le expresa como cosa muy singular, y omite los que yo llevo referidos (175).

A poco mas de cinquenta leguas de esta eminencia en que estamos, siguiendo agua arriba, se destroza este rio, en el raudal de los Adoles (del qual hablé ya) (176), estrellando sus corrientes tres veces por otros tantos despeñaderos; en el último de los quales sobresale una peña llana, tan capáz, que en ella vive de asiento un Pueblo entero de la Nacion Adole (ó Atúre, segun su lengua). Allí todos se ocupan en la pesca, sin otro arbitrio para pasar la vida; pero no les falta grano, legumbres, frutas ni cosa alguna de las que componen [291] el corto menage de los Indios; porque las gentes comarcanas les traen todo lo necesario á trueque de pescado, que almacenan con grande copia despues de seco al calor del Sol y del fuego. El pez Cuero da horror por todas partes, y solo el estruendo con que se precipita tan caudaloso rio, aturde, y queda impreso en los oidos de los que han estado allí uno ó dos días; porque violentada el agua de los dos primeros precipicios, choca con notable furia contra esta elevada peña; la que, ó porque Dios la crió así, ó porque la continua y

violenta fuerza de las corrientes las han abierto, tiene muchas canales y profundos boquerones por donde se precipitan muchos raudales, y con ellos grande multitud de peces grandes, medianos y pequeños, de notable variedad de especies. Para lograr la pesca han inventado unos canastos tan grandes y firmes, como requiere el furioso golpe de agua que reciben, y el peso gravísimo del pescado, que cae de cabeza con ella, con tanta mayor precipitación, que la del herido del molino, quanto va de un río formidable á una corta canal: texen dichos canastos ó nasas de un género de mimbres largos y correosos, llamados Bejucó, dándoles como dos varas de fondo, y vara y media de boca, con muchas asas firmes para las sogas, hechas á correspondencia de la máquina, del peso y del golpe que han de sufrir: llenos ya los canastos, los sacan, no sin industria, fatiga y riesgo; y en fin logran su trabajo.

De los Caymanes ó Cocodrilos, de otros muchos peces dañinos, y en especial de la sangrienta voracidad de los Guacaritos, trataré en la segunda [292] parte. Ahora veamos brevemente la mayor pesca del río Orinoco, si pesca se puede llamar la de las Tortugas.

Capítulo XXII

Cosecha admirable de Tortugas que logran los Indios del Orinoco: huevos de ellas que recogen; y aceyte singular que sacan de dichos huevos

Es tanta la multitud de Tortugas, de que abunda el Orinoco, que por mas que me dilate en ponderarla, estoy seguro, que diré ménos de lo que realmente hay; y al mismo tiempo conozco, que no faltará alguno, que al ver ésta mi relacion ingénuo, de lo que tan repetidas veces he visto experimentado y tocado con mis manos, me tenga por ponderativo; pero es cierto, que tan dificultoso es contar las arenas de las dilatadas playas del Orinoco, como contar el inmenso número de Tortugas que alimenta, en sus márgenes y corrientes. Del increíble consumo que hay de ellas, se podrá inferir su multitud: á bien que la tarde está apacible, y todavía hay tiempo para ver, como todas las Naciones y Pueblos de los Países comarcanos, y aun de los distantes, concurren al Orinoco con sus familias á lograr la que llamé cosecha de Tortugas; porque no solo se sustentan los meses que dura, sino tambien llevan abundante provision de Tortuga seca á la lumbre, é inmensa cantidad de canastos de huevos [293] tostados al calor del fuego; pero lo que principalísimamente atrae á las Naciones, es el logro del aceyte que sacan de los huevos de las Tortugas en cantidad excesiva, para untarse todo el año dos veces al dia, y para vender á otras Naciones mas remotas, que no pueden, ó por temor no quieren baxar al río Orinoco.

Luego que al baxar dicho río empieza á descubrir sus primeras playas por el mes de Febrero, empiezan á salir tambien las Tortugas á enterrar en ellas sus nidadas de huevos; primero salen las que se llaman Terecáyas pequeñas, que apenas tienen una arroba de peso: ponen éstas veinte y dos, y á veces veinte y quatro huevos, como los de gallina; pero sin cáscara: en lugar de ésta, estan cubiertos con dos membranas, una tierna y otra mas doble. Entre estas Terecáyas salen á poner tambien todas aquellas Tortugas, que el año antecedente no halláron playa para esconder la

nidada, ó no les diéron lugar las otras Tortugas por su multitud. Estas Tortugas grandes, que en llegando á tener tres años, pesan dos arrobas sin falta, (como lo he experimentado yo con la romana) ponen cada una sesenta ydos, y de ordinario sesenta y quatro huevos redondos, mayores que los de las Terecáyas, y de membrana tan fuerte, que los Indios juegan con ellos á la pelota en las playas, y tambien apedrean con ellos por modo de juego: en cada nidada de éstas se halla un huevo mayor que los otros, y de él sale el macho, y el resto de la nidada son hembras. Al mismo tiempo empiezan á concurrir al Orinoco por todas partes avenidas de Indios de todas las Naciones dichas: forman sus [294] chozas pajizas los unos; otros se contentan con clavar palos, para colgar de ellos las redes en que duermen. Tambien concurren multitud de Tigres á voltear y comer Tortugas, que realmente vuelven fastidioso el paseo y regocijo de los Indios; y á la verdad, por mas cuidado que pongan, cada año se comen los Tigres algunos de aquellos pobres Indios, que no tienen otro modo de ahuyentarlos de noche, que con el fuego, que miéntras arde, espanta á los Tigres.

Las Tortugas, temerosas del Sol, que las suele su calor dexar muertas en las playas, salen á los principios de noche á poner sus nidadas; pero entrando mas el tiempo, es tanto el concurso de ellas, que una multitud que salió, impide el paso á que salgan otras innumerables, que con sola la cabeza fuera del agua, están esperando oportunidad para salir: y así luego que ven paso, salen á descargar de un golpe todos los huevos, cuya carga no pueden tolerar sin gran trabajo, sin reparar en el Sol y calor, que les cuesta á muchas la vida.

Tres cosas curiosas tengo reparadas en las nidadas de las Tortugas: la primera, que despues de cabar con gran trabajo el hoyo en que dexan de una vez todos los huevos, tienen grande industria en taparlos; de modo que por ninguna seña se pueda conocer que allí hay nidada; para esto dexan el suelo igual con lo restante de la playa; y para que la huella y señales que con los piés dexan en la arena, no sirva de guia, pasan una y muchas veces por encima del sitio de la nidada, y dan muchas vueltas al contorno, para confundir la señal; pero en vano; porque donde hay huevos, [295] como la arena quedó fofa, al pasar, se hunde el pie, y por esta seña se hallan los huevos á los principios; pero después, en la fuerza del poner todas, ya no hay que andar buscando; porque en los mismos arenales, en que pusiéron las primeras, ponen las segundas y terceras, y mas; tantas, y tanto, que al cabar éstas últimas é intermedias para poner los huevos, ya entre la arena sacan otros, y así todo queda inundado de huevos á montones: donde quiera que los Indios escarben, hallan con toda abundancia quantos quieren.

La segunda curiosidad que tengo observada, poniendo un palo clavado junto á la nidada recién puesta; es, que á los tres días cabales ya están no solo avivados y empollados los huevos, sino también se hallan los Tortuguillos fuera de los cascarones: ¡tanta es la fuerza del Sol y la intension del calor, que por sus rayos reciben aquellos arenales!

La tercera cosa que noté, es, que ya salidas de sus cáscaras las Tortuguitas, que son por entónces del tamaño de un peso duro, no salen de día fuera de su cueva: ya les avisó la naturaleza, que si salen de día, el calor del Sol las ha de matar, y las aves de rapiña se las han de llevar: salen pues con el silencio y fresco de la noche; y lo que me causó mas

admiracion, es, que aunque la cuevecilla de donde salen, esté media legua, ó mas, distante del río, no yerran el camino, sino que via recta se van al agua. Esto me causó tanta armonía, que repetidas veces puse las Tortugas á gran distancia del rio, llevándolas cubiertas, y haciéndoles dar muchas vueltas [296] y revueltas en el suelo, para que perdiesen el tino; pero luego que se vehian libres, tomaban el rumbo derechamente al agua, obligándome á ir con ellas, alabando la providencia admirable del Criador, que á cada una de sus criaturas da la innata inclinacion á su centro, y modo connatural de llegar á él: ¡gran reprehension nuestra, que aun alentados de los eternos premios, y amenazados con imponderables castigos, apenas acertamos á tomar la senda derecha de nuestro último fin y centro de la Bienaventuranza, para que Dios nos crió!

Por este tiempo madrugan los Indios y las Indias; aquellos vuelcan quantas Tortugas quieren, dexandolas el pecho por arriba tan aseguradas, que no se pueden menear; porque aunque con manos y piés tiran á enderezarse, es tan alta su espalda, que ni con piés ni manos alcanza á tocar el suelo, para hacer fuerza é hincapié: luego las van cargando á sus ranchos, en donde quedan aseguradas, dexándolas volteadas al modo dicho: entre tanto las mugeres con sus hijos se ocupan en sacar y llevar canastos, así de huevos, como de Tortuguillos á los ranchos. De los huevos levantan formidables montones, y á los Tortuguillos mantienen en los mismos canastos, para que no se escapen al rio, como lo hacen todos quantos pueden; tambien caban la arena, y abren pozas al peso del agua del rio; y trasminada ésta hasta las pozas, descargan en ellas grandes cantidades de dichos Tortuguillos para ir comiendo; que á la verdad, cada uno es un buen bocado y sin hueso; porque hasta las mismas conchas son tiernas y sabrosas; y no es creible ni [297] reducible á guarismo la multitud de Tortuguitas tiernas, que cada una de tan innumerables familias come cada dia.

Pero mucho mayor es la cantidad de huevos que consumen, ya en la comida, ya en la fabrica del aceyte; tanto, que con ser el rio Orinoco tan grande y de primera magnitud, es dictámen de los prudentes y practicos de aquel Pais, que á no haber tan exôrbitante consumo de Tortugas, de Tortuguillos y de huevos, como llevo apuntado, fuera tal la multiplicacion y multitud de Tortugas del Orinoco, que se volviera innavegable, sirviendo de embarazo á las embarcaciones la multitud imponderable de Tortugas, que de tal inmensidad de huevos (si se lograran) habian de redundar en aquel grande rio; y yo soy del mismo parecer. Al modo que se escribe de Terra-Nova, que en sus mares cerca de la Pesquería del Banco, adonde tantas Naos concurren, se afirma haber tanta multitud de Bacallao, que á veces niega el paso á los Navíos, los estorba y retarda: tanto hay, que cada Pescador coge al dia quatrocientos Bacallaos (177); vamos ya á ver como fabrican el aceyte, que como dixé, es su principal interés.

Laban las mismas Canóas en que navegan, las sacan á la playa, echan en ellas algunos cántaros de agua, y luego van labando canastos de huevos de Tortuga, hasta que no les queda pegado ni un grano de arena; y ya limpios, los van echando en las Canóas, dentro de las cuales están los muchachos [298] pisándolos, del mismo modo que acá se pisan los racimos de ubas para extraer el mosto. Ya que las Canóas están suficientemente cargadas, se dexan descubiertas al batidero del Sol: toman calor las

Canoas, el agua y los huevos que se han batido en ella, y á poco rato se sobreagua un licor muy sutil y muy claro, que es lo olioginoso de los huevos, que lo son tanto, que á mi vista, y no sin maravillarme, he visto poner la sartén ó la cazuela seca al fuego, y ya que está bien caldeada, echan los huevos de Tortuga bien batidos, y al tocar la sartén ardiente, arrojan tanto aceyte de sí, que vasta para freir la tortilla, con el seguro de que jamás se pega, ni á la sartén, ni al barro de la cazuela.

Miéntas el calor del Sol va elevando aquel aceyte sutil, ponen las mugeres cada una su cazuela grande al fuego: los Indios con conchas sutíles, y muy al propósito van extrayendo el aceyte de la superficie del batido de las Canóas; y trasponiéndolo á las cazuelas, en ellas, á la fuerza del fuego, hierva y se purifica; y si con las conchas tomáron algo de los huevos batidos, queda aquella parte crasa frita en el fondo de las cazuelas: lo qual hecho, van llenando gran numero de vasijas, que para ello traen prevenidas, de aquel aceyte bellissimo y puro, mucho mas claro que el aceyte de olivas, y también mas sutil y delgado; lo qual experimenté delante de sugetos de toda graduacion, que no lo querian creer. De este modo llené medio vaso de aceyte puro de oliva, luego sobre éste añadí otro tanto aceyte de huevos de Tortuga: ¡cosa rara! luego empezáron uno y otro á dar vueltas de arriba á abaxo [299] en el vaso, qual arriba, y qual abaxo hasta que empezándose á mezclar por el centro, se confundieron enteramente uno con otro, perdiendo ambos su color, y resultando un color albugíneo, al modo del que tiene la leche muy aguada, y paró aquella mútua contienda y movimiento. Sosegados ambos licores por espacio de media hora, y algo mas, empezó el aceyte de huevos de Tortuga á sublimarse, y á breve rato quedó sobre el aceyte de oliva, al modo que éste se mantiene sobre el agua, quedando uno y otro en su color natural como ántes; pero volvamos á la narracion.

Llegada la hora de comer, (aunque todo el dia están comiendo, por via de golosina, huevos y Tortuguillos) para entonces una sola Tortuga da tres abundantes platos, y muy diferentes, que dan largo pasto á la familia, por mucha que sea; porque rajada por ambos costados la Tortuga, la extraen cinco quartos, que son: cabeza y pescuezo, los dos piés, y los dos brazuelos de las manos, que han menester una olla de buen buque para que quepan. Antes de echarlos en la olla, les quitan unas grandes pellas de manteca tan amarilla, como las hiemas de los huevos (y ésta es otra ganancia, que llevan á sus casas, y muy considerable; porque la Tortuga que ménos, da dos libras de dicha grasa). Puesta ya la olla al fuego, el marido coge entre las manos la concha de la Tortuga, que corresponde á la espalda, y la muger la concha, que corresponde al pecho; y despues que cada qual pica bien la carne, manteca y gran cantidad de huevos, que quedan pegados á la concha, las mismas conchas sirven de olla, y [300] sin el menor riesgo de que se quemen: ántes que el potage esté á punto, las ponen en los fogones, con que tienen para principio el gigote, que se preparó en el pecho, muy sabroso y tierno; y hasta el mismo pecho les he visto comer; porque queda aquella concha (178) muy penetrada de manteca, y tierna: luego se sigue el guiso ó picadillo de la concha principal: éste es un regalo, y se llama garapacho; no sé porqué. Y finalmente, entra en tercer lugar la olla, y todo se corona con abundante chicha, que llevan prevenida para toda aquella temporada; en la qual no es creible quanto

engordan aquellas gentes, especialmente los muchachos y chusma, y con razon; porque el Padre Manuel Román, ya otra vez citado Superior actual de nuestras Misiones de Orinoco, me aseguró muchas veces, que habiendo nacido en Olmedo, y crecido en Valladolid y Salamanca, no echaba menos el rico Carnero de aquellos Países á vista de las Tortugas del Orinoco: y esto mismo ohí tambien á otros Padres Españoles de aquellas Misiones.

Pero no para aquí la grangería y útil de los Indios; porque fuera de la inmensidad de los huevos que comen, y de los que consumen para su aceyte, forman tambien unos largos cañizos, donde puestos innumerables huevos al fuego manso y al calor del Sol, los ponen secos á modo de higos pasados, y despues llevan grande abundancia de canastos llenos de dichos huevos á sus casas; y para que se conozca la abundancia, por solo un cuchillo venden quatro canastos de estos huevos secos, que podrán tener hasta mil huevos.

Llevan tambien al fin del paseo tantas Tortugas, [301] quantas pueden sufrir las Embarcaciones sin hundirse; y para que vayan sujetas, ántes de embarcarlas, las atan fuertemente una mano contra otra, y del mismo modo las atan y travan los piés. De esta especie de Tortugas lo que me causó novedad, es, la multitud de huevos que cada una tiene dentro de sí; porque fuera de las sartas (que así están) que ha de poner este año, mas adentro tiene ya los que ha de poner en el otro casi del mismo tamaño; pero sin aquella tela ó membrana blanca que despues tienen: y para el tercer año tiene los que ha de poner, del tamaño de balas de mosquete: para el quarto, del tamaño de balas de escopeta: para el quinto, son á modo de municion gruesa; y á este modo en diminucion vamos á dar á una confusion de huevas como semillas de nabo, mostaza etc., que Dios solo sabe para quantos años tienen aquellos animales prevencion de crias.

Concluyo este capítulo con la útil cosecha de miel de abejas, que casi continuamente recogen los Indios del Orinoco. Es tanta la abundancia de enjambres, que no se halla palo hueco, árbol ni rama cóncava, donde no se halle colmena con abundante miel: la que sacan con facilidad, dando la puerta de las abejas, ó derribando y rajando el tronco sin temor de ellas, que no pican, ni gastan el agujón de las de acá; y así luego vuelan, y se van á buscar otra rama hueca. Es tanta la miel que recogen, que por un cuchillo venden los Indios cinco frascos de ella despues de despumada y colada, y todavía abundara mas, si una especie de Monos pequeños ó Micos no persiguieran las colmenas. Se pone el Mico á la puerta, [302] y al salir y entrar, va pillando y comiéndose las abejas, hasta la última: despues, si puede meter la mano, no dexa panal en la colmena; y si no puede, mete la cola, y como sale untada de miel, se va saboreando con ella, hasta que ya la cola no alcanza mas, ni halla arbitrio para lograr la restante.

Ni á nosotros nos resta ya luz del dia, sino para baxar á la Mision de que salimos: vamos por estotro lado, que aunque es mas larga, es ménos pendiente la baxada: los Padres Misioneros ya nos estarán esperando: allá proseguirémos con nuestros discursos mas despacio: y tratarémos puntos y materias mas curiosas, y de mayor importancia.

Capítulo XXIII

Método el mas practicable para la primera entrada de un Misionero en aquellas tierras de Gentiles, de que trato, y en otras semejantes

Dos intentos consigo en este capítulo: el primero, satisfacer á muchas personas, que han deseado y desean saber lo que contiene el título propuesto: el segundo será, deshacer al mismo tiempo un agigantado monte de dificultades, que al oír nueva entrada á Gentiles incógnitos, se forma aun en la mente del Misionero mas fervoroso; porque por mas que lo sea, es hombre, y como tal, aunque el espíritu esté pronto, vigoroso y ágil, no así la carne, que es enferma y flaca, tanto, [303] que en semejantes ocasiones se llena de sudor frio, no sin congojas; porque el conocimiento de la infidelidad é inconstancia de los Gentiles, en cuya busca toma el viage, le representa el peligro de su muerte, como próximo, y muy factible, no sin pavor y tédio; pero la firme confianza en Dios lo vence todo.

Fuera de esto, quedarán instruidos tambien muchos Varones Apostólicos, cuyo amor de Dios y del próximo, les hace abandonar sus Patrias, para salvar aquellas almas destituidas de todo cultivo espiritual. Estos Operarios, llevados del ímpetu de su espíritu (aun desde la Europa) se imaginan en aquellos bosques, selvas y playas de los rios con un Crucifixo en las manos, ponderando á los Gentiles: las finezas de aquel Divino Señor etc. y no ha de ser así á los principios.

Con un símil me daré á entender: los aguaceros recios, que suele haber en el Verano con aparatos de truenos y relámpagos, caen sobre la tierra árida, y sobre las plantas marchitas por los rigores del Sol, y al punto aquella se refresca, y éstas reverdecen; y como que resucitan á nueva vida, muestran en su lozanía y verdor lo oportuno del beneficio; y á pocos dias que prosigue el Sol haciendo su oficio, queda la tierra casi tan árida, como estaba, y los árboles y plantas tan marchitas, ó poco ménos que ántes. Al contrario, las aguas que reparten las nubes en el Invierno, son de ordinario ménos recias y menos ruidosas; pero aunque mansas, son permanentes, y van poco á poco embebiéndose en la tierra: los árboles, plantas y sembrados muy poco, ó casi nada, se dan por entendidos, ni aquellos se visten de hojas, ni se coronan [304] de flores, ni estos dan mas muestras que de estar vivos, aunque marchitos al rigor de los hielos: esto es á lo que se ve por defuera; pero allá en sus raíces van acaudalando el vigor, los sembrados, para dar copioso grano; las viñas, generoso vino, y los árboles, segun su variedad, abundantes frutas. No de otro modo sucede en las Misiones, que llamamos circulares, entre Cristianos viejos; ¿qué de confesiones generales? ¿qué escándalos quitados? ¿qué de casamientos necesarios no se contraen? ¿quántos se revalidan? ¿qué devociones no se entablan etc.? pasó la Mision: ¿y qué sucede? sucede casi lo mismo que en los campos á los quince dias despues de las lluvias del Verano; sí bien es, y debe ser muy apreciable la práctica y la cosecha de dichas Misiones circulares.

Pero en las Misiones entre Gantiles insisten una y otro año, regando con sudores copiosos el terreno, cultivan con afán aquellas plantas, siembran á tiempo oportuno el grano del Evangelio, despues de haber gastado mucho tiempo en desmontar, limpiar y arar aquel campo lleno de malezas; y con todo, ni la tierra se da por entendida, ni la semilla nace,

ni las plantas florecen, ni aun dan señas de reverdecen, para que el Misionero se consuele con la esperanza del fruto; pero no importa, porque es tiempo de Invierno: buen ánimo, y nadie descaezca, ni abandone el campo, aunque todas las señas sean de estéril: Non fiat fuga vestra in hyeme (179). Tiempo y paciencia es menester, y esperar con sufrimiento (como del Labrador [305] dice Santiago) (180), que llegará su propio tiempo, y tendréis tan abundante cosecha, que apénas tendreis manos ni fuerzas para recogerla toda, y os vereis obligados á clamar á los Superiores, que envíen nuevos Operarios, porque la mies es mucha, se cae de puro madura, y se pierde porque los Operarios son pocos (181); de modo, que al paso que tardó el terreno en fomentar la semilla que ocultaba, á ese paso es despues la abundancia del fruto en las Misiones de Gentiles, y no fruto transeunte, sino fixo y permanente: porque, ¿qué otra cosa es fundar una Colonia de mil familias, que estaban dispersas por aquellos bosques, que establecer una finca perpétua, que ha de fructificar el rédito de innumerables almas, así de párvulos, como de adultos (mediante la bondad de Dios) hasta el fin del mundo? La esperanza de este grande y permanente fruto alivia, y hace tolerables los muchos afanes, que deben preceder, ántes de empezar á recogerlo. Yo os elegí, dixo Christo á los tales Misioneros, para que emprehendais ese largo y árduo viage, (y viages sin parar: ut eatís) (182) y recogais mucho fruto, y para que ese fruto sea permanente: Et fructus vester maneat. Así sucede, por la misericordia de Dios; ni ésta es especulacion fantástica, sino una séria y verídica relacion de lo mismo que sucede en las Misiones de que trato; y me persuado (por ser los Indios casi de un mismo calibre en toda la América) [306] que sucede lo mismo en las demás Misiones; en estos desiertos reparte el Señor á manos llenas el Maná del Cielo: en ellos ostenta su Magestad la liberal magnificencia de su poderoso brazo, como altamente lo expresó San Ambrosio (183).

Ahora, supuesto lo dicho en general, descendamos á lo particular, y á lo que ha enseñado la experiencia. Los mismos Neófitos de un Pueblo nuevo dan la primera noticia de la Nacion, que hay en aquellos contornos, cerca ó léjos. ¿Se averigua si son sus amigos ó enemigos? ¿se informa de su génio, si son pacíficos ó bravos y guerreros? ¿si estables en un Lugar, ó si son andantes y vagabundos? y recogidas todas las noticias necesarias, no conviene que el Misionero trate desde luego de ir á verse con ellos; porque la misma novedad les hace echar mano á las armas, pensando que el Padre llega con mal fin, y no para su provecho. Si tira á quedarse entre ellos, lo llevan á mal, y se retiran á otra espesura impenetrable: si se retira á vista del mal recibimiento, los dexa en peor estado de lo que estaban para poderlos tratar, y ganarles la voluntad; esto es, si al mismo llegar no le han atravesado con muchas flechas, como ha sucedido, sin mas fruto que el de aquella su buena intencion y caridad, que á la verdad no la hay mayor (184), que la que expone su vida por el bien de los próximos. [307]

La práctica es instruir bien dos ó mas Indios de los Neófitos, que saben la tal lengua, y bien aviados de regalos para el Cacique; y los viejos, enviarlos como embajadores, y con el encargo de que entren con sus armas baxo el brazo, y con las demás ceremonias que ellos usaren en señal de amistad; y con mayor cuidado á no insinuar, ni que ellos insinúen á los

tales Gentiles, que el Padre quiere ir á visitarlos; pues ha sucedido, que con sola esta insinuacion se han ahuyentado á tierras muy remotas. La embaxada solo ha de ser: Que el Misionero, que les está cuidando, es su amigo, y que les envia, v. gr. aquellos cuchillos, abujas y otras vagatelas, en señal de que es verdad; no han de añadir ni una palabra mas, sino responder fielmente á innumerables preguntas que les han de hacer: de ¿cómo vino el Padre á vivir con ellos? ¿por dónde, y con quién vino? ¿qué hace? ¿qué pretende con su venida? ¿cómo los trata, y en qué se ocupa etc.? Si los mensajeros lo hacen bien, desde luego vuelven con ellos dos ó tres Indios principales, mas por curiosidad, que por otra cosa. Si la tal Nacion es de génio altivo y natural terco, es preciso repetir con intervalo de tiempo algunas embaxadas; y en la última (quando ya se reconoce blandura) se envia á decir: Que si no estuviera tan ocupado en cuidar de su gente, que fuera á visitarlos; pero que etc. la respuesta ordinaria á este aviso suelen ser muchas muestras de deseos de que el Padre vaya, con lo qual se les envia á decir la Luna en que irá (esta Luna se demarca por las frutas, que en ella maduran; porque para todos los meses del año hay frutas propias de [308] aquella Luna). Si el viage es largo, como de ordinario acontece, es preciso dar forma de que otro Misionero supla su ausencia, para que nadie muera sin instruccion y Bautismo, ni pierda lo cierto, para lograr lo incierto.

Sea el viage por los bosques, ó sea embarcado por los rios, ya está averiguado, que la misma necesidad ha de tener, si lleva algunos Indios cargados de maíz tostado, y otros semejantes bastimentos, como si no los llevara; porque aunque lleve la dicha prevencion, á mas tardar, á los quatro dias se la han comido los Indios que la cargan, para aliviar la carga, y por su natural voracidad. Lo mismo con poca diferencia sucede, si el viage es con embarcacion por algun rio; y así, mejor es que como de los quatro dias para adelante no falta la Providencia Divina, dando ya aves, ya pescado, frutas y raíces, solo se saque prevencion para el primer dia; porque de ordinario, en la cercanía de los Pueblos tienen ya los Indios destruidas las Aves, Monos, Javalíes etc.; y de ahí para adelante no falta, ni uno ni otro para vianda, ni frutas ó raíces para pan, á veces mas, á veces ménos de lo que es menester; ni hay peligro de morir de hambre, aunque no dexa de suceder tal qual desmayo, especialmente en llanos rasos, que de ordinario son estériles.

Lo que se debe llevar son avalorios, cuentas de vidrio, cuchillos, anzuelos y otras buxerías, que para los Gentiles son de mucho aprecio. Se procura que los que van de guia, nivélen las jornadas de modo, que la noche se pase junto á algun arroyo ó rio, así por la pesca, que [309] es segura, como porque siempre cerca de los rios se halla mas volatería y montería para el sustento. Fuera de doce ó catorce Indios fieles que lleva consigo, es bueno que le acompañen uno ó dos Soldados, así por la multitud que hay de fieras, como por el buen gobierno de las noches, en las quales debe siempre arder fuego, para que los Tigres no se acerquen, como lo hacen luego que se apaga. Remúdanse las centinelas de dos en dos horas; y para eso, y para mayor resguardo del Padre, quando llegue á la tal Nacion, conviene que lleve los dos hombres con sus armas. Luego que á buena hora se llega al sitio donde se ha de hacer noche, unos limpian el sitio, y arrojan toda la maleza, otros buscan y amontonan leña, otros se aplican á

pescar, y los demás salen á buscar algun Javalí, Monos ú otros animales, y no vuelven vacíos. La noche de ordinario se pasa en vela, á causa de la multitud de Mosquitos que hay en todas aquellas partes todo el año; y de este modo, y con este método se prosigue el viage, sin mas que el Breviario, la caxita del ornamento, y la red ó amáca, que para dormir ó descansar de noche se cuelga de un árbol á otro.

Es muy conveniente, que un dia antes de llegar se adelanten dos Indios, y dén el aviso, de como el Padre llegará el dia siguiente: con eso no les coge de repente la llegada; y los que están dispersos, se juntan en los ranchos del Cacique, y previenen sus menesteres.

Veamos ahora como sucede en casi todas aquellas Naciones, la entrada y las ceremonias del recibimiento. Tienen generalmente todos los Caciques [310] gentiles, no léjos de su casa, otra abierta por los quatro vientos, y solo con techo de paja ó palma para recibir forasteros; via recta á esta casa se va el Misionero con sus compañeros, cuelga su amáca ó red de uno á otro palo, que para el caso están siempre clavados en el suelo, y descansa buen rato, sin que parezca Indio alguno, ó porque se están pintando, ó porque dan lugar á que descansen los huespedes: á su tiempo llega el Cacique, y á buena distancia dice sola una palabra, ¿que en los Guaneros es Menepúyca? ¿en los Caribes Guopuri? ¿en los Jiraras Majusaque etc.? ¿que es decir: ya veniste? y en quanto el Misionero responde Marrusa, ya vine; se retira el Cacique, se asienta, y se siguen los Capitanes y todo el resto de la gente, haciendo la misma pregunta, y retirándose á su asiento. Luego está allí la Cacica y las mugeres de los Capitanes, y sin hablar palabra, ponen cerca del Padre cada qual una tutúma, que es un vaso de chicha, un plato de vianda y pan del que usan: lo mismo hacen las demás mugeres del Pueblo; de modo que se llena de platos y vasijas casi toda la casa, y á todo esto nadie chista, ni se oye una palabra. La chicha de las tutúmas cada qual suele ser de su color, blanca, morada ó colorada, segun la fruta ó grano de que se hizo, y no dexa de dar asco á los principios; pide luego el Padre el plato que le parece á uno de sus Indios compañeros, y come lo que ha menester: pero por lo que mira á la bebida, (aquí es el aprieto) ha de beber ó probar, ó hacer como que bebe, de todas las tutúrnas; so pena de que la muger que la traxo, y su marido se han [311] de dar por sentidos, y aun por enojados, si no prueba algo de su tutúma. Es á la verdad funcion penosa para el Padre, y muy alegre para los Indios de su comitiva: los quales, luego que el Padre probó algo de la última chicha, sacan afuera todo aquel aparato, comen y beben á todo su gusto, y quiera Dios que no les parezca corto el desempeño.

Luego que el Misionero volvió á su amáca ó red, se levanta el Cacique, y acercándose á él, empieza su arenga, que ellos llaman Mirray: ésta la aprenden desde pequeños, y así la recitan seguidamente, añadiendo al principio y al fin de ella algunas circunstancias propias de aquella bienvenida; v. gr. «Que él dias ántes habia visto pasar sobre su casa un páxaro, de singulares plumas y colores; ó que habia soñado, que estando sus sementeras muy marchitas, habia venido sobre ellas una lluvia muy á tiempo etc.; y que todo aquello eran avisos de que el Padre habia de venir á verlos etc.» El cuerpo del Mirráy contiene varias lástimas y aventuras sucedidas á sus mayores; y todo lo refieren en tono lamentable, rematando la mayor parte de las cláusulas (cada Nacion con las suyas); y la Achagua

con estas dos palabras, dos veces repetidas, en tono mas alto: Yaquetá, nude yaquetá; que quiere decir: es verdad, sobrino, es verdad. Concluido su Mirráy, se retira al lugar de su asiento, y luego se asienta el Padre en su amáca, (y lo mas usado es en cuclillas) y corresponde con otra arenga, que contiene el grande amor que les tiene; lo qual robora con las mejores pruebas que le ocurren, ó trae pensadas; y la última [312] es el haber tomado aquel viage, y les cuenta lo principal, que en él ha sucedido; y concluye protestando, que solo quiere y busca su amistad, su bien y el defenderlos de sus enemigos etc. Luego reparte los donecillos que trae prevenidos, primero al Cacique y su muger ó mugeres; luego á los Capitanes; y ha de tantear, que aunque les toque á poco, alcance á todos; porque es un gran sentimiento para ellos y ellas no recibir, aunque solo sea un alfiler, para sacar las niguas de sus pies; es consuelo saber que se contentan con poco, y con buenas esperanzas para despues.

Toda esta primera batería ha de ser oculta de parte del Misionero; porque si se aclara, pierde el viage. Los Indios compañeros son los que abren la brecha, y mas si están bien instruidos; porque los Gentiles les están preguntando de noche y de dia, y las respuestas de los Neófitos les van ablandando los corazones, y abriéndoles los ojos: por ellas saben que los Misioneros solo buscan su amistad para defenderlos de sus enemigos; que cuidan mucho de sus enfermos; que les buscan herramientas para trabajar en sus campos; que quieren mucho, y enseñan á sus hijos á que miren el papel: (es su frase y para decir que les enseñan á leer todas éstas y otras noticias les causan grande novedad y admiracion, como cosa para ellos ni vista ni oida: en especial se admiran de que el Misionero haya dexado sus padres y parientes para vivir entre ellos, y de todo esto tienen largas conferencias.

Entre tanto el Misionero con uno de aquellos Indios va á visitar á los enfermos; les da sus donecillos; los agasaja, y ve si están ó no de peligro. [313] Raro viage de estos hay, ó ninguno, en que no se logren muchos Bautismos de párvulos y adultos moribundos, y así jamás se malogra el trabajo: como el Padre va de casa en casa, viendo los enfermos, le van siguiendo los muchachos; á estos se les dan alfileres y anzuelos, y se les muestra grande amor, á fin de ganar á sus padres: ellos como inocentes corresponden, y no aciertan á dexar ni apartarse del Misionero; y despues en sus casas cuentan á sus padres todo lo que le han oido; y de ordinario les dicen, que no permitan que el Padre se vuelva etc. la mejor industria es, que quando al otro dia y en los restantes va á ver á los Indios en sus casas, y á visitar á los enfermos, tome en sus brazos alguno de aquellos párvulos, le acaricie y haga fiestas á su modo; esto aprecian grandemente las Indias, y á sus maridos les parece muy bien. Es cosa de ver que en quanto el Padre tomó un chico en sus brazos de los de su madre, luego concurren las demás mugeres que crían, y le ofrecen sus párvulos á porfía (¡y quién podrá explicar las ganas que tienen aquellos Cazadores de almas, de que se compongan bien las cosas, y se llegue la hora de poder bautizar aquellos inocentes, sin peligro de que sus padres se remonten! todos los clamores del corazon se dirigen á sus Angeles de Guarda, para que alcancen de Dios este favor.) Es preciso que para estas funciones reserve el Misionero sartas de avalorio, las de mejor color, para ponerles á los chicos en el cuello, siquiera una á cada uno. Ya está repetidas veces

experimentado, que las mugeres son las que abiertamente rompen el nombre, primero [314] entre sí, y luego con sus maridos, para que, ó no permitan que el Padre se vuelva, ó para que se vayan todos en su compañía; que aun entre los Gentiles es mayor la piedad en aquel sexô.

Muy poca necesidad hay de prevenir aquí de ante mano à los que el Señor destina y prepara para tan Apostólicas correrías: que si un Rey de la tierra da todo quanto ha menester à un Embaxador, solo por que va en su nombre á otros Reynos; mucho mejor y con mayor liberalidad el Rey de la Gloria avía y previene con sus dones y abundante gracia á los Embaxadores Evangélicos, que envia á dilatar su Santo nombre entre aquellos que redimió à costa, de su propia Sangre y Vida. Con todo es bien que sepan de antemano lo que les puede acontecer, para que no les coja de susto, y prorrumpe alguno sorprendido con la novedad, en algunas palabras que disgusten al Cacique y á los principales Gentiles; y es el caso, que de ordinario hacen al Misionero la oferta, que segun su bárbaro estilo usan hacer á los demas forasteros: la que tambien notó Herrera (185) en los primeros descubrimientos de aquel Nuevo Mundo; y es ofrecerle una muger que le asista y sirva: aquí el Padre, con la mayor modestia, (y aun sin querer, bien sonroseado el rostro) responde: «Que todo su amor tiene colocado arriba en el Cielo; y que de ellos no quiere cosa alguna en este mundo, sino mirarlos como á hijos, y cuidar de su bien etc.» [315] ¡No sabré decir cuánta novedad y espanto causa en aquellos hombres silvestres ésta ó semejante respuesta! éste es para ellos un language inaudito, y que jamás llegó á su pensamiento: de aquí nace en ellos una gran veneracion, y empiezan á mirar al Padre como cosa muy superior á ellos; no se contentan con esto: van á sus casas á ponderar lo que han oido: llaman á los Indios compañeros del Padre, y preguntan y repreguntan mucho sobre la materia, hasta quedar satisfechos de lo que no acaban de creer. En fin, nadie se perturbe, que como dixé, Dios nuestro Señor tiene mucho que dar; pero tambien digo, que ántes de entrar en estos ministerios: Probet autem se ipsum homo; y como la vocacion sea de Dios, vaya seguro entregado en las manos de su Divina Magestad: mas no sin recelo de sí mismo; que aquí importa mucho desconfiar totalmente de sí, y confiar enteramente en Dios, por cuyo amor entra tan cerca del fuego del horno de Babylonia, en donde su Magestad le defenderá con tanto cuidado, que no le llegará el fuego á tizar ni un hilo de la ropa. Y entre tanto, á quien el Señor no llamare (que no faltan señas seguras para conocerlo) siga mi parecer, y no se intrometa donde no le llaman; pues para nuestra enseñanza, ni el mimo Hijo de Dios (186) se fué al Desierto por su propia eleccion: dexóse llevar: Ductus est; exâmine bien el Misionero, ¿qué espíritu es el que le inclina al Desierto? que así lo aconseja San Juan Evangelista. [316]

Despues que los Indios principales quedan satisfechos de la multitud de preguntas que han hecho al Misionero, y á los Neófitos sus compañeros, empiezan á pedir: unos piden hachas para sus menesteres: otros piden machetes para desmontar sus campos; y el sufrir y dar buena salida á estas demandas, es pension necesaria, y pide destreza para dar buena salida. Se responde: «que no ha traido sino dos, ó tres, (que así conviene) que esas son para el Cacique, á quien ruega las dé prestadas, ya á unos, ya á otros: que como viven tan léjos, es muy dificil cargar herramientas: que si se animasen á buscar un buen sitio cerca del otro Pueblo, que tubiese

buenas pesquerías, (como tal, y tal puesto, que han de llevar ya pensado) que entónces, con ménos trabajo los visitaria con frequencia, les socorriera con herramientas, cuidaria de buena gana de sus enfermos etc.» De esta respuesta depende ordinariamente el éxito de la empresa; porque algunos Caciques responden, que irán con sus Capitanes á ver si hallan sitio á propósito para mudarse cerca del otro Pueblo; y así se exeuta, previniendo con tiempo sementeras, y al tiempo de coger el fruto, se mudan con todas sus familias, ó con la mitad, y fabrican casas etc. otros Caciques piden espera, y tratan el punto largamente con sus gentes ántes de resolverse. También suele suceder, que en el Pueblo de los ya catecúmenos no hay muchas familias, y hay terreno para que estos puedan juntarse con ellos; en este caso los mismos del Pueblo ya empezado, y el Padre, les dan palabra de prevenirles sementeras y algunas casas, con lo qual se facilita mas [317] el transporte de la gente nueva. Sucede á veces que la gente que se tira á domesticar, ó sus mayores, han tenido guerra con alguna Capitanía de las que ya están pobladas, y entónces se añade la fatiga de agenciar de una y otra parte las amistades; y ya que están compuestas, las sellan á su modo bárbaro con unos quantos palos que se dan unos á otros, que son paga universal de todas las querellas pasadas: al modo que al amistarse los Indios Filipinos, el último sello de paz es, romperse la vena del brazo, y que la sangre de ambos cayga y se mezcle en una misma vasija; lo qual sirve de una firmísima escritura; en fin, hay entradas, en que los Indios principales se tienen firmes en no dexar su sitio por ameno y fértil; y lo que es mas, por ser su Patria: y por otra parte se cierran en que el Padre se ha de quedar con ellos. Entónces consigue que el Cacique y algunos de aquellos Gentiles le acompañen al Pueblo de que salió, desde donde avisa á los superiores, y con su beneplácito vuelve, y ya es recibido sin ceremonias y con notable júbilo de toda aquella gente, que en todo esto solo ha mirado su interés y conveniencia propia; y este mismo rumbo debe seguir el Misionero, que de veras desea la salvacion de aquellas almas: lo qual doy por muy cierto; porque en aquellos destierros no hay otra cosa que buscar: Vamos con la suya, que es su interés, y salgamos con la nuestra, que es asegurarlos y domesticarlos para enseñarles la Santa Doctrina. Y ésta es la regla que nos da San Pablo Apóstol (187): Non prius quod spirituale [318] est; sed quod animale, deinde quot spirituale. Con los beneficios, suavidad y muestras prácticas de amor se ganan aquellas voluntades terrenas: ni cabe á los principios otra cosa; porque como el mismo Apóstol de las Gentes nos advirtió (188), el hombre animal terreno, y que está todavía por desbatar, aunque se las digan y expliquen, no percibe las cosas espirituales; la señal fixa de que perseverarán quietos, entre otras es ver, que han trabajado buenas sementeras y buenas casas; que envian de buena gana sus hijos á la Doctrina y á la Escuela etc. Hasta tener esta moral certidumbre solo se bautiza en peligro de muerte; quando hay la tal seguridad, ya se bautizan los chicos instruidos en la Doctrina, que se debe entablar desde el primer arranque de la fundacion; que en la crianza de estos está la ganancia; y el mayor mérito, en tolerar la férrea tosquedad de los adultos. [319]

Capítulo XXIV

Fertilidad y frutos preciosos, que ofrece el terreno del rio Orinoco y el de sus vertientes

Habiendo fixado la vista y la atencion desde aquella empinada cumbre, en que estuvimos, solo en la copiosa abundancia de peces, Manatíes y Tortugas de Orinoco, en la copia de Javalíes y otras carnes, resinas y aromas, que sacan los Indios de los bosques, quedara desayrado el terreno, sino fixaramos en él los ojos para registrar la virtud que encierra en sus estrañas, para dar á manos llenas frutos de mucho valor y aprecio para la Europa, fuera de los aceytes, bálsamos y lo demás que llevo referido; y fuera de lo que actualmente da á sus moradores en frutas y frutos del Pais, cuya relacion reservo para un paséo que hemos de hacer ácia sus huertas y sembrados en la segunda parte de esta Obra; omitiendo lo que arrebató la atencion de los Estrangeros; esto es, que las playas del Orinoco, especialmente donde el rio forma remolinos, pintan en arenas de oro y de plata señal fixa de los minerales por donde pasa; voy solamente á tratar de los frutos que da y puede dar para el Comercio con España.

Corre el gran rio Orinoco, como ya dixé, y se ve en el Plan, al pié de unas altas Serranías, desde que nace hasta que se sepulta en el Golfo Triste; de aquellas elevadas cumbres descienden [320] caudalosos rios y multitud de arroyos, que de industria no demarqué en el Plan, para que no saliera á luz con demasiadas sombras. La humedad que aquellas corrientes difunden por los valles, tiene á estos hermoseedos con mucha y fresca arboleda: los rios, por la altura de que baxan, pudieran ser sangrados fácilmente con repetidas acequias: el migajón del terreno, que sin cultivo alguno prorumpe en bosques, cuyos árboles son de notable corpulencia, ya se ve que obedeciera al cultivo, y mantubiera fecundos los árboles del Cacao: poco he dicho: diré lo que vi repetidas veces en las vegas del rio Apure, Tame y otros, que corren al Orinoco; y lo mismo, creo de los bosques de éste, si se registran con cuidado, por ser uniforme el temperamento y clima en éste y aquellos. Digo que ví en dichas vegas arboledas de Cacao silvestre, cargadas de mazorcas llenas de grano, que ofrece aquel suelo espontáneamente para pasto de innumerables Monos, Arditas, Papagayos, Guacamayas y otras aves, que a porfia concurren á disfrutar las cosechas, que de suyo se perdieran; y si aquel fecundo terreno así produce el Cacao de suyo, ¿qué arboledas, y qué cosechas diera al favor del cultivo y del riego? yo he visto los valles mas afamados de la Provincia de Caracas, que son el Tuy y el Oritúco, donde se da el mejor Cacao; y cotejándolos con los de la vanda del Súr del Orinoco, hallé en estos mas campo, mejor migajón en la tierra, mas fácil y mas abundante el riego para inmensos plantages de Cacao. Por otra parte ví en la Guayana, en la huerta de Don Gerónimo de Roxas, un árbol de Cacao tan frondoso [321] y tan cargado de bellísimas mazorcas, que no tenia que envidiar á quantos ví en el Tuy y Oritúco. ¡oh y qué Pais, si se lograra su fertilidad!

Ni es de omitir la Canela, que á modo de la de los Quixos de la Provincia de Quito, halló el citado ya Fray Silvestre Hidalgo en su

entrada á los Andaquies (189), y otras Naciones cercanas á la parte superior del Orinoco: me aseguró dicho R. Padre, que hallaron una vega entera de árboles de Canela, y que las hojas (de que cargaron mucha cantidad) eran mas fragantes que la corteza; y lo creo, porque la corteza allí, como la de los Quixos y Mocóa, retiene aquella baba por ser antigua, y cortada fuera de tiempo; pero pódense las ramas de dichos árboles silvestres al modo que lo hacen en Ceylán (que es el mismo con que en Murcia y Valencia podan las moreras), y despues que el renuevo tiene ya la corteza hecha, tengan la economía (190) de rajarla al contorno y de alto abaxo, para que crie cuerpo; y después corten y pongan aquellas varas, no al Sol, sino en cañizos dentro de casa, para que se sequen, y la experiencia les mostrará, que la tal Canela no es de otra ni de inferior especie que la del Oriente, en donde tambien parte de los árboles aromáticos son silvestres, como dicen Guillermo y Juan Bleau (191). Como tambien es silvestre la arboleda de Canela (192), que se halla en Samboangán [322] de nuestras Islas Filipinas; y es de notar, que aunque silvestre, á todos los Europeos, que se aplican al uso de aquella Canela de Samboangán, la de Ceylán (193) les parece insulsa y sin espíritu, como realmente lo es en gran parte; porque los Holandeses suelen extraerle para vender no tanto el alma, quanto el cuerpo de la Canela; de modo, que así este quantioso renglón de las especies, como otros muy considerables, que desprecia nuestra Monarquía, no es por via de letargo, como Monsieur Rousset clamoréa en su Mercurio de Enero de 1741, que no faltan Ministros, muchos y muy despiertos, y argos vigilantes, que comprehendan lo mas oculto de los caminos y rumbos mas intrincados de la economía y del comercio; sin que les hagan falta ni (194) las alas, ni el caducéo de Mercurio, para saber y comprehender lo mucho que importan las migajas que caen de la dilatada y espléndida mesa de la Monarquía Española; y que solo con beneficiar la Canela y la demás Especería de Filipinas, vastaba este leve golpe para que perdiera su ala derecha el elevado vuelo que ha tomado el Comercio de Holanda; pase ésta por breve, pero importante digresion.

Fuera de esto, de la caña dulce, que casi todas aquellas Naciones siembran para golosina y entretenimiento de sus hijos, del tamaño de ella y del intenso dulce de su jugo se infiere con evidencia, que todos aquellos inmensos y despoblados territorios dieran no ménos útil con el azúcar, que con el grano de cacao; y mas quando [323] la pendiente de los rios dieran á poca costa copiosos caños de agua para el movimiento de los ingenios y máquinas con que en otros Países se beneficia la caña á excesivo costo, por falta de agua. No se hallará en las Provincias de Tierra-Firme terreno ni temperamento (195) mas al propósito para copiosas y apreciables cosechas de tabaco, como está ya visto y comprobado en el que siembran y cogen aquellos Indios para su gasto.

El café, fruto tan apreciable, yo mismo hice la prueba: le sembré, y creció de modo, que se vió ser aquella tierra muy á propósito para dar copiosas cosechas de este fruto. Por lo que mira al añil, le brota aquel terreno, al modo que en otros nace y crece de suyo la maleza; y ya se ve cuánto diera, y con qué abundancia, sembrado y cultivado. El salsafrás, tan apreciable, tanto por lo saludable y aromático del palo, como de su corteza, se halla con abundancia en los contornos de la boca del rio Caura en Orinoco, donde sin buscarle, se ha encontrado; y á causa de la

uniformidad del temperamento, es muy creible que le hay abundante en otras muchas de aquellas vegas: esto es por lo que mira á los valles por donde por la vanda del Súr y del Oriente baxan las aguas de aquella inmensa cordillera.

Por la vanda del Norte y del Poniente, por donde tambien entran tan copiosos rios, como ya dixé, y demuestra el Plan, despues de haber cruzado aquellos dilatados Llanos, que empezando desde las raíces de la Serranía, que desde Quito camina mas de ochocientas leguas hasta las costas de Caracas, terminan dichas llanuras en los dilatados márgenes del rio Orinoco. Las vegas de éste [324] y de los rios que recibe, pudieran dar abrigo á muchas y grandes Villas y Lugares de Españoles, y sus fértiles egidos y campañas rasas dieran pasto abundante á innumerables cabañas y atos de ganado: todo está pronto, todo convida al cultivo, y por todas partes ofrece el Pais larga correspondencia en ricos y abundantes frutos: entre los quales no es de menor importancia aquella fruta ó especie aromática, que vulgarmente se llama baynilla: ésta de su propia naturaleza y condicion es silvestre (sí bien ya se ha hallado modo fácil y método al propósito para cultivarla) nace de suyo en las mayores espesuras de los bosques y vegas; si halla arrimo, sube, y se enreda entre los arboles con multitud de sarmientos (de color verde, y las hojas de la hechura y forma que tiene la lengua acerada de la lanza) se aferra de los troncos y ramas, no ménos que las parras, que acá suben y se apoderan de los álamos; pero si la semilla que cae, quando ya madura se abre la baynilla, tiene la desgracia de nacer donde no halla arrimo, se sigue la misma desdicha de aquellos hombres, que por mas que lo merezcan, no hallan quien les dé la mano, y se queda como estos pegado aquel débil vástago contra la tierra, sin dar ni aun la esperanza del fruto que diera abundante, con algun arrimo que tubiera, aunque fuera corto. No me detengo en apuntar cuánta utilidad diera solo el renglón de esta cosecha, en la suposicion de que se poblara aquel inmenso territorio; lo qual se puede intentar, con el seguro de que no fuera en daño de aquellos Indios, por ser tan espacioso y dilatado el terreno, que comparado con las gentes que mantiene, se puede y debe llamar [325] desierto; y se ve claro, porque desde Orinoco á los Llanos de Cumaná hay ocho dias de camino por tierras despobladas; desde el mismo, tomado mas arriba hasta los Llanos de Orituco, hay nueve dias de llanos y rios sin habitantes, á excepcion de tal qual vecino, que no léjos de la Serranía cuida sus ganados: desde el Orinoco á Guanare, y desde él mismo, en mas altura, hasta Varinas, hay veinte dias largos de tierras desiertas: desde la boca del rio Meta en Orinoco hasta las Misiones altas de Casanare gastó el Teniente de la Escolta de nuestras Misiones Francisco Grillo veinte y siete dias de camino, el año pasado 1738, por llanos enteramente habitados de fieras, y no mas; y en fin, del mismo modo se dilata aquel llano hasta el Ayrico (esto es bosque grande) por muchos centenares de leguas, sin mas habitantes, que algunas Tropas andantes de las Naciones Guagiva y Chiricóa, que como ya dixé, á manera de Gitanos andan en perpetuo movimiento, sin tener casa ni hogar en parte alguna; de modo, que sin daño de las Naciones ya domésticas, y con mucho útil de éstas, y grande esperanza de domesticar otras muchas, se pudieran fundar muchas y grandes Colonias, con evidente útil del Comercio de España, y grandes ventajas de la Real Corona: fuera de la principal y

máxima utilidad que se siguiera (como apunté) en la conversion de nuevas Naciones, la qual precisamente se facilitara mucho á la sombra y abrigo de las poblaciones de Españoles: esto es así.

Y como fiel y leal vasallo de nuestro invicto, y católico Monarca Felipe V, á quien Dios guarde y prospere para el bien de su Monarquía y de la universal [326] Iglesia Católica, debo añadir, que de no ponerse remedio, dando eficaz providencia para reprimir el empeño con que los Portugueses del rio Marañón, atravesando hasta las riberas de Orinoco, empezaron á molestar y cautivar los Indios de ellas, desde el año 1737, en que estaba yo en el Orinoco, y prosiguieron en 1738, como me consta por cartas del Padre Superior Manuel Román, que recibí ántes de embarcarme para España en Caracas; y prosiguieron el año 1739, por aviso que acabo de referir en esta Corte por cartas del Padre Bernardo Rotella: digo, que así como los dichos Portugueses molestan gravísimamente á las Misiones y Misioneros de la Compañía de Jesus de la Provincia de Quito, con notable daño y atraso de la conversion de los Gentiles de la parte superior del Marañón: del mismo modo dañaran (como se ve dañan hoy) e imposibilitaran las Misiones que mi Provincia del Nuevo Reyno con tanto afán y costo, así de vidas de sus Misioneros, como de caudales, que en tan apostólica empresa ha gastado y gasta, y quedarán frustrados los piadosos deseos de nuestro piadoso Monarca y de mi Apostólica Provincia: claro está, que estas correrías y las de Marañón, internándose mas de lo que conviene, no habrán llegado á la noticia del Serenísimo Rey de Portugal, cuyo piadoso y christiano celo, á saberlas, es cierto que ya las hubiera remediado con la mayor prontitud y eficacia; pero de lo insinuado se infiere, que á no atajarse los daños por parte de nuestra Monarquía, á poco tiempo que corra, aunque despues se procure, será mas difícil el remedio.

Añado, que si dichas correrías y entradas á los [327] territorios, pertenecientes al rio Orinoco y Marañón, fueran con Misioneros Apostólicos, á fin de formar reducciones pacíficamente, al modo que dexo referido en el capítulo antecedente, fueran tolerables, y solo hubiera lugar á una quexa civil y política en órden á los linderos demarcados por el Señor Alexandro VI.; pero no es así, como ya es notorio; porque éstas recogidas de gentes solo tienen por norte el particular interés de tal qual sugeto, sobre quien predomina la codicia y su interés particular, sin reparar en los daños espirituales, que en tantas almas se siguen; ni en el terror que se infunde aun en los Gentiles mas distantes de que se origina la dificultad de su conversion, y el miedo y horror que tienen á los que los buscan como verdaderos Pastores, pensando que no buscan el bien de sus almas como Padres, sino la sujecion y servicio de sus personas: ésta sí que es circunstancia verdaderamente sensible, y digna de remedio.

Y volviendo á coger el hilo que interrumpimos arriba acerca de la fertilidad de los valles y riberas del Orinoco y de sus vertientes, junta aquella con la exorbitante abundancia de peces y Tortugas de dicho rio, aceytes, resinas y aromas, y los frutos y frutas propias del Pais: todo este conjunto mudamente clama, y ofrece desentrañarse para sustentar á muchos pobres, que no tienen en España ni un palmo de tierra de que mantenerse; y les promete abundantes cosechas, en recompensa del cultivo que recibiere. [328]

Capítulo XXV

Y último de esta primera parte, en que se trata del famoso Dorado, ó Ciudad de Manóa

§. I

Al tiempo de inclinar la pluma á esta plana, me pareció estar viendo á Diógenes entre el confuso gentío de la Plaza de Atenas, forcegeando y rompiendo para hacerse paso, con una vela encendida en la mano en lo mas claro del dia: ¿Qué buscas, Diógenes? le preguntaban ya unos, ya otros: Busco un hombre, respondía á todos el sábio Filósofo, quando la multitud de ellos le impedían el paso; y es el caso, que buscaba un hombre, no de los que vehia, sino tal qual en su idéa se lo habia figurado, y segun lo deseaba.

Volvamos la vista al capítulo primero de esta Historia, y preguntémosle a Keymisco, Inglés, y otros Gefes, sus Paysanos: amigos, ¿qué viages son estos? ¿para qué tanta repetición de peligrosas navegaciones? ¿tantas pérdidas de caudales, de navíos y de tripulación? preguntémos en el Perú y en Quito á uno y otro Pizarro: en Santa Fe de Bogotá á uno y otro Quesada: en el Marañón á Orellana; y en Meta á Berrio y á otros muchos famosos Capitanes: ¿Para qué os afanais? ¿á qué fin tantas levas, marchas y viages árdulos, difíciles e intolerables? «buscamos (dicen) el famoso y riquísimo Dorado; y así nadie se admire de nuestra [329] resolución y árdulo empeño, que lo que mucho vale, es preciso que haya de costar mucho».

Los Atenienses soltaban las carcajadas de risa al oír y ver á Diógenes, buscando un hombre entre ellos; pero se reían sin razon; porque el Filósofo buscaba entre ellos un hombre de verdad, tal, que la profesase de veras; y ántes debieran correrse que reirse los de Atenas, al ver que tan gran Filósofo no le hallaba; pero nosotros no errarémos, si nos reimos del empeño de aquellos nobles Conquistadores. ¡Notable asunto! ir aquellos Gefes Españoles tropezando á cada paso en un Dorado de tesoro inagotable, qual realmente es todo el Nuevo Reyno de Granada y Tierra-Firme, tan lleno de fecundas minas de oro, plata y esmeraldas, quantas se conocen en las jurisdicciones de Pamplona, Mariquita, Muso, Neyva, de los Remedios, Antioquía, Anserma, Chocó, Barbacoas y otras muchas, y muchas mas, que aunque ocultas, en las arenas de oro, que por los rios y arroyos desperdician, indican los deseos de que las desentrañen, y salgan á luz sus caudales. Pues si hay tantos Dorados, y tan ricos y abundantes, que solo falta quien los labre, ¿para qué tanto afán, costos y viages en busca de un Dorado? ¿y qué necesidad tenia el Perú de empeñar sus Milicias á que padeciesen y pereciesen al rigor de los trabajos en tierras incógnitas, en demanda de un Dorado, teniendo en su seno el singularísimo mineral de oro de Caravala, con otros muchos? ¿y el imponderable manantial de plata del Potosí, con otros casi innumerables, aunque no tan fecundos? ya se ve qué raro fué un empeño tal, que buscaba con grandes costos y pérdidas, á gran distancia [330] de sus casas, aquello mismo que ya tenían asegurado de

puertas adentro.

Esto es cierto, hablando así del Perú, como de Tierra-Firme y del Nuevo Reyno; pero fixando la atención en solo éste, ni ha necesitado, ni ha menester Dorados, quando todo está no solo dorado (que es un mero relumbrón superficial) sino lleno y recargado por todas partes de oro, plata, esmeraldas y otras piedras preciosas: no tiene que envidiarle al Perú ni á la Nueva España, sino la dicha de estar poblados aquellos dos vastos Imperios, que se arrebatáron la atención de los Españoles; que á estar poblado, como requeria y requiere para la labor de sus innumerables minas el Nuevo Reyno, compitiera en riqueza, sino con ambos, á lo ménos con qualquiera de los dos Imperios. No digo esto, porque sea aquel Reyno el que me cupo en suerte, quando el Señor por su bondad me envió á evangelizar su santo Nombre, aunque indigno de tan alto empleo: digo ingenuamente lo que hay, y lo mucho que hubiera, si aquellas riquísimas tierras estuvieran tan pobladas como la Nueva-España y el Perú; y si le pareciere á alguno que digo mucho, vea al Ilustrísimo Piedrahita en su Conquista del Nuevo Reyno (196), y á Fr. Pedro Simón (197), y hallarán mucho mas de que maravillarse. El Ilustrísimo, como práctico dice: que quanta tierra bañan el rio grande de la Magdalena y Cauca, es de minas de oro (198); y un (199) poco [331] despues añade gran número de rios, entre cuyas arenas se pierde el oro: nombradamente aquel que por sus inmensas riquezas se llama rio del Oro, porque todo el que se entresaca de sus playas, es de veinte y quatro quilates (200); y afirma dicho Ilustrísimo: que en solo el Nuevo Reyno hay mas minerales de oro y plata, que en todo el resto de las Américas; y añade mas: que en las minas de Antioquía y otras, dentro de las puntas de oro se hallan diamantes pequeños, pero muy finos. Afirma que en las minas de esmeraldas de Muso se hallan pantáuras (201) finas de todos colores: que en las minas de Antioquía abundan los jacintos y las piedras de cruz, que son de gran virtud contra muchos achaques; y que hay tantos granates finos, que la abundancia les quita el valor: que la pesquería de perlas de la boca del rio del Hacha, así en la multitud del criadero de ellas, como en su calidad, excede á todas con mucha ventaja. Timaná abundó y fué famoso por las muchas (202) amatistas y pantáuras. Pamplona, Susa y Anserma, por las turquesas, girasolas, gallinazas y mapúlas; esta multitud de minas no se ha hundido: donde se encontráron, permanecen; todas las riquezas deseables sobran; solo faltan pobladores que las saquen de los ricos minerales.

Ojalá la Magestad de nuestro Católico Monarca vuelva sus piadosos y apacibles ojos ácia aquel pobre Reyno, solo pobre por falta de habitantes, y opulentamente rico por sobra de abundantes minas: que una vez reforzado con oportuna providencia, [332] dirá la experiencia, y mostrará, que el Páramo rico de Pamplona, y la Naríz de Judío de la misma jurisdiccion tienen tantas Caravalas de oro fino, quantos son los picachos de que se componen; y que tiene Mariquita tantos potosies, quantas son las muchas minas de plata ligada con oro, que por falta de gentes ha muchos años que no se labran. Las minas de Simiti, Caracolí, Antioquía y otras casi innumerables no tienen que envidiar á los reales de minas Mexicanas de Guanajuato, de Zacatécas, de Tolúca, Sombrerete, de San Luis y del Monte, sino que allá hay hombres, que quieren trabajar por el jornal tasado de quatro reales de plata, y en las minas del Nuevo Reyno no los

hay, y los pocos peones que hay, no se dignan de aplicarse al trabajo.

De paso para España le dixe á un Cavallero de Pamplona (203) en el Nuevo Reyno, que se animase á trabajar su mina de oro, que á su exemplo se animarian otros etc. y me respondió, que ya lo habia intentado muchas veces, y que agenciando jornaleros, les ofreció la paga tasada de quatro reales de plata cada dia; y que la respuesta que diéron, mezclada con muchas risadas, fué esta: «estamos buenos: en una ó dos horas que gastamos lavando oro en qualquiera rio ó arroyo, sacamos quatro tomines de oro, que son ocho reales, ¿y trabajaremos por el interés de quatro? buena necesidad fuera la nuestra, quando lavando la arena del rio dos horas por la mañana, y dos por la tarde, á lo ménos cogemos ocho tomines de [333] oro, que son dos pesos de plata». Aquí se ve clara la imposibilidad de que los mineros labren sus minas; y se reconoce lo que parece increíble; y es, que la suma riqueza del Nuevo Reyno da ocasion á los pobres para que no quieran trabajar ni servir á otros en útil del bien comun; y esto no solo sucede en Pamplona, sino en otras muchas Provincias del Nuevo Reyno, donde la gente ordinaria lava y entresaca de la arena sola aquella cantidad de oro en polvo, que ha menester, ó para vestirse de nuevo, ó para comprar el sustento necesario, lo qual consiguen con gran facilidad; y no trabajarán mas, aunque les dupliquen el jornal.

Quando acaba de caer un recio aguacero, luego que las quebradas radas quedan secas, y los arroyos con poca agua, salen los que debian ser jornaleros, á recorrer las playas con notable interés; porque al baxar las aguas precipitadas de las cumbres, descarnan las barrancas del cauce, y desleida aquella tierra, va dexando puntas de oro (y no pocas veces considerables) en dichas playas. Lo mismo me aseguró el Padre Cárlos de Anisón, de la Compañía de Jesus, que corrió el Valle de Somondoco en Misiones, que vió practicar á las gentes (204) de aquel Valle, que salen á los rios y arroyos á recoger las esmeraldas, que pasada la creciente quedan en las playas, como despojos extraidos de las Serranías, por el arrebatado golpe de las crecientes; y añadía una cosa muy singular dicho Padre; y es, que las aves domésticas, saliendo como acostumbran á picar por todas partes, y á escarbar quanto pueden, tragan muchas esmeraldas toscas, ideando que es otra cosa; y que retenidas largo tiempo en sus [334] buches (porque su mismo peso les impide el tránsito) con la actividad del calor natural de las gallinas y pollos, se gasta en parte lo tosco y queda algo limpio el fondo de ellas: de modo que el que compra un pollo por medio real de plata, suele hallar en el buche una esmeralda ó dos de mucho valor; y dicho Padre me aseguró, que uno de los Curas de aquel territorio, un dia, sobre mesa, despues de haber comido, puso sobre ella un papel con muchas esmeraldas, y dixo haber sido todas halladas en los (205) buches de las aves, que se habian muerto en su cocina.

§. II

Reflexion y noticia fundada de los tesoros del Nuevo Reyno de Granada

Ha causado novedad á no pocos aquella proposicion, que poco ántes dí por cierta; y es: «que el Nuevo Reino de Tierra-Firme no tiene que envidiar al Perú ni á la Nueva-España la abundancia y riqueza de sus

Minas, sino la dicha de que aquellos dos Reynos se arrebatáron la atención de los Españoles para poblarlos, y establecerse en ellos»; y aunque roboré éste mi parecer con la autoridad e Historia del Ilustrísimo P. Fr. Pedro Simón en su Conquista del Nuevo Reyno; y con el apreciable voto del Padre Acosta, de la Compañía de Jesus; y pudiera haber alegado muchos pasages de las Decadas del Señor Herrera, que á la verdad sosegaran al mas escrupuloso Crítico; tube por suficiente la de los [335] tres dichos Autores. Pero supuesto que me es preciso darle mayor fuerza á mi dictamen por otro rumbo, vea el que gustare al dicho Herrera en su Descripción de la América (206), miéntras voy descubriendo los tesoros imponderables de la Tierra-Firme; y nótese de paso, que en medio de las grandes riquezas que los Conquistadores hallaron en ambas Américas, á solo el Reyno de Tierra-Firme le diéron el singular renombre de Castilla del Oro, nombre ya antiquado, pero puesto con mucha razón.

Los Autores con quienes he de confirmar ahora mi conclusión, son muchos de los mas prácticos cargadores de las dos carreras de Cadiz á la Vera-Cruz y á Cartagena, con quienes ya navegando, ya en tierra, he conversado, y aun controvertido este punto muchas veces: ellos, alegando lo que sabian por su práctica: yo, por lo que he oido á otros no ménos experimentados, y por lo demás que ya voy á decir, lo mas en breve que pueda.

Para lo qual supongo lo que es notorio en todas las Naciones; y es, que el índice mas cierto, y que mas evidencia la riqueza de qualquier Reyno, es su comercio; de modo, que por lo pingue ó débil del comercio, se conoce claramente el mayor ó menor fondo de qualquier Reyno, sea el que se fuere.

Sírvanos por ahora, la que no siéndolo, dan en llamarla decadencia del Perú; la qual quieren inferir, de que en años pasados baxaban de Lima [336] á la Feria de Portovelo veinte millones, y aun mas, de pesos fuertes; despues baxaron solos quince millones; despues doce, y á veces diez; y en fin, por carta del Comercio de Lima á los Diputados (207) de los últimos Galeones de 1738, protestó dicho Comercio: «que si los obligaban á baxar luego á la Feria, solo podian llevar cinco millones de pesos; pero que si daban espera hasta el Agosto siguiente, baxarian á la Feria ocho millones». Dixe que ésta se llama, y no es decadencia del Reyno del Perú, sino sobra de industria en las Naciones estrañas para introducir mercancías á precios muy moderados, y demasiado atrevimiento y arresto en los Marchantes de aquellas Provincias, arriesgando el capital y los gananciales, (como sucede á muchos) por lograr el barato, y enriquecerse presto. En este mismo sentido se reconoció, no la decadencia de la Nueva-España, sino del Comercio de ella con la nuestra, por causa de los muchos Géneros de la China, que de Filipinas se transportaban al Puerto de Acapulco; y por eso se moderó y tasó aquel Comercio; pero siempre que en la Vera-Cruz hay algun descuido y falta de vigilancia en la Ensenada de Campeche, Provincia de Yucatán, reconocen los Cargadores Españoles el daño del Comercio furtivo. La dicha y fortuna de la Nueva-España, ó por mejor decir, de los Flotistas Españoles, es, el que son pocos y contados los boquetes por donde pueden introducirse Géneros estraños. Mas hay en el Perú, aunque mas distantes y difíciles, como son montar el Cabo de Horn, y correr las Costas del Mar Pacífico: de la Colonia de los Portugueses,

hasta internarse al Potosí, hay mucho que andar y que [337] (208) vencer; ni hay menor dificultad en la introduccion por la Costa de Bastimentos, por el Escudo de Beragua, Provincia de este nombre, y el de Costa Rica, jurisdiccion de Guatimala. No obstante, mas de dos veces se han reconocido vencidas estas distancias y arduidades por las ansias de acaudalar dinero. No sucede así en las Costas de Tierra-Firme; ellas abundan de Ensenadas y Puertos desiertos, que miran en derechura á la Jamáyca y á Curazaó.

La Isla de Curazaó es totalmente estéril; de modo, que solo el trato mantiene la Opulencia, Fortalezas, Guarniciones y una continuada serie de comboyes de Navíos que van y vienen de Olanda. Jamáyca da algun Azúcar y Tabaco: renglón, que él solo no pudiera mantener su Guarnicion ordinaria: su fondo, como el de Curazaó, son grandes Almagacenes de Mercaderías, así de los Judíos, como de Ingleses, de que tienen una ganancia exôrbitante; tanta, que callando mucho, y tanteando lo ménos, no reusan (209) los Ingleses confesar, que el Comercio de Jamáyca les da anualmente seis millones de pesos.

Pongo las palabras de uno de los mejores Juicios del Parlamento de Inglaterra (210) que dice así: «El mas considerable ramo de nuestro Comercio en la América es el Contravando que nosotros hacemos en los Dominios del Rey de España. Nosotros envidiamos á Jamáyca los Géneros propios, que se consumen en las Colonias [338] Españolas, y nuestras Embarcaciones las llevan furtivamente á los parages, donde tenemos nuestros correspondientes: nosotros les vendemos allá por plata de contado, ó á trueque de preciosos Géneros, como la Tinta fina y la Grana, que nos producen muchas y gruesas ganancias; y aunque no se conoce radicalmente este producto, es cierto, que por lo ménos llega á seis millones de pesos cada año, donde recibimos las tres partes en moneda ó en barras de plata; de suerte, que entra mas en Inglaterra por la via de este Contravando, que por Cádiz ú otra parte de los Dominios de España etc.» Quanto adquiere Inglaterra por el Comercio de Cádiz, lo dice el capítulo tercero (211) con estas palabras: «El Comercio de España para nosotros, es lo que el Perú, y la Nueva-España para la misma España». Y mas abaxo se explica con estos términos: «la quinta parte de esta ganancia, que son quatrocientas mil libras esterlinas, que hacen mas de dos millones de pesos, sale de los Géneros que vendemos en España: y en el capítulo 10. añade (212): es fuera de duda, que nos viene mayor suma por sola la via de Jamáyca».

Los Holandeses guardan en un profundo secreto el quantioso producto de su Curazao; pero no pueden ocultar aquellas señas, que lo equipáran al de Jamáyca: la opulencia y fuerzas de su Colonia, los Comboyes de Marchantes Holandeses, que llenan su Puerto, la multitud de [339] Balandras con que trafican, todas son señas de que no saca Curazao ménos millones de la Tierra-Firme, que Jamáyca; y mas quando nadie ignora que el genio mercante de los Holandeses es todo su modo de subsistir; pues hasta el suelo de la Patria que pisan, se le han usurpado al mar, y gastan grandes sumas anuales de dinero atajando la porfiada competencia con que el Golfo quiere tragarse el terreno que Holanda le arrebató: no quiero decir, que las restantes Islas de Barlovento, que están sujetas á los Estrangeros, sacan mayor producto que estas dos; porque algunas dan muy buenos frutos: pero el tráfigo de Navíos marchantes de ellas, que están en

continuo movimiento, piden otro primer móvil, de mas jugo, que la Caña Dulce, Añil y Algodón; y así, no será juicio temerario creer firmemente que el resto de dichas Islas Antillas Estrangeras saca cada año tantos millones de pesos de la Tierra-Firme como cada una de las dos de por sí: y veis aquí una extraccion anual de diez y ocho millones de pesos, que aun despues de tan bien fundada y evidenciada, todavía se hace casi increíble; pero este es un cómputo muy parecido al que oí en Cartagena de Indias á Don Diego de Or, Fator del Real Asiento de Negros de Inglaterra, año 1738. Me admiré yo mucho (por mi ninguna inteligencia en esta materia) de que el Contador de las Reales Caxas de aquella Ciudad me asegurase, que en aquella Feria, que apénas llevaba seis meses, hubiesen ya salido registradas por la Aduana mercancías de aquellos Galeones, hasta el importe de tres millones y medio de pesos fuertes; entónces el dicho Fator Inglés con una claridad [340] y expedicion notable, me hizo ver que es quatro veces mayor la suma de millones que sacan los Estrangeros mediante la introduccion prohibida.

Ya es hora que hagamos la reflexi6n, que ella de suyo se viene á los ojos; y que digamos con admiracion grande: ¿qué Pais, qué Reyno, y qué Provincias son éstas de Tierra-Firme, que tales manantiales de tesoros tiene? si su Comercio fuera activo y pasivo, todavía causara admiracion su producto; pero ya vimos que las tres partes de este considerable producto reciben los Estrangeros en barras y en moneda corriente; y ahora á esta admiracion doy una respuesta, que causará otra mucho mayor, y es: que este Reyno de Tierra-Firme es un Pais, que si comparamos sus Ciudades y Poblaciones de Españoles con las del Reyno del Perú, y las de la Nueva-España, se puede llamar casi despoblado. Es un terreno, en donde la mayor parte de las minas de oro, plata y esmeraldas que tiene descubiertas, no se labra; es un Reyno en el qual, con ser tantas las dichas Minas, de las quales unas se labran, otras se han abandonado, y otras, aunque ya conocidas, no se cultivan; con todo son incomparablemente mas las que se insinúan con señas evidentes de oro, ya por la pinta de la Tierra, ya por el relumbr6n de los arroyos, rios y quebradas que se arrebatan insensiblemente el tesoro de las riberas que descarnan con sus crecientes: en fin, todo el Reyno de Tierra-Firme es un imponderable tesoro escondido, del qual las estúpendas sumas que llevo insinuadas, no son sino unas meras señales y muestras de los inmensos minerales que en sí contiene: y si las señas palpables que da, y los [341] desperdicios de que se aprovechan las Naciones, las pone opulentas, y les da armas contra nuestra España; ¿qué fuera si España lograra estos poderosos productos por entero? ¿pero qué fuera, si puesta la mira en aquellas casi despobladas Provincias, se labrasen todas sus minas, y se cultivasen sus campos, prontos á dar la Grana, el Cacao, Tabaco, Azucar y otros importantísimos frutos?

Vuelvo á coger el hilo que me interrumpió el amor de la Patria, del Rey y de Dios nuestro Señor: de Dios, porque en las costas se ven ya señales de algunas Sectas estrangeras: del Rey nuestro Señor, porque con su dinero se arman los enemigos; y de la Patria, por lo mismo, y porque no se recatan los Estrangeros ya en motejar nuestro descuido.

De lo arriba dicho resulta este fuerte reparo: por tales y tales contravandos que entran en el Perú y en la Nueva-España, se siente grave

quebranto en los Comercios de las dos carreras: ¿pues qué fuera si aquellos dos Reynos tubieran unas Costas tan abiertas como las de la Tierra-Firme? ¿y qué, si estuvieran tan á mano los Almagacenes de Géneros de las Islas dichas, y pudieran extraer su dinero con la facilidad que lo hacen en las Costas de Tierra-Firme? no quedaria fondo para el Comercio de Cádiz.

Y ahora será fuerza confesar, lo primero, que en tal suposicion los Comercios de los dos Reynos se volvieren inútiles: lo segundo, es preciso conceder, que aun en el estado de abandono en que está el Reyno de la Tierra-Firme, da mas tesoros al Comercio en general que ambos á dos [342] Reynos; pues sufriendo tan exôrbitante extraccion furtiva anualmente, no descaece; que es mucho mas que lo que afirmé en mi citada proposicion.

Pero conviene que la reflexiôn se estienda al cúmulo de riquezas que produxera este Reyno: lo primero, si se poblara: lo segundo, si labrasen sus minas; y lo tercero, si se desarraygase el Comercio con los Estrangeros. Bien lo insinúa la carta que recibí del Padre Ignacio de Meaurio, de la Compañía de Jesus, sugeto el mas calificado de mi Provincia del Nuevo Reyno, fecha 27. de Enero de 1741. en las cláusulas siguientes.

«En medio de que la Guerra ha embarazado el pronto establecimiento de este Virreynato, ha convenido mucho la demóra del Señor Virrey en Cartagena, para pleno conocimiento de lo que aquellas Costas necesitan, para embarazar Ropas y Comercios de Estrangeros, que era lo que tenia mas perdido este Reyno; como ya lo va egecutando con muy singulares y eficaces providencias; y para lo interior del Reyno ha dado desde allí entre otras, la de haber mandado, que todos los oros vengan á labrarse irremediamente, y con pena de perdimiento, á esta Casa de Moneda, saliendo fundicion cada quince dias, con que adelanta el Rey nuestro Señor el Señoreage sobre los quintos, y el Derecho de Cobos, y se evitan los fraudes que se hacian en las barras... dándoles á los Estrangeros el oro en polvo las ganancias que ellos adelantaban; y con esta providencia ha concurrido en breves dias á labrarse medio millon de oro, que es solamente el principio de lo que despues adelantarán estas labores; todo estaba perdido, [343] porque cada uno echaba el oro por donde queria y le daba gana; esto es, sin haber pasado todavía el nuevo Gobernador al Chocó, que está actualmente aviándose para ello; y sin haberse empezado á trabajar las minas de Mariquita, Muso, Pamplona, Cañaverales y otras, hasta que su Excelencia venga á esta Ciudad, y lo disponga como conviene; y no le será tan dificultoso como algunos piensan, principalmente los que sienten el yugo del Virreynato. Solo en el Valle de Neyva se ha empezado á trabajar nuevas minas, con tan buenas pintas, que empieza Dios á manifestar lo que siempre hemos juzgado: que toda la tierra que hay (siendo tanta) desde Tocayma hasta la Plata, toda pinta en oro. Fuera de la providencia que se ha dado para las minas de Antioquía, mandando su Excelencia pase un Contador mayor á visitar y poner en regla aquellas Caxas; y otras providencias, que ha dado muy buenas para la Provincia de Quito».

De todo lo qual infiero, que si estas pocas providencias, dadas solo para evitar los urgentes daños, producen tan bellas y útiles conseqüencias; si se toma el negocio de aquel Reyno de hecho y con empeño, será sin duda admirable y quantioso su producto. [344]

§. III

Infiérese el gran tesoro que se sacara, si se poblase bien el tal Reyno

Estas, noticias, que ya tienen algunos visos de digresion, prueban eficazmente, y evidencian el inmenso tesoro que el Nuevo Reyno tiene patente en sus minas abiertas y desiertas; y por lo que desperdician las crecientes de los rios y arroyos, indican lo mucho que aquellos Países retienen oculto; y quan imponderables riquezas darán, si su Magestad se digna repartir en aquellos terrenos tantas familias, que en Cataluña, Galicia y Canarias están en la última pobreza, por no tener tierras propias en que emplear su trabajo. Por otra parte se infiere de lo dicho la ceguedad de aquellos insinuados Gefes, que á vista y con noticia cierta (aunque no de todos) de muchos de aquellos copiosos minerales, tanto afanáron para descubrir aquel singular monte de oro ó Dorado, que la fama comun habia fabricado en sus idéas; y se ve de paso, quan cortos son los tesoros de todo el Orbe, para saciar el corazon humano, incapáz de llenarse y satisfacerse, sino con la pacífica posesion de todo un Dios.

Pero recojamos ya las noticias del célebre Dorado ó Ciudad de Manóa, separando al mismo tiempo las cosas fabulosas de las probables, reteniendo éstas, y despreciando aquellas. El que recorriere las Historias que tocan á Tierra-Firme y al Nuevo Reyno, verá que esta voz Dorado [345] tuvo su origen en la Costa de Cartagena y de Santa Marta (213): pasó á la de Velez, y de ésta á la de Bogotá, que es la Capital del Nuevo Reyno. Puestos allí, corrió que el Dorado estaba en el ameno y fértil Valle de Sogamoso; y llegado que hubiéron á él, halláron que el Sacerdote, que en un gran Templo presidia para ofrecer su oblacion, se untaba á lo ménos las manos y la cara con cierta resina, y sobre ella le soplaban con un cañuto polvos de oro, que con facilidad (como dixen) se laban y entresacan de las playas de muchos rios; y de aquí tomó su denominacion el famoso Dorado, segun esta opinion.

Es verdad (214) que Fray Pedro Simón en su Historia del Nuevo Reyno quiere que este nombre Dorado se excitase en Quito, donde el Teniente Velalcázar llamó así á todo el Reyno de Bogotá; y que Pedro de Limpias estendiese despues la fama de él en la Provincia de Venezuela, de donde se excitó el viage de Felipe de Utre; pero poco le hace saber el lugar del origen del nombre, que fué y es hasta ahora célebre: mas no era este Dorado el que estaba ideado en la mente de los que le agenciaban: lo que con ansia y á todo costo buscaban, era un valle y un territorio con peñascos y guijarros de oro; y tantos quantos se podian desear, y nada menos ofrecian los Indios que iban conquistando; porque estos, viendo que lo que mas apreciaban aquellos forasteros era el oro, á fin de que dexando sus tierras se ausentasen á otras, pintaban con muy vivos [346] colores la copia de oro del País, que les parecia mas á propósito para estar mas libres de sus huespedes; y permitia Dios que los Españoles creyesen tan sériamente dichas noticias, para que se descubriesen mas y mas donde rayase la luz del Santo Evangelio, como por su bondad rayó, creció y llegó á claro y perfecto dia, mediante la predicacion de muchos Varones Apostólicos, que reputáron el oro por lodo á vista de la presiosidad de tan innumerables almas. Entre tanto se excitó y tomó cuerpo la fama, de

que vencida y pasada aquella gran Serranía, coronada de eminencias, que mantienen todo el año y perpetuamente la nieve, estaban unos dilatados llanos muy poblados, en donde estaba el Dorado tan ansiosamente deseado, y luego salió Quesada con doscientos Soldados para el descubrimiento. Dia del Apóstol Santiago descubriéron desde una alta cumbre aquellas llanuras, cuyo aspecto (á lo léjos) es como el Oceano al pié de aquella gran cordillera de Serranías fundáron los dichos exploradores la Ciudad de Santiago, llamada de las Atalayas, para dexar memoria del dia en que avistáron los llanos, y del fin á que se enderezó su árduo viage, que fué atalayar y descubrir el Dorado: la qual Ciudad hasta hoy persevera en el sitio que demarca el Plán, como memorial perpetuo, y reclamo que con el tiempo excite y llame nuevos Atalayadores y Exploradores de aquel incógnito tesoro (215); el dicho Quesada [347] con increíbles trabajos penetró los bosques del Ayrico; y perdida casi toda su gente, salió á Timaná el año 1541.

En este año con horrendo viage desde el Perú por el rio Marañón salió á la Costa, y no paró en busca del Dorado el animoso Orellana; pero en vano. Al mismo tiempo Felipe de Utre con ciento y veinte hombres, ansioso de que Quesada no fuese solo en el interés y honor, salió en su seguimiento desde Coro, Ciudad de la Provincia de Venezuela; y con el aviso que un Cacique le dió de la gran pérdida y muertes de los Soldados de dicho Quesada, tomó el rumbo al Sudueste (216), siguiendo al rio Guabiari; y segun concuerdan así el Reverendísimo Fr. Pedro Simón, como el Ilustrísimo Piedrahita, llegó Utre á vista del primer Pueblo de los Omeguas, Enaguas ó Manoa, donde saliéndole como unos quince mil Indios, los rechazó Pedro de Limpias con treinta y siete Soldados. Utre y el Capitan Artiaga estaban heridos desde el dia ántes, y así no saliéron al Cuerpo; allí supieron por mayor las muchas Ciudades y tesoros de aquella Provincia, por lo qual saliéron á buscar mas gente para volver á la empresa, pero Caravajál, Gobernador intruso en Coro, quitó cruelmente la vida á Felipe de Utre, y cortó enteramente esta gloriosa empresa año 1545, que no hay fiera tan sangrienta como la envidia.

En el Perú, el Marqués de Cañete dispuso la entrada al Dorado, á cargo de Pedro de Ursua, siendo guias unos Indios del Brasil, que se obligáron á ello; á la mitad del viage sus Soldados matáron á Ursua; y eligiéron en su lugar á Don Fernando de Guzmán. Aguirre tomó el nombre [348] de Tirano, mató á Guzmán y á otros muchos: vió señas vastantes de los Omeguas; y no hizo caso, porque ya tenia ánimo de tiranizar la Tierra-Firme y el Perú; y viendo los Indios Brasiles, que ya dexaba á las espaldas los Pueblos del Dorado, se huyéron á sus tierras. Aguirre tiranizó la Margarita, y en Tierra-Firme prosiguió (217) haciendo crueldades, hasta que infelizmente murió en la Provincia de Venezuela año 1557.

Despues Pedro de Silva consiguió del Rey Título de Adelantado, y con tres Naos, con mas de seiscientos hombres salió de San Lucar año 1569, y llegado á la Provincia de Venezuela, allí por falta de gobierno desertáron todos. Volvió segunda vez á España, consiguió volver con un Navío y ciento y sesenta hombres, y hecho á la vela llegó á la Costa de Paria, entró por las bocas de los Dragos al Golfo Triste, tan triste para él y su gente, que todos pereciéron á manos de los Indios de Guarapiche, y á fuerza de

hambre, ménos el Soldado Martin, de quien hablé en el capítulo diez y siete.

Con el mismo fin del Dorado (aunque baxo del Título de Fundador de la Guayana en Orinoco) salió en el mismo año el Capitan Serpa del Puerto de San Lucar, y tuvo tan lastimoso fin, como Silva, con poca diferencia; omito los intentos de otros, á quienes el famoso Dorado inquietó mucho, aprovechó nada, y les costó la vida.

Ahora importa que entresaquemos el grano de la paja, y exâminemos si hay algo sólido en el [349] referido epílogo de noticias, en que los Autores citados gastan muchos pliegos. Mr. Laet despues de recopilar las diligencias, costos, pérdidas de Navíos, Soldados y tripulacion, que en busca del Dorado consumiéron los Ingleses, de que hablé en el capítulo primero de esta Obra, concluye diciendo (218): «¿Y después de todo esto se duda si hay tal Dorado en el mundo, ó no?»

Yo veo el viage de Felipe de Utre, referido con tanta individualidad por terrenos, en gran parte reconocidos por los Padres Misioneros de mi Provincia, y por mis ojos mismos, y hemos hallado señas tan fixas del tal viage, que no me es factible negarlo (ni los Autores le niegan; aunque el Reverendísimo Fr. Pedro Simón da vastantes señas de tener por mera aprension dicho Dorado) Fuera de esto, he visto en la jurisdiccion de Varinas, en las Misiones que en la Serranía de Pedraza cuidaba el Reverendo Padre Fray Miguél Flores, de la esclarecida Orden de Predicadores, en que murió á manos de los Indios: vi, digo en el año 1721 los falconetes de bronce de á dos en carga, que Utre entre otras cosas había prevenido para su viage, que sin falta hubiera hecho, si la envidia de sus émulos no le hubiera quitado la vida: vi y traté al Venerable Padre Joseph Cabarte, que gastó treinta y nueve años en Misiones en el Ayrico, Guaviari, Ariari y Orinoco derrota (que siguió Utre) el qual Venerable Misionero estuvo firme siempre, en que aquel era el rumbo para ir al Dorado: vi y aun dexé vivo [350] á un Indio, agregado á la Mision nuestra de Guanapalo, en el río Meta, al qual catequizó y bautizó dicho Padre Cabarte; el qual protestaba, que fué cautivo de edad como de quince años; y que en la Ciudad de Manóa ó Enaguas había sido esclavo otros quince años; y que á instancias de otro Indio esclavo, que sabía el camino, se huyó con él y otros tres; y con ser así que el tal Indio que en el Bautismo se llamó Agustin, no sabia palabra de la lengua Española, nombraba los sitios donde durmieron los veinte y tres días, que desde el Dorado gastáron hasta las márgenes del Orinoco, dándoles los nombres Castellanos que solo Utre en su derrota les pudo imponer, y eran: el Ormiguero, el Almorzadero y los demás á este tenor. Mas el tal Indio Agustin referia las mismas grandezas de los tesoros, y multitud de gente, que el Cacique de Macatóa contó á Utre, persuadiéndole que trahia poca gente para tan grande empeño: fuera de esto, dicho Agustin pintaba muy por menor el Palacio del Rey, los Palacios y Huertas para su diversion en el campo; y tales individualidades, que un bozal no es capáz de fingir, ni tenia motivo para ello; y así creo que de todos los que buscáron el Dorado, el que mas cerca estuvo de él, fué Utre; y que sus noticias roboradas con las que dixé y diré, no son despreciables.

En las otras noticias que los Indios del Brasíl diéron al Virrey de Lima, Marqués de Cañete, no hallo los motivos que noté en los demás

Indios, para engañar y echar de sus tierras á los Españoles con el relumbrón del Dorado; porque dichos Brasiles siguiéron en su modo de informar [351] el genio de todos los Americanos naturales; porque estos son en sumo grado vengativos; y quando por sí no pueden vengar los agravios recibidos, se ingenian, y con buen pretexto buscan quien los vengue. De aquí nace en los Jueces prácticos, que quando oyen la acusacion que hace un Indio contra otro, se ponen á pensar; y ántes de responderle, pasan á averiguar, ¿qué agravio hizo el acusado al acusador? y ciertamente hallan que el acusado hizo algun daño al que acusó. Digo pues, que como los tales Indios Brasiles, por no tener buen terreno, saliéron á buscar fortuna en gran número, y fuéron los mas de ellos, ó casi todos, muertos por los Omaguas del Dorado: viendo que el único metal, de que fabrican sus herramientas, es oro, y que las estatuas de sus templos eran de oro etc.; y sabiendo la buena voluntad con que los forasteros buscaban este noble género, saliéron al Peru, buscando despique á sus agravios, so capa de los tesoros de los Omaguas; y creo que si Ursua hubiera vivido, no hubiera omitido el entrar por aquellos anchos y trillados caminos, por donde Aguirre no quiso entrar, por estar ya encaprichado en su Reynado fantástico de la Tierra-Firme y del Perú; y el haberse los tales Indios Brasiles retirado, luego que viéron que Aguirre, sin hacer caso de su aviso, tiró rio abaxo, es para mí prueba eficaz, de que el denuncia del Dorado era sério y verdadero, á trueque de vengarse los denunciantes; el que ha vivido algunos años con Indios, conocerá bien la fuerza de esta reflexión.

Del mismo principio infiero, que toda la relacion [352] acerca de los tesoros y multitud de gente del Dorado que el Cacique de Macatoa dió á Felipe de Utre, fué verdadera en todo; porque por lo que mira al gentío, luego al punto tuvo Utre sobre sí quince mil Omaguas solo de aquella primera Ciudad, y fué menester todo el valor de tan corto número de Soldados, para resistir, desbaratarlos, y hacerlos retirar. Por lo que mira á las muchas riquezas del tal Pais, concuerda la declaracion del tal Cacique, con la que los Brasiles diéron al Virrey de Lima, y con la fama comun, que tan válida y estendida estaba ya.

Ahora, considerando yo lo que sucede á los Padres Misioneros (y me ha sucedido muchas veces) que despues de ganadas las voluntades de los principales Indios de una Nacion recién descubierta, si la Nacion que se sigue está de guerra con ésta, ó la da mal vecindario, luego al punto dan cuenta de la tal Nacion, dónde viven, y por qué camino se puede ir; pero si son amigos de la dicha Nacion, nadie avisa; y aunque el Misionero pregunte, todos niegan, hasta que con el tiempo reconocen que el Padre solo busca su bien espiritual, y entónces dan noticia de la Nacion vecina. Supuesta esta verdad tan experimentada, concedo que Utre daria al Cacique de Macatoa muchos regalos para ganarle la voluntad; pero este medio no vasta para que avisen la verdad; porque tambien los Misioneros dan semejantes regalos, y como vimos, no avisan, sino es para vengarse, ó para sacudir el yugo; de que se sigue, que este Cacique, aunque por tener ménos vasallos, no estubiese en guerra con los Omaguas; á lo ménos por ser estos los dominantes, estaba mal con ellos; ó porque tal vez [353] era su tributario, ó porque le hacían daño á sus sembrados, ó porque les llevaban por fuerza las mugeres, (como con muchas Naciones del Orinoco lo practican

los Indios Caribes) ó por otros motivos; y creyendo el tal Cacique, que podrían aquellos forasteros, si volvian con mas prevencion de Soldados, vengar sus injurias, y sacudir el yugo de su pesado vecindario, abrió su pecho, y dixo á Utre todo quanto sabia, y le rogó encarecidamente, que con tan pocos Soldados no se empeñase: le asistió con bastimentos, le dió guias para su vuelta, y otras finezas usó tales, que á no estar mal con los Omeguas, estoy cierto que no las hubiera hecho.

Por otra parte no cabe el decir, que como Indio, todo lo hizo por miedo de las armas de Utre; porque con mostrarle á éste buena voluntad, y avisar de secreto á los Omeguas (cosa muy usada entre los Indios Gentiles) de un solo asalto, hecho de noche, quedaba Utre destruido, y el Cacique de Macatoa con mucho mérito para con los Caciques ó Régulos del Dorado; y así él declaró la verdad, por lo que ya llevo dicho.

Ahora, juntando la declaracion del Indio Agustin, que fué tantos años esclavo en la Ciudad Capital del Dorado, con la de los Indios Brasiles, con la del Cacique Macatóa, y con lo que (219) viéron, padecieron y declararon Utre y sus treinta y nueve Soldados: los quales, como dice el Ilustrísimo Piedrahita (220), Fr. Pedro Simón, y la tradicion que dura hasta hoy, viéron desde un alto competente [354] gran parte de aquella primera Ciudad, y no toda; porque la misma extension de ella impidió la vista: la qual extension concuerda con el numeroso Ejército, que prontamente salió contra Utre. Digo que estos testigos y circunstancias, juntas con el dictámen constante del P. Joseph Cabarte, fundado en su larga experiencia de Misionero, en casi quarenta años de tratar y trabajar entre aquellas Naciones, por donde fué el derrotero de Utre; este agregado de cosas constituye un fundamento grave á favor de la exístencia del Dorado, y una probabilidad no despreciable: la qual, si viviera hoy Monsieur Laet, y la tanteara, depusiera su duda, y el R. P. Fr. Pedro Simón depusiera su incredulidad á vista de estos sólidos fundamentos.

Yo hallo una gran disparidad entre las declaraciones que hacian los Indios en sus Patrias acerca del Dorado, y las que dexo notadas de Agustin de los Indios Portugueses etc. Las primeras (como muy bien nota Fr. Pedro Simón) eran á fin de apartar de sí á los Españoles; estas otras, como dixe, eran á fin de vengar sus agravios, y buscar su conveniencia: fuera de que no hay razon para que se desprecie, y se dé por nula la declaracion de Utre, y los demás Gefes y Soldados de su Compañía, y mas roborándola mucho aquella ansia de volver segunda vez á emprender con mas prevencion la jornada, que atajó la muerte de Felipe de Utre á manos de la envidia; mas, la copia y multitud de Indios Omeguas, Omaguas ó Enaguas, que se dice haber en aquel Pais, no la estrañará quien supiere, que todo el Nuevo Reyno de las Provincias de Quito y de las del [355] Perú, viendo aquellas Naciones, que no tenian fuerza para resistir á los Conquistadores, gran número de gentes de ellas se retiraron á los Andes y á aquella cordillera de Serranías, que divide los Llanos inmensos (de que hablé ya) de los Reynos de Bogotá, de Quito y del Perú; y pasados los Andes, formaron sus poblaciones tan numerosas, como de lo dicho se infiere: fuera de que, como lo restante de aquel Pais está poblado, tambien hallarian Pueblos antiguos aquellos Indios forasteros, á que se irian agregando.

En fin, la riqueza y tesoros que la fama publicó del Dorado, es ménos de estrañar; porque aunque no hemos de creer que los cerros son de oro,

vasta que se halle tanto como en el Chocó, Antioquía, Valle de Neyva y en otras muchas Provincias del Nuevo Reyno; la qual riqueza, junta con el tesoro, que los muchos Indios, que se retiraron, precisamente llevaron consigo, hace un buen equivalente á lo que se dixo, y dice del famoso Dorado (221). Todo lo qual he querido apuntar, porque tal vez con el tiempo moverá Dios nuestro Señor algun corazon magnánimo á descubrir aquellas Provincias, y se abrirá puerta para que entre en ellas la luz del Evangelio, con la felicidad con que nuevamente ha entrado cerca del Nuevo México, en la Provincia de la Nueva Sonóra, terreno que une la Tierra-Firme con las Californias, hasta hoy demarcadas y tenidas por [356] Islas, y no son sino una Península. Los habitadores de dicha Sonóra son muy dóciles, y los tesoros de plata de sus minas, quantiosos é ignorados hasta el año de 39 de este siglo. No repugna que algun dia conste lo mismo, y se publiquen las mismas ó semejantes noticias, ya verificadas del famoso Dorado y de sus gentes: ojalá sea quanto ántes, para bien y salud eterna de aquellas almas.

Dos palabras debo explicar ántes de pasar adelante: la primera es Manóa, nombre que dan los Mapas á la Ciudad principal del Dorado; y digo, que Manóa es en lengua Achagua tercera persona del verbo negativo Manoayúna, que es no derramo, cuya tercera persona Manóa quiere decir, no derrama, nombre que dan á todas las lagunas, no sin propiedad; y así, Ciudad de Manóa es lo mismo que Ciudad de la Laguna. He dicho varias veces, que con facilidad se lava oro en las playas de muchos rios del Nuevo Reyno; y así debo explicar, qué modo de lavar es éste. Digo que de un tablón competente forman como un sombrero, que puesto boca abaxo, tiene las alas caidas; y puesto boca arriba, echan arena, y luego agua, con que la revuelven: arrojan poco á poco la agua turbia, y echan segunda agua limpia para volverla á enturbiar con la arena; y á pocas aguas que remudan, sale toda la arena, y en el fondo de aquel como sombrero quedan las arenas de oro puro, que con su peso natural se afondan, y no salen entre la arena. Vasta ya de jornadas y viages: hagamos pié ántes de emprehender la segunda Parte de esta Historia.

Tomo II

Advertencia

El P. Ignacio Obregón, que se había encargado de la correccion de esta Obra, por su indisposicion, solo pudo ocuparse en la del Tomo primero; y por esto se encargó de la del Tomo segundo el Dr. en A. D. D. Antonio Juglá y Font, quien suplica al Lector disimule los errores que notáre en él, baxo el concepto de que la impresion del año 1745, que ha servido de exemplar, sobre las muchas equivocaciones que tiene, sigue una Ortografia muy diversa de la que ha adoptado posteriormente la Real Academia Española, y se usa al presente; á mas de que á la precipitacion con que se ha procedido en la Impresion del dicho segundo Tomo, concurre, para su disculpa, la suma dificultad que comunmente se reconoce en los

Catalanes, para la perfecta inteligencia, así del dialecto, como de la Ortografía Castellana. [1]

Introducción á la segunda parte

Aunque esté bien tendida y fabricada á toda costa y gusto la escalera de un Palacio; con todo, el arte, la conveniencia ó la costumbre han introducido el descanso y plan en su medianía, para tomar resuello, y subir con mas brio ó ménos fatiga lo restante de ella. Es así; pero si no me engaño, creo que los pasos y capítulos con que hemos venido hasta aquí subiendo contra las corrientes del Orinoco, no han sido tan árduos ni fastidiosos, que requieran este descanso ó division de segunda Parte. Fuera de que, de las novecientas leguas que ya por via recta, ya en repetidos semicírculos creemos que corre el Orinoco, tenemos vistas y navegadas quatrocientas y cinquenta, desde [2] el Golfo Triste hasta la boca del rio Ariari; no podemos ahora pasar adelante, sino por las señas de varios rios, que por la parte Occidental baxan al Orinoco de los Páramos de Popayán y Pasto; y careciendo casi enteramente de noticias, por lo que mira á la vanda del Súr y Provincias, donde desde las primeras conquistas se ideó el famoso Dorado ó Ciudad de Manóa, (como se indica en los Mapas antiguos y modernos) es preciso que del Plán que debiera ser un mero descanso para volver á subir y registrar lo restante del Orinoco, hagamos término, dexando á los Operarios que la Divina Providencia destináre para el cultivo de aquellas incógnitas Naciones el cuidado de registrar y avisar á los venideros los genios de aquellas gentes, y lo singular de aquellos Países.

Entretanto la materia de esta segunda Parte que coincide con la de la primera, se reducirá á responder á varias preguntas y dudas curiosas, originadas de lo mismo que llevo ya referido, y dar satisfaccion á otras, que de las mismas respuestas han excitado personas de literatura; y como tales, ansiosas de saber mas y mas, me han preguntado: ¿Si entre aquellas Naciones hay idolatría y trato con el Demonio? ¿Si tienen alguna luz y conocimiento de Dios? ¿Las causas de sus guerras, arte militar y armas? ¿La variedad, origen y derivacion de sus lenguas? ¿La de sus venenos, y modo de fabricarlos? ¿Cuál es la fertilidad de aquellos Países? ¿Quáles y cuántas sus plagas y enfermedades especiales, y qué remedios usan? ¿Si va en aumento, ó descaece el número de los Indios? y otras curiosidades no vulgares: y supuesto que el ánimo es responder á todo, basta de preámbulo, y prosigamos con el mismo estilo lacónico y claro. [3]

Capítulo I

¿Si entre aquellos bárbaros se halla alguna noticia de Dios?

Llevó Dios á la cumbre del honor al hombre que crió: adornóle con las coronas de suma gloria y honra las sienas, colocándole en tal altura, que se podia gloriarse de que era poco menos que los Angeles, y que tenia á su mando y disposicion todo el resto de las criaturas sublunares; pero en medio de tan sublime excelencia, le precipitó al abismo de la mayor desdicha su misma ignorancia: Non intellexit: y con caida mas fatal que la de Icaro (aunque ésta no fuera fabulosa) se halló equiparado con las

bestias, y semejante á ellas, el mismo que fué formado á imagen y semejanza de todo un Dios. ¡Notable desgracia y manantial de otras innumerables! ignorancia detestable, madre, fuente y raíz de todas las sombras y errores que llenáron el Mundo, y aun dominan en tantas partes de él, quantas apunté en el Prólogo de esta obra. Pero llegando á nuestro propósito: si à los Mahometanos, Paganos y Negros Africanos les conviene con especialidad la dicha similitud con los brutos, por su especial ignorancia, no les es ménos propia, ni conviene ménos á las ciegas y bárbaras gentes del Orinoco y sus vertientes, en que son comprendidas tambien con especialidad otras muchas Naciones de las dos Américas. [4]

Ello es cierto que la falta de enseñanza, derivada y heredada de padres á hijos, no es otra cosa que pasar las gentes de uno á otro abismo de ceguedad y tinieblas, sea en la Religion del Mundo que se fuere, como se evidencia en las Aldéas retiradas, y en el vulgo de las Ciudades, aun en aquéllos Reynos donde mas florece, y mas se cultiva nuestra Santa Fe. ¿Pues qué dirémos de aquellas gentes, cuyo total ahinco es, retirarse mal y mas del comercio humano, é internarse en las selvas y afectando, ó por mejor decir, imitando el genio de las bestias mas silvestres é indómitas?

Diré que fué gravísimo error el de los que á la primera vista pensáron que no eran racionales; porque á la verdad, luego que se van desbastando aquellas que parecen piedras, se ve por la Divina gracia, que pasan á verdaderos hijos de Abrahán; y á repetidos golpes del cincél de la doctrina, se descubren los brillos de aquellos diamantes, cuya exterior tosquedad los hacia despreciables.

Diré (222) que aquellas Naciones, no solo están poseidas, sino tambien sepultadas entre las tinieblas de su misma ignorancia; pero afirmo, y debo afirmar al mismo tiempo, con el torrente de los Doctores y Theólogos católicos, que en medio de aquellas tinieblas resplandece alguna luz, algunos destellos (aunque cortos) de aquel Divino Sol de Justicia, que alumbró y alumbrá á todo hombre, de quantos vienen á peregrinar á este Mundo, [5] alentando y fortaleciendo con su Divina gracia el espíritu de los Sagrados Apóstoles y de los Varones Apostólicos, para que se oyese los écos de sus voces Evangélicas desde el Oriente al Ocaso, y desde el Aquilón al Austro, segun el vaticinio del Real Profeta (223).

Diré lo que ya dixo S. Próspero (224): «que hay algunas Naciones en los últimos ángulos del Mundo, á quienes no alcanzó todavía á dar de lleno la luz de la Divina gracia; á las quales jamás se les niega aquella luz general, y aquella medida de auxílios suficientes, que para todos los hombres viene de lo alto». Lo mismo pudiera decir con las palabras de San Agustin, con las del Concilio Senonense (225), de Orosio y de otros Santos Padres y Concilios; pero no obstante todo esto, diré también lo mismo que en dilatados años y largas peregrinaciones, entre gentes bárbaras he palpado y experimentado; y es, que aquella corta luz que entre ellos se dexa divisar, al mismo tiempo que se dexa ver como luz, se reconoce empañada con muchas sombras. ¡Pobres almas! ¡O y qué lástima! Si aquella luz que tienen, se parece tanto á las tinieblas, ¿quál será el horror de la ceguedad en que viven? ¿Y quién habrá que no se mueva á lástima y compasion de aquellas [6] pobres Naciones? Tienen poca luz y obscurecida, y así ven muy poco; y si no hay quien vaya á alumbrarlos, no hay esperanza de que se les aclare la vista. Hay notable diferencia en el modo de no

ver, quando una nube ó niebla opaca cubre la superficie de la tierra, y quando otra nube (digámoslo así) doméstica cubre casi toda la superficie de los ojos: á aquella el tiempo la disipa, y todo queda claro: ésta se congela y crece mas con el tiempo; y al modo de ésta es la que ofusca á aquellas gentes infelices.

Digo en fin, viniendo á lo particular, que las Naciones de que trato, conocen la malicia del homicidio, del adulterio y del hurto; y los delinquentes, ó se huyen, ó esconden quanto pueden sus delitos: no se hallan casamientos entre hermanos y hermanas; y en algunas gentes hasta mas allá del quarto grado no se casan. En sus desgracias ó pesares levantan los ojos al Cielo con exclamaciones propias de sus lenguages; v. gr. ¡Ayaddí! ¡Acayá! ¡Ayó! ¡Páya! ¡Guayamijideyá! y otras semejantes, con que naturalmente recurren á lo alto á implorar el favor y amparo, aunque no tienen otras voces ni términos para explicarse mas; siendo éste un movimiento con que recurre la criatura afligida á su primera Causa, segun el sentir expreso del Padre de la eloqüencia Ciceron (226). En la Nacion Achagua viene de padres á hijos la tradicion del Diluvio Universal, que explican con estos términos muy genuinos: Catena Manóa, que [7] á la letra es: Sumersion general de la tierra, ó laguna general.

Con toda claridad, segun Herrera (227), retenian esta noticia los Indios de Cuba, y uno de los mas ancianos reconvino á Gabriel de Cabrera con estas palabras ¿Que por qué le reñia etc. pues todos eran hermanos? ¿Vosotros le decía no procedeis de un Hijo, de aquel que hizo la Nao grande para salvarse del agua, y nosotros del otro? de modo, que esta tradicion, segun se ve, estaba muy asentada y corriente de generacion en generacion. En dicho lugar cuenta el mismo Herrera, que tenian aquellos Indios noticia de la creacion del Cielo y de la Tierra, y que habia sido fabricada toda esta gran -máquina por tres Personas, aunque al explicarlas deliraban. Una y otra noticia se halláron en el Perú y en México (228).

En otras tres Naciones que luego nombraré, tienen palabra con que expresar (á su modo) y nombrar á Dios, (esperamos que el tiempo y la práctica lo descubrirá tambien en otras, que hasta ahora no han dado señal de conocerle, por frase ó palabra destinada para ello,) pero en dichas Naciones no se ha reconocido ceremonia alguna exterior para el Culto Divino; ni las voces con que segun la variedad de lenguas nombran á Dios, son tan individuales y positivas, que nos hayamos asegurado ya de su cierta y fixa significacion. Por esto en la Doctrina Christiana, que traducimos en sus Idiomas, usamos de la palabra Dios, y de las demás palabras Españolas necesarias para [8] la explicacion de los Misterios de nuestra Santa Fe: asi como los Latinos tomáron del Griego muchos términos facultativos de que carecian, para explicar muchas dificultades Escolásticas.

Los Caribes, Nacion dominante por muy numerosa, llama á Dios Quiyumocón; es decir: Nuestro Padre Grande; pero aun no está bien averiguado si estas voces tienen por objeto la Causa primera, ó si se refieren al mas antiguo de sus Abolengos; y por esto no usamos de dicha palabra.

Los Salivas dicen que el Púru hizo todo lo bueno: que Púru vive en el Cielo: que el Hijo de Púru mató aquella Serpiente que destruia las gentes etc. (éstas son sombras y vestigios borrados de la verdad).

Los Betoyes decian ántes de su conversion, que el Sol era Dios; y en su lengua al Sol y á Dios llaman Theos; voz Griega, que tambien significa á Dios; pero ninguna de estas tres Naciones da la menor muestra de culto ni de adoracion á su Púru, Theos ó al Quiyumocón.

En ninguno de aquellos vastos Países hemos hallado hasta hoy muestra de idolatría; y así hay este obstáculo ménos que vencer para su enseñanza. No obstante esto, en la Nacion Betoya hubo que vencer algo; porque pusimos en el Catecismo esta pregunta: ¿Theodá, Diosoqué? ¿El Sol es Dios? y al punto respondian que sí: la respuesta que se les enseña, es: Ebamucá, futuit ajajé Diosó abulú, ebadú, tuluebacanutó: no es, porque es fuego que Dios crió para alumbrarnos.

Viendo pues, que pasaban muchos meses sin acabar de creer que el Sol era fuego, me valí de [9] la mecánica de una lente ó cristal de bastantes grados, y junta toda la gente en la plaza, cogí la mano del Capitan mas capáz, llamado Tunucúa. Preguntéle: ¿si el Sol era Dios? luego respondió que sí: entónces en voz alta que oyeron todos, dixe: ¿Day dianu obay refolajuy? Theodá futuit ajaduca, may mafarra. ¿Quándo acabaréis de creerme? ya os tengo dicho que el Sol no es sino fuego. Y diciendo y haciendo, interpuse la lente entre el Sol y el brazo del dicho Capitan, y al punto el rayo solar le quemó y levantó una ampolla considerable en el brazo: clamó luego él con voz amarga, diciendo: ¡Tugaday: tugaday: fatuit ajacadacá!

Es verdad: es verdad: fuego es el Sol. Corrian de tropel los hombres y mugeres á ver el efecto del Sol y de la lente: veian la quemadura, y el Capitan les explicaba con eficacia la operacion que miraban con espanto correlativo á su nativa ignorancia: entretanto rompí por entre el gentío, y llegué á la turba de muchachos, deseosos de ver y saber lo que pasaba: hice la misma pregunta al mayorcillo de ellos, erró la respuesta, y lo desengañé con la quemadura de la lente. Aquí fué mayor la bulla, todos querian experimentar (aunque á costa suya) si el Sol era fuego, ó no; díle la lente al Fiscál de la doctrina, para que fuese dando gusto á todos, y yo me retiré á mi choza: el efecto de esta maniobra fué qual se deseaba; porque de allí en adelante ningun Betoy dixo jamás que el Sol era Dios: luego respondia que el Sol era fuego.

No puedo omitir aquí lo que me pasó con un Gentíl Betoy, llamado Cagiali al principio de la [10] conversion de esta Nacion: insistí en tina de las pláticas, que el que no creyese la doctrina que yo de parte de Dios les enseñaba, le llevarian á ser quemado perpetuamente á la casa del fuego, donde viven los Demonios. (ésta es frase propia de aquel language). Vino despues el Cagiali á informarse mas de espacio de la materia: expliquésela de varias maneras, y con símiles materiales; (que son los que mas sirven para su rudeza) y quando se hizo cargo de esta tan importante verdad, se alteró todo, encendiósele el rostro, soltó las lágrimas, y con voz lamentable dixo: ¡Ayaddí, Babicá! ¿Day ma ebá Diosó? ¿Dayque ojabolá, obay reoje afocá, arreacabi, dusuque arribica? ¡Ay, Padre mio! ¿Cómo ha hecho Dios esto? ¿Conque mis mayores se han perdido, y están ardiendo, porque Dios no les envió Padres que les enseñasen? Confieso que me enternecí, y que me costó mucho trabajo el consolar al Cagiali, y mucha dificultad el hacerle entender, que la causa de la perdicion de sus mayores no estuvo en Dios sino en los pecados de aquellos Gentiles, por

los cuales se hicieron indignos de que su Magestad les enviase Predicadores. Este Cagiali fue un gran Indio, sirvió mucho para aquella fundacion; y quando le bautizé (que fué in articulo mortis) le llamé Fortunato, porque logró la fortuna que lloraba perdida en sus mayores.

Pero por el mismo caso que reynan las tinieblas en los entendimientos de aquellas gentes, quando al abrir los ojos de la razon, perciben la luz de las verdades eternas, les da mayor golpe la novedad, y se reconoce por los efectos, que entónçes derrama Dios á manos llenas su misericordia, [11] segun la mayor ó menor disposicion de los Neófitos; entre los cuales vemos y advertimos la mutacion que en ellos hace la diestra del Todo-Poderoso. Y aun los mismos Indios al cotejar su vida racional y christiana con su antiguo desconcierto, se regocijan, se admiran y dicen repetidas veces á sus Misioneros: Diosó fausucájú, Babicá, ujuma afoca, ubadolandó maydaitú: esto es: Dios te lo pagará, Padre; pues por tu medio vivimos, ya racionalmente; y veis aquí aquel maná escondido, que endulza, suaviza y hace llevaderos los mayores trabajos presentes; y que dispone, da brio y ánimo para los venideros.

¿Qué consuelo podrá compararse con el de un Operario entre aquellos Neófitos que se fatiga para que sus Indios no freqüenten tan á menudo los Sacramentos de la Confesion y Comunión, como los de la Nacion Achagua, que la desean y piden hasta ser molestos?

¿Qué mayor señal se puede hallar de que han abrazado sériamente nuestra Santa Fe, ni qué mayor gusto para el que se la predica, que reconocer en los Neófitos temor de Dios, deseos de salvarse, y gran miedo de la eternidad del Infierno, con la moderacion, recato y buena conducta debida que requieren las tales señas? y á la verdad de esto pudiera decir mucho.

Solo diré para gloria de Dios y confusion de muchos Christianos, que se precian de serlo (229), que me ha sucedido estar muchas mañanas seguidas oyendo confesiones de Indios Neófitos, sin hallar en alguno de ellos materia para la absolucion: y me consta que á otros Misioneros les ha sucedido lo mismo; eso no, Padre (responden) desde que [12] supe que Dios se enoja por los pecados, y como los castiga, no hago cosa mala. Por otra parte se evidencia la sinceridad y verdad que profesan en la confesion, con muchas señales ciertas, especialmente por la brevedad, ansia y susto con que recurren al Tribunal de la Penitencia, si caen en algun lazo de los que arma el enemigo: en cuya prueba solo digo, que á deshora de la noche, y lloviendo reciamente se entró un Indio Neófito en mi rancho, y puesto de rodillas á mis piés, todo asustado, me pidió las diciplinas: se las dí, y empezó á descargar recios azotes sobre sus espaldas, y á llorar. Díxele atónito, ¿que por qué era aquella penitencia? respondió que le habia engañado el Demonio, y que venia á desenjar á Dios, y á confesarse, como lo hizo: añadiendo despues otros azotes sobre sus espaldas: ¿quién no alabará á Dios por estas señas de Fe viva y santo temor suyo, que su Magestad infunde en los que poco ántes no le conocian? [13]

Singular piedad y especial providencia de Dios, que resplandece en Bautismos al parecer casuales de Indios ancianos, Indias y Párvulos

Dixe en el capítulo antecedente, que aunque ofuscada, no falta luz, ni á los mas bárbaros, para discernir lo bueno de lo malo, y lo lícito de lo prohibido (sentencia seguida por los Doctores Católicos en tanto grado, que el Padre Presentado Fray Gregorio García y otros Autores (230) notáron, que en México y el Perú habia ántes de las conquistas noticia de los Preceptos del Decálogo; y que unos en unas Provincias, y otros en otras, tenian señalado castigo contra los transgresores.

En la Vida del V. Padre Joseph de Ancheta, vemos que este Apostólico Varon perdió el camino que seguia; y después de varias vueltas y revueltas por un desierto, fué á dar á una choza donde estaba usa Indio anciano, hecho una imágen viva de la muerte, y exâminándole, halló el Padre, que habia guardado exâctamente la Ley natural: instruyóle, bautizóle, y luego murió; como quien solo vivia de la esperanza del bautismo, para pasar á mejor vida.

En la Historia de Cinalóa de las Apostólicas [14] y numerosas Misiones, que la Compañía de Jesus tenia en la Nueva-España, se lee un caso totalmente semejante al que acabo de referir, de dos Padres, que permitió ó dispuso Dios que perdiesen el camino, para que por el bautismo pusiesen en el camino del Cielo á un anciano Indio que halláron (después de bien exâminado) que no tenia otra culpa que la contraida en la original, fuera de las leves que de su cosecha trae la fragilidad humana. Este tal no esperó para morir sino el tiempo necesario para su instruccion y bautismo.

De estos casos y otros admirables en materia de la Fe, del culto Divino y de grandes penitencias de los Indios, está llena la Historia de Cinalóa ya citada, donde el curioso hallará mucho en que alabar la piedad del Altísimo. Y á la verdad, por lo que los Padres Misioneros me refirieron (231), y por lo que yo mismo experimenté en esta materia, es para mí indubitable, que en los demás partidos de Misiones se ve con freqüencia esta especial providencia y misericordia de Dios; y se verifica la verdad de aquel axioma Theológico, que facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam: y aqui me cito á mí mismo, al capítulo doce de la primera Parte, donde escribí un caso de un bautismo muy singular.

En este punto me enterneció mucho lo que me refirió el Padre Juan Rivero al retorno de su viage al Ayrico, de doscientas leguas de ida, y otras tantas de vuelta: habia hecho tan árduo y largo viage á pie, y por desiertos estériles en busca de Achaguas Gentiles; y viendo yo que traia muy pocos, traté de consolarle del mejor modo que pude, y me interrumpió, diciendo: «no Padre [15] mio, tan consolado vuelvo por haber bautizado un Achagua, que al llegar allá encontré moribundo, que si supiera habia de lograr otro bautismo semejante, ahora sin descansar emprendiera y repitiera este mismo viage»: y prosiguió refiriendo el caso, que por muy parecido á los dos antecedentes puedo dar por referido. Este es aquel denario diurno y paga sobreabundante, con que quedan satisfechos aquellos Operarios, y por él dan por muy bien empleadas todas sus fatigas.

En el año 1716, despues que puse los primeros Gentiles Lolacas, que Dios me dió, entre los dos rios Tame y Chicanóa, se me ofreció un viage muy urgente y dilatado en bien de las almas; y luego que de retorno llegué

á mi rancho, vino un Indio mozo con tal priesa, que de puro fatigado, apénas podia hablar, y dixo como mejor pudo estas palabras en su lengua: Padre, ha tres dias que mi madre te está esperando, y dice que no quiere morirse sin ser Christiana; pasé luego á ver la enferma, halléla muy descaecida, la instruí en los mas principales misterios de nuestra Santa Fe; y ya dispuesta, la bautizé: la choza en que estaba era tan estrecha y baxa, que para resollar un poco de ayre puro, salí fuera de ella: ¡cosa rara! apénas me habia limpiado el sudor, quando oí que decian adentro: ya espiró; entré, y era así, que para morir solo habia esperado el agua del Santo Bautismo; y alabé á Dios con el Profeta David (232), diciendo: Separaste, Señor, tu lluvia [16] voluntaria para tu heredad, que tú mismo perficionaste.

Todavía resplandecen mas los arcanos de la Divina Providencia, y los caminos (á nuestro corto entender) casuales, de que su Magestad se vale para salvar á los que están escritos en el libro de la vida, en el caso que voy á referir. Para que el Misionero antiguo de una de las nuevas Misiones que mi Provincia tiene en Casanare, entrase á los bosques á domesticar Gentiles, para aumentar su grey, entró á suplir el Padre Miguel de Ardanáz, natural del Reyno de Navarra, recién llegado á dichas Misiones, empeñado con un Intérprete á estudiar y aprender aquella lengua. En el año 1717, un dia, fastidiado de aquel estudio, que en los principios es amargo, llamó al Intérprete para ir á divertirse algo en las sementeras de los Indios; no le halláron, y así tomó por guia un Indio bozal, que no sabia palabra de la lengua Española: dió vuelta espaciosa por las vegas en donde trabajaban los Indios; y ya tarde, al volver ácia el Pueblo, vió un pobre rancho apartado de la senda, y por mera curiosidad fué á ver, qué cosa era, y si en él habia algun Indio: y veis aquí que se quedó asombrado al ver una India moribunda: armazón funesta, que solo tenia la denegrida piel sobre los huesos: tenia en vano colgada de sus pechos una criatura, tan flaca y moribunda como su madre; dió la India muchas muestras de alegría luego que vió al Padre, y esforzando la voz, le decia: Babica, rosaca, dojacarrú, oculiba fu; que es: Padre mio, echame el agua del bautismo sobre mi cabeza.

No entendia aun el Padre la lengua: volvióse [17] al Indio que le guiaba á preguntarle; mas éste no sabia ni entendia el language en que le hablaba el Padre, y así le respondia en el suyo: la India enferma clamaba, pero el Padre ni entendia á ésta, ni al otro; y así se halló muy afligido y en gran confusion: y he aquí la especial providencia de Dios; porque viendo la moribunda que el Padre no la entendia, calló un rato, como quien estudia ó piensa, y llamándole despues por señas, le dixo sola esta palabra, que ó sabia, ó le inspiró Dios; agua; y tocando con la mano su cabeza, repetidas veces, decia: agua, agua: con esto conoció el Padre que pedia el bautismo; buscó agua, y no hallando ni una gota en el rancho, corrió al rio, traxo agua, y siéndole imposible otra diligencia ni instruccion, la bautizó: y aquí fué donde brilló mas la piadosísima providencia del Criador; pues luego que recibió el bautismo, cruzó sus brazos, y espiró la dichosa India. Omíto aquí el Consuelo del Padre Ardanáz, que le duró muchos dias: quiso bautizar la criaturita, que también agonizaba, pero se lo estorbó el Indio con las señas que le dió de que ya lo estaba. La mencionada India estaba ya instruida con otras por su

Misionero, que las habia dexado dispuestas para hacer un bautismo con la mayor solemnidad posible, á fin de que los Gentiles que esperaba domesticar y sacar al Pueblo, viesen aquella funcion, y se fuesen aficionando á vida civil, con éste y otros medios que se practican; y así el consuelo del Padre que la bautizó, fué mas completo quando supo la buena disposicion con que tan casualmente (por lo que toca á nuestro corto entender, que para Dios no hay casualidades,) habia conseguido el [18] bautismo aquella pobre y mil veces dichosa India.

De todas las Tribus, Pueblos, Naciones y lenguas, vió el Evangelista San Juan predestinados innumerables, que cantaban himnos y alabanzas al Divino Cordero, que con su preciosa sangre los habia redimido y conducido al dichoso puerto de una feliz eternidad: profecía que desde el principio de la Iglesia se empezó á verificar en el Eunuco de la Reyna Candace, para cuya enseñanza y bautismo llevó un Angel á San Felipe Diácono, y despues que le instruyó y bautizó, él mismo ú otro Angel le arrebató de la vista del Eunuco, y se halló de repente el Santo Diácono en Azoto, y prosiguió allí evangelizando á Jesu-Christo. Y aunque no con tan manifiestos favores; no con ménos oportunas providencias ha proseguido y aun prosigue Dios nuestro

Señor socorriendo con la oportuna luz de su santa ley y con el santo bautismo á muchos que de su parte no han puesto voluntario obstáculo de culpa grave, con que hacerse indignos de esta celestial gracia y favor.

A las riberas del rio Cravo llegué en el año de 1724, á tiempo que una Capitanía de Guajivas, vagos y andantes, habia hecho pié, porque estaba muriéndose una India anciana de su comitiva: instruíla, con la brevedad que la urgencia requeria, la bautizé, y espiró luego. Con la misma casualidad, en el rio Duya, que entra en el rio Meta, encontré otra tropa de Chiricoas, tan vagos y andantes como los antecedentes, quienes acababan de llegar del Ayrico, que es viage de ducientas leguas; llegóse á mí el Capitan, que ya era anciano, y me dixo en lengua achagua: Nu saricaná ribarinaú matata: esto es: Mi padre se muere aprisa: el [19] hijo era viejo, ¿de qué edad seria el padre? fui al punto, y me encontré no tanto con una imágen de Matusalén por su abanzada vejez, quanto con un esqueleto medio vivo, por lo flaco y desfallecido. Mas de una hora trabajé en instruirle en la Santa Fe, pero en vano, porque no respondia al intento; de manera, que formé juicio de que el moribundo deliraba. Pregunté á su hijo, si le habian dado de comer, y me respondió que ni en aquel dia ni en el antecedente habia probado cosa alguna: tráxelo al punto un pescado asado, y luego que le vió, se animó: comióselo todo, quedó capaz de instruccion, (que la hambre si es fuerte, también priva del juicio,) y respondió bien á todo lo que le iba explicando y preguntando; y luego que reconocí estaba dispuesto, le bautizé, y me retiré á descansar de la funcion, que fué larga y algo molesta. No habia caminado cien pasos, quando vino corriendo el Capitan su hijo, diciendo: Padre, Padre, ya murió mi viejo. ¡Dichoso él á quien Dios nuestro Señor miró con tan gran misericordia, despues de tan larga vida!

Mas larga y dilatada edad mostraba por todas sus coyunturas y artejos de su cuerpo una India Guajiva, que no sin especial providencia de Dios encontré en las vegas del rio Cravo, entre la tropa de aquellas gentes que viven de puro caminar. Muchos años habia que la cargaban dentro de un

canasto, porque no se podia tener en pié sus ojos de puro hundidos eran ya extrañamente pequeños, y habia mucho tiempo que habia perdido la vista: sus uñas parecian de águila real: las arrugas de todo aquel pellejo tostado á los rigores [20] del Sol, remataban con unas como escamas ó callos duros etc. No me causó tanta armonía este espectáculo, quanto la resistencia que mostró á la instruccion y al bautismo: tres dias gasté en vano, y otros tantos estuvo aquella gente violenta, porque no podia, ni yo la dexaba proseguir su incierto y vago viage: por otra parte la anciana no estaba enferma, sino de sus años, cuyo peso no podia ya aguantar; y se mantenía siempre firme en que ni queria creer cosa de quantas yo le decia, ni ser Christiana; porque luego que me bautizes (decia ella) me moriré. Muy buenas congojas me costó su terquedad: en fin fui á verla, rogándole al Santo Angel de su Guarda que le ablandase aquel terco corazon; y creo que oyó mi súplica, pero de un modo raro: llegué al canasto, (jaula de aquella vejéz,) y sin preámbulo alguno le dixé: ¿por qué no quieres ser Christiana? respondió: porque luego que lo sea, me moriré. Volvíla á preguntar, ¿si habia estado en algun Pueblo de Christianos algunos dias? díxome que sí: preguntéla ¿si habia visto como allá bautizaban á los párvulos pocos dias después de nacidos? respondió, que sí: ¿y por qué los bautizan tan pequeños? la repliqué yo: eso no sé, respondió ella: pues sábetelo, la dixé, que para que vivan, y para asegurarles una vida que no se acabe, por esto los bautizan: pues si es por esto, replicó la anciana, yo tambien quiero que me bautizes. Alabé á Dios al ver que nadie se cansa de vivir, por trabajosa que sea su vida, y porque ya se ablandaba aquel terco corazon, aunque con motivo terreno: pasé á explicarle el fin para que Dios nos crió, y luego los [21] demás misterios que oyó y abrazó muy bien la catecúmena; y hechas todas las diligencias delante de su gente que habia concurrido, la bautizé; y volviéndome á los circunstantes, les estaba rogando, que dexada aquella vida andante y trabajosa, formasen un Pueblo, quando levantó uno el grito, y dixo: ya murió la vieja. ¡Caso verdaderamente singular! por el qual debemos ensalzar la misericordia de Dios y admirar los caminos ocultos con que procura el bien de las almas; y si se hace reflexion, se hallará que todos quantos estábamos allá, quedamos contentos; porque la anciana salió con la suya, de que luego que la bautizase habia de morir; los Gentiles se libraron de cargar aquel estorbo en su canasto; y yo quedé mas consolado que todos, por haber encaminado aquella alma al Cielo: solo el Demonio, quien es de creer que le habia puesto en la cabeza que se habia de morir si recibia el bautismo, salió despechado y confundido de aquella ranchería.

Omito otros muchos casos, semejantes con poca diferencia á los referidos; pero no puedo ménos que hacer mencion de un Indio de setenta años y mas, segun las señas que daba de la destruccion de la Ciudad de Pedraza con la violenta irrupcion de los Indios. Hallé á este anciano, llamado Seysere, en el centro de los vastos bosques de Apure, que tendrán ciento y cinquenta leguas de travesía: era Régulo de su Nacion Guanera, y obedecíanle otras Naciones, que se le habian agregado: tenia una casa mucho mas suntuosa que las que usan los Gentiles; y tenia otras dos casas destinadas para recibir á los huéspedes y pasajeros, á quienes cuidaba y regalaba con franqueza: recibíeronme [22] con las armas en las manos; pero luego se desvaneció el susto: el anciano tenia un peligroso cáncer en el

pié; el qual despues de varios dias, que tratábamos sobre que saliese con los suyos á mejor poblado, era el único impedimento de la marcha; porque era preciso caminar casi veinte dias á pié por aquellas espesuras: quiso Dios que con algunos remedios eficaces sanase Seysere, y así salió con su gente; y despues de bien instruidos, se bautizaron todos, siguiendo el buen exemplo de su Régulo.

Fué este Indio muy singular: jamás tuvo ni conoció otra muger que la primera; jamás asistió, ni en su gentilidad, ni en ocho años que vivió despues de bautizado, á combites, ni á casas de bebida, donde de ordinario hay muchas embriagueces; y quando no podía excusarse, en brindando á los combidados, se volvía luego á su casa. Lo principal de Don Ventura Seysere (que este nombre le puse) es, que despues de un largo y sério examen, hallé que habia guardado exâctamente la Ley natural desde que tuvo uso de razon: en los ocho años que vivió dió grande exemplo á los Neófitos: cooperó personalmente á la conversion de muchos Gentiles; y recibidos en su última enfermedad los Santos Sacramentos, estando ya muy descaecido le dispuse una substancia; y rogándole con instancia que la tomase, me dixo con notable alegría de rostro: déxame ir al Cielo, y espiró.

A un Indio Saliva (que sobresalia en capacidad y en bondad á todos los de Duya, y despues de bautizado era tan dado á la penitencia, que era menester irle á la mano,) le pregunté ¿si [23] allá en su Gentilidad habia tenido alguna noticia ó pensamiento de Dios? Estuvo un rato pensativo y respondió: «no, Padre, solo una noche muy clara y despejada me estuve contemplando la Luna y las Estrellas, y reconociendo su movimiento, pensé que serian hombres: despues hice reflexiôn sobre las plagas, que acá sufrimos, de mosquitos, tábanos, culebras etc.; y dixé, allá están bien aquellas gentes, libres de estas plagas y peligros: el que puso aquella gente allá, ¿por qué no me pondria á mí también?» ésta fué á la letra su respuesta, de que colegí el recurso de aquellos toscos pensamientos á su primera causa, que es Dios; cuya magnífica luz por entre las mismas tinieblas se insinúa, por mas que los ciegos Gentiles añadan sombras á sus ojos.

Capítulo III

¿Si aquellas Naciones tienen idolatría? ¿Si tienen noticia del Demonio, y se valen de el, ó no?

Aquí es preciso se angustie el corazón humano, y vea lo que de suyo es: si le falta la luz de la Fe, ¡á qué caos le precipitan su misma ignorancia, y la malicia del comun enemigo! Este, como es y se llama Príncipe de las tinieblas, domina de asiento entre las sombras de aquéllos ignorantes; y de tal modo se insinúa entre ellos, que en todas aquellas Naciones le conocen por el nombre propio que cada una le da, segun la variedad de sus Lenguas. Los Indios Achaguas le [24] llaman Tanasimi: los Betoyes y Jiraras Memelú: los Guajivas Duati: los Guaraúnos Jebo etc.: pero al mismo tiempo tenemos el consuelo de que no ha permitido Dios que aquellas gentes dén culto alguno, ni adoracion á tan cruel enemigo; ántes bien generalmente es tenido por malhechor, y á él le atribuyen todos sus males, como ya diximos. Los Indios Guamos, le atribuyen sus enfermedades;

los Mapoyes, los daños de sus sementeras; los Guayquiries, le tienen por autor de pleytos y riñas. Los Betoyes le atribuyen la muerte de todos los párvulos, y dicen que el Demonio les rompe el pescuezo con gran secreto, para no ser sentido; y á este modo en todas aquellas Naciones tiene malísima opinion: y esta basa tan asentada entre ellos, ayuda mucho á los Misioneros para explicarles la doctrina, y aumentarles el horror á tal enemigo.

No se puede negar que entre estas Naciones hay Indios taymados y parleros, de quienes se dice que tratan con el Demonio; pero tambien es cierto que los mas de los que tienen esta fama, (que ellos mismos hacen creer quanto pueden) como apunté ya (233), son embusteros, se precian de lo que no hay, se fingen muy amigos del Demonio, por su interés, por sobresalir y ser temidos del resto del gentío, para que no les nieguen cosa alguna de las que se les antoja, como realmente sucede; y viven respetados, atendidos y con abundancia de todo lo que en medio de su gran pobreza se puede desear: á los tales en unas [25] Naciones llaman Moján; en otras Piache; en otras Alabuquí etc.

De las máquinas fantásticas con que aturden al vulgo ignorante, solo contaré un caso, que sirva por muestra de los muchos que omito. Es el caso: que en una selva, llamada Casiabo habia un Moján muy afamado entre los Indios, pero muy oculto á los Misioneros de todos aquellos Partidos: su nombre era Tulujáy, que despues se convirtió, y le puse por nombre Cárlos; y á mi ver murió con muchas señas de predestinado. A su escuela concurrían Indios de todos aquellos Países; mas no todos aprendían, ni se sujetaban á su enseñanza, porque les costaba muy cara; pues fuera de la paga competente, era tan riguroso el ayuno de quarenta dias á que les obligaba, que pocos se atrevían á emprenderle; y de los que se animaban, los mas dexaban al Maestro, enflaquecidos de los ayunos: al que cumplía su fatal quarentena, preparado en ella con varias yerbas, por último le hacia tragar sin mascar tres píldoras del tamaño de una pepita de guinda; y le decía que aquel antídoto era contra todo género de veneno, y que ya quedaba seguro de todos sus émulos y enemigos.

En la simple credulidad de los Indios basta y sobra esta noticia, para que nadie se meta con los tales Curados, y aun para que les tengan mucho miedo y respeto; y no repugna que haya yerbas de tal virtud, que sean antídoto preparativo contra aquellos venenos, como despues diré.

Un Indio fiel y sincero me descubrió todo lo dicho, con ocasion de preguntarle yo, ¿quál seria la causa de andar N. tan descolorido y macilento? [26] Yo te lo diré, si no descubres mi nombre, me respondió el Indio: díle mi palabra, y dixo: «la causa de su palidéz es, porque está ayunando para curarse y recibir las píldoras etc.», mostréme incrédulo, y realmente lo estaba; mas el Indio confirmó toda su relacion, añadiendo: «y N. nuestro Indio principal y de buen vivir, y á quien tú quieres tanto, tambien está curado, y tomó las píldoras; y si no estuviera curado, ya le hubiera muerto.» Disimulé y despaché al declarante: despues en buen sitio y con gran secreto, me vi con el Indio principal y denunciado, á quien yo quería mucho, por lo que obraba en la conversion de los Infieles, (aquí pido la atención curiosa del Lector,) y sin preámbulo alguno, ni afectacion de novedad, sino como quien habla de cosa muy sabida, le dixé: «¿y como tú, siendo buen Christiano, eres uno de los Curados en Casiabo, y

cargas píldoras en tu estómago?» No se turbó ni demudó el Indio; y me respondió con esta otra pregunta: «¿y como los Españoles, aun los que son muy buenos Christianos, traen sobre su cuerpo pistolas y espada?» no las cargan para hacer daño, dixé yo, sí solo para su defensa: á que respondió el Indio: «ni yo traygo estas píldoras para dañar á alguno, sino para que sabiéndose que estoy curado y armado, nadie se meta conmigo:» confieso que luego mudé de conversacion, y traté con él de otras materias; y por ahora dexo la respuesta del Indio al exâmen de los curiosos.

En otros casos cogí en la trampa á los otros Mojanés, que llaman Médicos. Estos curan ó quieren persuadir que curan los males, á puro chupar: [27] si duele, por exemplo á alguno el estómago, previenen en la boca algunas raices de yerbas; y despues de chupar terriblemente sobre el estómago del paciente, escupen aquellas raices, y dicen que aquello le mataba: reciben su paga, y quando despues muere el enfermo, se excusan diciendo: que si no hubiera comido pimiento, ó esto ó aquello, no hubiera muerto. Los Médicos de la Nacion Otomaca chupan á sus enfermos con tal fuerza y pertinacia, que no descubren la boca sin sacar sangre del paciente, luego la escupen en lugar limpio, y de entre la sangre y saliva apartan unas piedrecillas menudas, que á prevencion traían en la boca, y hacen creer, que ellas eran la causa de la enfermedad: y en muriendo el enfermo, se valen de un desatino, para que quede en todo su vigor el buen crédito de su medicina.

Pero por lo que mira á la cura arriba expresada hecha á fuerza de ayunos, y radicada despues de ellos en yerbas salutíferas, no puedo ménos que tenerla por factible.

Y mas con la cierta ciencia de la cura, con que queda burlado el veneno de las culebras en el Guayaquil, Provincia de Quito situada á dos grados y cinquenta minutos despues de la línea equinoccial, donde son tantas las culebras ponzoñosas que hay en aquellas haciendas, á causa de la humedad del terreno y del calor activo de la zona torrida que apénas se puede dar paso sin pisar alguna: mas el Sapiéntísimo Autor de la Naturaleza previno en aquellos territorios cierto bejuco, (esto es un sarmiento, que enredándose por los árboles crece,) para remedio universal contra los venenos de culebras. La práctica de los [28] trabajadores es ésta: luego que se levantan, la primera tarea es mascar cantidad de aquel bejuco, y con aquella masa y la saliva tinturada con sus qualidades se untan los piés y las piernas, las manos y los brazos: preparados con este antídoto, salen sin miedo ni sobresalto á su ordinario trabajo, con la experiencia de que los que salen con este preservativo admirable, no solo no son acometidos de culebra alguna, sino que las que, ó casualmente pisan, ó al arrancar la yerba cogen á veces entre sus manos, quedan como adormecidas é incapaces de dañar: efecto singular de aquel raro bejuco, que precisamente ha de causar novedad á los curiosos Botánicos de nuestra Europa: no así en aquel Pais por ser cosa de todos los dias divertir su trabajo los Negros, manejando y enroscando en sus brazos las culebras mas ponzoñosas.

Pero lo mas admirable, y lo que hace á nuestro propósito, es que quando alguno de aquellos campesinos quiere librarse del trabajo y molestia diaria de mascar el bejuco nada sabroso, busca un Práctico, (que los hay, y de ordinario los mejores son los Negros,) y en sana salud se

pone en sus manos para curarse, ésta es su expresion, contra toda especie de culebras.

El Curandero (nombre que dan á los tales Médicos) le impone cierta dieta, le da á ciertos tiempos agua tinturada en la infusion del dicho bejuco en determinado número de dias, y al fin de ellos le saja, mas que levemente, en distintas partes de los piés y piernas, de las manos y brazos, de los muslos, pecho y espaldas, hasta correr sangre; y exprimida y recogida ésta en paños, [29] le empapa las cisuras con el jugo extraido del bejuco fresco; y he aquí curado ya al tal, fortificado y armado para toda su vida contra los venenos de las culebras. Con esto pasa á ser entretenimiento y juguete de los que se han curado, aquella bestia, que solo en el Paraiso se mostró halagueña, para difundir con mas seguridad su ponzoña entre los hijos de Eva; porque los que se han curado, por grande y horrible que sea la culebra, la cogen y manosean, y se la enroscan en la cintura, sin el menor sobresalto, ni temor de daño alguno: lo que en Guayaquil es notorio.

Vuelvo ahora á lo referido de los Indios, que se curaban contra todos los venenos en Casiabo, con el ayuno y preparativos de yerbas saludables; y no encuentro repugnancia en que aquellos cuerpos secos al rigor del ayuno, teniendo preparados por el espacio de quarenta dias sus humores con el jugo de yerbas medicinales, se saneasen y fortaleciesen contra la maligna actividad de las ponzoñas.

Ni hay que extrañar en ello, quando en sola una pepita, (que la devocion de los Misioneros jesuitas llamó de San Ignacio,) epilogó Dios, y halláron los Indios Filipinos no solo un remedio universal contra el tósigo y veneno ya recibido, sí tambien un antídoto cierto y preservativo admirable, con solo traerla consigo: cosa tan de hecho, y tan notoria, que ni aun necesita de este leve apunte. ¿Qué mucho pues, que el Divino Autor de la Naturaleza haya depositado en el bejuco de Guayaquil, y en las yerbas de Casiabo aquella gran virtud, que estrechó al brebe círculo de una Pepita en Filipinas? [30]

Capítulo IV

Variedad de lenguas de aquellos Indios: búscase su origen por la mejor conjetura

Busco el origen de las varias y diversas lenguas de unos hombres, tan poco hombres, que están persuadidos de que cada especie de aves habla lengua diferente, y que ellas solas se entienden; y por esto, lo mismo es dar un chillido el páxaro, ó un graznido el buytre, y así las otras aves, que luego al punto preguntarle: ¿qué es lo que quiere avisarles? ¿day fajacaqué? esto es: ¿qué es lo que nos dices? Por esta misma necia persuasion, no dan el nombre á las aves, por lo que ellas son, sino por lo que piensan que ellas dicen; y así no se les pregunta: ¿cómo se llama aquella ave? sino ¿day faácaque cusiduca? esto es: ¿qué es lo que dice este páxaro? y les ponen el nombre de lo que les parece que pronuncian las aves; v. gr. al pato llaman cuiviví; á la gallina focará; al gallo toteleló, etc., queriendo conocer á las aves por su eco, al modo que acá conocemos á los hombres por el metal de su voz.

Busco (vuelvo á decir) la raiz de las lenguas de unas gentes, que no solo no la saben, sino que ignoran tambien su origen y el de sus progenitores (234), como vimos en la primera Parte, ideándose [31] ya descendientes de las piedras, ya de los árboles etc. error y vileza de pensamientos, en que estaban radicados los Indios pobladores de México (235), extraídos de sus siete cuevas fantásticas; y los del Perú, brotados de la tierra, por su Viracócha (236): ceguera, que aun se halla, á su modo, en los Gentiles que ahora se van descubriendo.

Digo pues, que el laberinto de las lenguas de las Misiones, en que trabaja mi Provincia del Nuevo Reyno, no solo agrava la cruz de sus Misioneros, sino que es la piedra de toque de su paciencia y constancia, y la prueba mas firme de una verdadera vocacion á aquel santo ministerio. Si las Naciones de una lengua fuesen numerosas, como en la Europa, á nadie faltára brio para aprender una lengua, que le abriria campo para trabajar toda su vida; y si en aquel ángulo de la América hubiera, á mas de las lenguas particulares, una general, (como en el Perú, desde Lima á Quito, donde corre la Inga: y en el Paraguay, donde corre la Guarani: y aun en el mismo Nuevo Reyno, donde mientras fué necesaria, corrió la Muyssea) fuera menor el trabajo, y fuera mediano el empeño; pero en las Misiones de que hablo, no ha lugar éste, que siendo trabajo, fuera alivio: solo hay un corto consuelo, que no es capáz de experimentarse, sino despues de muy largo. Este está en que de aquella gran copia de lenguas, unas son matrices, otras son derivadas; (al modo que de la Latina, como matriz, se derivan la Española, Francesa é Italiana, mudado [32] respectivamente el dialecto,) de modo, que entendida con perfeccion la matriz, da luz, y disminuye la dificultad para sus lenguas subalternas; v. gr. de la lengua Betoya y Jirara, que aunque ésta gasta pocas erres, y aquella demasiadas, ambas quieren ser matrices; se derivan las lenguas Sítufa, Ayrica, Ele, Luculia, Jabúe, Aráuca, Quilifáy, Anabáli, Loláca y Atabáca etc. De la lengua Cariva nacen la Guayána, la Palénca, Gúiri, Guayquíri, Mapúy y Cumanagota: de la Saliva se deriva, ó es su corruptela, la Aturi: de la Guajiva salen varias ramas, entre la gran variedad de Chiricóas: de la Achagua, aunque es la mas pronunciada, suave y elegante de todas, todavía no se han descubiertos lenguajes derivados; porque aunque en la lengua Maypúre se hallan muchas palabras Achaguas, son introducidas por el comercio; como los grecalismos de la lengua latina, que se introduxéron con el estudio de las ciencias y facultades, que en ella se explican; las lenguas Otomáca, Aruáca, Guaraúna y otras que hasta hoy parecen estériles, el tiempo y el descubrimiento de nuevos Indios, creo que las hará fecundas para los venideros.

Nuestros mayores, bien prácticos en los rudimentos de las lenguas, nos dexáron advertido, que las que se derivan de una Capital, siempre mantienen los pronombres primitivos de su matriz, aunque con alguna variedad; y se ha experimentado, que es regla cierta. Si esta variedad de lenguas, que resulta de la varia combinacion de unas mismas sílabas, no tuviera otra dificultad, que encomendarlas á la memoria combinadas, y practicarlas en una regular pronunciacion, fuera taréa molesta, [33] pero llevadera. Lo que pesadamente agrava, es la diversidad de pronunciaciones; porque unas son narigales, como las de los Salivas, cuyas sílabas, casi todas han de salir encañadas por las narices: v. gr. ¿Chónego, anda

cuicuacá tandemá? . Tandemá, chonego obicudicuá: esto es: ¿Amigo, qué comerás mañana? Mañana, amigo, no comeré: otras son guturales, como la Situfa, que ahoga las letras consonantes en el garguero: v. gr. ¿Madagená nefecolá falabidáju? Ebamucá, dayfalabómelú, gotubicá: esto es: ¿Qué cosa te están diciendo tus parientes? No me dicen cosa, ellos se están bebiendo: otras son escabrosas, llenas de erres como la Betoya: v. gr. Day, rááquirrabicarrú romú, robarriabarrorráácájú: esto es: porque me hurtais el maiz, os he de apalear: en fin, la excesiva velocidad de las lenguas Guajiva, Chiricóa, Otomaca y Guaraúna, es horrible, causa sudor frio y congosa el no poder prescindir el oido mas línce una sílaba de otra. Es cosa cierta y averiguada, que en cada una de las dichas lenguas falta una letra consonante, y no se halla palabra que la requiera: v. gr. la lengua Betoya no ha menester la p: la Situfa no necesita la r: y así de las demás, que se han reducido á arte en dichas Misiones: cosa que ha dado mucho que pensar, sin poderse alcanzar el misterio que en ello se encierra.

Pero basta lo dicho: no sea que esta verídica y genuina relacion forme algun agigantado imposible, que retrayga de su empeno, ó resfrie los deseos de algun Operario, á quien Dios dé aldabadas, y amorosamente llame á la conversion de aquellas gentes: pero no, no hay que temer, no hay tal peligro; no se acobarda el esforzado batallon, [34] ni le retarda el ímpetu del asalto el ver la brecha por todas partes coronada de imposibles: por todo se rompe, quando media el amor del Soberano. Pasarán el Jordán los escogidos de Dios, dándoles paso franco las corrientes, y solo á su vista caerán los muros de Jericó, por mas que los Exploradores les pinten la tierra como inexpugnable, y sus habitantes como Gigantes invencibles: Dios hace casi todo el gasto: basta una prudente cooperacion de la criatura, y su Magestad lo suaviza todo. El amor á aquellas almas, que costaron la Sangre de su Criador y nuestro, y el verlas volar desde las aguas del bautismo al Cielo, no halla estorbo, porque es fuerte como la muerte; pues ni la misma muerte (que es lo mas espantable) retrae á los Operarios del Señor, ni les empereza en su dulce afán de recoger aquella madura mies: ya se ve que no habrá arduidad á que no hagan frente, y venzan con la divina gracia.

Es cierto que á los principios el estudio de nuevas lenguas tiene las raices muy amargas; pero como despues el fruto, en la salvacion de muchas almas, es tan suave y abundante, es por lo mismo muy corto el costo, á vista de tanta ganancia: y si la salvacion eterna de sola una de aquellas almas fuera superabundante recompensa de muchos años de apostólicas taréas; ¿qué sera el ver una continua ganancia de almas para la gloria, no solo de contado, sino tambien para lo venidero? Porque ¿qué otra cosa es segregar de las selvas, y domesticar aquellos sañudos genios, sino establecer fincas de inestimable valor, que han de ir tributando anuales réditos de párvulos y adultos para el Cielo; no por espacio de uno ni de dos siglos, sino hasta [35] la fin de todos los siglos? Este pensamiento pone en olvido los mayores afanes y fatigas.

Pero ya es tiempo que desentrañemos con la brevedad y claridad posible, el origen de esta confusa variedad de lenguas. La raiz de las derivadas ó subalternas, se evidencia ella misma con la relacion que tiene, aunque confusa, con su matriz, de quien no solo retiene, aunque

disfrazados los pronombres, sino tambien algun eco en las voces; mas la division entre sí de dichas lenguas subalternas, y la separacion de su original, no puede proceder de otro principio, que de una notable dispersion de muchas familias, de la lengua principal, que ó voluntariamente desterradas, ó extraidas violentamente por enemigos mas fuertes y poblados, á notables distancias, (como realmente se hallan entre aquellas selvas,) de la falta de comunicacion entre sí, y de la insensible omision de unas sílabas, y aumento de otras, que en casi todas las lenguas va mudamente caminando con el tiempo; al cabo de años viene á resultar un nuevo language, que la misma madre, de quien se originó, le desconoce; así como el claro arroyo, que se alimenta al influxo de cristalina fuente, no conociera al rio, que de él se forma, si fuera capaz de visitarle, á sola la distancia de cien leguas. El hallar el origen de las lenguas matrices ó no derivadas, de que vamos hablando, es materia muy dificil, pero curiosa y digna de que en Capítulo aparte se explayen algun tanto mas la pluma y el discurso. [36]

Capítulo V

Investigase el origen de las lenguas vivas ó matrices de aquellos Países

A la manera que un noble Caballero, deseoso de autenticar la hidalguía de su antigua prosapia, no tiene otro recurso, que el de la respetable antigüedad, bebiendo de generacion en generacion las mas ancianas memorias de sus progenitores, hasta cierto término, en que la fuerza del tiempo, borrando las memorias, atajó las humanas diligencias; del mismo modo en el presente discurso, de noticia en noticia podemos ir subiendo, hasta hacer punto final en la portentosa confusion de lenguas, que obró la diestra del Altísimo en la célebre Torre de Babel: sin que valga el decir, que estas lenguas índicas, que nos parecen radicales, vivas ó matrices, tal vez serán derivadas de otras que no conocemos. No repruebo la especie; pero digo, que esta diligencia ya está hecha con toda la exâccion factible, en órden á las lenguas referidas; y luego se ha encontrado otra lengua totalmente diversa, así de las matrices, como de las subalternas conocidas; de modo, que en lugar de aclarar esta dificultad, con vivas diligencias, la práctica de ellas levanta mas de punto la confusion, quanto mas distintas lenguas descubre; y aun por eso la multitud de idiomas se llamó confusion.

Mucho ménos cabe aquí evadir la dificultad, diciendo: que siendo el hombre racional, sociable, amigo de comunicacion, y por su naturaleza discursivo, [37] dispersas muchas familias al principio de la poblacion del Mundo Americano, (ó voluntaria ó violentamente, á fuerza de disturbios,) cada familia de por sí, distante de la otra, inventó su language, para explicarse á su modo. No ha lugar este discurso: lo uno, porque no hallamos padre de familias en las Historias, que perdiendo el amor de la lengua materna, haya inventado una lengua regular para sus descendientes; y aunque hubiera exemplar, no seria del caso, por la rusticidad suma de las Naciones de que trato: y mas siendo sus languages tan regulares y expresivos de los conceptos, como la mas cultivada lengua de nuestra Europa, es inventiva muy superior á la cortedad de su genio.

Esto es evidente á los Padres Misioneros, quienes penetrado íntimamente el idioma, y cotejado con la tosquedad de los que le usan, al reconocer una regularidad tan formal, como la del arte latino, ven que tiene superior fuente el caudal de aquella natural eloqüencia; y recurren luego al prodigio con que Dios confundió una lengua, dividiéndola en muchas; medio ejecutivo, con que su Magestad apresuró la dispersion que aquellos hombres habian premeditado (237).

Este es realmente mi parecer, y muy conforme á lo literal del Sagrado Texto (238): *Confundamus ibi linguas eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui*: porque aquella palabra *unusquisque*, por distributiva, toca á cada uno de por sí, de aquel cúmulo de hombres que habian concurrido [38] á la temeraria fábrica de Babel: luego á cada padre de familias de por sí, con su familia, le cupo diferente idioma y diverso territorio; y cada qual tomó su camino, como dice el mismo Texto (239): *super faciem cunctarum regionum*: en donde aquel *cunctarum* es preciso que se extienda y comprehenda las Regiones de las dos Américas. Ni obsta el decir que no habria familias para tan vastos terrenos; porque desde que Noé (240) salió del arca, hasta esta confusion y division de lenguas, habian ya pasado 143 años, en los quales morian rarísimos viejos, y era mucho lo que multiplicaban las familias; y así hubo suficientes familias, (nótese) no para poblar el Universo, sino para que en cada Region de él hubiese un fundador ó poblador; y asi nos avisan las Historias, que á Tubál le tocó España: y aquel dispersit del Sagrado Texto tiene la energía de lo mismo que he dicho: regó y sembró Dios por la redondéz de la tierra aquellas familias, para poblarla toda (241): *Dispersit eos Dominus super faciem cunctarum regionum*.

Pero contra este mi parecer, tengo que oír á mi propia experiencia en el largo trato de Indios Gentiles; y debo hacerme cargo de lo que he oido á muchos y muy prácticos Misioneros Jesuitas de ambas Américas. Todos realmente convenimos, en que los Indios judaizan, (como con muchas señas innegables dixe en el Capítulo sexto de la primera Parte,) de donde nace el inclinarnos á que [39] los pobladores de las Américas fuéron Hebréos. Todas ó parte de las diez Tribus que al sexto año del Reynado de Ezechías trasplantó Salmanasár, Rey de la Asyria, y despues, ó se confundieron entre todas las Naciones, ó pasáron separados á Regiones incógnitas, (como dice Esdras,) tal vez entónces pobláron el Nuevo Mundo, Region bien incógnita hasta estos siglos últimos: así casi lo persuade la multitud de ceremonias judaycas, que entre las sombras de su ignorancia se han observado, y llevo ya apuntadas (242).

Y en esta suposicion, queda en pié la dificultad del origen de tanta variedad de lenguas vivas ya descubiertas, á mas de las otras muchas que restan por descubrir, que segun todas las señas son muchas mas, por ser muy vastas las Regiones Americanas, á donde no ha penetrado aun la luz del Santo Evangelio. Y para mí resulta otra no menor dificultad; porque habiendo la providencia del Altísimo dispuesto, proveido y adornado este Globo Terraqueo para casa, sustento y recreo del Género Humano, durante su peregrinacion, hasta que cooperando con la divina gracia pase de ésta á la eterna vida, se hace increíble y duro de asentir, el que tan notable terreno, qual es el de las Américas, tan fértil, abundante y rico, le dexase su Magestad (digámoslo así) ocioso, abandonado y privado del fin

para que le habia criado: esto es, sin hombres, por mas de 3283 años que corriéron desde la creacion del [40] Mundo, hasta el cautiverio y dispersion dicha de las diez Tribus de Israel. Dexo esta reflexion al maduro juicio del erudito Lector; y paso á la dificultad que del dicho sistema resulta y es la que mas hace á nuestro propósito.

Es cierto que las doce Tribus de Israel hablaban en aquella era una misma lengua; (aunque con alguna variedad, como se colige del libro (243) do los jueces,) ni miraban como muy extraña la Syriaca y la Caldéa, como advierte San Gerónimo. Démos ahora que las tres lenguas fuesen comunes á las doce Tribus: démos tambien que de las doce las diez se trasportasen á las Américas: dado todo este supuesto, ¿qué son tres lenguas para que de ellas se hayan derivado tanto número sin número de otras distintas, como llevo dicho, y quantas sola la experiencia puede creer?

A mas de esto, si el transporte de las diez Tribus hubiera sucedido en alguna de tan diversas Misiones, como ha cultivado mi Provincia, se hubieran hallado voces Hebráicas, ó claras, ó disfrazadas, lo que hasta hoy no consta haber sucedido; ni me consta hayan otras Provincias hallado señas suficientes de la lengua Hebréa: digo suficientes; porque el que en lengua Tuneva, Mision de mi Provincia, usen los Indios de esta palabra abá, esto es padre, con la misma significacion, téngolo por una mera casualidad; como el que los Guaneros llamen papá y papale á su padre; y el que los Betoyes, que en su gentilidad [41] tenian al Sol por Dios le llamasen con el nombre Griego Theos; sin que esto pueda probar, que aquella Nacion descienda de la Grecia: luego es preciso suspender el juicio, y no consentir del todo en que dichas diez Tribus de Israel poblasen las Américas ántes que otras gentes.

Y así miéntras la erudicion y el tiempo trabajáren sobre esta dificultad, tomemos un medio término racional y factible; y digamos, pues tenemos á nuestro favor las sagradas Letras, que desde la Torre de Babel, de donde saliéron los Operarios tan bien aviados de nuevas lenguas, que ninguno entendia á otro, cada qual, con sus hijos y muger, tomó diverso rumbo: super faciem cunctarum Regionum; y que quantas familias llegaron á las Américas, (sea por donde se fuere) otras tantas fuéron las lenguas que en aquellos remotos Países se entabláron: resultando con el tiempo, del aumento de estas familias nuevas divisiones hácia nuevos territorios; y de aquí nuevas divisiones de lenguas subalternas, cormo ya apunté: opinion (244), que siguen graves Autores: y así es muy creible, que como en la dispersion de Babel del año 1800. de la creacion del Mundo, pasáron muchas familias á las Américas; así en la dispersion de las diez Tribus de Israel del año 3283. de la creacion del Mundo (245), pasasen muchas mas familias Hebréas, de quienes los antiguos moradores de aquel Nuevo Mundo tomasen las [42] ceremonias Judáicas, que se han notado entre los Indios, admitidas á los 1483. años despues de su primera poblacion: al modo que tantas Naciones y Pueblos, que siguen hoy la detestable Secta de Mahoma, observan gran número de ceremonias judáicas; sin que por eso podamos decir, que estas gentes descenden de los judíos.

De las primeras gentes que pasaron á la América y el modo

Aquí caía, como de su propio peso, tratar del primer tránsito de las Gentes Americanas, habiendo hablado de las lenguas que ellas mismas llevaron consigo; pero bien meditada la materia, por todos sus visos incierta, reconozco que así como á los Autores modernos ha sido fácil impugnar el parecer de los antiguos, me fuera factible no impugnar, pero sí responder á sus argumentos, con las razones que me ocurren; mas fuera superfluo mi afán, y solo sirviera para que los venideros tuvieran esta opinion mas que impugnar. Por lo que solo pongo á la vista un suceso cierto y notorio, que podrá dar alguna luz á los curiosos para nuevo discurso, en confirmacion de la opinion antigua de Diodoro Sículo.

En la Ciudad de San Joseph de Oruña, Capital del Gobierno de la Trinidad de Barlovento, sita á doce leguas de las bocas del Orinoco, oí á aquellos vecinos, que aunque son pocos, son muy honrados, que pocos años ántes (me dixéron el año, [43] pero no me acuerdo: solo hago memoria de que me lo refirieron en el Diciembre de 1731) habia llegado á su puerto un barco de Tenerife de Canarias, cargado de vino, y en él cinco ó seis hombres macilentos y flacos, que con pan y vianda para quatro dias, de Tenerife atravesaban á otra Isla de las mismas Canarias; y que arrebatado el barco de un levante furioso, se viéron obligados á dexarse llevar de la furia del mar y del viento varios dias, hasta que se les acabáron aquellos cortos bastimentos, que habian prevenido; y en fin, mal contentos, con solo vino, que les servia de bebida, y segun los Físicos, no de nutrimento; quia vinum non nutrit, sed prestat nutritionem; quando ya flacos y desfallecidos esperaban la muerte por horas, quiso Dios que descubriéron tierra, que fué la Isla de la Trinidad de Barlovento, que hace, frente á muchas bocas del rio Orinoco, y dando repetidas gracias á Dios, llegaron y diéron fondo en el puerto que llaman de España, con grande admiracion, así de los Soldados, como de aquellos vecinos, y de los de la Ciudad de Oruña, que no dista mucho, y concurrieron á ver la novedad.

Que este tránsito fuese casualidad y no estudio de aquellos pocos Isleños, fuera de su declaracion, y el testimonio evidente de sus cuerpos casi difuntos al rigor de la hambre, se evidenció con el pasaporte y guia de la Aduana Real de Tenerife, que demarcaba su viage á la Isla de la Palma ó de la Goméra, que pertenecen á las Canarias. Esto así asentado (y para mí realmente indubitable) ¿quién podrá negar, que lo que sucedió en nuestros dias, sucediese en los tiempos y siglos pasados; y mas atestiguándolo Autores clásicos, como [44] luego veremos? Ni hay repugnancia en que de las Costas de España, Africa y otras, despues de la confusion de las lenguas, y separacion de aquellas gentes, fuesen arrebatados de los vientos muchos barcos, en varios tiempos, hácia el poniente, al modo que le sucedió al referido barco Canario; porque no es creible, que los descendientes de Noé, á quienes tocó poblar dichas Costas Occidentales, olvidasen las reglas de construir embarcaciones, que Dios enseñó al Santo Patriarca. Verdad es, que en aquellos tiempos solo navegaban, sin perder la tierra de vista, por no estar descubierto el uso de la aguja; pero todavía cabe, que desde semejante altura arrebate un levante los barcos con tal fuerza, que no puedan arribar, y se vean precisados á entregarse al golfo, como le sucedió al mencionado barco;

cuyo suceso referí casualmente en Roma delante de sugetos eruditos, y le apreciaron mucho, especialmente un Maestro de Escritura, que me pidió la relacion firmada de mi mano, como se la di, aunque mi firma refunde toda su autoridad en lo cierto y notorio del hecho sucedido, segun y como arriba dixé.

Con el acaecimiento del barco Canario, se roboró la opinion y la aventura de los Fenices, que escribe Diodoro Sículo, que es muy parecida y casi uniforme con la de los Canarios (246): pues unos y otros fueron arrebatados, y fué en ambos casual el [45] tránsito á la América (247). Mr. Fer roboró esta misma sentencia, y la confirma con el navío de los Vizcaynos, que arrebatado de furiosos vientos y mares, en el siglo décimoquinto, despues de avistar las tierras Occidentales, vino á dar en las Islas de la Madera, en donde casualmente se hallaba Christóval Colón; el qual, de las idéas que tenia concebidas, y de lo que oyó al Piloto Vizcayno, se resolvió últimamente á su primer viage, y descubrimiento de la América.

No hay aquí porqué negarle á Mr. Neblot la fe que se le debe en la relacion que cita, de la fuerza con que los vientos se llevaron á los pescadores Bretones en el año de 1504. á las Costas de la Canada, que hoy se llaman Nueva Francia; porque habiendo dado cuenta á su Rey Christianísimo del caso y descubrimiento, dió su Magestad las providencias para el nuevo entable. El Padre Acosta (248) tiene esta opinion por probable, y por muy factible. No se le ocultó al Gran Padre de la Iglesia San Agustin la posibilidad de estos sucesos; y así, en el lib. 16. de Civitate Dei, cap. 6. (249) los dió por factibles; y aun da á entender, que este modo de poblar el Género Humano las tierras transmarinas, es incapáz de ponerse en duda.

A vista de lo alegado, no es mucha la fuerza, que añade á esta opinion la conjetura ó el ímpulso poético de Séneca; pero como éste era hombre tan [46] versado en los libros de la antigüedad, no es despreciable su voto, y mas siendo tan expresamente á nuestro favor. Dice así (250):

Venient annis
Saecula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Tiphisque novos
Detegat Orbés, neque sit terris
Ultima Thule.

Lo que pudo decir, por noticias semejantes, de embarcaciones arrebatadas de los vientos á tierras, que suponía se habían de descubrir despues, como ya ha sucedido.

Y al contrario, se hace durísimo de creer, que aquellos nietos de Noé, á quienes sobraba terreno en estas tres partes del Mundo, sin apurarse, y sin especial urgencia, que les obligase á desterrarse, en busca de nuevos y remotos Países, buscasen y hallasen paso franco por las frigidísimas tierras del Norte, para ir á poblar las Américas, quando en estos tiempos, en que el Género Humano está tanto mas despierto y avivado por la codicia, que cada dia crece mas, sin dexar rincon de tierra, ni de mar, que no escudriñe, halla tan pocas esperanzas de encontrar por tierra aquel paso, istmo ó camino á las Américas, que aquellos antiguos

chontales, y casi ciegos, halláron con tanta facilidad.

De modo, que la principal dificultad de la gran comprehension del Padre Acosta (251), no fué tanto por el tránsito de los hombres á las Américas, quanto por el de los animales perfectos, en [47] especial los nocivos é inútiles: porque si la navegacion fué de caso pensado, (lo que no es probable,) tuviéron los viajantes malísimo gusto en llevar consigo tantos enemigos; y si el tránsito fué casual, arrebatados de una, ó de varias borrascas, (que es lo mas creible,) ¿quién creerá, que la carga de los tales barcos, ó parte de ella, fuese de tigres, leones etc.? Luego es preciso (añade el Padre Acosta) suponer unida la tierra de este continente, por alguna parte, con las Américas; pues así como los Americanos descenden de Adán (252), y de la familia de Noé (253), así todos los animales perfectos dimanán de los que Noé reservó en el Arca. Principio es éste de nuestra Santa Fe, de que nace esta cuestión.

No es de admirar, que esta dificultad diese que pensar al Padre Acosta y á los demás Autores; quando vemos, que le pareció ardua á la eminente comprehension del Sol de la Iglesia San Agustín, en orden á la poblacion de las Islas, de que en su tiempo habia noticia. ¿Y cuánto mayor será la dificultad en orden á la poblacion de tan remoto continente, como es el de las Américas? En orden á ésta, segun las cortas noticias que habia en su tiempo, suponía el Padre Acosta, que después del estrecho de Magallanes, se seguía un vasto continente hácia el Sur; y que siguiendo la Costa de Terra-Nova hácia el Norte, ó por este ó por aquel ángulo, se hallaría tierra y paso franco á las Américas, así para los hombres, como para las fieras. Pero ya hoy abandonára el Padre Acosta esta congruencia [48] viendo que despues de la Isla del Fuego y de Estad-Lant, entre quienes está el corto Estrecho de Mayre, se sigue un Golfo inmenso, en lugar del continente pretendido: de donde podemos inferir, que en la Costa de Terra-Nova, hácia el Norte, suceda lo mismo: ni falta fundamento para creerlo: sin que obste lo observado del Estrecho de Davis, en la tierra de Labrador; ni lo que se afirma de otros Estrechos; pues esto es dar con el agua, al tiempo que buscamos el camino de la tierra, hallando muchas dificultades, para evitar sola una.

Dixe en la primera impresion, que no faltaba fundamento para creer, que así como la Tierra-Firme que se creía contigua con la Isla del Fuego, hácia el Sur, paró en un golfo inmenso; así la tierra pretendida para unir alguna parte de la Asia con la América Septentrional, habia de parar en lo mismo. Esta proposicion nació de la noticia que volaba por la Europa, de las muchas Islas, que entre el Norte y las Costas de la Tartaria, habian descubierto las Naos, que para este fin habia equipado y despachado la Czarina, entónces Gobernadora de Moscovia; mas ya va rayando mas luz, al paso que se acaloran las diligencias en aquellos hasta ahora, intratables é incógnitos mares del Norte. Y por esto la Emperatriz de Moscovia, émula de la magnanimidad de su padre Pedro el Grande, envió orden á su Academia de Ciencias, en Agosto de 1742, para que se diputasen Académicos, que se aplicasen á facilitar la navegacion por aquellos mares, hasta los del Japón; la qual conseguida, se acabó la cuestión.

La demonstracion se hace palpable, de este modo: [49] tienda el curioso Geómetra un plan del Orbe terráqueo, sobre la mesa; establezca el punto A en el Puerto de Arcangel, y miéntras nos dan en el plan que

deseamos, hasta las costas del Japón, ideemos, que los navíos Moscovitas dan vuelta á todas las costas de la Tartaria, hasta salir á las del Japón, ó por todo el Golfo, ó por entre la Coréa y la Tartaria: (si acaso este golfo ó estrecho llamado de Yeso, se comunica con el mar del Norte:) puestos aquellos en el punto B del mar del Japón, pueden volver al punto A, retrocediendo por el mismo rumbo: luego desde el punto A al B, no hay tierra, que una la Asia ni la Europa con la América; porque de haberla, ¿cómo pasáran los navíos?

Vamos ahora al Puerto de Arcangel, y verémos como desde el mismo punto A salen los navíos Moscovitas, y entran por el Estrecho del mar Báltico; pues hagamos que no entren, y vamos con ellos costeano la Europa, hasta las Canarias, y luego costeemos la Africa y la Asia, hasta el punto B, en el mar del Japón; sigamos su regreso hasta el punto A de Arcangel, y habremos dado una vuelta, dividiendo el Mundo nuevo de este antiguo, no ménos gloriosa, que la que dió la nave Española, llamada la Victoria, en contorno de ambos Mundos.

Por lo que mira al pasage de tigres y otras fieras, por via de navegacion, á la América, dan varios Autores muchas salidas y congruencias, como se pueden ver en el lugar citado del Padre Acosta, y en el Padre Presentado Fr. Gregorio García: lo que puedo afirmar es, que en el navío, en que vine de Caracas á Cádiz, traxéron un feróz [50] salvage para la Leonera del Rey nuestro Señor: ni es novedad el que se envíen embarcadas semejantes fieras.

La dificultad que realmente urge en qualquiera de las opiniones, que se hallan sobre esta materia, no tiene tan fácil salida. La apuntaré, no para dársela, sino para que algun noble ingenio la discurra. Y para explicarme mejor, supongamos por ahora, que hubiera habido paso franco, y camino trillado para las Américas: y sea en hora buena la Atlántica, que supone Platón (254), por donde (si tal hubiera) ya se ve, que así los hombres, como los animales, hubieran pasado sin dificultad: hecha esta suposicion, entra el reparo.

¿Porqué ó cómo tan enteramente se fuéron ó trasladáron de este Mundo antiguo al nuevo los Vicuñas, Paquiras, Ovejas del Perú y otros muchos animales perfectos, desterrándose ó desterrándolos todos, sin dexar un individuo solo de su especie, y sin que quedase memoria suya ni en Plinio, ni en Aristóteles, ni en otros Autores? Mas: siendo algunos de ellos domésticos, y casi todos muy útiles para los hombres, se hace increíble, que el resto de los hombres, que se quedáron poblando estas tres partes del Mundo, se descuidasen tanto, y los dexasen retirar del todo. De los Turpiales, Toches, Tominejos, Guacamayos y otras muchas aves, que no hay acá, y abundan en las Américas, todas apreciables, unas por su canto suave, y otras por la hermosura de sus plumas, se forma el reparo á proporcion, y corre la misma dificultad: la qual así propuesta, [51] demos de mano á la fabulosa Atlántica, y sepamos si pasáron, ó no: (sea el pasage por donde se quisiere:) si pasáron, ¿porqué no dexáron, ni individuos algunos, ni rastro, ni memoria suya? Si los útiles al hombre, no se fuéron, ni pasáron de acá, ¿por qué habian de pasar los feroces, como son tigres, leones etc.? Confieso que no hallo mas salida, que aquella en que (despues de largos discursos llenos de erudicion,) descansó la comprehension del Padre Presentado Fr. Gregorio García, fundada en la

autoridad de San Agustín, en las siguientes palabras:

«Digo, que como por ministerio de los Angeles (255), según dice San Agustín (256), y también lo siente nuestro Padre Santo Tomás (257), fueron traídos todos los animales á Adán, para que les pusiese nombres; y como por el mismo ministerio fueron traídos los propios animales, según lo siente Pedro Comestór, de todas las partes del Mundo al Arca de Noé; así por el ministerio de los mismos Angeles fueron llevados, después del diluvio, á diversas partes del Mundo, en donde habian sido criadas. Este parecer es de San Agustín (258), del doctísimo Abulense (259), y de otros hombres doctos. Esta respuesta última es la mejor, y la que quita toda la dificultad de la duda.» Hasta aquí son palabras del loado y citado Autor, á las quáles, ni puedo, ni tengo que añadir. [52]

Capítulo VII

¿Porqué de las Naciones del Orinoco (aunque en sí muchas) se reduce cada una á tan corto número de gente?

Puso Dios el Mundo á vista de los hombres, y lo entregó en manos de sus disputas, discursos y averiguaciones. ¿Y para qué? Parece que el fin que tendría su Magestad, sería para que el hombre, con su industria y estudio, consiguiese una noticia de las verdades naturales, que resultan de la variedad de los mixtos, de las propiedades de los animales, y de las virtudes de las yerbas; y adquiriese una cierta ciencia de las Provincias y Naciones, de que se compone el Orbe de la tierra: *Mundum tradidit Deus disputationi eorum* (260): ocupacion muy loable y digna de la atención, aplicación y estudio de los más insignes Héroeos en los siglos pasados, á que dan realce los del presente. Mas veis aquí, que no fué ésta la intención, ni el fin total, que tuvo la inexcrutable providencia del Criador, sino el que expresa el divino Texto: *ut non inveniatur opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem*; para que ninguno de los mortales se alabe de que averiguó, halló y supo los arcanos secretos de la maravillosa máquina de este Mundo, ni pueda á punto fijo encontrar, por más que las inquiera, las virtudes intrínsecas de [53] las causas, ni la hermosa variedad de sus efectos: no solo en orden á la fábrica de la tierra en general; *opus, quod operatus est Deus*; pero ni aun de sus menores partes, de que Dios la formó y ordenó, desde la primera, hasta la última: *ab initio, usque ad finem*. Y para que nadie piense, que en esta locucion absoluta de Dios, tal vez no se comprenderá la noticia geográfica de las Regiones de la tierra, ni las varias calidades de sus habitantes, por estar ya casi descubierta aquella, y casi conocidos estos; advierte la Sagrada Escritura, que ni aun al recinto de sus descendientes era factible se extendiese la perspicáz vista, y alta comprensión del Patriarca Abraham (261). Es cierto, que Dios quiere que investiguemos las obras de su poder; pero quiere que sea con reverencia y humildad: *non plus sapere, quam oportet sapere, etc.* (262) Gran rayo de luz es éste, si quisieran abrir los ojos para recibirle aquellos vivos ingenios, que temerariamente soberbios, abandonando el oráculo infalible del Vaticano, pretenden exáltarse sobre el Monte del Testamento Santo; y haciéndose intérpretes de aquellos profundos arcanos, que no entienden,

caen por último precipitados al abismo, arrastrando consigo gran número de Estrellas, que hubieran adornado el Cielo de nuestra Santa Iglesia Católica Romana (263); quando al mismo tiempo no me sabrán decir, en qué consiste la virtud nutritiva [54] de una hormiga; ni en qué se radica aquel afán económico y regular, con que se gobierna un hormiguero.

Pero volviendo á nuestro propósito, no prohibió Dios á los hombres el que trabajen en esta seria y curiosa averiguacion de las cosas naturales; ántes bien liberal y graciosamente, no solo nos dió la facultad, sí que también nos entregó su Magestad enteramente tradidit Deus todo el Orbe terraquëo, para que averiguando en lo factible sus naturales secretos, alabemos al Criador de todo, por aquellas noticias que alcanzamos, y venerémos su nifinito poder y sabiduría, por aquello mismo que no percibimos; y confesando nuestra ignorancia, nos humillemos.

Bien sé yo, que ni á la dificultad propuesta en este Capítulo, ni á otras semejantes, puedo dar cabal satisfaccion, ni adecuada respuesta; pero sé que ocuparé honestamente el tiempo en discurrir é investigar las causas, que prudentemente nos quiten ó minoren la novedad y admiracion que me asiste, que he reconocido en otras personas, al ver tanta multitud de Naciones de Indios en el Orinoco y sus vertientes, formadas de tan corto número de individuos, cada una considerada de por sí; que el Pais, que á vista de tantas Naciones parece corto, á vista de la cortedad del gentío de cada Nacion, parece, y está mal poblado.

De aquí se excita la curiosidad ó la admiracion, y el deseo de saber ¿cómo, ó porqué ha resultado una Nacion aparte, con modales y usos, con caras y lenguages diferentes, de un corto número de Indios, quando acá vemos todo lo contrario, y aun en las Américas se reconocen Naciones de largo y [55] numeroso gentío; v. gr. los Mexicanos, los Trascaltecas, y los Otomitas en la Septentrional; los Ingas y los Guaranís en la Meridional; y en mi Provincia, por todo el terreno frio, los Muyscas? ¿Qué contratiempo, qué borrasca, ó qué infortunio padeció aquella colmena del Orinoco? (y lo mismo digo de Filipinas, de Californias, de Maynas en Marañón etc.) ¿Qué cosa, ó qué casualidad dividió, separó y desvió tanto sus enxambres, que ninguno se parece al otro? ¿Qué hormigueros son estos? ¿De dónde tanta disminucion?

Y para que se vea práctica y claramente esta dificultad, y con quanta razon causa admiracion, individuaré algunas Naciones, para que por ellas se infiera el gentío de otras. La Nacion Cacatia, Christiana ya, no pasó de mil almas, y por lo que después diré, hoy no pasa de quinientas. La Nacion Achagua, parte convertida ya, y parte próxîma á convertirse, (en que actualmente se trabaja,) no llega toda junta á tres mil almas. Las Naciones Jirara y Betoya, que en su gentilidad eran un agregado de varias Naciones, hoy forman tres Colonias, que no pasan de tres mil almas. Lo mismo digo de la Nacion Saliva, en que al presente se trabaja y embeleso de los Misioneros, por su singular docilidad, no pasará de quatro mil almas. Otras hay de mayor gentío, como la Cariba, que puede poner por tierra ó por mar, doce mil Indios en campaña. La que ocupa parte del rio Orinoco, y mezclada con Indios Aruacas, puebla la Costa marítima de Barlovento, hasta la Cayána, fundacion del Rey Christianísimo, en donde de esta inhumana Nacion, tienen formadas Misiones muy lucidas los Padres Jesuitas Franceses, venciendo la caridad [56] y humanidad de aquells

Varones Apostólicos, lo agreste y carnicero del genio Caribe, hasta reducirlos á mansas ovejas del Rebaño de Christo.

La Nacion Caverre, aun mas carnicera, brutal é inhumana que la Cariba, poblada en el Orinoco á quatrocientas leguas de sus bocas, es tambien numerosa, y tanto, que hace frente á las invasiones de los Caribes, que suben, ya con ochenta, ya con cien piraguas de guerra, á invadir á los Caverres, como despues diré, y hasta hoy siempre han llevado los Caribes el peor partido: de que se infiere el valor, y el numeroso gentío Caverre. Fuera de estas dos Naciones, las restantes que se han descubierto son de tan corto gentío, como apunté ya, y algunas de tanto menor, que apénas se pudiera creer, á no experimentarlo.

Vamos pues á ver en qué puede consistir esta cortedad de gentío, y esta variedad de Naciones tan diversas entre sí. Y sea el primer declarante el Cacique ó Régulo de la Nacion Guayquiri. Llegué repentinamente con mis compañeros la primera vez á su Pueblo, mal formado de chozas pagizas, dos ó tres leguas del Orinoco, á la banda del Sur, y salió aquel con toda su gente, asustados unos, y otros de la novedad: ellos, de ver Misioneros en su tierra, y nosotros, de ver una sombra de República compuesta de cinquenta hombres; que es el número de súbditos que tiene el tal Cacique. Entramos en su triste casa, que pudiera servir de exemplar á los mas penitentes Monges de la Thebayda. No tenia mas ajuar, que las pobres redes en que duermen en alto para librarse de las culebras y murciélagos, y unos asientos de palo sólido y tosco, que llaman en su lengua Tures. Tomamos [57] asiento, y no hubo aquí Mirray, como usan otras Naciones, esto es arenga de bienvenida, de que ya hablé en otro lugar. La primera cosa que me dixo el Cacique, no bien recobrado del susto, fué ésta: Padre, si traes algo que comer, nos desayunarémos todos, porque no hay en todo el Pueblo cosa que llevar á la boca. En éste y en otros semejantes Pueblos quisiera yo que estuviesen, siquiera un mes, aquellos críticos especulativos, que intentan macular con sus plumas, bien que en vano, las apostólicas taréas, que la Compañía de Jesus, mi madre, fomenta en las Américas y en las otras tres partes del Mundo, pintándolas, no segun ellas son, sino segun la tintura de sus pasiones, en que mojan la pluma: pero vamos al hecho. Quiso Dios, que un Indio catecúmeno de nuestra comitiva, traxese un canasto de huevos de tortuga, tostados al uso de la tierra: con ellos se consoló el Cacique, y combidió á sus vasallos, aunque les tocó poca racion.

Concluido el almuerzo, aturdido yo, no de su pobreza, que es general en todas aquellas gentes, sino de que solo tuviese cinquenta peones contando entre ellos á los viejos y á los inválidos, le dixé: Cacique, ¿cómo tienes tan poca gente? ¿No hay de tu Nacion, y de tu lengua otros Pueblos, fuera de éste? Respondióme en lengua Cariba con este laconismo, que pudiera servir de epitafio á la Nacion Guayquiri: Cuaca Patri, ana rote, Cariná acusinimbo; que al pie de la letra fué decir: No somos mas, Padre, y los que vivimos somos los que han querido los Caribes. Proseguí la conversacion, y en ella me conto el Régulo, como su Nacion habia sido de las numerosas y guerreras; [58] que habia mantenido guerra largos años con la Nacion Caribe; y que prevaleciendo ésta, mató, destrozó y llevó esclavos quantos quiso; que si ellos se mantenian vivos, era porque los Caribes lo querian así; no por piedad, sino para tratarlos como á

esclavos, talándoles sus sementeras, y tomando sus frutos, así á la ida, como á la vuelta de sus continuas navegaciones del Orinoco: y veis aquí una causa muy principal del corto gentío, que contiene cada una de aquellas muchas Naciones del Orinoco; porque este estrago le han padecido tambien las demás Naciones, unas mas, otras ménos, á excepcion de la Nacion Caberre, que como apunté ya, no se ha dexado dominar de los Caribes. Esta es la causa extrínseca, y digámoslo así, forastera, de la ruina de casi todas las Naciones de este gran rio.

Hay otras dos causas mas sensibles, por ser domésticas, y no ménos inhumanas. La primera es el freqüente y cruel uso de darse veneno los de la misma Nacion unos á otros, por causas muy leves; de manera que todos viven en un continuo sobresalto y temor de que les den veneno, originado no sin razon, de las continuas desgracias que ven entre ellos. Si la India no quiere consentir en el adulterio tarde ó temprano morirá á violencias del veneno, que infaliblemente le dará el galán que la solicitó. Soy testigo de vista, y no sin lágrimas he celebrado, y admirarán quantos leyeren esto, que entre aquella barbarie se hallen mugeres, que solo instruidas de la ley natural, elijan ántes una muerte envenenada, que hacer injuria á su consorte; quando al contrario, hallamos tanto que llorar en esta materia, entre el feo [59] desahogo de muchas que profesan la ley santa de Dios. ¿Qué responderán éstas en el divino y riguroso Tribunal, quando para juzgarlas les ponga Dios delante una moza, de veinte y dos años de edad, criada en lo mas inculto de las selvas de Urú, y del Gentilismo, llamada Tajalú, la qual hizo mas aprecio de su honestidad, que de su propia vida, pues la rindió á violencias del tósigo, que ocultamente le dió el inhumano y ciego enamorado? Llamóse Xaviera en el bautismo, y entregó su alma al Criador por tan loable. causa, adornándola, al despedirse de su cuerpo, con serias protestas, de que perdonaba al ciego malhechor. ¡Oh feliz alma, y á cuántas has de confundir con tu exemplo en el dia tremendo del Juicio! No se tenga por digresion un exemplo tan del caso, y de tanta edificacion.

Esta mutua carnicería, en la mayor parte se minora, y en muchos Pueblos enteramente se acaba despues de recibir nuestra santa Fe, pero no entre los ciegos Gentiles, porque luego que muere uno de veneno, cuyas señas infalibles son, en unos el secarse y morir con sola la piel sobre los huesos; en otros el morir dentro de breves dias, rajándoseles las carnes, con lastimoso horror; y en otros el acabar la vida echando raudales de sangre por la boca y narices, segun la malignidad de los venenos; al pasar el entierro, ó ya la tienen, ó rastrean noticia del matador los parientes del difunto; y despues de habida, sea probable, sea cierta, disimulan con singular esmero y habilidad, hasta asegurar el lance, dando veneno al matador, con la mayor cautela. De esta manera se eslabona una cadena, y aun muchas, de muertes, con [60] que ellos mismos se destruyen, sin necesitar de enemigos externos, que los persigan, aunque rara ó ninguna Nacion de aquellas se hallará, que no los tenga, como despues diré.

La segunda causa doméstica de su ruina es tan doméstica, increíble é inhumana, que no la puedo escribir, sin irritarme contra el enemigo comun del Género Humano, de quien únicamente tiene origen una inhumanidad, que no se halla entre las fieras mas sangrientas. Este es un vicio, que segun

lo que he experimentado en mis Misiones, leído, y oído contar de otras, es plaga muy general entre el Gentilismo de las Américas; y tal, que cuesta muchos afanes y pesadumbres á los Misioneros el desarraygarle enteramente.

¿Quién creyera que aquella misma India, que por nueve meses carga en sus entrañas la criatura con tanto cuidado, ella misma, trocando la ternura de madre en una saña de lobo carnicero, (poco dixe, porque la loba no usa tal crueldad con sus hijos, ántes expone su vida por defenderlos,) la misma India digo, que con tantos dolores da á luz la criatura, si la que nace es hembra, muda el oficio de madre en el de verdugo cruel, quitando la vida á su misma hija con sus propias manos? Pues ello es así, y las niñas que escapan de este naufragio sangriento, lo deben, ya á los ruegos, ya á las amenazas, ya tambien á los azotes, con que los maridos castigan á sus mugeres para defenderlas; pero esto no bastára, si la providencia del Criador no hubiera dispuesto, que en dándoles dos ó tres veces el pecho á sus hijitas, les cobran tal amor verdadero, que vence y sobrepuja aquel falso amor, conque les procuran, al [61] tiempo de nacer, la muerte. Esta crueldad practican con gran disimulo, rompiéndoles la nuca, apretándoles de recio la tabla del pecho, ó cortándoles tan á raíz el ombligo, que no se pueda atar, y acaben desangradas. De esta depravada intencion, nace en su gentilidad, el que luego que tiene los primeros dolores la India, se va con disimulo á la vega del río ó arroyo mas cercano, para lograr á sus solas el lance: si sale á luz varon, se lava, y le lava lindamente, y muy alegre; y sin otra convalecencia ni sahumero, salió con bien de su parto; pero si sale hembra, le quiebra el pescuezo, ó sin hacerle daño, como ellas dicen, la entierra viva: luego se lava, y vuelve á su casa, como si nada hubiera sucedido.

Aunque el parto sea en casa, delante del marítimo y de la parentela, si la criatura sale con algun defecto, ó con alguna monstruosidad, v. gr. con una mano ó pie ménos, ó con el labio rajado, como suele suceder; en tales casos, sea hembra, ó sea varon, nadie se opondrá, ántes bien todos consienten en que muera luego, y así se executa; y si la muger da á luz dos criaturas, es indefectible el que uno de los mellizos ha de ser luego al punto enterrado á instancias ó por mano de su misma madre. Muchos casos pudiera contar de estos; pero no quiero ensangrentar mi pluma, con enfado mío, y tal vez con enojo y horror de los que leyeren; que no es lo mismo oír un desatino en general, que irlo registrando en casos particulares. Pero no puedo omitir en honor de la Santísima Vírgen MARÍA, lo que por su intercesion sucedió en uno de estos lances. Supo un Padre Misionero, que quatro horas ántes habia enterrado [62] una India á su hija; imploró la proteccion de la Vírgen; fué volando, y al empezar á sacar tierra de la sepultura, sacó la criatura la mano, como si hiciera señas para que mas apriesa la socorriesen: sacáronla viva, no sin admiracion; bautizóla el Padre, con el consuelo que se dexa entender; llamóse María del milagro, y hoy vive en la Mision de San Miguél, y tiene unos diez años de edad.

De aqui nace, que despues que los Misioneros han entablado amistad con una Nacion nuevamente descubierta; despues que á fuerza de dádivas y razones los amansan, y les buscan sitio á propósito para el Pueblo, porque ellos, por lo regular, viven dispersos, aunque sean de una misma Nacion; despues de buscar herramientas para la labor de sus casas y sementeras; despues de esto, que todo es llevadero, el mayor cuidado del Padre

Misionero, es tener lista de las mugeres preñadas, y poner toda atencion en que no vayan al rio, ni á sus sementeras en el mes del parto, señalando para esto espías ocultas; pero á pesar de todas sus diligencias, ya le viene el aviso, que Fulana enterró á su hija, y despues que Zutana etc.: y como la primera ganancia fixa de los Misioneros estriva á los principios en el logro de los párvulos, de los quales á unos lleva Dios al Cielo, mediante el Santo Bautismo, á otros les dexa, para que bien enseñados, vaya adelante la Christiandad; no es creible ni ponderable el dolor que les causa la pérdida de aquellos pobres inocentes, á quienes la barbaridad de sus padres, con la vida temporal, quita la eterna.

No por eso quiero decir, que sea comun en todas [63] las mugeres gentiles esta crueldad; muchas hay que crian con el mismo cariño á las hijas que á los hijos; pero no tantas, que basten á disminuir el horror que causan otras con su diabólico estilo, tal, que como dixé, es causa muy considerable del poco aumento del gentío; la qual, junta con el uso de dar veneno, y la freqüencia de las guerras, tengo por causas proporcionadas, para que aquellas Naciones no sean, ni puedan ser numerosas, durante su gentílica barbaridad.

Fuera de estas tres causas tan poderosas, hay otras que concurren á la diminucion de los Gentiles; á saber: la ninguna piedad que tienen con sus enfermos; la voracidad con que comen quando hallan ocasion; la desnudez y desabrigo; el arrojarse al rio á lavarse, aunque estén sudando; y otros usos, todos contra su salud: de modo, que la luz Evangélica, no solo les acarrea la vida eterna, sino tambien la temporal, desterrando guerras y venenos, y atajando la crueldad de las madres, que es lástima darles tal nombre, siendo como son tan crueles. Si Mr. Noblot (264) hubiera tenido presentes estas ventajas, que son realmente grandes para el aumento y comodidad de los Americanos, no se lamentára tanto, siguiendo el exemplo de otros muchos; ni ponderára la crueldad que se idea de los Españoles para con los Indios; pero vamos (265) al caso.

No hay tal, no somos crueles, sino muy amantes de nuestras hijas, responden las madres, al afearles la dureza de su tirano corazón, y por eso [64] dixé arriba, que esta crueldad, por instigacion del Demonio, es hija del falso amor á sus hijas; pues se persuaden, que el mayor bien que pueden hacerles, es sepultarlas entre las sombras de la muerte, al mismo tiempo que se asoman á la primera luz.

Y es una prueba nada equívoca de ello, la respuesta que me dió una India, la mas capáz de una de aquellas Colonias: parió una niña, y á instancias de una vieja taimada, le cortó el ombligo tan á raiz de las carnes, que murió luego desangrada: pasado un mes, tuve noticia cierta del hecho: hícele cargo de su inhumanidad, con toda la viveza, energia y nervio de razones que pude, por largo rato. Escuchóme la India, sin levantar los ojos del suelo; y quando yo pensé que ya estaba del todo convencida y arrepentida, me dixo: «Padre, si no te enojas, te diré lo que hay en mi corazon.» No me enojaré; bien puedes hablar, la dixé: entónces ella me habló así: (es literal traduccion de la lengua Betóya al Castellano,) «Oxalá, mi Padre, oxalá, quando mi madre me parió, me hubiera querido bien, y me hubiera tenido lástima, librándome de tantos trabajos, como hasta hoy he padecido, y habré de padecer hasta morir: si mi madre me hubiera enterrado luego que nací, hubiera muerto; pero no hubiera sentido

la muerte, y con ello me hubiera librado de la muerte que vendrá, y me hubiera escapado de tantos trabajos, tan amargos como la muerte: ¿y quién sabe quantos otros sufriré ántes de morir? Tú, Padre, piensa bien los trabajos que padece una pobre India entre estos Indios: ellos van con nosotras á la labranza, con [65] su arco y flechas en la mano, y no mas; nosotras vamos con un canasto de trastos á la espalda, un muchacho al pecho, y otro sobre el canasto: ellos se van á flechar un páxaro ó un pez, y nosotras cavamos y reventamos en la sementera: ellos á la tarde vuelven á casa sin carga alguna; y nosotras, á mas de la carga de nuestros hijos, llevamos las raíces para comer, y el maíz para hacer su bebida: ellos, en llegando á casa, se van á conversar con sus amigos, y nosotras á buscar leña, traer agua, y hacerles la cena: en cenando, ellos, se echan á dormir, mas nosotras casi toda la noche estamos moliendo el maíz para hacerles su chicha: ¿y en qué pára este nuestro desvelo? Beben la chicha, se emborrachan, y ya sin juicio, nos dan de palos, nos cogen de los cabellos, nos arrastran y pisan. ¡Ah, mi Padre! oxalá que mi madre me hubiera enterrado luego que me parió. Tú bien sabes, que nos quejamos con razon, pues todo lo que he dicho, lo ves cada día; pero nuestra mayor pena no la puedes saber, porqué no la puedes padecer. ¿Sabes, Padre, la muerte que es, ver que la pobre India sirve al marido como esclava, en el campo, sudando, y en casa sin dormir; y al cabo de veinte años toma otra muger muchacha, sin juicio? A ésta la quiere, y aunque pegue y castigue á nuestros hijos, no podemos hablar, porque ya no hace caso de nosotras, ni nos quiere: una muchacha nos ha de mandar, y tratar como á sus criadas, y si hablamos, con el palo nos hacen callar: ¡cómo se sufre todo esto! No puede la India hacer mayor bien á la hija que pare, que librarla de estos [66] trabajos, sacarla de esta esclavitud, peor que la muerte: oxalá, vuelvo á decir, Padre mio, que mi madre me hubiera hecho experimentar su cariño, enterrándome luego que nací: no tuviera ahora mi corazon tanto que sentir, ni mis ojos tanto que llorar.»

Aquí las lágrimas cortáron su razonamiento; y lo peor del caso es, que todo quanto alegó, y mucho mas que hubiera alegado, si su dolor se lo hubiera permitido, todo es verdad. Tengo por cierto, que no hay en el Mundo mugeres mas desdichadas, que las Indias Gentiles, y al paso que no hay trabajo personal, que se pueda comparar con el suyo, tampoco hay trabajo tan mal pagado, ni tan mal agradecido. Por otra parte hemos de suponer, que están faltas de fe, no tienen luz de la eternidad, no tienen ojos, sino para ver su desventurada suerte y el remo á que nacen condenadas. A esto se añade la industria del Demonio, que les pinta la esclavitud para que nacen, con tales colores, que, como vemos, se persuaden que es verdadero amor el de la madre, que entierra á su hija luego que nace: persuasion tan arraygada en ellas, que pasa de generacion en generacion, y cuesta mucha fatiga el arrancarla de sus corazones: ni hay otro remedio, que aplicarse de veras á la enseñanza de nuestra Santa Fe; pues quando ya perciben que hay otra vida eterna de gloria ó de pena, al paso que la enseñanza amansa, y muda el genio y costumbres de sus maridos, al mismo paso ellas mudan de parecer, y deponen su bárbaro dictámen.

Vuelvo á decir, que no es comun en todas aquellas Naciones esta crueldad; y aunque es vicio dominante en ellas, se exceptuan pero muchas

familias, [67] en especial aquellas en que los maridos se portan bien con sus mugeres: de que se colige, que la crueldad de las madres para con sus hijas, nace de la que los maridos usan con sus mugeres; y como ésta cesa con la luz de la doctrina christiana, entendida ésta, cesa tambien en aquellas la crueldad, y se convierte en amor. Esta bárbara costumbre, tan envejecida entre aquellas Naciones, parece que llega al último término de la inhumanidad; pero es todavía mayor la crueldad, es mas horroroso el espectáculo que nos ofrece la barbarie en el grande Imperio de la China: espectáculo verdaderamente lastimoso: inhumanidad que por lo mismo de hallarse entre gentes de cultura, gobierno y economía, es tanto mas abominable. Es el caso, que despues de haberse tratado y reflexionado mucho en sus Consejos, se expidió un Decreto por la via de gobierno en la China, con que se mandó, que por las mañanas saliesen carros, dando vueltas por las calles de Pequín, que es su Corte, y de las demás Ciudades principales, para recoger las criaturas vivas (266), que echaban á la calle los vecinos, y llevarlas al carnero, que son unas profundidades donde impia y cruelmente las arrojan. Este Decreto está en su observancia: pasan los carros, y los vecinos arrojan á ellos las criaturas defectuosas, desvalidas y enfermizas. El niño ciego, el coxo, el manco, todos se echan al carro: basta que sea tuerto, ó que tenga el labio rajado, ó algun defecto semejante para sufrir igual suerte: y ni aun es menester que tengan defectos; [68] pues el Oficial que solo puede mantener dos ó tres hijos, todos los demas que pare su muger, los echa al carro. Juzgan los Chinos impia y neciamente. que es acto de piedad privar á sus hijos de una vida, que ha de ser miserable, ó por la pobreza ó por ser ciegos, mancos etc. Y si esto pasa entre gente realmente capáz: ¿qué mucho, que los Bárbaros incultos, de que hablé arriba, hagan cosa semejante? Aborreció Dios á los Canancos y Jebuseos, porque sacrificaban á muchos de sus párvulos á los Idolos (267); y por este tan exêcrable delito mandó á Moysés y á Josué, que destruyesen tan inhumanas Gentes (268); de manera, que por no haberlas destruido enteramente, como Dios se lo habia mandado, sucedió con el tiempo, lo que su Magestad tiró á evitar; y fué, que los mismos de su Pueblo escogido, por su mal exemplo, incurriéron en la idolatría (269), y en el uso barbaro de sacrificar sus tiernos infantes: fealdad, que con la dispersion de las diez Tribus, primero inficionó á este Mundo antiguo; tanto, quanto se puede ver en Torquemada, Aldrete y otros muchos; y despues pasé al nuevo Mundo, como consta de los inhumanos sacrificios, que usáron los Emperadores Ingas y Motezumás en el Perú y Nueva-España. Tal es la ceguedad del hombre, si no tiene luz del Cielo; y tal la ira con que el el Demonio, si pudiera, destruyera al Género Humano.

Pero volvamos á los carros llenos de inocentes [69] condenados á muerte, que todos los días y en el Imperio de la China, van al carnero, y verémos que á mas de otros innumerables, que en los Lugares cortos arrojan á los rios, es en Pequín tanta la multitud de ellos, que los Misioneros de la Compañía de Jesus han tomado á su cargo el bautizarles, y para conseguirlo, á su hora van á las puertas por donde salen dichos carros, les siguen hasta las hoyas ó sepulturas, y allí van bautizando los niños, en tanto número, que hay Misionero, que en solo un año bautiza quatro mil de ellos, que ya les toca el renombre de felices párvulos.

Y es tal la lástima que da aquella continua perdicion de niños, que

hasta los Moros Mercaderes, con ser tan bárbaros, tienen compasion, y compran á poco precio muchos de ellos, para criarlos en la fea secta de Mahoma. Los Padres Misioneros Franceses de la Compañía de Jesus, en medio de la estrechéz y pobreza con que se mantienen en Cantón, Puerto de la China, llevados de su zelo santo, y ardiente caridad, han erigido una Casa, en donde recogen, sustentan y enseñan algunas de aquellas criaturas, que sus mismos padres naturales abandonan, por no poderlas mantener. Oxalá Dios nuestro Señor quiera dar grandes progresos á tan piadosa fábrica y á otras semejantes. ¡Oh, y si su Magestad moviera algunos piadosos corazones en la Europa y en las Américas, para poner fincas, de cuyos réditos se rescatasen muchos de aquellos inocentes, de los quales con facilidad se formasen Pueblos en las Filipinas! ¿Qué obra de mayor calidad, que ésta, se podrá imaginar? Quiéralo su Divina Magestad.

Dixe al principio de este Capítulo, que despues [70] de investigar las causas del corto número de gente de que se compone tanta variedad de Naciones, no aseguraba una entera satisfaccion á la duda; y es así; porque sí bien es verdad, que las tres causas que llevo referidas de guerras, venenos y entierros de párvulos, y las que como ménos principales insinué, son bastantes para que no se aumente, y tambien para que vaya á ménos el número de aquellas Gentes; con todo queda en pie la armonía, que hace el ver tantas Naciones, (tales quales ellas son,) tan reducidas á tan corta distancia unas de otras, y con tanta diversidad de lenguas, usos y costumbres. Ni todo lo que llevo dicho abre camino para saber la raiz de tan notable mutua separacion: es muy factible que en tiempos pasados todas fuesen Naciones numerosas; pero no hay mas que venerar rendidamente la sabia y oculta providencia del Altísimo; y humillarnos al considerar, que con tener á la vista muchas de sus obras patentes (270), es tanta la pequeñez de nuestro alcance, que no las entendemos (271); y así pasemos á buscar la raiz de otras mas faciles de percibir, no ménos curiosas, y en gran parte útiles. [71]

Capítulo VIII

Motivos de sus guerras

Levantó nuestro Padre Adán la mano para comer del árbol prohibido, que fué lo mismo que levantarla contra Dios, y revelarse contra su divina Magestad. De aquí nació el que sus pasiones, ántes sujetas á la razon, se levantasen contra él; y que los brutos y animales mas fieros, que le rendian vasallage, se le mostrasen rebeldes: y para que despues conociese ser ya la guerra universal, Caín su hijo mató al inocente Abél; y desde entónces acá, de generacion en generacion, de Gente en Gente, así como han corrido los siglos, ha ido corriendo por el suelo perpetuamente la sangre de los mortales entre continuas guerras, hasta nuestros dias, en todos los Reynos, Gentes y Naciones: tanto, que las que se llaman paces perpetuamente inviolables, para afianzar inalterablemente la tranquilidad y union de las Potencias (por mas fuerza y perfeccion que se añada á sus cláusulas,) solo son honrada pausa, para descansar un rato; y como treguas, para prevenir los pertrechos para nuevas guerras: como si se hubieran unido las Gentes, y formado los Reynos, solo para combatirse y

quitarse las vidas unos á otros.

Baxo este concepto nadie extrañará, que suceda esto mismo entre aquellas diminutas y bárbaras Naciones del grande Orinoco y sus vertientes, cuyas mútuas y continuas guerras solo se finalizan al tiempo que les va amaneciendo aquella paz evangélica, [72] que el Cielo intimó la noche de nuestra mayor dicha, á los humildes é ingénuos Pastores de Belén: así realmente se verifica, que los Misioneros evangelizan la paz, no solo eterna para las almas, sí tambien la temporal; porque con el bautismo se unen entre sí las Naciones mas enemigas. Es verdad, que cuestan estas paces muchos pasos á los Misioneros, pero los dan con mucho gusto, porque por el Apóstol (272) saben, que son preciosos los pies de los que evangelizan la paz.

Pero siendo, en este antiguo Mundo, el ordinario motivo de las guerras, el ampliar los Reynos, y dilatar los Dominios, no teniendo tal ansia ni deseo aquellos Gentiles del Orinoco, porque les sobra terreno, sin que haya Nacion de aquellas, que se halle estrechada con términos y linderos, es digno de saberse el motivo de sus sangrientas y continuas guerras. Luego trataremos de sus Gefes, de las ceremonias con que los gradúan, del modo con que fabrican sus armas, su destreza en manejarlas, de los venenos con que las preparan, y el modo de fabricarlos etc.: todos puntos que ofrecen un dilatado campo á la curiosidad.

El motivo y causa principal de las guerras mútuas de aquellos Gentiles, es el interés de cautivar mugeres y párvulos, y el casi ningun útil del saqueo y botin. El fin antiguo de cautivar, era para tener con las cautivas mas autoridad, séquito, y trabajadoras en sus sementeras, y en la chusma [73] criados para servirse de ellos. Esto era así, ántes que los Holandeses formasen las tres Colonias de Esquivo, Berbís, Corentin, y la opulenta Ciudad de Surinama, que demarqué en el Plan en la costa de Barlovento, que corre ácia el rio Marañón; pero despues que los Holandeses se establecieron en dicha costa, se varió el fin de la guerra, y ya no es otro que el de la mercancía é interés, que de ella resulta; porque los Holandeses, los Judíos de Surinama, y otra multitud de gentes, que han pasado á vivir en dicha costa, compran á los Caribes todos quantos prisioneros traen; y aun les pagan adelantado, dando con esto particular motivo á que se multipliquen los males. Suben las Armadas de los Caribes, y á las Naciones amigas, que les sujetan á mas no poder, les compran todos los cautivos que han podido haber con sus guerras no ménos bárbaras que injustas; siendo el precio de cada cautivo dos hachas, dos machetes, algunos cuchillos, algunos abalorios, ú otra friolera semejante. Pasan despues, con suma cautela, á las Naciones enemigas, y todo su estudio consiste en asaltar de noche, sin ser sentidos, y pegar fuego al mismo tiempo á la Poblacion en donde, así por el susto del fuego, como por el ruido de las armas de fuego, que ya usan los Caribes, el único remedio de los asaltados consiste en la fuga; pero como los Caribes preocupan con emboscadas todas las retiradas, el pillage es cierto, y la carnicería lamentable, porque matan á todos los hombres que pueden manejar armas, y á las viejas, que reputan por inútiles; reservando para la feria todo el resto de mugeres y chusma, con la [74] inhumanidad que se dexa entender del mismo hecho.

Ni pára aquí su derrota: remiten toda la presa en una ó dos piraguas

armadas á sus tierras, y prosiguen su viage río arriba, sin hacer ya daño á Nacion alguna, aunque sea enemiga; y á las amigas les dicen: que ellos no tienen la culpa de haber quemado y cautivado tal Pueblo; porque si los del Pueblo les hubieran recibido bien, y vendídoles bastimentos para su viage, no les hubieran hecho daño; pero que habiendo tomado las armas con tanta descortesía, era fuerza castigarlos, para que vean las demás Naciones cómo los han de recibir, y con qué cortesía los han de tratar. Este es ardid, con que aseguran otro asalto para el año siguiente, que siempre logran, ménos en la Nacion de los Caverres, que como ya dixé, es numerosa, y tan belicosa, que siempre han sacado de ella la peor parte los Caribes; porque sí bien siempre estos procuran coger de repente alguna de sus Colonias, nunca lo pueden conseguir, á causa del arte con que aquellos se juntan, y les rechazan. Es el caso, que en las lomas altas de su territorio, desde las cuales se divisa gran trecho del Orinoco, tienen los Caverres puestas centinelas en atalayas, que hacen á este fin; y en ellas tienen unos tambores tan disformes, como adelante diré: la primera atalaya que divisa el armamento enemigo, toca su llamada de guerra, que entienden todos: óyela el Pueblo mas cercano, toca luego su tambor, y sale la gente de guerra: óyela el segundo Pueblo, y hace lo mismo, y así los demás; de manera que en ocho ó diez horas está toda [75] la Nacion en arma: todos acuden al puesto del primer toque, y á pecho descubierto esperan al enemigo; quien escarmentado de muchas pérdidas, pasa adelante rio arriba, á distancia que no alcanzen las flechas enemigas; sin que se atreva á dormir jamás al lado del Poniente, que ocupa la Nacion Caverre, por temor de los asaltos nocturnos.

Debo ahora advertir, que de aquí adelante, por lo que mira á lo restante del rio Orinoco, halo por relacion; porque solo el Venerable Padre Joseph Cabarte siguió y apuntó este viage. Despues le hizo Juan Gonzalez Navarro, vecino al presente de la Guayana, hijo de D. Cárlos Gonzalez Navarro, Gobernador de la Isla Margarita: y en el año de 1728, por órden del Gobernador de la Trinidad de Barlovento, el Exênto de Guardias Marinas Don Agustin de Arredondo, subió embijado, esto es, desnudo y pintado á lo Caribe, con pocos compañeros del mismo trage, Orinoco arriba, hasta que el Piloto perdió el tino; y al cabo de catorce meses de continuos riesgos de la vida, se volviéron sin noticia alguna cierta del célebre Dorado, que era el único fin de su viage. El dicho Juan Navarro y sus compañeros hicieron su diario y derrotero, que he leído varias veces; y aunque apuntáron en él varias noticias, que necesitan de confirmacion, y omito; con todo, aquí y en otras partes, me valdré de algunas de ellas, que tengo por ciertas, así porque las he visto practicadas en otros rios y Naciones, como porque exâminando á Ignacio de Jesus, que hoy es Soldado de nuestra Escolta, y acompañó al dicho Juan Navarro en el citado viage, he visto tener [76] probabilidad. Quede hecha aquí esta salva para quando citáre á estos viageros, á fin de que se sepa la probabilidad de lo que por sus noticias hubiere de referir.

Siguiendo pues estos su viage, llegaron á la boca del rio Guaviare, llamado comunmente Guayavero, y turbado el Piloto, (ó lo que yo tengo por cierto, temeroso de dar en otras Naciones mas agrestes y crueles, que las que habian ya experimentado,) en lugar de seguir al Orinoco contra sus corrientes, se entró por la boca del rio Guaviare, en donde al cabo de

muchos días de navegacion, encontraron una Armada de Caribes, que estaban haciendo la feria entre aquellas Naciones, tan destituidas de herramienta, y tan faltas de aquel amor natural á sus hijos, que á trueque de una hacha, un machete, y quatro sartas de abalorios, dan un hijo ó una hija á los Caribes, pudiendo mas para con ellos el logro de aquellas alhajuelas, que el amor natural y lágrimas de los hijos, víctimas inocentes de su codicia. Pero nadie se asuste, ni se escandalize á vista de tal inhumanidad, como cosa inaudita entre Gentes bárbaras; porque aunque las Naciones de las islas y costas de la India Oriental muestran mas capacidad, y tienen sus Repúblicas, Reynos y leyes; con todo, así en el Reyna de Tunkin (273), como en los comarcas, y en muchas Islas de aquel Archipiélago, venden publicamente sus hijos, y con mas solemnidad sus hijas, unos por necesidad y pobreza; y otros para aumentar su [77] caudal. Pero volvamos á ver en qué pára la feria de los Caribes del Orinoco.

Despues que han recogido todas quantas piezas pueden comprar en aquellas remotísimas Naciones, que distan de la costa hasta seiscientas leguas, dexan en poder de los Caciques la herramienta y abalorios que les han sobrado, para que entre año vayan comprando, hasta su vuelta, que es el año siguiente; y para evitar todo engaño, quedan dos ó tres Indios Caribes en cada una de aquellas Naciones guardando las mercancías, que ellos llaman rescates, y mejor llamáran cautiverios, pues con ellas quitan la libertad á tantos inocentes. A su partida protestan á los Caciques: «Que si á su retorno hallan haber recibido algun daño ó vejacion los Caribes que quedan con ellos, les quemarán los Pueblos, y se llevarán todas las mugeres é hijos:» con que cuidan mucho los Caciques á sus huéspedes.

Concluidas sus cosas, ponen las proas rio abaxo, hasta llegar á la costa, donde están la mayor parte de sus Pueblos; y en habiendo descansado, pasan á las Colonias Holandesas, unos á pagar lo que deben, y á recibir otra vez de fiado para el viage siguiente; y otros á vender, bien que estos son pocos, porque los Holandeses y Judíos les dan tanta multitud de rescates, que casi todos los Caribes están gravemente adeudados, por mas esclavos, que roben y compren, no obstante de ser la ganancia en los que compran exôrbitante; porque la paga, valor ó rescate que da el Holandés al Caribe por un esclavo, que llaman Itoto, es una caja con llave, y en ella diez hachas, diez machetes, diez cuchillos, diez mazos [78] de abalorios, una pieza de platilla para su Guayúco, un espejo para pintarse la cara á su uso, y unas tixereras para redondear su melena; y á mas una escopeta, pólvora y balas, un frasco de aguardiente, y otras menudencias, como son agujas, alfileres, anzuelos &c. Pero lo que el Caribe da por un esclavo, quando lo compra en las Naciones distantes, es una hacha, un machete y alguna vagatela mas; y en las cercanas un tanto mas. ¿Quién no ve la excesiva ganancia de los Caribes en la venta de los esclavos que compran? ¿Y cuánto mayor será, contando los que roban, que es la mayor parte? Con todo, como ya dixé, siempre viven adeudados los mas de ellos; y tanto, que los mismos Holandeses y Judíos de Surinama les obligan á salir á campaña, para ir cobrando algo, y no perderlo todo.

Desde el año de 1731 hasta acá, los Hereges, ya Holandeses ya de otras Naciones, se envijan, esto es, se pintan al uso Caribe, y se ponen Guayúcos, esto es, unas tres varas de platilla, prendidas de un cordon que

se ciñen; y con ésta, que es la mayor gala de los Magnates del Orinoco, por ir todos los demás como sus madres los pariéron, se pasan á los Caribes; y con estos nuevos soldados, que han dado en alistarse de poco acá para la guerra, es increíble quanto ha crecido el atrevimiento y desvergüenza de los Caribes. Por esto en el año de 1733 me quexé agría, aunque modestamente, al Gobernador de Esquivo, con una larga carta, en que le conté los daños que padecian nuestras Misiones; y que de no poner remedio su Señoría, daría cuenta á mi Católico Monarca, para que su Magestad se querellase á las [79] Alti-Potencias de Holanda. Respondióme en lengua francesa, con mucha cortesía, ofreciendo el remedio que no puso, y echando la culpa á los Judíos de Surinama, quienes en medio de tener impuestas graves penas si venden armas y municiones á la Nacion Cariba; con todo lo executan con tal secreto, que rara vez les pueden probar el delito que realmente cometen, así Holandeses, como Judios, recatándose quanto pueden los unos de los otros.

Capítulo IX

Daños gravísimos que causan á las Misiones, las Armadas de los Indios Caribes, que suben de la costa del mar

Aunque ha sido uso inmemorial de los Caribes hacer los viages ya referidos, los pinté en el Capítulo pasado como modernos; porque los daños, que aun prosiguen, se empezaron à renovar en el año de 1733, en que baxando de su ordinaria campaña el Cacique Taricúra, el dia 31 de Marzo quemó el Pueblo de nuestra Señora de los Angeles; y aunque toda la Gente Saliva tuvo la fortuna de escaparse, ardiéron las casas todas, y la Casa y Capilla del Padre Misionero. No paró en esto el atrevimiento de los Caribes: arrimáron muchas hojas de palma seca para que ardiese la santa Cruz, que estaba enmedio de la plaza; pero por mas que porfiáron, no quiso Dios que ardiese, y solo quedó la señal del fuego en lo tiznado del pie de la Cruz, como con ternura vimos pocos dias después. Viendo un Caribe, [80] que el fuego natural no bastaba para destruir la santa Cruz, arrebatado del fuego de su ira, subió y desclavó el atravesano de que se formaban los brazos, y le arrojó al rio, como nos lo declaró un Saliva, que ocultamente se introduxo entre la multitud de los Caribes; el qual viéndonos buscar despues el atravesano de la Cruz, dixo, que él le havia visto arrojar al rio. Pusimos otra mayor Cruz en su lugar, cantamos la letanía de la Santísima Vírgen; y luego empezando los Padres y siguiendo los Soldados, y despues todos los Indios chicos y grandes, besando la santa Cruz de rodillas, fué vengada de los agravios, que de los pérfidos Caribes habia recibido. Levantáronse de nuevo las casas del Pueblo, y en lugar de Capilla, se erigió una Iglesia capáz y fuerte, para clamar à Dios, y para refugio y seguridad de la chusma en lances semejantes, como realmente los hubo despues.

La misma noche del dia 31 de Marzo navegaron rio abaxo las 27 piraguas de guerra del Cacique Taricúra; y por no distar la reduccion y Pueblo de San Joseph de Otomácos sino cinco leguas, al amanecer del dia primero de Abril, la acordonáron; pero al aprestarse para el asalto, fuéron sentidos de los Indios Otomácos, que tomando las armas, y

levantando el grito hasta el Cielo, como acostumbran, tocáron al arma, y con el auxilio del Capitan Juan Alfonso del Castillo, y seis Soldados que con él estaban, y de Don Felix Sardo de Almazán, Español esforzado, natural de San Clemente de la Mancha, y algunos compañeros, con quienes habia subido de la Guayana, quienes con valor y arresto [81] saliéron con sus bocas de fuego à resistir el asalto; pudieron librarse del arrojto de los Caribes, en cuyas manos, à no haber habido tanta prevencion, hubieramos perecido todos. Los Caribes que no saben pelear sino à traicion, luego que viéron la resistencia, á boga arrancada se echáron á medio rio; mas encendido el corage, así de los Soldados como de los valientes Otomácos, aquellos en tres barcos, que habia prontos, y estos en mas de veinte canóas, se arrojáron al rio en pos de los Caribes: estos, viendo el valor de los nuestros y su riesgo, arribáron á la barranca de enfrente, y con una brevedad increíble, arribáron sus piraguas á la orilla, y unos hicieron foso detrás de ellas, teniéndolas por parapeto; otros al mismo tiempo formáron trinchera de palos, fagina y tierra, con tanta presteza y arte militar, que causó admiracion, y se conoció, como despues lo supimos de cierto, que iban con los Caribes algunos hereges embijados y disimulados. Por fin, los nuestros con falconetes en las proas de los barcos, y mucha fusileria, hicieron mucho fuego, pero no pudieron romper las trincheras, aunque porfiaron valerosamente en combatir, hasta que la noche les hizo volver al Pueblo; y sí bien cada rato recibian descargas de los Caribes, de 50 fusiles, dos esmeriles, y diluvios de flechas envenenadas, quiso Dios que ninguno muriese de los nuestros, por la intercesion de San Francisco Xavier, cuya Imágen tuvo enarbolada todo el dia uno de los PP. Misioneros á vista del combate. De los Caribes, por mas que se amparaban de sus trincheras, fueron 14 los muertos, y mas de 40 los heridos, como despues [82] nos lo refirieron algunos Indios de otras Naciones, que iban forzados de miedo con ellos; y añadiéron, que pasaban de 300 los esclavos que llevaban; á los quales para que no se escapasen durante el combate, tuvieron amarrados, y cercados de gente armada: noticia, que llevaron pesadamente los Soldados, por no haber podido librar á tantos inocentes de su tiránica esclavitud.

Como aun es reciente el dolor, se me fué la pluma, refiriendo este trabajo, ántes que otros mucho mas antiguos; pero sirva éste de muestra ó regla para medir y entender los muchos asaltos, ardidés y estratagemas con que casi siete años continuos han perseguido los Caribes á sangre y fuego, aquellas Misiones y otras del mismo rio Orinoco, procurando de todos modos desterrar el nombre de Christiano de sus riberas, quitar ese estorbo á su tiránica insolencia, y poder cautivar y robar á todo su salvo. El año siguiente quemáron la Colonia de San Miguél Arcangel del rio Bycháda, y abrasáron la Iglesia. Poco despues arrasáron y destruyéron el Pueblo de la Concepcion de Uyapi; de donde se hubieron de retirar los RR. PP. Misioneros Observantes Franciscanos, con su Reverendísimo Comisario Fr. Francisco de las Llagas, volviendo á sus Misiones de Piritu: que es prudencia no arriesgar la vida, quando no se espera fruto en las almas: y tambien es consejo de Christo, que quando nos persiguen en un lugar, pasemos á otro; ya se ve, que no por temor de la muerte, sino para que la vida se emplee en bien de los próximos, despues que pase la borrasca, que impide la labor.

Por los años de 1734 y 1735 creció mas la [83] osadía del bárbaro enemigo, que asaltó y quemó la Colonia de San Joseph de Otomácos y la de San Ignacio de Guamos; con pocas muertes de los catecúmenos, pero con gravísimo daño; porque retirados estos y los Misioneros á lugar mas seguro, los Caribes taláron las sementeras, arráncaron los frutos, y quemáron las troxes; golpe el mas fatal, con que pensó el enemigo desterrar las Misiones de todo el Orinoco. En este gravísimo aprieto salió el P. Bernardo Rotella léjos del Orinoco, á comprar provisiones, ácia ciertos parages, sin reparar en costos ni en trabajos, á fin de que la hambre fuese menor, y no ahuyentase los Indios catecúmenos; llegó pero despues de penoso camino, y peor navegacion, tan fatigado como se puede inferir, sin mas comida que el pescado que Dios le deparaba: y el recibimiento que le hizo cierto sugeto, á quien por sus circunstancias no debo nombrar, fué levantar el grito contra él tan alto, que se oyó en Caracas en Santa Fe de Bogotá, y mucho mas adelante; achacándole que iba con muy diferentes intentos: de modo, que se vió su crédito obscurecido, y gravemente denigrado, hasta que executoriada juridicamente en Santa Fe y en Caracas, con declaraciones de testigos oculares, la inocencia del dicho Padre, se le dió competente satisfaccion para restaurar su crédito y estimacion debida. Estos regalos envia Dios á sus Ministros, en medio de sus mayores aprietos; y éste es el verdadero distintivo (274) segun el Apostol [84] San Pablo, de los que de veras quieren acompañar y seguir á Jesus.

Todo hubiera sido llevadero, si se hubiera conseguido el fin de tan árduo viage; pero no era tiempo sino de padecer, y así el buen Padre ni siquiera halló maiz; porque aquellos hatos y partidos parece que tienen prisionera la hambre y la pobreza; tanto, que si movido á compasion un buen vecino, llamado Miguél Angel, no les hubiera vendido algun poco de cazabe, (es pan formado de raices,) hubiera vuelto con mayor necesidad y hambre, que la que llevó con sus compañeros. No obstante todos quedamos gustosos y consolados, de que el Padre hubiese vuelto con salud, despues de tan árduo é inútil viage; ni faltó Dios á los suyos, porque entretanto, así los Padres Misioneros, como los pobres Indios de su cargo, para mantenerse, hasta coger nuevos frutos, tomáron el arbitrio de añadir pescadores, y cuidado en la pesca, para que hubiese peces para vianda, y peces asados y casi tostados, que sirviesen en lugar de pan: viéndose aquí claramente, que el hombre puede vivir sin pan (275).

Persuadidos los Caribes de que habian dado ya el último golpe para arruinar las Misiones de la Compañía, baxáron furiosos á la Mision de Mamo, que los ya citados RR. PP. Observantes de Piritu acababan de fundar, no léjos de la Ciudad de Guaya: entraron á todo su salvo en el Pueblo, porque toda la gente estaba oyendo misa, y la primera seña de guerra fué ver arder la Iglesia: [85] finalizó la misa el Rev. y Ven. Padre Fr. Andrés Lopez (que siempre habia clamado á Dios recibiese su vida en sacrificio, por la salvacion de aquellas almas,) quando ya estaba trabada la batalla en la plaza, y depuestos los ornamentos Sacerdotales, tomando en la mano un Santo Crucifixo, salió, y empezó á predicar con esforzado fervor: recibió un balazo en una pierna; mas sin hacer caso de la herida, prosiguió con mas espíritu, hasta que un sacrílego Caribe le dió un fiero macanazo en la boca, diciéndole: calla, no prediques de valde: cayó del

golpe en el suelo, y ya habian caido muertos tres Soldados, que tenia de escolta, y quince de sus Indios: de los Caribes llegaban á treinta los despedazados; pero como era mucho mayor el número de estos, viendo caido á su Pastor, todas las ovejas buscáron seguridad en la fuga: saqueáron los Caribes el Pueblo; y pasando á quitar el santo hábito al Religioso, le halláron todavía vivo, con el Santo Christo en sus manos; y sin duda, clamando por la salvacion de aquellos bárbaros.

Diéronle otro fiero golpe en la cabeza, y colgándole desnudo de un árbol, ántes que espirase, encendiéron fuego debaxo, para acabar con él; pero su santo cuerpo permaneció libre de la voracidad de las llamas, habiéndose hallado despues de ocho dias sin lesion alguna; de manera que hemos de creer de la bondad de Dios, que aceptó el sacrificio de la vida de aquel fervoroso Misionero, y que su alma purificada en las llamas del divino amor y de los pròximos voló triunfante á los Cielos. Quiso su Magestad, que no fuese el dia ántes el asalto sangriento, para que se librasen de él otros tres Religiosos Misioneros de la misma Orden, que habian [86] venido á Mamo á consultar con su venerado compañero negocios importantes de sus apostólicas Misiones.

Como salió tan favorable á los Caribes este asalto, contentos con el botin, y gran número de esclavos, enderezáron las proas rio abaxo, con ánimo de asaltar y destruir el Pueblo de San Antonio de Caroní, perteneciente á los Reverendos Padres Capuchinos de la Provincia de Cataluña; mas una casualidad estorbó este atentado. Al entrar los Caribes en el rio Caroní, en cuya vega está dicho Pueblo, halláron pescando á dos Indios de él; llamáronlos, con el fingimiento que acostumbran, y luego que arrimáron la canoa á las piraguas, matáron cruelmente al uno de ellos: el otro que se dió por muerto, se arrojó al rio, y sufriendo el resuello, nadó por debaxo del agua largo trecho; y como al sacar la cabeza para resollar, le disparasen varios fusilazos, siguió nadando, sin sacarla, hasta que salió á la vega, y con su aviso se puso la Gente en arma; con que la Armada Cariba viró la proa ácia sus Puertos.

Ni por haber referido tanto número de estragos y muertes, debemos olvidar la muerte, que dos años ántes diéron los Caribes de Aquire, caño de Orinoco, no léjos de la costa, al Ilmo. Sr. D. Nicolás de Labrid. Este tan noble, como docto y fervoroso Cavallero Francés, Canónigo de Leon, con otros tres émulos de su espíritu, postrados á los pies del Sr. Benedicto XIII, le pidiéron los emplease en Misiones de Gentiles, en las Regiones que gustase; y su Beatitud, movido de especial mocion del Espíritu Santo (como dice en su Bula apostólica, que hoy se guarda en Guayana) los [87] consagró en Obispos para las quatro partes del Mundo. A la Occidental, donde corre el grande Orinoco, con Bula especial de Obispo de él, vino el Ilmo. Labrid; y miéntras se esperaba el pase de sus Bulas, y fiat de su Magestad Católica, el Gobernador de la Trinidad y Guayana le ofreció su palacio. Agradeció el Obispo el ofrecimiento, y determinó esperar en la Cayana, territorio de Franceses, el despacho de sus Bulas, pero despues de embarcado, impelido de su mismo fervor, mudó de intento y de rumbo, y dió fondo en el caño de Aquire, donde los Caribes le recibieron con buen semblante, para lograr la suya; y á pocos dias quitáron la vida á dos Capellanes del Obispo; el qual luego se puso de rodillas, con un Crucifixo en las manos, y del primer macanazo, dió su espíritu al Criador. Los

Caribes se llevaron los sagrados ornamentos, hicieron pedazos un Santo Crucifijo de marfil, y una ara consagrada por el Sr. Benedicto XIII; cuyo nombre se ve gravado en sus pedazos. El cuerpo de este Ilmo. Obispo está en una lápida honorífica al lado del evangelio del Altar Mayor de la Iglesia de San Joseph de Oruña, en la Isla de la Trinidad de Barlovento, y los cuerpos de sus dos Capellanes al lado de la epístola, en otra lápida, cada una con su epitafio.

Omito aquí (porque se hallan en la Historia General de la Provincia y Misiones del nuevo Reyno de Granada, escritos con superior facundia,) otros repetidos asaltos hechos por los Caribes, con nuevas industrias, y sagacidad diabólica contra las Misiones de la Compañía, fomentados con la esperanza, segun lo decian á gritos, de que como sus mayores en los años de 1684 y 1693, habian muerto [88] á los Misioneros antiguos del Orinoco; así ellos siendo como eran tan valientes como sus padres, habian de porfiar y proseguir ahora su guerra, hasta quitar la vida á todos los Padres Misioneros, y destruir todos sus Pueblos; pero á pesar del Infierno, las Misiones destruidas se han reedificado, y cada día se entablan otras de nuevo, mostrándose la bondad divina manifiestamente propicia en esto, y en evitar con rara providencia, muchos lances, que no se pudieran evitar con industria humana. Sea de su Divina Magestad toda la gloria.

Ahora, con las especiales providencias, que se ha dignado dar el católico zelo de nuestro invicto Monarca Felipe V, á quien Dios prospere, cometiéndole sus especiales órdenes é instrucciones á Don Gregorio Espinosa de los Monteros, Coronel de los Reales Exércitos, Gobernador y Capitan General de las Provincias de Cumaná y la Guayana, Gefe de la reputacion, destreza militar y valor, que sabe España, tenemos fixa esperanza, de que amanecerá la tranquilidad en el Orinoco, y con ella los progresos en la cultura espiritual de aquellos retirados Gentiles, y la feliz resulta de copiosos frutos para el Cielo. [89]

Capítulo X

Gefes militares de aquellas Naciones: mérito y ceremonias, que preceden á sus grados

Virtud, valor y letras, son los tres escalones por donde suben los hombres á la cumbre del honor, del aplauso y de la veneracion. No conocen, ni aun por sus nombres, las Naciones de que trato, á la virtud, ni á las letras; y así, todos sus ascensos que en su débil juicio se reputan por muy grandes, les tienen vinculados al valor y á la destreza, con que desde niños se exercitan en jugar el arco y flechas, la lanza y la macana. Sus juegos pueriles, todos se reducen á lo mismo que ven hacer á sus padres: forman arcos, aguzan flechas, pintan macanas, texen rodela, y desbastan palos tan firmes como el acero, para formar lanzas. Los chicos de un mismo Pueblo forman Batallones, eligen Cabos, disponen sus filas, dan su señal, y traban sus pueriles batallas, en cuyos ensayos están sus padres como en sus glorias. En estas escaramuzas usan de flechas de junco grueso, que no puedan hacer daño ni herida; y de rodela, para adiestrarse á evadir el golpe de la piedra, lanza ó saeta; y como el exercicio es único, y de toda

la vida, es increíble la destreza á que llegan algunos. Ella es tanta, como lo acredita el caso siguiente.

Un Indio Otomáco, lleno todo el cuerpo de cicatrices, auténtico testimonio de muchas batallas [90] contra Caribes, en que se habia hallado, blasonaba de su valor delante de tres Soldados de nuestra Escolta, y al pasar yo casualmente, les dixo: «Si tengo las señales de estas heridas, es, porque me he hallado solo entre muchos enemigos; pero quando he peleado con tres, jamás me han herido:» y diciendo, y haciendo, juntó tres montones de aquellos dátiles que comen, y colocándoles en triángulo á buena distancia se puso en el centro de ellos, y sobre apuesta les dixo: tirad vosotros, y si alguno acierta á pegarme, pierdo yo la apuesta; si me libro de todos, yo ganaré. Asistí con gusto á la funcion, y fué para mí cosa maravillosa, ver aquel Indio, que apénas tocaba con los pies en el suelo para mudar lugar: á un mismo tiempo baxaba la cabeza para evadir un golpe, retiraba una pierna para evitar otro, y doblaba todo el cuerpo, para no recibir el tercero: parecia un hombre de goznes, y un cuerpo todo penetrado de azogue: tirábanle los tres Soldados, al principio con gana de darle, y despues con ira, viendo que no podian lograr golpe alguno; hasta que acabados los dátiles prevenidos, ganó el Indio Otomáco la apuesta. Divertimiento, en que despues, estos y otros Soldados perdian de buena gana sus apuestas, para pasar las tardes desocupadas, y admirar mas y mas tan singular agilidad y destreza. El Regio Historiador Herrera (276) dice de otro Indio semejante, que se movía con la ligereza de un gavilán, sin que piedra alguna de quantas le tiraban le tocasse.

Para el ejercicio de la flecha cooperan tambien [91] las madres, no dando á sus hijuelos la comida ó fruta en sus manos, sino colgándola á proporcionado tiro, para que la gana de comer los avive al acierto de pillar con la punta de la saeta despedida, lo que desean comer. No es ponderable á lo que llega su destreza en el arco y flecha: baste decir, que se ha tenido por especial providencia de Dios el que los Caribes se hayan enamorado del uso del fusil, porque en ellos es casi inerrable el tiro del arco, y poco acertada la puntería del fusil. Adestrados al arco, saben que quanto mas tiran la cuerda, tanto mas seguro es el tiro, y de este principio cierto infieren un error, para nuestro bien muy apreciable; pues juzgan que quanto mas pólvora atacan en la escopeta, tanto mas seguro es el golpe de la bala: lo que es falso, porque por lo mismo la bala vuela por alto, sin hacer daño: á mas de que miéntras cargan y descargan un fusil sin hacer daño, pudieran haber disparado seis ú ocho flechas, con mucho estrago; así que es tambien especial providencia de Dios, el que no hayan caido en la cuenta, en lo uno ni en lo otro.

Adestrada la juventud en el modo dicho, ántes de salir á la guerra, se llevan algunos la fama, ya de muy certeros en la flecha, ya de singularmente prontos á rebatirla, ó con la rodela, ó con el mismo arco: habilidad de pocos, y por eso muy apreciable entre ellos. Quando tienen edad para salir á la guerra, en todas sus acciones tienen la mira al honor, aspirando con ansia á que les aclamen por valientes, y puedan subir á Capitanes. Para este fin guardan con gran cuidado los troféos y despojos de las guerras, y [92] cada qual hace tantas estatuas, texidas con bastante arte y propiedad, de hojas de palma muy sutiles, quantos son los enemigos que ha muerte. Tienen colgadas dichas estatuas de los techos, y á

todos los huéspedes, que entran en sus casas, despues del recibimiento, añaden: Yo soy muy valiente, ya llevo tantas campañas; y mira allá quantos enemigos llevo ya muertos: yo seré un gran Capitan etc.

Es verdad, que en este estilo y regla, que es casi general, no se cuentan, ni entran los de las Naciones Achagua y Saliva: no son éstas gente de guerra; y dicen que ni sus mayores lo fuéron: solo un Saliva, que hoy es ya Christiano, tiró por este rumbo, y pasó por los exâmenes que diré. No obstante gustan de tener muy lucidas armas, penachos de plumas, y otras divisas de bravos Soldados; y lo que es mas de admirar, á sangre fria, y quando no hay enemigos, gastan sus ademanes de brio, y azotan el ayre con bravatas.

El que se ha de graduar, así como va ganando crédito, se le va agregando primero la gente de su parentela, y despues otros, ó atraídos de su valor, ó sobornados por el mismo, y por medio de sus parientes y amigos. Quando tiene v. gr. cien hombres de su séquito, previene bebida, convida á los Caciques y Capitanes de su Nacion, les hace relacion de sus hazañas; y por último pide exâmen para ser contado entre los Capitanes. Convenidos los Jueces en que se gradúe, plantan enmedio de la casa al actuante desnudo, como su madre le parió, y tomando el Capitan mas antiguo un látigo de pita bien torcida, le [93] descarga fieros y repetidos azotes por todo el cuerpo de arriba á baxo, y entrega el látigo al Capitan, que por antigüedad se le sigue: éste y todos los restantes Gefes le azotan horrorosamente á su satisfaccion. Los Caciques, y mucho auditorio que concurre, están con gran silencio observando, si se le suelta algun acaya, que es nuestro ay, ó algun otro ademan de menos valor; y si se queixa con solo un ay, ó hace algun ademan de sentimiento, le niegan redondamente el voto, y ya no puede ser admitido á los otros dos exâmenes que le restan; pero si ha sufrido como un bronce, aquel diluvio de azotes, que le dexan sin pellejo, y con muchas heridas, entran los víctores, el aplauso y los parabienes, y se acaba este primer exâmen, emborrachándose todos larga y alegremente.

Parecerá increíble esta bárbara tentativa, pero es cierta, y ellos realmente la practican y sufren brutalmente; pero para quitar la admiracion de ésta, vamos á la segunda, que á mi entender es mas intolerable: son leyes inspiradas por el Demonio, que en todas, y en todo se muestra cruel enemigo del Género Humano.

Pasados los meses necesarios para que sanen y cicatricen las heridas, dispone el pretendiente otra tanta cantidad de chicha, que en buen romance es una multitud de tinajas de aquella su cerveza extraida del maiz: señala el dia para la funcion, y habiendo comparecido aquel rústico Cabildo, cuelgan una hamáca, (es la hamáca una manta de algodón bien tejido, que colgada en el ayre, depende de las dos extremidades de dos sogas, prendidas de las paredes ó árboles: esta es la cama [94] de los Magnates, porque el resto del vulgo duerme en chinchorro, que es una red prendida y colgada al modo dicho entra el pretendiente en dicha hamáca, se compone en ella à su modo, y luego los Capitanes exâminadores lo tapan de pies á cabeza con los dobleces de la misma, y lo aseguran dentro de ella con tres ataduras, una junto á la cabecera, otra á los pies, y la tercera por enmedio: hecho esto, cada Capitan por su lado levanta algo el dobléz de la hamáca, y suelta dentro de ella un cañuto de hormigas bravas, y tan

tenazmente mordaces, que quando llega el tiempo de arrancarlas, ántes se dexan partir por medio, que soltar el bocado. ¿Quál se verá aquel necio valentón, con cinco ó seis mil enemigos sobre sí, que todos le tiran á qual peor, sin que dexen parte de aquel desventurado cuerpo sin herida, y entre tanto sin facultad para defenderse, ni aun para menear pie ni mano? porque la formalidad de este exâmen, y el salir bien ó mal de él, depende de solo un movimiento, por mas que sea indeliberado, con que dé á entender, que le son molestas las sangrientas hormigas; y si se le escapa un ay al morderle las pestañas de los ojos ú otras partes especialmente delicadas, ya perdió el pleyto, quedó mal en su exâmen, sin fama de valiente, é incapáz de subir al honor de Capitan; y al contrario, si sufre con valor el tiempo determinado por su diabólica ley, despues de los parabienes, acuden todos á quitarle las hormigas, de que sale aforrado ó revestido; pero le quedan claveteadas en el cuerpo las cabezas de ellas, hasta que con el unto, que para ello [95] tienen, les hacen afloxar su diente tenáz: luego se siguen los brindis, hasta quedar todos satisfechos, que éste es siempre el paradero de todas sus juntas y funciones.

Se horroriza uno, solo al pensar en esta segunda prueba, tanto mas penosa que la primera; pero como ni una ni otra llegan á ser mortales, aunque sí muy molestas, viene á ser, que la tercera prueba es mucho peor, que las dos referidas; porque en esta hay riesgo de muerte, y á la verdad en ella mueren algunos.

La tercera prueba, que se debe llamar infernal, se hace de este modo: juntos ya los Magistrados y el vulgo, se cuelga en el ayre un cañizo bien tejido de cañas menudas, y capáz de recibir el cuerpo del exâminando: suspenso ya á distancia de una vara en alto, lo cubren con una tanda de hojas de plátano; (pocas son menester, porque son de una vara de largo, y casi media de ancho,) luego sube el penitente, y se echa boca arriba en aquella cama que ha de ser su potro de tormento, ó su cadahalso para morir; despues de echado le dan un cañuto hueco, de casi una vara de largo, que se pone en la boca para resollar por él; y luego empiezan á cubrirle de pies á cabeza, por encima y por todos los lados, con dichas hojas de plátano; con la advertencia, que las hojas que caen sobre la cabeza y pecho, las rompen y ensartan por el cañuto dicho, que desde la boca sube á lo alto. Ya en fin arropado y sumergido en aquel caos de hojas, empiezan á poner fuego debaxo del cañizo: llámase fuego manso, porque las llamas no llegan á lamer el cañizo; pero realmente da notable [96] calor á aquella infausta víctima de la necia ignorancia, que para quedar sufocada, le bastába la multitud de hojas, que suele parar en túmulo funesto. Entretanto, unos Ministros se ocupan, ya en atizar, ya en disminuir el fuego, para que no sea, ni mas ni ménos del que se acostumbra, y del que sufriéron ellos quando pasáron por estos baños: otros están observando con vigilancia, si el paciente se mueve, ó no; porque si hace el menor movimiento, queda reprobado, y se acaba la funcion tristemente; y otros están á la mira del cañuto, observando el resuello del paciente, para ver si es débil ó vigoroso. Concluido el espacio destinado, quitan prontamente las hojas: si hallan difunto al pretendiente, todo pára en llanto fúnebre; pero si le hallan con vida, todo son júbilos, víctores y tragos á la salud del nuevo Capitan, cuyo valor invencible dan por evidenciado en los tres dichos exâmenes. ¡Tanto

como esto sufren por sola la honra! ¿Qué fuera si esperáran alguna renta?
[97]

Capítulo XI

Variedad de armas de estas Naciones: destreza en manejarlas, su fábrica, y el tambor raro, con que se convocan á la guerra

§. I

Armas, su fábrica y uso

A todas las bestias, aves y animales, dió el sapientísimo Autor de la Naturaleza instinto para mirar por su conservacion; y á casi todas les dió armas defensivas y ofensivas, para defenderse, y para ofender tambien, quando les conviene: á unas fieras dió garras y colmillos agudos; á otras durísimos cascos y dientes penetrantes: dió uñas sangrientas, y tenaces picos á las aves; y en fin, ni á la abejilla hacendosa falta su aguijón, ni á la menor hormiga su mordáz tenaza: solo al hombre crió Dios desarmado, tal vez porque en ira y corage excede á todas las fieras; ó porque habiéndole dotado de entendimiento y discurso, le dió las mejores armas, en los medios oportunos para inventarlas, así defensivas, como ofensivas para los casos necesarios.

Entre todas las armas ofensivas, que inventó la industria humana, parece que se llevan la primacía el arco y la flecha, ó por mas proporcionadas á su genio, ó por ser mas manuales: sea por lo que fuere, ello vemos en las Sagradas Escrituras, que [98] su antigüedad compite con la de los primeros hombres del Mundo; y hallámos, así en las Historias Sagradas, como en las Profanas, que su uso fué general entre todas las Naciones del Mundo antiguo; y en el nuevo ha sido y es hoy general para todas aquellas gentes. A mas de esto, así como acá se inventáron broqueles y rodela contra las agudas puntas, del mismo modo hallaron esta defénsa los Americanos; y si acá los antiguos usáron porras de Hércules, y entónces y ahora varios géneros de lanzas aceradas; asimismo los Indios usan macánas formidables, y lanzas de madera tan sólida, que puede competir con las puntas mas afiladas de las bayonetas. Y en fin, si acá se inventáron las caxas y timbales de guerra, los clarines y las trompetas para el gobierno de las marchas, y para excitar los ánimos al ardiente manejo de las armas; tambien las Gentes del Orinoco usan una moda rarísima de caxas para la guerra, y una gritería infernal para avivarse y excitarse mútuamente en sus batallas. Pero en lo que ponen su mayor cuidado, es en pintarse todo el cuerpo, y especialmente la cara, con tanta fealdad, que fuera de ponderacion alguna, despues de pintados ó embijados, no parecen hombres, sino un feo ejército de Demonios, con tanta similitud, que, como consta en la Historia de las Misiones del Chaco, y en otras Historias semejantes, muchos Españoles de valor, y acostumbrados á batallas en la Europa, sorprendidos de aquella no imaginada y horrenda fealdad, han vuelto indecorosamente las espaldas, no sin grave daño. La vista se horroriza; pero la bárbara algazara y confusion de gritos, si oida de léjos aturde, oida de cerca provoca á risa; porque [99] unos dicen gritando, yo soy bravo como un tigre; otros, yo soy rabioso como un

caymán; y cada qual dice su desatino á este mismo tono; y con todo eso, ménos los Otomácos y los Caverres, los demás, viendo caer muertos algunos de los suyos, vuelven las espaldas, y toman la fuga por asilo; ni acometen jamás, si no es notoria su ventaja; y así, todas sus guerras se reducen á emboscadas, retiradas falsas, asaltos nocturnos y otras inventivas. Ahora veamos el modo de fabricar sus armas.

Parecerá á algunos, que se pudiera omitir este punto de que voy á tratar, porque bien se ve quan fácil es formar la punta de una flecha y de una lanza, y reducir un palo tosco á que sirva de macána; pero yo deseo que el curioso Lector se considere conmigo en una de aquellas Naciones, adonde la primera noticia que llega de que hay hierro, la da el Misionero, repartiendo anzuelos y arpones para ganarles la voluntad. En la tal Nacion no se halla un cuchillo, ni un machete, ni herramienta alguna para labrar, desbatar, y pulir sus armas: ¿cómo pues se ingenian, ó de qué se valen para suplir el defecto de instrumentos para labrarlas?

En las Naciones donde hay Misioneros, y en las que no distan mucho de ellos, usan ya de herramientas á propósito para el caso; pero en todas las Naciones en general, ántes que llegasen los Españoles, y en las muchas adonde no han llegado hasta ahora, labran sus armas, tambores y embarcaciones con solo fuego y agua, á costa de mucho tiempo, y de una prolixidad increíble. Con el fuego, soplando las brasas, abren y gastan lo que es necesario de las maderas, y [100] con el agua, que está á mano siempre, apagan el fuego, para que no gaste de ellas mas de lo que es menester. No hay sufrimiento ni paciencia que baste, solo para verlos trabajar, tan á lo natural, que casi crece su labor, al paso insensible con que crecen las yerbas del campo: pausa solo proporcionada á la innata pereza de los Indios.

Despues de consumido lo que basta, para que el palo tome forma de lanza, de macána ó de punta de flecha, entra otra prolixidad no ménos espaciosa y molesta: buscan ó tienen ya cantidad de caracoles de extraña magnitud, que se crian en las tierras anegadizas y húmedas; hacen pedazos las cáscaras, cuyo borde viene á tener lo tajante, que hallamos acá en un casco de vidrio que se quebró, y con dichos cascacos de caracol, á fuerza de tiempo y de porfia, dan el último sér y lustre á sus arcos, y dan agudeza increíble á sus lanzas y flechas, todo á fuerza de tiempo, y de una flema intolerable.

Despues encaxan una punta afilada, ó una pua de raya en la extremidad de la flecha, asegurándola con hilo, preparado con peramán, que es un lacre muy parecido al nuestro, que fabrican de cera negra y otras resinas, que en ella derriten á fuerza de fuego. Este peramán, aplicado caliente en una vizma al hueso que se quebró, sea el que se fuere, le reune, y consolida en breves dias, sin necesitar de segunda vizma, ni de otra diligencia, que la de tener quieto el brazo ó pierna quebrada; de lo qual tengo repetidas experiencias. [101]

§. II

Sus caxas de guerra, fábrica y sonido

Las caxas de guerra las labran con fuego y agua en el modo dicho, y

el lustre exterior se lo dan á costa de tiempo, y con cascos de caracol; pero como se recatan para esta maniobra, nunca vi fabricar caja alguna, y todas las que vi eran ya perfectamente concluidas. Ni hallo términos con que explicar su arquitectura, por ser maniobra tan extravagante, que sin verla, no se puede hacer cabal concepto de ella. Voy á explicarla como pudiere.

En las casas de los Caciques, y en lo mas desembarazado de ellas, hay fixados tres palos, que forman ni mas ni ménos que una horca: del atravesañ de encima, con dos bejucos de á quatro ó seis brazadas cada uno, está colgado el tambor por las dos extremidades, distante una media vara del suelo. La caja es un tronco hueco de un dedo de casco, tan grueso, que dos hombres apénas le podrán abarcar, y de tres varas de largo, poco mas ó ménos: es entero por todo el circuito, y vaciado por las extremidades de cabo á cabo á fuerza de fuego y agua. En la parte superior le hacen sus claraboyas, al modo de las que acá tiene el harpa, y en medio, lo forman una media luna, como una boca, por donde la repercusion sale con mas fuerza: en la madera que hay en el centro de la media luna, se ha de dar el porrazo para que suene; pues en qualquiera otra parte que se dé, solo suena como quien da en una mesa, ó en una [102] puerta: y aunque se aporree en el centro de la media luna, si no es con uno ó dos mazos, envueltos en una resina, que llaman currucay, no suena: y lo que es mas, aunque le den con dichos mazos, si abaxo en el centro de la caja, en sitio perpendicularmente correspondiente á la media luna, no hay fixado con el betun que ellos llaman peramán, un guijarro de pedernal, que pese unas dos libras, tampoco suena. Puesto el pedernal en su lugar, tapan ajustadamente las dos bocas extremas de aquel disforme tronco hueco, y ésta es la última diligencia de la obra, que, como dixé, ha de estar pendiente en el ayre, de aquellos dos correosos sarmientos, que llaman bejucos; y si topa, ó en el suelo, ó en otra parte, tampoco da sonido alguno; y esta tropelía de requisitos, y en especial el del pedernal, que parece no ser del caso, es lo que me ha causado notable armonía, y creo la causará á todos.

Pues su ruido y eco formidable, ¿quién le podrá ponderar? Y ya ponderado, ¿quién en Europa lo querrá creer? El que no quisiere creerlo, no por esto incurrirá en pena ó multa alguna; y si le pica la curiosidad, con pasar al rio Orinoco, podrá salir de sus dudas: yo refiero ingénuamente lo que he visto y oido, y protesto, que es fiero y extravagante el ruido y estrépito de aquellas caxas; cuyo eco formidable, fomentado del eco con que responden los cerros y los bosques, se percibe á quatro leguas de distancia; y nuestros Indios dicen, que las caxas de los Caverres, á quienes se atribuye la invencion, se perciben mas; ó porque les dan mejor temple, ó porque son mayores, ó porque es mas á propósito la madera: lo [103] cierto es, que en el año de 1737, habiendo mil Caribes, y cinco Hereges, que los capitaneaban, asaltado la Mision de nuestra Señora de los Angeles, al romper el dia, fuéron sentidos á tiempo, y tocando á rebato el Cacique Pecári con su caja, al punto se oyó desde el Pueblo de San Ignacio, al de Santa Teresa, distantes quatro leguas; con el qual aviso, el Padre Ignacio Agustin de Salazár puso en cobro la gente de Santa Teresa, y se retiró al Castillo ó Fuerte de San Xavier, para guardar su vida; y los Indios del Pueblo asaltado, que estaban en sus pesquerías, á

gran distancia, todos oyéron el toque del rebato, y los otros especiales toques, que durante el combate, (que desde el amanecer duró hasta las tres de la tarde, ó las quatro,) se tocáron incesantemente, hasta que los Caribes, cargando con sesenta muertos de los suyos, y con mas de cien heridos, se retiráron vergonzosamente, sin haber de nuestra parte ni uno levemente herido; en que se vió el amparo de María Santísima y de San Francisco Xavier; y con los ecos de la pavorosa caja se evitáron muchos daños, poniéndose en cobro los otros Pueblos, y las gentes, que fuera de ellos andaban dispersas. No se llevan á la guerra dichos tambores ó caxas; pero como se ve, aunque el combate sea á mucha distancia, se oyen, y sirven de aliento á los combatientes. Con el arbitrio de estas caxas, cuyo sonido pasa de Pueblo en Pueblo con gran brevedad, se han mantenido los Caverres firmes contra los asaltos de los Caribes, juntándose con gran presteza todos al aviso de las caxas, que al punto corre por todos sus Pueblos.

Ruego al erudito Lector trayga á su memoria [104] la tan antigua como celebrada cornetilla de Alexandro Magno; con cuyo sonido y eco, quando convenia, llamaba á sus Gefes, que la oian á distancia de quatro leguas; siendo así, que no era grande, ni de metal selecto, y todo su eco dependia de la singular hechura; puesto que muchas cosas, que parecen imposibles, suelen depender de un accidente muy corto. Llevan tambien á sus guerras tambores manuales, y hechos casi como los de Europa, que les sirven para sus bayles y dias de bebida general; en los quales usan tambien de variedad de flautas, como ya dexamos dicho en su lugar.

§. III

Trátase sériamente del sonido del tambor Caverre, y se evidencia el alcance de su sonido

Muy sonoro es el tambor Caverre de Orinoco; pero mayor es el eco, que de su noticia ha resultada, con esta voz reflexa, que dice: él es tambor: luego de algun modo ha de sonar como nuestros tambores. Niego la consecuencia, porque no se infiere; y redarguyo con otra en el mismo tono, así: él es tambor en todo desemejante á los de acá: luego su sonido debe ser en todo y por todo diverso de los de acá. Esta parece que se infiere mejor que la otra consecuencia, porque aquel es mal modo de arguir; y si él valiera, no hubiera noticia forastera cierta, si no se hallaba por acá alguna cosa semejante con que verificarla: de que se inferiria volverse inútiles las Historias, y se negára redondamente, que en [105] las Islas Filipinas, el palo llamado molanguén, se convierte en piedra: se negára, que en las costas de Tierra-Firme, el palo guayacán pardo, dentro del agua se convierte en pedernal; no obstante que una y otra conversion son evidentes, y yo he tenido en mis manos uno de los guayacanes, la mitad palo, y la otra mitad convertida ya en pedernal fino; y tambien se negára, que el agua de Guancabalica, mineral del Perú, se saca del arroyo, se echa en moldes de la figura que se quiere, y se quaxa en piedra de silleria, segun fueren los moldes; y de la tal cantería se fabrican las casas. Se negáran las dos célebres caleras, la de Tanlagua, que dista de la Ciudad de Quito nueve leguas; y la de Coccoñuto, que dista de Popayán ocho leguas,

siendo así que ellas son dos manantiales, cuyas aguas se congelan en piedras de cal: de modo, que si estas caleras estuvieran cerca de Guancabalica, se viera una gran maravilla, pues fueran sus paredes de cal y canto; y de ellas con verdad se podría afirmar, que poco ántes fueron agua corriente; pero todas estas singularísimas y ciertas noticias serán despreciables, si vale aquel modo de arguir primero: y segun él, ésta será buena consecuencia; en Europa no hay árboles que den mazorcas de cacao, que crien grana, que den achote: ¿luego nada de esto hay en Indias?

Pero demos un pasó mas adelante, y vamos á evidenciar la certidumbre del sonido del tambor Caverre de Orinoco, por buena filosofía, deducida de experimentos físicos, cuya solidéz conocerá el que tuviere alguna tintura de filósofo; y [106] el que no la tuviere, no se disgustará de ver los fundamentos y los experimentos con que pruebo y confirmo mi proposicion.

Quatro cosas debemos por ahora considerar en el sonido y en la voz: produccion, propagacion, reflexiõn y aumento. Su disminucion no es del caso; pero sí lo es el saber qué es el sonido en comun, y en particular. Sonido en comun, es la vibracion del ayre compelido con mayor ó menor impulso. La vibracion activa imprime en el ayre mayor ó menor impulso, y undulacion, segun la mayor ó menor solidéz del cuerpo sonoro; v. gr. campana, caja de guerra, ó timbalete. El sonido, que resulta por mera impulsion del ayre, toma su cuerpo y tono alto, baxo, tenor ó tiple, segun es la fuerza impelente que le arroja por el clarín, baxón, obue ó flauta; y lo mismo se debe decir de la voz humana, y de las de los animales, aunque tan diversas entre sí; y en fin, la diferencia acorde de las voces de los instrumentos de cuerda, se origina de la vibracion total de unas cuerdas, y de la no total de otras, que en ciertos términos las comprimen; del mayor ó menor cuerpo de las mismas cuerdas vibradas; y de la concavidad varia de los instrumentos músicos: y ésta es propiamente la produccion ó la causa productiva del sonido. La propagacion del sonido nace de que el ayre vibrado ó impelido, mueve e impele al inmediato, y éste al que se sigue, y con este sucesivo movimiento corre la voz y el sonido, al modo del movimiento que causa una piedra arrojada en un estanque, que forma un círculo, y éste forma otro, y aquel forma otro, hasta que llegan los círculos y el movimiento [107] á las orillas. Este modo de filosofar consta por el siguiente experimento: tóquese una campana ó una caja de guerra, junto al mismo estanque, ó junto á una ventana, por donde el rayo del Sol descubra los átomos, y se verá, que así el agua del estanque, como los átomos que se descubren al rayo del Sol, se conmueven, y á su modo corresponden á los golpes sonoros de uno y otro instrumento: en que se ven los efectos de la vibracion con que las partes del ayre se impelen unas á otras.

La velocidad de estas vibraciones sucesivas del ambiente es tanta, que ya á fuerza de repetidos experimentos (277), se ha averiguado, que en el cortísimo espacio de un segundo minuto, camina el sonido ciento y ochenta brazas; de manera que el sonido que corriese por una hora entera, debiera oirse en el distrito de ducientas ochenta y tres leguas ordinarias de España: bien que se debe atender mucho á la hora y á las circunstancias en que v. gr. se dispara un cañon de artillería, porque de noche, mayormente si es sosegada, anda mas que de dia; y si el dia está en calma, corre mas que en el que sopla mucho viento; sí bien es verdad, que hácia

donde corre el viento, andará mucho mas la voz y el sonido.

Robórase mas la velocidad de esta undulacion sucesiva del ayre vibrado é impresionado del sonido, con el experimento del Padre Grimaldi (278), que despues han hecho otros muchos. Pónese en [108] el suelo raso un tambor con unos dados encima, y á grande distancia da señas del estrépito de la Cavallería, que marcha hácia el tambor: y en Ciudad sitiada se valen de este arbitrio, para saber por qué lienzo ó frontera se abre mina; porque por profunda que ella se trabaje, los dados en el tambor responden al golpe del pico ó de la barra: y aunque es verdad que este último experimento se alega para probar la velocidad con que el sonido ó ruido se transmína por la tierra, es al mismo tiempo prueba eficaz de la mayor y suma ligereza con que debe correr por un cuerpo tan sùtil, como es el ayre: pero todo lo dicho es poco, y fuera corta la extension del sonido, si le faltára la reflexiòn, en virtud de la qual á un sonido corresponden muchos, si el sitio es para ello; ó á lo ménos uno, quando la voz ó el sonido da en cuerpo sólido, de que resulta el eco.

El eco, con el oido, hace lo que la reflexiòn del espejo con la vista. El espejo revuelve hácia los ojos la imágen de lo que se le pone delante; y el peñasco ó bóveda obsistente revuelven la voz y el sonido á los oidos, en el mismo tono ó modificacion, con mayor ó menor claridad, segun la solidéz y resistencia en que da el ayre vibrado: de modo, que si el peñasco ó fábrica tiene concavidades, es mas á propósito para rebatir la voz, con tal que medie la debida distancia; porque si se da el grito ó muy cerca, ó muy lejos, descaece la reflexiòn del eco, por el exceso de la vibracion del ayre, quando es de muy cerca, y por el defecto, quando es de muy léjos. Las lomas de Alcalá de Henares, que se [109] llaman Alcalá la Vieja, revuelven el eco con todas las sílabas de la palabra, con notable claridad. El célebre peñasco, que es un cerro de piedra de una pieza, llamado pararúma (279), de que ya traté, tiene enfrente otro menor y allí observé repetidas veces tres ecos sucesivos de resultas de sola una voz: la primera respuesta la da pararúma, la segunda, la peña de enfrente, y á esta responde, el tercer eco el mismo pararúma. Mas es lo que experimenté en el rio Apure; y es, que á un solo tiro de fusil responden quatro ecos sucesivos: el primero, de la barranca, y bosque de enfrente; el segundo, de la barranca donde se disparó el tiro; el tercero, de la parte de rio arriba; y el quarto, del rio hácia abaxo.

Pero esto es nada á vista de lo que refiere el Padre Marsenne (280), del eco de Charentón, que repite la misma palabra trece veces: de el del Parque de Voostock en Inglaterra, que de dia responde diez y siete sílabas, y de noche veinte: del de Ormeson, y de otros, que refiere el Diario de los Sabios Parisienses, semejantes, y aun mas admirables (281).

Y he aquí que así como de la propagacion del sonido, al dar con el cuerpo capáz de ella, nace la reflexiòn y el eco; así del sonido directo, y del reflexo, que es el eco, resulta lo quarto que apunté, que es el aumento del sonido: lo que se conoce palpablemente, quando se bate [110] una caixa de guerra, ó tambor junto á una Iglesia hecha de bovedas, ó cerca de otra fábrica semejante; porque entónces, á un mismo tiempo atormenta los oidos el sonido directo de los segundos golpes, que se une con los ecos que resultan de las vibraciones primeras; y ésta es la causa de que en algunas Iglesias los ecos del Predicador le atormentan y confunden; y

aturden y exâsperan á los oyentes.

¿Y qué dirémos de este aumento, si la caja se bate v. gr. á vista de un rio, con bosque á una y otra banda, y con algunos picachos de peñas opuestos y propios para responder ecos muy vivos? Es preciso decir que las barrancas, los bosques, y la multitud de elevados peñascos responden unos á un mismo tiempo, y otros despues, segun las distancias; que cada barranca, bosque y picacho responde al eco de los demás, con notabilísimo estruendo; y si el sonido de la caja persevera, es necesario que persevere el estrépito y la confusa tropelía de los ecos, con una extension y un aumento casi increíble, pero cierto é innegable: y esto es puntualmente lo que sucede, y afirmé del sonido del tambor de los Caverres, puesto en el Pueblo de los Salivas, fundado junto al rio Orinoco; y de sus bosques, barrancas, vegas y multitud de elevados peñascos, cuyos ecos multiplicados y repetidos, propagan y aumentan el sonido. Esta no es idéa especulativa, ni argumento fundado en formalidades metafísicas, sino una série de experiencias, que concurren á evidenciar la certidumbre de mi experimento.

Confieso que no era menester tanto aparato [111] para los medianamente filósofos; porque para los entendimientos cultivados, basta este solo entimema. El rayo del Sol, que da directamente en el espejo, recibe aumento de luz y de calor, en virtud del rayo reflexo del cristal opuesto; luego la voz y el sonido vibrados hácia el cuerpo opuesto capáz de ello, crece y se aumenta con la multitud de ecos reflexos; tanto mas, quanto es mas corpulenta la voz, grito ó sonido directo; y mucho mas, si el término de oposicion es sólido ó cóncavo, como ya noté.

Ni vale el efugio de que éste no tanto es sonido del tambor, quanto de los ecos; porque yo percibo el modo de separar el sonido que resulta de la vibracion directa del instrumento agitado, y el que resulta de la vibracion y undulacion reflexa, que son los ecos, de cuya union resulta el dicho aumento; del, qual puedo citar muchas experiencias. En primer lugar, la de Murcia, que con distar nueve leguas de Cartagena, no obstante la cumbre que media, que es obstáculo para el ayre y sonido vibrado; con todo, se oye la artillería: y quando el viento es favorable, tambien se oyen los cañonazos de Alicante, que dista de Murcia mas de doce leguas.

En segundo lugar, la del sitio ó asedio, que Francia puso á la Ciudad de Geron (282), en que se oyó el estruendo de la artillería por el Rosellón adelante, hasta quarenta leguas de distancia de aquella Ciudad; y dan allí por causa, la cooperacion de los valles-picachos de piedra, y las [112] concavidades de los montes pirinéos: á que añadido yo, que es muy creible que concurriria tambien el correr por entónces viento favorable.

En tercer lugar, la mia, y con ella he consolado á los Padres Misioneros recién llegados al rio Orinoco, y á otros muchos pasajeros, que se aturdian y llenaban de pavor, al oir en las tempestades unos truenos, que se unen y forman un trueno formidable, que dura sin intermision alguna, todo el tiempo que las nubes van á pausas disparando sus truenos; de modo, que lo que percibo el oído, es un continuado trueno, con sus altibaxos, ya mas, ya ménos intensos, que es cosa muy notable, y que causa mucho pavor y asombro á los forasteros; pero luego que entienden que aquello no es todo un trueno, sino un horrible estruendo, que resulta de los truenos regulares, y de la sucesiva confusion de los ecos con que responden los bosques, barrancas, cerros, peñascos, cóncavos y abras de

los montes circunvecinos, se consuelan los recién llegados; aunque no del todo, porque sí bien conocen la causa de tan singular novedad, la misma novedad los hace temblar de miedo.

Con lo dicho queda evidenciado, que este aumento horroroso, resulta de los truenos y de la sucesiva, y poco después simultánea respuesta de aquella multitud de ecos; y quando se bate el tambor Caverre sin interrupción, resulta á proporción un sonido y estrépito, capaz de ser oído á las dichas quatro leguas de distancia: por esto dixe aunque de paso en su lugar (283), la presteza [113] con que corre en toda la dilatada Nación de los Caverres la noticia de que hay enemigos, que vuela de Pueblo en Pueblo con el eco de sus tambores. Y por ser tal el confuso estruendo de las tempestades del río Orinoco, dixe en la primera Parte (284), hablando de aquellas trompetas funestas y nocturnas, que se parecia su estruendo al que se oye á lo lejos, quando va caminando una tempestad, de las que allí se sufren con frecuencia, por ser el terreno húmedos con muchas lagunas, y el calor del Sol sumamente intenso, todo muy á propósito, para que abunden las borrascas: y pues esta precisa adición ha dilatado tanto este Capítulo, démosle fin con un epílogo de noticias curiosas.

§. IV

De sus embarcaciones: modelo y modo irregular de fabricarlas

Con fuego y agua, tiempo, flema y paciencia reducen á canoas ó á piraguas los troncos de los árboles, mas disformes de lo que puede pensar, el que solo tiene luz y noticia de los astilleros de Europa: de modo, que en una de aquellas piraguas, que en las costas de Cartagena y Santa Marta llaman seyvas, á mas de la carga ordinaria y bastimentos, se embarcan treinta Indios de guerra: toda aquella mole es de una pieza, ménos las compuertas de popa y proa, que son añadidas; y hay [114] muchas de una pieza, sin añadidura alguna. Para engolfarse mar adentro, como lo hacen con frecuencia, y para subir Orinoco arriba, en tiempo de olage, que son los cinco meses, desde Diciembre, hasta Abril, en que sopla indefectiblemente el viento oriental, que allí llaman briza, añaden á los costados de las piraguas, y al batidero de las olas, para que no entren adentro, una tabla por banda, corrida de popa á proa; y lo que hay mas que maravillar es, que en toda una piragua, y en toda una armada de cien piraguas, que se ven subir navegando á la vela, no se hallará un clavo, pues hasta las hembras y machos con que se gobierna y vira de una á otra banda el timon, son tambien de palo: ni se hallará una onza de estopa, ni de brea, ni de alquitrán, gastada en el calafate de las compuertas, ó de las tablas que añaden. Esto, como yo no lo quise, ni pude creer, hasta que lo vi y registré muy despacio pieza por pieza, y añadiendo muchas preguntas, de que los Indios se reñan mucho; lo dexo al juicio del curioso Lector, con la protesta de que no puedo enojarme, sino se cree aquello mismo que yo no creí, hasta que lo vi, toqué y palpé con mis manos. Con esta experiencia, y á ojos vistas, todo se me hacia factible, ménos el calafate, sin estopa, brea ni alquitrán; y aunque lo estaba viendo, no creía que pudiese aquel buque resistir al golpe continuo del olage, ó que

no saltase para fuera con la fuerza que hace la piragua al andar á punta de bolina, ó quando vira forzada, toda á orza, porque hasta los barcos grandes, y también los navíos calafateados á toda costa, y á nuestro uso, suelen darse por sentidos en estos lances y modos de correr á la vela; [115] pero ello es cierto que los Indios, los Españoles pasajeros, los Padres Misioneros, y yo entre ellos, hemos navegado en dichas piraguas, con la misma seguridad y sosiego, que si fuera un buen barco de Cádiz.

Mi mayor dificultad, que lo será de todos, era el calafate de las juntas, que se abren entre la piragua y las tablas; pero salí de ella al ver que para ello juntan cantidad de cortezas de palo, que al modo del mangle, nace junto al agua, y dentro de ella, en las riberas del rio y del mar; las machacan bien, hasta que resulta una masa pegajosa, trabada de muchas hebras, que son los nervios de las mismas; y con esta masa llenan apretadamente las aberturas y costuras de la piragua; la qual siendo como es pegajosa, se agarra, mantiene y sacude el golpe del agua, sin daño y con facilidad.

Todo lo dicho, que á la verdad me causó mucha admiracion á los principios, hallé despues en Mr. Blaew (285), que lo practican los Indios bárbaros de las Islas Maldivias, que á diez y siete leguas del cabo de Comorin, corren ácia la Isla de Java, en el golfo de la India oriental. Dice este Autor, que de solos los troncos de los cocos forman aquellos Indios sus embarcaciones, sin clavo alguno, sino estrechando y uniendo las tablas con sogas, que tuercen, del cáñamo que sacan de las hojas de los mismos cocos; y aun aquí crece mucho mas la dificultad; porque en las embarcaciones [116] del Orinoco, que como dixen, son de una pieza, tan largas y anchas, quanto puede dar de sí el mayor tronco, solo hay la dificultad de acomodar y afirmar la tabla, que añaden por el bordo; pero como los Indios de Maldivia unen sus tablas de coco, en forma de embarcacion, desde la quilla hasta el bordo, sin clavos, solo con enlaces de cuerdas, es mucho mas arduo de hacer, y dificil de percibir.

Que los Indios orientales Maldivios formen las velas para navegar, del material que dan las hojas de los cocos, es industria, que practican los naturales del rio Orinoco, especialmente para las canóas, en que salen á pescar; porque aquellas mismas esteras, que texen de los cogollos de la palma muriche, les sirven por la noche, de colchon y de colcha, y de día hacen el oficio de vela para navegar. Y si llega el caso, como sucede, de haber vendido las esteras, los he visto salir á pescar, asegurando en medio de la canóa un arbolillo coposo, que es suficiente para que el viento empuje la embarcacioncilla rio arriba: y hecha ya la pesca, baxan con la corriente del agua.

Por lo que toca al modo de carpintear y trabajar sus embarcaciones, así las mayores, que llaman piraguas, como las menores, que llaman canóas, en las Naciones, que no tienen aun noticia de la herramienta, ni de su grande utilidad, con la misma flema, con que diximos, labran sus arcos, flechas y lanzas de macana, palo durísimo; pero si en aquellas maniobras cortas gastan dias y semanas, en la de las embarcaciones consumen muchos meses, y á veces años.

Y es la razon, porque cortado el árbol con [117] las hachas de pedernal, y desmochado por la parte conveniente, con el afán y costo de tiempo, que diré en el Capítulo XIX. de esta segunda Parte, van gastando

con fuego desde la parte superior del tronco, dexando tres dedos de casco por uno y otro lado, hasta que en el fondo solo queda un grueso semejante al de los bordos: concluida esta tarea, llenan de agua aquel tronco concavo, y con hojas secas de palma le van arrimando fuego manso; siendo cosa muy digna de notarse, el ver como el calor por la parte de afuera, y el agua por la de adentro, concurren, y van ensanchando el hueco, abriendo y retirando los bordos á uno y otro lado: al mismo tiempo cooperan los Indios, encaxando por lo interior de la canóa barrotes y atravesaños de madera firme, y muy ajustados, que ayudan á abrirla, y despues de abierta, no la dexan cerrar: en el lugar que corresponde al árbol, que ha de llevar la vela, duplican los atravesaños mas fuertes y mas corpulentos, para afianzar contra ellos el dicho árbol: y concluida la maniobra, apartan el fuego, apagan el que se prendió en la superficie exterior, y con gran prolixidad gastan muchos dias en desbastar el carbon de adentro y de afuera, hasta que toda la canóa queda con un lustre como de azabache, que resulta del carbon bruñido: y es de saber, que aquel poco carbon exterior que le queda, es una defensa grande, para que el agua no dañe, ni pudra las embarcaciones.

Para navegar por el Orinoco, y por los otros rios que entran en él, si el tiempo amenaza borrasca, para asegurarse mas, y resistir mejor á los golpes del olage, usan de dos canóas, algo separadas [118] una de otra, pero unidas, con maderos firmes por la proa y popa, y por la mitad del buque: con que por recio que sea el olage, jamás se trabucan las canóas, y yo he navegado en ellas repetidas veces con recios temporales, y con toda seguridad. Este arbitrio causó notable novedad á Mr. le Mayre (286) en las costas de la Nueva-Guinéa, maravillándose de ver en alta mar unidas, ó por mejor decir unidas con tres yugos, de dos en dos las canóas de aquellas Gentes bárbaras, que por mas que lo sean, no les falta ingenio y trazas para mirar por su seguridad y utilidad: instinto, que ha concedido Dios á las fieras y animales, para su conservacion y propagacion; y así no es mucho se halle en aquellos hombres, que parecen fieras.

Aquí parece que corresponde el hacer mencion de los inventos ó artificios, de que usan los Indios, de quienes voy hablando, para pasar los rios caudalosos, que les niegan el vado en los viages que emprenden por tierra, y á que se acomodan los Misioneros, que caminan con ellos, por la precision en que los pone la falta de puentes y de embarcaciones.

El mas comun, y al parecer mas seguro, es el que llaman taravita, y vulgarmente cabuya; del qual nadie se puede librar, si sube á la Capital del nuevo Reyno, por el camino de Mérida y Pamplona. Este da el paso por el ayre en los rios de Chama y de Chicamocha: la maniobra consiste en sola una maroma, que atraviesa de barranca á [119] barranca, bien elevada en el ayre, y afianzadas sus extremidades en maderos fixos y sólidos: de la maroma está prendido un garabato de madera fuerte, con dos sojas fixas en las dos partes ínfimas; la una sogas tiene las veces y oficio de asiento, y con la otra afianzan al pobre pasajero por la cintura, y por debaxo de los brazos, tan ajustadamente, que si al pasar se rompe la taravita ó el garabato, es preciso que se ahogue el pasajero; pues allí no hay valor que valga: y el hombre mas valeroso se pone mortal, (hablo por experiencia,) luego que ligado, se ve volando por el ayre; y llega á la otra banda del rio, sin color en el rostro, y sin habla á veces; y no falta quien llega

desmayado. Del mismo modo pasan las cargas de una en una. Si el pasajero es persona de distincion, pasa metido en un canasto firme, afianzado en dicho garabato; pero no creo que esto disminuya el susto y miedo. Del garabato ó taravita hay dos sogas prendidas, la una llama la carga para el otro lado del rio, y la otra hace retornar la taravita, para transportar nueva carga, ó nuevo pasajero. Donde el rio es muy ancho, como en Chicamocha, para pasar la carga, atan la soga del garabato á la cola de un caballo, que esté ya enseñado á dar un galope hasta cierto término, que equivale al ancho del rio: en Chama y otros rios menores, hace uno de aquellos hombres este oficio, á fuerza de brazos, y de ordinario concurren dos, que tiran al desventurado pasajero por aquellos ayres con notable velocidad.

Esto, que con razon causa horror á los forasteros, es tan familiar á las gentes de aquellos Países, [120] que no necesitan de pagar á nadie que los pase: ellos mismos se atan, aunque vaya uno de ellos solo, y tomando la soga, que está afianzada en el otro lado del rio, se transportan sin susto. ¡Tanto como esto puede la costumbre!

Otro artificio mas peligroso es el de los puentes de Páya y de Siáma, que son una especie de red colgada en el ayre de banda a banda, y afianzadas ambas extremidades en árboles, y en estacas firmes: la red es de bejucos correosos, á modo de largos sarmientos: en el fondo de la red ponen guaduas, que son cañas huecas, y muy gruesas, una en pos de otra, desde la una á la otra barranca: en una y otra orilla de la red ponen de las mismas guaduas, trabadas unas con otras, las que sirven de barandillas; y las del fondo de la red, para ir poniendo los pies: por aquí se pasa con mucho cuidado, porque todo ayuda y provoca á desmayarse en la travesía: la red toda se conmueve y balancéa, y al llegar á la mitad de ella, los balances son mayores: el rio esta muy abaxo, y pasa con estrépito entre peñascos: la vista se turba, y muchos caen desmayados, pero quedan dentro de la red, y entónces va un Indio, carga con el pasajero, y le pone en tierra; y despues va y vuelve por dicho puente ó red, transportando las cargas, con tanta frescura, como si fuera un puente de cal y canto: yo confieso ingenuamente, que con la repeticion de pasar por ellas, llegué á perderles el miedo. Pero es todavía mas arriesgado el otro artificio de las balsas, que son las mas usadas, porque se reducen a unas tres tandas de maderos, de guaduas, ó de haces de juncos, atados unos sobre otros; en las cuales, [121] aunque medio hundidas en el agua, se atraviesan los rios; y á los Padres Misioneros se les ofrecen con frequencia ocasiones de valerse de ellas para largos viages de rio abaxo.

Y aquí ocurre acordar un favor singular que hizo mi Gran Padre San Ignacio á un Padre que me acompañó muchos años en las Misiones, y de cuya boca le oí repetidas veces, ya por via de agradecimiento, ya para excitar la devocion y confianza para con tan santo y amable Patriarca: fué el caso que navegando rio abaxo por el que se llama Sarare, (cuyo nombre pierde al entrar Apure,) por donde habia ya baxado en balsas otras veces, al doblar una vuelta del rio, no léjos del sitio llamado Masibúli, fué arrebatada la balsa repentinamente de un furioso raudal, por donde en las crecientes últimas se habia hecho paso el rio, derribando cedros, y destrozando toda aquella parte de bosque, por donde corria precipitado. Quatro Indios catecúmenos y aun bozales, que con quatro varas largas y gruesas

governaban á su modo la balsa, hicieron todo esfuerzo para evitar el peligro que amenazaba de hacerse pedazos y ahogarse todos; mas no alcanzando las varas al fondo del rio, quedó la balsa sin gobierno, se atravesó luego, é iba á estrellarse contra un tronco de los muchos que allí habia: era el riesgo en la mitad del rio, y ya no quedaba esperanza de escapar la vida sino nadando; porque de la balsa hasta el escollo solo habria seis varas de distancia. En este urgentísimo conflicto exclamó el Padre Misionero diciendo: Padre mio, San Ignacio, asistidnos: y al mismo tiempo, olvidado con la turbacion, de [122] que sobre la sotana traía apretado el ceñidor, trabajaba para sacarla por encima de su cabeza; lo que á fuerza de tirones consiguió en parte, quedándole el rostro cubierto con la misma parte de ropa que habia atraído de las espaldas: y á la verdad ni el Padre sabia ya lo que se hacia ni donde estaba, ni lo que pasaba: en este estado, el Capitan Don Domingo Zorrilla, de quien en otras partes de esta Historia se hace mencion muy debida á sus méritos, tomó al Padre por la mano y le dixo: ¿Padre, qué es lo que hace? Hijo mio, respondió el Padre, ropa afuera, y nademos. Ya San Ignacio glorioso nos puso en la playa, replicó el Capitan; y los mismos Indios, absortos del prodigio decian todos á una, y á gritos: Tugaday, Tugaday. San Ignacio ausucañutó. ¿Day dia qué? Verdad, verdad. San Ignacio nos ha favorecido. ¿Cómo es esto? A estas voces apartó el Padre la sotana del rostro, vió la balsa encallada en la playa, y volviendo los ojos al raudal y al tronco del riesgo, le vió en medio del rio, frente á frente exdiámetro de la arena, en que estaba varada la balsa; y con tal maravilla y favor excitó de nuevo las veras, con que dicho Capitan y los quatro Indios alababan á Dios, por el favor que por la intercesion del Santo Patriarca habian recibido; y los que viven de ellos, todavía mantienen reciente en su corazon el agradecimiento al beneficio, siendo así que sucedió á principios de Febrero del año de 1717. Instó mucho el Padre al Capitan, que supuesto que habia estado con la vista desembarazada, dixese cómo habia sido aquel transporte de la balsa, sin descaecer rio abaxo, y con tanta brevedad. [123] Respondió constantemente, que no sabía cómo fué, y que ni pudo reparar en ello; porque oír la invocacion de San Ignacio, y hallarse en la playa, le pareció que todo fué al mismo tiempo.

Y aun creo que fué mayor favor, y mas evidente la maravilla que obró el Santo en las otras siete balsas, que llenas de Indios Gentiles, pero deseosos del santo bautismo, capitaneados por un Indio buen Christiano, llamado Don Antonio, navegaban en compañía del dicho Padre; porque arrebatadas las siéte balsas frágiles y recargadas de Indios, baxáron por todo aquel largo raudal, dando repetidos porrazos, ya contra los palos, ya unas contra otras, sin desbaratarse alguna de ellas, sin que cayese Indio alguno en el agua, y sin perder los pobres, pero muy necesarios bastimentos que llevaban: por lo que diéron todos repetidas gracias al Señor, como era justo.

Y yo refiero aquí estos casos, para que todos, y en especial sus hijos, nos valgamos de la poderosa intercesion de nuestro benignísimo Padre San Ignacio, en quien con especialidad deben confiar mucho los Jesuitas Misioneros, por el grande amor que el Santo Patriaca tuvo y tiene á tan santa y apostólica ocupacion. [124]

Capítulo XII

Del mortal veneno llamado curáre: raro modo de fabricarle, y de su instantánea actividad

No satisfecha la Serpiente infernal con haber inficionado desde el paraíso con su pestífero y mortal veneno, á todo el Género Humano, no se cansa, ni desiste de su maligna porfía, vomitando nuevas muertes; para las almas, con el pecado; y para los cuerpos, con los venenos á que incita entre las gentes de razón y juicio; y con las ocultas ponzoñas que descubre y manifiesta á las Naciones ciegas del Orinoco, y á otras semejantes. Digo esto con toda seriedad y sinceridad, porque á lo que puedo percibir de sus ocultos arcanos de algunos venenos, cotejados estos con la corta capacidad, y ninguna reflexiön de aquellos incultos Indios, infiero con bastante fundamento, que su noticia y circunstancias de toda la maniobra, no son, ni pueden ser hijas de su débil juicio, ni de su tosca industria; y así, unas armas tan mortíferas provienen de la saña implacable, con que el enemigo comun mira á todo el Género Humano; cuya total ruina fuera su mayor consuelo. La demostracion del hecho será la mejor prueba de lo que llevo expresado.

La Nacion Caverre, la mas inhumana, bruta y carnicera de quantas mantiene el Orinoco, es la maestra; y ella tiene el estanque del mas violento veneno, que á mi ver, hay en la redondéz [125] de la tierra. Sola esta Nacion retiene el secreto, y le fabrica, y logra la renta pingue del resto de todas aquellas Naciones, que por sí, ó por terceras personas, concurren á la compra del curáre, que así se llama: véndese en unas ollitas nuevas, ó botecillos de barro, que la que mas tendrá quatro onzas de aquel veneno, muy parecido en su color al arrope subido de punto: no tiene sabor ni acrimonia especial: se pone en la boca, y se traga sin riesgo ni peligro alguno; con tal que ni en las encías, ni en otra parte de la boca haya herida con sangre; porque toda su actividad y fuerza es contra ella, en tanto grado, que tocar una gota de sangre, y cuajarse toda la del cuerpo, con la velocidad de un rayo, todo es uno. Es maravilla el ver, que herido el hombre levemente con una punta de flecha de curáre, aunque no haga mas rasguño, que el que hiciera un alfiler, se le cuaja toda la sangre, y muere tan instantáneamente, que apénas puede decir tres veces Jesus.

Un Soldado, y despues Alférez de la Escolta de nuestras Misiones, oriundo de Madrid, llamado Francisco Masías, hombre de brío y de valor, grande observador de la naturaleza, propiedades de las plantas y animales, y hasta de los insectos, fué el primero que me dió la noticia de la instantánea actividad del curare. Suspendí mi juicio, y le remití a la experiencia. Presto ocurrió una manada de monos amarillos: (gran comida para los Indios, que en su lengua les llaman arabata:) todos los Indios compañeros se alistáron para matar cada uno quantos pudiese, y tomando yo un Indio aparte, le rogué [126] que flechase uno de aquellos monos, que parado en pié sobre una hoja de palma, con la mano izquierda tenia otra hoja mas alta: dióle la punta de la flecha en el pecho; levantó la mano derecha, que tenia colgando, é hizo ademan de querer arrancar la flecha; (como lo hacen quando las tales no tienen curáre,) pero al mismo tiempo de

hacer el ademan, y sin acabar de llegar la mano á la flecha, cayó muerto al pié de la palma: corrí, aunque estaba cerca, y no hallándole calor en lo exterior del cuerpo, lo mandé abrir desde el pecho hasta abaxo, pero ¡oh prodigio grande de las causas ocultas que ignoramos! no le hallé rastro alguno de calor, ni aun en el mismo corazon. Al contorno de éste, tenia mucha sangre cuajada, negra y fria: en lo restante del cuerpo casi no tenia sangre, y la poca que le hallé en el hígado, estaba del mismo modo que la del corazon; y en lo exterior tenia una espuma fria algo naranjada, y colegí que el frio sumamente intenso del curáre enfria instantáneamente la sangre; y que ésta, á vista de su contrario, tira á refugiarse al corazon, y no hallando en él suficiente abrigo, se cuaja, hiela, y ayuda á que el viviente muera mas aprisa, sufocándole el corazon.

Mucho ha dado que pensar y discurrir esta noticia del curáre á los curiosos, así por la raíz ó bejuco de que se extrae, como por su fábrica singular, y especialmente por el efecto instantáneo que produce; y aunque sobre esta noticia no han ocurrido dudas que desatar, como se han ofrecido acerca de algunas otras de esta Historia, que llevo ya roboradas con pruebas autorizadas; con [127] todo quiero ilustrar la del curáre, con la que nos dexó el Padre Acuña, de la Compañía de Jesus, en el Memorial que presentó á su Magestad, de resulta del viage de observacion, que por orden de la Real Audiencia de Quito hizo con todo cuidado, registrando el Marañón, Rey de los rios.

En dicho Memorial describe el Padre Acuña la serie de los rios que desaguan en el principal, notando sus bocas, caudal, y las Naciones de Indios que viven en ellos; y llegando á tratar del rio Treinta, despues de otras cosas, dice, que viven en sus vegas los Indios Tapajosos, Nacion valiente y guerrera; y añade: que estos usan de tal ponzoña en sus flechas, que con solo llegar á sacar sangre, quita sin remedio la vida.

No da dicho Padre las señas de aquella ponzoña, ni de su color, ni tendria noticia del modo con que la fabrican ó la adquieren; pues á tenerla, es regular nos la hubiera dexado en su Escrito: pero es creible, que así como los Indios Caverres, no obstante su tosquedad, halláron este fatal veneno le hayan hallado tambien los Tapajosos. Por otra parte, si no obstára la mucha distancia que concibo entre la parte inferior del Marañón, y la que ocupan los Caverres en Orinoco, y las muchas Naciones belicosas, que sin duda habrá en el intermedio, me persuadiera, que de mano en mano llega hasta los Tapajosos el curáre; no obstante, como este veneno es para aquellas gentes un género muy apreciable, dado caso que los Tapajosos no le fabriquen, ni alguna de aquellas Naciones cercanas, no es difícil creer, que aunque de tan léjos, le adquieren por mano de algunos Comerciantes. [128]

A vista de tan instantánea operacion de la naturaleza, quiero poner otra del arte é ingenio del nunca bastantemente alabado Padre Atanasio Kilkario. Celebraba la Casa Profesa de Jesus en Roma las glorias de nuestro Santo Patriarca Ignacio de Loyola: la funcion era á toda costa: toda la testera de aquella grande Iglesia era un intrincado é innumerable laberinto de velas: la hora de encenderlas ya se pasaba, y el concurso de Comunidades y Nobleza estaba ya impaciente por la demora: salió un hermano viejo con una caña, y en ella una luz para encender; con que creció la impaciencia: ni en tres horas, decian, podrá encender tantas velas. Y

¡aquí del asombro! apenas tocó una pavesa de la vela cercana, quando improvisamente ardiéron todas, por la simpatía del preparativo, secreto, quedando en un instante iluminado el Templo, y asombrado el concurso: prontitud muy parecida á la del curáre.

Dexo otras ilaciones, que hice de la actividad del curáre para los curiosos, y voy á otra admiracion; y es, que á mi vista hizo el Indio pedazos al mono, le puso en la olla, y le aplicó fuego; y la misma diligencia hiciéron los demás Indios con sus monos: mi reparo no era en que comiesen de aquella carne, ni por ser de mono, ni por ser muerta á veneno; lo que me admiraba era, que aquellos cuajarones de sangre envenenada, y que en sí contenia toda la actividad del veneno, tambien fuéron á dar dentro de las ollas, y despues á los estómagos de los Indios: híceles varias preguntas sobre la materia, y quedé tan satisfecho de sus respuestas, que ese dia comí de una de sus ollas el hígado, (que en lo sabroso puede competir con el [129] del mas tierno lechon, si la hambre no me engañó,) y en adelante, en semejantes batallas con los monos, siempre pedia un hígado, para probar de los despojos. El mismo instantáneo efecto reconocí despues en los tigres, antes, leones y otras muchas fieras y aves. Con esta ventaja, el Indio nunca se asusta, aunque repentinamente le salga un tigre cara á cara; porque al verle, con gran paz, saca su flecha, hace la puntería, y dispara, con el seguro, de que por su destreza no yerra tiro; y mas seguro, de que con que le pique levemente la punta de la nariz, ó qualquiera otra parte del cuerpo, da la fiera uno ó dos saltos, y cae muerta.

A vista de este inaudito y fatal veneno, y á vista de la gran facilidad con que todas las Naciones del Orinoco, y de sus dilatadas vertientes le consiguen, no puedo dexar de alabar la sábia providencia del Altísimo, y bendecir su paternal misericordia, por haber dispuesto, que no sepan bien aquellos bárbaros las invencibles armas, que tienen en su curáre; ni permita su Divina Magestad, que lo penetren, ni entiendan, para que puedan lograr la luz del Santo Evangelio ¿Qué Misionero, qué Español, qué Soldado pudiera vivir entre ellos, si despreciada por los mismos la silenciosa furia de su saeta y curáre, no se aturdieran al estrépito y tiro contingente del fusil? Digo contingente, ya en la chispa, que tal vez no prende; ya en la puntería, que acaso se yerra; ya en las muchas aguas, que impiden totalmente su manejo; quando al contrario, la punta mojada con el curáre, ni tiene contraste, ni remedio, ni aun da tiempo para clamar á Dios. Y no solo no tiene remedio [130] el herido con el curáre, pero ni se ha hallado antídoto, que pueda preservar de su repentina actividad; pues aunque un chico inocente descubrió al V. Padre Juan Rivero, que al que tiene sal en la boca, no daña el curáre, y el V. Padre halló ser cierto, despues de varios experimentos hechos en animales, no es practicable este remedio en los hombres, porque ¿quién sufrirá la sal largo tiempo en la boca? Y si está en la faltriguera, no da el veneno lugar á sacarla.

Ya hemos visto, no sin novedad, la fuerza eficaz del curáre: pasemos á exâminar su maniobra singularísima. Es de saber, que toda la ponzoña del curáre se origina de una raiz del mismo nombre, tan singular y única, que solo es raiz de sí misma, sin arrojar jamás hojas ni retoños; y aunque crece, siempre va escondida, digámoslo así, temerosa de manifestar su oculta malignidad; y para que se escondiese mas, le señaló el Autor de la

Naturaleza, no la tierra comun al resto de las plantas, sino el cieno podrido y corrupto de aquellas lagunas que no tienen desagüe: de manera, que sus aguas, solo en caso de grave necesidad se beben, por ser gruesas, de mal color, peor sabor, y de hedor correspondiente. Entre el cieno corrupto, sobre que descansan aquellas aguas pestíferas, nace y crece la raíz del curáre, parto legítimo de todo aquel conjunto de inmundicias: sacan los Indios Caverres estas raíces, cuyo color es pardo, y despues de lavadas, y hechas pedazos, las machacan, y ponen en ollas grandes, á fuego lento: buscan para esta faena la vieja mas inútil del Pueblo, y quando ésta cae muerta á violencias del vaho de las ollas, como regularmente [131] acontece, luego substituyen otra del mismo calibre, en su lugar, sin que ellas repugnen este empleo, ni el vecindario, ó la parentela lo lleve á mal; pues ellas y ellos saben, que éste es el paradero de las viejas. Así como se va entibiando el agua, va la pobre anciana amasando su muerte, miéntras de olla en olla va estregando aquella raíz machacada, para que con mas facilidad vaya expeliendo su tósigo, en el jugo, de que se va tinturando el agua, que no pisa de tibia, hasta tomar el color de arropo claro: entónces la Maestra exprime las raíces con todas aquellas pocas fuerzas que su edad le permite, dexando caer el caldo, dentro de la olla, y las arroja como inútiles: luego añade leña, y empieza de recio el cocimiento; y á poco rato de hervir las ollas, ya atosigada, cae muerta, y entra la segunda, que á veces escampa, y á veces no.

Cobra finalmente punto el cocimiento, merma la tercera parte del caldo, y condensado ya, grita la desventurada cocinera, y acude al punto el Cacique con los Capitanes, y el resto de la gente del Pueblo, al exâmen del curáre, y á ver si está, ó no, en su debido punto: y aquí entra la mayor admiracion de toda esta rara maniobra. Moja el Cacique la punta de una vara en el curáre, y al mismo tiempo uno de los mocetones concurrentes, con la punta de un hueso se hace una herida en la pierna, muslo ó brazo, donde le da gana, y al asomarse la sangre por la boca de la herida, acerca el Cacique la punta de la vara con el curáre, sin tocar la sangre, porque si la tocára, y retrocediera, inficionára toda la de las venas, y muriera luego el paciente: si la sangre que iba á salir [132] retrocede, ya está el veneno en su punto; si se queda asomada, y no retrocede, le falta ya poco; pero si la sangre corre por afuera, como naturalmente debe correr, le falta mucho fuego; y así le mandan á la triste anciana, que prosiga en su maniobra, hasta que repetidas despues las pruebas necesarias, aquella natural antipatía con que la sangre se retira violentamente de su contrario, les manifiesta, que ya el curáre subió á su debida y suma actividad.

Si algun Botánico famoso hubiese encontrado esta raíz, y conocido su oculta malignidad, no habia de qué admirarnos. Si el famoso Tritemio ó Borri, ó alguno de aquellos sabios inventores de la Química, á fuerza de experimentos y discursos, hubiera finalmente dado en esta singular maniobra, fueran dignos de grande alabanza, y nadie extrañára este efecto, como parto de entendimientos tan cultivados: pero que todo esto sea invencion de la Nacion mas tosca y bárbara del Orinoco ¿quién lo creerá, sino confesando, que todo ello, desde el hallazgo de la raíz, hasta el fin, fué dictado por el Demonio? Yo así me lo persuado. ¿Pero qué fuera, y qué quinta esencia saliera, si esta maniobra se executára por uno de

nuestros científicos, con las vasijas competentes, y con las reglas de la facultad, quando sacado tan groseramente tiene tal eficacia?

Yo he tenido muchas veces el curáre en mis manos, y aunque no soy testigo ocular de la referida maniobra, tengo su individual noticia por tan seguros conductos, que no me dan lugar á la menor duda ó sospecha. El Ven. Padre Joseph Cabarte, de la Compañía de Jesus, que gastó casi [133] quarenta años en las Misiones del Orinoco y sus vertientes, es el único de los nuestros, que ha entrado en la Nacion de los Caverres con un Indio Saliva, muy capaz, y de muy buenas costumbres, á quien el Ven. Padre, con el bautismo, le dio su mismo nombre. De estos dos Autores fidedignos oi la primera vez todo lo que llevo referido. Despues que baxé al Orinoco, tuve las mismas individuales noticias por Indios de varias Naciones, de aquellos mismos que concurren á la feria anual del curáre, y vuelven con sus ollitas, mas guardadas que si fueran de un bálsamo muy precioso; cuyas declaraciones, aunque de tan diversas gentes, siempre hallé concordés en todo, con la primera é individual noticia, que he referido; y así, no me queda razon alguna de dudar en órden á la seguridad de lo referido en la fábrica del curare.

Ni es ménos digna de saberse la duracion de este veneno; esto es, la obstinacion con que mantiene toda su actividad y vigor, hasta que se acaba de gastar todo en medio de tenerlo los Indios sin resguardo alguno, sin tapar las ollitas en que le compran, sin evaporarse, ni perder un punto de su mortal eficacia. Esto es mucho; pero en fin, como allí está junto y condensado, no es de admirar que se mantenga toda su actividad. Lo singular, y digno de reparo es, que una vez untadas las puntas de las flechas, con muy corta cantidad, tal, que apénas llegará á un adarme lo que recibe cada punta, en aquella corta cantidad, mantiene y guarda toda su fuerza largos años, tantos, quantos gasta el dueño de la aljaba ó carcáx en gastarlas. De modo, que hasta ahora [134] no se ha experimentado, que por largos años que aquella corta untura haya estado sin resguardo alguno en la punta de la flecha, haya jamás sido menor la fuerza del maligno curáre. Sola una cosa reparé en varios viages de aquellas selvas; y era, que al sacar los Indios las flechas de la aljaba, ó para matar monos ó javalíes, ó para los rebatos repentinos, lo mismo era tener la flecha envenenada en sus manos, que revolver la punta del veneno, y metérsela en la boca. Preguntéles la causa, movido de mi continua y natural curiosidad, y me respondiéron siempre: que con el calor de la boca, y la humedad de la saliva, se aseguraba mas el tiro, avivando la actividad del curáre: cosa que me pareció muy connatural.

Quiero concluir este Capítulo, borrando ó minorando la admiracion y espanto que habrá causado la noticia de la malignidad del curáre, con la relacion de otro veneno, á mi ver, mucho peor; y pasará aquí lo que sucede, quando á un afligido y apesarado se le borran las especies amargas de su desgracia presente, porque le sobreviene otra peor, y de mayor amargura.

En la Isla de Makasar (287), situada al medio dia de las Filipinas, á un grado y treinta minutos de latitud, y en el quinto grado y treinta minutos de longitud meridional, refiere Salmon que se cria un árbol grande muy parecido al laurél, el qual por todos sus poros arroja efluvios tan fatales, activos y penetrantes, que solo el acercarse á él, aunque sea por

la parte favorable del viento, es [135] sumamente peligroso; tanto, que solo el olor, y el tocarle basta para quitar la vida: de su tronco sacan los naturales Isleños un jugo, que es veneno eficacísimo, con que untan las puntas de sus armas; y para extraerle, destinan á los reos condenados á muerte, porque miran aquel árbol como un cruelísimo verdugo. Si los condenados á este fatal suplicio escapan la vida, despues de sacar el veneno quedan libres y absueltos de sus delitos; y por esto no omiten diligencia ni preparativo, para ver si podrán salir con vida de aquella maniobra: se visten y revisten de mucha ropa: sobre ella añaden fajas y mas fajas: para los ojos y narices buscan todos los resguardos que pueden; y aunque la faena es tan breve, que se reduce á hacer un barreno en el tronco, encajar un cañuto, y dexar una vasija en donde se recoge el licor que va goteando; con todo, no escapan todos los destinados á este suplicio. El licor recogido, retiene con tal tenacidad su mortal veneno, que una vez untadas las puntas de las flechas, puñales y lanzas, aunque en corta cantidad, retiene en ellas toda su mortífera actividad por espacio de veinte años, en tanto grado, que recibida la herida, no da la menor tregua para echar mano de la triaca ó contrayerba y si es que acaso la haya. En confírmacion de esto alega el citado Autor la experiencia hecha por los Europeos en la dicha Isla; y fué, que condenado á muerte un Isleño delinqüente, quisieron ver, si por ventura tendria eficacia suficiente alguna de las mejores triacas; y habiendo obtenido licencia de los jueces, se pusieron al uno y otro lado del reo dos Médicos, con los remedios preparados en sus manos; pero por presto [136] que socorriéron al paciente recien herido, murió sin remedio.

Este veneno es mucho mas fatal que el curáre; porque el curáre no tuviera eficacia, si el herido tuviera sal en la boca: á mas de que, aunque el vaho del cocimiento del curáre mata una ó dos viejas, con todo el bejuco ó raíz de que se extrae, no mata: y en fin, ni su olor ni sus efluvios, ni el manosearle son cosas, que quiten la vida, como lo hace este melancólico y fatal laurél.

Pero démos mas campo á la curiosidad, descubriendo otros venenos inauditos. [137]

Capítulo XIII

De otros venenos fatales: su actividad: la cautela con que los dan: y cómo los descubri

Aunque sola una mortífera boca fuera bastante para que la hidra se hiciera formidable á los mortales, con todo se le atribuyen muchas, para que causen mayor espanto y temor los multiplicados conductos de su ira, y de su mortal ponzoña. No es idea poética el curáre, de que largamente hemos tratado en el Capítulo antecedente, sino veneno efectivo, mortal y maligno: y á la verdad, aunque la hidra infernal no hubiera abierto otra boca, ni otra puerta para la muerte de las Naciones del Orinoco, era ésta muy suficiente para destruirlas; mayormente no habiéndose hallado todavía triaca, que sea practicable; pero como su ira y saña infernal contra los hombres es insaciable, abre cada dia mas y mas bocas para vomitar nuevos venenos, descubriendo las malignas qualidades, que recónditas en los

simples, no acechaban, ni amenazaban á las vidas de aquellas ignorantes Naciones; las quales, quanto mas quieren asegurarse, usando los venenos en lugar de armas, tanto mas se arriesgan, multiplicando puertas á su muerte, y nuevas asechanzas á su frágil vida.

Bien casualmente descubrí otro veneno, que tomado en la comida ó bebida en corta cantidad, infaliblemente quita la vida, reduciendo el cuerpo, [138] ántes de morir, á un vivo esqueleto, á violencias de una calentura irremediable: éste se llama en lengua Jirara irruquí alabuquí, esto es, veneno de hormigas. Y el caso con que adquirí esta noticia, fué el siguiente: caminábamos el año de 1719 por las vegas del rio Apure, y miéntras los Indios, segun su costumbre de lavarse tres veces cada dia, se estaban refrescando en el rio, me senté sobre un árbol seco: vi venir contra mí una hormiga de extraña magnitud, toda veteada de listas negras, amarillas y encarnadas; y aun era mas extraño su modo de caminar, porque echados los dos piés de adelante hácia sus espaldas, venia parada, y la cabeza en alto contra mí. Yo, enamorado de sus bellos colores, y de su nunca visto modo de caminar en su especie, estaba divertido, rechazándola con un palito. A poco espacio saliéron otras, y otras mas, de aquella misma hechura, y con todas tenia yo faena, rechazándolas, para que no me echasen de mi asiento: quando llegó un Indio de buena ley, que no lo son todos, y dando un grito formidable, me dixo en tono asustado: ¡Day Jebacá, Babí, alabuquí, ajaducá! ¡Qué haces, Padre, que esas están llenas de veneno! Apartéme luego, y me puse á exâminar al Indio; el qual, no reservando el secreto, como acostumbran casi todos, dixo: «Estas hormigas son muy bravas, y muy ponzoñosas: si pica una sola, da un dia de gran calentura: si pican dos, se alarga mas la calentura; y si llegan á picar mas, corre peligro la vida. Los Indios malignos y matadores, sacan de estas homigas el veneno, para matar y vengar sus agravios. Estos hormigueros no llegan á tener el número [139] de treinta hormigas, como lo ves; (ya habian salido todas,) pero con ellas basta y sobra para sacar cantidad de veneno con que matar mucha gente.» ¿Cómo las cogen, y cómo sacan su veneno? repliqué yo. Y dixo el declarante: «Como las hormigas se enojan tan fieramente, y porfian en querer morder, se van cogiendo con un copo de algodón bien esponjado una á una, y puestas sobre el borde de una ollita en que hay agua, se cortan por la mitad, dexando caer el vientre en ella, y echando lo restante, sin recibir daño el que las coge y parte: á pocos hervores que dé aquella agua con las medias hormigas á fuego lento, las sacan; y el agua despues de fria, cria una tela ó nata de grasa, procedida de las hormigas, que recogen y guardan en cañutos, no de caña, porque se penetra y se pierde, sino en cañutos que labran de canillas de tigre, de mono, ó de leon, donde se mantiene bien.» ¿Y sabes tú, repliqué yo, cómo la dan para matar? «Sí Padre, dixo él, que quando nos juntamos á beber chicha, es cortesía, que unos den de beber á otros, sin soltar la tutúma, ó vaso miéntras bebe el otro; pues el que quiere vengarse de alguno, no lo hace hasta que venga un dia de bebida: entónces da él de beber á sus amigos, y quando llega el tiempo de dar de beber á su enemigo, pone baxo su uña del dedo pulgar un poquito de manteca de estas hormigas, coge la tutúma, y al cogerla, con gran disimulo, mete en la chicha su dedo pulgar, y da de beber al que quiere matar; y como da bebida á muchos, y otros muchos la reparten también, queda el malhechor [140] oculto; y

quando á la noche le da la calentura de muerte al doliente, nadie puede saber quien le dió el veneno.»

Hasta aquí la declaracion del Indio, para mí cierta é indubitable, no solo por su dicho, sí tambien porque ántes y despues de esta noticia, ya yo sabia muchas denunciaciones hechas á las Justicias, delatando ya á unos, ya á otros, de que tenian canillas de veneno; y me constaba, que los Padres Misioneros de otras Misiones antiguas habian hallado y enterrado semejantes canillas, á sus solas, y con secreto, para que no se hallasen jamás: con que creí y creo, que aquel Indio me dixo cándida y sinceramente la verdad, en la declaracion que llevo referida. Esta noticia me sirvió y sirve grandemente á todos los Misioneros, y me ha parecido al caso continuarla aquí, para que los venideros se valgan de ella, y se precaucionen, como lo hice yo desde que la tuve.

Es el caso, que llegue el Padre Misionero á la hora que llegáre á casa de qualquier Indio, (hablo de los chontales, no de los que ya están doctrinados y cultivados,) ó á ver un enfermo, ó á qualquiera diligencia, luego le ponen la tutúma llena de chicha junto á la boca, y no hay que excusarse, porque toman á agravio el que no beba de ella el convidado; pero quedan consolados, con que solo pruebe algun poco. A mas de esto, en los Pueblos que se van amansando, quando hay estas bebidas, que son sus mayores fiestas, el primer convidado ha de ser el Padre Misionero, quien no hay que excusarse, so pena de incurrir en su enojo; y debe sentarse junto al Cacique, y romper el nombre á la salud del concurso, aunque [141] sea con solo el ademan de beber. Esto supuesto, y supuesta la moda referida de dar veneno, jamás probé en adelante su chicha, si el que me la daba no bebia primero de ella; y aunque á los principios se resistian, con todo los convencia, diciendo: que era uso de la gente blanca, y señal de buen corazon, en el que da la bebida y en el que la toma. Esta práctica pareció muy bien á todos los Padres Misioneros, quando les revelé el secreto; y parecerá bien á todos los que leyendo esto, vieren quan arriesgadas tienen aquellos Operarios sus vidas, porque jamás llegará á tanto la barbaridad del que da el veneno oculto en la bebida, que quiera él mismo tragarse primero la muerte. En el primer recibimiento, y entrada á Nacion nuevamente descubierta, de que traté en el Capítulo XXIII. de la primera Parte, no hay peligro, porque semejantes Indios son muy bozales, y á los principios están preocupados del interés, de la curiosidad y del miedo.

Pregunté tambien á mi declarante, si habia, ó sabia algun remedio contra el referido veneno, y me respondió resueltamente, que no; que la muerte del que le tomaba era cierta é infalible; y que si hubiera remedio, él lo dixera, con la misma verdad con que me habia declarado lo ya dicho. Después, con el tiempo, asistí á varios moribundos de diversas Naciones, que murieron de este veneno; el qual, como ya apunté, causa una calentura lenta é inquitante, que va aniquilando los cuerpos, hasta dexar los huesos solos, y la piel: unos viven mas, otros ménos, con una notable vivacidad en los ojos; y me persuado, que el dilatarse, ó abreviarse mas ó ménos la muerte [142] en los tales, depende de la mayor ó menor cantidad de veneno, que el matador aplicó á dicha bebida. Véase sobre otro veneno semejante á Herrera (288).

El miedo de éste, y de otros venenos tiene tan á raya en la bebida á

los Indios Tunevos, que contra la universal costumbre de todas las Naciones de Indios, sólo los Tunevós, ni usan convites de bebida, ni aun fabrican género alguno de chicha, que pueda emborrachar: cosa, que por muy singular, y sin exemplar entre los Indios, he querido notar aqui; pero esta parsimonia, como se ve, no es por virtud, sino hija del miedo, y de la mutua desconfianza y poca fe, que unos entre otros se tienen. Pero pasemos á ver otro veneno no ménos fatál, que los dos que llevo referidos.

En aquellos valles dilatados, llenos de espesa arboleda, poblados únicamente de fieras, se hallan en tanta copia las serpientes, culebras y vívoras, que apenas se puede creer: entre ellas hay una especie de serpientes de singular variedad y velocidad en su carrera: su especialísima divisa es un copete de pelo sutil, que en señal de sus muchos años de vida les nace sobre la cabeza.

¿Y quién les dixo á los ciegos y bárbaros Indios, que aquellos pelos son veneno cruel y sangriento? Ellos lo saben; ellos usan de él: oxalá no fuera con tanta frecuencia. Y no es juicio temerario creer que este secreto se lo manifestó el [143] Demonio, amigo de ver derramada la sangre humana desde el principio del Mundo. Dixe veneno sangriento, porque poco después, que ó en la bebida, ó en un bocado de comida ha recibido el paciente un pelo solo, entero ó cortado en menudas partes, hace su efecto violentísimo, empezando el pobre á vomitar sangre á bocanadas; y tanta que de ordinario acaba presto con la vida, sin haberse hallado hasta ahora remedio contra tan fatal actividad. El Indio Joseph Cabarte á quien cité arriba, como testigo de la maniobra del curáre, será ahora mas abonado testigo del veneno de que hablamos. Despues de haber servido este buen Indio, casi cinquenta años, á los Padres Misioneros con singularísima fidelidad y amor, no desamparándolos jamás en sus mayores tribulaciones, persecuciones, y hambres ordinarias; despues de haber ayudado últimamente al Venerable Padre Juan Rivero, á fundar, y poner en toda formalidad la Mision de San Francisco Regis de Guanapalo, murió á la violencia de este veneno. Picado un maligno viejo, de que hubiese aquel demarcado una planta de Iglesia, mayor de lo que él queria, vengó su ira dándole un pelo de los dichos, siguióse luego el efecto, en la copiosa sangre que el pobre arrojaba; pidió los Sacramentos, luego que los vómitos diéron alguna tregua, y à vista de nuestro Amo, que por Viático habia de recibir, dixo estas palabras, «Ya mis hijos los Achaguas, por cuyo bien tanto he trabajado, me han dado el pago; pero Dios, por quien principalmente trabajé, como lo espero, me pagará mejor; y con esta esperanza que tengo, perdono muy de corazon al que [144] me dió este veneno; que si Dios no lo hubiera permitido, él no hubiera hecho esté daño, y mas no habiéndole yo hecho mal alguno á él, ni á persona alguna de todo este Pueblo: yo sé quien es, y quiero que sepa que le perdono muy de veras: solo deseo que se arrepienta de su pecado» Esto dixo, y nos dexó aquel Indio Christiano nuevo, un exemplo admirable, muy digno de que le imiten los que se precian de Christianos viejos y antiguos.

No obstante, que el V. P. Rivero quedó muy edificado de la protesta del moribundo, con todo le visitaba con frecuencia, y suavemente tiraba á persuadirle, que aquella enfermedad era cosa natural; que con alguna fuerza, al levantar algun madero de la Iglesia nueva, se le habria roto alguna vena interior, y que esta era la causa de sus vómitos de sangre:

que él era bienhechor de todo el Pueblo: que toda la gente le amaba mucho, y sentian su muerte, como si se muriera el Padre de todos ellos: y así, que no pensase en que éste ó el otro le hubiese dado veneno; pero el enfermo, que con tantos años de asistencia à los Padres estaba bien cultivado, y de suyo era capáz, le respondió: «Padre mio, yo sé de que mal muero: yo muero de buena gana, porque Dios lo quiere: yo he perdonado y perdono al viejo que me dió el pelo de serpiente: sé como y cuándo me lo dió, y tambien el motivo; y me alegro, que la fábrica de la Iglesia sea causa de mi muerte: mas de quarenta Indios he visto morir con este tal veneno, y todas las señas que vi en ellos, veo ahora en mí. ¿Qué es lo que te aflige, mi Padre? ¿Tengo otra obligacion, [145] que la de perdonarle? Pues míra, para que quedes mas satisfecho, verás lo que hago ahora.» Llamó luego á sus hijos, y les dixo: «So pena de mi maldicion, y de que seréis malditos de Dios, os mando, que quando sepais algun día quien me dió el veneno que me mata, no le hagais mal alguno, sino todo el bien que pudiereis: así os lo mando, para que Dios os haga bien, y á mí me dé el Cielo.» He aquí otro exemplo muy digno de imitacion. Ibase consumiendo poco á poco, el buen Indio, y movido á lástima el Padre, le dixo: Joseph, pídele á Dios, que quanto ántes te lleve al Cielo, porque es mucho lo que padeces. No, mi Padre, replicó el enfermo; no le pido eso: lo que le pido es, que me castigue aquí; y que en habiendo pasado el Purgatorio que debo, en esta vida, me lleve á descansar: esta súplica le tengo hecha por mano de San Francisco de Borja, mi patron; y este mi Purgatorio durará hasta la fiesta del Santo. Como lo dixo, así sucedió. No quiero decir que en esto profetizase ó tuviese revelacion: lo que digo, y sé de cierto, es que murió en las primeras vísperas de la fiesta del Glorioso San Francisco de Borja, dexándonos á todos muy edificados, y con prendas muy claras de su salvacion.

Poco después de su entierro, llegué yo á aquella Mision de San Regis, y el V. Rivero me contó todo lo que llevo referido: en donde se ve, no solo la eficacia mortífera de un solo pelo de aquellas serpientes, sí tambien la eficacia de la divina gracia, que de hombres semejantes à las fieras, sabe formar Christianos, que nos den exemplos [146] de virtudes heróycas, como nos dió el Indio Joseph Cabarte.

Hay otro gran número de venenos, en muchas yerbas, de que usan los Indios para matar á sus enemigos y á los que usan de las tales yerbas llaman Yerbateros. De los que mueren emponzoñados con ellas pudiera decir mucho, porque no son pocos; y la señal fixa de ser yerba ó yerbas la causa de las tales muertes, es el rajarse las carnes del cuerpo en largas cisuras, y salir de aquellas sajaduras, no sangre, sino un humor amarillo, que en breves dias saca de este Mundo al doliente. Jamás he podido investigar qué especie de yerbas sean. Puede ser que algun Misionero, con alguna casualidad, las descubra; y quiera Dios, que al mismo tiempo se descubra su remedio ó su contrayerba. [147]

Capítulo XIV

De las culebras venenosas de aquellos Países

§. I

Del culebron espantoso llamado buio

Las plagas que el poder de Dios multiplicó en Egipto para castigar los endurecidos corazones del bárbaro Faraón, de sus crueles Ministros, y de todos los ciegos idólatras de aquel Reyno, no creo que sean tantas como las que la Justicia Divina ha enviado à las vertientes del Orinoco, y á las vegas de los muchos rios, que le tributan sus raudales, para azote y castigo del bárbaro modo de proceder de sus moradores: y así como al principio de esta Obra, entro ahora con nuevo sobresalto en este Capítulo, no sea que la ingenua relacion de la verdad retrayga á alguno ó á algunos, de los deseos que tienen de regar aquel terreno con sus sudores, á vista de las plagas de que está infestado; pero reparando que quien alista estos Soldados es solo Dios, con accion reservada singularmente para sí, cooperando la criatura: ego elegi vos (289) designavit Dominus, et alios septuaginta duos, etc. (290); y que su Divina Magestad les da el valor y fuerzas necesarias, [148] y tambien la triaca contra todos los venenos y serpientes: serpentes tollent, et si mortiferum quid hiberint (291), non eis nocebit; así afianzado sobre tan sólido fundamento, detesto y desecho al punto toda sospecha, y paso à referir con toda seguridad la realidad de las plagas propuestas; y mas con la protesta, de que no hay en las Misiones de que trato, memoria ni tradicion, de que haya muerto Padre Misionero alguno, ni de veneno dado maliciosamente, ni de mordedura de culebra, ni en las garras del tigre, dientes del cayman, ni de otras fieras; que es cosa muy notable.

El primer horrible serpentón, que se nos pone á la vista, por hallarse con gran freqüencia en aquellos Paises, es el buío, á quien llaman los Indios Jiraras aviofá, y otras Naciones y los Indios de Quito le llaman madre del agua, porque de ordinario vive en ella. Es disforme en el cuerpo, del tamaño de una viga de pino con corteza y todo: su longitud suele llegar á ocho varas: su grueso es correspondiente á la longitud, y su modo de andar es poco mas perceptible que el del puntero de los minutos de la muestra de un relox. Dudo mucho que quando anda en tierra, haga en todo el dia media legua de jornada; y en las lagunas y rios, donde de ordinario vive, no se á qué paso anda: solo el verle da notable espanto; bien que da consuelo saber quan de plomo son sus movimientos: con todo, el que sabe el alcance largo del pestilente vaho de su boca, pone en la fuga [149] su mayor seguridad. Así que siente ruido, levanta la cabeza, y una ó dos varas de cuerpo, y al divisar la presa, sea leon, ternera (292), venado ú hombre, le dirige la puntería, y abriendo su terrible boca, le arroja un vaho tan ponzoñoso y eficaz, que le detiene, atonta, y vuelve inmóvil; le va atrayendo hasta dentro de su boca á paso lento, é indefectiblemente se le traga. Dixe que traga porque no tiene dientes (293), y así gasta largo tiempo, y aun dias enteros, en engullir una presa; y es tal, y tiene tales ensanches su fatal gazzate, que á fuerza de tiempo se traga una ternera de año, estruxándole la sangre y el xugo al tiempo que la vá engullendo; de manera que algunas presas que se le han quitado, estando ya medio tragadas, se han reconocido sin lesion alguna en la parte engullida, pero ya sin xugo ni susbtancia. Se encuentran

frecüentemente los buíos tendidos al Sol, con las astas de un venado hechas vigoterías; porque despues de engullido el venado, se le arranca ó atraviesa en la boca la cornamenta, hasta que digerido lo que tragó sacude de su boca las astas, y pasa á buscar otra presa, con el seguro de que no se le escapará, si la alcanza con la vista, y puede dispararle su ponzoña. Sin embargo puede la casualidad librar la presa; pues si al tiempo, que con aquella invisible cadena de su vaho atosigado va el buío atrayendo algun animal, pasa casualmente otro, y mas si pasa con velocidad, se interrumpe aquella línea de veneno atraente, vuelve en sí el viviente, [150] que estaba aprisionado, y se le escapa con presteza: por esta causa nadie se atreve á viajar solo, sea á pescar, sea á montar, sea al viage que se fuere: han de ir á lo menos dos de compañía, para que en el caso de que el buío, oculto ó descubierto, haga su puntería al uno de los dos; el otro, ó con el sombrero, ó con una rama, sacuda y corte el ayre intermedio entre el compañero y el buío; con que prosiguen su camino, sin hacer caso de aquella fiera bestia. Esta es la práctica corriente y ordinaria en las tierras inficionadas de esta plaga, que no son todas; pero hasta aquí no hay en que tropezar, ni de que maravillarnos, sino de la mole bronca del culebrón; porque el atraer con el vaho, es cierto y notorio, que lo hace tambien el escuerzo ó sapo ponzoñoso, con las lagartijas, contra las quales abre la boca, y por mas diligencias que hagan, por último van al morir en sus fauces: pero es de notar la diferencia entre el escuerzo y el buío; pues el vaho del escuerzo, por ser de animal de poco cuerpo, da lugar á la lagartija para que haga algunas diligencias para escaparse; pero el buque pestilente del buío arroja tal exhalacion de ponzoña, que no le dexa accion, ni al hombre mas valiente, ni al tigre mas bravo.

Es verdad que el hombre atraido del buío no pierde su juicio, segun lo declaran muchos que se han visto tirados de su vaho; pero ¡qué congoja! ¡qué sudores frios! ¡qué angustias fatales, no sufocarán el ánimo del pobre, que contra toda su voluntad se ve llevar á la tremenda boca de aquella bestia carnicera é insaciable monstruo! [151] Gran similitud, es la de este apretado lance, para que abren los ojos, suden y se acongojen los que halagados de la Serpiente infernal, se dexan llevar de su vaho y atractivo, sin reparar en que el paradero es la boca de un Infierno inacabable, que ya tiene abierta su garganta para tragarlos sin remedio. De lo dicho resulta que el culebrón de que habla el Cavallero Esloane en las Memorias Filosóficas de la Real Sociedad de Londres (294), es de especie diversa, porque el buío no tiene colmillos ni dientes, y por eso no come, sino que engulle la presa que atraxo. A mas de esto Mr. Esloane supone, que su culebrón primero hiere, y luego sigue con la vista la presa, que por instinto sabe morirá luego que el veneno que lleva consigo difunda toda su actividad; no así el buío, que, como dixé, primer ve, v. gr. al venado, luego abre la boca, le arroja el vaho, é inficionado y aturdido, lo atrae y se lo engulle. Lo singular del serpentón de Mr. Esloane, es, que tenga dientes para herir á la incauta avecilla, y no para retenerla.

Pero voy á responder á una tácita querella que harán tal vez los curiosos. ¿Cómo no se da, dirá alguno, una eficaz providencia para destruir unas bestias tan nocivas y malignas? Antes de responder, debo advertir, que esta misma providencia es necesaria contra los tigres, que

son innumerables, contra los leones y caymanes, contra los osos y leopardos de los paramos, que baxan á hacer gravísimos daños; y contra innumerables fieras, que infestan aquellos Países. [152]

Esto supuesto, doy dos razones, á mi ver convincentes, por las cuales estas plagas tan gravosas no tienen remedio: la primera, es lo poco poblado; mejor diré, lo despoblado de aquellos terrenos: la segunda, lo vasto y extendido de aquellos Países, llenos de bosques, selvas y lagunas. Estas dos causas se dan mutuamente la mano; porque por ser corto el número de los habitantes, respecto al vasto terreno, no pueden perseguir á las bestias dañosas, como convendría; y lo dilatado de bosques y selvas da largo campo á que se multipliquen sus madrigueras á todo su salvo. Por esta causa mandó Dios á su Pueblo, que no destruyese las Naciones de Canaán todas en breve tiempo; porque entónces, dice Dios, quedará la tierra desierta, y se multiplicarán y crecerán contra vosotros las bestias fieras, para vuestro daño (295).

No obstante se ha reparado, que aunque al principio de la fundacion de nuevas Colonias abunda toda especie de fieras y de insectos nocivos, con el concurso de la gente, y las diligencias que se hacen, persiguiendo á unos, y matando á otros, á los quatro años de la fundacion, ya todas aquellas quatro ó seis leguas al contorno del Pueblo están libres y limpias de aquella epidemia; y en especial de tigres, buíos y otras culebras; porque el concurrir á su muerte, en descubriendo donde están, se toma por materia de fiesta y de divertimento. [153] En uno de estos se halló con mucho susto un Padre, á quien yo traté, y á quien le oi referir muchas veces la funcion, que fué así: pasando de Caracas á las Misiones de Orinoco, se halló un tremendo buío, que habiendo disparado su vaho contra un caymán formidable, ya se le habia atraído y engullido hasta la tercera parte, que seria vara y media; y sobre lo restante del cuerpo del caymán con su larga cola habia el buio asegurado la presa, estrechándola con tres enroscadas vueltas, que solo de pensarlo da pavor: al aviso, acudió gente de unas casas vecinas, tres con escopetas, dos ó tres con lanzas, y algunos otros con flechas sin veneno: todos á un mismo tiempo hiriéron al culebrón, y al punto se llenó de sangre el charco del arroyo donde estaba, y lanzó aquel violentamente de sus fauces todo aquel trozo de caymán engullido; el qual ya estaba muerto, pero el buío dió mucho que hacer. Viendo uno de aquellos hombres, que miéntras estuviese en el charco se habia de defender, buscó un lazo largo, y con brio y maña, le enlazó el pescuezo, y tirando todos de la sogá, puesto ya en seco, le matáron luego. Mandó el amo de aquella gente desollar al buío, para enviar á la Ciudad de Caracas su piel, que estaba hermosamente dibujada de blanco y pardo; y despues de seca tuvo siete varas, y tres quartas de largo, y tres tercias de ancho debiéndose suponer, que se encogeria mucho, porque se secó á los rayos del Sol. Todos los sitios anegadizos de tierra caliente abundan de estos buíos, y en los sitios despoblados mucho mas: no hay año, en que no desaparezcan hombres campesinos, de los que salen, ó á [154] pescar, ó á cazar; y creo, que el mayor daño nace de dichos buíos, que maliciosamente acechan: yo me he encontrado con muchos de ellos repentinamente, y á uno espantoso, que hallamos junto al rio de Tame, un mozo que iba conmigo le dió diez y ocho lanzadas por los costados, huyendo siempre el vaho de su pestilente boca.

No faltará quien aquí exclame, diciendo: ¡bendito sea Dios, que en nuestra Europa estamos libres de tales bestias! También yo alabo á su Magestad por lo mismo; pero añado, que no estamos tan libres, como parece, de sierpes: no tales, ni de tan desmedido tamaño; pero sí de semejante ponzoña y vaho atractivo, con fuerza proporcionada á su cuerpo. Testigo ocular de ello es un sugeto (296), que hoy vive, en este Colegio Imperial, el qual saliendo á una de las huertas de Graus, Ciudad del Obispado de Balbastro, en Aragon, reparó con su Compañero, que una avecilla batia sus alas, á poca mas altura del suelo, que una vara: el ver que no mudaba de sitio, les causó novedad, y fuéron á observar la causa: viéron una culebra del grueso de un dedo pulgar, y de poco mas de tres quartas de largo, que erguido el cuello, y levantada en alto casi una quarta de su cuerpo, con la boca abierta estaba atrayendo á sí la triste avecilla, que afanada no dexaba de batir sus alas para evadir el peligro en que se hallaba; y habiendo observado en el corto rato que estuviéron contemplando el páxaro, que éste descaeció mas de una quarta, atraido en derechura [155] hácia la boca de la culebra, asegurados ya de que no podia escaparse de aquellos lazos venenosos la presa, tiráron á matar la culebra; y lo mismo fué baxar ésta la cabeza, que remontarse alegre la avecilla: luego no faltan culebras por acá del mismo vaho y atractivo del buío. El que no crezcan hasta la desmedida magnitud de las del Orinoco, proviene de lo muy poblados que están estos Países, y de lo muy despoblado de aquellos: acá no falta quien las mate, ántes que pasen á monstruos; y allá quando se dexan ver, ya lo son.

§. II

Reflexiõn sobre el Párrafo antecedente, y confirmacion de lo que él contiene

Tres clases de personas reconozco, y hallo conmovidas, á vista de las fatales armas y venenoso atractivo, que acabo de referir del culebron llamado buío: unos se admiran tímidos; otros vacilan dudosos; y los restantes dificultan advertidos: todos, empero, creo que han de quedar satisfechos. Y por lo que mira al temor de los primeros, pueden facilmente deponerle, con el seguro de que entre aquellos monstruosos buíos y la Europa, media todo un dilatado Océano.

Las personas que dudando vacilan, han de quedar, ó convencidas, ó sujetas y obligadas á no creer sino los Libros Sagrados y Canónicos; porque todo el resto de los Libros Históricos no tienen otro apoyo, sino el de la fe humana, fortalecida con las señales de credibilidad, que alegan los Autores, y con las circunstancias que concurren [156] en la persona, estado y ocupaciones del que escribe.

En esta buena fe, y estribando en la Sentencia de Christo, nuestro Señor, quando dixo: Que en la uniforme declaracion de dos ó de tres testigos, se funda un juicio prudente (297); habiendo citado á favor de la existencia del buío la Historia del Ilustrísimo Señor Obispo de Piedrahita, y á un Padre Misionero de Meta y Orinoco, como á testigo de vista; y en prueba de que en España hay tambien buíos, al P. Procurador General de la Provincia de Aragon, que hoy reside en esta Corte; me

pareció ocioso añadir mas pruebas y testigos, para una moral y prudente certidumbre; y así, ni aun quise insinuar las muchas y repetidas veces, en que en veinte y dos años de continuos viages por los Países infestados de esta plaga, me encontré repentinamente con los buíos, siempre con sobresalto y horror.

Sin embargo me ocurre la especie de que caminando en el año 1724 con el Padre Provincial Diego de Tapia y sus Compañeros, en la visita, que por su oficio hace de aquellas Misiones, á fin de aliviar el fastidio del camino, iba yo refiriendo al P. Secretario Cárlos de Anison, la figura, vaho venenoso y daños de los buíos, pero aquel no daba asenso, y por mas que el Padre Provincial, que tambien habia sido Misionero, y práctico del terreno, tiraba á convencerle, se mostró incrédulo, hasta que poco despues vió por sus ojos en una laguna un buío feróz, que acababa de atraer á sí [157] una garza, y se la comenzaba á engullir, teniendo ésta las alas abiertas al uno y otro lado de la boca del culebron; de que se inferia, que al pasar bolando, la atraxo, siendo los piés los que primero llegaron á la fatal boca. Aquí fué donde aturdido exclamó el Padre Anison, diciendo: ¡Oh monstruo! ¡Oh bestia! ¡Oh, y qué horror! Y yo entretanto consideraba quan bellamente cantó el Profano, diciendo (298):

Segnius irritant animos demissa per aurem,
Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus.

y de ahí infiero, que si allá mismo, donde se crian y abundan los buíos, hay personas de toda forma, que niegan su exístencia, hasta que entrándoles el espanto por los ojos al corazon, se desengañan; no será de extrañar que lo duden los que tienen de por medio un Mundo de distancia; pero contra esta duda, fuera de lo que acabo de referir, traygo aquí los testigos: uno de las Indias Orientales, otro de las Occidentales, y otros de nuestra España.

Sea el primero Mr. Salmon (299), quien afirma que en Mindanao y en las Filipinas se crian unas serpientes muy grandes, llamadas ibitin, y otras, [158] llamadas bole, de hasta treinta palmos de largo; que se atraen y tragan un ciervo, un oso, un jabalí y un hombre: con la circunstancia de que aquellas gentes creen, que para librarse de aquel gravísimo peligro, no hay remedio mejor, ni mas eficaz, que romper el ayre intermedio, que hay entre el hombre y la serpiente.

Coteje el curioso la noticia de estos culebrones, con la que doy del buío, y no hallará otra diversidad, que la de los nombres, por la diferencia de los lenguages; y hasta el remedio para escapar, que es romper el ayre intermedio é inficionado, es uno mismo, aunque en tan distantes partes del Mundo. De otros monstruos semejantes á estos, hace mencion el mismo Autor (300), tratando de las Islas de Neyra-Lentor y Poelo-Ay; aunque no individúa el modo con que atraen y tragan, ya los animales, ya los hombres.

Oygamos al segundo testigo, que para mí es de mucho mayor peso, que el primero; y es el P. Procurador General de la Provincia de Nueva-España, de la Compañía de Jesus (301), que actualmente rige, y es bien notoria su autoridad en esta Corte: el qual en un público concurso, confirmando mi noticia, dixo: que en cierta jornada en la Nueva-España, le mostráron los Indios compañeros una liebre ó conejo, que estaba aturdido é inmóvil á la

orilla del camino; y preguntándoles ¿quál sería la causa? le mostraron al otro lado del camino una culebra mas que mediana, [159] que con la boca abierta atosigaba al desventurado animal: apedrearon los Indios á la culebra; y luego que huyó ésta, quedó libre, y tomó su carrera el animal, hasta entónces aprisionado con aquellas cadenas invisibles. Basta ya: y si alguno, por via de curiosidad, quisiere mas testigos, lea la Historia del rio Marañón y Amazonas, que escribió el P. Manuel Rodriguez; y registre el Memorial, que el P. Acuña presentó al Rey nuestro Señor acerca del mismo rio.

Dixe tambien en el Párrafo primero, que en nuestra España hay buíos, aunque no tan grandes, porque el gentío no les da lugar á que crezcan tanto como en los desiertos de la América. Esta noticia confirmé con el testigo de vista, que allí alegué, y hoy vive en esta Corte, donde tambien está actualmente otro Jesuita destinado para las Misiones de Filipinas (302), quien me ha certificado, que en distintos Lugares de Cataluña vió en tres ocasiones con sus Compañeros dichas culebras, que erguido el cuello, y abierta hácia las avecillas la boca, las atosigaban y atraian contra toda su inclinacion natural.

Ni puedo, ni debo omitir dos testigos bien ilustres y conocidos en España. Cosa de año y medio ántes del Sitio de Barcelona, el Conde de la Lipa, Mariscal de Campo, paseándose con otros muchos Oficiales á la frente del Campo de Amposta, orilla del Ebro, vió una serpiente, que seria gruesa como el brazo, que se atraxo un conejo, distante tres o quatro toesas, al qual agarró de la cabeza, y se [160] detuvo un gran rato en engullirle, moviendo el conejo los piés de detrás.

Sucedió muchas veces al dicho Conde, estando á caza, matar algunas de dichas serpientes, abrirlas, y hallar dentro de ellas conejos hechos como unas cuerdas, y cuyos huesos parecian limados.

El Marqués de Robén, Brigadier de los Reales Exércitos, mató en Cienpuzuelos un serpentón, en cuyo estómago se halláron catorce gazapos con el pellejo entero, pero ya muy chupados, cuyos huesos estaban molidos: de que se infiere, que no hay tan pocos buíos en España, como parece.

Pero ya es hora que indagemos la causa de la atraccion del buío.

§. III

Trata de la accion y fatal atractivo del buío

Buscamos aquí una noticia, que depende de dos antecedentes; y así, evidenciados una vez estos, necesariamente hallarémos en la conseqüencia toda la luz, que deseamos. Manos pues á la obra: representémonos al culebron buío, que abierta la boca, y dilatadas sus pestíferas fauces, tiene la puntería puesta á un bravo jabalí; y aunque imploremos el auxílio de los Físicos modernos, y de sus mejores microscopios, no hallarémos en este monstruo mas armas ofensivas, que la vibracion y la atraccion del ambiente, inficionado con la ponzoña que exhala su aliento. Esta vibracion de efluvios malignos, y la atraccion que de ellos resulta, comprehende todo el nervio de la dificultad, [161] para cuya cabal solucion debemos exâminar de raiz una y otra operacion, cada una de por sí.

§. IV

De la accion ó vibracion de los efluvios

Supongo que nadie questão, ni duda de la exístencia de innumerables poros, por donde los cuerpos de los vivientes y los insensibles exhalan cantidad de efluvios, ya saludables, ya nocivos; ni de la velocidad y facilidad, con que vibrados estos, corren con el ayre, y se introducen por los poros de otros cuerpos, con notables efectos, ya favorables, ya dañosos, segun la variedad de sus qualidades, y la diversa disposicion de los cuerpos en que se introducen.

Sobre la primera parte de esta suposicion, han escrito mucho los Físicos modernos, despues de los experimentos del célebre Sanctorio (303). Este grande observador de la Naturaleza, despues de treinta años de experimentos, afirmó, que el que toma, v. gr. ocho libras de alimento, disipa y expele cerca de las cinco libras por la transpiracion de los poros: esta evacuacion se evidencia mas cada dia, ya en los enfermos cuya grave enfermedad hace crisis, si abiertos los poros, prorrumpe en sudor; ya en los que desfallecen y peligran, quando el sudor es excesivo: y en fin, los sudores, ya copiosos, ya lentos, no son otra cosa que efluvios de las flores, resinas, aromas, y otras [162] cosas, que se dexan percibir por el olfato.

Por lo que mira á la segunda parte, que es en órden á lo que se extienden los efluvios impelidos por el ayre, es negocio tan de hecho, y tan ordinario, que no hay para qué insistir en ello; y bastará excitar levemente la memoria de la piedra imán, cuyos efluvios penetran la densidad del hierro y del acero: un grano de ámbar transciende la ropa, la caxa y la sala; penetra, enfada, y en ciertas circunstancias causa grave daño á las mugeres: el ambiente salitroso del mar se dexa sentir á gran distancia: y al tiempo, y despues de la borrasca se percibe el marisco en las costas, hasta á tres leguas de distancia y mas, si el viento favorece.

La Isla de Ceylán y otras, en donde abundan las plantas aromáticas, y nombradamente la Isla de Jaba (304), por testimonio del P. Tachart, insigne Misionero, arroja los efluvios aromáticos hasta nueve millas mar adentro, que es cosa bien considerable para nuestro propósito, y digna de toda reflexiön.

Y si ponemos la atencion en las yerbas y plantas nocivas y malignas, hallarémos aun mas de que maravillarnos, por los efectos que resultan de sus efluvios, tan fatales como activos. Mr. Salmon (305) afirma, que en Filipinas algunas yerbas [163] despiden de sí tales efluvios, que quitan la vida á los que las tocan ó comen; y que quando llegan á crecer, emponzoñan de tal manera el ambiente, que suele aquel vaho quitar la vida á mucha gente: y luego añade: que el árbol llamado kamandang es de tan fatal eficacia, que el pescado que come de sus hojas, que caen en el mar, muere luego; y el que incautamente come de aquel pescado, muere tambien: que el zumo ó xugo de aquel árbol es veneno mortífero, con el qual los Indios untan las puntas de las flechas: y en fin, que es tal la eficacia de sus efluvios, que ni en la sombra, ni en el contorno del kamandang nace, ni permanece yerba alguna.

Pero todavía, (si cabe mas,) son mas activos y mas fatales los

efluvios originados de aquel infeliz árbol, que nace en el territorio de Turáte, en la Isla de Makasar, de que hablé ya en esta segunda Parte (306), careando su malignidad con la del pestilente curáre, de que allí traté; cuya memoria doy aquí por renovada, por ser muy del caso para calcular hasta donde pueden extenderse los efluvios; aunque es verdad, que para estar en esta inteligencia, no era menester recurrir á noticias tan distantes y extranjeras, constándonos cada dia la esfera á que se extienden los efluvios, que arrojan los héticos, los atabardillados, los que padecen viruelas y otros males contagiosos, con estrago lamentable de muchas vidas. [164]

De lo dicho formo un epílogo en este entimema: los efluvios de algunas cosas insensibles, los de los árboles aromáticos y aromas, los de las yerbas y árboles nocivos, se extienden, y efectivamente obran á mucha distancia: luego los efluvios corruptos y malignos, que arroja el culebron buío, aturden é inficionan á los animales. A lo ménos la posibilidad de esto nadie me la podrá negar. Pasemos á la segunda parte.

§. V

De la fuerza atractiva del vaho del buío

El punto de la dificultad consiste, en ¿cómo puede ser que los efluvios, que arroja el buío, tengan actividad para atraer la presa inficionada? y he aquí otro nudo Gordiano, que se ha de desatar, no con fuerza, sino con maña; y exâminando una á una cada vuelta de por sí, yo sé, y todos pueden ver y saber por la experiencia, que los efluvios del imán, incorporados en el hierro y en el acero, le atraen, y tenazmente retienen: nadie habrá que no halle la misma virtud atractiva en los efluvios, que el azabache imprime en las pajas, si quiere hacer el experimento: y es notorio que el hierro y el acero, preparados con la virtud magnética, atraen con ella á otro hierro, y este segundo al tercero, y así de los restantes (307); tanto que vemos en el ayre una larga sarta de agujas, extraidas y encadenadas unas [165] con otras, sin otro enlace que el de la atraccion magnética, que de una á otra pasa por todas: luego no hay repugnancia, ni razon en que fundarla, ni debo causar tan notable armonía, que el vaho pestilente del buío atrayga y retenga aquella misma presa que inficionó y aligó con los lazos de su tósigo invisible.

Me dirán tal vez que esto es querer probar un milagro de la Naturaleza, con otro nada menor, y tirar á persuadir un arcano fisico, casi inapeable, con otro igualmente obscuro y dificil de entender. Vengo en ello desde luego; pero como nadie me negará la virtud atractiva del imán y del azabache, no es razon que se niegue, ni que se me dispute la fuerza atractiva del buío; porque si de un efecto cierto de una piedra insensible, qual es el imán, se infiere necesariamente, y confesamos su virtud y fuerza atractiva; es tambien preciso, que del estrago lastimoso que causa el vaho del buío, monstruo corpulento, se infiera y reconozca una actividad atraente; y sea enhorabuena tan oculta y dificil de averiguar, como lo es la que confesamos en la piedra imán.

A mas de que no hay para qué extrañar tanto esta operacion del buío,

ni hay razon para mirarla como entusiasmo ideado en el otro Mundo: lo primero, porque, como ya dixé arriba (308), en nuestra España se han visto repetidas veces buíos, en la actual atraccion de avecillas, aprisionadas con los efluvios de su boca: lo segundo, porque esta misma fuerza ó accion atractiva, como [166] de paso lo apunté en el Párrafo primero, se halla indubitablemente en las feas fauces de los escuerzos ó sapos grandes; y á la verdad, dicha atraccion es mas vigorosa de lo que indica la corpulencia de los escuerzos. Confieso ingenuamente, que he tirado á averiguar de raiz esta noticia, por lo mismo que se reputa por vulgar y comun; y apurada bien la materia, y atestiguada por sugetos fidedignos, que por su ocupacion pasan su vida en los campos, es para mí indubitable la verdad del hecho; de modo, que no hallo mas variedad en los declarantes, sino que unos atribuyen la dicha atraccion á la accion venenosa, con que el escuerzo dispara por los ojos su ponzoña, fixando la vista en la presa; y otros atribuyen dicha fuerza atractiva al vaho que arrojan por la boca que tienen abierta hácia la presa que aturden y atraen; pero sea de uno, sea de otro modo, ambos corroboran mi conclusion, de la accion atractiva oculta en el veneno oculto.

Quiero concluir y confirmar este punto con la autoridad del V. Juan Eusebio Nieremberg, y con las declaraciones de dos sugetos fidedignos sobre dos casos modernos. El V. Padre afirma (309) la atraccion del buío; á quien llama bovaliga; y añade, que los escuerzos de España tienen la misma fuerza atraente. La primera declaracion es de un jesuita, á cuyo cargo está toda la maniobra de la botica del Colegio Imperial; el qual alega á favor de esta mi opinion, (la que afirma ser tambien suya,) varios testigos oculares del Obispado [167] de Cuenca, que se halláron presentes al curioso espectáculo, y vivas diligencias, con que una infeliz comadreja ó mustela, despues de muchas vueltas y revueltas, y despues de empleada toda su ligereza para escaparse; por último fué atraida á la boca de un escuerzo, como al centro ó raiz de los venenosos efluvios, que la inficionáron y atraxéron. El segundo declarante es Mr. Bourlin, natural de Clermont en Auvérnia, residente en la Ciudad de Barcelona, quien habiendo salido á divertirse con la escopeta á los campos circunvecinos, en compañía de un camarada suyo, se encontró repentinamente con un escuerzo, que comenzaba á engullirse una comadreja; y apesarado de la fatalidad de ésta, disparó la escopeta contra el escuerzo; mas no pudo evitar el que con él quedase tambien muerta la infeliz prisionera.

A este caso se me dirá, que no prueba eficazmente mi conclusion; porque segun él, pudo estar el escuerzo en centinela, y coger de sorpresa, al pasar la incauta comadreja, al modo que el gato emplea toda la noche esperando con vigilancia al raton, que casualmente ha de pasar por allí. Respondo, que ni la réplica, ni el símil, hacen fuerza; no la réplica, porque todavía está para probar en el escuerzo la habilidad para mantenerse en centinela; ni la vigilancia y cuidado de la comadreja dice, ni concuerda con la pesadéz y torpeza del escuerzo: fuera de que, dado el caso, que la comadreja se vea al pasar atacada por el sapo, es preciso que éste quede burlado, por la vivacidad de la comadreja, si no se le conceden las armas de la ponzoña atraente: y añadido, que negada esta fuerza [168] al escuerzo, si hubiesen de combatir entre si, tengo por cierto, que la viveza y ligereza con que juega, y se vale de sus afilados colmillos la

comadreja, es capaz de poner en fuga un batallon de sapos. El símil alegado de los gatos, es muy débil, y mas, quando consta, que á veces, en lugar del triste raton que espera el gato, pasa una rata atróz, que no solo se defiende, sí que pone en confusion y peligro á aquel, si con la fuga no busca su remedio. En fin, este caso no es prueba única del asunto; y solo se alega para dar por supuesto, que como otros sugetos viéron las diligencias con que las comadreas tiran á retirarse de la boca del escuerzo; aquí habian ya precedido las tales correrías, y llegó el testigo á tiempo que ya la comadreja rendida á los efluvios ponzoñosos, se habia entregado miserablemente.

Concluyo diciendo: que los experimentos referidos del imán, del hierro y del acero, preparados; del azabache, y de los escuerzos, patentizan y persuaden con eficacia la exístencia de la virtud atractiva en los efluvios del buío, en órden á los Europeos, que la dudáren; y en órden á los Americanos, la experiencia que tienen de la atraccion del buío, les da suficiente luz y fundamento, para confirmarse mas y mas en reconocer la virtud atractiva del imán, azabache y escuerzo. Verdad es que aunque los eruditos de éste y del Mundo nuevo confiesen uniformes la atraccion qüestionada, siempre quedarán suspensos, con anhelo y ansia de descubrir la raiz de ella, que es la virtud activa atraente. No creo, que fuese digresion, el tratar aquí á propósito esta qüestion, porque de las tres partes en que he [169] dividido esta Obra, la una de ellas está destinada para la Historia Natural; pero por no desviarme mucho de la parte Historial, á quien sirven de adorno la Natural y la Geográfica, y principalmente porque no hallo fondo en mi corto caudal para fundar opinion, me pararé en apuntar una ú otra especie, que tal vez podrán conducir al intento, dexando la disputa para otras plumas mas bien cortadas.

§. VI

De algunas señas para filosofar sobre la dicha virtud atraente

Supuesto que se procede bien arguyendo á simili, infiriendo unos efectos á vista de otros, y conjeturando las causas de unos y de otros, guiándonos por la similitud de ellos, no debe despreciarse en la filosofia natural la argumentacion á contrariis, careando entre sí causas y efectos contrarios, para divisar, aunque á lo léjos, las raices heterogéneas de ellos: y ésta es una de las veredas que se pueden tomar, para buscar la raiz incógnita del efecto de que tratamos, averiguando ¿quál es la atraccion actual del buío, donde reside, y en que consiste esta virtud atraente? Voy á decir algo en particular.

Y para explicarme, fixemos la vista en uno de aquellos árboles, que nacióron á las orillas de las selvas ó bosques en tal terreno y positura, que solo les baña el Sol por un estado; y reparando en ello, notarémos, que este lado dichoso está bellísimo, abundante de ramas frescas [170] y frondosas; y al contrario, en el lado sombrío se ven pocas ramas, áridas y desmedradas. Reparémos mas en aquella inclinacion y propension con que se abanza toda su mole por la parte frondosa, hasta violentar y encorvar gran parte del tronco, por mas rollizo que sea, atraído, tirado y agoviado por

aquellas ramas y cogollos, que mudamente protestan, que si en lugar de las raíces tuvieran piés, corrieran en pos de su atraente benéfico, para lograr por entero de sus influencias: lo que nos da motivo para pensar, que si fuera factible á dichos árboles mantener su verdor sobre ruedas ligeras y fáciles al movimiento, siguieran al Sol, cuyo calor las fecunda y las atrae.

Atrae el Sol aquella parte coposa que baña, habilitando con su influxo los órganos, dilatando y purificando los sucos que dan todo el vigor al vejetable, como dexó apuntado el Mantuano (310): porque su calor abre los poros, dilata las fibras, y la mutua comunicacion de los ventriculos ó bululas; por lo qual corren con mayor abundancia, y mas facilidad los fluidos, que extraidos por las raíces circulan por todo el árbol, repartiéndole vigor con tanta mayor abundancia, quanto mas fácil hallan los fluidos el tránsito, como con grande propiedad lo cantó aquel moderno, pero célebre Poeta (311); y al contrario, por [171] faltar en la parte, y lado sombrío del mismo árbol el influxo dicho del Sol, no corren sino con estrechéz los sucos, y crece la decadencia de aquellas tristes ramas

De modo, que los sucos y fluidos mencionados, á nuestro modo de entender, corren con ímpetu por sus conductos, inclinándose con el árbol, todo quanto éste puede consentirlo, hácia el Sol, cuya actividad es la virtud atraente.

Y he aquí descubierta ya, aunque de paso, la raiz de la misteriosa propension y ahinco indefectible, con que el girasol ó eliotropio inclina al Sol sus cogollos, desde que nace, hasta que se pone, logrando con su teson diario, beber cara á cara, y de hito en hito, los agradables influxos del Sol: los que agradecido recoge en sus senos, y le retorna liberal, ofreciéndole la belleza de sus flores, à cuyo hermoso círculo procura trasladar y gravar en él la magestuosa imágen de su bienhechor activo.

Seame lícito ahora filosofar de este modo: el Sol con sus influxos es el atraente, que llama para sí la inmóvil é insensible planta todo quanto ella puede dar de sí; luego por los términos contrarios, el fatal buío es el atraente, que transtornando con la malignidad de sus efluvios el curso natural de los espíritus animales del paciente, y trabucada ya su natural conducta, le impele, contra toda su inclinacion, á un movimiento contrario, hácia su ruina y péstiferas fauces del buío atraente.

Pero demos otro paso mas, y por via de divertimento, fixemos algo la vista y la atencion en los remolinos que resultan del choque de dos vientos [172] encontrados, ya en tierra, ya en los mares; de modo, que no cediendo ninguno de los dos el campo, se unen á formar el círculo violento; el qual se precipita hasta dar sobre el agua, ó sobre la tierra, y algunas veces con estragos considerables: los de tierra han arrancado, atraído y arrojado á gran distancia carrascas, robles y olivos rollizos y corpulentos: los del mar (á quienes los Españoles llaman mangas, y los Franceses tourbillón) baxan desde el nublado dentro de una nubecilla piramidal, cuyo pié queda fixo en el nublado negro; y luego que la cúspide topa en el agua, se ensancha, se condensa, y empieza á chupar, atraer y elevar gran cantidad de agua; y si hay navíos por aquel contorno, entra con el susto la diligencia de disparar la artillería, para romper el ayre

á cañonazos, y desbaratar el remolino, ántes que se acerque á la nao, no sea que despues de llevarla al retortero, al romperse la manga ya recargada, queden sumergidos la nave y los navegantes.

No es menester averiguar aquí cómo, y de qué manera crece la fuerza atraente, que suponemos en el centro de dichos remolinos y mangas: para nuestro propósito bastará creer, que al paso que los vientos opuestos toman el movimiento circular, v. gr. en un fiero nublado, si no se abren paso con estallido y trueno recio, (que es lo mas ordinario,) cede y da de sí lo mas denso del nublado, al ímpetu del remolino que baxa con la manga hasta el agua, sin perder, ni disminuir su movimiento circular: allí, con la accesion de los vapores crasos y húmedos, toma la manga por la superficie exterior mas cuerpo, se ensancha y consolida; [173] y al mismo tiempo, por la parte interior, se purifica, dilata y sutiliza el ayre encerrado, en virtud del continuo movimiento y agitacion violenta, dexando en el contorno interior de la manga embebidas las partículas mas crasas. En este estado, quanto mas sutil y dilatado queda el ayre interior, tanto mas tira á sublimarse, y tras de él el agua, para evitar el vacuo, que tanto aborrece la Naturaleza.

Segun este diseño, puede el curioso filosofar acerca de la virtud atraente del buío, guardando la debida proporcion, y figurarse, que de las fauces del culebrón sale un torbellino de efluvios malignos; cuyo centro, despues que ha inficionado al paciente, vuelve con fuerza hácia la fuente de donde dimanó, que es el buío, atrayendo la presa, al modo que la manga dicha atrae al agua: pensamiento que se confirma, viendo, que así como el único remedio de los navegantes es romper á cañonazos el ayre, y con él la columna, que formó el remolino, así en las Américas, y en los demás Países, que arriba insinué, no han hallado otro remedio, que romper el ayre intermedio, que hay entre el buío y el paciente; de que se infiere, aunque no se vea, que en dicho ayre está el torbellino ó remolino de efluvios venenosos, y en su centro la virtud atraente.

Ni fuera extraño el considerar la virtud atraente de este venenoso torbellino del buío, á la similitud de la bomba aspirante y atraente, con cuyo movimiento se extrae el agua de la sentina y fondo de los navíos, arrebatada contra todo su peso é inclinacion natural hácia lo alto del navío, sin que halleemos otra razon que dar en esta maniobra, [174] sino la de que sube el agua, y dexa violentamente su centro para evitar el vacuo (312), que, por mas experimentos que se hagan, tiene la Naturaleza desterrado á los espacios imaginarios.

Y en fin, todo Físico instruido en la direccion y atraccion magnética, eligiendo el sistema que mas le quadrare de los muchos que han propuesto los Sábios modernos, puede sin violencia acomodarle á la virtud atraente del buío, sin mas variacion, que la de las voces; porque siendo tan uniformes los efectos de los efluvios y vaho del buío, con los de la piedra imán, en órden á la atraccion, no puede ser muy diversa la explicacion de la virtud atraente.

Y pues queda largamente establecida la exístencia del buío, la accion y vibracion de sus nocivos fluvios, y la fuerza atractiva de ellos; y apuntadas varias sendas para la inteligencia de su virtud atraente, ya es hora de correr otra cortina, y poner á la vista otros espectáculos, que llamen con la curiosidad, la atencion en unos, y la admiracion en otros.

§. VII

De otras culebras malignas, y de algunos remedios contra sus venenos

Antes de entrar en el asunto, para evitar el horror y aversion, que con la lectura de este Capítulo, y de los dos antecedentes, y quatro siguientes, podria concebirse al terreno que cria tan fieros monstruos, reconozco importante el prevenir, que la impresion que causa la vista de aquellos, es muy diversa de la que causa su representacion, y el caso es muy otro de lo que aquí parece, sin el menor agravio á la verdad de esta Historia: porque toda aquella multitud de venenosos buíos, culebrones, insectos, guacaritos y caymanes, se reconoce aquí epilogada y reducida á pocos pliegos, é imprime en la mente, en corto tiempo, un enorme agregado de especies, sobre manera melancólicas, fatales y retraentes, las cuales precisamente han de engendrar en los ánimos una notable aversion hácia aquellos Países, y una firme resolucion de no acercase á ellos; pero es muy fácil de disipar y desvanecer este melancólico nublado; porque todo este torbellino de especies funestas, que estrechadas á breves páginas, espanta; no es así allá en sus originales, á causa de no estar ellos juntos y amontonados en un Lugar, en una Provincia, ni en solo un Reyno: es muy extendido el terreno que abarca esta Historia, recopilando especies y noticias, que están allá dispersas en muchos centenares de leguas. En unos Países se hallan buíos, pero no hay osos de páramo: en unos [176] hay mas, en otros ménos culebras: en algunos no las hay: y generalmente es cierto, que los insectos y plagas no son generales á todas las Provincias, como ni tampoco los frutos y frutas de ellos; todo lo que se origina de la notable diversidad de los temperamentos (313), de que hablé ya en la primera Parte. Y así, desvanecido este escrúpulo, prosigamos.

§. VIII

De otras culebras malignas, y algunos remedios contra sus venenos

Baxo esta prevencion, digo: que en aquellos Países hay otras culebras, que llaman cazadoras, que en lo corpulento llegan á igualar á los buíos, pero en lo largo los exceden en muchas varas: éstas tienen librado su alimento en su velocidad muy impropia de su pesada mole; y causa espanto la ligereza de rayo con que corren á la presa, sea venado, irabubo, ó qualquier otro animal; pues como le vea, le da alcance sin remedio. Las he visto vivas y muertas, y de otro modo no me atreviera á afirmar, que sus colmillos son del mismo tamaño que los del mejor lebrél: no se sabe que éstas tengan veneno; pero ¿qué peor arma, que su velocidad, junta con lo tenáz de su diente? En mi tiempo, una de estas culebras cazadoras prendió del carcañal y tobillo de un pie á un Labrador. Era éste hombre de brio; y viéndose llevar arrastrando á la muerte, se asió reciamente del primer árbol, que le vino á las manos: cruzó contra el tronco sus brazos, gritando reciamente; y como á sus gritos acudiese gente, luego que la serpiente [177] lo reconoció, apretó sus dientes, y

cortando el carcañal mordido, se escapó con velocidad de rayo. Tanta como ésta es la fuerza de aquellas sangrientas bestias, y tal el peligro de los que andan no léjos de ellas.

El que éstas y otras culebras lleguen á tal corpulencia, proviene, como ya dixé, de lo vasto y desierto de aquellos bosques. En los de la Isla Española, topó el V. Hermano Bartholomé Lorenzo tales culebrones, que á no ser el P. Joseph de Acosta de la Compañía de Jesus, el primero que escribió la prodigiosa historia de su vida, no hubiera quien creyese la monstruosidad á que llegan (314). En los bosques de Coro, Provincia de Venezuela, dice Fr. Pedro Simón (315), que diez y ocho Españoles, fatigados en tiempo de aquella Conquista, se sentáron sobre uno, que tuviéron por tronco ó viga tosca, y que á corto rato empezó á caminar; porque á la verdad no era sino un formidable culebron.

Mayor espanto causa lo que refiere Mr. Salmon (316) de los culebrones de la Isla de Makasar, ó Celebes de la India Oriental: dice, que hay allí tropas de monos, tan rabiosos, como los gatos monteses, y tan atrevidos, que si los hombres no caminan bien armados, los acometen y hacen pedazos, (especialmente á las mugeres,) y que ya destrozados, se los comen: y añade, que esta sangrienta especie de monos no teme, ni huye [178] de otras fieras, por mas bravas que sean, sino de las disformes serpientes, de cuya velocidad y voracidad, por mas que corran, y se refugien á las copas de los árboles, no se pueden escapar: por este miedo andan dichos monos juntos en tropas, para hacer frente á las serpientes (317); pero en vano, porque arremetiendo ellas, ó ponen en fuga al esquadron de monos, ó se los tragan y engullen vivos. Mayor plaga es ésta, que todas las del rio Orinoco.

Otras culebras hay de menor tamaño, que se llaman cascabeles: tienen los sonoros en la extremidad de la cola, y sirven á los curiosos y á los Médicos: á aquellos para saber, después de muerta, quantos años tenia la culebra, porque cada año le nace un nuevo cascabel; á estos de triaca y remedio para varias dolencias: y Dios dispuso, que tambien sirviesen de aviso á los incautos caminantes; porque así como el tigre Americano, ántes de acometer se sienta, y menea lentamente la cola; accion con que imita á los gatos quando quieren abanzarse á la presa; del mismo modo, ántes de fixar la culebra cascabel su venenoso diente, toca á rebato con la sarta de sus encadenados cascabeles, que sirven de aviso al caminante, no solo para evadir su furia, sino tambien para quitarle la vida, y lograr el apreciable despojo de los medicinales cascabeles, que se buscan con ansia, y se hallan con dificultad y costo.

Mas traydora es la culebra llamada macaurél: ésta, no solo acomete al caminante, sin darle seña; sí [179] tambien con increíble audacia, si pasa á pie, tira á fixarle su diente venenoso en la misma cara: ni queda satisfecha con el primer salto, sigue con porfia, y quanto mas se defiende el pasajero, con tanta mayor ira multiplica sus asaltos: ni pierde sus brios, aunque á su furia se interponga algun ginete. El Capitan Don Domingo Zorrilla y Salazar, Cabo principal de la Escolta, que la Magestad del Rey nuestro Señor concede á nuestros Misioneros, natural de la Rioja, y hombre de notorio brio, exercitado en continuos ataques con Indios rebeldes y enemigos del nombre Christiano, como ya en otra parte apunté, yendo á rechazar una partida de Guajivas, que amenazaba á la nueva Colonia

de San Ignacio de Chicanóa, marchando, casi á media rienda, como lo pedia la urgencia, se vió asaltado de improviso de una culebra macaurél, con tal ímpetu que el primer golpe le recibió en la capellada de la bota: al mismo tiempo dió un salto el caballo, y un bufido, (que hasta las bestias se temen unas á otras,) sacó su alfange el Capitan, olvidado del riesgo ageno, puso todo su cuidado en el suyo: largo rato persistió la macaurél en sus saltos, y el Capitan en tirarle tajos; pero eran al ayre, por la suma velocidad de la culebra, hasta que fatigada ésta, se enroscó en el suelo para dar mas violento el salto, como lo acostumbran: entónces, aprovechándose el Capitan del intermedio, le disparó un trabucazo, dividiendo al enemigo en tantos trozos, quantas eran las roscas con que daba calor á su cabeza, que tenia en el centro de ellas. Un quarto de hora se pasó desde esta batalla, hasta que me la refirió dicho Capitan, y todavía no le habian vuelto sus colores naturales [180] al rostro. ¡Tal y tanta es la saña de estas culebras!

Mas que todo esto es de temer la culebra sibucán, y mas irregular es su hechura: su color es térreo; tanto, que la tiene el pasagero á sus piés, y por ser su color de tierra, ni la ve, ni la distingue; esto es, quando ella está tendida á lo largo; pero quando se recoge enroscada dentro de sí misma, se hace mas incógnita, porque á qualquiera le parece que es una boñiga de buey, ya seca y descolorida á los rigores del Sol y del tiempo: no se puede percibir, ni entender, como una culebra larga se esconde entre sus mismos dobleces, y queda encogida, al modo que solemos recoger la calceta, ó la media, para calzárnosla con mas facilidad. No he visto sus huesos; pero imagino, que el espinazo, que en las demás culebras y animales se compone de juntas, que permiten algun juego y declinacion del cuerpo de uno á otro lado, en la culebra sibucán, no son juntas, sino, ó goznes, ó cañutos de hueso, que al tiempo de recogerse, ó (digámoslo así) de amontonarse, se entran unos dentro de otros; pero sea como se fuere, ella así recogida, se desenvuelve, y da tan ligero salto al mismo tiempo, que alcanza al pecho del caminante, si va á pié; y junto á la rodilla, si va á caballo, con gran riesgo de uno y de otro, porque la ponzoña es mortal. La fortuna es, que de esta pésima especie de culebras, no hay, ni en lo que llamamos tierra fria, esto es, cerca de los páramos y picachos nevados; ni en lo que llamamos, y realmente es, tierra perpetuamente cálida, que son las tierras que distan largas leguas de las cordilleras nevadas: solo viven, y se multiplican en aquellas tierras intermedias, en que ni [181] prevalece el frio, ni domina el calor, que se han levantado con el nombre de tierra templada, y realmente lo es: allí abunda la fatal plaga de culebras sibucanes, y no en otro lugar; y se multiplican con tanta fecundidad, por haber poca gente que las persiga, que habiendo el P. Juan de Ortega, exemplar de Apostólicos Misioneros, juntado, con la fatiga de no pocos años, á los Indios Ayricos, Eles, Araúcos, y otros muchos, y domesticadolos á las orillas del rio Macaguáne, donde hoy están; compadecido del calor intolerable que padecian en la vega de aquel rio, trató con ellos, y todos conviniéron en mudar su Pueblo á tierra templada, qual es al entrar en la cordillera de la Salina de Chita. Fué el Cacique, que vive todavía, con los Capitanes, á escoger el sitio que fuese mas al propósito, se pusieron todos á desmontar con sus machetes la maleza que habia debaxo de un coposo árbol, donde habian determinado

dormir aquella noche; y me contó el Indio fiscal de dicha gente, que solo en aquel corto distrito, á que hacian sombra las ramas de aquel árbol, tuvieron contienda reñida con diez y siete culebras sibucanes; y que aturcidos y espantados de tan fatal persecucion, sin querer hacer noche allí, aunque ya era tarde, se pusieron en camino para su Pueblo de Macaguane, conviniendo todos á una, en que valia mas padecer calor, que estar en tierra templada, llena de tales enemigos.

En las tierras calientes, especialmente donde hay abundancia de hormigueros, se halla una especie de culebras de dos cabezas, y de tan raras propiedades, que no extrañaré causen notable armonía [182] y dificultad á los que no las han visto. Son de ordinario del grueso del dedo pulgar, pero no corresponde su longitud á su grosseza, porque la mayor apenas llega á dos palmos: su movimiento es muy tardo; y por eso, aunque su diente es fatal, y de ponzoña muy activa, rarísima vez hacen daño; á mas de que son enemigas del calor, y así se meten en los hormigueros, donde logran el fresco de las cuevas, que las hormigas cavan para guardar la comida que buscan, y para criar sus hijos: en dichas cuevas las encuentran los Labradores quando cavan, y meten caños de agua para desterrar las hormigas, que destruyen los árboles del cacao, la yuca, el panizo, y todo quanto hallan, no con menor destrozo, que si fuera una manga de langosta: el único tiempo en que las dichas culebras salen de las cuevas, es despues que ha caido algun aguacero recio, industriadas del natural instinto, que les enseña el refrigerio, que contra el calor les dará la tierra mojada.

Salen en fin, y aunque su paso es tardo, les ha dado el Autor de la Naturaleza el alivio que dió de otro modo á los cangrejos: estos caminan de lado; y si al andar á mano derecha se les antoja tirar por la izquierda, no dan vuelta, ni mudan de positura, sino que en la misma positura toman el movimiento contrario: á este modo las culebras dichas, van, v. gr. al Oriente; y la cabeza, que mira al Poniente, se dexa arrastrar: y quando toma el rumbo de Poniente, esta cabeza, que servía de cola, toma su viage, y arrastra á la otra.

El P. Manuel Rodriguez hace mencion de estas [183] culebras de dos cabezas en su Historia del rio Marañón (318); pero sin duda no tuvo de ellas las demás noticias, que yo averigué despacio y á todo seguro; y pondré aquí, no solo para curiosidad, sino tambien para utilidad del bien comun.

Y en primer lugar digo, que es muy dificil matar una de estas culebras al que no está inteligenciado del modo; porque si le da v. gr. una cuchillada en medio, cada cabeza de por sí busca á la otra, y luego que se encuentran, de comun acuerdo se apartan, unen las extremidades cortadas, y sirviendo la misma sangre de liga, quedan otra vez unidas. Si le dan dos cuchilladas, y queda dividida en tres partes, cada cabeza busca el pedazo y lado que le toca, y unida aquella parte, pasa á unirse con la extremidad de la otra cabeza, en el modo dicho. El modo de matarlas es, cortando ambas cabezas con muy poca parte del cuerpo, ó enlazadas con un cordel, colgarlas de una rama; y aun este modo segundo no es seguro, porque si alguna ave de rapiña no se las come, se llega á podrir el cordel, y las culebras secas á los rayos del Sol, caen; y luego que llueve, reviven y toman su camino. Ello parece increíble, y por tal lo

tuve á los principios; pero habiéndome encargado el Hermano Juan de Agullón, Boticario, Médico y excelente Químico del Colegio Máximo de mi Provincia de Santa Fe, que le enviase de estas culebras, sacó de su obrador quatro, que tenia secas, y colgadas en el ayre; y me aseguró, que con estar tan áridas, puestas en [184] el suelo, empapado en agua, á las veinte y quatro horas revivian; y asi, que las que me pedia las secase bien al humo de la chimenea, y bien resguardadas de toda humedad, se las remitiese, porque eran muy útiles. ¿Cuál es su utilidad? le replique yo: y diciendo y haciendo, sacó un cristal con polvos de dicha especie de culebras, y certificó, que era un específico maravilloso para soldar y reunir los huesos quebrados por caída, ó por golpe; asegurándome, que tenia de ello repetidas experiencias. A un hombre, que era buen Religioso, y por otra parte erudito, no es razon negarle su autoridad.

La eficacia de estas culebras se confirma con la que nos enseñaron las culebras de cierta especie en Filipinas, en una yerba ordinaria, que en el language de aquellos Indios se llama ductungajas, que en castellano quiere decir une-culebras: porque si parten por medio una ó muchas de aquellas culebras, corren luego cada una, con el cuerpo, que quedó unido á la cabeza, come de aquella yerba, refriega las heridas con la que trae en la boca, hasta dar con la parte que le falta; y hecha esta diligencia, arrima la una cisura contra la otra, se une luego, y huye apriesa. Con esta leccion hacen los Filipinos esta misma diligencia, ahorrándose de pagar Cirujanos, quando por riña ó por otra desgracia les dan una cuchillada; porque con la confricacion de la yerba ductungajas, se une luego la una tajada de carne con la otra. Esto me aseguró el P. Procurador General de la Provincia de Filipinas, de la Compañía de Jesus (319), [185] en esta Corte, de resultas de haberle referido yo lo que llevo dicho de la culebra de dos cabezas.

De dicha especie de culebras, y de la yerba, que buscan para reunirse, habla Mr. Salmon en su Historia Universal, tratando de las Islas Filipinas (320): y aunque no dexa de insinuar algun género de duda; bien puede deponerla con todo seguro: porque el sugeto citado, que me dió la noticia del ductung-ajas, á mas de su larga experiencia, adquirida en muchos años de Misionero, en aquellas Islas; está adornado de todo lo que concurre á formar una grande autoridad.

Ya considero fastidiado al Lector, (y con mucha razon,) á vista de tantas y tan formidables serpientes, y así omito una gran multitud de varias especies de ellas, de las quales, unas, esto es la gran variedad de vívoras, infestan los páramos y tierras frias; otras en número innumerable de especies distintas, llenan las tierras calientes; otras en fin, como acabamos de decir, acompañan á las sibucanes en la tierra templada: solo las culebras corales, llamadas así, porque prevalece en ellas el color encarnado, veteado de negro, pardo, amarillo y blanco, se hallan bien en cada uno de los tres temperamentos dichos; aunque segun la variedad de ellos, varían mas ó ménos sus colores, que á la verdad enamoran y arrebatan la vista, aun con verlos, en sabandijas tan detestables; pero aunque varían de color, no varían de humor; tal, que entre todas quantas culebras hay hasta hoy por allá conocidas, ninguna [186] llega á la violencia del veneno de las corales, aunque el de las culebras macaureles se le parece mucho: pero hablemos ya de los remedios.

Ya dixé arriba el modo bárbaro, cruel y necio, con que los Indios en su ciega gentilidad, curaban ó por mejor decir, no curaban á los mordidos de culebra. Ahora será muy del caso, supuesto que este Libro tambien se ordena al bien de aquellas pobres gentes, apuntar aquí brevemente los remedios usuales, que los Padres Misioneros tienen prontos, y llevan también en sus espirituales correrias, para bien de aquellos pobres ignorantes Indios, á cuya noticia no habia llegado la especie de tales antídotos.

El primero y principal remedio, es el bejuco de Guayaquil, de que latamente hablé en el Capítulo tercero de esta segunda Parte; pues el que puede conseguirle, no tiene necesidad de buscar otro; pero la distancia, dificulta su logro. Es tambien remedio universal la hoja del tabaco, que mascado en cantidad, parte tragado, y parte aplicado á la mordedura sajada, continuándole tres ó mas dias, es remedio muy eficaz contra la mordedura de qualquier culebra que se fuere; y á mas de la larga experiencia en los heridos, la tengo hecha también repetidas veces en las mismas culebras. He probado despues de aturdida la culebra con un golpe, de cogerle la raiz de la cabeza con una horquetilla, de manera que apretando con ésta, luego la culebra abre la boca; entónces, á todo seguro, le he puesto tabaco mascado en ella; en virtud del qual luego le da un temblor general; y pasado éste, queda muerta [187] la culebra, tiesa y fria, como si fuera un baston duro.

El tercer remedio general, es la piedra oriental: esto es, la asta de aquellos venados, aserrada en chicas piezas, las que se tuestan hasta tomar color de carbon: se saja la mordedura, y se aferra dentro, aquel quasi carbon, que chupa el veneno; pero á veces no bastan quatro ni seis, y lo mas seguro es, que juntamente masque tabaco el herido.

El quarto remedio, es, si la mordedura está en sitio capaz de admitir ventosa, el aplicar hasta quatro ventosas: la primera, seca: la segunda, sajada, y ésta chupa un humor amarillo: la tercera, da el mismo humor con pintas de sangre: la quarta, ya saca la sangre pura, y queda evacuado el veneno, y sano el paciente.

El quinto remedio, cierto y practicado, es una buena porcion de aguardiente fuerte, tinturado con pólvora, repetido; y á la tercera vez ya se superó, y amortiguó el veneno.

El sexto remedio, y muy bueno, es el bejuco de playa, llamado así, porque nace en las playas de casi todos los rios de tierra caliente. No es grueso como el bejuco de Guayaquil, ni se enreda en árbol alguno, porque nace en arenal limpio: su color es tan verde como sus hojas: su virtud es contra todo veneno de culebras, pero con una circunstancia rara, por la qual se usa de él rarísima vez; á saber que si tomado el zumo de este bejuco, toma el paciente qualquiera de los demás remedios ordinarios, luego le cuesta la vida: tan zeloso como esto es: y como comunmente los heridos de culebra no se contentan, ni se pueden [188] contener con tomar una sola medicina, por eso, este remedio casi no está en uso. En fin el colmillo del caymán ó cocodrilo, antídoto general contra los tósigos y venenos, que maliciosamente se dan, es contra la ponzoña de las vívoras y culebras, como diré adelante, en el Capítulo diez y ocho.

Capítulo XV

De otros insectos y sabandijas venenosas

Lo mismo es dexar el golfo y entrar por el Orinoco, ó por qualquier otro rio de tierra caliente, que entrar en una fiera batalla con varias clases ó especies de mosquitos, que todos tiran á chupar la sangre, y algunos mucho mas. Durante el dia, pueblan el ayre y se llena la cara, las manos, y quanto hay descubierto, de mosquitos grandes, que llaman zancudos, porque tienen las piernas largas, y pintadas de blanco: à mas de estos, persiguen al hombre otros exércitos de mosquitos llamados jejenes, cuyo tamaño no llega al de un grano de pólvora de artillería: al mismo tiempo sobrevienen otros del tamaño de granos de pólvora fina, que llaman rodadores, porque luego que se llenan de sangre, no pudiendo sus alas sostener tanto peso, ruedan por el suelo, y se pierden por golosos. Estas tres especies de mosquitos, á mas de la sangre que hurtan, dexan una comezon rabiosa, que al que se dexa llevar del prurito de rascarse, le cuesta caro. Sin embargo es tolerable esta plaga, porque [189] por último el pobre paciente en parte se venga, y mata muchos de ellos; y aunque acuden otros à millones, con una rama en la mano, ò con un pañuelo, se ocupa en espantarlos. Pero la quarta plaga, que es de unas moscas negras, como un azabache, y del tamaño de estas caseras, que llaman galofas, no tiene contraste, porque al mismo llegar, con la velocidad de un pensamiento, clavan el pico, sacan sangre, y dexan la herida: y hay muy pocos que puedan alabarse de haber muerto una sola galofa, con haberlas á millares, en especial en tierras anegadizas. A ésta se allega la persecucion de los tábanos, unos grandes, otros pequeños, otros medianos, y todos sangrientos. Si se anda por las selvas, ó en piragua, navegando á la orilla de los rios, no es creible quantas especies de abisperos salen al encuentro de abispas furiosas, á qual peor; tales que en tierra obligan á una fuga acelerada, y en el agua exponen al navegante á mucho riesgo; de manera, que no hallando los Indios remeros otro efugio, sueltan los remos, se arrojan al agua, y queda la embarcacion expuesta á un naufragio, y entregada á la fuerza de las corrientes.

Toda esta multitud de enemigos es despreciable, y se hace llevadera, en comparacion de unos mosquitos verdes, que llaman de gusano: estos abundan en los rios Apure, y Urú, en Tena, Espinál, y en las tierras excesivamente calientes: son intolerables, y chupan la sangre como los otros; pero en pago del sustento, dexan, ó por mejor decir vomitan, dentro de la carne, hasta donde penetró su afilado pico, un huevecillo imperceptible, que fomentado con el calor natural, [190] á los tres dias pasa á gusano peludo, de tan mala calidad, que inflama la parte en donde está, y causa calentura, como si fuera un grande tumor. No es esto lo peor, sino que como está en la carne viva, y los pelos de que está lleno, son ásperos, á mas de los vivos dolores, que causa cada vez que le da gana de comer, en todos los movimientos que hace, cada uno de sus pelos es un lancetazo cruel. El forastero, que piensa que es un tumor, y trata de curarle como á tal, va perdido; porque à los ocho dias ya tiene diez u doce hijos, cada uno de los quales va cundiendo en la carne viva por su lado, para formar cóncavo aparte, y multiplicar otros enxambres; en tanto, que á muchos les ha costado la vida: y en los parages donde mas abundan

aquellos mosquitos, aniquilan á los perros y cabras; y hasta el ganado mayor perece, penetrado todo de ellos. Nadie se admire de que los pinte tan por menor, porque escarmentado de su furioso diente y azicalados pelos, deseo que este aviso sirva de precaucion á los que llegáren de nuevo por aquellas tierras. Es cierto, que la herida del mosquito verde nadie la puede evitar, en el parage donde abunda; pero se puede estorbar que el gusano procee: y para ello se ha de observar, que en el mismo centro del tumor inflamado, que se levanta, se ve siempre una aguadilla, que arroja el gusano por la boca: sobre ella se pone chimú, que es quinta esencia de tabaco; y á falta del chimú, se pone tabaco mascado, con que se emborracha el gusano; y si bien aumenta los dolores con los movimientos que hace; apretando con los dedos pulgares, la carne, [191] á buena distancia del gusano, (por no machacarle,) dando el apretón con fuerza, salta el gusano entero, y solo hay que curar el cóncavo que dexa: pero si se estruja, y muere adentro, ó salta al apretar sola la mitad de él, queda trabajo para muchos dias; porque luego se forma apostema, y como á tal se ha de seguir la curacion. Estas seis plagas de intolerables sabandijas, persiguen y acometen de dia cara á cara. Pasemos ya á otras nocturnas, que no solamente roban la sangre, sino tambien el sueño y el descanso, tan necesario y apetecido, despues de haber trabajado todo el dia.

Luego que anochece, llueven enxambres de mosquitos cenicientos, pequeños, pero sumamente molestos; no solo por sus penetrantes picos, sí tambien por el sonido y zumbido con que atormentan el oido; tanto, que si ellos fueran capaces de entrar en partido, fuera trato útil á unos y á otros, darles amplia facultad de chupar sangre, con tal que callasen.

Entran en segundo lugar unos insectos pardos, de una hechura muy rara, del tamaño de tábanos medianos, que se llaman pitos; los cuales tienen un pico rabioso y suave: miéntras beben la sangre, lo hacen con tal tiento y dulzura, que no se dan á sentir; pero al retirarse llenos, dexan un dolor y comezon intolerable: estos abundan en todas las tierras calientes; y en especial en las casas recien fabricadas es grave su persecucion por mas de un año.

¿Y quién creyera, ó se atreviera á decirla, si no fuera tan evidente, y tan sangrienta y mortal la plaga nocturna de los murciélagos? De estos [192] (321) hay unos regulares, del tamaño de los que se ven en España; y otros tan grandes, que de punta á punta de sus alas tienen tres tercias; y unos y otros gastan la noche buscando á quien chupar la sangre. Los que por no tener otro arbitrio duermen en el suelo, si no se tapan de piés á cabeza, lo que es muy arduo en tierra de tanto calor, seguramente son heridos de dichos murciélagos; y tambien los que duermen en camas sin toldillo, ó sin mosquitero; pues aunque no quede sin tapar sino la frente, allí le muerden: y si por desgracia pican una vena, como acontece, el sueño pasa á ser muerte verdadera, desangrándose el cuerpo, sin sentirlo el dormido: tanta es la suavidad con que clavan el diente, batiendo al mismo tiempo blandamente sus alas, para halagar con el ambiente, al mismo á quien tiran á destruir. A causa de esta persecucion y otras, han inventado los Indios el dormir colgados en el ayre, sobre una como red, que llaman chinchorro.

Los Blancos ó Españoles duermen colgados, al modo dicho, en hamacas, que son mantas fuertes de algodón; pero ni una, ni otra inventiva resiste

á los picos de los mosquitos: y por esto los Indios ya Christianos y cultivados, usan mosquitero ó toldillo, aunque sea un pobre remero: los Gentiles, para resistir á las plagas del dia, se untan, como ya dixe, con aquel unguento hecho de manteca ó de aceyte, con achote molido, y para irse á dormir renuevan la dicha untura. Algunas Naciones, con los Otomácos, usan pabellones, tejidos de hoja de palma con gran curiosidad: otras Naciones labran sus dormitorios [193] junto á sus ranchos, que llaman unos sulecú, otros maspára, etc. segun la variedad de lenguas. Estos dormitorios son unas pequeñas chozas, muy cerradas, y de cubiertas tríplices, para que no penetren los enemigos nocturnos, en especial los tigres, que buscan su remedio de noche mas á su salvo. En fin, la necesidad ha obligado á todas aquellas Gentes á inventar arbitrios para su defensa, ménos las Naciones Guajiva, Chiricóa y Guama, cuyas Gentes duermen en el duro suelo, sin mas cubierta, que la del Cielo raso, expuestos á todas las plagas referidas, y á otras muchas que diré; y viva quien viviere; y al que amanece muerto lo entierran, sin apurarse, ni tratar de remedio, para evitar otras desgracias.

Lo que yo no podia ni puedo entender, es ¿cómo aquellas Gentes llegan á tomar el sueño, cubiertos de innumerables mosquitos? Ello es así, que luego que se tienden por aquel suelo á dormir, hay tal estrépito de palmadas, matando mosquitos, que me han quitado solo ellas el sueño muchas veces; al quarto de hora, ya suenan ménos, y á la media hora ya no se oye golpe alguno; y entra á atormentar en su lugar un horrible ruido de ronquidos intolerables. Yo, para registrar si aquel profundo suelo era por haberse retirado los mosquitos, (como sucede en la Nacion Guaraúna, que los destierra de casa con humo, segun ya queda dicho,) encendí varias veces luz, y reconocí, no sin espanto, aquellos cuerpos revestidos de piés á cabeza de millares de mosquitos, forcejando unos con otros, para hacerse lugar, y fixar su pico, yéndose unas vandadas llenas, y viniendo otras á llenarse de sangre, sin cesar, toda la [194] noche. Despues, con el tiempo ví, que no hay trabajo á que no se acostumbre el cuerpo humano; porque conocí algunos Padres Misioneros, que tenian la cara, frente y corona llena de dichos mosquitos, sin sentirlos, ni poco, ni mucho: ello es cosa dura de creer, pero cierta; y aunque no entiendo el cómo, no cabe duda en que el cuerpo se acostumbra á no sentir tantos y tan agudos agujijones.

Todas estas plagas volátiles hemos registrado, fixando la vista, ya en el ayre, ya en los cuerpos atormentados, á violencia de sus agudos picos. Ahora es preciso baxar los ojos al suelo, para ver aunque de paso, otras plagas, originadas de otros crueles y mortíferos insectos. Molesto es el asunto; pero útil para los que allá viven expuestos al daño, y curioso para los que acá le miran de léjos. [195]

Capítulo XVI

De otras sabandijas muy ponzoñosas

No se puede dar paso en las vegas de los rios de tierra caliente, sin llenarse el cuerpo de una comezón general, que causan innumerables animalillos, imperceptibles á la vista, á quienes los Españoles llaman coquitos, y los Indios Betoyes, sumi; los quales, despues de llenar el

cuerpo de ronchas con sus mordeduras, quando ya están llenos de sangre, se perciben con la vista, pero no se pueden arrancar, porque son tan menudos, que no alcanzan las uñas á poderlos prender. El remedio es sufrir, hasta hallar sitio apto para darse una untura de tabaco mascado, con que, ó caen, ó se mueren; pero si se ha de seguir el viage por las mismas vegas, es diligencia ociosa la untura, porque á los primeros pasos se llena el viajante de ellos segunda vez. Es esta una plaga muy molesta, pero ni causa calentura, ni otro grave daño; y lo que se hace, es sufrir hasta la noche, en que con la dicha untura del tabaco, se remedia todo, para poder dormir.

Poco mayores son otros animalillos semejantes, llamados coyas, que se perciben, y ven andar, v. gr. por las manos; pero es preciso guardarse de matarlos, y aun de tocarlos. Son de color muy encarnado, y su hechura de una garrapata menuda; pero si alguno inadvertidamente mata á uno de ellos, luego que aquel humorcillo le toca la carne, con ser tan corto, y casi nada, al punto se la hincha disformemente todo el cuerpo, y muere infaliblemente, [196] si no sufre el tormento del fuego de paja, llamada guayacán. El remedio único, es desnudarse, y encendido el fuego en dicha paja, dexarse chamuscar de piés á cabeza: esto lo hacen quatro ó cinco hombres con destreza, cogiendo al doliente, unos por los piés, otros por los brazos, y pasándolo por las llamas. Lance muy duro, y remedio cruel, pero único para librarse de la muerte.

Las bestias sienten á las coyas, segun parece, por el olfato; porque se observa, que estando paciendo una de ellas, de repente da un salto y un bufido; y averiguando el motivo, se hallan coyas en aquella mata de yerba, que iba á morder: no obstante se descuida tal vez, por estar la coya muy entremetida, ó tapada entre las hojas; y luego que la traga entre la yerba, muere hinchado, sea buey, ó sea caballo: y no tiene remedio. Esta plaga se siente solo en las tierras muy calientes, como son los llanos de Neyva, y otros semejantes, que son pocos.

En los territorios de Mérida, que ni son del todo frios, ni del todo cálidos, y en otros semejantes, se crían arañas de picadura tan venenosa, que si no se acude á tiempo con remedio oportuno, como lo es el sebo amasado con tabaco, hecho emplasto, corre manifiesto peligro, aunque sea caballo ó vaca el que recibió la picadura.

Las niguas son plaga muy universal, y no solo abundan en toda tierra caliente y templada, sí que no faltan en tierra fria, aunque no tantas. En el Paraguay y otras Provincias, las llaman piques; los Jiraras las llaman sicutú; y nadie se [197] escapa de esta epidemia, sino tal qual, de humores muy irregulares. No hay resguardo que baste; se meten por entre las medias y zapatos, y penetran la carne viva, con un dolor y comezón ardiente; luego forman una tela, y dentro de ella, á las veinte y quatro horas, ya tienen huevecitos, para criar un hormiguero de niguas. Son unas pulguillas, que las brota el polvo, y hay tantas en algunos parages, que apenas es creible: es plaga lastimosa para los Indios y Negros, que andan descalzos, y gastan poco cuidado en sacarse las niguas, que les entran por todas partes en gran abundancia; y como multiplican tan apriesa, los imposibilitan á poco tiempo. Unas familias, que de Canarias llegaron á la Guayana, por los años de 1720, se descuidaron tanto en sacarse las niguas, que murieron gran parte de ellas, sin otro achaque que éste.

Es importante el saber, que si luego que entró la nigua, (que avisa su bienvenida, con la comezón ya dicha,) se quiere sacar, es perder tiempo; porque al mismo tiempo que se va apartando la carne para sacarla, se va entrando mas adentro, y es peor: lo mejor, y ménos peligroso es, sufrir hasta al dia siguiente, y entónces se sacan, juntamente con su casita, que ya tienen, del tamaño de un grano de aljófár; y aquel hueco que dexan, se llena de tabaco en polvo, para que no se encone, como ordinariamente sucede. Ello es pension indispensable y urgente, el que un criado, con el alfiler ó la aguja en la mano, reconozca todos los dias los piés; y se suelen hallar cada dia quatro ó séis niguas que sacar; otros quince, y otros muchas mas, conforme los [198] humores de cada uno: ¡plaga, á la verdad, terrible!

El remedio eficaz, que yo he practicado siempre, para que jamás entre nigua alguna, y para que se mueran las que ya entráron; es una resina, que los Indios Tunevos de Patute, del Piñal, de Chisgas, y de Guacamayas, recogen al pié de los páramos nevados de Chita: ésta resina, que llaman otóva u otiva, la cogen del centro de una flor blanca, que crian allí los árboles: recién cogida es blanca, y se parece á la mantequilla bien lavada; pero despues pierde algo de su blancura: su olor es fastidioso, como olor de tocino muy rancio: se derrite entre los dedos con solo el calor natural de ellos: es á propósito para muchos remedios, como diré á su tiempo: es muy sutil, y penetra los piés untados con ella, y calentados al rescoldo, de manera, que si halla niguas, las mata, y prepara los piés, para que en todo un mes no entren otras. Pasado el mes, como se evaporó aquella virtud, se debe hacer otra untura; y de este modo me he visto siempre libre de niguas, desde que supe el secreto, y por mi aviso se han librado quantos lo han sabido; y se librarán quantos usáren de él. Y en fin, quando los panales de niguas, en los que se han descuidado, cogen ya enteramente los piés, y parte de las piernas, se untan con dicha otóva, y aplicando un tizon á proporcionada distancia, para que la derrita con su calor, y no moleste al doliente; despues de empapada, se arropan y vendan los pies; y á las tres unturas hechas en tres dias consecutivos, no solo se han muerto todas las niguas, sino que cae toda aquella costra seca, y queda nuevo y [199] limpio el cutis en toda la parte lesa. Esto es tan cierto, que con mis manos he curado muchos Indios, Negros y Blancos, con sola la reférida diligencia. He oido á personas inteligentes, que la breá aplicada en el modo dicho, equivale á la otóva; y la falta de estos untos se suple muy bien con sebo, repitiendo con freqüencia las unturas.

No está todavía averiguado, ni es fácil de averiguar, si la culebrilla, de que voy á dar noticia, nace en las plantas de los piés, por alguna congelacion de los humores del mismo cuerpo humano; ó si se origina de algun animalejo, que se entra al modo que diximos de las niguas. Lo cierto es, que en Cartagena de Indias, y en semejantes temperamentos, sumamente cálidos y húmedos, aunque no con freqüencia, se padece la culebrilla; la qual se dá á sentir, y á conocer por la inflamacion que (322) ocupa la planta del pié, y por la calentura que de ella se excita. Para observarla, lava un Cirujano el pié con agua tan caliente, quanto puede sufrir el paciente; y despues de limpio y enjuto el pié, se dexa ver un verdugon, mas ó menos enroscado, segun los dias que lleva de engendada la culebrilla, el qual indica su grandeza. Con este conocimiento se

procede á la curacion en el modo siguiente: se prepara un lazo, hecho de un torzál de seda fuerte, y se vuelve á meter el pié en el agua caliente; sufocada la culebrilla del calor, ó la tenia ya, ó abre puerta para sacar su cabeza; y al sacarla, prontamente, ántes que la retire, se le echa, y ajusta bien el lazo, cuya extremidad se debe afianzar sobre los tobillos, en la garganta del pié, de modo que quede, tirante, y se dexa arropado el pié, y quieto [200] hasta al otro día: se repite el baño, y se halla, que ya la culebrilla salió hácia fuera, supongamos el espacio de una uña, y en este estado la destreza y cuidado grande se ha de poner en dos cosas: la una, en no violentar demasiado la culebrilla para que salga: la otra, en que el lazo no afloxe, y retirándose ella hácia dentro, se pierda lo ya ganado. En uno y otro se requiere gran tiento; porque si se parte la culebrilla, se corrompe la parte que queda dentro, y se apostema el pié, dando materia á una prolixa y arriesgada curacion. Y á fuerza de tiempo y de prolixidad, sin mas que repetir los baños dichos, sale últimamente la culebrilla entera, de cosa de tercia de largo, del grueso de un bordón ordinario de arpa; y es casi nervosa, y de poca carnosidad. Esta relacion, casi con los mismos términos, la oi al Padre Cárlos de Anisón, de mi Religion, quien decia haber padecido de la culebrilla, y haber sido curado en el modo referido.

Otra especie de culebrilla da también en las tierras cálidas y húmedas; y abunda mucho especialmente en aquellos dilatados llanos de Pauto y Casanáre, donde están nuestras antiguas Msiones: las señas con que se manifiesta, son horribles, y como yo la padecí, daré una noticia de ellas, y apuntaré un remedio fácil y seguro, con que curar sin dolor un mal tan arriesgado. Da una inflamacion, v. gr. en el pecho, ó en la espalda, á que se sigue la calentura; brotan despues unas ampollas con aguadiza clara sobre la dicha inflamacion; y luego desde allí, como de su centro, empieza la inflamacion á caminar, dando [201] vuelta al cuerpo; y como si la cabeza de la culebrilla buscára el sitio mismo de donde salió, va caminando la inflamacion con punta piramidal; y el sitio que ocupó hoy, mañana amanece lleno de las dichas ampollas. Mas de la mitad del cuerpo me habia ya ceñido la culebrilla, y no hallaba quien me dixese qué cosa era, ni qué remedio tenia; hasta que un Indio silvestre, recién bautizado, llamado Ignacio Tulijay, viéndome fatigado, me consoló, diciendo: Babicá, fajijú, futuit fu, rufay fafolejú: que á la letra fué decirme: Padre mio, tú mueres sin falta: no hay mas remedio, que dexarte quemar. Viendo que no habia otro partido, quémame, le dixé, como tú quisieres. El caldeó un cuchillo luego, y hecho una ascua de fuego, empezando desde el principio de la culebrilla, la fué sajando y quemando por diez y siete partes. La culebrilla no pasó adelante, y la calentura se quitó luego; pero las sajaduras costáron de curar muchos dias: durante cuya curacion vino á visitarme una vieja Mestiza, esto es medio India, y medio Mulata, que se preciaba de Médica, y lastimándose mucho del rústico remedio que me aplicó el Indio, me dixo: que ella de sus mayores habia aprendido, que para matar la tal culebrilla, basta calentar bien un limon, partirlo, empapar pólvora con aquel agrío, y untar con dicho limon y pólvora con frecuencia toda la inflamacion: añadiendo que sabía por experiencia, que en llegándose á juntar la cabeza de la culebrilla con la cola ó sitio, de donde salió, luego al punto muere el paciente. Este remedio del limon caliente y [202]

pólvora, es muy eficaz y no causa al enfermo molestia de cuidado; de manera que despues le apliqué á muchos, porque, como dixé, es este mal muy frecuente en aquellos territorios. Y para que llegue á noticia de todos un remedio tan fácil y útil, se pone aquí; y advierto, que no solo da en el cuerpo, v. gr. en las espaldas ó pecho; da tambien en los brazos, en los muslos etc. con las mismas señas, que ya dixé. Lo que yo no acabo de creer es, que sea animal vivo, como lo afirman aquellas Gentes, sí bien aquel modo de caminar en círculo perfecto, puede ser algun indicio de lo que ellos piensan. Despues experimenté, que con sola la untura del limon tibio repetida, basta para atajar esta rara enfermedad.

Tambien afirma el vulgo, de aquellas Gentes, y muchos, que no son parte del vulgo, lo creen, que un mal muy comun, y casi cotidiano de los citados llanos, que se llama bicho, es un animalejo vivo, nacido en los intestinos, ó entremetido en ellos, como diximos de la culebrilla de los piés, y de las niguas. Las señas que da el bicho, son una gran calentura, con un sueño, tan profundo, que no hay forma de que despierte, ni abra los ojos el doliente; á quien al mismo tiempo se le afloxan y laxan notablemente los músculos hemorroydales: bien que si estos se fomentan con repetidos gajos de limon, y al doliente le hacen tragar del mismo agrio, sana luego; pero si no se le aplica con puntualidad dicho remedio, á las doce horas del achaque, le tiembla algo el brazo izquierdo; de allí á poco el brazo derecho; luego empiezan á temblarle y á encogérsele [203] los dedos pulgares; y en fin, todos los dedos se garrotan reciamente contra las palmas de las manos; y á las veinte y quatro horas muere sin falta, precediendo notables convulsiones en todos los miembros del cuerpo.

A mí no me han dado prueba ni razon, que me haya inclinado á creer, que este tal bicho sea animalejo viviente: mejor creyera, que es especie de calentura efimera, que preocupa toda la sangre, parte de la qual, elevada al cerebro, causa aquella modorra y sueño profundo; pues experimentamos, que refrescadas las hemorroydales, se quita con tanta facilidad la calentura y la modorra, y los dichos músculos se estrechan y recobran, volviendo al estado connatural. Pero éste y otros puntos solo los apunto, para que los doctos tengan este campo mas para sus discursos, propios de los profesores de la Física.

Es plaga muy ordinaria en las tierras calientes la de los aradores, que en sentir comun son unos animalillos imperceptibles á la vista: lo que se ve es, el lugar por donde van caminando entre cuero y carne, donde van dexando unos surcos de salpullido en forma de semicírculo, y en ellos una ardiente comezón: es plaga que cunde mucho en el cuerpo, y es muy difícil de quitar en tanto que no se ha hallado aun específico contra ella; pues si bien con limon caliente y pólvora se amortigua, luego recobra su fuerza.

Por fin, solo tocaré aquí de paso un mal para mí de admiracion; del qual en los dichos territorios he visto morir, y he ayudado á bien morir á muchos. Este consiste en ir creciendo el bazo hasta cubrir todo el estómago; con la circunstancia [204] de que luego que llega á topar en la costilla del otro lado, que viene á ser la penúltima, sin acceso alguno de calentura, muere el enfermo.

Capítulo XVII

Peces ponzoñosos y sangrientos

Después de haber manifestado á los caminantes los peligros de la tierra en la multitud de fieras y de insectos malignos, quedáran, con razon, quejosos los navegantes de aquellos rios y lagunas, especialmente los forasteros, si no les diésemos noticia de los riesgos, y peces venenosos que entre aquellas aguas se ocultan, para que con cuidado se recaten de ellos; y si no les insinuásemos el modo de librarse de ellos, y los remedios usuales para sanar, en caso de hallarse heridos. Muchos de estos daños padecieron los primeros Españoles, que baxáron y subieron por el Orinoco; y después los Ingleses, en sus expediciones, con pérdida notable de Soldados, como consta de nuestras Historias, y de los Itinerarios, que ellos formáron, que se hallan recopilados por Mr. Laet; pero como el único empeño de aquellos era el descubrir minerales, pusieron toda su mira en demarcar los rumbos del agua, y caminos de tierra, sin dexar noticias individuales de los animales que les destruian y acababan la gente; y este es el asunto de este Capítulo, no poco útil á los que han de navegar aquellos rios.

Se lamentaban aquellos Españoles de que las aguas de las lagunas y anegadizos circunvecinos del [205] Orinoco, les mataban mucha gente; pero este daño se evita ahora facilmente, si con un pañuelo doblado, ó con un girón de la capa ó de la casaca, se cuele dos, ó tres veces aquella agua ántes de beberla, de manera, que desde que se averiguó, y se usa de esta fácil precaucion, se ha evitado una infinidad de muertes: y lo creo muy bien, porque en ellos se corrompe el agua, y luego cria lama verde sobre sí, y dentro engendra multitud de sanguijuelas, renacuajos, cabezones y otros innumerables animalejos, casi imperceptibles á la vista, que transferidos al estómago, se aferran á él, y ya sea porque allí crecen, ó ya porque sin crecer mas, llevan consigo bastante malignidad; de ellos, y de la putrefaccion del agua se originaban dichas muertes.

Otra precaucion conviene tener presente, y es de no vadear rio ó laguna de poca agua, ni andar por las orillas de rio grande, dentro del agua, sin llevar en la mano un baston, picando con él la arena donde se han de sentar los piés; porque todos los rios, arroyos y lagunas de tierra caliente tienen rayas cubiertas con arena: estas son unos animales redondos y planos, al modo de un plato grande, que llegan á crecer disformemente: tienen el pecho contra el suelo, y en medio de él tienen la boca, pegada siempre contra la arena ó tierra, de cuyo xugo se mantienen: en la parte inferior tienen la cola bastantemente larga, y armada con tres ó quatro puas ó agujones de hueso firme, y de punta muy aguda; y lo restante, hasta la raiz, con dienteillos de sierra muy sutíles y firmes.

Estas puyas buscan los Indios, y las encaxan [206] con firmeza en las puntas de sus flechas de guerra, con que hacen la herida fatal ó muy difícil de curarse, por el veneno de aquellos animales. Luego que la raya siente ruido, juega su cola, y la encorva, al modo que con la suya lo executa el alacrán, y hiere á quien la va á pisar, sin advertirlo, por estar ella siempre oculta entre la arena. El que va caminando con su baston, picando el terreno por donde ha de pasar, va seguro; porque si hay rayas, al sentir el palo, se apartan.

Es digno de notar que por recia que sea la herida de la raya, no arroja gota alguna de sangre; ó porque el frio de aquella pua venenosa la quaxa, ó porque la misma sangre, á vista de su contrario velozmente se retira: y esta circunstancia me excitó á hacer dos experimentos, que son los que hoy se practican ya en todas aquellas Misiones, contra las cotidianas heridas de rayas, contra las quales los Indios no habian hallado otro remedio, que morir despues de cancerada la herida. Los Españoles habian hallado alivio al agudo dolor, aplicando una tajada de queso bien caliente, pero no evitaban una llaga gravísima y peligrosa, que siempre resultaba. A los Indios adultos, rarísima vez hieren las rayas; porque con el mismo arco que llevan para flechar pescado, van picando la arena, al vadear por el agua: toda la plaga recae sobre los chicos incautos que al irse á lavar y travesear, jamás escarmientan; y aun malicio, que se alegran de las heridas, por librarso de ir á la escuela, y á la doctrina, que evitan quanto pueden, por ser tareas opuestas al humor de aquella edad. [207]

Deseoso de atajar tantos daños, impelido de la reflexiõn arriba dicha, al primer chico que me traxeron herido, saqué una vena que hay en el centro de los ajos, que es la que pasa á retoño quando nacen, y la introduxe por la herida de la puya: á breve rato brotó por ella tal copia de sangre, que arrojó á la dicha vena ó nervio del ajo: despues que paró la sangre, puse otra semejante, y volvió al cabo de rato á salir sangre, pero en menor cantidad; y reteniendo en mi casa al paciente, á los tres dias ya estaba sano, sin habersele inflamado la herida, ni poco, ni mucho: de modo, que se infiere, que lo cálido del ajo pone fluida la sangre coagulada con el frio del veneno; y se ve que con la misma sangre sale el veneno que la puya habia entremetido. Este experimento me dió motivo para el segundo; que fué, llenar la herida hecha por la puya de la raya, con raspadura de nuez moscada, y surtió el mismo efecto, y con las mismas circunstancias dichas ya en el experimento primero. Dexo otras noticias de las dichas rayas, y concluyo con decir lo que me causó notable armonía; y es, que haciendo anatomía de la rara hechura de una, le hallé en el vientre la matriz, no llena de huevecitos, como tienen los otros peces, sino llena de rayas, del tamaño de medio real de plata, y cada una de ellas, que pasaban de veinte, armada con sus puyas en la cola, para salir prontas á dañar desde el vientre de su madre.

Otra plaga fatal es la de los guacaritos, á quienes los Indios llaman muddé, y los Españoles, escarmentados de sus mortales y sangrientos dientes, llamáron y llaman hasta hoy Caribes. Contra estos, [208] el único remedio es apartarse con todo cuidado y vigilancia de su voracidad, y de su increíble multitud, pues es tanta aquella, y tal ésta, que ántes que pueda el desgraciado hombre que cayó entre ellos, hacer diligencia para escaparse, se le han comido por entero, sin dexar mas que el esqueleto. Y es cosa digna de saberse, que el que está sano, y sin llaga ó herida alguna, puede entrar muy bien, y nadar entre innumerables guacaritos, (si sabe espantar las sardinas bravas,) seguro, y sin el menor sobresalto; pero si llega á tener algun rasguño de espina, ó de otra cosa, por donde se asome una sola gota de sangre, va perdido, sin remedio: tal es su olfato, para conocer, y hallar la sangre. Y para mayor advertencia añado, que pocos años hace, precisado á pasar el rio Cravo, un buen hombre,

estando el rio muy crecido, dexó la silla de montar al otro lado, y encima del caballo en pelo se arrojó á pasar: tenia el caballo lastimado el espinazo, y al olor de aquella sangre le embistiéron los guacaritos con tal ímpetu y multitud, que por mas presto que el hombre se arrojó del caballo á nadar, cogiendo luego tierra, salió lastimado, y murió en breve: y aunque no tenia herida alguna, sus compañeros discurriéron, que á rio revuelto, llevó de aquellos animales los fatales mordiscos, que le causáron la muerte. Esto es muy creible, porque se ha reparado, que durante los ataques sangrientos, se comen los (323) guacaritos unos á otros, porque por estar los mas inmediatos á la presa teñidos de sangre, dan con ellos los que van llegando de nuevo; y es muy creible, que esto es lo que sucedió al referido pasajero. [209]

No ha mucho que en la Mision de Guanapalo, le lleváron al Padre Misionero de aquella gente, los Alguaciles de la doctrina, un esqueleto recientemente descarnado, de un chico de unos seis ó siete años de edad, que inadvertido se entró en el rio, con un leve rasguño, y le arremetiéron tan apriesa los guacaritos, que con haber muchos Indios presentes, nadie le pudo remediar, pues ninguno se atrevió á exponer su vida á un manifiesto peligro.

Esta mala casta de guacaritos abunda en el Orinoco, en todos los rios que á él baxan, y en todos los arroyos y lagunas; y porque ellos, como queda dicho, no saben abrir brecha, si no la hallan, hay con ellos otra multitud innumerable de sardinitas de cola colorada, sumamente atrevidas y golosas, las cuales, lo mismo es poner el pié en el agua, que ponerse ellas á dar mordiscos, y abrir camino á los voraces guacaritos sus compañeros. Esta es la causa, porque los Indios, quando por falta de canóa se ven precisados á vadear algun rio mediano, pasan dando brincos, y aporreando el agua con un garrote, á fin de que se espanten y aparten, así las sardinas y rayas, como los guacaritos, cuyos dientes son tan afilados, que los Indios Quirrúbas, y otros que andan sin pelo, se le cortan, sirviéndose, en lugar de tixerás, de las quixadas de los guacaritos, cuya extremidad, afianzada con una amarra, que ajusta la quixada de arriba con la de abaxo, forma las tixerás de que usan.

Otro pez hay en las bocas del Orinoco, y costas de la Isla de la Trinidad, y en las del Golfo Triste, que llaman tamborete: á éste, quando cae [210] en la red, luego le arrojan otra vez los Pescadores; porque á algunos, que incautos le han comido, luego se les ha hinchado horriblemente el vientre y han muerto. Doy las señas de él, para que sea conocido: no crece mucho, pues el mayor no llega á ocho onzas de peso; no es pez de escama, sino de pellejo; y es mas grueso de lo que pedia su longitud: tiene el lomo casi morado, y la barriga blanca.

El pez espada piensa neciamente, que la canóa que pasa navegando, es algun animal que va en su alcance, y luego saca la cabeza, y en ella su espada, no de dos filos, sino de dos sierras; y da tal tajo á la débil canóa, que la pone á pique de trabucarse. Si es la canóa vieja, le suele sacar una buena astilla; y si es nueva, suele dexar la mitad de su espala encaxada en el bordo, y se va medio desarmado. El se hace respetar de todos los peces por su espada, y hasta los caymanes, manatiés y bagres procuran evitar su encuentro. ¡Quánto mas cuidado deben tener los hombres para librarse de su furiosa ira, y fatal golpe!

Desde las bocas del Orinoco, por todo el Golfo Triste, hasta las bocas de los Dragos, se cria el pez manta, de quien huyen á remo y vela, así las piraguas de los Pescadores, como las de los pasajeros. Se cree que es pez, aunque no tiene traza de ello: es un témpano quaxado, tan ancho, que luego que se arrima a la canóa, la cubre en gran parte, y regularmente con la canóa y la gente de ella se va á pique.

No he visto este monstruo, pero navegando por aquel Golfo en los años de 1731 y 32, vi y oi el sobresalto de los marineros y pasajeros, y el [211] miedo grande que tenian de dar con una de estas mantas, que tan fieramente arropan y abarcan tanto buque, quanto parece increíble. De los Buzos ó Pescadores de las pesqueras de perlas he oido á personas fidedignas, que entran al fondo con un puñal en la mano, para defenderse de dichas mantas, que al primer piquete se retiran.

Bagre armado se llama otro pez, de que abundan aquellos rios, á distincion de otros bagres, de muy buen sabor al paladar, que no tienen armas, ni ofensivas, ni defensivas. Dicho bagre armado, desde los huesos en que se ajustan contra el cuerpo sus agallas, hasta la extremidad de la cola, tiene por cada costado una fila de uñas de hueso muy agudas, y parecidas á las uñas de la aguilá real: nada con la velocidad de un rayo, y á los peces, caymanes, hombres, ó á qualquiera animal á que se arrima de paso, le dexa destruido, é incapáz de vivir. Sus carnes no se pueden comer, por estar todas penetradas de almizcle intolerable.

El pez temblador, por otro nombre torpedo, á causa del entorpecimiento que comunica, se llama así, porque hace temblar á quantos le tocan, aunque no sea inmediatamente, sino mediante una lanza ó caña de pescar. Se parece en la hechura á las anguilas, y crece mucho mas que ellas: yo los he visto del grueso de un muslo, y de mas de una brazada de largo: solo en los lomos tiene carne muy gustosa, pero muy llena de espinas, que rematan en horqueta; y el resto de su cuerpo todo es manteca muy blanca: no tiene agallas, y en su lugar tiene dos como orejas, de color rosado, y en ellas reside la mayor [212] actividad para entorpecer; tanto, que despues de muerto le manosean, y cortan los Indios para poner en la olla, ó para asar, sin sentir ya temblor; pero si le tocan las orejas, todavía tiemblan, y se entorpecen. Todo su cuerpo es sólido, ménos un corto gemo mas abaxo de la boca, donde no se halla tripa alguna, sino solo el buche, é inmediatamente el desaguadero de las heces. En el charco ó remanso de rio, donde ellos andan, no paran, ni caymanes, ni otros peces grandes, por el miedo que les tienen. El temblador, para pescar los peces medianos, se arrima á ellos de paso, los atonta, y se los traga á su gusto; pero mas gusta de las sardinas menudas, y es curioso el modo con que las pesca. En reconociéndolas, las va siguiendo hasta cerca de la barranca, en donde hace de su cuerpo un semicírculo, fixando la cabeza y la punta de la cola contra la barranca; con que todas aquellas sardinas que tocó al formarse, y las que pretendiendo salir del semicírculo tocan con él, se quedan entorpecidas, y boca arriba, tanto tiempo, quanto ha menester para engullírselas todas: digo engullir, porque no tiene dientes.

La payára es de los peces mas hermosos de aquellos rios, y de buen sabor. Algunos llegan á crecer tanto, que pesan veinte y cinco y mas libras; pero por grandes que sean, dan unos brincos de mas de una vara fuera del agua; y si alguno de los que van en canóa trae jubon, ceñidor, ó

ropa colorada en el cuerpo, da la payára el salto, pégale un mordisco, y queda colgando de la ropa que mordió. Estos peces se pescan sin cebo, y sin anzuelo, sirviendo de golosina la soga, y sus largos y agudos colmillos de anzuelo. Para pescarles [213] atan á la punta de un palo un retazo de bayeta ó sarja colorada, y se la van mostrando, ó desde la orilla del rio, ó desde la canóa, y ellos van saltando y prendiéndose como dixe; porque á mas de su dentadura, que es larga y sutil, los colmillos de la quixada inferior son tan largos, que por los conductos que Dios les hizo por entre la cabeza, les van á salir las puntas junto á los ojos; por lo qual cierran la boca, como con llave; y siendo ropa la que muerden, como no pueden cortarla del todo, quedan aprisionados con sus propias armas. Al contrario sucede quando de repente dan un salto, y al pobre Indio que va remando ó pescando desnudo (segun su costumbre) de improviso le arrancan un pedazo de carne de la pierna, ó de un muslo: lo que sucede muchas veces. Dexo otras plagas de animales acuáticos; así porque no son considerables; como porque no quisiera ser molesto. Resta solo tratar de los caymanes, de quienes, aunque los Autores que han escrito de la América, han dicho mucho, yo diré mas, por el largo tiempo que he lidiado con ellos, observando sus ardidés, y haciendo tambien anatomía de sus entrañas: todo lo que pide Capítulo aparte, que será, no sé si mas útil, ó curioso. [214]

Capítulo XVIII

De los caymanes ó cocodrilos, y de la virtud nuevamente descubierta en sus colmillos

¿Qué definicion se podrá hallar, que adecuadamente comprehenda la fealdad espantosa del caymán? El es la ferocidad misma, el aborto tosco de la mayor monstruosidad, y el horror de todo viviente: tan formidable, que si se mirára en un espejo, huyera temblando de sí mismo. No puede idear la mas viva fantasía una pintura mas propia del Demonio, que retratándole con todas sus señales. Aquella trompa feroz y berrugosa, toda negra y de duro hueso, con quixadas, que las he medido, de quatro palmos, y algunas algo mas; aquel laberinto de muelas, duplicadas las filas arriba y abaxo, y tantas, no sé si diga navajas aceradas, dientes ó colmillos; aquellos ojos resaltados del casco, perspicaces y maliciosos, con tal maña, que sumida toda la corpulenta bestia baxo del agua, saca únicamente la superficie de ellos, para registrarlo todo sin ser visto; aquel dragon de quatro piés horribles, espantoso en tierra y formidable en el agua, cuyas duras conchas rechazan las balas, frustrando su ímpetu; y cuyo centro de broncas y desiguales puntas, que le afea el lomo y la cola de alto abaxo, publica, que todo él es ferocidad, saña y furor; me horrorizan de manera, que no hallo términos que expliquen la realidad de las especies, que de este infernal monstruo tengo concebidas. [215]

La dicha de los hombres está en que no todos los caymanes son carniceros, ni se alimentan de otra cosa, que de pescado; bien que no siempre le tienen á mano, porque siendo como es el caymán pesado, y de tardo movimiento, temerosos, y aun escarmentados de su ferocidad los peces, se le escapan, y pasa los dias enteros sin pillar alguno: dígolo,

porque habiendo desentrañado algunos despues de muertos, rara y casi ninguna vez les hallé en el estómago comida alguna: lo que todos sí tienen en el fondo del ventrículo, es un gran canasto de piedras menudas muy lisas y lustrosas, amolándose con la agitación unas á otras. Procuré averiguar este secreto, y las causas de este lastre, y hallé, que cada Nación de Indios tiene su opinion en la materia, y que todos tiran á adivinar, sin saberse quien acierta. El parecer que mas me quadró, es el de los Indios Otomácos, mortales enemigos de los caymanes por muy amigos de su carne, de que luego hablaremos. Dicen aquellos Indios, que quando va creciendo el caymán, va reconociendo dificultad en dexarse aplomar al fondo del rio, en cuyas arenas duerme cubierto de todo el peso de las aguas, que sobre él corren; y que guiado de su instinto, recurre á la playa, y traga tantas piedras, quantas necesita, para que con su peso le ayuden á irse al fondo, que busca para su descanso: de que se infiere, que quanto mas crece, de mas piedras necesita para su lastre y contrapeso; por lo que en los caymanes grandes, se halla, como dixé, su vientre recargado con un canasto de piedras.

No ha faltado quien leyendo lo referido, de corrida y sin la reflexiõn que se requiere, me atribuya [216] á mí el parecer que yo refiero, como opinion de los Indios Otomácos, sin reparar en que allí doy por supuesto, que todos tiran á adivinar, sin saberse quien acierta. Lo que yo digo es, que el parecer de estos me quadra mas; y esto solo es afirmar, que tiene mas probabilidad, que el de otros Indios, cuya opinion no lleva camino; pero aunque fuera mio dicho parecer, no rehusára fundarlo y defenderlo de los argumentos opuestos; sobre que diré algo al paso, soltando el argumento que se me hizo, que es éste.

El caymán es pescado: al pescado ha dado Dios toda la agilidad que ha menester para nadar, subir y baxar en el agua: luego el cayman no necesita de piedras para sumirse en el rio. Si quisiera negar la mayor, se acababa todo el argumento; y pudiera muy bien negar que el caymán sea pescado, porque es animal anfibio, como lo es el lobo marino, la nutria, y en las Américas el ante, que es quadrúpedo y aquatil; la higuá, y cierta especie de cerdos, que llaman irabúbos, todos los quales, igualmente que el caymán viven y habitan tan alegremente en la tierra, como en el agua. Pero vengo ya en que sea pescado, y voy á la menor, que hallo falsificada en la América, no solo en el pescado que se llama coletó, torpe y miserable, que vive en las cuevas, que él mismo cava en las barrancas de los rios; y al paso que el rio mengua, va formando cuevas hácia abaxo, de donde les extraen los Indios á todo seguro; si tambien en la raya, de que ya hablé, que es pescado, y vive aplomado en el fondo de los rios de la América, cubierto ordinariamente de arena, y se arrastra, mudando sitios al crecer [217] y menguar los rios, dexando señalados los puestos en la playa.

Dios da á los vivientes sensitivos lo que han menester, de dos modos, ó real, ó virtualmente. Al pez espada se la dió formidable en la cabeza para herir y defenderse: al leon dió garras; al perro colmillos, y así á otros animales: y todo esto se lo dió su Magestad al hombre virtualmente, dándole habilidad para inventar armas, así para ofender, como para defenderse. En este mismo sentido dió Dios al caymán lo que ha menester para hundirse en el rio, dándole instinto para tragar las piedras, que necesita para ello; al modo que al gavilan, y á otras aves de rapiña, que

en comiendo demasiado, no pueden levantar el vuelo, les dió aquel instinto natural, con que lanzan lo que conviene para remontarse en el ayre con menor peso. Las grullas son tardas en levantar el vuelo; y para no ser sorprendidas, se remudan de noche, haciendo centinela; y para despertar ésta, si acaso se duerme, levanta un pié, y entre sus garras una piedra ó un terron, que al adormecerse se le cae, y la despierta con el golpe: con que el Señor que dió este arbitrio á las grullas, dió el otro á los caymanes. Ahora insto el argumento contra el que le hizo, de esta forma, mirando el modo de volar de las grullas: la grulla es ave: á las aves dió el Criador todo lo que han menester para volar: luego vuelan sin adminículo alguno externo: y veis aquí, que ya es menester dar la misma solucion, que yo di al argumento, distinguiendo la menor, y negando la consecuencia; porque ya que la grulla no pueda mantener en el ayre el peso de su cabeza por largo tiempo, le dió la industria de recargarla [218] sobré la espalda de la que va delante; y luego que la delantera se fatiga, se aparta reclina la cabeza en la espalda de la última, sin lo qual ya no pudiera volar, como ni el caymán irse á fondo sin lastre de piedras.

De modo, que no solamente dió el Criador á los animales, admirables industrias para su conservacion, sí tambien para nuestra enseñanza, como se ve en las repúblicas ordenadas y hacendosas de las abejas y de las hormigas. Y quien quisiere maravillarse, y alabar á Dios, vea en la Historia de la Canada ó Nueva Francia, la república que forman los castores, la vida sociable que hacen, su gobierno económico, y la formalidad y arte natural con que labran sus viviendas, para las quales unos cortan madera, otros le cargan; aquellos amasan barro, estos le cargan; y los demás, á fuer de Arquitectos, labran las viviendas.

Estas y otras cosas admirables, que vemos hasta en las mas despreciables arañas, me movió á decir, que me inclinaba, é inclino á que los Indios Otomácos no van muy fuera de camino, diciendo que el caymán engulle piedras para lastre; arbitrio de que usan los Marineros, para que hundido con proporcion el navío, navegue con la seguridad, que no tuviera sin lastre: de modo, que así como quanto mayor es la embarcacion, requiere mas lastre; así quanto mas crece el caymán, mas piedras tiene en el buche: y esta es materia de hecho indubitable, no solo por haberlo visto yo, como ya dixé, sino porque es notorio en donde quiera que hay caymanes y cocodrilos, así en las Indias Occidentales, como en las Orientales. En los rios en que no hay piedras, retienen los caymanes los huesos [219] de los animales que comen, como me aseguró del rio de Tame el Capitan Don Domingo Zorrilla, despues que hizo la experiencia: y Mr. Salmon afirma (324), que en las costas de Mendanao, y de Xobo se hallan en los vientres de los cocodrilos huesos de hombres, de animales, y tambien cantidad de piedras, que tragan para llenar el estómago.

Solo casualmente aprenden à cebarse en carne humana; y así en los rios donde no hay Poblaciones, y hay poco concurso de embarcaciones pasageras, solo en tres circunstancias de tiempo son de temerse los caymanes. La primera, quando por Setiembre y Octubre andan zeloso, en continuo movimiento de sus hembras. La segunda, quando puestos los huevos en hoyas, que para ellos cavan en las playas, donde con el calor del Sol y de la arena se empollan, andan la hembra y el macho remudando la guardia no léjos de la nidada. La tercera, quando salidos ya del cascarón los

caymancillos, van todos juntos arrimaditos á las barrancas, nadando por la misma orilla del agua; pues entónces andan sus padres á la vista; y en éste y en los otros dos tiempos dichos, gastan infaliblemente de su sañudo humor, y embisten con furia, disparando al mismo tiempo una ventosidad é intolerable almizcle, que aturde el sentido; por lo que en los dichos tres tiempos es necesario navegar con gran cuidado, y vigilancia. [220]

En los raudales furiosos de los rios, en los remolinos y peñascos donde suelen naufragar las embarcaciones, y junto á las Poblaciones, en los sitios adonde van las gentes á lavarse y á tomar agua para llevar á sus casas, en todos estos sitios hay caymanes cebados, y enseñados á comer carne humana: en aquellos remansos de agua es donde estando sumidos tienen afuera la superficie de sus ojos, acechando maliciosamente la presa; y allí es donde también perecen muchos de ellos, con las flechas de caña brava, que les disparan los Indios. La caña brava, llamada así, porque es sólida, es un veneno tan activo para los caymanes, que por poco que entre la punta de la flecha, ó por el lado de los brazuelos, ó por los ojos, que son los sitios únicos por donde son capaces de recibir herida, á poco tiempo nadan sobre el agua ya muertos. También los mata su misma voracidad, cebándoles aquellas gentes de este modo: en medio de una estaca de madera firme, atan una sogá fuerte y larga; en la estaca amarran un pescado, que la tape, ó un pedazo de carne; luego concurren allí los caymanes, y el primero que llega se traga la carnada y la estaca: espera el pescador un rato, y luego con ayuda de compañeros, saca el caymán á la playa, por mas que se resista: y á esta trampa llaman tolete.

De ésta misma usan en la playa seca para prenderlos sin cebo ni carnada alguna; y es una fiesta, no de toros, sino de caymanes, digna de verse. Coge el Indio el tolete ó la estaca con las puntas bien aguzadas, la toma del medio, y sale á provocar al caymán, que con mas de una [221] vara de boca abierta contra el Sol, se está calentando: luego que el caymán ve venir contra si al Indio, le acomete en derechura con la boca abierta: á distancia competente se aparta el Indio solo un paso, y con este lance pasa el caymán de largo: no se apura el Indio; porque por tener el caymán el espinazo tieso é inflexible, ha de hacer un gran círculo para volverse á encarar con su enemigo: éste espera la segunda, tercera y quarta embestida, y quantas quiere, evadiéndolas con la misma frescura y facilidad, hasta que de hecho suelta la sogá, empuña bien la estaca, y espera al caymán á pie firme: llega éste á coger furiosamente la presa con la boca abierta: y entónces el Indio le mete intrépidamente el puño con la estaca, y todo el brazo dentro de la disforme boca, con el seguro, de que al tiempo de cerrarla, se clava el caymán la punta superior del tolete en el paladar, y la punta inferior abaxo de la boca, y así se queda cogido con toda la boca abierta, hecho ya juguete de los muchachos. Cúbranse de vergüenza los Circos y Anfiteatros Romanos, con sus soberbios Emperadores, que yo aseguro, que jamás viéron espectáculo de semejante valor y destreza: ni lo dicho fuera creíble, sino al que lo ha visto: y para que lo crea el que lo leyere, es preciso que haga reflexiön sobre que en él solo interviene un bárbaro jugando con un bruto. Los Indios de Campeche usan el mismo divertimento, y con mayor destreza los de Filipinas, por ser mas ligeros y ágiles aquellos caymanes con quienes juegan.

Yo no he visto la niña del tigre feróz Americano con el caymán, pero

los Indios que la han [222] observado, me han referido, que estando el caymán calentándose al Sol, suele de un salto el tigre clavarle todas quatro garras, montado sobre él, quien no halla otro remedio que arrojarle al profundo del rio, para que se ahogue su enemigo: si ántes que se hunda el caymán, el tigre, como suele suceder, le ha rajado el vientre, y derramado las tripas, le saca al seco, y se lo come; pero si el caymán ligeramente ganó el fondo del rio, despues de ahogado el tigre, le saca á la playa para su regalo.

Y es digno de saberse que el caymán dentro del agua muerde lo que encuentra, pero no puede comer, y sale al seco para lograr la presa; y la causa es, porque el caymán, ni tiene lengua, ni cosa equivalente; sí solo la campanilla del garguero, que es un tapon de carne informe, que le tapa el tragadero al cerrar la boca; y al abrirla queda el paso franco para el agua, que si se descuida le ahoga: por lo que coge, aprieta reciamente la presa, y luego que la siente privada de movimiento, sale con ella á la playa, y logra el fruto de su trabajo.

Se recrean y regalan mucho los Indios con los huevos de caymán, y es gran fiesta para ellos, quando hallan algunas nidadas, en cada una de las quales, á lo ménos encuentran quarenta huevos tremendos, gruesos y largos, con ambas extremidades redondas: todos van al caldero, y aunque al tiempo de comerles encuentren ya empollados los caymancillos, no se afligen, porque todo lo comen brutalmente: todo quanto contienen los huevos adentro, es clara, y en su centro una mancha parda, que dicen ellos ser la parte, [223] que ha de ser la cabeza del caymán.

Y lo creo así, porque abriendo muchos de aquellos huevos ya empollados, he reconocido, que el cuerpo y cola del caymancillo, de mas de un xeme de largo, da vuelta enroscada por el circúito interior del huevo, y la cabeza queda en el medio, ó en el centro, la qual saca luego que se rompe la cáscara, y muerde con furia el palo con que se rompió el huevo, clavando reciamente los dientes afilados en el palo: así nacen armados estos feos animales.

Pero como apunté, ya sean chicos, ya sean grandes los caymánés, no les valen sus armas contra la industria y temeridad de los Indios Otomácos y Guamos, que usan de sus carnes por regalo, especialmente en el Invierno y creciente del rio, quando es poco útil otra pesca: entónces salen aquellos de dos en dos, con una recia sogá de cuero de manatí, y un lazo en la extremidad de ella: el uno lleva la sogá, y el otro el cabo donde está el lazo; y en viendo al caymán tomando el Sol, procuran acercársele sin ser sentidos de él, hasta que al mismo tiempo que cae al rio el caymán, el Indio que lleva el lazo monta sobre él, con toda seguridad, porque ni puede volver la cabeza para morderle, ni doblar la cola para que le alcance: con el peso del Indio que carga encima, luego va á dar el caymán al fondo del rio; mas quando llega á dar fondo, ya tiene el lazo bien apretado en la trompa, y tres ó quatro lazadas añadidas, para mayor seguridad; de las quales la última es la mejor; porque asegura á las otras en el mismo pescuezo: sale afuera el Indio tan fresco como el mejor Buzo de una Armada Real, y [224] él y su compañero tiran hácia afuera el caymán, que aunque hace con la cola sus extremos, no puede resistirse, ni evitar la muerte.

Dánle un fiero garrotazo sobre los ojos, del qual queda enteramente

aturdido, y ántes de darle otro golpe, mientras está vivo, le cortan y sacán del pecho la tabla de conchas, donde reside el fiero almizcle, porque si muere el caymán ántes de quitarle dicha tabla, se difunde por todo el cuerpo tanto almizcle, que apesta la carne, de modo que no puede comerla ni la gran voracidad de los Indios. Quitada aquella tabla, destrozan la carne, que es tan blanca como la nieve, tierna, y de buen gusto; y solo queda la sospecha, de que tal vez se habrá comido aquella bestia algunos hombres. De ordinario tiene mucha grasa y manteca, que guardan los Indios para sus amasijos de pan, como ya diximos; y como hay tanta abundancia de caymánes, pasan aquellas dos Naciones sus Inviernos alegremente, y con mucha abundancia de vianda. ¡Tanto como esto puede la industria humana!

Como vimos en la primera Parte, el pan de los Indios Otomácos, es á lo ménos la mitad, de tierra gredosa, que naturalmente habria de dañar á los que le comen; pero sucede lo contrario, porque aquellos Indios exceden á las demás Naciones en robustéz, fuerza y corpulencia; y esto me movió á indagar ¿cómo, ó porque las otras Gentes, si por vicio comen tierra (como sucede en los de poca edad, y en las mugeres embarazadas,) luego pierden el color, se ponen entecas y enferman; y comiendo los Otomácos chicos y grandes, no solo el dicho pan, sino tambien muchos [225] terrones de pura greda, no les causa daño alguno? Y despues de repetidas experiencias, hallé con toda evidencia, que la manteca ó grasa del caymán, limpia totalmente el estómago, sin dexar en él tierra alguna; de modo, que dándole al que se opiló con comer tierra, tres ó quatro mañanas una onza de dicha grasa en ayunas, con algo de azucar para evitar el asco, expele toda la tierra del estómago, recobra las ganas de comer, y vuelve á su nativo color el rostro: y de esto hay innumerables experiencias.

Antiguamente arrojaban al rio las cabezas de los caymanes que enlazaban; pero de pocos años á esta parte tienen en ellas su mayor ganancia, porque venden á muy buen precio los colmillos, que se buscan con ansia, para enviarlos á personas de estimacion, que los reciben y agradecen como un apreciable y rico regalo, á causa de haberse descubierto en la Provincia de Caracas, ser dichos colmillos un gran contraveneno. Por esto y por lo que han experimentado ya, el que no lleva un colmillo de caymán engastado en oro ó plata, y apretado con una cadenilla á uno de los brazos, se pone en los dedos una ó dos sortijas hechas de los mismos colmillos, contra las yerbas venenosas, que los Negros esclavos suelen usar unos contra otros, y no pocas veces contra sus Amos. El descubrimiento de la virtud del dicho colmillo es moderno, y fué así: deseoso un Negro esclavo, en las haciendas de Caracas, de matar á otro, le dió ocultamente de quantos venenos y yerbas venenosas tenia noticia; y viendo que se cansaba en valde, y porfiaba en vano, porque su enemigo estaba bueno [226] y sano, despues de sus diligencias; á fin de saber la causa, empezó á saludarle, visitarle y enviarle todos los regalos que podia, y como el otro estaba muy léjos de saber la mala intencion que habia tenido éste, correspondíale con buena amistad; y con esta ocasion un dia dixo el Negro malévolo al otro: ¿camarada, si algun mal Christiano nos quisiese dar veneno, qué remedio sabes? El otro Negro sacó el brazo, levantó la manga, y mostrándole un colmillo de caymán atado á la carne, le dixo ingenuamente: amigo, teniendo este colmillo, no hay veneno que valga.

Corrió la voz, y con la experiencia el aprecio de tan buen preservativo.

Al mismo tiempo, á poca diferencia, una enojada y cruel muger quiso matar á su marido, dándole á este fin varios venenos; pero estos no tuvieron fuerza, porque casualmente para guardar yesca traia siempre consigo un colmillo de caymán. El caso se hizo público en la Ciudad de Panamá: pasó la noticia á las de Guayaquil y Quito, en donde se hicieron varios experimentos, dando tósigos á varios animales, despues de atarles al pescuezo el dicho colmillo; y el efecto fué lanzar á breve rato la carne envenenada, y quedar sin daño alguno.

Con estas experiencias, se pasó después á poner sobre las mordeduras de vívoras y culebras el colmillo del caymán, y se ha visto ser el antídoto mas activo, y mas universal, como es ya notorio en las tres citadas Provincias; de modo, que hasta la mortífera ponzoña de aquellas vívoras, que llaman bejuquillo, para la qual, con gran dificultad se hallaba triaca, cede luego á la [227] virtud de aquel colmillo, como consta de instrumento jurídico, con que se autenticó en Guayaquil semejante caso. Solo lo ya experimentado equivale á mas de lo que se afirma del Unicornio; y la pericia de los Botánicos descubrirá con el tiempo mucho mas.

En fin, hay abundancia de caymanes, de la misma forma y figura; pero no son en sí bravos, aunque quando los torear mucho, los he visto enojados, y estos solo se mantienen de pescado, y son comida apetecible, y de buen gusto; de manera que quando hay babilla, que es el nombre que se da á aquel caymán, abandonan los Indios qualquier otro pescado.

Capítulo XIX

Modo de cultivar sus tierras los Indios, y los frutos principales que cogen

Es de fe, que con el sudor de su rostro, ó á costa de él, han de comer todos los hijos de Adán: solas las Naciones Guajiva y Chiricóa, de que ya hemos tratado, por su innata pereza, parece que procuran evadir esta inevitable pensión; pero neciamente, porque por no inclinar sus hombros al cultivo de la tierra, se ven obligados á estar en una continua marcha, y caminar siempre de rio en rio, para lograr las frutas silvestres de las vegas; y por la misma causa, ni fabrican casas, ni tienen resguardo alguno contra los Soles, ni las lluvias: penalidades mucho mayores, [228] que las que de suyo trae el cultivo de la tierra, que aunque trabajoso, da treguas al descanso, admite algún reposo, y con la cosecha abundante hace olvidar las fatigas.

No así el resto de las Naciones de que voy hablando en esta Historia; ántes bien, las que tienen noticia de los Guajivas y Chiricóas, abominan de su genio, usos y costumbres; y dicen que han aprendido aquel modo de vida de los monos, y otros animales; y aunque todos los Indios generalmente son dominados de la pereza, con todo, unas Naciones son mas inclinadas al cultivo de la tierra, otras ménos; y en todas, como ya queda dicho, el mayor peso del trabajo recae sobre las pobres mugeres, así en las tareas del campo, como en las domésticas; unas y otras mal agradecidas, y peor pagadas por sus maridos.

Es muy diverso el modo, y mucho menor el trabajo que tienen en cultivar las tierras, después que admiten Padres Misioneros, y por su medio consiguen herramientas después de congregados á vida civil en Colonias. Los Gentiles, unos vivían, y muchos aun hoy viven escondidos entre dilatadas selvas, é impenetrables bosques; otros en espaciosos llanos, al abrigo de las vegas de los ríos. Por lo que respecta á los habitantes de las selvas, yo no percibo hasta ahora cómo podía su trabajo producir fruto suficiente para su manutención; porque para sembrar, deben primero cortar la maleza, derribar los árboles, y quemar después uno y otro, para descubrir el terreno, que ha de recibir las semillas; y hacer toda esta faena sin herramienta, me causó siempre gran dificultad, y aun me la causa; porque jamás quedé satisfecho de lo [229] mismo que vi, oí y experimenté. La primera vez que entré á los Gentiles silvestres, creí, en vista de su tosquedad, que sería fuerte argumento, para agregarlos á mejor sitio, el ponderarles, que allí no tenían herramientas con que rozar la tierra, y derribar los árboles; pero no fué así, porque sacando sus hachas de pedernal de dos bocas, ó de dos cortes, encajándolas por el medio en garrotes proporcionados, me respondieron, que con las macánas, que son sus espadas de palo duro, tronchaban la maleza, y con aquellas hachas cortaban los troncos verdes, y las mugeres iban quemando los palos secos. Pregunté, ¿cuánto tiempo gastaban en cortar uno de aquellos árboles? Y me respondieron, que dos Lunas; esto es, dos meses: cosa, que con una hacha ordinaria se hace en una hora. Por eso dije, que no percibo todavía cómo su trabajo tan lento les podía dar suficiente fruto para su singular voracidad. Pregunté mas: ¿cómo ó con qué labran aquellas hachas de piedra tan dura? y me respondieron, que las picaban con otras piedras, y después, á fuerza de amolarlas en piedras mas blandas, con la ayuda del agua, les daban figura, y sacaban los filos de las bocas. Jamás vi esta maniobra; pero creo, que solo á fuerza de mucho tiempo salían y salen con ella: ocupación propia para gente ociosa.

Para mover, amontonar y formar surcos en la tierra, después de quemada la maleza, se valen de palas formadas de palo durísimo, que unos llaman aráco, otros macána, y cada Nación, según su lengua, le da su nombre; y con ellas cavan, por ser muy poco ménos duro aquel palo, que el hierro acerado, y de buen temple: estas palas las [230] fabrican con fuego, quemando unas partes, y dexando otras, no sin arte, proporción y dispendio de largo tiempo.

Los Bárbaros que vivían, y los que aun viven en campos limpios, como no tienen el embarazo de arboledas y bosques, consiguen sus frutos, aunque en menor cantidad, con ménos trabajo; porque con las palas de macána, que dije, en los sitios húmedos, levantan la tierra, de uno y otro lado del surco, tapando la paja y el heno con la tierra extraída del uno y del otro lado; y luego siembran su maíz, yuca ó manióca, y otras raíces, y en todas partes gran cantidad de pimienta, que tienen de muchas especies, y algunas demasiadamente picantes, de que gustan mucho; y es el único condimento de sus comidas. Da ménos fruto el campo raso, que las vegas y bosques, porque en estos el terreno es de mas xugo, y aun por eso arroja de sí las arboledas y malezas; y la misma hojarasca que cae de ellos, y se va pudriendo, les añade fuerza. A mas de esto, aquella ceniza de las ramas que queman, y el calor que al arder concibe la tierra, la fecunda mucho,

como sucede entre los Catalanes, que tapan filas de haces hechos de ramas de pino, y á su tiempo hacen arder todo el campo que han de sembrar. Al contrario los Indios que cultivan el campo limpio, como no tienen estiercol con que fomentar aquel campo de poco xugo, cogen poquísimos frutos, en comparacion de los otros. Viene á ser la diferencia, como la que hay entre los trigos de regadío, cultivados, estercolados y regados, que suben con tanta fuerza en Murcia, Cataluña y Valencia, que muchos exceden á la estatura de un hombre; y [231] los trigos de secano, que por no tener otro beneficio, que el del arado, no dan ni la mitad del fruto que aquellos.

Es cosa muy singular y notable la que observé en los anegadizos de los rios Orinoco, Meta, Apure, Casanare, Tame y otros; y es, que en lugar del junco, que de ordinario se ve en otras lagunas, en las de los dichos rios, nace, crece y madura el arroz, que brota voluntariamente la tierra húmeda, sin que nadie lo siembre, ni cultive. No conocen los Indios bozales la utilidad de tan precioso grano, pero sí las avecillas, que á bandadas concurren de todas partes á disfrutar la cosecha; sin que pueda dudarse, que sea arroz verdadero; pues no pude en ello padecer engaño; porque en el Reyno de Valencia, mi patria que es la Ribera de Xucar, es donde mas abunda. A mas de que á muchos sugetos incrédulos, estrujando las espigas entre mis manos, la evidencia de los granos limpios les quitó la duda. Y es aun mas de admirar lo que abunda en terreno cultivado, y de riego; en donde sembrado y trasplantado á su tiempo, nacen, como lo conté repetidas veces, sesenta espigas de una sola mata: siendo prueba de la fertilidad de la tierra, y de que es el arroz fruto muy connatural de aquel temperamento, el que la tierra le produce de suyo; y cultivado, le da tal aumento.

Todos los Indios Otomácos, que viven cerca de las lagunas, de que hay muchas, y muy grandes, al tiempo que éstas van baxando, después de la fuerza de las aguas, van sembrando toda aquella tierra limpia, de que se retira el agua; y en ella cogen abundante fruto, porque aquella tierra holgazana y podrida es apta y prorrumpen en copiosos [232] frutos. En el contorno de estas lagunas, siembran los dichos Otomácos, Guamos, Páos y Sarúros, una singular especie de maiz, que no se ha extendido, ni he visto en otras Naciones: llámanle en su language onóná ó maíz de los dos meses; porque en los dos meses de sembrado, crece, echa mazorcas, y madura; de modo, que en el círculo del año, cogen seis cosechas de este maiz, buscando terreno á propósito; porque el temperamento es siempre uniforme, siendo esto cosa bien singular.

Ni pierden palmo de tierra, porque entre el dicho maiz siembran matas de caña dulce, mucha variedad de raices gran diversidad de calabazas, y sobre todo, inmensidad de melones de agua, que són sus delicias; y son de otra especie muy diferente de los que hay en Europa, y abundan ya en las Américas. Estos melones de que hablo, son propios de aquellos Países, y mas pequeños que los nuestros: tienen la corteza mas dura, y sus pepitas redondas, del tamaño, hechura y picante de los granos de pimienta; pero es muy particular la sandía, que llaman en su lengua gibiria, y no hallo con que comparar su suavidad, pues lo mismo es tomar un bocado de ella, que tomarle de un panal de miel.

Los Gentiles que vivian, y los que viven en los bosques, aunque no

tienen la semilla del maiz de los dos meses, con todo, como allí es en todo el año uniforme el temperamento, continuamente tienen maiz tierno y maduro, otro en flor, y otro naciendo; y cada uno siembra quando se le antoja, ó quando acaba de preparar la tierra, sin riesgo de que le falte la cosecha; con tal, que tenga cuidado de espantar las bandadas de papagayos, [233] loros, periquitos, guacamayos y otras inundaciones de páxaros, que à poco que se descuiden, les destruyen las sementeras. Pero sobre todo, es preciso el mayor cuidado para defender los sembrados que hacen en las selvas, de la multitud de várias especies de monos; pues apénas se puede creer el grave daño que hacen, y la malicia con que proceden. Si reconocen desde los árboles por donde vienen, que hay centinela y no baxa ni uno de ellos á la sementera: viene y se va una multitud de ellos con tanto silencio, que si la vista no los descubre, seguro está que sean sentidos: y siendo así, que el ruido, bulla y gritería que meten en otras partes, es intolerable; para hurtar, nadie chista. Si reconocen desde los árboles por donde vienen, que hay centinela, no baxa ni uno de ellos á la sementera; pero vuelven una y muchas veces á reconocer si la hay; y quando se aseguran de que no, queda uno de ellos en la cumbre del árbol mas elevado, observando si viene alguno, y baxa todo el resto de ellos: quando logran el lance, cada uno se lleva cinco mazorcas de maiz, una en la boca, dos debaxo de los sobacos, y una en cada mano; y luego sostenidos en los dos piés, corren como un rayo á brincos, hasta ocultarse en el bosque. Si al tiempo de estar ya cogiendo las mazorcas, sale el amo de la choza, ó se aparece á un lado de la sementera, al punto empieza á gritar el mono que está de atalaya sobre el árbol, y cada qual de los monos, con lo que pudo pillar, huye con presteza: pero de los que ya estaban aviados con sus cinco mazorcas, perecen muchos en estos lances, porque son tan tenaces en retener lo que una vez han [234] cogido, que se dexan matar, ántes de soltarlo: en este caso, al salir el Indio ó Indios con sus garrotes á perseguir los monos, los que se llevan una ó dos mazorcas, que á mas de los piés les queda una mano libre, suben á los árboles, y se escapan; pero los que por huir bien aviados, solo van dando brincos con los dos piés juntos, casi todos mueren á palos, porque los Indios corren mas, y logran cobrar parte del daño, pues los monos son para ellos gran regalo. Ello es cierto, que son tantos los monos, y tan dañinos, que si pudieran hacer daño de noche, como lo hacen las faras y otros animales nocturnos, no dexáran coger á los pobres Indios ni un grano de maiz.

Por lo que mira á la tenacidad con que retiene el mono la presa que cogió, habiendo yo referido lo que acabo de escribir aquí de los monos de Orinoco y sus vertientes, á algunos Españoles de los que entran y salen á las minas de oro del Chocó, Anserma y otras, me refiriéron como cosa comun y ordinaria, que en algunas de aquellas minas, que tienen bosques à poca distancia, la vianda ordinaria de los Negros, son monos, que pillan sin mas trabajo, que el dexar á la orilla del bosque, de parte de noche, unas botijuelas, de las que de Cádiz van á dar allá llenas de aceyte, dentro de las quales ponen una porcion de maiz tostado: salido el Sol, ven los monos las botijuelas, y su vivísima curiosidad y golosina los hace baxar precipitadamente á reconocer lo que hay: meten la mano, que entra apretadamente por la boca de la botijuela, encuentran el maiz adentro, y

cogen quanto pueden apañar [235] con la mano; y como sube ya llena, y con el puño cerrado, no pueden sacarla: porfian todos para sacar sus manos, pero ninguno suelta, ni quiere soltar el maiz; y así, dándose por presos y empiezan á gritar tremendamente, con una confusion intolerable: el muchacho, que á lo léjos está de espia, conoce con los gritos, que ya han caido en la trampa, da aviso á los Negros, vienen estos con su machete ó garrote en la mano, y aunque al verlos añaden los monos esfuerzo á sus gritos, no por eso dexan el maiz que cogiéron; y como el peso de la botijuela, ni les permite subir á los árboles, ni aun caminar á su gusto, cada Negro le da un porrazo á su mono, y lleva que comer y cenar para aquel dia.

No he sido, como dixen, testigo de esta trampa, con que los monos se prenden por sus mismos puños; pero tengo por fidedignas las personas citadas, á quienes oi lo referido. Vamos ya á ver como cultivan la tierra los Indios despues de domesticados, qué frutos y frutas cogen, qué pan comen, y con qué vino, ó cerveza se embriagan.

Capítulo XX

Prosigue la materia del pasado

Visto el modo con que los Indios Gentiles cultivaban sus sementeras sin herramienta alguna, y hoy las cultivan los que no tienen trato con los Españoles, ni con los Extranjeros, ni con otros Indios, que traten con aquellos; pasemos ya á ver, como los reducidos á vida civil, y á Misiones, cultivan sus tierras, y quan contentos están con el [236] uso de las herramientas, que les alivian tanto el trabajo, quanto va de gastar dos meses en cortar un palo, á emplear solo una hora. Cortados ya todos los palos, que caen sobre la maleza menuda, que facilmente tienen ya de antemano rozada con machete, van cortando las ramas principales de los árboles ya derribados; y esta diligencia sirve para que aquellos árboles, que enteros tardarian á secarse tres meses, á violencia de los calores del Sol, cortadas sus ramas, se sequen, como sucede, dentro de un mes, por la fuerza con que en aquellos Paises arde el Sol. Secos ya aquellos árboles y ramas, esperan un dia claro, en que sople algun viento, y por la parte por donde viene éste, les pegan fuego por varios sitios; y por todos, al favor del viento, arde de tal modo, y toma luego tanto cuerpo el incendio, que en ménos de una hora arde todo lo preparado en ducientos pasos en quadro, y queda todo el campo lleno de ceniza, y ardiendo tal qual tronco de los mayores. Se hallan despues entre las cenizas muchas y grandes culebras tostadas; y al rigor del calor del fuego, se ven salir huyendo otras muchas mas; con que queda el terreno ménos infestado de aquella mortal plaga, y en estado de poderse cultivar.

Esta manobra en las Colonias donde hay Misionero, se hace de este modo: llegado el tiempo de desmontar, que empieza por Enero, se señala el dia para la sementera del Cacique, á que concurren de buena gana todos los Indios. La muger del Cacique tiene prevenida una comida competente para todos ellos, quienes madrugan al trabajo, y como son muchos, á mas tardar, á la una, [237] ó á las dos de la tarde, ya tienen concluida la taréa: se lavan, y se van al convite prevenido. Concluida la comida, señala el

Cacique, y nombra al Capitan, cuya tierra se ha de rozar el dia siguiente; y hechos ya todos los desmontes de los Indios casados, entran los de las pobres viudas; y finalmente se trabaja el último para la Iglesia, que se destina y consume para sustentar los niños de la escuela, y niñas huérfanas de la doctrina. Este es un medio muy bueno, para que cooperando mutuamente entre sí, tengan todos que comer, sin hacer daño á sementeras ajenas; y como es funcion de bulla y de concurso, y aun de poco trabajo para cada uno de por sí, y remata en una comida decente, entran alegremente en este uso.

Concluida esta faena, y una vez ya quemada la labranza, no les queda que trabajar á los Indios, segun su detestable costumbre; porque el sembrar, limpiar, coger los frutos y almacenarlos, todo pertenece ya á las pobres mugeres. «Hermanos, (les decia yo,) ¿porqué no ayudais á sembrar á vuestras pobres mugeres, que están fatigadas al Sol, trabajando con sus hijos á los pechos? ¿No veis, que pueden enfermar ellas y vuestros hijos? Ayudadles vosotros tambien. Tú, Padre, (respondian ellos,) no sabes de estas cosas, y por eso te da lástima: has de saber, que las mugeres saben parir, y nosotros no; si ellas siembran, la caña del maiz da dos ó tres mazorcas; la mata de yuca da dos ó tres canastos de raices; y así multiplica todo. ¿Porqué? Porque las mugeres saben parir, y saben cómo han de mandar parir al grano que siembran: pues siembren ellas, que nosotros no sabemos tanto como ellas». [238] Esta es la ignorancia de aquellos pobres Bárbaros, y ésta la satisfaccion de su gran caletre, con que á los principios responden á ésta y á otras racionales reconvenciones; pero hay el consuelo, de que despues van cayendo en la cuenta, y se aplican al trabajo; van logrando las mugeres alivio, y saliendo de la dura servidumbre, en que mas que esclavas, servian á sus maridos; quedando últimamente moderado, y proporcionalmente repartido el trabajo entre marido y muger.

Quando siembran el maiz, ya la yuca lleva una quarta de retoño, y entre una y otra mata de yuca siembran una mata de maiz; entre la yuca y el maiz siembran batatas, chacos, calabazas, melones y otras muchas cosas, cuyos retoños, como corren extendidos por los suelos, no impiden al maiz, ni á la yuca; ántes bien, como cubren todo el suelo, á manera de una verde alfombra, impiden que brote la tierra otras malas yerbas. No entra arado en estas sementeras, ni bueyes para arar, porque no los tienen; y aun en las partes donde hay bueyes y arados para cultivar tierras limpias, no pueden arar en estas sementeras; porque aunque arden los árboles cortados, quedan innumerables raices travadas entre sí, que no dan paso al arado, ni á los azadones. Está aquella tierra tan cubierta de hojarasca, y de vasura podrida, que facilmente dexa abrir para recibir lo que quieran sembrar en ella.

Cogida la primera cosecha de todos los frutos dichos, siembran segunda vez los mismos, y ántes de cogerlos, van interponiendo retoños de plátano, que sacan de los piés de los plátanos antiguos; de modo, que quando disfrutan la segunda [239] cosecha, ya los plátanos están coposos. Estos platanales dan el fruto mas duradero, y mas útil de quantos los Indios siembran. Una vez arraygadas sus plantas, las unas filas de los plátanos unen sus largas y anchas hojas con las otras, formando con ellas bóvedas verdes sobre aquellas dilatadas calles. El tronco del plátano no

es sólido, sino un agregado de cortezas, una sobre otra, cada una de las quales remata en una hoja de mas de vara de largo, y casi media de ancho. Después que llegó á la altura de dos estados de un hombre, desde la misma raiz va subiendo un vástago por el centro del tronco; y en quanto se asoma entre las hojas, dexa caer dos cortezas, con que sube abrigado el racimo; y muestra éste sus gajos de plátanos coronados de flor blanca, y de suave olor. Este racimo, si es de bartónes, en buen terreno, llega á pesar dos arrobas, y suele tener ochenta plátanos; los quales, verdes y asados, sirven de pan; y en la olla sirven de nabos: ya medio maduros y amarillos, sirven para los guisos; tienen el agridulce de la manzana medio madura, y sirven de pan, y en la olla dan buen gusto: y despues de maduros, son una fruta muy sabrosa, aunque pesada; y si los asan, no hay fruta mas sana en las Américas, ni tan substancial, ni tan sabrosa. Puestos los maduros al Sol, se pasan, al modo de los higos de Europa, con sabor mucho mejor que el de los higos. Antes que se lleguen á secar al Sol, los amasan las Indias con agua tibia, y su masa, que toma punto de agrio, colada despues con agua tibia en tinajas, hierve como el mosto, y resulta de ella una bebida muy fuerte, y que en poca cantidad causa embriaguez. Puestos los plátanos muy maduros á destilar, [240] colgados sobre una vasija, de aquel xugo que va cayendo, resulta un vinagre muy fuerte y saludable: y en fin, los plátanos son en la América el socorro de todo pobre, pues sirven de pan, de vianda, de bebida, de conserva y de todo, porque quitan á todos la hambre.

Mr. Salmon, en su Historia de Todo el Mundo, nuevamente dada á luz en lengua Inglesa, la que traducida ya en varias lenguas, anda en las manos de todos los (325) eruditos, hablando en su Tomo segundo (326) de las frutas de la Isla de Mindanao, contigua á las Filipinas, con ser un terreno tan distante del que yo voy tratando, describe los plátanos, y dice de ellos las mismas propiedades que llevo referidas, tan individualmente, como si hubiera vivido largo tiempo en las Misiones de que voy tratando, en que resplandece la liberal providencia del Criador, que en sola una planta proveyó de abundantes víveres á unas Gentes, que aunque entre sí tan distantes, son tan uniformes en una suma pobreza, y en una excesiva pereza. ¿Pero qué necesidad tienen de trabajar, si en solo el plátano hallan todo quanto han menester para comer y beber con abundancia?

Y de los Mindanaos Filipinos añade el citado Autor, que despues que han logrado la fruta del plátano, aprovechan sus cortezas, sacando de ellas hebras á modo de cáñamo fino, del qual hilan y texen piezas de lienzo, de que forman sus pobres vestidos; inventiva, que no han discurrido las Gentes del Orinoco, ó si diéron con ella, no les pareció [241] útil vestirse en un clima tan ardiente como aquel.

De modo, que ya pueden deponer toda su admiracion los que quedáron sorprendidos, al ver en la primera Parte de esta Historia (327), que la Nacion Guaraúna tiene todo quanto necesita en sola la palma llamada quiteve, ó murichi (328); que los Indios Maldivios del Oriente hallan lo mismo y mucho mas, en sola la palma de cocos; y el vulgo innumerable del Imperio de la China, en solo el arroz; viendo que los Mindanaos Filipinos, y las Gentes de que trato, han hallado su maná, y en cierto modo su árbol de la vida en solo el plátano.

Una vez crecido y cerrado el platanal, y trabadas unas hojas con

otras, forma una finca permanente, que pasa dando continuamente fruto de padres á hijos, y con poco cultivo pasa á los nietos y biznietos; no porque aquel tronco, que dió su racimo, dé jamás otros, sino porque al tiempo de madurar el racimo de la guia, ya su hijo, que retoñó de la cepa, tiene racimo en flor, y ya los otros retoños van subiendo en todas las cepas, porque en ninguna falte racimo maduro y en flor, en todo el círculo del año, que es cosa admirable. Con este motivo, y á vista de tan abundante socorro han establecido los Padres Misioneros, el que convenidos ya los Gentiles en el parage en que se han de ir agregando para formar Colonia, la primera diligencia sea desmontar y prevenir un [242] dilatado platanal, para socorro universal de los que se han de ir agregando.

Abunda tambien, como dixé, el maiz; aunque es verdad, que es tanto el que comen, quando las mazorcas tienen el grano tierno, que ellos mismos destruyen y disminuyen notablemente sus cosechas. Del maiz molido á fuerza de brazo de las mugeres, hacen panes, que envueltos en hojas, cuecen, no al horno, sino en agua hirviendo, teniendo para ello ollas muy grandes. A este pan llaman cayzú: suelen desmigajarlo quando está fresco, y amasarlo segunda vez en mucha cantidad de agua caliente: y reducidos á polvos quatro de aquellos panes antiguos, y llenos de moho, que ellos llaman subibizú, mezclan dichos polvos en aquella masa líquida, la qual puesta en tinajas, al tercer dia hierve como el mosto, y resulta una chicha ó cerveza saludable, si se toma con moderacion; y es su bebida ordinaria.

Mas sana es la chicha ó cerveza, que extraen de la yuca ó raiz de manióca. Arrancan esta raiz, la tronchan del palito de que está prendida, y en el mismo sitio entierran tres ó quatro pedazos del mismo palo, los quales á los quatro dias ya están con sus retoños; y veis aquí otra mata de yuca, en lugar de la que se arrancó. Hay yuca dulce, que asada, sabe á castañas asadas, y suple muy bien en lugar de pan; hay otra yuca, que llaman braba, la que no se puede comer sino despues que pasa á cazábe. Para hacer el cazábe rallan dicha yuca, de manera que quede como aserrin; exprimen su xugo, el que es tan activo, que si le bebe alguno, sea hombre, ó sea animal, luego rebienta; pero en quanto le dan un hervor, es muy sano, y sabroso, [243] y usan de él para dar gusto y saynete á sus guisos, y le llaman en su lengua quisáre. Amontonado el aserrin de la yuca veinte y quatro horas, toma punto, como la masa de trigo, y entónces en unos ladrillos delgados y anchos, que llaman budáre, baxo de los quales arde el fuego, van tendiendo aquella masa hecha torta, al modo de las que acá hacen los Pastores en sus cabañas: y éste es el pan mas universal de todos los Paises calientes; el que sirve en las casas, y se lleva para los viages: recién hecho, no es insípido, pero es de casi ninguna substancia, porque la que tenia la raiz de la yuca, se fué con el caldo que le exprimieron. En el Orinoco, y en otras partes, especialmente en el Ayrico, amontonan las dichas tortas de cazabe calientes, las cubren con hojas de plátano, y despues que á fuerza de calor fermentan, las deslien en agua tibia, y puesto el caldo que resulta, en tinajas, hierve como mosto, y resulta la cerveza, que llaman berría, porque procede de berri, que es el

cazabe; y es la chicha mejor que usan, y el desempeño de sus convites.

En fin, de la raiz que llaman cocenecá, que equivale á batata, hacen chicha; la hacen tambien de otras raices, que llaman rajacá; y de quantas semillas siembran, de quantas raices cultivan, y de quantas frutas cogen, extraen chicha; pero entre todas especialmente la que resulta del caldo de las piñas, es fresca y muy regalada. No es árbol el que da las piñas, sino una mata parecida á las matas de pita, aunque sus hojas son ménos anchas: en lugar del vástago que arroja la pita, se corona aquella mata con una piña, que á la vista se parece mucho á las de los [244] pinos; pero adentro no tiene piñones, sino una carne muy suave: la guía, en buen terreno, llega á pesar cinco y mas libras; y luego del pié de ella, y del pié de la misma mata, salen cantidad de retoños, cada uno de los quales se corona con su piña: y si bien éstas son menores, y llaman capérrri; pero son mucho mas sabrosas, que las de las guías principales: lo singular de las piñas es, que el vástago arroja la piña, y desde la coronilla de ésta prosigue creciendo el retoño; y ya que la piña, con una suavísima fragancia, da señas de madura, se corta; y cortado aquel retoño de su coronilla, que le servia de penacho, se siembra; y sin perder de su verdor, prende y resulta otra mata de piñas; y de cada mata se siembran tantas, quantas piñas dió, que son muchas; y así es grande la abundancia de esta rica y saludable fruta.

Parece, que segun la vida andante de las Naciones Guagiva y Chiricóa, como ni siembran, ni paran en un lugar, no tendrán forma de adquirir chicha: así parece; pero ellos se han dado maña para ser tan Indios en esta materia, como todos los demás; y es el caso, que miéntras unos pescan, y otros andan en busca de venados; otros se aplican á derribar palmas, y formar en sus troncos concavidades, al modo que en la primera Parte diximos, hace los Indios Guaraúnos: pasan á otro rio, y hacen la misma diligencia; y así van andando de arroyo en arroyo, hasta que dan ya por fermentado el caldo, que ha dimanado de las primeras palmas: vuelven visitando por su turno las palmas preparadas, y hallan aquellas concavidades llenas de licor claro, agridulce, [245] y tan fuerte, que con poca cantidad pierden el juicio, baylan, cantan, y hacen mil travesuras.

Es muy digno de saberse, que entre la multitud de especies varias de palmas, que producen aquellos terrenos, crece una llamada corózo, que á la primera vista da horror, porque desde la raiz y tronco, hasta el último cogollo de sus hojas, está tan revestida de espinas, tan agudas y largas como alesnas, que no se dexa tocar por parte alguna, como si con estas armas resguardára el tesoro, que encierra en su tronco. Nace en sitios secos, y tierras arenosas: cuesta gran trabajo, y muchas heridas el derribar un solo corózo, y muchas mas abrirle concavidad en el tronco, junto al cogollo, para que en ella destile todo su xugo: éste se mantiene dulce veinte y quatro horas, y en las siguientes veinte y quatro agridulce: es muy sano; pero lo mas apreciable es, que el que está picado de calentura hetica, continuando quince dias en beber en ayunas un buen vaso de aquel xugo, que llaman vino de corózo, esto es del agridulce, queda enteramente libre de aquella maligna calentura. La especial virtud de este xugo, la averigué sin otro motivo de dársele á los tales enfermos, que el saber de cierto, que era bebida fresca y saludable; y quando reconocí este singular efecto, alabé la providencia del Altísimo, viendo

que aun en los desiertos previene remedios tan exquisitos para el bien de sus criaturas. Ahora será bien que salgamos hácia las sementeras de los Indios á ver otros árboles frutales; y de paso observaremos varias yerbas, y raices, muy medicinales y provechosas; tanto, [246] que excitan mudamente á que alabemos al sabio, y pródigo Criador del Universo.

Capítulo XXI

Arboles frutales, que cultivan los Indios. Yerbas y raices medicinales, que brota aquel terreno

Ya vimos en la primera Parte la multitud de frutas silvestres, y saludables de que abundan los bosques, y vegas del Orinoco, Apúre, Meta, y otros rios: tanto, que los Padres Misioneros no temen engolfarse por aquellos desiertos en busca de almas, por falta de comida para sí, y para los Indios compañeros, y los necesarios para aquellos viages. Se observa, qué frutas comen los monos; huyen éstos al llegar la gente, y á todo seguro se pueden comer todas aquellas frutas de qué los monos se sustentan: si en los tales frutales no hay monos por entónces, se observa si las hormigas se aplican á morder de dichas frutas; y si ellas comen, es señal cierta de que son saludables, y sin riesgo usan de ellas.

No son menos apreciables los frutales, que siembran aquellos Indios, fuera de los plátanos y piñas, de cuya bondad y abundancia hablé ya; despues de las cuales, en tercer lugar deben entrar los papáyos, á qué son grandemente inclinados los Indios, de manera que por lo mismo no tienen número los que se siembran, á mas de que sin sembrarlos, en qualquier parte donde alguno come una papáya, de las semillas que caen, [247] nacen innumerables: es árbol de tronco hueco y poco sólido, pero con el tiempo se consolida, y sube á grande magnitud: echa, no flores, sino ramilletes de flores por todo el tronco, ramas, y hasta junto al mismo cogollo, y es una hermosura ver la abundancia de fruta que da: la hechura, y tamaño de las papáyas bien cultivadas, y de buen terreno, es la misma que tienen acá nuestros melones, con sus tajadas señaladas en la corteza, que es sutil; y son nada menos olorosas, y sabrosas, que nuestros melones buenos, pero mas sanas.

Hay entre las Naciones Achagua, Saliva, y otras del Ayrico, y tambien en las Costas de Coro, y Maracayo, una especie de palma, muy singular en su figura, y utilidad. Los Europeos, que usan mucho de su fruto la llaman cachipae, y los Indios jijirri: su tronco no es muy grueso, pero es muy liso, y muy derecho, y sube á mucha altura: cada palma de estas echa dos ó tres racimos de dátiles, de la misma hechura y color de nuestras camuesas; y cada racimo, en buen terreno, llega á tener unos cien dátiles, entre los quales apenas se hallarán ocho, que tengan pepita para sembrar: las pocas pepitas que se hallan, son del tamaño de una nuez, y de la dureza de los cocos, y muy parecida á la de éstos, la carne, que dichas pepitas tienen adentro; y sembradas rara de ellas dexa de nacer.

No es fruta ésta que se pueda comer, aunque esté madura, sin pasar por el fuego; porque morderla, es lo mismo que morder un membrillo á medio madurar, áspero, é insípido; pero con un hervor, que reciban al fuego, se ablandan, y tienen el mismo gusto, que el de las camuesas [248] hervidas

en la olla: no es esto lo principal, sino la gran substancia, que tienen los jijirris; tanta que el sugeto de buen estómago, á lo mas podrá comer seis de ellos, con el seguro de que aunque los haya comido por la mañana, no tendrá gana de comer en todo aquel día.

Las mugeres blancas de la Costa dicha, despues de hervidos los cachipaes, los muelen, amasan, y forman pan; pero sale mas substancial de lo que es menester: por lo que se debe tomar en corta cantidad, para evitar embarazo, y empacho en el estómago.

Esta fruta tan útil y substancial, es á mi ver, la que tanto celebran algunos Diaristas, que la estancan en las Islas Marianas, y en algunas de las Filipinas (329). Pero por lo dicho se ve, como la benigna providencia del Criador envia este gran socorro á otras pobres Gentes del Occidente.

A mas de que en las Islas Orientales de Ternate, que comunmente se llaman Molucas, se halla con abundancia otro árbol de pan, á quien los naturales llaman sagóe, de cuya fruta usan aquellos Isleños, en lugar de pan, como afirma Mr. Salmon (330); y es de creer, que así estos, como aquellos árboles, sean de la misma especie de los cachipaes, ó jijirris, de que hablé arriba.

Las mismas Naciones dichas cultivan otra especie [249] de palma pequeña, que con serlo, en la hermosura y en el gusto de sus dátiles, sobresale, y se lleva la hermosura y gallardía de todas las demás especies de palmas: trece hojas tan pobladas de cogollos arroja esta palma que se llama camuirro, que forman una maceta tan proporcionada y hermosa, que arrebatara la vista: al pié de dichas hojas arroja sus racimos de dátiles, tales, que mejor se podrian llamar uvas mollares, así por la forma, como por el color y sabor; y sin duda compite ésta con las mejores frutas.

No es de omitir la palma llamada vesirri, que es como las que se crian en Alicante, y son sus racimos de dátiles muy semejantes á los de éstas; pero es muy notable la singularidad, de que á excepcion de los que comen los Indios de Meta, Moco, Bichada y otras Naciones, ponen los dichos dátiles á hervir al fuego, y sacan de ellos gran cantidad de aceyte purísimo, de que usan los Indios para sus unturas, y para la comida por ser de muy buen gusto.

Abunda tambien en estos parages la fruta llamada cunáma, que los Indios llaman abay, de la qual sacan aceyte, ni mas ni ménos, que el de las olivas, en el color y sabor; y sirve á los Indios para sus unturas, y á los Españoles para la comida, y para el alumbrado.

Omito otros árboles frutales, y concluyo con el anoto ó achote, árbol el mas estimado de todas aquellas Naciones, porque se visten de él á su modo: la planta es muy coposa, y produce en cada cogollo un hermoso ramillete de flores medio blancas, medio encarnadas; y de cada ramillete resultan muchos racimos de frutas encarnadas, [250] cuya cáscara es áspera y espinosa, como la primera que tienen las castañas; y así como dentro de la cáscara de las castañas maduran dos ó tres de ellas, así dentro de cada cáscara del achote maduran un sin número de granitos encarnados, como los que acá tienen las granadas silvestres. Puestas en infusion grandes cantidades de estos granos de achote, despues de bien lavados y estregados con las manos, queda el agua colorada, y al otro día se halla al fondo toda la tintura, y el agua otra vez con su nativa claridad: derrámase el agua con tiento, y se dexa al Sol el achote ó color, que se quedó en el

fondo, del qual, á medio secar, forman los Indios pelotas, que guardan para moler con aceyte, y untarse diariamente, como ya dixere.

Sabiendo yo la calidad fresca de este unto, y quan poderosa y eficazmente se defienden con él los Indios de los violentos rayos del Sol, en aquellos Países del Equinoccio, descubrí casualmente en él un eficacísimo remedio contra todas las quemaduras y pringues, ya de aceyte, ya de grasa, ya de agua ó caldo caliente; y fué así: habiéndose pringado gravemente un doméstico mio, eché polvos de achote en aceyte de oliva, y hecho el unguento, lo mismo fue aplicarle á la parte dolorida y lastimada, que faltar repentinamente el dolor: quedé admirado de tan pronta operacion, y despues, con el curso de largos años, se ofrecieron muchas ocasiones, en que otros Padres Misioneros, á quienes comuniqué la casualidad, y yo tambien, hemos repetido el remedio dicho, y experimentado la misma actividad y eficacia. [251]

El tutúmo, árbol cultivado, y que tambien de suyo nace en las vegas, aunque no da comida, es planta muy útil; porque de sus tutúmas forman los Indios escudillas, platos, vasijas para beber y cargar agua, y para guardarla en casa. Las tutúmas en el color y figura, son muy parecidas á las sandías, y de casco tan fuerte que resiste á repetidos golpes: su carne, quando la tutúma es tierna, tomada algunas veces en la cantidad de tres onzas, es específico experimentado, para que la sangre molida ó extravenada por caídas, palos ó porrazos, no pase á formar apostemas en lo interior del cuerpo.

Apartemos la vista de la hermosura de las plantas y arboledas, y fixémosla un rato en el suelo de estos dilatados campos, pues en sus yerbas y raices apénas hallaremos alguna que sea despreciable. La primera que ocurre á los pies y á la vista en aquellos terrenos, por vulgar, es la vergonzosa, en la qual no se ha conocido virtud alguna; pero ¿qué mas virtud que la leccion práctica, que da, del modo con que se deben portar las mugeres, y especialmente las doncellas? que aun por eso en muchos de aquellos Países la llaman la doncella. Bien pueden los Físicos prevenir sus admiraciones para lo que voy á decir. Es la vergonzosa una mata, que empieza á echar ramas desde su raiz, que sobresale algo del suelo; sube la guía repartiendo ramas por todas partes, hasta la altura de una vara en alto, tan coposa, que con la multitud de las hojas que arroja por todas partes de dos en dos, no da lugar á que se vea ni el pié, ni rama alguna, por [252] mínima que sea: su figura á modo de media naranja, y su verde claro, forman un objeto tan apacible, que arrebatá la vista y la atencion: al bello verde que ostenta, corresponde en el reverso de las hojas un color blanco, que descaece en pardo. Esta es la bella perspectiva de la vergonzosa; y aquí entra lo raro de ella: tóquenle con la punta del baston, ó de otra cosa, aquel poco de tronco, que apénas descubre; tocarla, y marchitarse en un cerrar y abrir de ojos toda su fresca hermosura y lozanía, todo es uno: dobla en un momento todas sus hojas unas contra otras, oculta su verdor hermoso, y se reviste, ó solo muestra en el reverso de sus hojas aquel color blanco, que descaece en pardo, como si mostrára su pena, y se vistiera de luto. No pára aquí su mutacion instantánea, porque en el mismo instante en que siente el ageno contacto, y dobla sus hojas, retira su influxo de toda la multitud de cogollos que la hermoseaban, los quales desmayados y sin vigor, se inclinan torcidos

hacia el suelo; de manera, que no se parece ya á sí misma en cosa alguna. Prodigio de la naturaleza me pareció siempre, y no me cansaba de ir tocando el pié de aquellas matas, para admirar mas y mas, tal y tan instantánea mutacion.

Verdad es, que á mas tardar, dentro de una hora, vuelve en sí y se recobra; endereza sus cogollos, y reverdece toda su hermosura y lozanía. Hace mencion de esta yerba el Padre Rodriguez (331) en su Historia del Marañón: es vulgar [253] en Mompóx, y en muchas partes del rio grande de la Magdalena; y raro es el sitio de tierra caliente en la América Meridional, donde no se halle esta bella mata, aunque con diferentes nombres, acomodados á su propiedad. En unas partes, como dixe, se llama doncella; en otras, mírame y no me toques; y en otras se le aplican á propósito y acertadamente otros nombres semejantes, que explican su encogimiento y muestras de rubor. Gran leccion para el recato, en todas las mugeres, especialmente para las tiernas plantas. Mírense en el espejo de esta vergonzosa yerba, que al menor contacto ageno, se llena de luto, se amortigua, desfallece y parece que ya no es ella, sino muy otra. Mirad (332), atended á los lilios del campo, y tomad enseñanza de su hermosura y de su candor, dixo Christo nuestro Señor, no sin grande énfasis de celestial doctrina; y á la verdad, para cumplir con su estrecha obligacion, tambien las madres de familias y las maestras, pueden y deben exôrtar á sus hijas y discípulas, cuyo cuidado está á su cargo, y cuyo bien deben por todos medios procurar, diciéndolas: venid, observad, atended y aprended de esta yerba vergonzosa; reparad, que en quanto la tocan, se da por muerta, desfallece, se desmaya y se marchita.

Esta misma yerba, en las Islas Filipinas, se llama la mata vírgen, á causa de la armonía que causa á los Filipinos su recato y encogimiento; [254] y Mr. Salmon, diligente Historiador (333), citando á otros, añade: que en los escollos, que sobresalen de entre las aguas en dichas Islas, nace otra yerba, no ménos reparable que la referida; porque asegura, que luego que alguno toca aquella mata, dobla sus cogollos, y los esconde en el agua, como si se corriera y avergonzára, no solo de sentir el ageno contacto, sino aun de ser mirada con cuidado; y por eso abate y esconde lo mas gallardo de sus cogollos en el agua. ¡Oh y qué enseñanza para las tiernas bellezas, que salen á ser vistas, y se complacen en que las miren y remiren! La yerba Filipina busca el agua para su resguardo, y estas otras buscan el fuego para su peligro.

La causa y raiz fisica de esta instantánea mutacion, discurro que consiste, en que aquel contacto extrínseco, con los efluvios que introduce, inmuta el fluxo natural de los sucos, que la raiz remite hasta los últimos cogollos, y hace retroceder el curso corriente de los fluidos, con que se mantiene la lozanía de la mata; y tomando su retirada hacia las raices, el desmayo de los cogollos, y el encogimiento de las hojas, es un efecto que necesariamente se sigue á la substraccion del necesario pábulo: como se ve en el desmayo, que la falta de alimentos causa en los vivientes sensitivos.

Pero no es menester ir al Perú, ni á Filipinas, para que nos arrebate la atencion, y nos llene de admiracion otra planta mas recatada, mucho mas modesta y escrupulosa, que la vergonzosa [255] de Tierra-Firme, y la que llaman vírgen en Filipinas: entremos en los jardines del Rey

Christianísimo con el Padre Regnault (334), y pongamos los ojos en la mata llamada sensitiva; pero nadie alargue la mano para tocarla, porque ántes de sentir el contacto, se retira, desmayan y descaecen sus hojas y cogollos, toda se amortigua, corrida y espantada de solos los efluvios, que la mano curiosa despide ántes de tocarla. No puede llegar á mas su delicadeza, circunspeccion y natural recato; y así, con mucha razon le han puesto el nombre de sensitiva. Ni es razon, que al recato, que en tantas cosas insensibles nos predica el Criador, nos hagamos nosotros sordos, é insensibles.

Pero volvamos á nuestro Orinoco. Abunda entre el heno de aquellos campos, una macolla, formada de diez, ó doce hojas, á las quales por su figura les han puesto los Padres Misioneros el nombre de espadilla, ó espadin, porque aquellas hojas son remedo de éstas, en su forma, aunque no exceden lo largo de un gema: los Indios las llaman issocá que quiere decir amargura, porque realmente las tales hojas son tan amargas, que [256] parecen ser la misma amargura alambicada: su eficacia contra el dolor de costado, sea propio, ó sea bastardo, es vivísima: seis ú ocho hojas de aquellas medio machacadas, y hervidas en cantidad competente, dan una tintura excesivamente amarga, la que bebe el doliente; y aquellas mismas hojas se aplican á la parte de las punzadas; y á la segunda, y quando mas á la tercera repeticion de este específico, cesa el dolor de costado: experiencia, que todos los dias se toca con las manos, ya en una, ya en otra de nuestras Misiones, en las quales no hay otros Enfermeros, que los mismos Misioneros. Dudó un gran Médico que vivia en Santa Fe de Bogotá: pidióme, y le remití cantidad de dichas hojas; y como llegasen secas por la gran distancia, dobló la cantidad, y despues de suficiente infusion, hizo el cocimiento, y surtia en aquel temperamento frio el mismo buen efecto, que en el cálido, qual es el de nuestras Misiones.

Abunda en las márgenes de todos aquellos rios y arroyos, la caña, que los Indios llaman titicaná, la qual tiene alguna semejanza á la caña dulce; pero su xugo es agrio, poco ménos intenso, que el del limon, por lo que los Padres Misioneros la llaman caña agria; y viendo que los Indios Gentiles, en sintiéndose asoleados, y con calentura, mascaban la dicha caña, y sentian alivio, se hizo prueba dándoles á los que padecian calentura el xugo de dicha caña, hervido con proporcionada cantidad de azúcar, y se reconoció, que luego prorrumpian en copioso sudor, y despues de él minoraba notablemente la [257] calentura; y repetido el remedio, quedaban sanos; por lo que es éste el mas usado en los Partidos de nuestras Misiones.

La verbena, yerba admirable, nace por allá entre la maleza: á cada hoja le corresponde una florecita, entre morada y blanca: es específico muy eficaz para las calenturas efimeras, que se encienden con mucha frecuencia, ocasionadas del riguroso calor de la Eclíptica: tambien quita las tercianas y quartanas: tomado su cocimiento, que es en gran manera amargo, hace sin falta uno de dos efectos, ó hace sudar copiosamente, ó excita repetidos vómitos; y de qualquier modo es siempre cierta la mejoría del doliente, y á pocos dias de repeticion, la salud.

Para supurar las llagas, en que allá de ordinario sigue cáncer, á causa del sumo calor, hay muchas yerbas á mano, de las quales se hace un emplasto, que aplicado á la llaga, á la segunda ó tercera vez, la pone

limpia y libre de toda putrefaccion. La mas usual es la yerba de Santa María, muy amarga, y bien semejante á nuestra yerba-buena en la hoja; solo que la de aquella es mas ancha, y echa flor encarnada. El espino, que nace en llanos húmedos, tiene sus hojas de hechura de lanceta, y al pié de cada hoja una espina: tiene la misma virtud que la yerba antecedente. La misma eficacia tiene el mastranzo, que se parece á la yerba de Santa María; y solo se diferencia en que sus hojas son vellosas, y no amargan.

Mucho mas activo es para lo dicho el carbón del vástago del boró, que nace junto á los rios [258] y lagunas: este vástago es mas grueso que el de nuestras coles, y sus hojas parecidas, pero mucho mayores que las de las coles: hecho polvos el carbon de dicho vástago, y puestos en la llaga mas encancerada, á la segunda cura se halla limpia, y la carne viva. Las virtudes de las dichas yerbas las tengo largamente experimentadas; siendo muy digno de notar, el que, como en aquellos dilatados Países hay tan pocas, y tan cortas Poblaciones de Españoles, no hay ni Boticas, ni Boticarios; pero el pródigo Autor de la Naturaleza ha prevenido, no solo las muchas yerbas, cortezas, raices, frutas, aceytes y resinas medicinales, que en varias partes de esta Historia llevo apuntadas; sino tambien abundancia de purgantes, muy proporcionados para aquellos climas; y que en otros creo mantendrán tambien su eficacia.

Los piñones, que de tres en tres maduran dentro de unas frutas, bien parecidas á los higos verdes; y las hojas de los arbolicos que las producen, tambien se parecen algo á las de las higueras; son de tal eficacia, que solos cinco ó seis piñones de aquellos conmueven los humores, y causan una grande operacion; la que suele ser mayor de lo que conviene, si se toman en mayor número. Son sabrosos, y parecidos á los de España; y es cosa singular, que si se tomaron con vino, cesa la operacion, bebiendo agua fresca; y al contrario, si se tomáron con agua, cesa la conmocion, tomando vino: pero si se los comió el enfermo, en tal caso cesa la operacion, tomando vino, ó agua.

En todos aquellos arroyos y rios que tienen [259] vega y arboleda, nace la raiz guajiva, que es como una batata, y tiene las mismas propiedades de la famosa batata, llamada mechoacán, por la Provincia en que nace. Lo especial de la guajiva es, que quatro ó cinco hojas verdes de su vástago, hervidas en agua clara, tomada ésta, hace el mismo efecto purgante, que su raiz.

No quisiera que esto causase novedad, y en tal caso, para quitarla, traeré por testigos á los habitantes de la Habana, que en las hojas de un sarmiento, que llaman el fraylecillo, tienen el mas raro purgante del Mundo. De estas hojas forman una ensalada muy propicia al gusto, de cuya comida resulta que quantas hojas se comieren, tantas evacuaciones se han de hacer; y se ha de tener particular cuidado en el modo de arrancarlas (aquí llamo otra vez la atencion de los Físicos,) pues si se arrancan tirándolas hácia abaxo, cada hoja causa una evacuacion; y si se arrancan tirándolas hácia arriba, causan vómitos; y si se arrancan unas hácia arriba, y otras hácia abaxo, concurre uno y otro efecto: lo que es notorio en la Isla nobilísima de la Habana. ¿Quién comprehenderá los secretos de la Naturaleza? [260]

Capítulo XXII

Caserías en los campos rasos. Variedad de animales y aves, que los Indios logran en ellos; y daños graves, que hacen las hormigas

Supuesto que nos hallamos en las sementeras y campos cultivados de aquellos Indios, acompañémoslos un rato, pues salen armados con sus arcos y aljabas, á buscar aves y animales, que traer á sus casas. Pero algunos van en trage de Pescadores, con su caña, un lazo en la punta de ella, un canasto al hombro, y su perrito gozque por delante. ¿Y á dónde van estos? Estos no van sino á enlazar Codornices; y yo aseguro que traerán sus canastos llenos de ellas: porque los gozquecillos siguen el rastro; levanta la vandada de codornices el vuelo, que es tardo y corto; síguelas el perrito ladrando, y por temor de él no se atreven aquellas á pararse en el suelo, y así se van al primer arbolito ó maleza cercana: prosigue el gozque ladrando con mas ahinco, y todas las codornices fixan en él la vista, y toda su atencion, con tal fuerza, que sin darse por entendidas, y creo que sin ver al Cazador, se dexan enlazar una á una, con el lazo que está armado en la punta de la caña: ni calla el gozque, hasta que está enlazada la última. Este curioso y fácil modo de enlazar codornices, no solo está en práctica en los Llanos de Casanére, [261] Chíre, y Tocaría, sino también en los de Neyva, y Vagué, en el rio Tercero, entre Buenos Ayres y Córdoba de Tucumán; y aun en otras de aquellas Regiones, está muy entablado este singular modo de enlazar codornices, sin que se requiera perro.

Herrera hace mencion en su Historia, de una industria semejante (335). Dice, que ciertas Naciones de Indios atan apretadamente un papagayo manso en la copa de una palma, en donde el Cazador está, tapada su cabeza con yerbas; y á los gritos que da el papagayo atado y angustiado, concurren innumerables de ellos á favorecerle, con tal ansia, que no reparan en que el Indio va entretanto enlazando todos quantos quiere, hasta que desatado el reclamo, calla, y se retiran los que quedáron vivos.

Hay tambien mucha abundancia de gallinas de monte, ó silvestres, que de ordinario llaman pollas, porque son del mismo tamaño, aunque mas gustosas: á éstas las arman lazos en las orillas de los charcos, adonde concurren á beber, poniéndoles granos de maiz en tal parte, que al irlos á picar, quedan enlazadas. A mas de esto, saben los Indios remedar su canto con tanta propiedad, que van concurrendo de todas partes, á las ramas donde está remedándolas el Indio, el qual desde su escondrijo logra en ellas todas sus flechas; porque aunque al caer una polla huyen las otras, luego vuelven al oír otra vez el reclamo. [262]

Es tanta la volatería de papagayos, loros, guacamayos, patos de varias especies, cigueñas y garzas grandes y pequeñas, y otras muchas aves, que es para alabar al Criador, así por la multitud, como por lo exquisito de sus plumas, matizadas de vivísimos colores, y principalmente por sus especiales figuras; pero no tengo especie de haber visto por aquellos territorios, otra avecilla, parecida á las de Europa, sino la golondrina; y aun las de allá tienen la diversidad de ser mas pequeñas, y la cola en forma de tixera, que abren al tiempo de volar, y cierran al irse á parar.

Es tanta la abundancia de cachicámos, ó armadillos, y otros animales, que se encuentran por tierra, que son pocos los Indios aficionados á la volatería: llámanse armadillos en Español, los que los Indios llaman cachicámos, ó atucó, che, chúcha, y de otros modos, segun sus lenguages; porque con ser del tamaño de un lechon de un mes, todo de piés à cabeza está armado de unas conchas, que à modo de las armaduras antiguas de los Soldados, cubren todo el armadillo. Abundan en sumo grado, y no tienen mas armas, ni defensa, que meterse en las huroneras ó cuevas, que hacen al modo de los conejos, de donde salen á comer grama y heno: cada mes paren quatro hijos, y así abundan quanto no es decible: el sabor es el mismo puntualmente, que el de un lechoncillo tierno: el modo de cogerlos, para los que llevan perros, es fácil, porque estos los cojen ántes que se encueven; pero una vez metidos en sus cuevas, es muy arriesgado meter la mano dentro de ellas [263] para sacarlos; porque abundan allí las culebras, que huyendo del calor, se meten en las cuevas. Por esta causa suceden muchas desgracias, especialmente en las Naciones andantes, que ya dixé, de Guajivas y Chiricóas, á quienes los armadillos hacen la mayor parte del costo: de manera que no hay Capitanía de aquellos Indios, que no tenga quarenta ó cinquenta mancos y coxos, porque son tan bárbaros, que si al sacar el armadillo, le pica en una mano la culebra, luego se la cortan los otros; y si está solo, él mismo se la corta de un macanazo; y sin reparo se cortan el brazo ó el pié, si picó la culebra en semejantes partes, pues no ha llegado á su noticia otro remedio. El último artículo ó hueso, de la cola del armadillo, se ha experimentado ser remedio eficaz para el dolor de los oidos; de modo, que puesta aquella extremidad ó hueso, en que termina la cola, dentro del oido, se sosiegan los latidos que da, poco á poco, hasta quitarse del todo.

La mayor parte de los armadillos, con meter la cabeza, y parte del cuerpo en su cueva, ya se dan por seguros; y á la verdad lo están, si no se sabe la traza de pillarles. Llega el Indio, y coge al armadillo de la cola, que es larga; abre él sus conchas, y las ajusta tan apretadamente contra todas las partes de su angosta cueva, que ántes se queda el Indio con la cola en las manos, (como sucede,) que poderle sacar. ¿Pues qué remedio? Coge el Cazador un palo, ó la extremidad de su arco, le hace cosquillas con él, y al instante recoge todas sus conchas, y se dexa coger. [264]

No hay menor abundancia de higuáνας en todos los Países de tierra caliente. Son las higuáņas unos feísimos lagartos, de color entre verde y amarillo, que se mantienen de hojas de árboles; y tambien viven en el rio como en tierra: están reputadas por una de las comidas mas regaladas, y hay tantas en el Orinoco, y en todos los rios que á él corren, que los Indios bogadores, miéntras unos dan fondo à la embarcacion, y otros previenen leña y fuego, los restantes en media hora recogen cien higuáņas, para su cena y almuerzo. No quiero oponerme al buen gusto de los que por ellas gastan su dinero; lo que yo sé de mí es, que por no comerlas, he pasado pacificamente sin comer, ni cenar, teniendo á la vista abundancia de ellas; porque dexada aparte su figura, que es horrenda, tengo hecha la experiencia, que así como las culebras, metiéndoles tabaco mascado en la boca, que abren al apretarles el pescuezo con un palo, mueren; así también, en metiéndoles tabaco en la boca á las higuáņas, mueren luego; de

que infiero la uniformidad de unas y otras entre sí. Lo apreciable de las higuáνας, es una piedra, que se halla en ellas, tan blanca como una cal viva, y fina: estas piedras de las quales las mayores pesan una onza, se agencian, y se buscan con ansia, porque la experiencia ha enseñado ser específico singular para que corra la orina; tomándose sus polvos en agua tibia, y en cantidad corta.

Algunos de aquellos territorios abundan en una especie de tortugas terrestres, que llaman icotéas, y tambien morrocóyes; las quales no se [265] acercan al agua, y su concha está matizada de amarillo, encarnado, blanco y pardo. Estas tortugas son muy fáciles de coger, porque es muy tardo su paso; y quando el Sol las fatiga, si hallan una cueva, se amontonan en ella muchas, y los que van en su busca en los llanos de Caracas, suelen de una sola cueva sacar ocho, y á veces diez cargas de ellas. Causa admiracion el ver, que multipliquen tanto, siendo un animal tan impróvido, que no esconde los huevos como las demás especies de tortugas; pues así como va caminando, suelta acá un huevo otro acullá, sin cuidar mas de ellos, y con todo multiplican tanto como llevo dicho. En las entrañas de estos animales no se halla calor alguno: yo los he abierto vivos, y ni en el corazon, ni en su estómago, ni en parte alguna, les he hallado calor. ¿Quién fomenta su nutricion?

No es para dexar en silencio la singularísima providencia con que el Criador del Universo preparó agua fresca y saludable en estos diatadísimos llanos, en donde, quanta abunda y sobra en seis meses del año, tanta falta y se echa ménos en los otros seis meses. Nacen en aquellas inmensas llanuras, de distancia en distancia, tres ó quatro árboles juntos, rodeados de maleza, en los baxíos donde se mantiene mas la humedad; los quales con su sombra sirven de grande alivio á los caminantes, sufocados con los rigores del Sol; y suele mantenerse junto à ellos algun charco de agua, de ordinario corrupta llena de insectos, y cubierta de lama verde, adonde recurren los tigres, serpientes, [266] y otras bestias fieras à beber. Esta agua ya se ve que no conviene beberla; pero el que no sabe el secreto, que voy à descubrir, obligado de la sed rabiosa, la cuela por un pañuelo, cierra los ojos, tápase las narices y bebe, como á los principios me sucedio á mí; y para que no suceda á otros voy à descubrir un maravilloso manantial. Es el caso, que en estos bosquecillos nacen unos arbolitos que llaman bejucos, parecidos al tronco de las parras, que suben, enredándose hasta las copas de los álamos; y suelen llegar à ser del grueso de un brazo, y tan tiernos que de un golpe de machete se cortan: ellos están llenos de arriba á baxo de agua cristalina, purísima, fresca, y muy sana: si hay vasijas para recogerla, se corta el tronco junto al suelo, y se llenan; pero si acontece, que el sombrero ha de servir de alcarraza, se corta un pedazo por la parte superior, y se llena un sombrero; luego otro pedazo mas abaxo, y se llena otro sombrero; y así de los demás miéntras hay tronco y se busca agua. Esta noticia, que servirá mucho á los Padres Misioneros, y á otros viajantes, no puede dexar de excitar á todos à engrandecer y alabar las providencias del Altísimo.

En la Historia General de todo el Mundo de Mr. Salmon (336), hallo; que ha dispuesto el Señor el [267] mismo socorro en un bejuco de las mismas señas y circunstancias en las Islas Filipinas. Pero volvamos al asunto del Capítulo, de que nos desvió una digresion tan importante.

Críase tambien en aquellos territorios el oso hormiguero, que es el mejor bocado, especialmente para los Indios Morcotes: es del tamaño de un perro de agua grande, peludo, y su cola tan grande, y de cerdas tan largas, que alargando la extremidad de ella hasta encima de su cabeza, cubre y defiende todo el cuerpo del Sol, y de los aguaceros: sus piés y manos rematan cada una en tres uñas curvas, y tan tenaces, que si el tigre, al dar el salto sobre él, se descuida, y le da algun corto tiempo para recibirle entre sus brazos; es tan apretado el abrazo que le da, y fixa en su cuerpo tan tenazmente las uñas, que allí perecen ambos. Yo hallé sobre el peñon del Orinoco, llamado Marimaróta, aferrados un oso mediano con una águila, ambos muertos y secos al rigor del Sol. En otra ocasion, yendo con bastante comitiva, dimos con uno de estos osos: ocho ó diez perros, que iban con nosotros, le acometiéron con brio; pero el oso no se apuró: sentóse y abiertos ambos brazos en forma de cruz, hizo cara á todos, sin que nadie se atreviese à tocarle un pelo de su cuerpo: lo extraño de este animal es la cabeza y boca, porque de su cabeza, que no es grande, le sale una trompa de media vara, ó de tres cuartas quando ya es mayor, y en la punta de aquella tiene un agugerito redondo, que no podrá entrar por él la punta del dedo pequeño ¿Pues qué come, me [268] dirán, ó de que se mantiene? Digo, que se va de hormiguero en hormiguero, y por la puerta por donde salen y entran las hormigas, introduce la lengua, tan larga como la trompa, en que la tenia recogida: las hormigas se enojan, y muerden fuertemente aquella lengua, todas quantas hallan blanco en que cebarse; y quando ya el oso siente la lengua llena, la retira para dentro, y luego la vuelve á sacar limpia, y prosigue su pesquería de hormigas, hasta saciar su hambre; y ésta es la causa porque se llama oso hormiguero: y causa admiracion quanto engordan estos animales con un mantenimiento tan débil al parecer.

Pero el que ve, que al salir las hormigas con alas á volar para su ruina, engordan tambien los Indios de aquellos Paises, por las muchas hormigas que comen; no extraña que los osos engorden con ellas, ántes que crien alas: à las primeras aguas, que despues de quatro, y à veces seis meses de continua sequedad, caen ya por el Abril, ya por el Mayo, son innumerables los enxambres de hormigas, que ufanas con la novedad de verse con alas, salen á volar; pero muy presto caen, fatigadas de su mismo peso, ya no pueden levantar segunda vez el vuelo: son de tamaño extraordinario; de modo, que antes de criar alas, miéntras se ocupan en forragear, cada hormiga de aquellas carga (337) un grano de maíz, y no obstante este peso, camina ligeramente: quando llegan á criar alas, son un tanto mayores, y de la cintura para abajo no contienen otra cosa, que manteca; tanto, que partida aquella mitad, y junta ya competente cantidad, [269] las ponen à freir en sartenes, y de ellas mismas sale la grasa suficiente para freirse; y los que gustan de este regalo me han asegurado, que equivale à una fritada de chicharrones del mejor lechon. No lo he querido creer, ni experimentar; pero à la verdad, aquí es quando se vengán los Indios de los gravísimos daños, que todo el año reciben de las hormigas. Salen éstas de noche, de sus grandes hormigueros, que abundan en todas partes, y dan sobre la sementera del maíz tierno; cargan con todas las hojas verdes, y el maíz no crece mas, ni sirve: otras noches cargan sobre los plantíos de la yuca, y quitan las hojas de sus ramas, y he aquí perdido todo el

trabajo del pobre Indio, porque el diente maligno de las hormigas, quantas plantas pela, tantas seca, aunque sean naranjos ó arboledas de cacao: en éstas es imponderable el daño que hacen, por mas que los Indios cavan, queman y echan caños de agua sobre los hormigueros; pues aunque con estas diligencias muchas mueren, como es inmenso su número, siempre hay que trabajar, y siempre sobran hormigas para causar graves daños. Antes de pasar à otra cosa, diré la plaga maligna de hormigas de palo santo, de que están infestadas todas las tierras, que llamamos calientes; esto es, adonde no llega el fresco de los páramos nevados.

En todos los sitios anegadizos, así en las selvas y bosques, como en las campañas limpias, crece el árbol llamado palo santo, que tal vez le habrán puesto este nombre, porque lleno todo su interior de hormigas malignas, y ponzoñosas, [270] él no se da por entendido, ántes parece que hace gala de que le estén royendo continuamente su corazón; siendo así que no hay árbol que le iguale, ni en lo derecho y alto del tronco, ni en lo coposo y bien poblado de la copa, la que corona, no con solas flores, sino con ramilletes de flores, tantos, quantos son los retoños con que reverdece; y entre tanto abriga en su seno unas hormigas pequeñas y de color rubio, que en llegando à picar una en la mano, dexa una ardiente y rabiosa comezon para todo el dia; y si sucede, como es muy frecuente, que lleguen á picar, ocho ó diez de ellas, à mas de la comezon intolerable, causan veinte y quatro horas de calentura: trabajo muy ordinario para los pobres forasteros, que por no saber lo que aquellos árboles ocultan, se sientan à su sombra, echan la mano para cortar una vara, ó al dar un salto, se afirman en alguno de aquellos troncos: ni es menester tanto; pues basta para recibir esta pesada plaga, tocar de paso alguna rama del palo santo, ó con el sombrero, ó con alguna parte de la ropa, luego siente las mordeduras de las hormigas que prontas para el daño se le pegaron. Yo creo que ellas solo se mantienen del xugo de aquel árbol, porque no se apartan de él para buscar comida, como se ve en otras hormigas: lo mas que se llegan à apartar de él, es hasta tres ó quatro pasos; y son de tal malignidad sus piés, que en todo aquel contorno que pisan, no nace una yerba, ni chica ni grande; y esta misma limpieza, que es aviso para los que saben la causa, es lazo para [271] que el pasagero que no lo sabe se siente para ser mordido, en lugar del descanso que busca.

Pero volvamos á registrar otros animales raros, que encuentran y matan los Indios, entre los quales aprecian mucho á los irabúbos. Son éstos del tamaño de una oveja; pero en la cerda y trompa son muy parecidos á los cebones, y en el sabor de sus carnes se les parecen bastantemente: viven ya en el agua, ya en tierra; y en una y otra parte están como en su centro: abundan mucho, y salen á manadas á destrozar y comerse las sementeras; por lo que, y para lograr su carne, los persiguen mucho los Indios.

Las faras, à quienes los Indios llaman ravále, no las persiguen para comer, porque tienen un olor muy fastidioso; sino porque les hacen notable daño en los platanales, papayos y otras frutas. Son éstos animales nocturnos, y muy difíciles de hallar de dia: tienen las hembras duplicado el pellejo del pecho, despegado uno del otro, y rajado por medio, de alto á baxo, el cuero exterior; de modo, que tiene sus concavidades ya á uno ya á otro lado, y en ella mete sus quatro hijos luego que pare: allí toman

los pezones de los pechos de su madre, y crecen sin salir hasta que pueden caminar por sus piés, que es cosa bien irregular, y á la verdad digna de celebrarse.

En Arauca, Apure, Duya, Cravo y otros muchos rios que baxan al Orinoco, hay gran multitud de lobos, ó perros de agua, del tamaño de un perro podenco: hay nutrias; pero la sutileza, y suavidad del pelo de los lobos de agua, á quienes los Indios llaman guachi, excede mucho al de [272] las nutrias, y aun al suave contacto de la seda: nadan con gran ligereza, y se mantienen del pescado: viven igualmente en el agua, y en tierra, aunque para comer siempre salen del rio, y para sus crias cavan cuevas en las barrancas, donde las hembras crían los cachorros á sus pechos: no hacen las cuevas en sitios apartados, sino en unas como agregaciones, donde concurren gran número de ellos á vivir, á comer, y á divertirse jugando y corriendo. He visto y observado con curiosidad sus madrigueras, y causa armonía ver la limpieza con que están: no se halla una yerba en todo aquel contorno: los huesos del pescado que comen, todos los amontonan aparte; y á puro jugar y retozar, de tierra al rio, y del rio para fuera, tienen caminos notablemente anchos y limpios.

Concluiré este Capítulo con el animalejo mas hermoso, y mas detestable de quantos he visto hasta ahora. Entre los blancos de la América se llama mapuríto, y los Indios le llaman mafutiliquí: es como un gozquecillo de los mas aseados, que crían las Señoras en sus palacios: todo su cuerpecillo jaspeado de blanco y negro; su cola proporcionada, hermosa, y muy poblada de pelos largos; vivísimo y travieso en su modo de andar; y atrevido sobre manera: no huye, ni tiene miedo, á fiera, ni á animal alguno, por bravo que sea; porque tiene confianza, y mucha satisfaccion de las armas con que se defiende, con las cuales me he visto miserablemente sufocado, y casi fuera de juicio: y es el caso, que si el dicho mapuríto ve venir contra sí algun hombre, ó algun animal, sea el que se fuere, [273] le espera cara á cara; y luego que ve á su enemigo á tiro proporcionado, le vuelve las espaldas, y le dispara tal ventosidad, y tan pestífra, que cae aturdido, sea hombre, sea tigre ó leon el que le seguia, y ha menester mucho tiempo para volver en sí: entre tanto prosigue el mapuríto su camino á su paso natural, muy seguro de que el que queda batallando, é inficionado, no está ya para seguirle, ni perseguirle. Despues de todo esto, los Indios, á gran distancia los flechan, y ya muertos, con notable tiento los abren, les sacan las tripas, sin romper ninguna, comen la carne, que equivale á la de un conejo, y guardan el pellejo, con mucho aprecio, entre las alhajas de su mayor adorno y estimacion; y á la verdad el cuero es suave al tacto, hermoso á la vista, y sin mal olor. Pero dexemos estas curiosidades de los animales, para reir y llorar otras en los Indios, y en otras Gentes.

Capítulo XXIII

Turbacion, llantos, azotes y otros efectos raros, que causa el eclipse de la Luna en aquellos Gentiles

Del extraño modo de concebir de aquellas Naciones, un mal gravísimo en el eclipse de la Luna, nacen como aborto de su ignorancia,

demostraciones llenas de pavor y espanto: los de una Nacion se persuaden, que la Luna enferma de muerte, y se acaba á toda priesa: otras creen, que se ha enojado con ellos, y que se retira airada [274] para no alumbrarlos mas; y cada una de aquellas Gentes ciegas, deseosa de la luz de la Luna, prorumpe en diligencias, llenas de desatinos. No dudo, que quando se les eclipsa el Sol, harán semejantes, ó mayores demostraciones; pero no me he hallado entre los tales Gentiles en tiempo de estos eclipses; y así, no tengo que decir acerca de lo que sucede en tiempo de los eclipses del Sol: voy ya al caso propuesto de los eclipses de la Luna, en que me he visto muchas veces, y en algunas no sin sobresalto.

Bien ageno de todas sus tropelías me hallaba entre las Naciones Loláca y Atabáca, quando á cosa de las diez de la noche levantáron tal gritería, y llanto descompasado, que me persuadí haberse puesto en batalla cruda, una ú otra Nacion. Salí asustado, y hallé á casi todos los hombres juntos gritando, y á las mugeres corriendo y llorando, cada qual con su tizon en las manos, para esconderle entre la arena, ó entre la tierra. ¿Qué alboroto es éste? pregunté á uno de los Capitanes. ¿Dayque teo cejo ajó rijubicanto? ¿No vés, dijo él, como se nos muere la Luna? ¿Y las mugeres adonde van corriendo? Futuit nanaabica, rijubiri afocá. Van, dixo, á enterrar y guardar tizones de fuego; porque si la Luna muere, todo el fuego muere con ella, ménos el que se esconde de su vista. ¿Y cuándo, repliqué yo, habeis visto morir la Luna, y al fuego con ella? No hemos visto ni uno ni otro, respondiéron, pero así nos lo han contado nuestros mayores, y ellos muy bien lo sabrian. Entretanto se fuéron juntando todos, chicos y grandes, y les pregunté ¿si habian hallado fuego alguna [275] vez en aquellos tizones que escondian? Respondiéron que no: luego es en vano la diligencia de esconder fuego; porque la misma tierra y arena con que le tapais, le sufoca y mata. No, Padre, dixéron, porque la Luna se alienta, y vive, movida de nuestras lágrimas: por eso el fuego escondido muere; pero si la Luna se muriera, el fuego escondido quedára vivo.

Así deliran aquellas Gentes: ni hay asunto tan arduo, como querer quitar un error derivado de padres á hijos entre gente incapáz. No obstante saqué un espejo, una vela encendida, y una naranja, y llamando à los principales, les expliqué, con los términos mas groseros que pude hallar, como la privacion de luz de la Luna no era por enfermedad, porque ella no es cosa viva, sino porque no tiene otra luz, sino la que recibe del Sol, poca ó mucha, segun el aspecto con que el Sol la mira; y que llegándose á interponer el Orbe Terráqueo entre el Sol y la Luna, durante el tiempo de la interposicion, no recibia luz, si era total: y recibia poca luz, si era interposicion parcial. Esto mismo les hice ver con la demostracion de la vela, y su luz reflexa del espejo, interponiendo la naranja entre la luz de la vela, y la del espejo. Percibiéron algunos de los principales la explicacion, y dándose grandes palmadas en los muslos, gastáron mucho tiempo en explicar á sus gentes la causa del eclipse, con tan buen éxïto, que en adelante no hubo lágrimas, ni gritos, ni ceremonia alguna en los eclipses que se siguiéron.

No es ponderable el gusto y atencion con [276] que aquellas Naciones atienden quando se les habla del movimiento del Sol, Luna y Estrellas, ó de la extension de la Tierra, Mares y Naciones; porque como están en una suma ignorancia de todo, y piensan que todo el Mundo se reduce à sus

tierras, y à las de aquellas pocas Naciones circunvecinas, de que tienen alguna noticia, les causa notable gusto saber aquello, que jamás habían imaginado; y como de estas conversaciones de las criaturas, luego se pasa à tratar del Criador de ellas, se les va embebiendo insensiblemente, y con gusto el conocimiento del Criador de todo; y éste es el medio por donde los Misioneros mejor captan la atención de aquellos Bárbaros.

Por otra parte, conviene que el Misionero explique muy de espacio el viage que ha hecho desde Europa hasta sus tierras, à fin de enseñarles el camino del Cielo; porque como ellos tienen un amor tan bestial à sus Países, que casi se puede llamar querencia, que es la que las bestias tienen à los exidos de su pasto; les causa mucha armonía, que el Misionero, solo por cuidarlos, y enseñarles, haya dexado su Patria y parientes, y haya caminado tanto. Digo esto, porque en circunstancias, en que algunos Pueblos recién agregados de los bosques, ya por instigación de los ancianos, ya por la del Demonio, estaban mal contentos, y deseosos de volverse à su Egipto, fui repetidas veces à oír à escondidas sus conversaciones, y en muchas de ellas oí esta réplica: «¿Cómo nosotros podemos dexar al Padre que por nuestro bien ha dexado à sus parientes? ¿Y qué mucho [277] nos apartemos pocas millas de nuestra tierra, quando el Padre por nosotros se ha alexado tanto de la suya?» Estas razones, tengo experiencia, que les hacen gravísima fuerza, y que producen muy buenos efectos.

Mas pesadamente, que los Atabácas, llevan los Indios Salivas el eclipse de la Luna; y así hacen y prorumpen en demostraciones de mayor sentimiento. En el año de 1735 creí, que à las nueve de la noche nos habían asaltado los barbaros Caribes, como lo acostumbran; tal era el estrépito de armas, toque de su formidable tambor y gritería. Salí, y hallé à todos los Indios de armas puestos en filas, presentándolas à la Luna, ofreciéndole su valor y esfuerzo, y rogándola, que no se retirase. Los jóvenes de quince hasta veinte años, estaban en dos filas aparte, y algunos viejos con látigos, azotándolos crudamente por sus turnos; y finalmente las mugeres, hechas un mar de lágrimas, lloraban la próxima retirada, y ausencia fatal de la Luna. No eran circunstancias aquellas, que daban lugar à consuelo; solo recibían con gusto la noticia, de que por aquella vez era cierto, que la Luna no se había de ausentar; con la protesta, de que ántes de hora y media la verían otra vez llena y alegre, como sucedió, quedando todos muy contentos. No pude averiguar de raíz la idea que aquella Nación se finge: solo llegué à entender, que suponen, que la Luna tiene enemigos, por cuyo miedo se quiere retirar, para ir à lucir, y à alumbrar à otras Gentes. De este error nace su congoja, y las ofertas, de que pelearán á su favor; y así, que no tema, ni se vaya, etc. [278]

Casi la misma necia (338) opinión siguiéron, y siguen todavía los Indios, que restan aun Gentiles en las Islas Filipinas: ellos, sin meterse à indagar, y saber de donde ha salido tan fiera bestia, dan por muy cierto que el descaecer la luz de la Luna, ó del Sol, se origina de que un fiero dragon tira á tragarse, ya al uno, ya al otro Planeta: la grande falta, que ya el uno, ya el otro les han de hacer, los acongoja, melancoliza y aturde; y no hallando modo de subir à socorrer à sus bienhechores, han tomado el arbitrio de hacer un continuo y formidable estrépito de caxas y tambores, para aturdir al dragon; y así lo creen, celebrando la victoria

despues del eclipse.

Todavia me parece mas necio y descaminado el albototo de la Nacion Guayána, quando llega el caso del eclipse de la Luna; porque al punto que le reconocen, echan mano de los instrumentos que usan para cultivar sus campos; y diciendo y haciendo, unos desmontan la maleza, otros limpian, y otros cavan el terreno, y todos à una protestan à gritos: «Que tiene razon la Luna para estar enojada con ellos, y sobrado motivo para desampararlos, porque no le han hecho sementera, como era puesto en razon; pero le ruegan, que no los dexen, porque ya le previenen campo para sembrarle maiz, yuca, plátanos etc.» Con estas demandas y súplicas acompañan su trabajo, que es recio, durante el eclipse; pero en quanto la Luna recobra su luz, se vuelven à sus casas, celebrando [279] con mucha alegría el que no se hubiese ausentado: y es cosa rara el que dexan en olvido su trabajo, ni piensan mas en sembrar, ni cultivar la tierra prevenida para la sementera de la Luna, hasta que con el tiempo llega la hora de otro eclipse, y la pena y dolor de su descuido, la turbacion, sobresalto, y la nueva aplicacion al trabajo, tan infructuoso y vano, como los antecedentes.

No sé, que se pueda hallar imágen mas viva de la infructuosa y vana penitencia, que por quaresma emprenden los mal acostumbrados, que solo dura miéntras oyen el peligro gravísimo en que están, y luego se echa todo en olvido hasta (339) la quaresma siguiente, en que al oír las verdades del Evangelio, entran en nuevo sobresalto y temor; pero todo sin fruto.

Mas prudencia gastan las Indias Otomácas, que sus maridos, durante el eclipse de la Luna: toman estos arbatadamente sus armas, dan carreras y gritos descompasados, aporréan las flechas contra los arcos, en señal de indignacion, ruegan, piden y suplican à la Luna, que no se muera; y como por mas que se apuren, ella va menguando, y descaeciéndose sensiblemente, viendo que no se da por entendida, corren à sus casas reprehenden agriamente á sus mugeres, porque no se apuran, ni lloran la enfermedad de la Luna; pero ellas ni aun por eso se dan por entendidas, ni aun responden palabra à sus maridos. Viendo estos que por mal, y por rigor no consiguen cosa, mudan de estilo, y empiezan à rogar y suplicar à las mugeres, que clamen y lloren, para que la Luna se aliente, y no se dexen [280] morir. No hay súplicas que valgan, y así pasan los Otomácos à las dádivas, que lo vencen todo: sacan de sus alhajas, cada qual lo mejor que tiene, y les dan á sus mugeres, unos, sartas de cuentas de vidrio; otros, collares de dientes de monos; y otros, preséas semejantes: entónces salen à saludar à la Luna, y en tono lloroso le hacen muchas súplicas; y como esta funcion llega ya à tiempo en que la Luna va recobrando su luz, à poco rato que prosigan sus ruegos, queda la Luna entera y clara, y entran los agradecimientos de los Otomácos á sus mugeres; cuya voz lamentable enterneció, segun su idea, y movió á la Luna à volver sobre sí, y no morir. Estos y otros tales son los partos de aquella nativa ignorancia, bien semejantes á las demostraciones bárbaras, que hacen los Moros durante el eclipse de la Luna, en el qual tiempo se afligen, lloran, se arrancan los cabellos, y por último se enfurecen à violencias de su necio dolor y sentimiento, nacido de la falsa tradicion de que la Luna está enojada ó enferma. Tal como éste es el genio humano, quando le falta cultivo, carece de la luz que dan las ciencias, y de la sobrenatural con que nos alumbró nuestra santa Fe; y por falta de esta divina luz, yerran los doctos

Astrólogos del Imperio de la China, aunque son hombres de nobles y muy cultivados ingenios, especialmente en orden á la contemplacion de los Astros y Planetas; lo qual no obstante corren parejas, y tropiezan tan groseramente como los Moros, y tan neciamente, como las Gentes bárbaras del Orinoco: sobre que el Padre Nicolas Trigault, de [281] la Compañía de Jesus, Misionero é Historiador antiguo del Imperio de la China (340) dice:

«El oficio de los Astrólogos de Pequín, es pronosticar en todo el Reyno los eclipses del Sol y de la Luna, promulgando ley, que los Mandarines y los Ministros de los Idolos, insignes en el culto de sus oficios, se junten de todas partes en cierto lugar, para socorrer al planeta afligido y doliente; lo qual piensan que hacen con tocar las campanas hasta cierto número de golpes; arrodillándose muchas veces, todo el tiempo, que creen están aquellos Planetas en riesgo, desmayados ó eclipsados. Dícese, que temen no los trague no sé que serpiente en aquel tiempo.» Hasta aquí el citado Autor.

Verdad es, que como la luz del Santo Evangelio va desterrando de aquel Imperio las sombras de la idolatría, les ha aclarado tambien los entendimientos, para percibir mejor el curso de los Planetas, ó el movimiento de los Astros, y la novedad de los fenómenos.

Deseará saber el curioso ¿si aquellos Bárbaros tienen conocimiento de algunos Astros y Planetas, fuera del Sol y la Luna? ¿y si tienen algun cómputo para contar los meses y los años? Respondo, que conocen á las Cabrillas, á quienes llaman Ucasú, y otros Cacásau; y cada Nacion de aquellas les da su nombre, segun la propiedad de su lengua. Por las Cabrillas computan el año; esto es, quando al ponerse el Sol, y [282] descubrirse las Estrellas, ven salir por la parte oriental las Cabrillas, entónces empieza su año nuevo; y en sus tratos, suele ser el plazo de la paga; v. gr. Edásu ucásu farrusacáju; que es decir en las Cabrillas venideras, ó de aquí á un año te pagaré. Los meses los regulan por las lunaciones; v. gr. Alaquirí boteyfida, farrusamay; luego que pasen dos Lunas vendrémos. No tienen semanas, ni nombres para señalar los dias de ellas; pero suplen este defecto con industria: v. gr. se ha de ir el marido à un viage de veinte y cinco dias, ó se hace un trato, que se ha de pagar dentro de otros tantos, entónces el marido da un cordon à la muger con tantos nudos, quantos son los dias que se ha de tardar, y el deudor da à su acreedor el mismo cordon, y se queda el que da los cordones anudados con otros del mismo número de nudos; y es cosa de ver, que por la mañana, la primera diligencia que hacen, es soltar un nudo de aquellos sus cordones; y esto infaliblemente, así los unos, como los otros; con que el dia que sueltan el último, saben que se ha cumplido el plazo, y cada qual concurre á cumplir su palabra; y los que no pueden pagar, dan sus excusas, y agencian nuevo cordon, ó nuevo plazo.

No obstante lo dicho, casi todas aquellas Naciones cuentan hasta cinco, con nombres numerales correspondientes; y en llegando á cinco, prosiguen diciendo: cinco y uno, cinco y dos etc.; y en lugar de diez dicen dos cincos, al quince tres cincos, y al veinte quatro cincos; pero siempre van acompañando los números que [283] pronuncian, ya con el número de dedos correspondiente, ya con una, ya con ambas manos, y con uno, y à veces con ambos piés; y es el caso, que sus números corresponden al número de los dedos de una persona, y no mas; v. gr. en lengua Achagua Abacáje,

es cinco, quiere decir los dedos de la mano: Juchamacáje, es diez; esto es, los dedos de ambas manos: Abacaytacáy, es veinte; esto es, los dedos de piés y manos: Juchámatatacáy, es quarenta; esto es los dedos de dos hombres: y así van aglomerando hasta dos mil, seis mil, y diez mil dedos, con una algarabía notable, pero perceptible, à fuerza de trabajo.

Capítulo XXIV

Estilos que guardan aquellos Gentiles en sus casamientos: la poligamia, y el repudio

Como cada Nacion sigue sus tradiciones, tiene tambien sus particulares usos en los casamientos. Ya dixé latamente en el Capítulo décimo, la multitud de ideas con que los Indios Guayquiries solemnizaban en su gentilidad los casamientos: y noté allí ser cosa muy singular entre los bárbaros, los quales comunmente gastan pocas ceremonias en tales casos. No puedo individuar aquí todo lo que noté entre ellos, por no ser molesto: apuntaré tal qual especie, de que se podrán inferir otras semejantes, y formar algun concepto del desacierto de los hombres, [284] que caminan sin la luz de nuestra Santa Fe.

En una cosa concuerdan gran número de aquellas Naciones; y las restantes, aunque no abiertamente, adhieren en algun modo á la persuasion en que están aquellas, de que las hijas son vendibles, y que el novio debe pagarlas á sus padres, por el trabajo con que las han criado, y también por el afán y cuidado con que en adelante trabajarán en útil de sus maridos. Esta opinion, que siguió Laban (341), haciendo trabajar bien largamente à Jacob, por las dos hijas que le dió, Lia y Raquél, es la seguida y practicada por el mayor número de las Naciones Gentiles, de que voy tratando; pero como aquella es gente de corto ánimo, y de caudal mucho mas corto, se contentan los padres de la novia con cosas de muy poca monta. No las dan tan baratas en el vasto y político Imperio de la China, en el qual toda la gente plebeya y pobre, compra por su dinero las mugeres para casarse; y aunque la Nobleza no entró en este uso, tiene otro mas costoso; porque ántes del casamiento envian à las novias grandes cantidades de dinero para que compren las alhajas y cosas que gustáren (342). Ni esto debe causar armonía à los Europeos, como que éste mas parece interés y codicia en los padres, [285] que amor à sus hijas; porque tambien los Chinos y los Americanos notarán esto mismo en los novios Europeos, y dirán, (à veces sucede) (343), que los novios parece, que no tanto buscan la muger, quanto al dote que le dan sus padres. Por otra parte, el mismo dote, que es liberalidad de los padres, y señal del amor que tienen à sus hijas, le pueden interpretar siniestramente aquellas Naciones, diciendo, que los padres de familias en Europa, por descartarse de las hijas, como si les sirvieran en casa de mucho estorbo, dan mucho dinero à los que las toman por mugeres; y así, si aquellas costumbres disuenan á los Europeos, las nuestras han de disonar á los Chinos y á los Indios: de que resulta este problema político: ¿Quiénes se portan mejor con sus hijas, los que las venden para que sus maridos las estimen; ó los que las dotan para que sus maridos las aprecien?

Entre algunas de aquellas Gentes se usa, que en naciendo algun niño,

están observando, y esperando la primera niña que sale á luz, y luego se la piden á sus padres, alegando, que deben ser compañeros, por haber venido á este Mundo el uno en pos del otro; y en aquel día queda ajustado el casamiento: así que el chico crece, y empieza á usar el arco y flechas, todo lo que puede haber á sus manos, lo lleva á la niña, sea pescado, aves ó frutas; tributo que reconoce y paga hasta que á su tiempo se la dan por muger. En otras Naciones, ántes de entregársela, deben preceder algunos méritos positivos: el primero, que por sí mismo mate un jabalí, y le trayga á casa [286] del suegro, en prueba de que ya es hombre en forma: el segundo, ántes de casarse, debe por sí mismo prevenir sementera, á la manera que la previenen los hombres casados, en prueba de que ya puede mantener familia. En otras Naciones es mas pesada la paga ó la prueba; porque está en uso, que á mas de prevenir su sementera y casa nueva en que vivir, debe trabajar, y disponer la sementera de su suegro, y hacerle una casa nueva, si la que tiene es ya vieja; y si es buena, en lugar del trabajo, que habia de tener en fabricarla, queda obligado á disponerle sementera el año siguiente.

En otras Naciones no se anda con estas nimiedades, sino claramente, por via de contrato, se conviene lo que el novio efectivamente debe dar por paga de la novia; y concluido el trato, da lo pactado; y si tiene edad, se la lleva; y sino, desde entónces corre con la obligacion de buscarla que comer. Quando el que pide la hija casadera, tiene ya otra ú otras mugeres, se les hace muy duro á los padres de la moza el consentir, y solo á fuerza de aumentar la paga, se llega á terminar el contrato.

No sucede así en orden á las viudas que quedan casaderas; pues en quanto á éstas, entre los Caribes, las hereda el hijo mayor del difunto; y entre los Otomácos, los Capitanes dan la viuda á un jóven; y entre las demás Naciones, ya no intervienen los padres de ellas en el segundo casamiento, sino que ellas por sí se casan, segun mejor les parece.

Solo entre los Betoyses, y sus varias Capitanías observé, que mediaban algunas palabras al tiempo, [287] de entregar las novias, y eran éstas: pregunta el padre de la novia al novio: ¿Fajinefá du? ¿La cuidarás? Y responde el mozo: Mamí farrinefá du. Muy bien la cuidaré: y sin mediar entre los contrayentes palabra alguna de contrato, se dan por casados á su modo; aunque, como luego diré, tienen muy pocas señas de válidos esto contratos, sean tácitos, sean expresos. Véase á Herrera (344) y al Padre Trigault (345), quien en su Historia de la China, dice de aquellos casamientos: Los padres de ambos componen estos contratos, y no piden para ello el consentimiento de los hijos, pues estos obedecen ciegamente á sus padres; y si esta subordinacion en las niñas gentiles excitase el enojo de las señoras, cuyas hijas criadas en la santa y verdadera religion christiana, se salen, (por mano del Vicario Eclesiástico), y se casan á su gusto, contra la voluntad de sus padres; entiendan que su enojo no ha de ser contra las hijas, que tal ingratitud cometieron, sino contra sí mismas, que tal crianza les diéron, que tan poco las resguardáron, y tantos paseos las permitiéron; y mas quando no son necesarios muchos; pues Dina (346) en la primera salida halló quien la quisiese.

La poligamia, que es tener multitud de mugeres, viene de padres á hijos entre aquellos Gentiles, como uso tan constante, que ni por pensamiento se les ofrece la menor duda de si será, ó [288] no será

lícito: pero generalmente hablando, son pocos los que tienen muchas mugeres, no por falta de voluntad, sino porque no las hallan; ó caso que las hallen, porque no tienen caudal para dar la paga que piden sus padres, ó no quieren obligarse á las pensiones que arriba apunté. Los Caciques, los Capitanes, y algunos valentones, que sobresalen, ó en el valor, ó en la destreza y eloquencia del hablar, y sus Curanderos, Médicos ó Piaches, son los que, ó por su autoridad y valor, ó por sus enredos y embustes, consiguen dos ó tres mugeres cada uno; y algunos de muy sobresaliente séquito, consiguen hasta ocho, y aun mas.

Pero bien observada la materia, se ve claramente en ellos, que el agregar tantas mugeres, mas nace del interés de lo que éstas trabajan, y sudan en la labor del campo; y de la soberbia y altivez, con que aspiran á ser tenidos por hombres poderosos, y de séquito, que de otro motivo ménos decente: con todo no faltan sus riñas entre ellas, como se dexa entender, sin embargo de que no viven en la casa juntas, sino cada una en su habitacion con sus hijos, y su hogar aparte sin intervencion con la otra. El pescado que adquiere el marido, ó por sí, ó por sus domésticos y vasallos, se reparte entre todas con proporcion, segun los hijos que cada una tiene; y en llegando la hora de comer, le tienden en el suelo la estera, que es su mesa, y cada muger le pone delante su plato de vianda, su torta de cazabe ó caizú de maiz, y se retira: coma, ó no coma, nadie le habla palabra. Pasado algun espacio competente, cada una saca de su tinaja ó cántaro una tutuma ó medida de chicha, y se la pone delante [289] para que beba; y concluido esto, cada qual se retira á su habitacion, á comer y beber con sus hijos, con el qual retiro se evitan pleytos. En el campo se observa la misma separacion; de modo, que aquella porcion de bosque, que el marido con los convidados desmontó para sementera, la divide en tantas partes, quantas son las mugeres que tiene, y cada una siembra, cultiva y atiende á su parte, sin meterse en el terreno de la otra; aunque es verdad, que ni aquí faltan sus enojos, sobre si á la otra le tocó mejor terreno ó mas dilatado, y sobre si los hijos de aquella hurtáron frutas de la sementera de ésta, y por otras cosas semejantes.

Así como en la poligamia seguian estas Gentes, y aun siguen las que no están sujetas al Evangelio, la desenfrenada costumbre de los demás Americanos (347), en que sin duda irian ya impuestos los primeros pobladores, que pasáron de éste á aquel nuevo Mundo, porque en éste era y fué tan antiguo el tal desórden (348), como es notorio; así imitaron la costumbre del repudio, transportando consigo el uso, que acá estuvo desde tiempos tan antiguos radicado (349), que le tomaron los Hebréos, viéndole establecido entre los Gentiles, y despues corrió con los siglos entre las demás Gentes (350). [290]

Solo se diferencian en el modo, y en los motivos del repudio, que son varios, segun la variedad de genios y costumbres de las Gentes. Los Hebréos no podian executar lo sino en ciertas circunstancias, y con motivo bien averiguado; y entónces debian dar libelo de repudio (351). Mucho menores causas requerian los Romanos, y bastaba que Ticia hubiera ido al Circo sin licencia de Clavio, para que éste la repudiasse. Finalmente, los Indios abandonaban sus consortes por motivos mucho menores, y aun sin ellos, siguiendo el ímpetu de su depravado genio, como ya apunté (352).

No obstante lo dicho, por lo que mira á sus casamientos, dan algunas

de aquellas Naciones alguna muestra de racionalidad, no casándose con parientas en primero, ni segundo grado de consanguinidad; y particularmente la Gente Betóya, en esta materia, excede á las otras Naciones, observando exâctamente el no casarse hasta pasado el quinto grado; pera otros Indios, como los Caribes y Chiricóas, tienen muy poco, ó casi ningun reparo en ello.

En esta confusion y tinieblas halla el Operario á los Gentiles, á quienes va á dar la luz del Evangelio; y á la verdad la poligamia y el repudio son el Sylá y Caribdis en que han naufragado muchos Pueblos de Misiones, que daban no pocas esperanzas de fruto permanente y copioso para el Cielo: por lo que los Misioneros, que entran de nuevo [291] al ministerio Apostólico, es bien que se informen muy despacio del modo y de las reglas de prudencia, que la experiencia ha enseñado á los ya versados, para proceder con acierto en tales y tales Naciones, porque no es factible dar una regla general, á causa de que así como entre sí discrepan aquellos lenguages, son tambien muy diversos los usos y los naturales.

El fin principal, es ganar para Dios aquellas almas: á esto se dirigen todos los afanes y diligencias: pero tenga por cierto el Operario, que perderá en un solo día todo su trabajo, si ántes del tiempo competente habla de la poligamia. Para desterrar las tinieblas, envía el Sol con pausa sus primeros crepúsculos, y los va aumentando, para que últimamente, á vista del día claro, se destierren las sombras. No tienen aquellos Bárbaros luz alguna de la eternidad: no se les ofrece, ni les ocurre motivo alguno para irse á la mano, y reprimir sus pasiones; ni dexan las costumbres, que ciegamente recibieron de sus mayores: por lo que no conviene empezar por la reforma de aquello, que será gran dicha conseguir, despues de muchas diligencias, que necesariamente deben preceder primero, para ganar sus voluntades, y despues para ir poco á poco cultivando é ilustrando sus entendimientos: y así es máxîma digna de toda reflexîon, creer que importa mucho en esta ocupacion, reprimir y refrenar los buenos deseos, para poderlos lograr á su tiempo: y aun al fatigado Labrador, ¿qué útil se le siguiera, si vendimiára su viña en agráz? A mas de que, miéntras llega el tiempo oportuno, hay dilatado campo en que explayarse, con fruto, en el cultivo de los párvulos; [292] en la enseñanza prudente y moderada de los adultos, á quienes se debe dar tiempo para la labor de sus sementeras; y en el cuidado y vigilancia con los enfermos, é instruccion y bautismos de los moribundos: diligencias, que insensiblemente van ablandando aquellos corazones; de modo, que últimamente se ponen en las manos de los Misioneros, para que les enseñen el camino del Cielo; y veis aquí ya el tiempo de la deseada cosecha, y la hora oportuna para soltar la repesa de sus buenos deseos, recogiendo el fruto á manos llenas, y no sin ternura y lágrimas, hijas del gusto y consuelo que el Señor les comunica. [293]

Capítulo XXV

Pregúntase, si se aumenta ó disminuye el número de los Indios, haciendo el cotejo del tiempo en que eran Gentiles, con el de ahora, en los que ya son Christianos

Muy universal es la pregunta; y aunque solo me tocaba, segun mi asunto, responder acerca de las Naciones del Orinoco y sus vertientes, con todo, para que Mr. Noblot y otros Autores, vean que no es tan fiero el leon, como le pintan, ni tan duros y crueles los Españoles, como los han dibuxado, en órden á los Americanos, extenderé mi respuesta á los Indios de ambas Américas, Marianas y Filipinas.

Por lo que mira á las Naciones de que he venido tratando, basta traer á la memoria las tres causas principales, y las otras accesorias, que apunté en el Capítulo séptimo de esta segunda Parte, para inferir luego con toda evidencia su notable aumento, despues que reciben el Santo Bautismo: porque con la luz de la gracia cesan las guerras, los venenos, el uso de comer carne humana, y el abuso infernal de enterrar las hembritas párvulas, uno de los dos mellizos, y todos los que nacen con alguna imperfeccion ó defecto: y por lo que mira á otros Reynos de la América, cesó tambien el uso inhumano de sacrificar hombres á los Idolos: todos renglones considerables, que [294] al paso que eran ruina de los Indios, en su Gentilidad, precisamente su abandono total ha de ser raiz de notable aumento, en los que son Christianos. Esto, que por legítima ilacion se infiere, es lo mismo que tocamos con las manos, y experimentamos en nuestras Misiones, no solo en mi Provincia, sino tambien en las otras que tenemos en la América y Filipinas, como lo podrá ver el curioso en sus Historias; y yo lo tengo visto en ellas, y oido de boca de los PP. Procuradores Generales de dichas Provincias, á quienes he tratado aquí, y en Cartagena de Indias, y traté tambien con los de la Provincia del Brasil: de modo, que, á excepcion de los Indios Marianos, despues de instruidos y bautizados los Gentiles, es notable el aumento que en ellos se reconoce en pocos años; porque, á mas de cesar ya los referidos abusos, faltan, y se destierran otros, que son opuestos á la procreacion y aumento: cesa la poligamia y multitud de mugeres, que si no las esteriliza á ellas, destruye, acaba é inhabilita á los varones: cesa la necedad que tenian de casar á sus hijas ántes del tiempo oportuno, de que en muchas de ellas se seguian graves daños, y entre ellos el esterilizarse muchas: y en fin, cesa el uso sangriento de la circuncision, de que ya hablé arriba, de la qual morian muchas criaturas; y faltando estas tres, y las otras cinco causas de disminucion arriba dichas, en órden al aumento, hay la misma diferencia que vemos en un rio, quando le sacan ocho acequias de agua, ó quando echadas las compuertas, la dexan correr toda, sin quitarle gota: ya se ve quan notable y evidente es la diferencia en dicho rio; pues la misma se reconoce [295] en las familias de Indios, quando se han reducido á la santa Fe, respecto de ellas mismas, quando eran bárbaras, gentiles y agrestes.

Supuesto lo dicho, como indubitable, extendamos ya la vista á todos los Indios en comun, en el tiempo de su Gentilidad, y al conjunto de todos los que se han reducido al gremio de la Santa Iglesia. Todos convenimos y concedemos, que cotejando un número con otro, aquel conjunto de Indios que se domesticó en las primeras Conquistas, es mayor que el que ahora se reconoce entre ellos mismos, (exceptuando siempre á los Indios Filipinos, y á otras Naciones, que desde su primera pacificacion hasta hoy han ido y van á mas,) y de dicho cotejo, infieren muchos Autores Extranjeros, como una conseqüencia, á su parecer innegable: luego esta disminucion es efecto

de la crueldad Española. Niego la consecuencia: ni se infiere; porque hay otras muchas raices, que naturalmente fuéron causando la disminucion decantada, que no es tanta, como se pondera.

Excelentemente habla en este punto, como en todos los demás de su apreciable Obra, Don Bernardo de Ulloa (353); y basta la fuerza y nervio de sus razones para capacitar, y poner en silencio los ánimos, mas apasionados, á quienes perturba la vista, la heroycidad y esplendor de las hazañas Españolas. Ya tenia principiado este Capítulo, quando llegó á mis manos la segunda Parte de dicha Obra; y aunque ya empezado, me incliné á omitirlo todo; sin embargo, con licencia [296] y beneplácito de tan sutil y acertada pluma, que en breves cláusulas recopiló toda la substancia, proseguiré, con novedad, en algunas noticias accesorias.

Las causas que señalan los Extrangeros, y en una ú otra concuerdan algunos Autores Españoles, para la disminucion de los Americanos, son: Primera, los muchos que pereciéron en las primeras conquistas: Segunda, el trabajo personal que se les impuso, especialmente en las minas: Tercera, las enfermedades, que ántes, ni habian padecido, ni conocido: Quarta, los tributos y cargas con que imaginan oprimidos á los Indios antepasados, y á los presentes: pero ántes de responder á cada una de por sí, niego redondamente, que sea la merma de los Indios Americanos tanta, quanta se pondera. De México dice Mr. Noblot, que parece un despoblado, cotejado con lo que era ántes. Infórmese mejor, y hallará casi innumerables Indios Mexicanos, porque es notoria la multitud grande de Poblaciones que hay en toda la Nueva España, así de Indios Otomitas, como de Mexicanos, que los sujetáron en aquella su invasion general: y es cierto, que la Alcaldía sola de San Miguel el Grande consta de ochenta mil Indios: siendo así que no es sola la que contiene éste, ó casi igual número: y son muchas las Alcaldías ó Corregimientos que contienen quarenta mil de ellos, y de este número para abaxo muchas mas.

A mas de que, se debia, y debe tener presente lo que advierte Herrera (354); y es, que aquel [297] Nuevo Mundo se halló ménos poblado que éste, porque ya éste estaba poblado, quando de sus sobras se empezó á poblar aquel. Y añade, que los Reyes de México enviaban gentes para ir poblando las costas y otras tierras desiertas. ¿Pues dónde está el nuevo desierto, y el nuevo despoblado que se idean? Lo dicho de México, se debe decir, con proporcion, del Perú, de Tierra-Firme, y del nuevo Reyno. Vuelvo á conceder la decadencia de Indios en los tres Virreynatos, y en el Perú y Tierra-Firme, mas palpable y mayor; lo qual es cierto en orden á los Pueblos antiguos de dichos Reynos. Pero póngase la vista y la atencion, no digo en todas las Apostólicas Misiones, que cultivan las Sagradas Religiones en las fronteras de los Gentiles, con abundante y copioso útil de sus fatigas, en la conversion de aquellos Bárbaros; sino solo en las Gentes bárbaras, que han domesticado y domestican, enseñan y bautizan los Operarios de la Compañía de Jesus, mi Madre, en las siete Provincias que florecen en las Indias Occidentales; y á buen seguro, que cotejado este solo renglon de aumento, con aquella tan ponderada disminucion, sino por entero, quedará ésta compensada en parte muy considerable; porque sola la Provincia, verdaderamente Apostólica de la Nueva España, tiene ocupados con los Neófitos, con los Catecúmenos, y con los Gentiles de sus vastas Misiones, ciento y quarenta y quatro Sacerdotes, con tanto peso de

ocupaciones, que actualmente claman con repetidas instancias, por mas Compañeros, que les ayuden á tirar la red Evangélica; porque, con ser tantos, no pueden sufrir [298] tanto peso; y tienen mucha razon, porque está al cargo de sus sudores el cultivo y enseñanza, de mas de quatrocientas y veinte numerosas Poblaciones, con mas de quinientas mil almas en ellas, en los remotos Partidos de Cinalóa, Topia, Nayari, Californias, Sonóra antigua etc. y en la nueva Sonóra, campo reciente, en que se recogen á millares los Gentiles, singularmente mansos y dóciles.

Acabo de ver la lista de los Neófitos y Catecúmenos, que la Compañía de Jesus tiene á su cargo en las Misiones de Filipinas, no ménos gloriosas, que remotas; y en el año pasado de 1739 tenian á su cuidado 173.938 almas, á que cada día se agregan mas. Junte el Curioso con estos renglones los de las restantes. Misiones de las dos Américas, que omito por la brevedad, y verá, que no va á menos el número de Christianos tan apriesa como algunos piensan.

Tambien se debe advertir, en órden á las noticias que Mr. Laet, Mr. Noblot y otros Autores, han sacado de los Historiadores Españoles; que éstos no todos fuéron, ni pudieron ser testigos de lo que escribiéron; y si lo fuéron de unas, no lo pudieron ser de otras materias; y así se fiáron en gran parte de Diarios y de Relaciones anónimas: otros escribiéron lo que habian oido, y se valiéron los mas de procesos formados sobre nuevos litigios en el Nuevo Mundo; y no todo lo que se oye y se escribe desde tan léjos, especialmente en Autos y Diarios, es cierto: y importa mucho exâminar bien quien fué el que escribió. No por esto quiero, ni puedo defraudar la grande autoridad y opinion de nuestro [299] Regio Historiador Herrera, ni de otros, que sabrian muy bien discernir la calidad de los papeles de que se valiéron; pero es factible, que así como ahora no es cierto todo lo que se escribe de las Américas, y mas si es punto de pleitos, denunciaciones ó acusaciones; á ese modo sucediese en aquellos primeros establecimientos, como sin mucha interpretacion se deduce de las muchas discordias, debates y pleytos, que en repetidas partes de sus Décadas refiere el mismo Herrera y otros Autores; sin que sea juicio temerario, creer, que ya en el acusar, ya en el defenderse, en cada una de las partes, hubiese hipérboles, amplificaciones y otras figuras retóricas, para exâgerar la codicia, el interés, la crueldad, la tiranía y el desafuero, en apremiar, oprimir y maltratar á los pobres Indios: frases, en que tinturadas no pocas plumas extranjeras, vomitan muchos borrones, para empañar y denigrar la piedad de los Españoles, muchos de los quales, es muy creible, que fuéron denunciados de mayores excesos de los que habian cometido; y los verdaderamente culpados fuéron castigados; el qual castigo fue suficiente pregon, para que toda la Europa entendiese, que la piedad Española y sus justísimas leyes, ni permitían, ni aprobaban tales excesos.

¿Qué fuera de la inmortal fama y honor, que se le debe al grande Hernan Cortés, á quien con mucha razon alaban las Naciones, si Pánfilo Narvaez hubiera salido con su intento y ansia que tenia de prenderle? ¿y despues de cargado de grillos y cadenas, hubiera formado autos y procesos contra aquel hombre, superior á sí mismo, [300] y mayor que sus heroicas empresas? Pobre Cortés, si los tales procesos, una vez formados, hubieran volado por la Europa, aun tus mayores hazañas corrieran hoy por delitos,

crueledades, tiranías etc. Ahora, supuestas en general estas importantes reflexiones, pasemos á responder, con toda la claridad factible, y á mostrar como la disminucion de los Indios no puede originarse de alguna de las quatro causas propuestas.

Capítulo XXVI

Rechazadas dichas causas, se prueba ser insuficientes para la disminucion ya propuesta de los Indios

La primera causa, dicen, que fué la mortandad de Indios que hubo en las conquistas. No puede ser: lo primero, porque todas aquellas Naciones estuviéron siempre, y se halláron en continuas y crueles guerras unas contra otras, sin darse quartel; y dedicando los prisioneros, unos para los sacrificios de los Idolos, y otros para los mas selectos platos de sus convites, y no se acabáron, ni se consumiéron: lo segundo, véanse todos los Imperios antiguos transtornados, à fuerza de armas, à sangre y fuego, y no se despobló, ni la Asia, ni la Europa: luego ni por esta causa se despobló el gentío de las Américas. De aquel árbol simbólico, que segun el Poeta, brotaba un ramo de oro, en el camino de los campos elíseos, añade, que luego [301] que cortaban un ramo, retoñaba otro igual (355): avulso uno, non deficit alter: miéntras el árbol no se desarraygue, él retoñará. En tiempo de Matatías, padre de los Macabeos, ya parece no le quedaba sino una débil raiz al arbol de la genealogía Judáyca, y con todo, véase à qué proceridad creció; tal, que poniendo después Vespasiano y otros Emperadores Romanos todo el esfuerzo de su vasto Imperio en aniquilarle y destruirle, le cortáron innumerables ramas; pero los renuevos de aquel tronco, están, hasta hoy en dia inficionando à todo el Mundo: luego la guerra es causa muy insuficiente para el caso de que hablamos; à mas de que se niega el que todas las Provincias conocidas y conquistadas en las Américas, lo hayan sido à fuerza de armas; porque muchas, viendo sujeta à la Capital, llanamente se rindiéron.

La segunda causa de la tal disminucion, se atribuye al trabajo personal que se les impuso à los Indios. Méenos suficiente es esta causa que la antecedente: lo primero, porque dado, y no concedido, que la carga y trabajo fuese exôrbitante luego que llegó à la noticia de (356) los Católicos Monarcas Don Fernando y Doña Isabél, la arreglaron y moderaron con leyes llenas de piedad christiana, vigilancia y cuidado, que con el nuevo Imperio Americano heredan nuestros Católicos Monarcas.

Lo segundo, porque los Españoles Encomenderos, cuya crueldad tanto se exâgera, eran [302] hombres racionales: (quiero permitir, para solo dar fuerza al argumento, que ciegos con el interés, se olvidasen de que eran Christianos:) y solo por ser racionales, no habian de oprimir á sus Indios encomendados, de cuyo tributo comian, por órden de su Magestad, en recompensa del imponderable trabajo de las pacificaciones de aquel Nuevo Mundo; à mas de que bastaba la pura lumbre de la razon para que dixesen: el tributo ó trabajo personal de estos mis Indios encomendados, es el único premio de mis afanes: luego si los oprimo y consumo quedaré sin finca, y sin que comer: luego debo cuidarlos para poderme utilizar. No faltaron algunos, à quienes faltó este corto discurso, ni tampoco les

faltó juez, que les fuese à la mano, y castigase la demasia y el exceso.

Lo tercero, recurren al trabajo y taréa de las minas de oro y plata; pero en vano buscan títulos insuficientes; porque lo primero, es en estos tiempos muy considerable el número de Negros libres de Mestizos, de Mulatos y Zambos jornaleros; y no faltan Europeos, que toman la barra, y ganan sus quatro reales de plata cada dia, así en las minas del Perú, como en las de la Nueva España, y están buenos y sanos, contentos y alegres, y mantienen á sus mugeres é hijos. ¿Pues qué? ¿Piensa algun Extrangero, que hacen trabajar de valde á los Indios, y que aquel es un remo intolerable? Tres reales de plata ganan cada dia de jornal, que es muy suficiente, atendido su corto gasto para mantenerse, y ahorrar algo cada dia (357). Y en [303] la Nueva España ganan al dia quatro reales; y los Indios que entienden de barra, y saben seguir la veta del metal, á mas de los quatro reales, ganan su pepina, que es una espuerta de metal escogido, que suele valer seis, y á veces diez reales de á ocho. Los que asisten en una tanda, como llaman en la Nueva España, ó en la mita, que así llaman en el Perú, se les pasa mucho tiempo, sin que se les siga el turno para volver á ir; y entónces no van como forzados de Galera; porque al (358) que no puede, ó no quiere ir, se le admite al Indio que presenta, para que supla su lugar. En las minas de Tierra Firme, quales son las de Chocó, Antioquía, Barbacoas etc. únicamente trabajan los Esclavos Negros; y éstos sin embargo de trabajar como Esclavos, vemos que viven, procrean, y se aumentan: luego el imaginado trabajo de las minas, es una causa muy insuficiente para la ponderada diminucion de Indios.

Se me replica que éstos son mas débiles que los Negros, y ménos trabajadores que los jornaleros, que arriba insinué, y que por eso desfallecen, y mueren; y que esto es innegable, por la evidente decadencia de los Pueblos; que van á las tandas y mitas de las minas.

Concedo, como ya concedí, la merma conocida en los Pueblos, que van á las minas, quando se siguen sus tandas, pero niego redondamente, que el trabajo de ellas disminuya los Indios, porque el daño, ni nace del trabajo de las minas, ni de las pocas fuerzas de ellos para tolerarlo. Tal qual es el daño, que no es tanto como se pondera, ni capáz de causar la merma [304] que en comun se reconoce, nace del poco gobierno, y de la ninguna economía de los mismos Indios que van á las minas; porque ellos van mal vestidos, y casi sin abrigo, por su incuria. La paga de toda la semana, que se les da el sábadó la gastan el domingo en comer, beber y baylar, sin ton, ni són, como se dice, ¿y qué se sigue de aquí? Que gastado ya el dinero, pasan miserablemente en el trabajo la semana, con muy vil, y poco alimento. Parece que habian de escarmentar para la semana siguiente, y retener para el gasto; pero nada menos que eso: ántes los mas de ellos se van empeñando para sus gastos impertinentes, ya con el dueño de la mina, ya con los que venden vino, aguardiente y bastimentos: de que se sigue, que el Minero los obliga por justicia, ó á que le paguen lo que dió ádelantado, ó á que trabajen el tiempo correspondiente á las deudas; y se sigue, que yendo así de malo en peor, cada dia mas adeudados, muchos mueren, se huyen muchos mas á otras Provincias distantes; y no solo éstos, sino aun aquellos que no se han adeudado, quando al tomar el camino de sus Pueblos, ven que en ellos no han de hallar sementera, y que sus mugeres, para mantenerse habrán contraído deudas, espantados del mal recibimiento

que temen, en lugar de seguir el camino de su tierra, se destierran voluntariamente á Provincias remotas; y ésta es una de las raices ciertas de la diminucion de los Pueblos; no las minas, ni su trabajo, ni las pocas fuerzas, que para él se idean en los Indios, sino el mal gobierno. Esta no es piadosa [305] consideracion mia: yo digo lo que hay, y lo que sé; y se evidencia esta verdad en los Pueblos de Juti, que están á cargo de los Operarios de la Compañía de Jesus del Perú, que tambien asisten puntualmente á las minas; y con todo crecen como espuma, y se aumentan mas y mas cada día, como es público y notorio, y consta por el informe, que la Real Audiencia plena de Chuquisaca hizo á su Magestad sobre este mismo punto, de que aquí tratamos.

Pues si de todos los Corregimientos van Indios á las minas, y los de Juli siguen el mismo turno de mitas; ¿de dónde nace tan notable diferencia? Del buen gobierno; porque conociendo su desbarro, los tratan como á pupilos; les dan vestido de remuda y avío para el camino; les ponen sobrestante que los reprima; y miéntras están en las minas, mantienen del comun á las mugeres é hijos: les previenen sementeras para su retorno; y quando es tiempo de volver, va quien pague todas sus deudas, y quien, los trayga via recta á sus casas; ¿qué mucho que crezcan en lugar de disminuirse, los Indios de Juli, no obstante el decantado remo de las minas?

La tercera causa se atribuye á las viruelas y contagios, que se han introducido en las Américas, despues de sus conquistas: opinion muy valida entre los Autores Españoles (359). No niego que han sido considerables y repetidas la mortandades [306] de los Indios, pues veo, que de sola la llegada del navío, llamado el Leon Franco, por los años de 1719, á las costas del Perú, resultó tal contagio, que á mas de los Españoles y Mestizos, casi innumerables, que fallecieron, llegaron á doscientos mil Indios los que murieron; y en quanto á las viruelas del Perú de 1588, el contagio de la Nueva España de 1597, y otros muchos de la Tierra-Firme, nuevo Reyno etc., que el Rev. P. Presentado Fr. Gregorio García, en su origen de los Indios, atribuye á la poca fe de ellos (360), y á castigo claro de Dios, por su idolatría; digo que estos han sido grandes estragos, que han cooperado á la diminucion de los Americanos; pero así como digo, que solo por via de piadosa consideracion, se pueden atribuir dichos contagios á castigo de Dios, por la idolatría de los Indios Peruanos, y de la Nueva España, así tambien afirmo, que no son causa suficiente dichas pestes solas para la merma de Indios que se llora: dixé, que es una piadosa consideracion atribuir las tales pestes á castigo de Dios, en pena de la idolatría; porque vemos, que en muchas Provincias de Indios, donde no ha habido, ni hay idolatría, se han visto las mismas pestes y viruelas contagiosas; y en Pueblos, donde, con notable confusion de los Europeos, florece la fe notablemente, hemos visto y sufrido repetidos contagios y epidemias: lo qual no puede ser castigo de Dios por la idolatría que no hubo; ni por la falta de fe, que por su bondad [307] florece y fructifica en dichas Provincias.

Robórase este dictámen con la experiencia de repetidas epidemias de párvulos, que sufren las Misiones de nuestro cargo, con notable estrago; tanto, que acaban de referirme los Padres Procuradores de la Provincia, verdaderamente Misionera, del Paraguay (361), que en solo el año de 1738

pasaron de seis mil los párvulos que murieron; y en el año de 1741 ya se contaban diez y ocho mil párvulos difuntos en dichas Misiones, por carta que de ellas vino, y se imprimió en esta Corte (362). Otra carta acabo de recibir del Padre Superior de las Misiones del Orinoco (363), fecha en el año pasado de 1741; en la qual, despues de referir las nuevas Gentes, que se habian agregado á las Misiones, añade, que una grande inundacion de viruelas, que desde la costa del mar subió de Nacion en Nacion, se habia llevado en flor á casi todos los párvulos de dichas Misiones: primicias del mucho fruto que esperamos de aquellas Naciones. ¿Y qué falta de fe, qué idolatría, qué pecados castigó Dios en aquellos inocentes? Digamos lo que es fixo y cierto; y es, que el Divino Labrador es dueño absoluto de su viña, y quando es la hora de su divino beneplácito, con una escarcha se lleva en flor, lo que no quiso fuese vendimia tardía.

Atribuir las pestes y contagios á castigo de Dios, por la poca fe de los Indios, es una congruente consideracion, fundada en los castigos, que Dios [308] nuestro Señor íntimó por sus Profetas, y executó, por sus altos juicios, en la Gente Hebréa, y tambien en Reynos Christianos; pero tambien ha enviado su Magestad semejantes plagas por otros motivos y fines de su alta providencia, sin que los podamos atribuir solamente á falta de fe (364), ni á la gravedad de los pecados. La paciencia del Santo Job (365), para exemplar de nuestro sufrimiento, buscaba Dios en aquellas plagas, que atribuian á castigo, aun aquellos sus amigos, que eran abonados testigos de las heroycas virtudes de aquel pacientísimo Varon. El sufrimiento del Santo Tobías (366), y la mansedumbre del Real Profeta (367), para nuestra enseñanza, fuéron el fin con que su Magestad les envió las plagas, trabajos y persecuciones. Erráron los bárbaros Isleños de Malta, quando al ver prendida la vívora de la mano del Apóstol, dixéron: no hay duda (368), que este hombre es homicida: apénas se ha librado del naufragio, ya tiene sobre sí otro castigo de Dios.

Lleno de pecados de pies á cabeza, dixéron los Sacerdotes de la Ley Antigua, que estaba el ciego, á quien el Señor había dado vista, sin otro motivo, que el de haber nacido ciego (369): *In peccatis natus es totus*, etc. opinion, en que por entónces estaban tambien los Sagrados Apóstoles (370): *¿Quis peccavit, hic, an parentes ejus?* y solo dudaban, si aquel que suponian ser gravísimo [309] castigo, era en pena de sus pecados, ó por los de sus padres. Y aquí el Divino Maestro, primero enseñó á los Apóstoles, despues abrió los ojos del ciego, y en ellos los nuestros, para que viésemos y entendiésemos «que ni el ciego habia pecado, ni sus padres; y que el haber nacido ciego, no era por castigo, sino para que en su curacion fuese glorificado el Altísimo, por los prodigios que hacia el omnipotente brazo de su Unigénito (371):» de modo, que aun quando su Magestad procede y concurre como Autor natural, vemos, que para una copiosa cosecha, no solo ordena su Magestad la apacibilidad de la primavera, sino tambien el ardiente calor del estío, y las rigurosas escarchas del invierno: medios, que á la primera vista parecen opuestos al fin que se pretende. Y así de las pestes y plagas de los Americanos, no podemos inferir su falta de fe, y mas viendo, que en tales epidemias padecen igualmente los Españoles, en cuya constante fe no cabe sospecha, ni sombra de ella.

A mas de que las pestes, aunque repetidas, y las demás enfermedades,

no son por sí solas suficiente causa para disminuir tan notablemente el gentío de las Américas, como ya dixé; sí bien es cierto, que continuándose éstas con rigor, pudieran despoblar aquella, y qualquiera otra parte del Mundo: y la razon nace de la experiencia misma; porque si ellas bastáran, ya estuviera enteramente despoblada la Ungría, la Bosnia y las demás Provincias comarcanas á Constantinopla: ni hubiera [310] hombres, ni memoria de ellos en Argél, Tunez, Tánger, ni en todas las costas de Berbería, segun las fatales y repetidas pestes y contagios, que Dios les envia por sus altos juicios: entretanto vemos que crecen, y que como mala yerba se multiplican: luego es fuerza confesar, que las pestes solas no pueden causar la notable diminucion de las Gentes de que hablamos; y es preciso creer, que hay otra oculta causa de este notable daño.

La quarta raiz de la controvertida merma, se atribuye á los tributos y cargas impuestas á los Indios; y esta causal es, á mi entender, tan insuficiente para el efecto pretendido, que la omitiera totalmente, á no ver que en ella consienten muchos Extranjeros, y no pocos Españoles, poco noticiosos de las leyes dispuestas para los Indios, que no pueden ser mas piadosas, ni mas llevaderas: por las quales han mirado (372) y miran los Monarcas Españoles á los Americanos, como pupilos, y como á menores, para cuya indemnidad y defensa, tiene su Magestad en cada una de las Reales Audiencias del Nuevo Mundo, un Fiscal timorato y docto, que sin la menor gratificacion de ellos, defienda á los Indios en sus causas, los patrocine en la establecida posesion de sus privilegios, y los defienda de qualquiera injusticia y agravio que se les haga. Ya dixé, que el trabajo personal, desde que se supo el abuso, fué minorando; y añadido, que despues fué enteramente prohibido, por la piedad de nuestros Católicos Monarcas. Por lo que mira al homenaje debido al Soberano, de [311] que da muestras el súbdito en el tributo y reconocimiento, ¿qué vasallos se hallarán en este antiguo Mundo, que no le rindan semejante á sus Reyes? Erré en decir semejante, porque, sin hacer injuria á ninguno, se puede afirmar, que es muy de semejante el tributo que anualmente pagan los Indios, al que generalmente contribuyen los Europeos; y se pudieran estos reputar por muy felices, si exhibieran sola la cantidad que tributan los Americanos, libres de otras cargas, y obligados solamente á una suave y tolerable contribucion, no impuesta generalmente, sino proporcionada á la fertilidad ó pobreza del Pais, mas ó ménos, segun los frutos del terreno: ni les obligan á que aquellos dos ó quatro pesos que contribuyen, los den en moneda efectiva, porque deben los Corregidores recibir el tributo en frutos ó en géneros corrientes, ya naturales, ya artificiales. Y este tributo cede en bien de los mismos Indios; porque aunque es cierto, que entra en las Reales Caxas; pero de él se saca primero, y se da el estipendio anual del Párroco, que cuida de cada Pueblo: y si lo tributado no alcanza, como acontece en muchos Curatos, suple su Magestad de su Real Erario; esto es, en los Pueblos de Curas Colados; pues en las casi innumerables Misiones, en que por ser poco domesticados los Indios, todavía no tributan, mantiene su Magestad enteramente á su costa los Ministros Evangélicos: y esta magnífica piedad de su Magestad no necesita de que yo añada aquí ni una letra en su alabanza.

Voy sí á roborar mi dictámen arriba propuesto sobre esta materia, pues son dignos de todo respeto los Autores que se inclinan á la opinion

opuesta; [312] y aunque con lo que acabo de apuntar supongo ya superada y vencida la controversia; con todo, demos que fuera el yugo impuesto á los Indios grave, y tanto, quanto indicaban las quejas, que á Roboan daban los Hebreos (373), contra el que les habia recargado Salomon; y digo, que aun en esta suposicion, si bien el peso del tributo puede perturbar el Reyno, melancolizar á los vasallos, y reducirlos á una vida amarga; pero si no se añade otra causa, no basta aquella para minorar el número de los súbditos (374). Faraón, en Egypto, no solo tiraba á oprimir á los Hebreos, sino tambien tiraba derechamente á minorar su número; y vemos en las Divinas Letras, que quanto mas los recargaba, tanto mas crecian, y se aumentaban. Ya veo, que ésta fué obra del brazo poderoso de Dios (375), por la qual cumplia la palabra, que su Magestad dió al Patriarca Abrahán y de que su descendencia habia de competir en número con las arenas del mar, y con las Estrellas del Cielo. Pero á los Gabaonitas, que engañáron á Josué (376), y á los demás jueces de Israel, no hizo Dios ésta ni otra promesa semejante, y con todo crecieron, y se multiplicáron, en medio de la mayor opresion imaginable; porque viéndose engañado Josué por los Gabaonitas, les concedió la vida (377), pero los oprimió sobre manera en todo género de oficios serviles, y de excesivo trabajo, como se ve en [313] Divinas Letras, sin que faltase la multitud y numeroso gentío, en medio de una opresion hecha de estudio: luego la carga y servidumbre, por grave que sea, si es sola, no es suficiente para disminuir una Nacion.

¿Qué mayor servidumbre se puede idear, que la de los infelices Judíos, desterrados de su Patria, y aun del Mundo, porque en él no tienen Ciudad, ni territorio, derramados sobre la faz de la tierra, despreciados, oprimidos, cargados de tributos, en castigo del deicidio, que ciegamente cometieron sus Mayores? Aunque tan bien merecido, da horror tan grande castigo; y despues de todo él, ó por mejor decir, oprimidos con todo él, en lugar de ir á ménos, vemos que van á mas; y aun abandonados de la mano de Dios, no se minoran, antes crecen en numero; porque Dios dexa correr el curso de las causas naturales, á que no falta el concurso de su Omnipotencia.

De modo, que ni las guerras, ni el trabajo personal, ni las pestes, ni los tributos y opresiones, con tal, que no sean de una exôrbitancia nunca vista, pueden ser causa total y suficiente para disminuir tan notablemente las Naciones; porque á serlo, estuviera casi despoblado este Mundo antiguo, ni hubiera rastro de Ungaros, de Turcos, de Moros, de Judíos, ni de otras Naciones, de cuyas calamidades se ha hecha mencion. Es verdad, que si las plagas fueran permanentes, ó por algunas otras circunstancias fueran extraordinarias, precisamente acabáran ó disminuiran las Naciones; pero como Dios mira á los mortales, temperando su ira (378) con su misericordia, no llega [314] á tan último extremo su indignacion, qué es de Padre amantísimo.

Capítulo XXVII

Respóndese á un argumento contra lo ya dicho, y se señala la causa genuina de la diminucion de los Americanos

Ya veo la réplica de un argumento de hecho, cuya eficacia parece

insuperable, que consiste únicamente en poner á la vista las Islas de Barlovento ó Antillas, que son la Habana ó Cuba: la Española ó de Santo Domingo: la de Puerto Rico, la Jamáyca y la Martinica etc.: en las cuales la total falta de Indios, exterminio y desolacion de ellos, parece prueba evidente, de que alguna de las quatro causas asignadas, ó todas ellas, aniquiláron los Indios de las tales Islas, sin que para esta cierta demostracion se pueda hallar efugio. Respondo, que del mismo modo que concedí la merma de los Indios de las Provincias de Tierra-Firme, Perú y Nueva España; así también confieso la carencia de Indios en dichas Islas, ménos en las tres en que se mantienen los Caribes; y como ya concedí, que aquellas quatro causas pudieron coadyubar á la tal disminucion de los Indios, como concausas parciales, que se juntáron con otras, sin que ellas por sí solas fuesen suficientes, convengo y digo lo mismo de la desolacion de los Indios Isleños ya nombrados: otras raices mas eficaces que las quatro, es preciso que se agregasen, para que surtiese un efecto tan inusitado, [315] y casi sin exemplar, como el exterminio de dichos Indios Isleños.

Doy la razon, que es urgente; y para entenderla bien, pongamos la vista en los Amalecitas, Nacion tan dilatada, y de tanto gentío, que pudo resistir y negar el paso à todo el Pueblo casi innumerable de Israel; y veamos tambien toda la ira de Dios armada contra Amalech, en aquel formidable decreto, que su Divina Magestad le intimó al Rey Saúl: Anda, Saúl, le dice (379), castiga y no perdones á Amalech: pasa á fuego y sangre á todo aquel gentío: no has de perdonar á hombre, ni muger, á chico, ni grande: destruye enteramente sus ganados y haciendas: arrasa por los suelos todas sus Ciudades: y cuenta no te enamores de alguna de sus cosas ó alhajas, por rica y preciosa que sea: todo por entero lo ha de consumir el fuego. ¡Espantoso decreto! y tan rigurosamente cumplido por Saúl y su Ejército, que solo se reservó la vida del Rey Agag, para que llorase su desdicha, y la de su Reyno; y algun ganado y despojos, que contra la voluntad de Dios reserváron Saúl y su Gente; delito que el Señor sintió tanto, que privó á Saúl del Reyno, y Agag desventurado, fué destrozado y hecho quartos luego al punto; y así parece que la Nacion Amalecita fué enteramente destruida: y si ésta no, díganme ¿quál otra? (dexando á parte las que, no tanto Josué, quanto el mismo Dios, destruyó en la Tierra de Promision, por su justa indignacion.) Con todo esto llega la hora [316] de la muerte de Saúl en campaña; y aunque tan mal herido, no acababa de morir: vuelve los ojos, ve á un hombre allí cerca, y le pregunta. ¿quién eres tú (380)? le responde: Amalecites ego sum. Yo soy Amalecita. ¿Cómo tú puedes ser Amalecita; si en vuestra total ruina, Agag solo, que salió con vida, fué despues despedazado? Ya da su razon (381): Filius hominis advenae Amalecitae ego sum. Como si dixera: es verdad, que aquella tu sangrienta guerra, ó Saúl, á modo de un general incendio, reduxo á pavesas, y destruyó á quantos de mi Nacion halló por delante; pero muchos buscáron y halláron su seguridad en la fuga, así hombres, como mugeres; y yo soy hijo de una de aquellas familias, que se desterráron de su Patria: Filius hominis advenae, etc.

De modo que así como, por mas y mas agua, que se saque del rio, aunque se llenen cántaros á millones, miéntras duren sus manantiales, es necesario que subsista el rio, aunque con ménos agua; así, miéntras en la

Nacion ó Naciones queden mugeres y hombres, aunque sea el número tan corto como las ocho almas que formaban toda la familia de Noé en la arca: miéntras digo quede aquel manantial de nuevas generaciones, ninguna Nacion se puede aniquilar; aunque pueda minorarse. Mas, durante la continua permanencia de los manantiales, bien puede suceder, y sucede, que el cauce inferior del rio quede sin una gota de agua; porque [317] sacándole en la parte superior acequias, para que fecunde y corra por otros terrenos, queda totalmente seco el terreno por donde corria; pero esto no es faltar el agua; es haberse ido, y tomado el camino de otras tierras. A este modo, puntualmente los Amalecitas y los Indios de Cuba, y demás Islas de Barlovento, y con debida proporcion los Indios de Nueva España, Perú y Tierra-Firme, no perecieron todos allá, ni se mermáron acullá, por guerras pestes etc.: estas plagas ayudáron á su disminucion; y por ellas, y huyendo de ellas, se ausentáron á tierras distantes, como à la verdad hasta hoy en dia se ausentan unas familias, por sus deudas contraidas; otras, por sus mútuas riñas y temores de veneno; y otras por su natural pereza; y ésta es una de las dos principales raices de la total falta de los Indios en dichas Islas, y de la disminucion de ellos en los Reynos Americanos.

La segunda raíz principal, es tal, que á pocos les pasó por el pensamiento; y á no saberla yo de fixo, y haber hallado otros Padres Misioneros, que diéron con ella, sin quedarles la menor duda, no me atreviera á exponerla à la luz pública; pero debo publicarla, y dar sus pruebas, porque cede en honor de la piedad Española, el que conste, que el total defecto de los Indios en las nombradas Islas, y el mermado número de los demás Americanos, no procede del rigor de los Españoles, sino del genio raro de los mismos Indios; para cuyas extravagantes resoluciones, no niego, que tal qual español dió algun motivo, como ya insinué arriba; [318] pero el mayor daño tiene raices mas profundas.

Pero ántes quiero prevenir al curioso Lector, poniendo á su vista la necedad, y el tan ciego, como inhumano decreto de Faraón, Rey de Egipto (382), en que para disminuir en su Reyno las familias Hebreas, mandó á las Parteras, que al tiempo de asistir á los partos de las Hebreas, quitasen la vida á los infantes, y dexasen con ella á las niñas. Erró Faraon (383), porque estas niñas despues habian de ser madres, y procrear: y en todo caso, á éstas se habia de enderezar el cruel decreto, porque como poco ha dixé, es necesario que corra el rio, miéntras duren sus primeros manantiales; y retoñará muchos renuevos el árbol, por mas ramas que le quiten, miéntras tenga raices en la tierra.

Para tan inhumano intento, mas acertado medio tomáron las mugeres Americanas, oprimidas de su melancolía, ó sufocadas al ver gentes forasteras en sus tierras, ó como algunas dixéron, por no parir criados y criadas para los advenedizos, pues se resolviéron muchas á esterilizarse con yerbas y bebidas que tomáron para conseguirlo. Dixé muchas, porque si hubieran sido todas, mucho tiempo hace, que se hubiera acabado totalmente su generacion en ambas Américas. No dixé todas, porque en muchas Provincias abundan, y se aumentan notablemente los Indios; y particularmente es increíble lo que se aumentan los Indios Filipinos. Dixé [319] muchas, porque tengo prueba eficaz de ello; y de la prueba del hecho, en unas Provincias é Islas, se puede, sin temeridad, inferir lo mismo en otras, donde subsistió el mismo motivo y ciega barbaridad de las

Americanas.

Dos razones, tanto mas fuertes, quanto mas observadas con largas reflexiones y experiencias, convencen y prueban la dicha voluntaria esterilidad; porque en primer lugar, muchas personas de maduro juicio han observado, que en las partes donde descaece conoocidamente el número de los Indios, se ven muchas Indias sin hijos, y enteramente estériles; y éstas son las casadas con Indios; pero al mismo tiempo se reconoce en los mismos parages y Pueblos, que todas las Indias casadas con Europeos, ó con Mestizos, Quarterones, Mulatos y Zambos, y tambien las que se casan con Negros, son tan fecundas, y procrean tanto, que pueden apostar á buen seguro con las Hebreas mas rodeadas de hijos. ¿Y quién habrá á quien no cause armonía, y dé gran golpe, esta tan visible y notable diversidad, entre unas y otras Indias de un mismo Pais y temperamento, y de un mismo Lugar? ¿Qué causa oculta hay aquí? ¿Qué diferencia? Digo, que de la diferencia nace la causa: y la diferencia está, en que si la India casada con Indio procrea, salen Indios humildes, desatendidos de las otras Gentes, prontos á servir hasta á los mismos Negros esclavos, como ya dixen en su lugar; salen Indios sujetos al abatimiento, hijo de la cortedad de su ánimo, y de su innato temor; obligados al tributo, que aunque llevadero, se mira como [320] carga y lunar: pues no quiero parir semejantes hijos, dixéron y dicen las Indias de las catorce Islas Marianas, (por otro nombre de los Ladrones,) y á lo mas, como de la Nacion de los Guayános me aseguró el Rmo. P. Fr. Benito de Moya, Religioso Capuchino, Misionero Apostólico, y dos veces Prefecto de sus Misiones, logran solo el primer parto, para su consuelo, y toman yerbas para impedir los demás. Es cierto, que la esterilidad voluntaria y buscada con tales medicinas, es detestable, es contra la Ley de Dios, y contra el bien del Género Humano; pero no se puede negar, que hay males, los quales, ò realmente, ò en la aprehension, parecen peores que la esterilidad, mirada en sí puramente, por la falta de los hijos, de que va acompañada; y así vemos, que en este sentido dixo Christo à las Hijas de Jerusalén: quando llegue la calamidad que os anuncio, entónces serán dichosas las estériles, y aquellas cuyos vientres no diéron fruto (384); y en este sentido excita Isaías á que las estériles alaben à Dios (385); y el Apóstol á los de Galacia (386), porque llegada la tribulacion, sentirán solo su propio daño, y no la congoxa de ver en él á sus hijos.

Pero volviendo á nuestro propósito, consta ser fecundas las Indias, que no se casan con Indios, sino con otros de orden superior, por poco aventajado que sea: éstas multiplican con la fecundidad que ya dixen, por la causal contraria; esto es, porque ya sus hijos no son Indios, [321] ya no entran en el número de los tributarios, mejoran de color y de fortuna, y son tenidos en mas que los Indios. Consta de la Historia de las islas Marianas (387), que era tanto el número de las familias de aquellos Indios, que con ser las Islas, aunque muchas en número, cortas en su extension y terreno, con todo habia Isla, que tenia 180 Pueblos, y otras 160 etc.; y segun me han asegurado los Padres Procuradores Generales (388) de la Provincia de Filipinas, á la qual están agregadas las Marianas, al presente, de las catorce Islas, ya no hay pobladas sino solas dos: en éstas solo hay 2700 almas, y en este número corto entran los Soldados de Guarnicion, los Mestizos, Quarterones etc., procedidos de los Soldados y

otros forasteros, que se casaron con las Indias Isleñas, las cuales son fecundas, quando las otras que se casan con Indios, lo son poco ó nada. ¿Y porqué no diremos lo mismo de las Familias que poblaban las Islas de Barlovento? mayormente habiendo entre unas y otras familias de Marianas y Barlovento, muy notables diferencias; á saber: Primera, las de Barlovento fueron conquistadas por armas; las Marianas, con la luz de la Fé, y pacíficamente: Segunda, en las rebeliones de Indios, que hubo en la Española, Cuba etc. fueron rechazados á fuerza de armas, y con castigos correspondientes, despues de vencidos. En los levantamientos que causó el Chino con su falsa doctrina, y otros [322] de menor monta en las Marianas, estuvieron los Españoles sobre la defensiva, porque no podian mas; y así casi todos los disturbios se compusieron, interponiéndose los Misioneros; y las veces que fue necesario castigar sus osadías, luego se rendian, y con el castigo de las cabezuelas se acababa todo; de modo que los Marianos tienen mucho menor motivo de mirar con horror y miedo á los Españoles, que los de Cuba, Isla Española etc.; porque aunque éstos, con sus motines y sublevaciones, diéron el motivo, se usó con ellos mas rigor que con los Marianos: luego si éstos, con tan poco motivo, han buscado en la esterilidad la despoblacion de doce de sus Islas; no será temeridad pensar lo mismo de los Isleños de Barlovento. Esta es una de las causas de la diminucion de los Americanos, que se debe entender con proporcion, al genio mas ò ménos sañudo y duro de la Nacion, que descaece en su número de gente; pero no es universal, porque vemos que otras de aquellas gentes se aumentan, y van á mas, como ya diximos.

La otra causa, que notablemente concurrió á la diminucion de los Indios, es la fuga, con que las familias se retiran á tierras remotas, á veces por motivos fundados, á veces por temores fantásticos, y por su nativa inconstancia. Esta es la notoria raiz principal de la decadencia de los Indios en las Provincias ya sujetas al Rey nuestro Señor en las dos Américas, y muy en especial de la despoblacion de las Islas de Barlovento, porque para mí es indubitable, que de ellas se transportaron los Caribes Isleños á [323] la Tierra-Firme de Paria, Santa Marta, Cabo de Vela, Golfo Triste, Berbis, Corentin, Surinama, á la costa de la Cayána, y al rio Orinoco, Países todos poblados de Caribes, en tanto número, que apenas se hace creible á los que lo han visto y experimentado.

Voy á concluir, porque no es razon abandonar al fin de la Obra el estilo sucinto, que he procurado observar desde el principio de ella; y así á la razon que apunté arriba, probando esta retirada, con el símil de los Amalecitas, que se huyeron, añado la razon siguiente: todos saben (389), que las Islas de Barlovento se llamaron Caribales, porque eran Caribes gran parte de las Gentes que las poblaban; y actualmente en tres de dichas Islas se mantiene esta tan cruel è inhumana Gente, que obligados de su excesiva barbaridad, decretaron los Reyes Don Fernando (390), y Doña Isabel, que los tratasen como á esclavos, pues no admitian partido, ni daban quartel. A mas de estas tres Islas, que distan poco de la Martinica, ocupan todavía parte de la Isla de la Trinidad de Barlovento, inficionándola con sus bárbaras y gentílicas costumbres. Estos Caribes Isleños miro yo como huellas, que nos muestran el rumbo por donde la mayor parte de los Caribes de aquellas Islas se retiraron á poblar las costas de Tierra-Firme, y á internarse en ella; y el motivo de mi dictámen, es lo

que llevo ponderado arriba, del corto número de familias, y gran número de lenguages [324] de que constan las otras Naciones conocidas en dichas costas, y vertientes de rios, que en ellas desembocan; y al contrario el ver la excesiva extension en los terrenos, Capitanías y Poblaciones, que ocupa sola la Nacion Cariba, baxo de un mismo language, crueldad y genio: lo qual arguye eficazmente los muchos Caribes Isleños, que se transportáron á dichas costas; y se roborá, por la experiencia que tengo de la inclinacion que retienen de navegar: propiedad de Isleños, por la qual, con increíble destreza, en piraguas rasas, y sin escotillón, se engolfan, pierden de vista las costas, llegan á la Martinica y á otras Islas de Barlovento, y vuelven á su Tierra-Firme, sin riesgo de ahogarse; porque hasta hoy usan lo que notó Colón en su Diario; y es, que si algun golpe de mar les trabuca la piragua, tienen habilidad para ponerla otra vez flotante, nadando en el golfo; pues haciendo al mismo tiempo la maniobra, con los piés nadan, y con las manos trabajan.

Esta navegacion y viage prosiguen, como costumbre inmemorial, y que sin duda va pasando de padres á hijos, desde los primeros, que de las dichas Islas se pasáron á Tierra-Firme. Esto se confirma, viendo que éstos y los Colorados, (así llaman á los Caribes de las tres Islas ya mencionadas,) mantienen el mismo porte altivo, indómito y carnicero; y el mismo odio y horror á los Españoles, de que he dado bastantes señas antecedentemente, porque ellos procuran hacer quanto daño pueden, así á los Españoles, como á los Padres Misioneros: y á todas las Naciones de Indios, que se portan como amigos de los Españoles, [325] las persiguen cruelmente por este motivo, y con el fin de hacer esclavas á las mugeres y párvulos, y de saciar su barbaridad con carne humana: estilo sangriento, que usaban en las Islas de Barlovento (391); y hoy continúan, como vimos, contra las indefensas Naciones del rio Orinoco, y contra los Operarios, que exponen sus vidas, por resguardar las de sus mansas ovejas: de modo, que los Caribes lleváron á Tierra-Firme la misma inhumanidad y genio carnicero, que usaban en sus Islas de Barlovento.

Esta retirada, afianzada con tan sólidas pruebas, y autorizada en gran parte por Herrera (392), se confirma y roborá, considerando la facilidad y frecuencia con que los Indios, en especial los de la América Meridional, con motivos muy leves, y aun sin ellos, se retiran á Países incógnitos de Gentiles; bien que estas retiradas no se pueden calificar, ni tener por apostasías, porque, como ya en la primera Parte dixé, no se huyen por faltarles la fe, sino por sobra de miedo y de inconstancia, y por exceso de pereza, que es tanta, que ni aun para su provecho gustan del trabajo.

Y recopilando estos tres discursos, confieso, que las guerras, pestilencias y cargas, pueden concurrir á la disminucion del gentío en las Provincias donde se reconoce la merma, y en parte pueden haber concurrido al exterminio de las Gentes [326] naturales de las Islas nombradas de Barlovento; pero me vuelvo á ratificar, en que las dos principales causas han sido la esterilidad voluntaria en las Americanas, y la fuga y retirada de las familias á otras Provincias, que las hay, y muchas, unas ya descubiertas, pero no poseidas por los Españoles; y otras, ni poseidas, ni conocidas de éstos. La retirada de los Indios de Chile, es por los caminos, que ellos se saben, para ponerse al otro lado del rio Barbarana y

Bibio, y engolfarse en aquellos terrenos de Indios Araúcanos, y hasta Los Patagónes y Gentes Magallánicas. Los malcontentos de Buenos Ayres, Paraguay (393) y del Tucumán, á mas de la retirada al famoso Chaco, tienen otras muchas á mano. Los Indios tentados del Perú, en atravesando la altura de los Andes, hácia el Norte, no hay que cansarse en buscarlos, porque no se hallarán. Los de las Provincias de Quito, Santa Fe, y resto de Tierra-Firme, tienen á mano innumerables Naciones de Gentiles á que retirarse. A los de la Nueva España les faltan escondrijos semejantes en las cercanías, pero no les falta á los malcontentos modo de ausentarse. En los tales retiros, creo, y para mí es indubitable, que habitan escondidos, la mayor parte de los Indios que se echan ménos en los Países conocidos; por cuya salvacion debemos clamar siempre al Criador de todos.

Quiera la Divina Magestad que llegue ya el deseado tiempo en que todas aquellas ciegas Naciones logren el beneficio de la luz Evangélica, y con ella el fruto de su copiosa redencion, por medio de muchos y muy fervorosos Operarios. [327] Llegue, Señor, la hora, en que apartando los ojos de vuestra justa indignacion, de las perversas costumbres é ignorancias de aquellos Gentiles, los fixeis en las preciosas Llagas de vuestro Unigénito, y en el amor infinito, con que ofreció su Sangre y su Vida en holocausto, para que todas las Naciones y Pueblos den á vuestra Magestad eterna alabanza, honra y gloria. Amen.

Y ántes de retirar la pluma, me debo prometer de la benignidad y discrecion del piadoso y prudente Lector, que disimulará los borrones, que de ella se hubieren deslizado en el tosco lienzo de esta Historia; en la qual quisiera haber emulado con los rasgos las pinceladas de Apeles, mezclando con tal viveza los colores en la variedad del contexto, que á un mismo tiempo arrebatasen la vista para la honesta recreacion, la atencion para el aprovechamiento interior, y el ánimo para alabar á Dios siempre admirable en sus criaturas. [328]

Carta de navegar en el peligroso mar de Indios Gentiles

No puse esta carta en la primera impresion, porque parte de las máximas prácticas que contiene, están apuntadas en varias partes de este Libro, segun las varias materias á que pertenecen; pero porque juntas aquí con algunas reflexiones, que omití, darán mas luz al Operario deseoso de acertar, doy este corto alivio á los nuevos Misioneros de Indios, con el seguro, de que algunos Padres de las Misiones del Orinoco, que trasladáron, al entrar en ellas esta carta, viéron despues en la práctica, que son muy importantes sus avisos.

§. I

Del Misionero, su vocacion y aparejo

Para navegar en un golfo peligroso, lo primero y mas importante, es mirar y registrar con cuidado la nave, poniéndola en estado competente, para que pueda llegar á salvamento. Lo segundo, tomar conocimiento de los mares que surca, y de los escollos en que puede peligrar. Lo tercero,

imponerse en la maniobra, para evitar los peligros, sufrir los temporales, y no caer de ánimo en medio de las mayores borrascas.

Perecen aquellas míseras Naciones, y se pierden eternamente sus almas, por falta del pan de la Celestial Doctrina: no le buscan, ni le agencian, [329] porque su ceguedad é ignorancia no les dan lugar á que conozcan su extrema necesidad; pero sus Angeles de Guarda claman siempre al Señor, para que les envíe la luz del Cielo, por medio de sus Ministros Evangélicos. Movidio Dios de estas súplicas y de su infinita piedad, excita vocaciones, y elige á los que su altísima Providencia tiene destinados, usando su Magestad de medios tan proporcionados y suaves, que mirándolos despues con atenta reflexiõn, se maravillan, y al mismo tiempo se consuelan, viendo como atemperó su Magestad en su vocacion, lo suave con lo fuerte. Supuesta pues la vocacion del Señor.

Sale de su Patria el Misionero, y ha de ser, al modo, que Abrahán salió de la suya, y Moysés de Egypto, no dexando en ella ni la menor parte de su afecto: Nec unguia quidem.

Sale, y ha de ser como aquella muger fuerte, que salió como nave cargada de pan del Cielo, para sustentar la familia de su cargo, sin que le acobardase lo dilatado y arduo de la navegacion: De longe portans panem suum. Suyo ha de ser el pan que lleva, porque la Divina Doctrina, que va á enseñar, ha de ir entrañada en su alma, para repartirla mas con la eficacia de las obras, que con palabras, para la salvacion de aquellos pobres: Palmas suas extendit ad pauperem.

Sale en fin del puerto; pero si no se halla firme, fuerte y apta para toda la navegacion, que es de por vida, hasta dar fondo en el feliz puerto de la eternidad, mejor será que no salga, porque son fuertes y freqüentes los riesgos. Dentro de sí misma carga la nave muchos enemigos, que [330] le pueden ocasionar fatal naufragio, si no va bien armada para reprimirlos, tenerlos á raya, y sujetos á la razon.

Y al contrario, una vez prevenida y reforzada la nave contra los vayvenes de su inconstancia, puesta toda su confianza en Dios, no tiene que temer; porque aquel Señor á quien obedecen los mares y los vientos, y cuyo imperio sujeta el poder furioso de las olas, le dará esfuerzo para hollar con intrepidéz las mayores tormentas.

La fe vivamente actuada, ha de ser aguja, que regule todos sus movimientos, teniendo en todos ellos por norte único la mayor gloria de Dios, y bien de las almas.

La áncora de su seguridad, sea la esperanza firme en aquel Señor, por cuya sabia Providencia pasan revista todos los acaecimientos, ántes que sucedan; quien, como Padre amoroso, todo lo dirige para nuestro bien.

La caridad y amor purísimo de Dios y del próximo, ha de ser el único interés, carga, y tesoro de esta nave; y á buen seguro, que no prevalecerán contra ella los mas soberbios montes de agua, ni los mas recios contratiempos.

La quilla en que toda la nao estriva, debe ser una humildad profunda, y ésta misma servirá de lastre, para atribuir siempre á Dios lo que es suyo, que es todo lo bueno, y á nosotros, la nada, las desdichas, espinas y abrojos, que trae de su propia cosecha nuestro barro.

Pero aun después de todo esto, no hará viage ni adelantará un paso, sino tiende las velas de la oracion fervorosa, para recibir el viento

fresco [331] del Espíritu Santo, que dé ímpetu y vigor sagrado á todas sus acciones y movimientos.

El Piloto y Contra-Maestre de esta nave, son la leccion espiritual, y los exámenes de conciencia cotidianos, donde tambien se hace la recluta de santos pensamientos, para fortalecerse y defenderse de todos los enemigos.

El santo temor de Dios, como centinela vigilante, le dará la mas firme seguridad; tanta, que aun las mismas borrascas le llevarán á salvamento; y mas no perdiendo de vista la Estrella Matutina, á quien miró siempre San Bernardo: *Respice Stellam, voca Mariam.*

§. II

Causas principales de disturbios

Las tormentas y contratiempos, son muy freqüentes en el golfo inconstante de las Naciones Gentiles: qualquier vientecillo leve levanta una fiera tormenta, que tira á sumergir la combatida nave del Misionero: no obstante esto, de tres raices principales se originan ordinariamente las borrascas mas peligrosas.

La primera y principal, es la misma nave inconstante, frágil y capaz de perder sus fuerzas con el continuado choque de las tribulaciones, y tambien con la inaccion y fatal calma, que resulta de no mirar por sí, ni unirse y estrechase cada dia mas con Dios, como ya llevo insinuado; pero con tal, que este recurso al Todo-Poderoso sea freqüente y constante, podrá navegar y trabajar á todo seguro; y aun recibirá [332] aquel valor y grandeza de ánimo con que el Apóstol de las Gentes, no solo miraba con rostro sereno y alegre las tribulaciones, sino que les salia al encuentro á desafiarlas, y á presentarles la batalla: *Quis nos separabit á charitate, etc.*

La segunda raiz de dichas perturbaciones de olas encontradas, es el enemigo comun, que soberbio con la antigua posesion de aquellas Gentes ciegas; y sentido, y aun temeroso de ser arrojado de entre ellas, no dexa piedra por mover, para mantener su Principado de tinieblas. San Pablo bien experimentado en estas contiendas, pone mucho conato en prevenir los ánimos contra ellas. No peleamos, dice, contra la carne y sangre, sino contra el poder de las tinieblas, y el Príncipe de ellas, que pone todo su desvelo y cuidado, en idear nuevos ardides y asechanzas, para arruinar las Misiones.

Pero es de sumo consuelo, y da mucho brio, el considerar y saber, que son muy limitadas las fuerzas de este capital Enemigo: está atado á la cadena del poder Divino: como perro furioso, puede ladrar, pero sin licencia del Altísimo, no, puede morder: como leon sangriento, y lobo carnicero, dará una y muchas vueltas al nuevo Rebaño de Christo, con ansia de tragarse las mas escogidas ovejas; pero buen ánimo, que el sumo Pastor y dueño de ellas, las quiere mucho, por el infinito precio que le costáron.

La tercera raiz de los mas fieros y ordinarios contratiempos, son los mismos Gentiles, cuyo bien y salvacion eterna se pretende con ansia; pero como ellos á los principios ni entienden, ni perciben este language, segun las especies crasas [333] en que está imbuida su bárbara tosquedad, no se

fian; y casi casi suponen algun malicioso engaño, y alguna idea oculta en el ingenuo proceder del Misionero: y aquí es de saber, que hasta la Nacion mas agreste, es primorosa en el arte, así de maliciar, como de engañar. Importa pues, tener prontas aquellas dos máximas de nuestro Celestial Maestro: la primera, proceder siempre con ellos con reserva y cuidado cavete ab hominibus; la segunda, no dexarse llevar de la ligereza de sus palabras y promesas: Jesus autem non se credebat eis; porque á la verdad, los Indios Gentiles, hasta que van entendiendo las máximas de la eternidad, no se mueven, ni tiran á otro blanco, que al de su interes; y si ántes de percibir lo que les importa salvarse, consiguen del Padre herramientas, y lo que han menester, la mañana que ménos piensa, amanece solo, sin esperanza de recoger aquella Grey silvestre.

Realmente obran y proceden como ciegos, y son disculpables, porque no saben lo que se hacen; y así se deben sufrir y sobrellevar, hasta que conozcan el bien que se les procura; y al modo que el padre y la madre sufren las molestias é impertinentes travesuras de sus hijos, por el amor que les tienen, han de sufrir los Operarios las de los Gentiles, á fin de que sus almas se salven.

Ya dixen en el Capítulo quinto de la primera (394) Parte, como la ignorancia, ingratitud, inconstancia, pereza, miedo fantástico y brutalidad de costumbres de los Indios Gentiles, forman un golfo inquieto, y de suyo muy fácil de ser agitado de vientos contrarios, por poco que esfuerze su [334] soplo el Aquilón maligno, que tiene cuidado de no dormirse. Aquí abundan los peligros, y á cada paso se encuentran los escollos: aquí se requiere el mayor cuidado: aquí la agilidad y destreza en la maniobra, para evitar unos escollos, sin tropezar en otros peores; y realmente, para estos lances, la mas prolixa instruccion será muy corta. No obstante reduciré á breves máximas los avisos mas importantes.

§. III

Máximas prácticas

Para mayor claridad, pongo por exemplar, lo mismo que sucede con freqüencia; y es el caso, que despues de establecido un numeroso Pueblo, recogidas sus familias á fuerza de trabajos y afanes, de entre aquellos dilatados bosques, y fundado ya en el sitio que ellos han escogido; repentinamente se alborotan, levantan el grito, y tratan eficazmente de volverse á sus selvas y madrigueras, solo porque un viejo taymado, ó una vieja funesta ha soñado aquella noche algun desatino; v. gr. que el Padre los juntó allí para engañarlos y llevárselos á otra parte; que ha llamado ya á sus enemigos, para que cogiéndolos descuidados, los hagan esclavos; ú otro delirio semejante, que, ó el Demonio, ó la natural fantasía les ha sugerido en sueños. Estos golpes son los que hieren en lo mas vivo del Operario, por lo que ha de emplear en ellos toda su prudencia.

Su primera máxima debe ser, hacerse cargo de que han de suceder éstas y peores turbaciones, para [335] las cuales debe prevenirse de antemano, negociando con Dios la perseverancia de aquellas Gentes, procurando cada dia ganar mas y mas la voluntad de todos, y en especial la del Cacique y de aquellos que sobresalen entre ellos con algun séquito.

La segunda es, que llegado el caso, no se perturbe, sino esté muy sobre sí, sin dar muestras de sobresalto; y sobre todo, no dar la menor señal de enojo; porque de lo contrario en lugar de apaciguar los ánimos inquietos, aumentará el alboroto. Aquí es donde se ve y verifica lo literal de aquella divina sentencia: *In patientia vestra possidebitis animas vuestras*; y las almas de los próximos (395) también se aseguran.

La tercera, es el recurso á Dios, con una firme confianza, de que su Magestad, con aquel turbion, ha de dar mayor firmeza y constancia á los pobres Indios, al modo que el viento recio hace que se arrayguen mas las plantas. Válgase en estos lances, y siempre, de la intercesion de los párvulos de aquellas Naciones, que con el Santo Bautismo voláron al Cielo, que estos pueden mucho para con Dios: y sabemos, que el Grande Apóstol San Francisco Xavier se valia de ellos en sus mayores congojas.

La quarta, fortificado así el ánimo, y clamando interiormente al Señor y á los Angeles de Guarda de aquellas Gentes, pase á hacer sus diligencias con la mayor suavidad, y con palabras de amor y compasion: porque ello es así, y es tan delicado el genio de los Indios silvestres, á causa de su natural timidéz, que no solo en estas ocasiones de alboroto, sino también en tiempo pacífico, [336] una palabra áspera, basta para que todo un Pueblo se retire: de lo qual no faltan lastimosas experiencias. Baxo, este presupuesto,

Pase lo primero á indagar del Cacique y de su muger, la causa de aquella novedad: ponga especial cuidado en convencer y ganar la voluntad de la Cacica, que ésta con facilidad convencerá luego á su marido; y ambos á dos, ella á las mugeres, y el Cacique á los hombres, consiguen mas en una hora, que el Misionero en todo el dia. Y lo segundo, tenga por entendido, que fuera de ser las mugeres Indianas mas piadosas que sus maridos, son también mas fáciles de convencer, por el especial y sumo trabajo, que les acarrea semejante fuga, á causa de que á mas de la carga de llevar y cuidar de sus hijos pequeños, les toca á ellas cargar el bastimento, poco ó mucho, y los trastos ordinarios, que son olla, platos y otras cosas; y así convencidas, á poca costa las mugeres, éstas ponen en razon á sus maridos.

La quinta máxîma, habida ya la noticia del motivo del alboroto, y del motor, deshaga el engaño con la mayor claridad y sosiego que pueda; y luego que vea ya enterado de la razon al Cacique y á su muger, envíelos á que instruyan al motor del ruido; y entretanto pase á desengañar á las cabezuelas mas principales de la Poblacion, siempre con sosiego, rostro alegre, y en la forma dicha.

La sexta, si los Indios perturbados se juntan en la plaza, ó en alguna casa particular, como sucede de ordinario, entónces no conviene hablar con todos, ni en tono de sermon, porque no conseguirá cosa de provecho; y la razon es, porque [337] en tales circunstancias se ha minorado en ellos el respeto, amor y reverencia para con el Operario; y como tiran á ausentarse de él, crian ánimo, y todos á un tiempo quieren responder á lo que les dice y propone: con que, en lugar de minorarse, crece y va á mas la confusion. Debe, pues, acercarse al Cacique, instar á que él y los mas principales Indios se asienten; trate con el sosiego ya dicho sobre la materia, y verá como los demás Indios callan, y oyen con atencion lo que se trata con los principales, y lo que ellos responden;

con el seguro, de que apaciguados los primeros, se dan por convencidos los restantes.

La séptima máxîma, y de mucha importancia, es, que en estos lances no haga hincapié en alegar razones fuertes, y de peso, para convencer aquellas Gentes: busque razones caseras, insista en ellas, y, segun ellos usan, repítaselas muchas veces; v. gr. el trabajo, que con su temeridad causarán á sus mugeres en tales caminos: el peligro de muerte á que exponen á sus hijos pequeños, que enfermarán, ya por los calores del Sol, ya por el rigor de las lluvias: el riesgo y fatigas á que exponen á sus ancianos y enfermos en tan arduo viage: que dexan sus sementeras, y el sudor de su trabajo perdido, y que van á trabajar de nuevo, y á padecer muchas hambres, hasta coger nuevos frutos etc. Estas razones perciben, y les hacen fuerza; y tal vez una friolera les causa mas armonía, que un argumento fuerte, porque su capacidad no alcanza mas. Pongo solo el caso siguiente, para prueba de lo dicho.

En el año de 1719 soñó un viejo, Beto y de Nacion, que yo me volvia á España aburrido de sus [338] cosas: conmovióse luego todo el Pueblo, juntáronse en la casa del Cacique, con sus canastos de víveres, y sus muebles, para tomar el camino de sus bosques. Pasé al Congreso, tomé asiento junto al Cacique, y quedáron todos en un profundo silencio: callé tambien de industria un buen rato, y luego me quexé, de que la señora Cacica no me traia de beber, faltando á esta ceremonia y costumbre, entre ellos inviolable. Traxo la bebida sin hablar palabra, y despues de brindar á la salud de todos, pregunté al Cacique la causa de aquella junta, y de aquella prevencion de bastimentos. A que respondió: Quaja ranumaycá; ujumaju ajabó janujaybi afocá: esto es: Nosotros nos vamos á los bosques, porque tú te vas á tu tierra. Mucho tiempo gasté de valde, alegando razones fuertes; y no hallando ya por dónde, ni cómo convencerlos, clamé á San Francisco Xavier, que me favoreciese en aquel aprieto: dexé los argumentos, y pregunté al dicho Cacique familiarmente: ¿cómo habia yo de pasar por un mar tan grande para volver á España? En la embarcacion en que viniste, dixo, te volverás. No puede ser, repliqué yo, porque ya os tengo dicho, que aquella embarcacion llegó al Puerto maltratada, y que la desbaratáron: (y en efecto fué así, porque aquel navío se abandonó por viejo.) Entónces el Cacique, convencido con esta friolera, se puso en pié, y con rostro alegre, dixo á sus Indios: Ea, bien estamos, váyanse á sus casas, y vivan sosegados, porque el Padre no tiene Canóa para volverse á España. Así lo hicieron, y con una pregunta tan desproporcionada como ésta, se desvaneció aquella borrasca, en que se iban á perder muchas almas lastimosamente. [339]

En fin, sucede á los principios, que quando el Misionero ménos piensa, halla por la mañana el Pueblo solo, y que se han huido todos los Indios, ó parte de ellos: golpe es éste de los mas sensibles; en el qual, supuesto el recurso á Dios nuestro Señor, si se han ausentado todos, debe tomar su ornamento de decir Misa, y seguir la huella de los fugitivos, hasta alcanzarlos; y en llegando, darles á entender, que él se va con ellos, porque son sus hijos, y porque Dios así se lo manda: conviene quexarse amorosamente de que no le hubiesen avisado su determinacion, con la qual se hubiera prevenido de anzuelos, arpones y otras cosas de que ellos necesitan; y dicho esto, cuelgue su hamaca, y échese á descansar,

sin hablar, ni entrometerse en las disputas, que ellos entre sí levantan; porque los unos se arrepienten, y quieren volver á su Pueblo; los otros porfian en que han de pasar adelante; y por último, quando ya están fatigados y cansados de altercar, levántese, y despues de ponerlos en paz, repita las mismas razones, que oyó á los que quieren volver à su Pueblo, y otras que le ocurran, segun dixè arriba, y no dude, que se volverá con todos al Pueblo. Si solo se han ausentado parte de ellos, para seguirlos, tome algunos de los mejores que han quedado, y siga el método propuesto. [340]

§. IV

Avisos prácticos

I. Estas y otras mutaciones, hijas de la natural inconstancia de los Indios, requieren que el Operario se prepare con tiempo, haga el ánimo á todo, tire á conocer bien el genio de la Nacion que cultiva, y segun él, tenga meditados medios proporcionados para las urgencias ocurrentes; especialmente esté alerta, para atajar las discordias y riñas de unos con otros, porque casi todas las fugas se originan de esa mala raiz.

II. Trabaje puramente por amor de Dios, y por el bien de aquellas pobres Gentes, sin esperar de ellas, ni agradecimiento, ni recompensa, porque ni aun por el nombre la conocen; y aunque la conocieran, no tienen en este Mundo sino abundancia de desdichas; pero esté cierto, que Dios le recompensará con una medida llena y muy colmada aun en esta vida.

III. Insista mucho, hasta adquirir costumbre, en fixar la vista interior en la preciosidad de aquellas almas, que tanto costáron á nuestro Redentor, y se le harán llevaderas las molestias que resultan del cultivo de ellas, de su inconstancia é ingratitud; y trabaje, con el seguro, de que con el tiempo se desbastan y mejoran.

IV. La pereza, que les es connatural, requiere mucho tiempo y tiento en el Operario, para irlos imponiendo en que hagan aquello mismo, que les importa, no solo para su provecho espiritual, sino tambien para el temporal; porque en sintiendo la menor carga ú opresion, luego se huyen para evitarla. [341]

V. Por lo que, aunque conviene establecer la doctrina de los párvulos todos los días, mañana y tarde, lo que conseguirá, usando de industria, y dando algunos premios á los mas puntuales; con todo, bastará que los adultos asistan á la doctrina Sábado y Domingo: no los moleste mucho, y alabe aquello poco que aprenden, para que asistan con mas gusto: la doctrina enséñela por la mañana en su lengua natural, y por la tarde en castellano; porque en lo primero se sirve á Dios, y en lo segundo al Rey nuestro Señor, que ordena se estalezca en las Misiones la lengua Española: y en todo caso, todo ha de ser amor, y por amor, con chicos y grandes; y nada de rigor, ni de castigo, no solo de obra, pero ni de una palabra, que sea áspera.

VI. Lo dicho de la doctrina, se ha de practicar con los niños de la escuela, con la misma formalidad y cuidado; porque ello es así, y está ya muy verificado, que quien desde luego lo quiere conseguir todo, luego luego lo pierde todo. Véase lo dicho en el Capítulo XXIV. de la segunda

Parte, en órden á los Indios Gentiles adultos.

VII. Esté muy persuadido, que el primer móvil de los tales Indios, es el interes: no dan paso, sin esperar premio; y aun sin hacer cosa, lo mismo es mostrar cariño el Misionero al Indio, que responder éste pidiendo algo; y aun sin esto, jamás se cansan de pedir con importunidad: pero hay aquí dos consuelos: el primero es, que se contentan con qualesquiera bagatelas: y el segundo, que tan contentos se van con buenas palabras, y buenas esperanzas, como con las dádivas: un mañana me traerán eso que pides; luego que traygan, tú serás [342] el primero á quien regale etc.; y otras largas semejantes, les hacen buen sonido, y se vuelven contentos.

VIII. Freqüentemente traen al Misionero las frutas, el pescado etc. y ya se sabe que no viene eso por regalo: el Indio trae muy pensado lo que ha de pedir; aunque al preguntarle, ¿qué quiere, ó ha menester? responde siempre, que nada; pero no le dé cosa alguna hasta que él pida; porque si le da algo, lo recibe de buena gana; y al cabo de rato dice: Yo traia este presente para que me diceses un cuchillo, sal, ú otra cosa, y no se irá, sin que le dé aquello, que él traia pensado.

IX. Pero de ordinario piden mucho, sin traer cosa alguna al Misionero, que necesita de un todo. No se puede negar todo lo que piden, y mas si ellos saben que lo hay: dar todo quanto piden, no es posible: por lo qual, quando le piden algo, vea qué es lo que mas necesita, y dígale: Yo te daré lo que pides; pero trae primero pescado, raices, ó que mas necesita. Ellos lo hacen así: todos quedamos remediados, y van aprendiendo á ser diligentes. Guarde la misma práctica con los muchachos, por el mismo fin: ellos piden tanto ó mas que sus padres, y así, aunque no haya menester, pida, ó mándeles hacer algo, ántes de darles lo que piden; v. gr. que traygan agua ó leña, que barran la casa etc.

X. A los principios, parte pagando, y parte rogando, consiga, que el Comun haga una sementera quantiosa; y en ella un platanál grande para los muchachos de la escuela; porque es cosa muy importante, y no solo sirve para los chicos de la escuela, sino tambien para las viudas pobres, para [343] los huérfanos, y para los enfermos; y sucede, que viendo los Indios quan bien se emplean aquellos frutos, renuevan con gusto la sementera en adelante.

XI. No espere á los principios, que le han de avisar de los que caen enfermos, ni de las criaturas que nacen, para que las bantize; y así, por la mañana, despues de misa y doctrina, y por la tarde, ántes de la doctrina, debe dar vuelta por todas las casas del Pueblo, viendo si hay enfermos y niños que bautizar. Esta es una diligencia tan necesaria, como útil y fructuosa; y para irlos imponiendo, debe encargar á los chicos de la doctrina, que le avisen luego que vean ó sepan algo de esto.

XII. El atractivo mas eficaz para establecer un Pueblo nuevo, y afianzar en él las familias silvestres, es buscar un Herrero, y armar una fragua, porque es mucha la aficion que tienen á este oficio, por la grande utilidad que les da el uso de las herramientas, que ántes ignoraban. Todos quisieran aprender el oficio, y muchos se aplican, y le aprenden muy bien.

XIII. No importa ménos buscar uno ó mas Texedores de los Pueblos ya establecidos, para que texan allí el hilo que traen de ellos, porque la curiosidad los atrae á ver urdir y texer; y el ver vestidos á los Oficiales y á sus mugeres, les va excitando al deseo de vestirse, y se

aplican á hilar algodón, que abunda, y de que finalmente se visten.

XIV. La fábula de Orfeo, de quien fingió la antigüedad, que con la música atraia las piedras, se verifica con ventaja en las Misiones de estos hombres, mas duros que los pedernales; porque es cosa reparable cuánto los encanta y embelesa la [344] música. Son Músicos de su propio genio, y como en varias partes de esta Historia consta, son muy aficionados á tocar flautas, que ellos se fabrican, y otros muchos instrumentos: y está ya experimentado en las Misiones fundadas, cuánto los atrae y domestica la música; cuánto aprecian, y la gala que hacen aquellos, cuyos hijos ha destinado el Misionero á la escuela de música; y así, una de las primeras diligencias de la fundacion de nuevo Pueblo, ha de ser conseguir un Maestro de solfa de otro Pueblo antiguo, y establecer escuela de música para el fin dicho, y para la decencia del culto Divino.

XV. Es indispensable el que meta la mano, y medie en sus pleytos, riñas y casamientos; pero proceda el Operario con tal cautela, que no conozcan los Gentiles y Neófitos, que procede como árbitro; y la razon es, porque como en estas dependencias, el uno de los vandos ha de quedar precisamente desayrado, y al Misionero le importa mucho el estar bien con todos ellos, debe mediar y proceder con toda neutralidad á favor de la paz, y de la union, sin declararse por unos, ni por otros: para eso conviene, desde los principios, irlos imponiendo en el gobierno político, y señalar Alcaldes, que con el Cacique gobiernen, y á solas instruirlos de lo que deben hacer en las controversias que ocurren.

XVI. Aunque á la primera vista parece ceremonia inútil la acordada por los Misioneros antiguos, de poner formalidad de clausura, en aquellas casas pagizas y pobres en que viven, sin permitir que entre del cercado para adentro muger alguna, y teniendo una ventana al lado de la plaza para despachar [345] sus demandas; con todo, ya está experimentado, que importa mucho esta práctica: ni hay cosa, que mas golpe les dé, ni que mayor armonía cause á los Catecúmenos, que esta formalidad y circunspeccion del Operario: todo lo reparan, y á su modo todo lo interpretan, y lo hablan entre sí; y se ha reconocido, que este modo de proceder, engendra en ellos mucho respeto y veneracion para con sus Misioneros.

XVII. Para este mismo fin, y para mayor decencia, se ha establecido, y debe llevarse adelante el estilo de no salir de su casa el Misionero, sino acompañado de algun Indio principal; y á falta de éste, con dos ó tres muchachos de la escuela, de los mayores que haya en ella, sin dexarlos apartar de su lado, quando visita los enfermos, y hace las demás diligencias de su cargo.

XVIII. Finalmente, el fin de su ocupacion, y la causa de su destierro en aquellas soledades, es doctrinar y salvar aquellas pobres almas; lo que mas depende del exemplo, circunspeccion y virtud sólida del Operario, que de sus sermones exôrtaciones y palabras; y así, este medio es el que sobre todos ha de reputar por el mas útil para sí, y eficaz para enseñar á los próximos; y es el único para que Dios nuestro Señor, de cuya mano viene todo el bien, eche su copiosa bendición á sus fatigas y afanes, que rindan copioso fruto para la vida eterna. [346]

§. V

Reflexiones, que animan y fortalecen el ánimo del Misionero de Indios

I. Aquellos Indios bárbaros, desnudos silvestres rudos, y á la primera vista despreciables, son unas conchas toscas, que encierran en sí unas margaritas tan preciosas, que el mismo Hijo de Dios se dió á sí mismo en precio, y se entregó á los tormentos para adquirir las: ¡quánto debo yo apreciarlas!

II. Son imágenes vivas de Dios, hechas á semejanza de nuestro Criador, por lo qual se merecen toda nuestra estimacion; y el mirar por ellas, es hacer nuestro mayor negocio, y corresponder á su Magestad del modo mas apreciable en sus Divinos ojos.

III. Crió Dios aquellas almas para que se salven, y las puso á tu cargo, para que tú te salves: Dios te ha tomado por instrumento, para que ellas logren el fin para que su Magestad las crió; y á ellas las ha puesto á tu cuidado, para que por medio de esta ocupacion consigas el mismo dichoso fin para que su Magestad te crió. No te has de salvar por aquel medio y ocupacion que tú eligieres, sino por éste á que Dios y los Superiores te han destinado.

IV. Toscos son los Indios como un tronco de la selva, y duros como piedras; pero Dios te dará medios para pulir y labrar estos troncos, de que su Magestad formará Tabernáculos en la Gloria: y de esas que parecen piedras, formará Dios por tu mano y aplicacion, hijos verdaderos de Abrahán. [347]

V. Es inevitable y preciso, y mas á los principios, que le dé en rostro, y le acarree muchos desconsuelos aquella tosquedad y desnudéz de los Indios Gentiles, su ignorancia, inconstancia, pereza, ingratitude etc.; fuentes de que el Enemigo comun excita en el Misionero temores, tedios, y desconfianzas; y de todo ello levanta montes de dificultades, que como diestro, sabe pintar como insuperables, y tira à hacerle creer, que aquel empeño es temerario: que es tentar à Dios: y levanta otras nieblas para ofuscar al Operario, à fin de que caiga de ánimo, abandone aquellas almas, que tanto teme, y le duele salgan de entre sus garras infernales. Es cierto, que ésta es la mas fuerte batería, que juega el Infierno, con notable industria y por lo mismo debe el Operario oponerse á ella con el mayor esfuerzo y empeño; con la advertencia, que en este género de guerra no hallará otra defensa, ni otras armas, que las del recurso à Dios, en la freqüente oracion, y en la meditacion de algunas de estas reflexiones, clamando à su Magestad con esfuerzo y valor, como pobre Soldado, que solo vive à expensas de los tesoros de su infinita misericordia. Y aunque todas las reflexiones de este Párrafo quinto le ayudarán mucho, todavía, para este combate, le alentarán mucho las siguientes (396).

Humillado delante de Dios, vuelva toda su vista y atencion à su interior, y vea lo primero, que la ingratitude, grosería y tosquedad fea con que corresponde à su Criador, es mucho mayor y peor que la que ve, y le desagrada en los Indios bárbaros y ciegos.

Lo segundo, coteje su inconstancia en la vía espiritual, y su pereza en abanzar terreno en el [348] camino de la perfeccion, y no se admirará de los pobres Indios: tendrá lástima de sí mismo, y de ellos.

Lo tercero, separe lo precioso de lo vil; esto es, mire en sí lo que es de Dios; y mire aparte lo que es suyo, y de su propia cosecha; y luego

se hallará mas desnudo, pobre y desdichado, que los Indios bárbaros: si la desnudez de ellos le horroriza, mas horror y temor le debe causar la suya; y pues Dios, no obstante esto, no le abandona, le sufre, asiste y ampara, debe, á ley de agradecido al mismo Señor, sufrir, tolerar, beneficiar y cultivar las almas de aquellos pobres indios, que son imágenes de su Magestad, hacienda suya, y grey que aprecia mucho.

VI. No estaban en mejor positura los Gentiles del Mundo antiguo, quando les empezó á rayar la luz del Santo Evangelio; ántes bien era mucho mayor su barbaridad, errores y vicios; y el mismo Señor, que envió entonces aquellos sus Operarios para aquella inculta mies, te envia á que cultives ésta; y así no te negará su Magestad, ni las fuerzas necesarias, ni los medios oportunos.

VII. Trayga á la memoria con frecuencia otros Misioneros Jesuitas, que vencieron mayores dificultades, que sufrieron mayores trabajos, y que finalmente, con el favor de Dios, sujetaron á la Iglesia Santa, Naciones mucho mas agrestes: en el Brasil, el Santo Padre Joseph Ancheta: en las Marianas, el Santo Mártir Luis de San Victores: y en todas las Provincias de Indias hallará muchos y admirables exemplares, así para confundirse, como para animarse. [349]

VIII. No se olvide jamás de los muchos Jesuitas insignes, que han deseado y pretendido con ansia la ocupacion de Misionero en que Dios le ha puesto, y no quiso conceder á los otros, que hubieran trabajado heróycamente: hágase cargo de la confianza con que su Magestad ha fiado y puesto en sus manos el tesoro de aquellas almas, y que le ha de pedir cuenta, así de ellas, como de los talentos que le dió para cultivarlas.

IX. No haga hincapié, ni fixe su consideracion en los trabajos ocurrentes, sino en el fruto actual que recoge, y en el que espera recoger: mas monta la salvacion de un párvulo, que desde el bautismo sube al Cielo, que quantas angustias ha padecido, y puede padecer en toda su vida: ¿y qué gusto no debe tener y hallar en aquellas taréas, caminos y diligencias, con que gana para Dios, no una, ni otra alma, sino muchas familias y Pueblos?

X. Y finalmente, tenga por muy cierto, que todas aquellas almas, que va enviando á la Gloria, por delante, le ayudan (397) grandemente, clamando sin cesar á Dios por su Misionero, y por la gente de su Nacion; para que su Magestad los asista y defienda, hasta llevarlos á la Bienaventuranza eterna. Y no se puede dudar, que todos aquellos á cuya salvacion cooperó, le servirán de abogados eficaces en todos sus aprietos, y en especial en la hora de la muerte, término de esta breve navegacion, y puerto seguro, en que de la misericordia de Dios esperamos gozan tranquilidad dichosa, y descanso eterno. Amen.

Ad M. D. G. & V. M.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

